HUGH THOMAS

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

1

edición íntegra
corregida y aumentada

grijalbo

Annotation

La guerra civil no fue sólo un episodio crucial en la historia contemporánea de España, marcó un punto de inflexión en la conciencia del mundo occidental, anticipando el enfrentamiento entre el progreso y la reacción, entre el totalitarismo y la democracia.El libro de Hugh Thomas es un estudio clásico en la extensa bibliografía que la guerra española ha suscitado, una de las primeras obras a cuya amplitud y rigor se unen la claridad y la ponderación.

Hugh Thomas nació en Windsor, Inglaterra, en 1931. Estudió en Sherborne School, Queen's College, en Cambridge y en la Sorbona de París. Trabajó en la Cancillería de 1954 a 1957 y para el Subcomité de Desarme de la ONU por el Reino Unido. Destacado estudioso de la historia, ha sido catedrático en la Universidad de Reading de 1966 a 1976, en la Graduate School of Contemporary European Studies de 1973 a 1976, en el Centre for Policy Studies de Londres de 1979 a 1991, en la Universidad de Nueva York de la cátedra Rey Juan Carlos I de civilización española en 1995 y en la Universidad de Boston en 1996. Allí, desde 1997, cumple su labor docente como profesor universitario. Es miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid y de la Royal Historical Society de Londres. Ha recibido importantes premios y distinciones, como el premio Somerset Maugham 1962, el Arts Council National Book Award de 1980, la Orden de Isabel la Católica en 1986 y la Orden del Águila Azteca en 1995. Entre sus obras destacan "La guerra civil española", "La historia inacabada del mundo" y "Cuba. La lucha por la libertad".

Hugh Thomas

LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Volumen I

Grijalbo

Traducción de Neri Daurella

Titulo original: The Spanish Civil War © 1976 Hugh Thomas

© 1976 de la edición en castellano para España y América

GRIJALDO MONDADORI, S.A. Aragó, 385,08013 Barcelona

www.grijalbo.com

Diseño de la cubierta: Luz de la Mora

Fotografía de la cubierta: © Agencia Efe

Primara edición en esta colección ISBN: 84-397-0806-8 (obra completa)

ISBN: 84-397-0804-1 (vol. I)

Depósito legal: NA. 2.236-2001

Impreso en España

Digitalizada en 2018. La paginación no corresponde a la edición impresa original.

creative commons

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

Agradecimientos

Debo hacer constar mi agradecimiento al gran número de personas que me han escrito sobre cuestiones relativas a la guerra civil desde que se publicó este libro por primera vez. Tanto ellas como todos aquellos con quienes he hablado desde entonces son demasiado numerosos para mencionar sus nombres, pero les estoy muy agradecido. También deseo dar las gracias a una serie de amigos que me han ayudado o aconsejado en alguna parte del libro, en particular a Paul Preston, por sus sugerencias sobre la revisión de los capítulos que se refieren a la República, y demás ayuda; al vicealmirante sir Peter Gretton, por sus consejos sobre el aspecto naval de la guerra; a Norman Cooper, por su ayuda en los capítulos referentes a la economía nacionalista; a la señora Jíll Edwards, por su trabajo sobre la no-intervención y el papel del gobierno británico; al doctor Michael Alpert y a Norman Jones, por sus sugerencias sobre Cataluña. Y finalmente debo agradecer a Ronald Fraser que tuviera la amabilidad de leer las pruebas de imprenta. He manifestado mi agradecimiento a otras personas en las notas a pie de página, en el lugar correspondiente. También quiero agradecer a W.H. Auden y a Faber&Faber que me permitieran citar su poema «Spain»; a Edgell Rickword, por idéntico motivo, con su poema «*To the Wife of a Non-lntervention Statesman*» a A.L. Lloyd por su traducción al inglés de un poema de M. Hernández; a Librairie Gállimard por autorizarme a citar parte de «*Aux Martyrs Espagnols*» de Claudel; y finalmente a C. Day-Lewis y Bodley Head por permitirme reproducir parcialmente su poema «Nabarra».

Siglas de algunos grupos y partidos políticos

CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas) —Partido católico

CNT (Confederación Nacional del Trabajo) —Sindicato anarcosindicalista

FAI (Federación Anarquista Ibérica) —Vanguardia doctrinal anarquista

FIJL (Federación Ibérica de Juventudes Libertarias) — Juventudes anarquistas

JAP (Juventudes de Acción Popular) —Movimiento juvenil de Acción Católica

JCI (Juventud Comunista Ibérica) —Juventudes del POUM

JONS (Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista) — Fascistas

JSU (Juventudes Socialistas Unificadas)

POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) — Comunistas revolucionarios (es decir, anti-stalinistas).

PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña) — Comunistas Catalanes

UGT (Unión General, de Trabajadores) —Sindicato socialista

UME (Unión Militar Española) —Grupo de militares de derechas

UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista) — Grupo de militares opuestos a la UME

Abreviaturas empleadas en las notas

CAB Notas del gabinete británico (inéditas, en el Public Record Office) con las referencias pertinentes.

FD Documentos de política exterior francesa, 2ª serie, 1936-1939, del tomo III en adelante

FO Foreign Office, aludiendo a los documentos inéditos del Public Record Office

GD Documentos alemanes de política exterior, serie D, vol. III, a menos que se especifique otra cosa.

NIG Documentos del subcomité de no-intervención.

NIS Documentos comité de no-intervención.

USD Volúmenes 1936-1939 de política exterior de Estados Unidos

Referencias en notas a pie de página

La primera vez que se menciona un libro, se dan el título, el lugar y la fecha de publicación, después del nombre completo del autor; si aparece de nuevo, se da sólo el nombre del autor. Cuando se menciona un segunda (o tercer) libro del mismo autor, las referencias ulteriores a ese libro y al primero que se ha mencionado del autor se dan con un título abreviado.

A Vanessa

Prólogo

Este libro fue publicado por primera vez en Inglaterra en abril de 1961. En aquellos momentos no se había escrito ningún estudio histórico general sobre la guerra civil y sus orígenes, si exceptuamos las obras, muy anteriores, de Salvador de Madariaga (la segunda mitad de su España, publicada en 1946) y de Julián Zugazagoitia (Historia de la guerra de España, que vio la luz en 1940.) También había una serie de historias militares escritas en su mayoría poco después del final de la guerra civil, como las de Manuel Aznar y Luis María de Lojendio.

A finales de los años 50, la idea de escribir una historia general de la guerra desde un punto de vista histórico se les había ocurrido a varias personas además de a mí: al cabo de un mes de la publicación de la mía, apareció otra historia general escrita por dos franceses, Fierre Broué y Émile Témime. También se habían publicado ya para entonces una o dos monografías, como los dos libros del profesor Cattell sobre el comunismo y la política rusa, y el estudio un tanto inquisitorial de Burnett Bolloten sobre la actuación comunista, publicado al mismo tiempo que mi libró. Así, pues, en el extranjero «necesitaban» una historia de la guerra civil, al decir de los editores. Parecía que se habían enfriado las pasiones entre los que habían luchado o simpatizado con uno u otro bando. Al mismo tiempo, ya podía encontrarse mucho material disponible relacionado con la guerra civil que, en su mayor parte, no había sido aprovechado.

En cuanto a la propia España, la guerra civil parecía muerta tanto histórica como políticamente. Ahora hay que hacer un esfuerzo de imaginación para recordar la atmósfera intelectual de España a mediados o finales de los años 50. El pasado reciente era un tema tan prohibido como el del futuro inmediato. Quien intentara profundizar se exponía a tropezar con un clima de enemistad, silencio y sospecha. En aquellos momentos, yo creía que aquella reticencia era debida al temor, pero ahora me parece que se debía más a la conmoción o a la sorpresa por el hecho de que un gran país como España hubiera sufrido un conflicto tan destructivo como aquél; de que hubiera perdido tantos habitantes que habían tenido que emigrar; y de que, después de una historia moderna menos dura en muchos aspectos que la de sus vecinos europeos, hubiera experimentado durante tanto tiempo un régimen tan implacable como el del general Franco.

Al parecer, la historia de la guerra civil y sus consecuencias no era el único tema prohibido. Parecía como si hubiera caído un pesado telón sobre la historia española posterior al exilio del rey, en 1931; un telón doblemente impenetrable, porque era tanto de polvo como de hierro. El gobierno utilizaba el pasado, es cierto, pero sólo como parte de su propaganda.

Fui a España por primera vez en el invierno de 1955-1956. Entonces trabajaba en el Foreign Office británico, y estuve presente en Nueva York cuando la Asamblea General de las Naciones Unidas admitió a España en la organización. Fui a España de vacaciones, leyendo El laberinto español, de Gerald Brenan, un libro brillante que para muchos ingleses ha servido de iniciación a la historia de la España moderna. De aquel viaje recuerdo dos o tres impresiones muy vividas.

Voy a darme la satisfacción de recordarlas: un hombre que cantaba una canción sobre Manila en el andén de Irún mientras le limpiaban los zapatos; una encantadora pensión de Madrid, detrás de la calle de Fuencarral, que ahora ha sido demolida; y, la más fresca de todas la maravillosa sensación de despertarme de repente en el tren y encontrarme en Andalucía, un nuevo mundo hermoso, encendido y caluroso. En aquellos momentos, consciente ó inconscientemente, sin duda yo estaba buscando un tema sobre el cual escribir un estudio histórico, y sospecho que aquella repentina inundación de sol andaluz en un tren que pasaba al norte de Bobadilla debió de influir en mi decisión. En cualquier caso, recuerda muy bien haber dicho a un amigo mío al volver: «¿Por qué nadie ha escrito una historia de la guerra civil española?» Y él me contestó: «¿Por qué no lo haces tú?»

Escribí el libro con la intención deliberada de ser imparcial. Consideraba (y considero) que el gobierno representativo es preferible al autoritarismo, tanto si es reaccionario como si es revolucionario pero eso me daba un punto de partida razonable. Todo el mundo actúa según sus intereses: para un historiador, la sociedad buena es aquella en la que los historiadores pueden respirar a pleno pulmón y libremente.

Creo que en aquella época no albergaba ninguna esperanza de que mi libro fuera a aparecer en España, ni de qué nadie quisiera publicarlo fuera de Inglaterra. Pero mis amigos de Ruedo Ibérico lo publicaron en París poco después de su aparición en inglés, y conservan sus derechos sobre la traducción española. Ahora, sin embargo, han cambiado muchas cosas, y me alegra pensar que esta nueva edición, totalmente revisada, va a publicarse y distribuirse en la

propia España, aunque sólo sea por contribuir al debate sobre el pasado reciente que está teniendo lugar en el país y que puede ser. uñé baza importante en la preparación del camino hacia un futuro seguro. Soy consciente de que mucha gente está decidida a olvidar la guerra civil, en un país donde mucho más de la mitad de la población nació después de 1939. A pesar de todo, sospecho que el pasado sólo podrá ser enterrado cuando se conozca claramente la verdad respecto al mismo. Por eso creo que la preocupación por la historia contemporánea en la España moderna tiene que ser terapéutica.

Esta edición es una revisión sustancial de la que apareció en 1961. Publiqué una edición ligeramente revisada en 1965, pero la presente ha sido parcialmente rescrita teniendo en cuenta la inmensa cantidad de material aparecido en fecha reciente, e incorporando además otras investigaciones y opiniones mías. También existe una cuestión de perspectiva: en 1960, era posible considerar el régimen del general Franco como algo aberrante, y pensar que el gobierno representativo (como el existente entre 1931 y 1936, y antes de 1923 con menos honestidad pero con más éxito) constituía, además de ser el ideal, la norma de la vida española moderna. Ahora, en cambio, cualquiera que sea el ideal, los cinco años de la República parecen una interrupción dentro de la tendencia general hacia el gobierno autoritario que empezó con el golpe de Estado de Primo de Rivera en 1923. Además, en 1961 el momento era muy diferente al de ahora: entonces, en los comienzos de la era Kennedy, el mundo parecía inundado de optimismo: fue casi una segunda belle epoque. No había razones para suponer que el desarrollo económico del mundo no fuera a continuar de manera indefinida, y se creía que los países avanzados, crecientemente ilustrados, prestarían cada vez

más atención a las necesidades de los más pobres. La guerra fría había terminado. La guerra civil española parecía un hecho de un pasado remoto, negro y desgraciado que, por lo que se refiere al otro lado de los Pirineos, había sido enterrado con la crisis que dio lugar a la segunda guerra mundial.

Hoy en día, la problemática que llevó a la peor guerra civil de la Europa moderna se plantea en muchos países (no sólo «latinos»). El aumento del autoritarismo de izquierdas y de derechas; la falta de fe en la democracia; el choque de entusiasmos que degeneran en brutalidad; el impacto de la tecnología en un país mal preparado para ella; la relación entre guerra civil y crisis internacional… todas estas cosas resultan mucho más próximas a mayor número de gente ahora que en 1961. En cualquier caso, así son las cosas al norte de los Pirineos y al sur de Gibraltar.

Sólo en España, tal vez, la situación parece más prometedora en 1976 que en 1961. Sospecho que, en otros países, pocos dirían que los últimos quince años han sido años de progreso. Pero en España serían pocos los que pudieran decir honradamente, en esta primera primavera después de la muerte del general Franco, que no están más contentos hoy en día que en abril de 1961. Ahora en España se respira la sensación de que el futuro promete realmente la paz, la piedad y el perdón de los que hablaba Azaña en plena guerra civil (con estas palabras termina este libro en ésta y en su última edición). En cuanto la guerra civil pase a ser primordialmente un tema de controversia entre historiadores, podremos considerar que, por fin, ha terminado.

HUGH THOMAS Londres, abril de 1976

LIBRO PRIMERO

Los orígenes de la guerra

«El ideal de todos los españoles es que llevasen en el bolsillo una carta foral con un solo artículo, redactado en estos términos breves, claros y contundentes: "Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana".»

Ángel Ganivet

Mar Cantábrico
FRANCIA
Pirineos
Barcelona
ISLAS BALEARES
Valencia
Mar Mediterráneo
MADRID
Málaga
Sevilla
Océano Atlántico
PORTUGAL
Población de más de 150.000 Hab. en 1931
Sevilla

1

Preludio

La sesión de las Cortes del 16 de junio de 1936. —El gobierno de Casares Quiroga. — Habla Gil Robles — Las amenazas a la vida democrática. — La Pasionaria. — Altercado de Calvo Sotelo con el jefe del gobierno.

El edificio de las Cortes, el parlamento de España, está situado hacia la mitad de la cuesta que sube del Prado a la Puerta del Sol.[1] Unos leones de bronce fundido de los cañones capturados al enemigo en las guerras de Marruecos guardan sus puertas. En el frontón que remata sus columnas corintias, la Justicia abraza esperanzada al Trabajo. Actualmente, los lujosos pasillos y salones de las Cortes sólo se usan de vez en cuando para que unos cuantos dignatarios honoríficos presten asentimiento formulario a los decretos que dicta el jefe del Estado. Sin embargo, el 16 de junio de 1936, este edificio clásico era el centro de toda España.

Habían transcurrido más de cinco años desde que el rey Alfonso XIII había abandonado el trono español; para evitar, según dijo él (quizás exagerando su propia importancia para su pueblo), el desastre de una guerra civil. Habían sido cinco años de actividad parlamentaria. Antes de irse el rey, hubo

un lapso de ocho años —de 1923 a 1931— durante el cual la mayor parte del tiempo bajo el afable dictador militar general Primo de Rivera, las Cortes permanecieron tan desiertas como en la actualidad. Entonces, en junio de 1936, la vida parlamentaria en España parecía hallarse al borde de la destrucción.

Un inquieto grupo de liberales de clase media y de edad madura ocupaban el banco azul del gobierno, frente al hemiciclo de la cámara de diputados. Hombres honrados e inteligentes, tanto ellos como sus seguidores odiaban la violencia. Admiraban las formas agradables y democráticas de Inglaterra, Francia y Norteamérica. Sin embargo, este odio y esta admiración los hacían insólitos entre los españoles de su tiempo, solitarios incluso entre los cuatrocientos diputados que, sentados o de pie, a su alrededor y en los escaños más altos, como podían, ocupaban la atestada Cámara.[2] No obstante, los hombres de este gobierno tenían un fanatismo propio no muy típico de los países de mentalidad práctica que ellos deseaban reproducir en España.

Tomemos el caso, por ejemplo, del jefe del gobierno, Santiago Casares Quiroga. Hombre rico, nacido en Galicia, había pasado gran parte de su vida luchando por conseguir la autonomía para su pobre región, aunque la única ventaja que habrían podido sacar los gallegos de ella hubiera sido la mejora del servicio ferroviario.[3] Aunque Casares parecía actuar de acuerdo con principios liberales y wilsonianos formulados más allá de los Pirineos, no dejaba de ser por ello típicamente español. Era un liberal apasionado cuando el desarrollo de las organizaciones obreras hacía parecer al liberalismo casi tan anacrónico como el enemigo de los liberales; el feudalismo. Sin embargo, teniendo en cuenta que en España no había triunfado ninguna revolución de la clase media, según el modelo de la de Francia de 1789, no

podía reprocharse su actitud a Casares Quiroga y sus partidarios. En los primeros año de la República, en 1931 y 1932, los ojos de Casares Quiroga (entonces ministro de Gobernación) relucían brillantes en su pequeño rostro ante amigos y enemigos, como los de Saint Just. Ahora se advertía en ellos un extraño optimismo irónico, sólo explicable como síntoma de la tuberculosis que ya padecía.

La naturaleza de la crisis de España fue descrita el 16 de junio de 1936 por Gil Robles, el atildado, obeso y casi calvo, aunque todavía joven, jefe del partido católico español, la CEDA.[4] Su partido era conservador y católico, e incluía a los qué querían restaurar una monarquía, y a quienes deseaban una república demócrata-cristiana. Algunos miembros de la CEDA, particularmente de su movimiento juvenil (JAP),[5] eran casi fascistas; y algunos admiraban el Estado corporativo de Dollfuss. Gil Robles era elocuente y hábil, pero vacilante y tortuoso. Era odiado tanto por monárquicos y fascistas como por socialistas. No obstante, había creado el primer partido español de masas de clase media. Ahora recordaba que el gobierno, desde las elecciones de febrero, había tenido poderes excepcionales, incluidas la censura de prensa y la suspensión de garantías constitucionales. A pesar de todo, durante aquellos cuatro meses —decía—, se habían quemado 160 iglesias, se habían cometido 269 asesinatos básicamente políticos, y 1.287 agresiones de diferente gravedad. Habían sido destruidos 69 centros políticos, habían habido 113 huelgas generales y 228 huelgas parciales, y habían sido saqueadas las redacciones de 10 periódicos.

«Desengañaos —concluía Gil Robles—. Un país puede vivir en monarquía o en república; en sistema parlamentario o en sistema presidencialista; en sovietismo o en fascismo; como únicamente no vive es en anarquía, y España, hoy, por desgracia, vive en anarquía [...]. Tenemos que decir hoy que

estamos presenciando los funerales de la democracia.» Toda la Cámara prorrumpió en gritos airados, unos de apoyo, otros de disentimiento.[6]

La situación del país y del régimen era tan grave como señalaba Gil Robles, aun cuando las cifras fueran sospechosamente precisas, y aun cuando algunos de los desórdenes causados fueran obra de las derechas: el edificio de *El Ideal*, un periódico derechista de Granada; al parecer había sido quemado por jóvenes de derechas, y aquello fue otra provocación,[7] A los actos de violencia hay que añadir que los partidos políticos de uno y otro extremo preparaban a sus hombres para luchar, instruyéndolos en formaciones militares. «El domingo todos a la calle», era la orden de una serie de jefes políticos. Ni Casares Quiroga ni Gil Robles, representantes ambos de grupos que habían sido muy destacados en la historia de la Segunda República,[8] podían ya controlar los acontecimientos. En realidad, ambos se mantenían en las Cortes gracias a los votos de diputados cuyos objetivos eran diferentes de los suyos. Las elecciones del febrero anterior habían sido una lucha entre dos alianzas: el Frente Popular y el Frente Nacional.

Constituían el primero, además de los liberales como Casares, el gran Partido Socialista, el reducido Partido Comunista, y otros grupos de las clases trabajadoras. Tras el Partido Socialista estaba el poderoso sindicato socialista, la UGT (Unión General de Trabajadores)[9] uno de los movimientos obreros mejor organizados de Europa. El Frente Nacional lo constituían no sólo la CEDA, sino también monárquicos, agrarios, representantes de los grandes terratenientes del sur y del centro, y otros partidos de derechas. Era el frente político de todas las fuerzas de la vieja España; del ejército, la Iglesia y la burguesía.

El Frente Popular había ganado la jornada de febrero de 1936, aunque, a causa de la ley electoral española, la mayoría

de escaños que tenía en las Cortes era mayor de lo que hubiera correspondido al total de votos obtenidos en un sistema estricto de representación proporcional. No todos los partidos que habían integrado la alianza electoral formaban parte del gobierno. En realidad, el gobierno estaba compuesto por republicanos liberales,[10] mientras que su mayoría dependía de las organizaciones de las clases trabajadoras. Esta nunca es una buena fórmula para un gobierno fuerte. Y era especialmente desafortunada en la España de 1936, donde los partidos obreros se encontraban ya en un perpetuo estado de efervescencia revolucionaria. Aparte de estos grupos, que cooperaban con el sistema democrático en la medida en que se disputaban los escaños de las Cortes, quedaba al margen el gran ejército de casi dos millones de trabajadores anarquistas, principalmente en Andalucía y en Barcelona, organizados en la CNT,[11] y dirigidos por una sociedad secreta, la FAI. Este inmenso movimiento, introvertido y apasionado, palpitante ya como una gran ciudad en estado de guerra, despreciaba al gobierno progresista de Casares Quiroga tanto como había odiado antes a los gobiernos de derechas. Y luego estaba el ejército. A principios de aquel verano, en Madrid, ¿quién no había oído rumores sobre conspiraciones de destacados generales, para restablecer «el orden», o sea, una dictadura militar? En realidad, cuando Gil Robles finalizó su parlamento en las Cortes, un diputado socialista declaró que las iglesias estaban siendo incendiadas por agentes provocadores para justificar una rebelión militar.

Los socialistas estaban divididos. Unos eran reformistas. Otros eran intelectuales fabianos. Unos cuantos eran revolucionarios. Algunos estaban deslumbrados por los halagos de los comunistas, mientras que otros estaban horrorizados ante el aumento reciente de la influencia comunista. Peto todos estaban de acuerdo con las

acusaciones dirigidas a las derechas por cualquiera de sus portavoces.

Guando cesó el griterío; el jefe monárquico Calvo Sotelo se levantó arrogante. Igual que Casares Quiroga, era nativo de Galicia; pero también como Casares, carecía de la serenidad que ha dado fama a esa verde región. ¿Tenía sangre gitana? ¿Era un hombre tan fuerte como parecía indicar su atractivo rostro? ¿Era un Roosevelt español, o un Mussolini español, más inteligente? Todo cuanto se sabía era que se trataba de un hombre violento, elocuente y hábil. Al terminar sus estudios en la Universidad de Zaragoza en 1915, Maura,[12] el presidente del consejo de ministros de Alfonso XIII, conservador y de elevados ideales, le hizo su secretario privado. Poco después, Maura le nombró gobernador civil[13] de Valencia, a sus veinticinco años. El general Primo de Rivera le dio la cartera de Hacienda a los treinta y dos años. Después de pasar prudentemente en París los primeros años de la República, para evitar que se le condenara por los errores financieros de la dictadura, regresó a España cuando la República había empezado a desintegrarse. Elegido diputado a Cortes como representante monárquico, creía en su buena estrella por encima de todo. El eclipse de Gil Robles había sido un triunfo para él. Con su experiencia y en plenitud de facultades, hablaba como si creyera que el futuro de España estaba en sus manos.[14]

El desorden de España, dijo en un discurso salpicado de interrupciones, era el resultado de la Constitución democrática de 1931. Él no creía que sobre aquella Constitución pudiera construirse un Estado viable.

«Frente a este Estado estéril yo levanto el concepto del Estado integrador, que administre la justicia económica y que pueda decir con plena autoridad: ¡No más huelgas, no más *lock-outs*, no más intereses usurarios, no más fórmulas

financieras de capitalismo abusivo, no más salarios de hambre, no más salarios políticos no ganados con un rendimiento afortunado,[15] no más libertad anárquica, no más destrucción criminal contra la producción, pues la producción nacional está por encima de todas las clases, de todos los partidos y de todos los intereses! A este Estado le llaman muchos Estado fascista; pues si ése es el Estado fascista, yo, que participo en la idea de ese Estado, yo, que creo en él, me declaro fascista.»

Cuando se hubo aplacado la tormenta de burlas y aplausos que estalló tras estas palabras, continuó:

«Cuando se habla por ahí del peligro de militares monarquizantes, yo sonrío un poco, porque no creo —y no me negaréis una cierta autoridad moral para formular este aserto— que exista actualmente en el ejército español, cualesquiera que sean las ideas políticas individuales, que la Constitución respeta, un solo militar dispuesto a sublevarse en favor de la Monarquía y en contra de la República. Si lo hubiera, sería un loco, lo digo con toda claridad, aunque considero que también sería loco el militar que al frente de su destino no estuviera dispuesto a sublevarse en favor de España y en contra de la anarquía, si ésta se produjera.»

En realidad, Calvo Sotelo ya se había comprometido secretamente a apoyar un alzamiento militar, si es que se producía. El presidente de las Cortes, el atezado Diego Martínez Barrio, rogó a Calvo Sotelo que no hiciera aquella clase de declaraciones, porque sus intenciones podían ser mal interpretadas. El presidente era un político experto, nacido en Sevilla de origen modesto, que había sido jefe de gobierno durante corto tiempo. Ahora era jefe del partido de la Unión Republicana. Abierto y comprensivo, pero

vanidoso, hasta entonces, en su vida política, había utilizado con éxito la táctica del compromiso. Esto era tan raro tratándose de asuntos españoles que sus enemigos atribuían su encumbramiento a su poder oculto como masón de grado treinta y tres.

Deliberadamente, el jefe del gobierno respondió a Calvo Sotelo:

«Me es lícito decir que, después de lo que ha hecho su señoría hoy ante el Parlamento, de cualquier cosa que pudiera ocurrir, que no ocurrirá, haré responsable ante el país a su señoría. El señor Calvo Sotelo [...] viene aquí hoy con dos fines: el de buscar la perturbacion parlamentaría, para acusar una vez más al Parlamento de que no sirve para nada, y el de buscar la perturbación del ejército para [...] volver a gozar de las "delicias" de la dictadura. No sueñe en conseguir éxito, señor Calvo Sotelo; ni el Parlamento [...] ha de rebajarse un ápice en su valía, en su actividad, en su fecundidad, ni el ejército hará en España otra cosa que cumplir con su deber...»

Á continuación habló la famosa comunista española Dolores Ibárruri llamada «la Pasionaria». Siempre vestida de negro, con un rostro grave pero fanático que hacía que las masas que escuchaban sus discursos la consideraran una especie de santa revolucionaria, ahora tenía cuarenta años. Tiempo atrás, de joven, había sido una católica devota. Por entonces, iba de pueblo en pueblo por el País Vasco (según una versión), vendiendo sardinas que llevaba en una gran cesta sobre la cabeza.[16] Pero Dolores la Sardinera se casó con un minero de Asturias, uno de los oscuros fundadores del Partido Socialista en el norte de España. Se acumularon las tragedias personales —tres de sus hijas murieron siendo niñas— en un duro ambiente de lucha.[17] Ella transfirió su

devoción por la Virgen de Begoña al profeta de la biblioteca del Museo Británico. Las derechas habían propalado el rumor de que una vez había cortado la garganta a un cura con sus propios dientes. Iba a convertirse en una gran oradora, y ya era una artista en la elección de las palabras y los momentos oportunos. Pero su personalidad no era tan vigorosa como parecía en público, y sus enemigos de la izquierda trotskista atribuían el éxito de su oratoria a las instrucciones secretas que recibía de Moscú. Sin embargo, era una mujer sencilla, directa y enérgica que había estado muchas veces en la cárcel —en tres ocasiones durante la República— y que también había estado dos veces en Moscú. En las Cortes, era la única figura destacada del pequeño, aunque creciente, Partido Comunista español. Sólo había diecisiete diputados comunistas, todos ellos «desconocidos e ignorantes», en opinión de Indalecio Prieto, socialista moderado, y en todo el país el partido contaba con 130.000 militantes como máximo.[18]

Pero hay algo más importante: la Pasionaria también representaba la idea del sexo femenino revolucionario, una fuerza poderosa en un país que había concedido a la Virgen un puesto especial en la religión.

Ya en 1909, las mujeres de Barcelona se habían contado entre los huelguistas, incendiarios de iglesias y saqueadores de conventos, mostrándose las más elocuentes, osadas y violentas.[19]

Cuando la Pasionaria habló en las Cortes el 16 de junio, trató con desprecio a los fascistas españoles, considerándolos unos simples gangsters. Pero ¿no había acaso una «internacional fascista», dirigida desde Berlín y Roma, que ya había señalado el día del ajuste de cuentas en España?

A continuación, un hombre de negocios catalán, Juan Ventosa, manifestó su alarma ante el aparente optimismo

del jefe del gobierno. Ventosa, dos veces ministro de Hacienda con el rey, llevaba muchos años en la política y era el representante político de Francisco Cambó, el financiero más importante de Barcelona y uno de los hombres más ricos de España. Se decía que Cambó ya había trasladado su fortuna al extranjero. La cuestión que planteaba Ventosa era si, teniendo en cuenta la evasión de capitales, era más prudente tener confianza o inquietarse. El gobierno no pudo dar ninguna respuesta. Después, Joaquín Maurín, jefe del partido comunista rebelde llamado el POUM,[20] declaró que en el país existía ya una situación prefascista. Entonces Calvo Sotelo volvió a levantarse para responder al jefe del gobierno:

«Mis espaldas son anchas; yo acepto con gusto y no desdeño ninguna de las responsabilidades que se puedan derivar de actos que yo realice [...]. Yo, digo lo que santo Domingo de Silos[21] contestó a un rey castellano: "Señor, la vida podéis quitarme, pero más no podéis". Y es preferible morir con gloria que vivir con vilipendio. Pero a mi vez invito al señor Casares Quiroga a que mida sus responsabilidades estrechamente, si no ante Dios, puesto que es laico, ante su conciencia, puesto que es hombre de honor».

Luego habló del papel de Kerensky y de Karolyi en la entrega de Rusia y Hungría a la revolución comunista: «Su señoría no será Kerensky, porque no es inconsciente, tiene plena conciencia de lo que dice, de lo que calla y de lo que piensa. Quiera Dios que su señoría no pueda equipararse jamás a Karolyi, el consciente traidor a una civilización milenaria».

Al sentarse Calvo Sotelo, la Cámara prorrumpió en los gritos y aplausos que eran de esperar.

Los ecos de este debate, con sus amenazas y sus advertencias, llegaron a toda España. Llegaron hasta el presidente, Manuel Azaña, la encarnación de la República, que contemplaba entristecido el derrumbamiento de sus esperanzas desde la lujosa soledad del Palacio Nacional.[22] Llegaron hasta aquellos generales que llevaban tanto tiempo empleando sus muchas horas libres en hacer planes tácticos para un alzamiento militar contra el gobierno. También llegaron hasta José Antonio Primo de Rivera, hijo del antiguo dictador, ahora jefe de los fascistas españoles de la Falange, que estaba en la cárcel de Alicante, adonde le habían enviado basándose en acusaciones insignificantes, virtualmente como rehén para garantizar el buen comportamiento de sus seguidores. Llegaron hasta aquel otro grupo de españoles cuyas aspiraciones se situaban fuera de las Cortes: los anarquistas. Llegaron hasta la mayoría de los veinticuatro millones y medio de personas que constituían entonces la población de España. A medida que avanzaba el verano, cuando la temporada taurina llegaba a su mejor momento, en la mente de todos surgían estas preguntas: «¿Cuánto va a durar esto?», «¿Habrá una revolución?» y «¿Puede que haya guerra?». Porque, así como en la mayor parte de Europa no había tenido guerras civiles desde el siglo XVII, España, el único país europea importante que se había mantenido al margen de la Gran Guerra, había visto estallar tres conflictos dentro de sus fronteras nacionales en el siglo XIX.

2

El derrumbamiento del monarca absoluto. — La Restauración y la Regencia. — La «Semana Trágica» de Barcelona. Marruecos. — Interrupción del régimen parlamentario. — Dictadura de Primo de Rivera. — Caída del dictador. — Fin de la Monarquía.

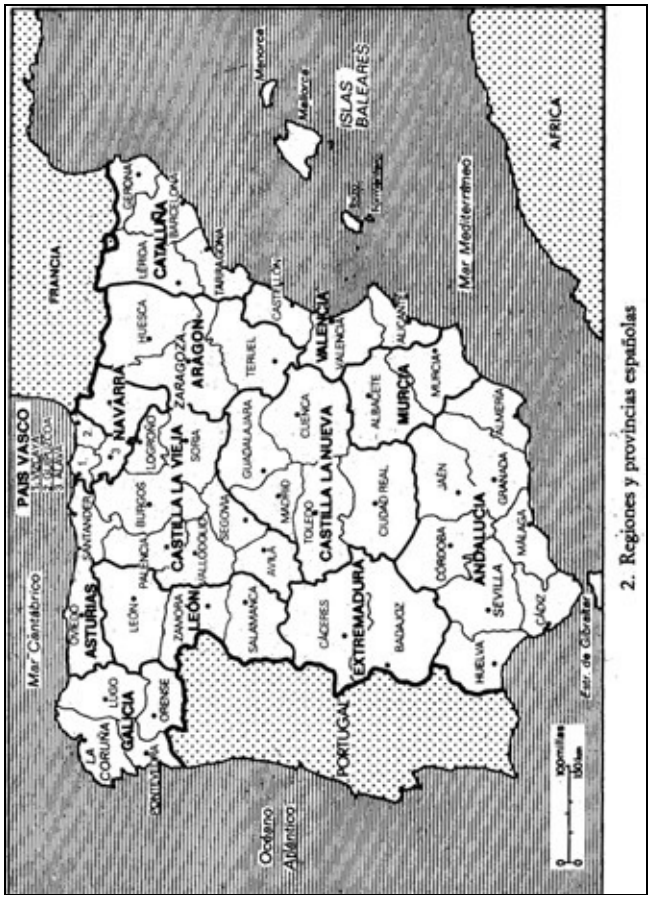
Este debate en las Cortes fue la culminación de un sinfín de apasionadas disputas sobre posibles formas de gobernar a España que habían ido sucediéndose desde 1808. En este año, la monarquía, muy debilitada, capituló abyectamente ante Napoleón. Los ingleses, dirigidos por el duque de Wellington, ayudaron al pueblo español a expulsar a los franceses en la Guerra de la Independencia que estalló a continuación.[23] Se hizo volver a los Borbones en la aborrecible persona de Fernando VII. Pero la monarquía ya no era sacrosanta. Antes de 1808, durante casi tres siglos, España había sido el más pacífico y tranquilo de los países europeos; a partir de entonces, se convertiría en uno de los más turbulentos.

La historia política del medio siglo siguiente se caracterizó por la lucha en torno a la Constitución. Los contendientes eran la Iglesia y el ejército, las dos instituciones españolas que habían sobrevivido con honor a la Guerra de la Independencia. La primera era conservadora, mientras que el segundo estaba plagado de logias masónicas librepensadoras. Esta lucha era casi una guerra.[24] En 1820,

los oficiales liberales obligaron al rey Fernando VII a aceptar una Constitución; éste, a su vez, en 1823, llamó en su auxilio a un ejército francés, los «Cien mil hijos de San Luís», para acabar con ella. En 1833, la lucha se convirtió en la Primera Guerra Carlista cuando la Iglesia y los defensores de los fueros locales del norte se unieron a la causa de don Carlos, hermano del difunto Fernando VII. Don Carlos reivindicaba su derecho al trono y no reconocía como heredera a su sobrina, la reina-niña Isabel II, hija de Fernando. Apoyaban a Isabel los liberales y el ejército, que representaban al mismo tiempo las pretensiones de Castilla de dominar toda la península. Esta guerra de religión y de secesión terminó en 1839, con la victoria de los liberales, pero la paz adquirió la forma de un compromiso entre los ejércitos de ambos bandos. Por ejemplo, se permitió a los oficiales carlistas incorporarse al ejército regular español. En parte a consecuencia de esto (y en parte porque la confiscación de las tierras de la Iglesia en 1837 [25] redujo la influencia de esta institución), la lucha entre los liberales y los conservadores clericales se transformó a partir de entonces en una sucesión de golpes de estado (pronunciamientos) de un general tras otro.

Esta curiosa etapa finalizó en 1868, cuando la reina Isabel, que era una ninfómana, fue destronada por Prim, el más grande de los generales liberales de España. Si bien lo que dio ocasión a su marcha fue su excesiva confianza con el padre Claret, su confesor, la causa auténtica fue una rebelión contra el sistema de gobierno que habían presidido vagamente Isabel y su «Corte de los milagros». Los siete años siguientes fueron de confusión. Para ocupar el trono español se llamó a un hermano del rey de Italia, el duque de Aosta, quien tomó el nombre de Amadeo I. Este intento de monarquía burguesa no pudo contener la violencia que había vuelto a surgir entre liberales y conservadores, que

habían recurrido de nuevo a las armas. Amadeo abdicó. Se proclamó la Primera República española. Al principio se pretendió que esta República fuera federal, que en ella las provincias tuvieran derechos sustanciales. Pero los intelectuales que proyectaban esto no pudieron garantizar el mantenimiento de ningún tipo de autoridad central. En el norte, los carlistas volvieron a alzarse dirigidos por un nieto del antiguo pretendiente, y contaron con el apoyo general de la Iglesia por toda la península. En el sur y en el sudeste, muchas de las poblaciones costeras se proclamaron cantones independientes. Una vez más, el ejército acabó tomando el poder. Para restaurar el orden, los generales no encontraron otra alternativa que la de hacer volver al hijo de la reina Isabel, entonces cadete en Sandhurst, y convertido en el rey Alfonso XII.



2. Regiones y provincias españolas

En 1876 se promulgó una Constitución. Gracias a las favorables condiciones comerciales europeas, España fue próspera en la década de 1880. Nominalmente se introdujo el sufragio universal masculino. Pero los resultados de las elecciones siempre se veían falseados por un pacto tácito entre los dos partidos más importantes, el «turno pacífico» llevado a cabo gracias a la intervención del ministro de la Gobernación y de los caciques locales. El pueblo español llegó a considerar al sistema parlamentario —imitación deliberada del inglés— como un medio para excluirle de la política. Alfonso XII, mientras tanto, murió en 1885, a los veintiocho años de edad, dejando un hijo póstumo, Alfonso

XIII, en cuyo nombre gobernó como regente su madre, María Cristina, hasta 1902.[26]

El «piadoso fraude» de la Constitución fue una de las razones de la difusión de las ideas revolucionarias entre la clase obrera. En tiempos de la primera guerra mundial, había en España dos sindicatos generales. El primero, la CNT (Confederación Nacional del Trabajo), se inspiraba en las ideas anarquistas de Bakunin; el segundo, la UGT (Unión General de Trabajadores), era marxista, aunque más reformista que revolucionario. Los socialistas de la UGT colaboraban con el sistema político para conseguir escaños en las Cortes y ganar elecciones en las ciudades, donde cada vez era más difícil la manipulación de votos por parte de los caciques. Pero los anarquistas consideraban que la Constitución era algo corrompido; y la violencia, los asesinatos y las huelgas relámpago emprendidas intermitentemente por los militantes anarquistas sumían a los gobiernos en la confusión. Estos dos movimientos de la clase obrera deseaban regenerar a España por medio de la educación, una mayor moralidad pública, el pacifismo y el anticlericalismo, tanto como por medio de la política.

Otros dos problemas, sin embargo, causaron el hundimiento de la Constitución establecida cuando la Restauración. El primero fue el de Cataluña. Muchos catalanes aspiraban a un reconocimiento de su carácter diferencial del resto de España. Después de la unificación española, Cataluña había continuado viviendo como una región de características propias, pendiente de su capital, Barcelona, y nunca de Madrid. La «cuestión catalana» se agudizó debido al desarrollo industrial de aquella capital durante el siglo XIX. La incompetencia del gobierno de Madrid indignó a los nuevos ricos de la Barcelona de finales de siglo, empujándoles al nacionalismo catalán. Éste, junto con la fe anarquista de los obreros, las altas tasas de

analfabetismo y el ambiente demagógico creado por un partido centralista y oportunista, pero de apariencia desenfrenada, los radicales, convirtió a Barcelona (cuya población crecía rápidamente) en la ciudad más turbulenta de Europa a comienzos del siglo: la «ciudad de las bombas». La gran huelga de Barcelona en 1902 y la de Bilbao en 1903 fueron batallas importantes en las que se crisparon los nervios de todos. La florida arquitectura creada por la próspera burguesía fue el lujoso telón de fondo de una serie creciente de atentados anarquistas. «En Barcelona, la revolución *no se prepara* —escribía el gobernador civil Angel Ossorio y Gallardo— por la sencilla razón de que está *preparada* siempre.»[27] Mientras tanto, las aspiraciones catalanas empezaron a encontrar eco en las provincias vascas, más tranquilas, donde estaba surgiendo una burguesía igualmente autosufidente, cuya riqueza se basaba en el hierro, la banca y el comercio.

La tercera crisis del régimen fue debida a las guerras coloniales, primero en Cuba y después en Marruecos. La guerra de Cuba de 1895 se convirtió en una guerra contra Estados Unidos en 1898; se perdió todo, menos el honor. La derrota inflamó el problema catalán, ya que Cuba había sido el mejor mercado para los tejidos catalanes. La pérdida de Cuba también tuvo impacto psicológico porque muchas fortunas catalanas se habían basado en el comercio cubano. [28] Además, la pérdida del último vestigio del imperio provocó una crisis nacional. Reforzó antiguas causas de descontento e hizo surgir otras nuevas. De manera que el año de la derrota, 1898, fue un momento crítico: los españoles se vieron obligados a considerarse un país europeo pobre con pocos recursos.

Marruecos, sin embargo, ofrecía una nueva posibilidad de imperio. Pero también causaría nuevas conmociones. España ocupaba los dos puertos del norte de Marruecos,

Melilla y Ceuta, desde hacía varios centenares de años. En la década de 1860 había intentado extender su dominio allí, y en la de 1890 había habido más luchas cerca de Melilla. Cosa muy comprensible, España era reacia a permitir que ninguna otra potencia europea se instalara frente a ella en la costa de África. En 1904, a consecuencia de la *entente cordiale* entre Inglaterra y Francia, Francia y España dividieron Marruecos en zonas de influencia, y España se quedó con la parte del norte, de menor extensión. Marruecos entonces era un país atrasado, sin ley, campo abonado para los intereses europeos, y para las inversiones, aunque las tribus de las dos zonas tenían una lealtad formal a un sultán de Fez. El pueblo español, muy mal informado, probablemente veía estos arreglos en las alturas con tan malos ojos como el indolente sultán; ni el uno ni el otro habían sido consultados. Sin embargo, el interés económico siguió a la bandera: las minas de hierro de Marruecos eran ricas. Se produjo una extensión gradual del comercio español, reflejo en parte de una acción francesa similar (si España no hubiera mostrado interés, Francia habría absorbido todo Marruecos). Se fundó una compañía de colonización española, que compraba tierras siguiendo los pasos de las tropas, que avanzaban lentamente. Pero luego se detuvieron los avances; las tribus marroquíes cerraron filas; una serie de reveses obligaron al ejército a pedir refuerzos; en 1909 sufrió serias derrotas; en septiembre de aquel año, el ejército español tenía 40.000 hombres en Marruecos. Pero para entonces se había metido en una aventura imperial que sólo podía acabar con la conquista del norte de Marruecos, a un precio que el país no podía permitirse.

En 1909 la campaña de Marruecos tuvo horribles repercusiones en la península cuando el gobierno de Antonio Maura llamó a 850 reservistas, algunos de Cataluña, todos del nordeste de España. Cuando los hombres

embarcaban de mala gana en el puerto de Barcelona, se convocó una huelga general de protesta, a la que siguió una tumultuosa semana, la Semana Trágica de Barcelona. Los radicales, los socialistas y los anarquistas colaboraron para organizar la huelga, y los radicales inspiraron la quema de iglesias que se produjo entonces. Mucha gente esperaba que esto fuera seguido de una revolución nacional. Pero, faltos de una auténtica dirección política, los amotinados se consumieron en una destrucción absurda. Mientras los dirigentes radicales vacilaban, mujeres radicales, dependientes, delincuentes, jovencitos y prostitutas echaron de los conventos a las aterrorizadas monjas, quemaron sus posesiones, mataron sus animales domésticos y sus gallinas, y desenterraron cadáveres. Un apuesto carbonero bailó con una momia desenterrada frente a la casa del rico marqués de Comillas, «encantado de ser útil como revolucionario». Finalmente, el ejército recuperó el control; habían muerto unas 120 personas,[29] entre ellas sólo tres clérigos. Los amotinados querían destruir «la propiedad y las ilusiones», no la vida. Fueron quemadas unas ochenta iglesias u otros edificios religiosos.

Este desastre fue una sacudida que mostró la violencia que podía haber latente en un país bajo la superficie de la norma constitucional. A las autoridades les preocuparon menos las esperanzas revolucionarías de los radicales o los anarquistas que la destrucción aparentemente sin sentido causada por el pueblo cuando se le subía la sangre a la cabeza. La Semana Trágica fue un revés para la idea de que podía establecerse gradualmente una democracia parlamentaria: si las masas eran tal como se habían manifestado en 1909 —pensó la clase política de la época—, una democracia real acabaría en el desastre. En lo sucesivo, los políticos evitaron las elecciones generales siempre que pudieron, e intentaron organizar coaliciones entre los

grupos de parlamentarios que ya se encontraran en la legislatura. Las manifestaciones internacionales de protesta contra la ejecución del pedagogo anarquista Ferrer y Guardia acusado de ser el principal organizador de los tumultos, también tuvieron un efecto contraproducente: las clases altas vieron en estas protestas las reacciones hipócritas, además de histéricas y basadas en una mala información, de una misteriosa coalición de intrusos internacionales y masones que se haría tristemente famosa con el nombre de la «anti-España».

El jefe del gobierno, Maura, quien a consecuencia de las protestas internacionales, fue destituido por el rey y abandonado por muchos conservadores influyentes, creyó que esta «rendición en las Cortes» después de la «victoria en las calles» sentenciaba al régimen, ya que se había visto que daba pie al desorden, la propaganda y la malignidad. Después de esto, el Partido Conservador, que se había mantenido unido desde la década de 1870, siguió a los liberales en la desintegración. Maura fue el foco de un movimiento de jóvenes políticos airados contra el parlamentarismo, ansiosos de regeneración, pero incapaces de ganar una mayoría para un gobierno. En el «maurismo» hay que ver los orígenes del fascismo; también evidentes en otros países antes de 1914 (con Derouléde y Maürras en Francia, D'Annunzio en Italia, e incluso los voluntarios del Ulster). Maura prometía una «revolución desde arriba». Los maliciosos decían que meramente deseaba una «revolución sin revolución».

Las guerras en Marruecos continuaron, aunque sin éxito. Tánger, el mejor puerto del norte de Marruecos, fue excluido del protectorado español en 1912, en calidad de ciudad internacional, y las tribus se negaron a aceptar la presencia «civilizadora» española. Continuaron afluyendo al país hombres, dinero, alimentos y emoción procedentes de

una España que sólo podía dar lo primero. Las tribus nunca habían estado sometidas al sultán; fue España la que les dio unidad. Así pues, al pretender un imperio, España ayudó a inspirar el nacionalismo del moderno Marruecos.

Al final, los tres principales problemas de la España moderna (inquietud de la clase obrera, la cuestión regional y las guerras coloniales) desbarataron el montaje de la Restauración. Quizá de todos modos aquel edificio político era demasiado frágil para poder sobrevivir mucho tiempo al inteligente historiador conservador, Cánovas, que fue su principal arquitecto, y a Sagasta, el «Viejo pastor», su oponente liberal. En la política moderna las personalidades cuentan tanto como contaban en la época de los reyes. Cánovas fue asesinado. Sagasta murió. Maura falló coma sucesor potencial de Cánovas tanto por la fuerza de su personalidad como por la debilidad de su programa. Aunque el último sucesor de Sagasta, José Canalejas, fue un periodista, orador y reformista de primera categoría, su gobierno, entre 1910 y 1912, pareció una época de batalla contra el control clerical de la educación y la libertad de las órdenes para organizar colegios sin inspección estatal. De hecho, Canalejas revisó el sistema de impuestos en beneficio de los pobres, resolvió temporalmente la cuestión catalana con la concesión de la «Mancomunidad» (autogobierno limitado), y llegó a un compromiso con la Iglesia mediante la «Ley del candado», que limitaba el crecimiento de las órdenes religiosas, a no ser que tuvieran permiso del gobierno. Canalejas también abolió el sistema gracias al cual los ricos podían comprar su exención del servicio militar. No es de extrañar que un historiador inglés le alabara como al «único liberal que hizo cosas».[30] Fue asesinado por un anarquista en 1912. Sus sucesores en la dirección de los liberales (el conde de Romanones, García Prieto, Santiago Alba) no tuvieron el empuje ni las dotes de Canalejas, ni su

comprensión de lo posible.

La primera guerra mundial llevó al climax los problemas de la España de la Restauración. Es sabido que el conflicto benefició a todos los países neutrales, y en España creó mucha riqueza, en contraste con la mucha pobreza que quedaba. Los barcos vascos, los tejidos catalanes, el carbón asturiano, el zinc y el cobre alcanzaron altos precios. Quien más experimentó la inflación consiguiente fue la clase obrera, aunque subieron los sueldos y, en algunos trabajos, superaron a los precios. Enormes cantidades de trabajadores llegaban a Barcelona en el tren procedente de Murcia y Almería al que llegó a llamarse el «transmiseriano». Las discusiones estériles sobre a qué bando debía apoyar España en la guerra sembraban la confusión en el ambiente. (La izquierda era en su mayor parte aliadófila, la derecha mayoritariamente germanófila; de manera que el rey pudo decir que sólo él y «la chusma» esperaban que ganara Inglaterra.) Mientras tanto, el gobierno del conde de Romanones (que personalmente prefería a los aliados) hacía la vista gorda ante las actividades de los terroristas financiados por agentes alemanes que atacaban a industriales partidarios de los aliados. Finalmente el propio Romanones dimitió al plantearse la cuestión de si había que permitir o no a los submarinos alemanes que utilizaran bases españolas para repostar en la batalla del Atlántico.

Ahora el ejército volvió a entrar en la política. La situación se había complicado con la aparición de las llamadas «juntas de defensa», asociaciones profesionales de jóvenes oficiales de infantería que protestaban por las bajas pagas que, igual que las de los trabajadores agrícolas, no habían seguido el ritmo de la inflación, A las juntas tampoco les gustaban los ascensos por méritos de guerra o favoritismo real de que disfrutaban los oficiales que luchaban en Marruecos. Las juntas se fundaron en Barcelona

y se extendieron por toda España. En mayo de 1917, su jefe, el coronel Benito Márquez, un oficial estúpido y sordo, fue arrestado por insubordinación con algunos colegas. Otros «junteros» pidieron que se les arrestara también. El rey aseguró que se pondría a todos en libertad y cayó el gobierno. Todos los políticos quedaron impresionados ante esta nueva rendición. Pero a la prensa le gustaban las juntas, y dio una imprudente publicidad a la idea de que podían ser un primer paso para un movimiento de regeneración a escala nacional. Cambó, el financiero que dirigía el movimiento catalanista burgués, la Liga Regionalista (fundada en 1901), también pensaba así.

Mientras tanto, en el sur de España, las embriagadoras noticias de la Revolución Rusa inspiraban una inquietud difusa que daba lugar a huelgas, ocupaciones de tierras e intimidación de guardias rurales, acciones inspiradas, en su mayoría, por anarquistas; y en Barcelona, los sindicatos anarquistas creían que la crisis les ofrecía una suprema oportunidad.

Ante este desafío en todos los frentes, el nuevo gobierno, encabezado por un conservador convencional, Eduardo Dato, suspendió las garantías constitucionales y clausuró las Cortes. Los políticos más progresistas, ultrajados, respondieron convocando una asamblea alternativa de nacionalistas catalanes que se reunieron en Barcelona para «renovar» la Constitución española. El gobierno la declaró sediciosa, e introdujo la censura. El movimiento de la «Asamblea» podría haber llegado lejos si no hubiera sido por la actuación temeraria de las izquierdas. Los socialistas, influidos por el clima del momento, en 1916 habían abandonado su prudente reformismo, y ahora preparaban una huelga general de objetivos revolucionarios: su programa estipulaba el fin de la monarquía, una jornada laboral de siete horas, la abolición del ejército y su

sustitución por una milicia, la separación de Iglesia y Estado, la nacionalización de la. tierra, la clausura de monasterios y conventos, y —cosa importante en 1917— que no se formulara ninguna declaración de guerra sin plebiscito previo.[31]

Dato adoptó una postura enérgica. Primero definió una huelga de ferrocarriles como una amenaza al Estado y la trató en consecuencia (el gobierno había animado a las compañías ferroviarias a que adoptaran una línea dura). Jugando con la certidumbre de que también los «junteros» en realidad eran opuestos a cualquier alteración del orden social, y de que la progresiva burguesía catalana, por muy truculenta que pareciera, deseaba cualquier cosa menos la revolución, el gobierno recurrió al ejército para hacer frente a la huelga general.

Los socialistas pensaban que por una vez habían hecho una alianza satisfactoria con los anarquistas, y con algunos políticos de centro: los republicanos reformistas. Pero no coordinaron bien su táctica, y la huelga fracasó. El ejército dirigió la represión subsiguiente, y los «junteros» fueron sordos a las súplicas de los socialistas. Murieron setenta personas (la mayoría en Barcelona, luchando para mantener en funcionamiento los tranvías, o para impedir que circularan), y la *Lliga catalana*, impresionada por la revolución de la que había sido responsable en parte, accedió a participar en un gobierno de coalición, dirigido por Maura, que compró a los «junteros» con ascensos. La asamblea de parlamentarios (no oficial) volvió a reunirse en Madrid, pero en un clima de prudencia pidió unas Cortes constituyentes que redactaran de nuevo una Constitución, y no se volvió a hablar más de ella. Ahora Cambó estaba en el gobierno, como ministro de Fomento. Era su gran oportunidad y demostró ser tan competente para planificar como para ganar dinero. Pero el gobierno no duró. No duraba ningún

gobierno. Durante casi cinco años, una serie de gobiernos conservadores no consiguieron siquiera resolver las diferencias dentro del Partido Conservador. Fueron incapaces de afrontar las consecuencias de una recesión económica posbélica acompañada de continuos desastres en Marruecos y de violencia obrera en Andalucía y Barcelona. Lo raro no es que se acabara prescindiendo de la Constitución, sino que ésta durara lo que duró en un país donde se habían producido intervenciones militares con tanta frecuencia durante el siglo anterior. Quizás en realidad no duró después de 1917: no puede existir una democracia si en varias provincias sólo puede impedir la llegada de la revolución la brutalidad de la guardia civil, y en la mayor ciudad industrial sólo puede evitar la guerra civil el contraterrorismo patrocinado por los industriales, contando con la vista gorda de la policía.

Sin duda, en parte la culpa la tenía la situación económica mundial. Durante la guerra, los industriales españoles habían ampliado sus empresas, y ahora tenían que reducirlas. Ahora combatían a la clase obrera, porque había un exceso de trabajadores; en la guerra, habían escaseado. Pero en el enfrentamiento de trabajo y capital entre 1917 y 1923 se vería una guerra de clases que muchas veces estuvo a punto de convertirse en conflicto declarado, y a propósito de cuestiones no estrictamente económicas los empresarios se veían amenazados por la bancarrota cuando no por la revolución, y los anarquistas creían estar al borde del milenio. Dado que las autoridades militares locales, cualesquiera que fueran las opiniones del gobierno central, generalmente estaban de acuerdo con los empresarios y a menudo arrestaban a los huelguistas, el carácter del conflicto adquirió progresivamente más violencia. La actuación del general Martínez Anido (conocido anteriormente como sanguinario gobernador de Melilla)

como gobernador civil de Barcelona de 1920 a 1922 se hizo famosa por su crueldad: un tipo de represión que no se había visto en España en varias generaciones. Apoyó a los sindicatos libres, que parecían cada vez más una unión patronal de rompehuelgas, aunque contaban con cierto respaldo respetable de reformadores sociales católicos. Se infiltraron pistoleros en ellos y aumentó el terrorismo entre los anarquistas. En otras partes de España hubo acontecimientos igualmente trágicos: en Andalucía, comités anarquistas ocupaban gobiernos municipales, los terratenientes se marchaban, aumentaban los salarios; pero, al final, el ejército dominaba a los huelguistas. En Madrid, donde también hubo serias huelgas en 1921, socialistas y anarquistas luchaban unos con otros, tildándose recíprocamente de traidores.

3. El Marruecos español

Finalmente, los anarquistas destruyeron sus posibilidades revolucionarias, cualesquiera que fueran, por disputas internas. Muchos dirigentes fueron asesinados. También murió asesinado el jefe del gobierno conservador, Dato. En 1923, la CNT estaba exhausta. Y España también.

Se habían manifestado reacciones violentas, cada vez más numerosas, en todos los frentes de la vida pública, y se habían creado enemistades que nunca se olvidarían. Una vez más —y no sería la última—, los anarquistas ayudaron a arruinar un sistema que, con todos sus defectos, era susceptible de cambio pacífico, y el que le sucedería iba a ser mucho menos de su agrado.

Las guerras de Marruecos continuaban vinculando al ejército español. Después de algunas victorias de poca importancia, una lenta campaña contra las tribus del Rif, dirigidas por el brillante Abd-el-Krim y su hermano, culminó con la derrota de Anual en 1921. En ella, el general Fernández Silvestre, un oficial romántico y popular, pero imprudente, amigo del rey, fue aplastado con todo su equipo. Cundió el pánico en el ejército del este de Marruecos, cayó un fuerte español tras otro, y los rifeños llegaron a los alrededores de Melilla. Murieron 15.000 ciudadanos y soldados españoles como mínimo.[32] El desastre produjo una conmoción: y más aún la investigación realizada por el general Picasso, que reveló un estado de falta de preparación y de corrupción difícil de imaginar, que era imposible ignorar. La rebelión de Abd-el-Krim y la virtual consecución de un estado rifeño (a pesar de los 150.000 soldados españoles que pretendían su derrota) demostró que, así tomo los franceses a las órdenes del gran Lyautey habían logrado muchas cosas en Marruecos, los españoles habían hecho muy poco en su zona. Además, se creía que el rey había alentado al general Silvestre, por telegrama, en su temeridad.[33]

Se esperaba que todo esto, y la «responsabilidad» del desastre, saliera a la luz en el otoño de 1923. Las Cortes suspendieron sus sesiones durante el verano. Nunca volverían a reunirse de la misma manera. En 1923, la monarquía constitucional estaba herida de muerte, aunque

se había eliminado una amenaza, la de los «junteros», gracias a su disolución un año antes. En parte debido al poder local de los caciques, los partidos políticos de la Restauración no habían llegado a ser gran cosa más que unas tertulias, reuniones semisociales que se celebraban en los cafés en torno a alguna figura. Algunos de los políticos, como los del Partido Reformista Republicano, eran demócratas. Pero la opinión pública no tenía ningún cariño a aquellas Cortes. Los políticos, por su parte, sabían que el ejército no se resistiría a un general popular. Así pues, no hubo voluntad para oponerse a un ultimátum presentado al estilo decimonónico por el general Miguel Primo de Rivera, capitán general de Cataluña, elegido jefe por un grupo de generales importantes: «Tenemos la razón y por eso tenemos la fuerza, que hemos empleado con moderación hasta ahora. Si por su habilidad se nos quiere conducir a transigencias, que nos deshonrarían ante nuestra propia concierna, extremaríamos la petición de sanciones y las impondríamos. Ni yo, ni mis guarniciones, ni las de Aragón, de las que acabo de recibir comunicación en ese sentido, transigimos en nada que no sea lo pedido. Si los políticos, en defensa de su clase, forman un frente único, nosotros lo formaremos con el pueblo sano, que almacena tanta energía contra ellos. Y a esta resolución, hoy moderada, le daríamos carácter sangriento».

Así vino la dictadura del general Primo de Rivera. Alfonso XIII, que sabía de antemano lo que se planeaba, consintió.[34] Le exasperaban los políticos y le gustaban los militares. Este nuevo sistema duró hasta enero de 1930. El rey Alfonso presentó a Primo al rey Víctor Manuel de Italia diciendo: «Mi Mussolini». Pero el general no era fascista. En 1923 tenía ya 53 años y el pelo blanco, aunque era un hombre fuerte. No tenía una masa de seguidores ni una política exterior expansionista. Habría abandonado

Marruecos si hubiera podido. El movimiento que intentó crear, la Unión Patriótica (UP), una asociación de «todos los hombres de buena voluntad», nunca llegó a tener peso. Aunque usó oficiales para hacerse cargo de los gobiernos municipales durante tres años, encarceló o envió al exilio a quienes se le oponían, y prohibió los partidos políticos, no hubo ejecuciones políticas durante los seis años y medio que estuvo en el poder.[35] Al principio, su pronunciamiento incluso fue bien acogido por intelectuales como José Ortega y Gasset, que consideraba que las enfermedades de España requerían un «cirujano de hierro». Lo mismo pensaban tanto los «junteros» como los oficiales que servían en Marruecos, que por una vez estaban de acuerdo. Sin embargo, el ministro de la Gobernación y el director general de Seguridad (en España siempre un cargo importante) eran los generales Martínez Anido y Arlegui, los implacables gobernadores de Barcelona entre 1920 y 1922. Estos militares hicieron desaparecer de la vista los partidos políticos. Mientras tanto, un ambicioso programa de obras públicas (nuevos pantanos, vías férreas, electrificación rural y carreteras) dio ala dictadura un aire de prosperidad. Aumentaron las facilidades para el comercio, como en todas partes en la segunda mitad de la década de 1920, y tanto la producción como el comercio aumentaron en un 300%.[36] Los socialistas accedieron a colaborar y la UGT, a diferencia de su nivel anarquista, pareció que se iba a convertir en una especie de sindicato oficial como los de Suecia. La política financiera del joven Calvo Sotelo consiguió que el capital español apoyara a Primo, y por primera vez los bancos se interesaron por el desarrollo mediante el crédito. (Indirectamente, en este régimen la influencia de Maura fue considerable, aunque no ló apoyara oficialmente.[37] Era una época de planes maravillosos, tanto en España como en el resto del mundo: se inició un gran proyecto de conducción

de aguas en los valles del Ebro y del Duero y en Barcelona se celebró una famosa exposición industrial. Se construyeron enormes estadios, preparando el camino para el auge del fútbol y la decadencia de los toros. La producción de la industria ligera tuvo un buen momento. Y, por encima de todo, el dictador consiguió cerrar milagrosamente la herida de la guerra de Marruecos, aunque Abd-el-Krim en realidad había derrotado a los españoles cuando entraron los franceses en el conflicto. Abd-el-Krim fue capturado y enviado a la isla Reunión, y pareció —y la apariencia era lo importante— que España había obtenido una victoria militar, por primera vez en muchas generaciones.[38]

Sin embargo, esta dictadura sólo puede juzgarse teniendo en cuenta la personalidad del propio Primó de Rivera. Era patriótico, magnánimo, comprensivo y tolerante, y había demostrado su valor físico y moral en Cuba, Filipinas y Marruecos. Una vez entró en un teatro y se puso a fumar, aunque en todas partes había letreros proclamando que estaba prohibido fumar; cuando le informaron de esto, se levantó y declaró con el cigarro en la mano: «Esta noche, todo el invitado puede fumar». Era viudo, y podía pasarse meses trabajando intensamente para desaparecer luego un fin de semana y dedicarse a bailar, beber y hacer el amor con unas gitanas. Podía vérsele casi solo por las calles de Madrid, embozado en una capa, recorriendo los cafés, y, al volver a casa, a veces daba un comunicado locuaz en el que se notaban los efectos del alcohol, lleno de metáforas inesperadas y confidencias embarazosas, que tal vez tendría que cancelar a la mañana siguiente. Deseaba gobernar España como un déspota ilustrado, pero en una época en que el despotismo sólo podía durar si era brutal.

Finalmente Primo de Rivera cayó en parte porque persiguió a la clase media profesional y liberal, pero no la aplastó; por ejemplo, el asunto de «la Caoba» escandalizó a

muchos. «La Caoba» era una cortesana andaluza que, cuando se vio implicada en un caso de drogas, recurrió a Primo de Rivera. El dictador ordenó al juez que la dejara en libertad. El juez se negó y en esto fue apoyado por el presidente del Tribunal Supremo. Primo trasladó al primero y destituyó al segundo. Los que protestaron —por ejemplo, Unamuno, el filósofo, poeta, periodista y profesor de griego— fueron confinados en la calurosa isla canaria de Fuerteventura. Esta acción fue desafortunadamente sintomática de la actitud de Primo hacia los principios de la ley, que él hacía y deshacía impunemente. Esto fue lo más subversivo de su sistema; preparó el camino para una actitud de indiferencia ante la ley que caracterizaría a las derechas españolas de finales de los años 30 y que habría sido impensable en el siglo XIX, tan despreciado por ellas.

Primo también ofendió al ejército, e incluso al rey, con cambios que afectaron a la siempre delicada cuestión de los ascensos en el cuerpo de artillería. Cuando los oficiales de artillería intentaron protestar, Primo disolvió el cuerpo y liberó a los hombres de sus juramentos de obediencia a sus oficiales. Igualmente, los banqueros ortodoxos estaban alarmados ante los planes de impuesto sobre la renta de Calvo Sotelo, y aún más ante el Presupuesto Extraordinario, cuyo objetivo era financiar obras públicas con préstamos cuyos intereses se pagarían recurriendo a las rentas públicas. A nadie, salvo a los beneficiarios inmediatos, le gustaban los monopolios de teléfonos (concedidos a la *American International Telegraphs and Telephone Company*), de la venta de gasolina (concedido a CAMPSA,[39] un grupo de bancos), o de tabaco en Marruecos (vendido al millonario mallorquín Juan March), especialmente cuando la consecuencia del monopolio de la gasolina era hacer depender al país del petróleo ruso.

La Asamblea Nacional consultiva nombrada por Primo

redactó una nueva Constitución, en la que se combinaban los elementos elegidos con los corporativos. Los primeros molestaron a las derechas, y los segundos fueron rechazados por los liberales y las izquierdas. Al rey tampoco le gustó un sistema que le hacía compartir sus poderes de destitución con una copia española del Gran Consejo Fascista de Mussolini. O sea que este proyecto no señaló el camino del retorno a la «normalidad», como esperaba el dictador. Cuando abolió la censura de prensa, recibió una lluvia de críticas. Los estudiantes se le opusieron enconadamente. Hubo dos pronunciamientos contra él, que fracasaron, en Valencia y Andalucía, uno dirigido por un político conservador de setenta años de edad, Sánchez Guerra, y el otro por el ambicioso y joven general Goded, que había sido jefe de estado mayor del victorioso general Sanjurjo en la campaña marroquí. Parecía que había vuelto a empezar la era de los pronunciamientos. Cayó la peseta, y la crisis de 1929 provocó el hundimiento de varios de los grandiosos proyectos financieros presentados por Calvo Sotelo. La llegada de los cines y las radios, y la extensión del uso del teléfono y del automóvil aumentaron las expectativas populares, particularmente los cines, más numerosos en España que en Francia en 1930. Finalmente, deseando que le tranquilizaran, Primo dio el curioso paso de enviar un telegrama a todos los capitanes generales de España, pidiéndoles que averiguaran si los oficiales más antiguos todavía le apoyaban. Ellos contestaron hablando de su lealtad al monarca; pocos fueron los que mencionaron al dictador. El rey dijo a Primo que no era jefe del gobierno en virtud del apoyo del ejército, sino por real orden. De todos modos ahora Alfonso pensaba que el salvador de España podía ser él mismo, y dejó bien claro que confiaba en que Primo se retirara. Y así lo hizo. «Y ahora —dijo el dictador en el último de sus famosos comunicados— a descansar un poco

[...]. ¡Dos mil trescientos veintiséis días seguidos de inquietud, de responsabilidad, de trabajo!»[40] Se fue de España, y unos meses después murió en el Hotel Pont Royal, de París, solo y sintiéndose desgraciado. Tenía sólo sesenta años.

No dejó tras él la base para un régimen. Durante un tiempo, el rey intentó gobernar como había gobernado Primo, con un directorio de ministros presididos por el general Berenguer, que había sido un alto comisario competente y honrado en Marruecos, pero que no era político. De todos modos, hacer volver a España a la Constitución de 1876, como deseaba el rey, habría sido una prueba para el más hábil estadista. El propio Berenguer decía que se había hecho cargo del poder cuando España era como «una botella de champagne que se destapa».[41] Los sentimientos republicanos se extendían por el país. Muchos oficiales del ejército, además de los restos de la Unión Patriótica de Primo, pensaban que el rey se había comportado deshonrosamente al aceptar la dimisión del dictador. Otros eran ahora republicanos impenitentes. La Iglesia tenía una postura ambigua; algunas de sus principales figuras (siguiendo el talante todavía wilsoniano del papa Pío XI) deseaban que se estableciera un sistema democrático si era posible. Otros eclesiásticos eran más oportunistas. Ni la burguesía ni las clases trabajadoras tenían nada que esperar de una continuación de la monarquía. El rey, sin embargo, no estaba preparado para iniciar una dictadura real del tipo balcánico, y el general Berenguer se entretenía antes de convocar elecciones. En el verano de 1930, en el balneario veraniego de San Sebastián, se firmó un pacto entre varios políticos e intelectuales republicanos, los socialistas y los defensores del nacionalismo catalán. Los primeros concedían autonomía a los catalanes que, a su vez, accedían a apoyar los planes

republicanos. En Madrid, tres eminentes intelectuales, el doctor Gregorio Marañón, Ortega y Gasset, y el novelista Ramón Pérez de Ayala, constituyeron el movimiento «Al servicio de la República». Ortega (cuyas elocuentes críticas anteriores al parlamento habían ayudado a Primo de Rivera) escribió un famoso artículo en el que declaraba: «¡Españoles, vuestro Estado no existe! ¡Reconstruidlo! *Delenda est Monarchia*»[42] Y, lo que es más importante, numerosos oficiales descontentos apoyaban a los rebeldes, e incluso los anarquistas, reprimidos pero vivos, habían llegado a simpatizar con los oponentes burgueses dél rey. Para diciembre se había preparado un pronunciamiento. Los conspiradores hicieron circular el siguiente manifiesto: «Surge de las entrañas sociales un profundo clamor popular que demanda justicia, y un impulso que nos mueve a procurarla. Puestas sus esperanzas en la República, el pueblo está ya en medio de la calle. Para servirle, hemos querido tramitar la demanda por los procedimientos de la ley, y se nos ha cerrado el camino: cuando pedíamos justicia, se nos arrebató la libertad; cuando hemos pedido libertad, se nos ha ofrecido una concesión, unas Cortes amañadas, como las que fueron barridas; resultantes de un sufragio falsificado, convocadas por un gobierno de dictadura; instrumento de un rey que ha violado la Constitución y realizadas con la colaboración de un caciquismo omnipotente [...]. No nos apasiona la emoción de la violencia culminante, el dramatismo de una revolución; pero el dolor del pueblo y las angustias del país nos emocionan profundamente. La revolución será siempre un crimen o una locura, dondequiera que prevalezcan la justicia y el derecho; pero es justicia y es derecho donde prevalece la tiranía».

Estos republicanos no sólo se oponían a la idea de que un solo hombre, ni que fuera un Borbón, pudiera destituir y nombrar a un jefe de gobierno, sino que además veían en la

idea de la abolición de la monarquía un paso hacia la modernización de España.

La secuela de acontecimientos fue rápida. En primer lugar, la guarnición de Jaca, en Aragón, en las estribaciones de los Pirineos, se alzó contra la monarquía, dirigida por dos oficiales jóvenes y entusiastas, el capitán Fermín Galán y el teniente García Hernández, antes de que dieran la señal los conspiradores del resto de España. Los dos oficiales, hechos prisioneros cuando avanzaban con sus soldados en dirección a Zaragoza, fueron fusilados por rebelión. La indignación ante estas ejecuciones fue grande. El movimiento fracasó en los demás sitios. Un joven capitán de aviación, Ramón Franco (héroe nacional porque había volado hasta Buenos Aires en el Plus Ultra, atravesando el Atlántico sur por primera vez), despegó para bombardear el palacio real, vaciló, y, en vez de hacerlo, arrojó folletos y luego huyó a Portugal. Los firmantes del Pacto de San Sebastián fueron arrestados. Cuando les juzgaron, se defendieron diciendo que el rey había violado la Constitución al aceptar la dictadura de Primo de Rivera. La reputación de los republicanos aumentó desde sus celdas, donde recibían muchas visitas. Se fundaron varios pequeños partidos para despertar entusiasmo en favor de la monarquía, pero no lo consiguieron. La Unión Patriótica de Primo de Rivera se convirtió en la Unión Monárquica, pero defendía la memoria del dictador, no el futuro del rey. El general Berenguer ofreció unas elecciones. La idea fue rechazada por considerársela insincera y el general, enfermo, dimitió encantado. Después de negociar sin éxito con los políticos, el rey nombró jefe de gobierno a otro militar, el almirante Aznar, que era desconocido e inexperto. El almirante y el rey decidieron poner a prueba a la Opinión pública convocando elecciones municipales, no generales, para abril. En el ínterin, los violentos disturbios estudiantiles obligaran

a la guardia civil a ponerse a la defensiva.

Estas elecciones se celebraron en una atmósfera exuberante, y adquirieron el carácter de un plebiscito. En todo el país aspirantes a políticos de todo tipo celebraron enormes mítines. Cuando el 12 de abril empezaron a conocerse los resultados finales de las urnas, quedó claro que, en todas las ciudades grandes de España, los candidatos que apoyaban a la monarquía habían sido derrotados. La cantidad de votos republicanos en Madrid y Barcelona (que entonces tenían poblaciones de 950.000 y un millón de habitantes, respectivamente)[43] fue enorme. En el campo, la monarquía ganó suficientes escaños para asegurarse una mayoría en el conjunto del país. Pero era evidente que allí los caciques tenían tanta fuerza que podían impedir que la votación fuera sincera.[44] Se proclamó la República en varios sitios, el primero de los cuales fue Eibar, en el País Vasco. La tarde del 14 de abril las multitudes inundaron las calles de Madrid. El gobierno, estupefacto e intimidado, sugirió al rey que aceptara el consejo de los líderes republicanos de abandonar la capital «antes de ponerse el sol» para evitar el derramamiento de sangre. Sólo quería resistir un ministro, Juan de la Cierva (el ministro de la Gobernación en la época de la «Semana Trágica», en 1909). Si el rey lo hubiera hecho, tal vez habría triunfado en Madrid, pero se habría encontrado con las capitales de provincia dispuestas a luchar. Podría haber estallado una guerra civil en aquel momento. Por consiguiente, después de algunas vacilaciones, Alfonso hizo una declaración de tono muy digno:

«Las elecciones celebradas el domingo, me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo [...]. Hallaría medios sobrados para mantener mis regias prerrogativas, en eficaz forcejeo con quienes las combaten.

Pero, resueltamente, quiero apartarme de cuanto sea lanzar a un compatriota contra otro, en fratricida guerra civil [...]. Y mientras habla la nación, suspendo deliberadamente el ejercicio del poder real.»

Con estas graves y sibilinas palabras, el rey se fue de Madrid a la costa, y de ahí al exilio.

El experimento de monarquía constitucional intentado entre 1874 y 1923 fracasó porque era un montaje político defensivo llevado a la práctica como reacción contra la confusión revolucionaria de 1868-1874. Al principio, sus estadistas pudieron contar con el ansia de vivir que afecta incluso a los pobres, después de un cataclismo. Se presentó de nuevo la turbulencia, y Primo de Rivera no pudo volver a contar con ese talante conservador, durante un tiempo. Él creía también que la modernización de España sólo podría producirse bajo un sistema autoritario. Los años siguientes, particularmente después de la huida del rey, volverían a ser tumultuosos, a pesar de que empezaron con mucho orden. De manera que muchos llegaron a creer que podía continuarse la obra de Primo de Rivera, de una forma mejor regulada; mientras que otros también buscaban la autoridad, porque temían al futuro. De momento, sin embargo, el destino de España estaba en manos de los partidarios del cambio y de las oportunidades que éste ofrecía.

3

El advenimiento de la Segunda República. — Alcalá Zamora. — Los radicales. — Los republicanos. — Azaña. — La Institución Libre de Enseñanza. — Los socialistas españoles. — La cuestión catalana. — El cardenal Segura.

«Esta España joven e impulsiva ha alcanzado, por fin, la mayoría de edad», exclamaron jubilosos los republicanos en 1931: un comentario curioso sobre una de las naciones-estado más antiguas, que ya había visto fracasar muchos intentos de regeneración. La República era otro de estos intentos. Al principio, fue prometedora. Al fin y al cabo, la Monarquía había sido derrocada sin derramamiento de sangre. El nuevo gobierno ocupó los ministerios de Madrid con toda tranquilidad. El primer jefe de gobierno de la República fue Niceto Alcalá Zamora, un abogado de Andalucía, con el florido estilo de elocuencia típico de esa región. Cordial, honesto, erudito y confiado, Alcalá Zamora era también vanidoso y entrometido, y, aunque en Madrid parecía amar la libertad más qué la vida, en Priego, su pueblo natal allá en el sur, parecía la encarnación del cacique de los viejos tiempos. Después de haber sido ministro del rey antes de la dictadura de Primo de Rivera, fue presidente del comité revolucionario creado en San Sebastián. Tanto él como otros miembros de su gobierno fueron fervientemente aclamados por la enardecida multitud

mientras atravesaban lentamente en automóvil las calles de Madrid en dirección al ministerio de la Gobernación. Tanto don Niceto como Miguel Maura,[45] nombrado ministro de la Gobernación y, por consiguiente, responsable directo del mantenimiento del orden en el país, eran católicos. Así pues, se les podía considerar como un símbolo de la aceptación del fin de la Monarquía al menos por una parte de la Iglesia. Al fin y al cabo, ¿no se rumoreaba que «los curas de pueblo habían votado por la República» en las famosas elecciones municipales? (Aunque el alcalde de una pequeña población había telegrafiado al ministerio de la Gobernación: «Nos hemos declarado a favor de la República. ¿Qué hacemos con el cura?»)

Los otros miembros del primer gobierno de la República eran anticlericales, cuando no ateos. Había dos miembros del Partido Radical que habían alcanzado gran notoriedad en Barcelona en los primeros años del siglo. En primer lugar, Alejandro Lerroux, hijo de un veterinario andaluz, fundador del Partido Radical y conocido en los años 90 como «El emperador del Paralelo» (barrio de mala nota de Barcelona en dicha época), era, a sus 67 años, ministro de Estado de la República. La edad había enfriado las pasiones de aquel corrompido demagogo. Dispuesto a dejarse sobornar por casi cualquier gobierno o a sobornar a casi cualquier respaldador potencial, enriquecido por sus negocios, ya no era el hombre que en 1905 incitaba a sus partidarios de los suburbios de Barcelona a alzarse contra sus patronos y contra la Iglesia: «Jóvenes bárbaros de hoy: entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura; destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie. [...]. ¡Luchad, matad, morid!».[46] Ahora Lerroux era un orador, periodista y político experto, simpático e incluso afectuoso con sus amigos, diplomático,

siempre buscando el compromiso, y rápido (aunque sólo fuera porque siempre tenía prisas para llegar al teatro o a un banquete). Su partido se había dividido: muchos de los que habían sido radicales en 1910 se habían convertido en socialistas o anarquistas. Lerroux ya no era un revolucionario, los radicales no eran radicales, y casi nadie se acordaba siquiera de los tiempos en que se decía que «un lerrouxista sin su pistola es como un católico sin su rosario». Sin embargo, su inclusión en el gobierno, con su moderado lugarteniente, Diego Martínez Barrio, un jefe masónico de Sevilla,[47] produjo cierta ansiedad en la jerarquía eclesiástica española, no por innecesaria menos real. Pocos años más tarde, un diputado católico resumiría al Partido Radical diciendo que era como un viaje en barco: «gente de todas las edades, de todas las condiciones, de las más diversas ideologías, de los tipos más distintos; unidas sólo para viajar».[48]

Sin embargo, en el primer gabinete de la Segunda República había un grupo de políticos anticlericales más temibles que estos radicales. Eran hombres de la clase media o que ejercían profesiones liberales, y, al igual que otros miles de hombres como ellos, eran los herederos de los reformadores liberales de la España del siglo XIX. Eran los hombres de la Constitución de Cádiz de 1812, que llevaban cien años intentando limitar el poder de las órdenes religiosas, de los latifundistas, y de otras restricciones a la libertad mercantil. Eran hombres cuya actitud intelectual se había formado, directa o indirectamente, en la Institución Libre de Enseñanza, fundada durante la Restauración como una universidad libre y librepensadora, como una escuela ilustrada, por un grupo de profesores universitarios que se habían negado a prestar el juramento de lealtad «a la Iglesia, a la Corona y a la Dinastía» y que, por esta causa, habían sido privados de sus cátedras.[49] La postura mental inculcada

por la Institución Libre derivaba en parte de su admiración por la tolerancia inglesa, y en parte del panteísmo idealista del filósofo alemán Karl Krause, a cuyas clases había asistido en Berlín el primer director de los profesores disidentes, Sanz del Río. Al principio la Institución fue apolítica. Pero en la historia de España todavía no ha habido ni un período en el que el hecho de hacer profesión de libertad de pensamiento haya sido un acto políticamente neutro. Por lo tanto, a pesar suyo, llevados por su amor a la verdad intelectual, estos intelectuales, dirigidos por el sucesor y discípulo de Sanz del Río, Francisco Giner de los Ríos, se vieron obligados a adoptar actitudes políticas. La Institución fue además parcialmente responsable del renacimiento de la cultura española qüe siguió a la pérdida de las últimas colonias americanas en 1898 en la guerra contra los Estados Unidos, y cuyo motor básico fue el dolor por el retraso, la autocomplacencia y la falta de empuje de España.[50] Más tarde, el espíritu de la Institución animó a la oposición intelectual más vigorosa que se enfrentó a la dictadura del general Primo de Rivera. La esperanza de estos intelectuales era que el contacto personal entre profesor y alumno se convirtiera en el modelo para la universidad y otros «institutos», ya que la Institución y su Residencia de Estudiantes de Madrid (con su junta de estudios para postgraduados, destinada a ayudar a ir al extranjero a estudiantes españoles) no podían hacer más que influir en los futuros dirigentes de la clase media.

Estos republicanos estaban representados por varios hombres en el nuevo gobierno de 1931. Estaba el ministro de Justicia, Fernando de los Ríos, sobrino de Francisco Giner de los Ríos, profesor de la Universidad de Granada; teóricamente era socialista, pero, sobre todo, con su fluido y hermoso castellano, era un humanista, demasiado individualista y moderado para ser un verdadero marxista.

También estaba el ministro de Marina, Casares Quiroga, el jurista gallego que sería jefe de gobierno al comienzo de la guerra civil. Estaba el jacobino de Asturias; Alvaro de Albornoz, que, junto con el experto republicano catalán Marcelino Domingo, era jefe de lo que ellos llamaban el Partido Republicano Radical Socialista, imitación del partido francés de Clemenceau y Ferry. Eran ministros de Fomento y de Educación, respectivamente. Y, finalmente, estaba el nuevo ministro de la Guerra, Manuel Azaña, el cual, aunque no era antiguo alumno de la Institución Libre de Enseñanza, era un fiel reflejo de sus efectos.

De haber vivido en un país menos turbulento, posiblemente Azaña habría dedicado su vida a la literatura. Pero en realidad, sus brillantes traducciones de George Borrow, G.K. Chesterton y Voltaire, una novela autobiográfica sobre su época de estudiante, y unas cuantas obras de crítica y polémica constituyeron toda su producción literaria, aparte de una colección de discursos y de un diario extraordinario.[51] Sin embargo, Azaña se vio empujado a la vida política por las circunstancias de su país. Consideraba «la política como un arte; y el pueblo la materia concreta en que trabajaría un artista».[52] Azaña nació en 1880, en una casa situada entre dos conventos en Alcalá de Henares, la vieja ciudad a treinta kilómetros de Madrid, antigua sede episcopal, donde nació Cervantes. Pertenecía a una familia conocida en Alcalá, de funcionarios y políticos liberales. Su madre murió cuando él tenía nueve años. Azaña perdió la fe religiosa en el colegio de los agustinos —situado en el monasterio de El Escorial—, al rebelarse contra su rígida educación. Después se licenció en derecho y estudió en París. Ingresó en la administración del Estado, como jefe de negociado del registro civil. Vivía solo en Alcalá o en Madrid, dedicado a trabajos literarios, traduciendo y haciendo críticas, constituyendo un caso típico entre

muchos otros intelectuales de clase media de su época —y no sólo en España—. Sin embargo, había varias cosas que distinguían a Azaña de otros. En primer lugar, era feo. La conciencia de su fealdad le llevaba a ser muy introvertido, a convertir a su persona en objeto de autoanálisis constante en sus escritos e incluso en sus discursos, a esquivar el trato social (especialmente el de las mujeres), hasta el punto de ganarse las burlas de sus compañeros intelectuales; y, por consiguiente, acumuló en su interior unas reservas intelectuales que le llevarían a la Presidencia de la República Española y que ayudan a explicar la mordacidad de su lengua y la solitaria arrogancia que puso de manifiesto tanto en las épocas de victoria como en las de derrota. Unamuno decía que Azaña era capaz de iniciar una revolución para conseguir que se leyeran sus libros. Muy delicado y sensible, se le tildaba de homosexual, aunque no hay evidencia al respecto. Acabó casándose, en 1929, a los cuarenta y nueve años, con una mujer mucho más joven que él: la hermana de Cipriano Rivas Cherif, antiguo colaborador de su revista literaria. Azaña era también elocuente. Se dio a conocer como orador en unos discursos pronunciados en el Ateneo, el club madrileño que era el centro de la actividad progresista en España desde principios del siglo XIX. Gracias a ello, entró en contacto con otros políticos republicanos, y se ganó su respeto. Sus discursos eran fríos y monótonos, pero fascinantes y bien construidos. Llegó a ser director de un periódico político, *España*, y presidente del Ateneo, fundando después Acción Republicana, un partido republicano propio. Sí Azaña fue ministro de la Guerra en 1931 se debió a que ningún otro de los liberales antimilitaristas se había molestado en informarse sobre el ejército. Inmediatamente, Azaña intentó, con sus discursos y con su conducta, investir a la nueva República de una dignidad que en realidad sólo podría haberle dado el tiempo,

pero que necesitaba inmediatamente para poder sobrevivir.

Admirador de Cromwell, Azaña no sabía economía. Cultivaba un despego sobrehumano y una pureza intelectual que le llevaron a pasar por alto algunos de los hechos reales de la vida española. Era de una integridad absoluta, y los enemigos que no tardaron en surgir se vieron obligados a recurrir al insulto personal para atacarle. Sin embargo, a veces se le consideraría el «hombre fuerte de la República». Quienes le conocían bien le adoraban, mientras que sus oponentes le consideraban a menudo mordaz, despectivo y mezquino. Escogió mal a sus hombres. Creía que la República tenía que ser radical o no ser. Siempre lúcido, dominando cualquier tema que tocaba, vacilante en los momentos críticos, irónico frente al desastre, tan pronto entregado a la intransigencia dictatorial como al optimismo templado por la desesperanza, tenía algo de cobarde físico, aunque se esforzaba mucho en disimularlo. Azaña fue el político más competente y más culto de la República. Desgraciadamente, sus dos impulsos políticos más fuertes eran de hostilidad contra la Iglesia y contra el poder del ejército,[53]No tenía un partido de masas y, por lo tanto, en los primeros años de la República tuvo que escoger entre aliarse con los radicales de Lerroux o con los socialistas. Escogió a estos últimos.

Azaña, Domingo y Albornoz representaban un republicanismo que se había desarrollado vigorosamente en los últimos años de la dictadura: 450 clubs republicanos, con un total de casi 100.000 miembros, tenían las opiniones y las actitudes mentales de Azaña. Además, Azaña había recogido el legado de muchos antiguos liberales, que habían desempeñado un papel muy importante en la política de la Restauración. Pero los seguidores de Azaña, a saber, la pequeña burguesía anticlerical, artesanos, maestros, médicos y funcionarios, que le votaron en 1931, le abandonaron

seducidos por jefes más radicales o más conservadores.[54] Indudablemente Azaña era un estadista; pero, al igual que otros políticos españoles distinguidos, le resultaba difícil retener a sus seguidores. Y no era un innovador; gran parte de su programa político tenía antecedentes en los programas de los liberales de tiempos de Canalejas o en las ideas de los republicanos reformistas entre los que se había contado el propio Azaña durante algún tiempo. Los «republicanos» eran individuos más que hombres de partido: de ahí muchas de sus dificultades.

Aparte de Fernando de los Ríos, había dos socialistas en el primer gobierno de la República. Eran Indalecio Prieto y Francisco Largo Caballero, secretario general del sindicato general socialista, la UGT. El Partido Socialista tenía unos 20.000 miembros y el sindicato algo menos de 300.000.[55] Fundados en 1879 por los españoles que apoyaban a Marx en su lucha contra los anarquistas, tanto el partido como el sindicato habían tenido un desarrollo muy lento hasta poco antes de la primera guerra mundial. Ni uno ni otro podían tener mucha fuerza en aquella Barcelona industrial donde los anarquistas se habían hecho tan poderosos. De ahí que los socialistas encontraran sus adeptos entre los tipógrafos y obreros de la construcción de Madrid, entre los mineros de Asturias, y en las áreas industriales que estaban desarrollándose alrededor de Bilbao, particularmente entre los inmigrantes no especializados de Castilla y Galicia, que fueron quienes provocaron las primeras huelgas serias en España, a partir de 1890.

En 1908, la UGT era un pequeño sindicato, bastante ascético, organizado según el modelo inglés, con funcionarios retribuidos que recolectaban fondos para las huelgas. Sólo tenía unos 40.000 miembros. El partido tenía 6.000. Tres motivos hicieron aumentar el número de sus miembros. El primero de ellos fue la idea, copiada del

Partido Radical, de las casas del pueblo, especie de clubs socialistas que disponían de despachos para los comités de las ramas sindicales locales, una biblioteca donde se prestaban los libros gratis, y un bar. El cuartel de la guardia civil, la iglesia y el ayuntamiento ahora estaban acompañados en la mayoría de las ciudades y los blancos pueblos de España por un cuarto edificio, que expresaba, igual que los otros tres, una idea centralizadora, que en este caso iba unida al pensamiento marxista y a una voluntad de educación. El segundo motivo fue una alianza táctica con los republicanos de clase media, que dio a los socialistas un escaño en las Cortes, introduciendo así a sus dirigentes en la política parlamentaria. El tercer motivo fue la guerra de 1914-1918, que dio a España prosperidad, mayor conciencia política, y mayor interés por los asuntos del resto de Europa. El socialismo convencía fácilmente a los que emigraban del campo a las ciudades, particularmente cuando los socialistas apoyaron a los trabajadores en su lucha para evitar que les obligaran a combatir en Marruecos. Los socialistas estuvieron contra Alemania en la Gran Guerra, y estuvieron en contacto con Cambó y otros en 1917, la época de los proyectos de regeneración que, como hemos visto, tuvieron malos resultados para ellos. Entre los socialistas de aquella época se contaban muchos intelectuales de la clase media, además de los trabajadores. En 1920, la UGT tenía 200.000 miembros. Aquel año, el Partido Socialista coqueteó con los bolcheviques rusos, y luego rompió con ellos.[56] Un pequeño número de socialistas se separó y, uniéndose a ciertos anarquistas descontentos, fundaron el Partido Comunista Español, que, sin embargo, durante mucho tiempo sería insignificante.

En 1925 murió el venerable, paciente e incorruptible padre de los socialistas españoles, Pablo Iglesias. Cuando era un joven tipógrafo, había contribuido a la ruptura con

Bakunin en 1872 y, a partir de entonces, había conducido el partido con habilidad y honradez a través de innumerables vicisitudes. Su sucesor, en el partido y en la UGT, fue su principal lugarteniente, Francisco Largo Caballero, un yesero que se había pasado la vida siendo un funcionario de sindicato y un miembro concienzudo del ayuntamiento de Madrid, dedicado a hacer proyectos de seguros de enfermedad y bibliotecas, a organizar ciclos de conferencias y a negociar con patronos.[57] Largo Caballero, que en 1931 tenía sesenta y dos años, había participado en 1890 en la primera huelga de los obreros de la construcción en Madrid, y no le gustaban los parlamentos, ni tenía talento para desenvolverse en ellos. No era un orador. Creía en los comités, no en las teorías. No había animado a nadie a hacer huelga cuando el pronunciamiento de Primo de Rivera. Había accedido a colaborar (aunque por poco tiempo) con la dictadura de Primo de Rivera como «consejero de Estado». Esto se explica teniendo en cuenta el desprecio de los socialistas a la monarquía constitucional y el temor morboso de Largo Caballero a ceder terreno a sus rivales en la clase obrera, los anarquistas, quienes, aunque desorganizados, eran más numerosos que los socialistas. Durante mucho tiempo, la UGT había sido casi respetada por la burguesía a causa de su disciplina, su eficaz «maquinaria», con sus innumerables comités, su comportamiento práctico, e incluso razonable, en las huelgas (en contraste con los anarquistas), y sus tendencias centralistas. No tuvo nada de extraño que Largo Caballero fuera el primer ministro del Trabajo de la República. Los comités de arbitraje de patronos y sindicatos, y un voto decisorio gubernamental, que había introducido en tiempos de Primo de Rivera para resolver las disputas salariales fueron los predecesores del sistema que introdujo en 1931. Probablemente Largo Caballero debió su popularidad a que miles de trabajadores españoles vieron en

él reflejadas sus propias luchas; era el hombre por excelencia de las casas del pueblo, que había prosperado gracias a su firmeza, persistencia y honradez, y que estaba dispuesto a evitar toda acción revolucionaria extremista.

Indalecio Prieto, su colega en el gobierno republicano —era ministro de Hacienda— era un tipo de socialista muy diferente. Nacido en Oviedo, siendo niño se trasladó con su madre, viuda, a Bilbao, donde fue vendedor de periódicos. Su viva inteligencia atrajo la atención de un millonario vasco, Horacio Echevarrieta, quien lo hizo primero su secretario privado y, más tarde, director de su periódico, *El Liberal de Bilbao*. En 1918, Prieto fue elegido para entrar en las Cortes como diputado socialista, y allí su fácil elocuencia despertó la atención general —y los celos de Largo Caballero—. A partir de entonces, el antagonismo entre ambos caracterizó al Partido Socialista español, reflejando una auténtica división de opiniones sobre cómo debía ser el partido. Prieto se había hecho rico. Calvo, con doble papada y ojos pequeños, la cabeza implantada en un cuerpo diabético de gigantescas dimensiones, parecía y actuaba más como un miembro ilustrado de las clases altas que como un dirigente obrero. «La primera cualidad de Prieto es su gran corazón —escribió sobre él Miguel Maura—. He conocido pocas personas, muy pocas, más sacrificadas, más compasivas, más desinteresadas que Prieto.» Era muy despierto, pero sorprendentemente obediente a la disciplina del partido. Como era un gran estratega parlamentario, se opuso a la colaboración socialista con el gobierno de Primo de Rivera, y fue él quien persuadió a los socialistas a que en 1930 se sumaran a la conspiración contra la monarquía. Prieto, que en 1931 tenía cuarenta y ocho años, era popular entre la clase media.[58] Pero entre los trabajadores siempre causó más impresión la figura más austera de Francisco Largo Caballero.

El presidente de la UGT y del partido hasta 1931 fue Julián Besteiro, el tercero de los socialistas españoles más influyentes, profesor de filosofía y, pese a ser teóricamente marxista, un moderado en lo referente a la política de partido. Pero era contrario a la idea de que los socialistas participaran en el gobierno. Por consiguiente, no tardó en dimitir de la presidencia del partido y del sindicato. Besteiro era humano, cordial, inteligente y culto, pero reservado; nadie le tuteaba.[59]

En los años 30, la clase trabajadora española comprendía ocho millones de personas, de una población de 24 millones. Alrededor de cuatro millones y medio (54,5%) trabajaban la tierra; y los socialistas, de momento, tenían pocos seguidores entre ellos, aunque pronto los tendrían. Los socialistas tampoco tenían muchos adeptos en Cataluña, donde estaban concentradas casi tres cuartas partes de la industria española. Pero, aunque tenían pocos miembros en las mayores industrias de España —los 300.000 que trabajaban en la industria textil— contaban con un considerable apoyo entre los 270.000 obreros de la construcción, los 200.000 que trabajaban en la industria alimenticia, los 100.000 mineros y los 120.000 obreros metalúrgicos. También tenían fuerza entre los 60.000 trabajadores transportistas y entre el medio millón, aproximado, de artesanos.

El último miembro del gobierno republicano de 1931 era un historiador clásico catalán, Nicolau d'Olwer, que fue ministro de Economía Nacional. Aunque había sido activo en la política catalana de los años 20, era menos político profesional que cualquier otro miembro del gobierno; su inclusión en él no tenía más objeto que satisfacer a los nacionalistas catalanes. Como economista, se decía de él que era un «gran helenista».

Cinco de los miembros de este gobierno tenían un

atributo en común: eran francmasones y, por consiguiente, sus enemigos conservadores sospechaban que tenían lealtades antiespañolas.[60]

En el siglo XIX, la mayoría de los liberales españoles habían sido miembros de una u otra de las logias masónicas que, introducidas en España en el siglo XVIII, se habían extendido mucho durante las guerras napoleónicas. En el siglo XX, las personas de ideas progresivas, tanto en España como en el resto de Europa, se sintieron obligadas a ingresar en una logia, sobre todo como postura personal. Aunque al ingresar suscribían los principios de la revolución francesa de libertad, igualdad y fraternidad, los masones, sin embargo, constituían una sociedad secreta sin una verdadera política. Pero la masonería española, aunque no tuviera objetivos políticos claros, era antirreligiosa y anticlerical.[61] Como en España el no creer en Dios era un acto con consecuencias políticas, los eclesiásticos y las personas de derechas creían que la masonería era una conspiración internacional diabólica, organizada en la City de Londres, cuya finalidad era implantar el comunismo ateo. Los jesuitas consideraban especialmente perversa a la masonería, porque veían en sus ritos secretos una parodia profana de su propia orden.[62] Semejante hostilidad, naturalmente, sólo sirvió para aumentar el carácter secreto de los masones. Pero no por esto los masones de España tuvieron un frente político definido. Puede que los masones franceses financiaran el anticlericalismo en otros países y las logias españolas hubieran actuado como centros de conspiración contra Primo de Rivera. Pero, más adelante, hubo divisiones entre ellas. Algunos generales, como Goded, Queipo de Llano y Cabanellas, pertenecían a una logia militar, muchos de cuyos miembros eran fervientes republicanos. Las relaciones entre masonería y marxismo también fueron objeto de apasionados debates. Los hombres de la Institución Libre de

Enseñanza raras veces eran masones. Por lo tanto, no puede considerarse que los masones tuvieran importancia política en los años 30, aunque algunos políticos, como Martínez Barrio, debieran gran parte de su influencia al rango que ocupaban dentro de la masonería.[63]

El problema de Cataluña era el primero que tenía que afrontar la nueva República. Las cuatro provincias de Cataluña habían disfrutado de un pasado medieval de próspera independencia y preeminencia comercial, tema favorito de los románticos. La industrialización y la reducción del analfabetismo en el siglo XIX, como hemos visto, crearon un deseo de autonomía que, al verse frustrado, se convirtió en un movimiento nacionalista. Más rica que cualquier otra parte de la Península, con una estructura de clase moderna y una cultura mediterránea, Cataluña podría haber prosperado dentro de un Estado federal español. Necesariamente tenía que ser rebelde dentro de la estructura borbónica, centralizada y carente de imaginación. La hostilidad al librecambismo y el deseo de proteccionismo tuvieron una parte en la aparición del nacionalismo catalán. Los catalanes, además, se consideraban un «miembro vital» ligado al «cuerpo moribundo» de Castilla.

El catalanismo, sin embargo, debía su fuerza a una combinación de esta interpretación económica con un renacimiento literario manifiesto en los Juegos Florales que habían empezado en 1859, las competiciones poéticas en catalán; así como en la obra de varios poetas, encabezadas por el sacerdote romántico Verdaguer. En los primeros años del siglo XX, la importancia económica de Cataluña aumentó gracias al desarrollo de la energía hidroeléctrica en los Pirineos Orientales. Desde Cataluña se hizo llegar la energía hidroeléctrica a Madrid y Valencia, mientras que el suministro eléctrico en está zona se concentró en la gran compañía de propiedad y financiación norteamericana La

Canadiense (Barcelona Tractión Company). Mientras tanto, los monjes del monasterio benedictino de Montserrat traducían la Biblia al catalán, de las imprentas catalanas salía un alud de literatura original y traducida, se compilaba un voluminoso diccionario y se fundaban muchos periódicos. El catalán se hablaba más que nunca y se convirtió en el idioma habitual de los ayuntamientos. Las excursiones para redescubrir el país catalán, el culto a la danza nacional, la sardana, la creación de coros populares, e incluso la adopción de una divinidad nacional (*la More de Déu de Montserrat*) fueron las manifestaciones culturales de un fuerte nacionalismo político que, a pesar de todas las contrariedades, en 1931 contaba con la lealtad de la mayor parte de la clase media catalana. La Iglesia apoyaba hasta cierto punto al movimiento catalán, en gran medida por la razón negativa de que el catalanismo era antiliberal del mismo modo que todos los movimientos regionalistas lo habían sido alguna vez. Pero el federalismo en el que podría encajarse fácilmente el catalanismo era, no obstante, más de izquierdas que de derechas.

En Cataluña había una multitud de partidos políticos, todos ellos dominados por personas que, en mayor o menor medida, rechazaban la autoridad del Estado unitario castellano. Ningún partido había podido actuar en tiempos de Primo de Rivera, ni en Cataluña ni en ninguna parte. Incluso habían sido cerrados los centros del prometedor partido de la burguesía catalana, la *Lliga Regionalista*. Pero el triunfo de los antimonárquicos en las elecciones municipales de abril de 1931 en Barcelona había sido incluso mayor que en ningún otro sitio. Además, para ser exactos, aquí se había logrado la victoria gracias a la *Esquerra*, un nuevo partido cuyo jefe era un anciano coronel, honorable y romántico, Francisco Maciá, «*l'Avi*», que se había pasado la época de la dictadura de Primo de Rivera conspirando en Francia, en

América Latina, y hasta en Moscú. Aparte de su jefe, la *Esquerra* era un partido de intelectuales, de pequeños comerciantes, que representaba a la clase media baja de Barcelona.[64] Hacia 1930, los industriales catalanes se habían asustado con la actuación de los anarquistas en sus fábricas entre 1917 y 1923, y ante el fracaso de tantas empresas valientes, se aliaron con las derechas ortodoxas españolas. La clase alta catalana, en tiempos, había esperado regenerar a España mediante el resurgimiento de Cataluña. Su jefe, Cambó, había combatido a los antiguos caciques locales a principios de siglo.[65] Pero ahora combatía a las izquierdas y a los radicales. En varias ocasiones, el movimiento catalán había unido a izquierdas y derechas en la causa nacionalista (notablemente en la alianza de la Solidaridad Catalana, en 1906), pero ahora la posibilidad de que volviera a surgir ese frente común era remota.

En 1913, las diputaciones provinciales de las cuatro provincias catalanas se habían fusionado para algunas de sus funciones, de acuerdo con la ley de Canalejas, creando una precursora de la autonomía, la Mancomunidad, que no había afectado a la soberanía española. Primo de Rivera la había abolido. ¿Iba a ser restaurada ahora? ¿O la *Esquerra* iría más lejos? Manuel Carrasco Formiguera, un abogado catalán, invocó a Cataluña para que «declarara la guerra a España». Cuando los concejales elegidos en 1931 salieron al balcón de la Plaza de San Jaime, no sólo se oyó *La Marsellesa y Els Segadors*, el himno nacional catalán, sino también gritos que pedían una república catalana independiente. Luis Companys, lugarteniente de Maciá, un joven abogado que se había hecho una reputación en los años 20 defendiendo a anarquistas y cobrando honorarios simbólicos, proclamó la República como «la República catalana»; y una hora más tarde, desde el mismo balcón, Maciá habló del «Estado y la República catalanes». Por esta razón, Nicolau d'Olwer,

Marcelino Domingo (ambos catalanes de nacimiento) y Fernando de los Ríos hicieron un viaje precipitado a Barcelona para persuadir a Maciá a que esperara la aprobación de un estatuto catalán de autonomía por las nuevas Cortes, que iban a ser elegidas inmediatamente. Maciá accedió, a pesar de que Barcelona estaba en sus manos. Indudablemente demostró prudencia al ser paciente, puesto que los habitantes de Barcelona no eran, ni mucho menos, todos catalanes: más de un tercio de la población de la ciudad habían nacido fuera de Cataluña. Y no podían adivinarse sus opiniones políticas.[66]

La luna de miel de la nueva República duró un mes. Durante este tiempo, la República salía caricaturizada en la prensa como «la niña bonita», en la línea de la feliz *Marianne* del otro lado de los Pirineos; había aparecido por primera vez en 1812 representando la Constitución de Cádiz. El gobierno hizo planes para unas elecciones en junio de las que saldrían unas Cortes provisionales. Éstas aprobarían una Constitución. Entretanto, la bandera roja y gualda de la monarquía fue sustituida por una tricolor, roja, amarilla y morada; el himno nacional pasó de ser la *Marcha Real* al *Himno de Riego* (el himno de los constitucionalistas en 1820); y muchas calles fueron bautizadas de nuevo con nombres de resonancia republicana.

Companys, que se convirtió en el primer gobernador civil republicano de Barcelona, destruyó los archivos policiales, en los que figuraban tanto anarquistas romo delincuentes comunes. El gobierno hizo públicos unos proyectos para la construcción de miles de nuevas escuelas primarias, y, el 6 de mayo, decretó que a partir de entonces la instrucción religiosa ya no sería obligatoria en las escuelas del Estado: aunque «podría darse» a los niños cuyos padres la solicitaran. Este cambio era sorprendente en España.

Los enemigos de la República, sin embargo, ya se

estaban agrupando. Los anarquistas se aprovecharon de la actitud benévola de Maciá para con ellos y del bandazo antiautoritario del país para saldar algunas viajas cuentas en Barcelona, a pesar de que su directorio nacional se había declarado contrarío a una vuelta al terrorismo. Mientras tanto, la República no hizo ninguna purga en la administración nacional ni local, ni en la policía, el profesorado o las representaciones del gobierno. La judicatura siguió siendo la misma. Y lo mismo, desde luego, el ejército. Esta combinación de políticos inexpertos y reformistas con una estructura gubernamental conservadora presentaría muchas dificultades.

Además, aunque la gran depresión había sido menos dura en España que en los países industriales más avanzados, también presentó en este país grandes dificultades, especialmente en el terreno minero. A lo largo de 1931 empezarían a notarse los efectos de la depresión en Cataluña. Entretanto, el regreso de muchos trabajadores del extranjero, particularmente de América, exacerbaría el paro en las regiones más pobres, como Galicia y Andalucía. En el campo, el paro siempre sería doblemente duro que en las ciudades, aunque se notara menos. Y por entonces en España no había subsidio de paro, y los servicios sociales en general eran rudimentarios, en comparación con los que existían en el norte de Europa.[67] Finalmente, el primer estallido de la contienda que continuaría hasta la guerra civil fue la grave pero violenta pastoral del cardenal Segura, arzobispo de Toledo y primado de la Iglesia española, hecha pública a principios de mayo. Este resuelto primado combinaba la inteligencia con la obstinación. Obispo a los treinta y cinco años, había sido trasladado desde su oscura diócesis de Extremadura por intervención especial del rey. Era un erudito que alardeaba de tener tres doctorados, y, cuando, una vez al año, se dedicaba al trabajo social,

trabajaba tan duramente como cualquier párroco. En 1931 no había cumplido aún los cincuenta años, y estaba en la cúspide de su carrera. Su carta pastoral empezaba con un elogio a Alfonso XIII y terminaba con estas amenazadoras palabras: «Si permanecemos quietos y ociosos y nos dejamos ir hacia la apatía y cortedad; si dejamos abierto el camino a todos aquellos que intentan destruir la religión o si esperamos la benevolencia de nuestros enemigos para asegurar el triunfo de nuestros ideales, no tendremos ningún derecho a quejarnos cuando la amarga realidad nos muestre que hemos tenido la victoria en nuestras manos, pero que no hemos sabido luchar como intrépidos guerreros dispuestos a sucumbir gloriosamente».[68]

4

La Iglesia española en 1931. — Su papel en la historia de España. — La Iglesia y la enseñanza. — Las relaciones con el Vaticano. — El Debate.

La Iglesia española, en los años 30, contaba con unos 20.000 religiosos, 60.000 monjas, y 35.000 sacerdotes. Había casi 5.000 comunidades religiosas, de las cuales aproximadamente 1.000 eran masculinas, y el resto femeninas. [69] Sin embargo, en los años 30, dos tercios de los españoles eran católicos no practicantes; es decir, aunque utilizaban las iglesias para bautizos, bodas y funerales, nunca se confesaban ni iban a misa. Según el padre jesuita Francisco Peiró, sólo el 5% de la población rural de Castilla la Nueva cumplió sus deberes pascuales en 1931. En algunos pueblos de Andalucía, únicamente iba a la iglesia el 1% de los hombres.[70] En algunos pueblos, el cura decía la misa solo. En la rica parroquia de San Ramón, en el barrio madrileño de Vallecas, el 90% de las personas educadas en colegios religiosos no se confesaban ni asistían a misa una vez abandonado el colegio.[71] Aunque en el campo las cifras eran muy diferentes, las qüe hemos citado sirven de base estadística para la imprudente afirmación de Manuel Azaña cuando dijo que España había dejado de ser católica.[72]

Azaña quería decir que España ya no era totalmente católica, como lo había sido, por ejemplo, en el dorado siglo XVI. En aquella época, la Iglesia había sido el único vínculo

entre las provincias. La Inquisición española, instituida como tribunal de la ortodoxia religiosa, era la única institución jurídica respetada en todo el país. Financiados por la riqueza procedente de las colonias americanas, los reyes de la dinastía Habsburgo habían intentado conseguir una unidad cultural y política en Europa no alcanzada nunca, ni siquiera en la Edad Media. Los poderosos ejércitos españoles habían sido empleados en un nuevo intento de Reconquista: la de Europa a los protestantes y a del Mediterráneo a los turcos. El rey español había ceñido muy ufano la espada temporal de la Contrarreforma, dirigida en el terreno teológico por la Compañía de Jesús, fundada por el vasco Ignacio y conservando siempre características españolas.

Por lo tanto, el siglo de oro español, cuando el país se puso a la altura de los que han sido, por más o menos tiempo, los grandes de la tierra, fue también la época de apogeo de la Iglesia española. Y si la Iglesia era el lazo que unía geográficamente la nación, también lo hizo socialmente. Los teólogos españoles, al no haber una reforma, se libraban de las argumentaciones sobre las formas del culto tan abrumadoras en el norte de Europa. Por lo tanto, podían discutir, con una terminología casi moderna, sobre las relaciones entre ciudadano y sociedad, e, incluso, plantear el problema de una distribución más equitativa de la tierra. Sin embargo, las grandes naciones vienen a menos por las mismas razones que las alzaron por encima de las demás. Las aspiraciones pseudomedievales de los Habsburgo agotaron el tesoro. La hostilidad de la Iglesia española hacia el comercio, unida a la facilidad con que podía importarse el oró y la plata de América, extinguieron la vitalidad económica de España. La tensión entre cristianos y judíos conversos dio a las controversias intelectuales de este período un matiz casi racista; el «Siglo de Oro» se volvió de

plomo mucho antes de acabar. Cervantes, que escribía cuando las consecuencias económicas de la desorbitada ansia de grandezas españolas se hacían ya sentir, creó la figura de Don Quijote, el personaje más grande de la literatura española, arquetipo del caballero andante en busca de una gloria vana; y el mantenimiento quijotesco de una serie de puntos de vista medievales en el nuevo mundo de la Europa del Renacimiento se convirtió pronto en la característica de un país que había sido el primero en revelar el verdadero nuevo mundo al otro lado del Atlántico. Las ideas de justicia social predicadas por los teólogos reforzaban un punto de vista pre-mercantil que al mismo tiempo recordaba a la escolástica y anticipaba el socialismo. La decadencia intelectual de la Iglesia continuó hasta el punto de que hombres cultos de la más ilustre universidad de España, la de Salamanca, discutían solemnemente, en el siglo XVIII, sobre el idioma que hablaban los ángeles o si el cielo estaba hecho de un líquido parecido al vino o de bronce de campanas.[73] Durante estos años, no había un solo protestante en España, y no se oía una sola crítica contra la presión de la Iglesia sobre el pensamiento de la nación. España poseyó, hasta el siglo XVIII, el mayor imperio del mundo. Pero la cultura española, igual que las costumbres de la corte, se volvió excesivamente formalista, y decayó después de la muerte de Velázquez, en 1660. Las instituciones libres de las provincias, que habían sido de las cosas más vivas de España, decayeron bajo la pesada mano de la burocracia de los Habsburgo y de sus sucesores, los Borbones.

En el siglo XVIII, las ideas de los filósofos franceses empezaron a popularizarse en la corte de los Borbones españoles. Pero, después del hundimiento de los Borbones en las guerras napoleónicas, la Iglesia, que había aumentado su popularidad gracias a su oposición a Napoleón, se

convirtió en el centro de resistencia contra las ideas liberales. Sus representantes más violentos se agruparon en la sociedad del «Ángel Exterminador». Vino la primera guerra carlista. Durante este período, persistía el bajo nivel intelectual del clero. El mayor éxito de los liberales fue la desamortización de las tierras de la Iglesia en 1837. Aunque la Iglesia recibió una compensación, fue en forma de dinero. No pudo recuperar las tierras, que habían comprado los especuladores de la clase media. A partir de entonces, aun cuando la Iglesia mantuvo una oposición implacable contra las ideas liberales, se redujo su influencia sobre la clase trabajadora.[74]

La aparición de la Institución Libre de Enseñanza a finales del siglo XIX coincidió con un resurgimiento de la Iglesia (o fue inspirada por éste). La batalla que Roma había perdido en Francia, Alemania e Italia en el último cuarto del siglo XIX fue la causa de la elaboración de una política destinada a mantener al menos un país —España— «a salvo del ateísmo liberal». Miles de clérigos españoles volvieron de Cuba o Filipinas. Se multiplicaron las órdenes religiosas. También vinieron muchos sacerdotes franceses y, más tarde, portugueses. Se dio nuevo impulso a la construcción de edificios religiosos, y la riqueza de la Iglesia se consolidó con capital español. Se creía, con razón, que los jesuitas y los marianistas dominaban amplios sectores de la riqueza del país, desde el comercio de antigüedades hasta, más adelante, salas de baile y cines. La interpretación que hacían las órdenes religiosas de las encíclicas renovadoras de los papas León XIII y Pío XI era, en realidad, que permitían al clero la acumulación de capital. Un destacado hombre de negocios catalán hizo un famoso cálculo en 1912, según el cual las órdenes religiosas controlaban un tercio del capital del país. En un catecismo popular editado en 1927, a la pregunta «¿Qué clase de pecado se comete al votar por un candidato

liberal?» se respondía: «Generalmente un pecado mortal». Pero a la pregunta «¿Es pecado, para un católico, leer un periódico liberal?» se contestaba: «Puede leer las noticias de bolsa».[75] Pero el nuevo Catolicismo no era un movimiento cínico. Aunque favorecía el *statu quo* y a los ricos, era caritativo, evangélico y se interesaba por la enseñanza, sobre todo. Ciertas órdenes, especialmente los jesuitas y los agustinos, tenían colegios excelentes (aunque convencionales) de enseñanza secundaria (como el de El Escorial, donde se educó Azaña).

Entre 1909 y 1917, la principal discusión política en España había versado sobre el papel de la Iglesia en la enseñanza secundaria y superior. El Estado había decidido teóricamente instituir la enseñanza primaria gratuita para todos y en todas las capitales de provincia había un instituto estatal de enseñanza media, a menudo de poca calidad. Pero los maestros eran casi todos católicos, y los niños pasaban mucho tiempo rezando el rosario. (Había muy pocas escuelas. En 1930, sólo en Madrid, había 80.000 niños que no iban a la escuela.) La Iglesia podía mantener su influencia sobre la juventud, a través de su autoridad en las escuelas estatales y en las dirigidas por órdenes religiosas. Los liberales intentaron cambiar esto, y habían logrado algunas concesiones, pero al final su esfuerzo no dio resultados. Igual que en Francia a principios de siglo, la posición de la Iglesia en la enseñanza y por lo tanto en la cultura general del país se estaba convirtiendo en una obsesión para quienes la rechazaban. Los trabajadores llegaron a pensar que las misiones de las órdenes religiosas en los suburbios de la clase obrera eran el más pernicioso de los males, particularmente si tenían un subsidio estatal y más aún si parecía que, con la coartada de la enseñanza, imbuían una falsa ética a los ignorantes. Los intelectuales como Manuel Azaña o el director de cine Luis Buñuel no podían olvidar a

la Iglesia, aunque rechazaran la religión.

En cuanto a la Iglesia, cuando el cardenal Segura lanzó su ataque contra la República en mayo de 1931, no hablaba en nombre de todos sus fieles. Los sentimientos políticos de la Iglesia española eran demasiada contradictorios para poder ser resumidos en una pastoral enérgica. Puede que muchos miembros de la jerarquía y de las órdenes religiosas fueran tan monárquicos como el primado, más por miedo a lo que pudiera venir que por lealtad a lo pasado. Pero el grupo de intelectuales católicos que escribían en el periódico madrileño *El Debate* eran partidarios de un catolicismo más liberal que pretendía atraer al proletariado urbano hacía la Iglesia o hacer algunas concesiones a la democracia. El cardenal Segura había denunciado *El Debate* calificándolo de «papelucho liberal». Durante las primeras semanas de la República se desató una controversia entre *El Debate* y el monárquico *ABC* sobre la interpretación «accidentalista» que el primero daba de la República: a saber, que, mientras que la Iglesia era eterna, las formas de gobierno eran temporales. *ABC* consideraba que esta actitud era cobarde. Así pues, no puede darse una visión clara de la actitud política de la Iglesia en cuanto tal. Es cierto que, desde la confiscación de las tierras eclesiásticas durante el siglo anterior, las órdenes religiosas y la jerarquía habían sido capitalistas. Pero muchos frailes y la mayoría de los sacerdotes (excepto los que vivían en los barrios ricos de las grandes ciudades) tenían unos ingresos tan pequeños como los de sus feligreses.[76] Se consideraba con razón a la jerarquía como la aliada de las clases altas. Pero el cura de pueblo, e incluso el cura de una zona pobre de una gran ciudad, era considerado a menudo como un consejero relativamente amable, que podía influir sobre las autoridades, a veces con éxito, en favor de los oprimidos.[77] La clase trabajadora española, sin embargo, se indignaba

cuando un sacerdote era claramente hipócrita y estaba en flagrante contradicción con las enseñanzas de Cristo sobre la pobreza, o se mostraba respetuoso ante los ricos. Entonces cualquier castigo parecía pequeño para él, y su iglesia corría el riesgo de ser pasto de las llamas. (Cuando los incendiarios anarquistas pidieron las llaves de la iglesia al cura de Palamós, durante los hechos de 1909, él les respondió: «Quememos la iglesia, pero también la fábrica; perdamos el pan igualmente vosotros y yo. ¡Vamos a empezar por la fábrica.!» El cura empezó a bajar la colina, pero no se quemó ninguno de los dos edificios).[78] Durante los disturbios de 1909, la clase trabajadora de Barcelona demostró una completa ignorancia de lo que ocurría en los conventos, y un gran interés al respecto. Se suponía que en aquellos misteriosos edificios se guardaban los cuerpos de jóvenes martirizadas, además de valores y acciones. Pero el cadáver expuesto en el colegio de las hermanas de la Inmaculada Concepción en Pueblo Seco resultó ser el cuerpo embalsamado de Leonor de Aragón, muerta antes de 1450. También se suponía que las monjas debían de ser ricas, desde el momento en que podían llevar aquella vida contemplativa. De manera que se consideraba que cada convento era una conspiración contra la democracia».

Siempre fue raro, incluso en momentos de revolución, que los vecinos de un pueblo mataran a su propio cura o quemaran su iglesia, a menos que se supiera que era un amigo de la burguesía. En estas circunstancias, aun entonces, generalmente se dejaba actuar a gentes que vinieran de otros pueblos. No era corriente que los españoles destrozaran la imagen de una virgen local o una iglesia local. El arzobispo de Valladolid comentó una vez que «aquella gente estaría dispuesta a dejarse matar por su Virgen local, pero no tendría ningún inconveniente en quemar la de sus vecinos a la menor provocación».[79] Sin embargo, en la

Semana Trágica de 1909, los trabajadores llevados por su odio a la religión habían decapitado y descuartizado imágenes religiosas, habían abierto tumbas, y habían intentado destruir por encima de todo. Continuaban haciendo responsables de todos los cataclismos a las órdenes religiosas de clausura, y esta creencia agradaba a los anarquistas y a los anticlericales republicanos, que la fomentaban.

La Iglesia española del siglo XX creaba dificultades al Vaticano. Las manifestaciones públicas de fanatismo y superstición no demostraban precisamente un verdadero espíritu religioso.[80] En 1931, el papa Pío XI era por lo menos tan liberal como los que escribían en Madrid en *El Debate*. Su secretario de Estado, Eugenio Pacelli, ya empezaba a concebir la idea de la creación de partidos demócrata-cristianos, que llevaría a la práctica al convertirse en papa, con el nombre de Pío XII, después de la segunda guerra mundial. Cuando, el 22 de mayo de 1931, el gobierno dio un decreto proclamando la libertad religiosa, el cardenal Segura se fue a Roma, donde el papa Pío le indicó que la prudente cautela del nuncio, monseñor Tedeschiní, era la mejor política que podía seguir la Iglesia en España. Pero Segura, desde Roma, lanzó un ataque público contra el gobierno. Su reputación no mejoró cuando, un mes más tarde, volvió subrepticiamente a España atravesando los Pirineos, sin pasan por ningún puesto fronterizo. Llegó hasta Guadalajara antes de que lo detuvieran. Entonces el gobierno le expulsó del país, escoltándolo hasta la frontera. (Se supo que Segura había intentado vender tesoros eclesiásticos para ayudar a la Iglesia a constituir un fondo con el que combatir a la República). El cardenal no volvió a España hasta que empezó la guerra civil. Después de unas delicadas gestiones diplomáticas, monseñor Goma, un hombre de vasta cultura que había sido obispo de Tarazona, le sucedió como primado

y arzobispo de Toledo.[81]

Entretanto, Herrera y sus amigos del periódico *El Debate*, lanzaron un movimiento católico constitucional, Acción Nacional, a finales de abril de 1931, con el propósito de crear una organización electoral que reuniera a los «elementos de orden». Pero algunos de los miembros de este partido supuestamente «liberal», como Antonio Goicoechea y el conde de Vallellano, eran casi monárquicos autoritaristas. Otro miembro era el poeta José María Pemán, el «hombre de ideas» de la Unión Patriótica de Primo de Rivera que era un romántico enamorado del pasado.[82] No era un comienzo muy prometedor para el primer partido conservador con movimiento de masas que surgía en España; sin embargo, llegó a movilizar masas, jugando con los temores de quienes se sentían atropellados por el creciente anticlericalismo del gobierno y sus partidarios.

El anticlericalismo era comprensible en la España de los años 30, y los liberales entregados a la causa de liberar a la enseñanza y a la cultura de la opresión sofocante del catolicismo actuaban dentro de una gran tradición decimonónica. Pero en España, el verdadero problema cultural seguía siendo la falta de enseñanza. Por ejemplo, casi veinte provincias españolas tenían una tasa de analfabetismo del 50% o más, y sólo dos provincias (Barcelona y la provincia vasca de Álava) tenían una tasa de menos del 25%. Madrid tenía un 26%. Habría sido más prudente, y habría demostrado una mayor perspicacia, que la República se hubiera concentrado en la creación de nuevas escuelas, en vez de atacar a las órdenes religiosas que ya tenían buenos colegios, aunque exclusivistas, por mucho que el padre Montes hubiera irritado a Azaña en el colegio de los agustinos. Además, gustara o no, la Iglesia en España incorporaba una larga tradición en la vida española; en realidad, había creado el patrón de esta vida. Por lo tanto,

era fácil decir que el anticlericalismo era un elemento de la «anti-España»; y muchos lo decían.

5

Los disturbios de mayo de 1931. — La quema de iglesias. — Las conspiraciones de los monárquicos. — Carácter del anarquismo español.

El domingo 10 de mayo de 1931, pocos días después de la publicación de la carta pastoral del cardenal Segura, se observó qué un grupo de oficiales del ejército y de aristócratas que se consideraban especialmente leales al rey Alfonso se reunían en una casa de la calle de Alcalá, una de las principales de Madrid. En teoría, simplemente estaban fundando el Club Monárquico Independiente «para servir de lazo entre los elementos que desean trabajar en favor de los ideales sustantivos de la monarquía». Era una respuesta monárquica y de derechas a la Acción Nacional de los católicos «liberales». Pero un gramófono tocaba la Marcha Red. Se congregó una multitud delante de la casa. Dos monárquicos (uno de ellos era el marqués Luca de Tena, director de *ABC*, el diario monárquico) que llegaban tarde, gratamente sorprendidos al ver tanta gente en la calle, gritaron: «¡Viva la Monarquía!» El taxista que los llevaba replicó gritando: «¡Viva la República!» Los monárquicos protestaron contra el taxista, e inmediatamente circuló el rumor de que lo habían matado. La gente, enfurecida, prendió fuego a varios automóviles de los monárquicos asistentes a la reunión. En un momento se multiplicó el número de personas de la calle. La luna de miel de la

República había terminado. Una muchedumbre furiosa se dirigió hacia el edificio de *ABC*, al que prendieron fuego. El ministro de la Gobernación, Miguel Maura, amenazó con dimitir si no se le permitía llamar a la guardia civil,[83] pero es comprensible que el gobierno vacilara. Azaña dijo que todos los conventos de Madrid no valían la vida de un republicano. Finalmente se dispersó la multitud. Pero, al día siguiente, volvieron a producirse disturbios. Fue incendiada la iglesia de los jesuitas de la calle de la Flor, en el centro de Madrid. En sus muros requemados se habían escrito estas palabras: «La justicia del pueblo contra los ladrones».[84] Aquel mismo día fueron incendiadas otras varias iglesias y conventos de Madrid.[85] En pocos días, los incendios se habían extendido a Andalucía, especialmente a Málaga. Maura obtuvo permiso para utilizar el ejército en vez de la odiada guardia civil, y se proclamó la ley marcial. Toda España empezó a alarmarse. No hubo ningún muerto, aunque varios frailes escaparon en el último momento. Así y todo, evidentemente había caído una mancha sobre el historial de la República. En toda España habían sido asaltadas unas cien iglesias. El gobierno censuró públicamente a los monárquicos por haber desencadenado los alborotos, y suspendió no sólo *ABC* sino también *El Debate*.

Sin duda a algunos de los asistentes a la reunión en aquella casa de la calle de Alcalá les habría gustado una insurrección contra la República. No contaban, para esto, con la aprobación del rey Alfonso (entonces en París), que había aconsejado a sus partidarios (incluidos los oficiales del ejército) que sirvieran a la República.[86] Unos días antes, había hecho unas declaraciones muy dignas a *ABC*, en las que había dicho: «Los monárquicos que quieran seguir mi opinión no sólo se abstendrán de poner obstáculos al actual gobierno, sino que le apoyarán en todos sus planes políticos.

Por encima de las fórmulas de república o de monarquía está España».[87] Aunque indudablemente consideraba este método como el mejor medio para poder volver al trono español, es obvio que don Alfonso no deseaba hacer la vida imposible al nuevo gobierno. En consecuencia, la inmensa mayoría de los jefes y oficiales del ejército, de la aviación y la marina prestaron juramento de fidelidad al nuevo régimen.[88] Pero algunos no tenían la menor intención de colaborar con la República.[89] Las cabezas de estos conspiradores potenciales eran los generales Orgaz, Cavalcanti y Ponte. Otros activistas eran el marqués de Quintanar, que se dedicaba a buscar dinero; Ramiro de Maeztu, miembro de la generación del 98, después atraído por el anarquismo, embajador, periodista, y ahora casi un fascista; el intelectual carlista Víctor Pradera; y algunos monárquicos más jóvenes, como Sáinz Rodríguez, enormemente gordo («un latifundio de carne», como le describieron una vez), erudito y bohemio. Estos conspiradores pronto decidieron crear un nuevo partido monárquico legal; bajo la inspiración de *Action Francaise* crearían una revista, *Acción española* (que no hay que confundir con el partido llamado Acción Nacional), dirigida por Ramiro de Maeztu, en la que defenderían públicamente una insurrección contra la República (la redacción de la revista crearía además un centro de estudios para «reunir textos sobre el tema de la legalidad de una insurrección»); y fundarían una organización para crear «un ambiente revolucionario» en el ejército.[90] Pronto surgieron otros grupos políticos de derechas: Acción Castellana; un movimiento derechista regional de Valencia dirigido por un antiguo carlista, el periodista Luís Lucia; y un partido agrario de terratenientes castellanos. El antiguo movimiento carlista también empezó a actuar. Otros monárquicos discutían cómo podían perturbar la política económica del

gobierno fomentando la fuga de capitales. Estos monárquicos españoles de los años 30 eran influyentes, ricos, más autoritarios que el rey cuya causa en teoría defendían, y evidentemente mostraron mucha más imaginación en sus esfuerzos para derrocar a la República que la que habían mostrado para intentar defender al rey.[91]

En cuanto a los que protestaron contra ellos aquel domingo por la mañana de 1931, algunos eran simplemente madrileños que paseaban por la calle principal de la capital, como era costumbre en las mañanas domingueras. Pero la quema deliberada de iglesias (y la quema de la redacción de *ABC*) fue probablemente obra de los anarquistas.[92]

Las aspiraciones de los anarquistas españoles en 1931 se habían modificado, aunque no habían cambiado, desde la llegada a España del primer emisario de Bakunin en 1868. Hasta aquel momento, el cuerpo de ideas socialistas revolucionarias había tenido pocos adeptos en España. Unos cuantos intelectuales de la clase artesanal se habían sentido atraídos por el federalismo: Proudhon fue traducido al español por Pi y Margall, uno de los líderes (y durante un tiempo jefe de gobierno) de la Primera República. En 1868, llegó a Madrid Giuseppe Fanelli, un diputado italiano, antiguo compañero de armas de Garibaldi y ahora admirador apasionado de Bakunin, que era todavía la principal figura de la Internacional. Aunque Fanelli no hablaba español, y aunque de los diez asistentes a la reunión (casi todos tipógrafos) sólo uno entendía el francés, sus ideas produjeron una impresión extraordinaria.[93] Fanelli puso en contacto a los trabajadores españoles con Europa y les indicó la necesidad de organizarse. Más tarde, dos españoles fueron a ver a Bakunin a Basilea. Hacia 1873, había 50.000 «bakuninistas» en España, conocidos al principio como «internacionalistas», y, más tarde, con el nombre más exacto de anarquistas. A estos hombres les parecía que acababa de

proclamarse una nueva verdad. El Estado, puesto que se basaba en ideas de obediencia y autoridad, era malo. En su lugar, había que crear comunas autónomas —municipales, profesionales u otras sociedades— que harían pactos voluntarios entre sí. Toda colaboración con los parlamentos, los gobiernos y la religión organizada era condenable. Los delincuentes serían castigados por la censura de la opinión pública. En sus puntos de vista, Bakunín, al igual que Tolstoi, estaba influido por la nostalgia de la vida campesina rusa que había conocido en su infancia. También es imaginable que los españoles, entre quienes se extendieron tan ampliamente estas ideas, ansiaran volver a la simplicidad de las épocas anteriores al inflexible Estado moderno, de las sociedades medievales en villas y unidades provinciales autónomas que habían florecido en España igual que en el resto de Europa. En gran parte de España, el dinero entonces era todavía una innovación. Así pues, el anarquismo era más una protesta contra la industrialización que un método para organizaría en beneficio público. Tal vez la Iglesia, que tanto sufriría sus consecuencias, había ayudado a preparar el camino; su hostilidad contra el instinto competitivo, particularmente el de los españoles que lo manifestaban, hacía que las ideas de Fanelli parecieran simplemente una continuación honrada de la antigua fe; quizás incluso se trataba de la verdadera reforma que nunca se había producido. Era una época en que los terratenientes (especialmente los nuevos, que habían adquirido tierras de la Iglesia) reconocían cada vez menos sus obligaciones para con los campesinos, que cada vez más se estaban convirtiendo en un proletariado sin tierra y sin derechos.[94]

La querella entre Marx y Bakunín en el seno de la Internacional dividió a su sección española. La masa del movimiento español, los anarquistas, fueron casi los únicos en Europa que continuaron detrás de Bakunín. Una minoría,

los socialistas, formaron un partido propio, que siguió a Marx. Los primeros iniciados anarquistas —tipógrafos, maestros y estudiantes— iniciaron unapolítica deliberada de educación, dirigida principalmente a los trabajadores andaluces. Los militantes revolucionarios iban de pueblo en pueblo, como frailes caminantes. Organizaron escuelas nocturnas, donde los campesinos aprendieron a leer, a ser abstemios, vegetarianos, fieles a sus mujeres, y quizás a disertar sobre lo malo que era, moralmente, el tabaco o el café. Aunque en 1872 el débil gobierno proscribió las Internacionales, los anarquistas ocuparon el primer puesto entre los cantonalistas revolucionarios de la época. Aquel año, en una gran huelga que tuvo lugar en Alcoy (Alicante), los anarquistas transformaron el ayuntamiento en un comité de seguridad pública, mataron al alcalde y a los guardias civiles, y pasearon triunfalmente por el pueblo las cabezas de estos últimos, preludio de las muchas violencias que vendrían después.

La Restauración de 1874 trajo consigo la represión y el movimiento pasó a la clandestinidad. Disminuyó el número de militantes, se produjeron disputas, tan agrias como inútiles, y los antiguos militantes fueron calumniados y traicionados. Se fundaron varios sindicatos no políticos libres de influencias anarquistas. Sin embargo, algunos radicales de la clase media, como el heroico Fermín Salvochea, de Cádiz, se pasaron a los anarquistas. Estos hombres predicaban la libertad y eran muy disciplinados. Se oponían al matrimonio convencional (y eran partidarios de la abolición de los valores morales de las clases media y alta), pero vivían como santos. Sus partidarios se esforzaban en imitarles, tratando a menudo de acelerar el milenio con alguna acción violenta espontánea que, al ser reprimida cruelmente, engendraría más violencia. Por todo el sur de España, sin embargo, durante los años ochenta, noventa, y el

primer decenio del siglo XX, el anarquismo siguió propagándose como si fuera una religión, acosado por las persecuciones o el hambre, pero nunca vencido, cada vez con mayor cantidad de trabajadores agrícolas convencidos de que un día, quizá después de la próxima incautación de tierras, se derrumbaría el edificio de la vieja España, con curas y terratenientes, y llegaría el mundo del amor y de la redistribución de la tierra. Los que habían sido bandoleros en la década de 1840 se hicieron anarquistas en la de 1880. Andalucía, abandonada durante tanto tiempo por la clase alta, se vengó propugnando una doctrina cuyo triunfo significaría la destrucción física de aquella clase alta y de sus amigos y servidores. Muchos campesinos aprendieron a leer gracias a la enseñanza anarquista, y era lógico que creyeran sin reservas casi todo lo que leían en las octavillas mal impresas de Bakunin y Proudhon. Cuando descubrían que Bakunin había dicho que no se ganaría el nuevo mundo hasta que se hubiera estrangulado al último rey con las tripas del último cura, les entraban deseos de comprobarlo. Con una pistola y una enciclopedia, ¿no podían conseguirlo todo? Este talante milenario, producto de la clandestinidad, seguiría existiendo durante mucho tiempo al llegar la época de la libertad de asociación.

Los terratenientes y la guardia civil se encontraban en un estado casi permanente de pánico bajo la amenaza que, aparentemente, se les presentaba en la Andalucía revolucionaria, y empezaron a actuar como si ellos también vivieran tan alejados de lo práctico como sus enemigos, a los que atribuían un nivel de organización que distaba mucho de existir, en realidad. El incidente más famoso fue la conspiración de la «Mano Negra», en 1883, que la guardia civil pretendía haber ahogado, después de que quemaran varias cosechas y mataran a varios guardias rurales, justo antes de que toda la clase alta andaluza fuera atrozmente

asesinada. Aunque no es cierto que existiera tal proyecto, catorce militantes fueron agarrotados en la plaza principal de Cádiz, tras un simulacro de juicio. Esto acabó momentáneamente con la actividad anarquista en Andalucía, aunque la mayoría de los pueblos continuaron teniendo «su obrero consciente», el trabajador que mantenía la conciencia anarquista.[95] Nueve años más tarde, 4.000 campesinos armados con hoces entraron en Jerez gritando: «¡Viva la anarquía!», y mataron a unos cuantos tenderos mercenarios. La caballería reprimió la insurrección, cuatro hombres fueron ejecutados y muchos condenados, incluso uno (Salvochea) que estaba en la cárcel en los momentos de la gran marcha.

«La Idea» (como llamaban al anarquismo sus partidarios) también llegó a Barcelona, quizás en parte a consecuencia de la emigración de trabajadores andaluces a las fábricas textiles, aunque Barcelona había aumentado de dimensiones sobre todo gracias a las gentes procedentes del campo catalán. En 1880 los anarquistas catalanes eran 13.000, mientras que en Andalucía había unos 30.000. Pero los militantes cambiaban mucho y a veces parecía como si los obreros textiles de Barcelona fueran a pasarse al socialismo. Además, el anarquismo catalán siempre fue más organizado que el de Andalucía; desde el principio, los obreros comprendieron que era necesaria la planificación para derrotar tanto a los sindicatos rivales (basados en ideas cooperativistas) como a los industriales. En cambio, los pobres trabajadores sin tierra del sur estaban dominados por el sueño de dirigir su propio pueblo sin la brutalidad de los agentes del terrateniente y los guardias civiles, la astucia mercenaria del tendero del pueblo y la interferencia paternalista del cura. Las disputas entre estas dos escuelas del movimiento libertario se manifestaron estruendosamente en innumerables congresos celebrados en la década de 1890:

los más antiguos calificaban de criminales a los últimos, y éstos afirmaban que a los colectivistas sólo les interesaba tener un nivel de vida más alto. Pero, incluso en Barcelona, el terrorismo inflamaba la imaginación de los obreros no especializados y a menudo analfabetos que acababan de llegar a la ciudad, e incluso los más magnánimos eran incapaces de negar el valor de la «propaganda por el hecho», como la llamaba el anarquista italiano Malatesta: cualquier acto repentino de violencia provocaría el pánico en la burguesía. Hubo un famoso atentado contra el capitán general Martínez Campos en 1893; su frustrado asesino fue ejecutado; y, para vengarse, un amigo de éste tiró una bomba en el Teatro del Liceo, en Barcelona, matando a 21 personas. En represalia, fueron ejecutados el asesino y varias personas inocentes. Entonces tiraron otra bomba en una procesión del día de Corpus Christi, en la que murieron diez personas. La responsabilidad anarquista no se pudo probar, pero fueron ejecutados cinco anarquistas y otros fueron encerrados como ganado en el castillo de Montjuich, donde murieron varios por inanición. Se produjo un escándalo internacional, y, en represalia, el primer ministro, Cánovas, fue asesinado por un anarquista italiano. Para entonces, aunque existían relaciones de amistad entre los anarquistas españoles y sus camaradas del otro lado de los Pirineos (incluidos los rusos), el movimiento parecía indígena español, principalmente por haber absorbido el federalismo de clase media-baja de Pi y Margall, que estaba en la base de buena parte de la especulación política española (todavía en 1937, una destacada intelectual anarquista, Federica Montseny, se declaró más próxima a Pi que a Bakunin).[96]

En los primeros años del siglo XX, empezaron a funcionar en Barcelona varias escuelas racionalistas que aspiraban a dar una versión más culta del anarquismo; la más célebre fue la Escuela Moderna de Barcelona, dirigida

por Francisco Ferrer y Guardia, un masón, agitador, conspirador, jugador de bolsa, galanteador y optimista.[97] Estas escuelas eran unos experimentos educativos radicales, en la tradición de Tolstoi, que, en un ambiente tan católico como el de España, tenían que causar escándalo: Ferrer, por ejemplo, despreciaba deliberadamente lo convencional llevándose de excursión a sus alumnos el Viernes Santo. No fue por azar que quien en 1906 intentó matar al rey y a la reina el día de su boda, fuera Mateo Morral, empleado de la editorial que tenía Ferrer en Barcelona. En cambio, es casi seguro que Ferrer no tuvo nada que ver con la preparación de la Semana Trágica de Barcelona, aunque fue juzgado y fusilado como su «principal organizador», sin más pruebas que las declaraciones falsas de unos cuantos radicales que querían acabar con él. (En realidad fue ejecutado porque llevaba mucho tiempo propugnando una revolución, aunque no la hubiera organizado.) La muerte de Ferrer dio a los anarquistas un mártir de fama internacional y perjudicó a los radicales, que habían intentado minar la fuerza que tenían los anarquistas entre los obreros catalanes.[98] El gobierno dio por sentado que la federación anarquista obrera de Barcelona había sido el instrumento de que se había valido Ferrer, ayudado por los trabajadores franceses y —¿cómo no?— por la masonería internacional; los anarquistas fueron perseguidos; y en consecuencia, los trabajadores se acercaron cada vez más a ellos, y se alejaron de los programas políticos, como los de los radicales. De allí en adelante, además, los líderes obreros moderados perdieron terreno ante los más violentos, que consideraban románticamente la Semana Trágica como una versión española de la Comuna de París, una «epopeya» que, si era posible, había que volver a representar.

La Semana Trágica condujo a la formación, en 1910, de la primera federación de trabajadores a nivel nacional, la

Confederación Nacional del Trabajo, CNT,[99] que desde el principio estuvo dominada por los anarquistas. Inaugurada en 1911, sus líderes combinaban las ideas de los supervivientes de la generación de Bakunin con las del príncipe Kropotkin, Malatesta y Ferrer, y también estaban influidos (como lo había estado Ferrer) por ideas venidas de Francia, donde los dirigentes obreros se encontraban en plena marea de entusiasmo por el sindicalismo y la idea de la guerra a muerte en lo económico. Sin duda los miembros de la CNT eran todavía una minoría incluso entre los trabajadores organizados de Barcelona. Pero su brío y su violencia llamaban la atención. Sus técnicas eran el sabotaje, los disturbios, el anti-parlamentarismo, y, sobre todo, la huelga general revolucionaria, concienzudamente planeada y llevada a cabo sin piedad, que se convirtió en la esperanza fundamental de los trabajadores españoles como medio de lograr el objetivo del «comunismo libertario». Como se suponía que una huelga oportuna tendría una eficacia inmediata, no había fondos de huelga, aunque muchos trabajadores anarquistas tampoco hubiesen podido contribuir a ellos. Hasta 1936, en todo el sindicato sólo hubo un funcionario remunerado. En las reuniones no había orden del día, y no había un cuartel general, aparte de las redacciones de los periódicos o las imprentas de los tipógrafos.

La guerra mundial acrecentó el interés de todos los trabajadores españoles por Europa. La Revolución Rusa llevó este interés al máximo. En Cataluña actuaron agentes alemanes, qué sobornaban a pistoleros y a anarquistas corrompidos para que atacaran a hombres de negocios aliadófilos, asegurándose además los servicios del corrompido jefe de la sección política de la policía de Barcelona. Las interminables crisis gubernamentales de la monarquía hacían creer a los dirigentes anarquistas que su

hora estaba próxima. Al parecer, la CNT tenía ya 700.000 miembros en 1918, y florecían más de 200 periódicos y publicaciones anarquistas (sólo en Barcelona hubo 29 publicaciones entre 1900 y 1923).[100]

El poder alcanzado por la CNT dentro de la clase obrera española en Barcelona y Andalucía al final de la primera guerra mundial presentaba un problema en sí mismo, pues sembraba la disensión entre los puristas, que no se conformaban más que con una revolución social completa, y los del ala más moderada, que, aunque tuvieran los mismos objetivos para el futuro, creían que también era interesante conseguir algún alivio a corto plazo que mejorara la mala situación de los obreros, tener un poco de estrategia, unos cuantos aliados y conocer algo el escenario internacional. Los moderados estaban dirigidos por el «*Noi del Sucre*», apodo de Salvador Seguí, trabajador en una azucarera, dotado para la oratoria, y enemigo del terrorismo indiscriminado. Los intentos del gobierno de aplastar a todo el movimiento y la voluntad decidida de los anarquistas de conservar las ventajas adquiridas durante la guerra mundial llevaron (como hemos visto antes) a un período de cinco años de lucha de bandas en Barcelona, entre militantes de la CNT y pistoleros contratados por los patronos. El conflicto empezó en 1919 con una huelga en La Canadiense, la central eléctrica de Barcelona. El gobierno aceptó la jornada de ocho horas. Pero la dirección, muy combativa, cerró la fábrica a los obreros. Vino una huelga general, con propósito pacífico, pero que se volvió violenta. Seguí hizo lo posible para volver a basar el movimiento anarquista en principios realistas. Incluso predicó la paciencia. Pero en poco tiempo, la mayoría de los dirigentes anarquistas de Barcelona, incluidos Seguí y su abogado, Layret, fueron asesinados por pistoleros en la calle o cuando «intentaban escaparse» de la cárcel (en aplicación de la llamada «ley de fugas»).[101] El

gobernador civil, general Martínez Anido, luchó contra los anarquistas con toda clase de armas, llegando incluso a crear un sindicato rival favorecido por el gobierno, el Sindicato Libre, y un cuerpo de policía especial, el Somatén (nombre de una fuerza no regular de catalanes que habían combatido contra Napoleón). Estaban a la orden del día la violencia y los asesinatos, los crímenes políticos acompañados de gangsterismo, las muertes de policías, obreros y transeúntes. Unas mil personas murieron por razones «políticas» en Barcelona entre 1917 y 1923.

La Revolución Rusa, mientras tanto, supuso una tentación para el movimiento anarquista. El entusiasmo fue mayor en Andalucía, donde los años 1918-1921 se llamaron el «trienio bolchevique». En 1920, el congreso nacional de la CNT envió a Moscú al principal rival de Seguí, Ángel Pestaña, para que informara sobre la Revolución Rusa. Igual que la delegación socialista, volvió con una impresión desfavorable, especialmente por la persecución de los anarquistas rusos y por la aplastante represión de cualquier tipo de oposición. Pestaña, por consiguiente, habló en Moscú contra las Veintiuna Condiciones que se consideraban necesarias para entrar en la Tercera Internacional Comunista (Komintern). Sin embargo, al volver a España no pudo informar, puesto que fue arrestado nada más llegar y pasó los meses siguientes en la cárcel. En 1921, otra invitación a Moscú hizo que el movimiento perdiera a su nuevo secretario general, Andrés Nin, y a algunos otros intelectuales, que se hicieron comunistas: pero esto no tuvo consecuencias en la masa del movimiento. Pestaña no tardó en salir de la cárcel y, junto con el único del grupo de Nin, que seguía siendo anarquista, Gastón Leval, puso de relieve lo rápidamente que Lenin había organizado una policía y una censura. Triunfó la facción anticomunista, y los anarquistas, en vez de afiliarse a Moscú, se adhirieron a la

nueva y pequeña Internacional anarquista, la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), con sede en Berlín.[102]

La dictadura de Primo de Rivera vio el eclipse de la actividad militante anarquista, por encontrarse la mayoría de los dirigentes muertos, en el exilio o en la cárcel: se prohibieron los periódicos anarquistas, aunque no todas sus publicaciones. Se permitió que siguieran abiertas algunas escuelas racionalistas. Los líderes anarquistas más violentos, entre los que se contaba una famosa banda llamada «los solidarios», se reunían en Francia y dirigían incursiones al otro lado de la frontera. Entre estos hombres aparecieron una serie de guerreros anarquistas legendarios: sobre todo, dos hombres violentos e inseparables, Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso. Durruti era un ferroviario de León; Ascaso era panadero y camarero. Sus crímenes más sensacionales fueron el asesinato del arzobispo de Zaragoza en 1923, el atentado contra el rey Alfonso (en París) en 1924, y el célebre asalto al Banco de España en Gijón. Huyeron de España, estuvieron vagando por Sudamérica, y abrieron una librería anarquista en París. Ilya Ehrenburg señaló más tarde, muy satisfecho, que cuatro países habían condenado a muerte a Durruti.[103] Desde luego, estos hombres y sus compañeros no eran criminales comunes. Eran soñadores con una misión violenta, personajes que Dostoyevsky se habría enorgullecido de crear. Para unos, Durruti era un «malhechor», un «asesino» o un «rufián»; para otros era el «héroe indomable», con una bella «cabeza imperiosa que eclipsaba a todas las demás, que reía como un niño y lloraba ante la tragedia humana».[104] La mayoría de «los solidarios» creían que era necesario algún tipo de alianza con otros enemigos de la dictadura, y varios de ellos, en el exilio, a pesar de mostrarse partidarios de la violencia revolucionaria, estaban dispuestos a admitir la idea de una larga preparación antes de llegar a tona verdadera huelga general.

También hacían planes para la creación de un ejército anarquista revolucionario en la línea de Néstor Makhno, el ucraniano, al que ellos conocían.

En julio de 1927, en una reunión secreta celebrada en Valencia, los principales militantes anarquistas dejaron formada en España una nueva sociedad, la Federación Anarquista Ibérica (FAI), destinada a oponerse al revisionismo. En los años siguientes, ésta se convertiría en una élite revolucionaria encargada de conducir a las masas hacia la realización del momento revolucionario conveniente. La FAI no era una organización centralizada, sino una serie de grupos que actuaban sin cohesión: de ahí su debilidad en tiempo de crisis.

Al final de la dictadura, y con el advenimiento de la República, este poderoso grupo secreto —se desconocían su organización y sus miembros[105]— entró en conflicto cada vez más claro con el grupo reformista, ahora dirigido por Pestaña, deseoso de crear un partido político sindicalista que tuviera la misma relación con la CNT que el partido socialista con la UGT. Otro dirigente moderado era Juan Peiró, un vidriero, que definía el anarquismo como «tolerancia, nobleza y antidogmatismo, además del valor ejemplar de crear cooperativas de producción y consumo». La República planteó un dilema al movimiento: un solo documento admitía que las Cortes Constituyentes de la República eran «producto de un hecho revolucionario, hecho que directa o indirectamente tuvo nuestra intervención», y al mismo tiempo proclamaba que «estamos frente a las Cortes Constituyentes, como estamos frente a todo poder que nos oprima. Seguimos en guerra abierta contra el Estado».[106] «Los solidarios», al volver del exilio, se vincularon naturalmente a la FAI. Eran más jóvenes que los antiguos dirigentes de la CNT, como Pestaña, y se aprovecharon del clima de impaciencia reinante entre la

juventud de España para hacer presión en contra de todo compromiso.

El movimiento anarquista tuvo un hábil líder táctico en los años 30 en Juan García Oliver. Éste, al describir sus objetivos a Cyril Connolly, un crítico inglés, le dijo que pretendía «eliminar la bestia que hay en el hombre».[107] Él mismo había pasado años en la cárcel por delitos de violencia.

En 1931, la CNT estaba dividida por razones de doctrina, de geografía y de edad. Los obreros de las ciudades, sobre todo de Barcelona, podían considerarse sindicalistas, y todavía buscaban el orden «vertical» de la sociedad sugerido por los sindicatos franceses a finales del siglo XIX. Su plan seguía siendo que los obreros de una fábrica delegasen unos miembros a un «sindicato», que negociaría con otros sindicatos todas las cuestiones de alojamiento, alimento y diversiones. Los anarquistas rurales, sobre todo en Andalucía, seguían representando una idealización de su propio pueblo, cuyos habitantes cooperarían para formar un gobierno propio y autosuficiente. (La significación de este ideal viene sugerida por el segundo significado de la palabra pueblo, que puede traducirse por gente modesta, como opuesta a las clases alta o media. Se infería que los miembros de estas últimas eran extranjeros en su propio pueblo.) La consecuencia práctica era que, en cualquier pueblo, había por lo menos un. anarquista que mantenía la conexión con la CNT, tenía preparada una bandera rojinegra anarquista por si se presentaba la oportunidad de izarla en el cuartel de la guardia civil, encarnaba la conciencia del lugar y, llegado el momento de la acción, podía contar con el apoyo de muchos otros —hecho que falsea los cálculos numéricos—. Probablemente más de un millón y medio de trabajadores españoles eran anarquistas en sus opiniones en los años 30; pero los militantes no pasaban de 200.000.[108] La mayoría de

los anarquistas creían que la CNT no era sólo una organización revolucionaria, sino además el esquema de una futura sociedad ideal. Se suponía que, después de la revolución, los diferentes pueblos se unirían para intercambiar mercancías con sus vecinos, formando una federación regional de ciudades y pueblos, mientras que las federaciones colaborarían con otras federaciones intercambiando estadísticas y excedentes de producción. En las ciudades se formarían federaciones similares, que reunirían a las fábricas con los abastecedores o importadores de materias primas. Los intelectuales anarquistas justificaban sus opiniones diciendo que en ninguna sociedad habría esperanzas de justicia si primero no se conseguía entre grupos reducidos de hombres. Muchos anarquistas odiaban incluso la idea de la propiedad. Así, la juventud anarquista, la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL), se declaraba contra la propiedad porque «es una injusticia inhumana que un hombre detente la riqueza producida por otros hombres, o la tierra que sólo a la Humanidad pertenece y que es un atributo para la sociedad, tan sagrado como la vida lo es para el individuo; porque tiene su origen en un violento y criminal despojo del más fuerte contra el más débil, creando la odiosa existencia de los parásitos de la colmena humana, que no tienen otra misión social que vivir del trabajo ajeno, mediante la explotación y miseria de los demás; porque crea el capitalismo y establece la ley del salario que condena al hombre a una permanente esclavitud económica y a los vaivenes y consecuencias de su desequilibrada economía; porque es la causa de la prostitución, el más infame y degradante ultraje que la sociedad infiere a la conciencia humana, al condenar a la mujer a hacer objeto de mercantilismo las manifestaciones más puras y de más elevada sensibilidad que atesora el sentimiento ético y moral

de los humanos [...]. Estamos contra el Estado, porque coarta el libre desenvolvimiento y normal desarrollo de las actividades éticas, filosóficas y científicas de los pueblos, y por ser el fundamento básico que mantiene el principio de autoridad y defiende la propiedad mediante los cuerpos armados, policía y magistratura...]».[109]

No obstante, a pesar de todas estas opiniones, no parecían partidarios de la coeducación para los niños, y menospreciaban el amor libre.

Era natural que los anarquistas recelaran de los cambios laborales y los comités de arbitraje o comités paritarios de Largo Caballero, de los que creían, tanto en tiempos de Primo de Rivera como de la República, que constituían una amenaza para su razón de ser. Esta falta de interés por un programa prometedor de legislación social demuestra que el movimiento, aunque sus miembros fueran a menudo valientes e imaginativos, olvidaba con mucha facilidad que en España había otros, incluidos los socialistas y los capitalistas, que tenían puntos de vista dignos de ser oídos. En realidad muchas veces todo lo que tenían los anarquistas para mantenerse era «la Idea» de la revolución libertaria. Olvidaban que los hombres de «la Idea» nunca eran la mayoría de la clase trabajadora.

Había en España algunos sindicatos que no eran socialistas ni anarquistas, cuyos miembros eran católicos y hostiles al ateísmo militante y a los argumentos revolucionarios. La Confederación Agraria Católica Nacional afirmaba incluso que contaba con 600.000 familias campesinas en 1919. Esta organización, sin embargo, limitaba sus actividades a Castilla y Navarra y no se dedicaba tanto a la ideología como a cuestiones prácticas, por ejemplo, la comercialización de abonos y la compra de semillas. En el pasado también se habían dado algunos intentos de legislación social amplia. Había, por ejemplo, la

Ley de Compensación de los Trabajadores de 1909; en 1918 se introdujo la jornada de ocho horas; y en los años 20 habían llegado los seguros sociales. La dificultad no era sólo la negativa de los anarquistas a cooperar, sino la incapacidad del Estado para conseguir que estas leyes se cumplieran. Del mismo modo, las cooperativas que se introdujeron en algunas poblaciones pescadoras o agrícolas de Cataluña o Castilla fueron excepciones dentro de la falta de armonía cada vez mayor en el terreno social.[110]

6

Huelgas anarquistas. — La Constitución republicana. — Castilblanco. — La Ley Agraria. — Situación de la agricultura española.

Los hechos de mayo de 1931 fueron para el nuevo gobierno republicano un aviso de las amenazas que podían acosar tanto desde la izquierda como desde la derecha. Pero los ministros no conocían con detalle los planes de los monárquicos: había rumores, desde luego, y amenazas verbales. Tampoco se tomaron a los anarquistas con la seriedad debida. Atribuyeron los incendios de iglesias a la provocación de los monárquicos. El 28 de junio tuvieron lugar unas elecciones que dieron la impresión de que la mayoría de la gente respaldaba al régimen. Estas elecciones, para las Cortes Constituyentes, se efectuaron bajo el supuesto de que correspondería un representante a cada 50.000 votos masculinos. Se eligieron diputados para distritos electorales provinciales, no locales, con la intención de evitar el poder de los caciques locales. (Las ciudades de más de 100.000 habitantes eran distritos electorales aparte.) Fueron las elecciones más sinceras realizadas en España. Fueron elegidos 117 socialistas (reflejo fiel del aumento de los efectivos socialistas durante las semanas posteriores a abril); 59 radicales socialistas y 27 miembros del partido de Acción Republicana de Azaña; 89 radicales, seguidores de Lerroux; y 27 republicanos de derechas, seguidores de Alcalá

Zamora. Además, fueron elegidos 33 miembros de la *Esquerra* Catalana y 16 nacionalistas, gallegos.

Se podía esperar que todos estos diputados apoyaran al gobierno.[111] La oposición de las derechas no republicanas sólo pudo conseguir 57 miembros, a pesar de la evidencia de que los viejos caciques tenían todavía en muchos casos bastante fuerza como para ejercer una influencia incorrecta. El partido monárquico «no fue más que una incitación para los alborotos».[112] Muchos trabajadores agrícolas supuestamente indiferentes a la República habían sido ganados por la nueva legislación agraria. La Acción Nacional de los católicos sólo consiguió seis escaños. La caída de la monarquía había cogido por sorpresa a las derechas, los antiguos dirigentes no se ponían de acuerdo en la política a seguir, y los nuevos dirigentes de derechas que ya estaban apuntando en la política española todavía no tenían seguidores. Si no hubiera sido por los decretos anticlericales, de poca importancia, que dio el gobierno a principios de verano, es posible que la oposición hubiera tardado algunos años en levantar cabeza. Pero entré estos decretos estaba la prohibición de exhibir imágenes de santos en las aulas de las escuelas, basándose en que besar aquellas cosas era antihigiénico; y el permiso al ministro de Educación para confiscar objetos artísticos de las iglesias si corrían peligro de deterioro. Estas medidas levantaban ampollas, aunque no perjudicaban a nadie. Mientras tanto, la nueva asamblea constituyente era, en muchos aspectos, una reunión de individualidades, más que de partidos. Sólo los socialistas eran un movimiento organizado. Los demás grupos republicanos eran grupos de amigos. Había muchos miembros esencialmente independientes, como Ortega, Unamuno y el doctor Marañón, los «fundadores» de la República.

Sin embargo, la confianza del gobierno disminuyó al

producirse una serie de huelgas organizadas por los anarquistas en julio y agosto. Durante una huelga de obreros de la construcción en Barcelona, los huelguistas, sitiados en el local del Sindicato de la Construcción en la calle de Mercaders, dijeron que no se entregarían más que al ejército regular. Llegó una unidad y los hombres se rindieron; e inmediatamente fueron ametrallados por las fuerzas del orden.[113] Hubo tres muertos durante la huelga general de San Sebastián. El gobierno incluso tuvo que recurrir a la artillería para aplastar una huelga general en Sevilla, iniciada con una huelga de los servicios telefónicos.

Murieron treinta anarquistas, como mínimo, incluidos algunos pistoleros, y hubo doscientos heridos. El gobierno, que había reaccionado con demasiada lentitud ante la quema de conventos, ahora había tenido una reacción demasiado fuerte. No obstante, la animosidad entre anarquistas y socialistas cedió un poco aquel verano a causa de las disensiones entre los propios anarquistas. Los que se oponían a las aspiraciones de la FAI a constituirse en élite dirigente publicaron en agosto un manifiesto, firmado por treinta anarquistas destacados (a quienes se llamaría después los «treintistas»). Decían que la FAI tenía la culpa «de este concepto simplista, clásico y un tanto peliculero de la revolución [...] que actualmente nos llevaría a un fascismo republicano [...]. No fía la revolución exclusivamente a la audacia de minorías más o menos audaces sino que quiere que sea un movimiento arrollador del pueblo en masa, de la clase trabajadora caminando hacia su liberación definitiva, de los sindicatos y de la Confederación determinando el hecho, el gesto y el momento preciso a la revolución».[114]

La FAI fue lo bastante fuerte para resistir estas críticas e incluso consiguió expulsar a los «treintistas» de la CNT. Ésta fue la victoria de la juventud sobre la edad madura: la

mayoría de los «FAIistas» tenían entre 20 y 40 años, mientras que la mayoría de los «treintistas» superaba dichas edades. Sin embargo, en conjunto el movimiento quedó debilitado, porque algunas de las federaciones locales siguieron a aquellos de sus dirigentes que habían firmado el manifiesto. Algunos de los «treintistas» no volvieron a unirse al movimiento; Ángel Pestaña, por ejemplo, formó un pequeño partido escisionista que nunca tuvo ningún empuje. Otros, como Roldan Cortada, en Barcelona, se hicieron comunistas. Mientras tanto, en el campo, parecía inevitable un profundo enfrentamiento entre los trabajadores agrícolas jóvenes, convertidos en militantes, y organizados, y los representantes de la España antigua, particularmente «en el sur, donde no había una clase media liberal como en las ciudades.[115]

En otoño de 1931, un comité de las Cortes ya había preparado un anteproyecto de Constitución. Con ello, el gobierno (o, mejor dicho, los que redactaron el anteproyecto) cometió una equivocación. Habría sido pedir demasiado que el nuevo régimen se abstuviera de preparar una Constitución escrita. Pero fue un grave error hacer de la Constitución de la República un documento político, fuente de controversias y lleno de fraseología emotiva. Los liberales de 1931 repetían así el error de sus predecesores del siglo XIX. Estaban identificando el nuevo régimen con sus propias opiniones políticas. Así, el anteproyecto de la Constitución empezaba anunciando: «España es una República democrática de trabajadores de toda clase, que se organiza en régimen de Libertad y de Justicia». El gobierno «emanaba del pueblo» y todos los ciudadanos eran iguales. El país renunciaba a la guerra como instrumento de la política nacional. No se reconocerían los títulos de nobleza. Ambos sexos votarían a partir de los veintitrés años. Sólo habría una cámara. La prosperidad sería «objeto de expropiación

por razones de utilidad social». Podían invocarse algunas de estas cláusulas para justificar el socialismo; y podía considerarse que otras suponían una salvaguardia contra él. Además, como los hombres de la República temían que pudiera haber un jefe de Estado entrometido, como lo había sido Alfonso, los poderes del presidente quedaban limitados a un período de seis años, sin la posibilidad de presentarse a una reelección inmediata. Sin embargo, el presidente nombraría al jefe del gobierno. Los decretos del presidente sólo serían válidos si iban firmados por un ministro del gobierno, pero el presidente podría vetar las leyes que no le gustaran. Sin embargo, podría ser destituido si disolvía las Cortes dos veces.

Las cláusulas religiosas suscitaron grandes iras. El artículo 26 separaba Iglesia y Estado. El Estado dejaría de pagar sueldos a los sacerdotes al cabo de dos años, aunque estos salarios formaran parte de la compensación que había recibido la Iglesia por la confiscación de sus tierras en 1837. Todas las órdenes religiosas habían de inscribirse en el ministerio de Justicia. Pero sí se consideraban peligrosas para el Estado, serían disueltas.[116] Tendrían que pagar los impuestos ordinarios. Las órdenes que exigieran algún voto suplementario, aparte de los tres votos canónicos normales, serían automáticamente disueltas. Esto no era más que otra manera de disolver a los jesuitas, a quienes (a partir de un cierto nivel) suele exigirse un voto especial de fidelidad al papa. A ninguna orden le sería permitido poseer más bienes que los necesarios para su subsistencia, ni se le permitiría dedicarse al comercio. Todas las órdenes tendrían que someter su contabilidad actual al Estado. La enseñanza, mientras tanto, debería inspirarse en «ideales de solidaridad humana». Es decir, que quedaba suprimida la educación religiosa. Todas las «manifestaciones públicas del culto» —incluidas las de Semana Santa, Epifanía, e incluso las

procesiones de carnaval— tendrían que ser autorizadas oficialmente; y se otorgaría el divorcio tanto a causa del mutuo desacuerdo entre los cónyuges, como a petición de uno de ellos, si presentaba motivos justificados. Los matrimonios civiles serían los únicos legales.

La inclusión de estas cláusulas estrictamente anticlericales en la Constitución de la República era ambiciosa, pero desatinada, por mucha razón que tuvieran. Tal vez la aplicación de tales disposiciones habría contribuido, en último término, a la creación de una España más justa. No obstante, habría sido más prudente no precipitarse en la presentación de aquel proyecto de separación total entre Iglesia y Estado. También habría sido más prudente retrasar la disolución de las órdenes religiosas hasta que los colegios de los agustinos y los jesuítas pudieran ser sustituidos por establecimientos laicos de calidad comparable. Porque, con todas sus insuficiencias, estas órdenes habían creado las mejores instituciones de enseñanza media del país —para quienes pudieran pagar—. Incluso los periódicos liberales reprobaron estas medidas. Pero Azaña tronó en las Cortes: «No me digáis que va en contra de la libertad. Se trata de una cuestión de salud pública». Desgraciadamente, para el liberalismo español la Iglesia se había convertido en el chivo expiatorio de todos los males de España; pero, en realidad, una explicación tan simple no era honrada. Además, estas ideas distaban mucho de ser innovaciones; los jesuitas habían sido expulsados antes, y la enseñanza religiosa obligatoria había desaparecido en 1913, siendo restaurada más tarde por Primo de Rivera. Lo malo era que los católicos españoles se veían obligados a oponerse a la Constitución de la República si deseaban criticar su política en el terreno de la enseñanza. [117]

Los debates en las Cortes sobre estas cláusulas

anticlericales acarrearon la primera de las muchas crisis gubernamentales de la Segunda República. Alcalá Zamora, jefe del gobierno, y Miguel Maura, ministro de la Gobernación, ambos católicos progresivos, dimitieron en octubre. En ambas dimisiones, las razones de fondo fueron no sólo problemas de principios sino también de relaciones personales. El presidente de las Cortes, el sereno Besteiro, asumió temporalmente el cargo de presidente de la República española y llamó a Azaña para formar otro gobierno. Puesto que Azaña había representado, a los partidos gubernamentales en las Cortes en los debates sobre cuestiones militares y religiosas, la suya era una elección obvia: él era el único triunfador del nuevo régimen. Pero su promoción irritó profundamente al radical Lerroux, que se consideraba el padre del republicanismo, y no tardó en pasarse a la oposición, con sus 90 seguidores.[118] A partir de entonces, el gobierno fue más estrictamente anticlerical, al estar formado por una coalición de republicanos de tendencia azañista y de socialistas. Alcalá Zamora aceptó convertirse en el primer presidente de la República. Así no se podía decir que los católicos estuvieran totalmente excluidos del régimen. La salida de Alcalá Zamora y Maura del gobierno significó que no habían conseguido ampliar el número de sus seguidores y crear un partido de base amplia; esto lo lograría el movimiento de Acción Nacional, todavía pequeño, cuyo carácter derechista era indudable, aunque su republicanismo era sospechoso. Durante un tiempo, muchas personas de clase media que votaban a las derechas pusieron sus esperanzas, y sus votos, en Lerroux, muy halagado al oír que se le llamaba «un gran hombre de gobierno» o «el Tardieu español».

La Constitución se convirtió en ley al terminar el año 1931. Quedaba reservada al gobierno la promulgación de la legislación que haría aplicables todas sus cláusulas. Los

ministros se dedicaron en primer lugar a la elaboración de una ley «para la defensa de la República». La Constitución preveía la suspensión de todas las garantías de libertad durante treinta días, en caso de emergencia. La nueva ley autorizaba al ministro de la Gobernación a suspender reuniones públicas. Por primera vez en España se introdujo un modesto impuesto sobre la renta. Los diputados de derechas lucharon enérgicamente contra estas cosas. Y entonces, el último día de 1931, ocurrió un terrible incidente que atrajo la atención de todo el país.

En la árida y desierta región de Extremadura, cerca del monasterio de Guadalupe, había un pueblecito de novecientos habitantes llamado Castilblanco. Las condiciones de vida allí eran parecidas a las de cualquier otro lugar de la región. No había una especial escasez de alimentos. La violencia era desconocida. Los socialistas locales querían hacer una manifestación, junto con los de otros pueblos, contra el impopular gobernador civil de Badajoz. Se les negó el permiso para hacerla. Ellos decidieron efectuarla. Entonces acudió la guardia civil en defensa de las autoridades.

La guardia civil («la Benemérita», como se la conocía entre la clase media) contaba con unos 30.000 hombres. Había sido fundada en 1844 para mantener el orden en el campo, que entonces vivía muy agitado por los bandoleros, que utilizaban los métodos de guerrilla empleados con tanto éxito contra los ejércitos de Napoleón. La guardia civil estaba organizada como una parte del ejército, dirigida por un general y oficiales. Muchos de sus miembros eran antiguos soldados y oficiales. Con sus uniformes verdes, sus tricornios, sus rifles Mauser, y sus tétricos cuarteles, aquella fuerza de policía era considerada como un ejército de ocupación. Los miembros de la guardia civil nunca servían en la parte de España en que habían nacido. No se les

estimulaba a entablar amistades con nadie en los pueblos donde estaban acuartelados. Tenían una reputación de crueldad. «Cuando alguien ingresa en la guardia civil —escribió el novelista Ramón Sender— declara la guerra civil.»[119] Como el personal era el mismo durante la República que durante la Monarquía, era tan brutal en los años 30 como lo había sido en los años 20.

En Castilblanco, en 1931, la guardia civil era tan impopular como en cualquier otra parte de España. Su suerte fue terrible. Cuando intentaron impedir que se celebrara la reunión socialista, el pueblo cayó sobre ellos. Mataron a cuatro guardias. Les sacaron los ojos. Mutilaron los cuerpos. En uno de los cadáveres se descubrieron después treinta y siete navajazos; y, al igual que en el pueblo de Fuenteovejuna de la obra de Lope de Vega, no fue posible procesar a los asesinos. Era responsable el pueblo entero, y ninguna persona determinada.[120] A esta tragedia siguieron varios hechos comparables, aunque no tan dramáticos, en otros pueblos. En Arnedo (Logroño), la guardia civil se vengó matando a siete pacíficos manifestantes. Después de Castilblanco, la guardia civil pasó a la ofensiva en todas partes. Pero en Sallent, en el valle del Llobregat, cerca de Barcelona, la CNT ocupó la ciudad, izó una bandera roja en el ayuntamiento, abolió la propiedad privada y el dinero, y se declaró una comunidad independiente. El gobierno tardó cinco días en recuperar la población. Como consecuencia, fueron deportados muchos anarquistas de toda España. Entre ellos se encontraban «los solidarios», Durruti y Francisco Ascaso. Este último escribió, desde el barco que le servía de prisión: «¡Pobre burguesía, que necesita recurrir a estos procedimientos para poder vivir! No es extraño. Está en guerra con nosotros y es natural que se defienda. Que martirice, que destierre, que asesine».[121] Este castigo no impidió que la FAI, preocupada por el aumento de afiliados

en el sindicato socialista de trabajadores agrícolas, declarara virtualmente la guerra a la República y a la burguesía rural durante el resto de 1932. Fue una época terrorífica para los agentes de los terratenientes y sus amigos.

La frecuencia de estas explosiones incitó al gobierno a plantearse los problemas sociales fundamentales que estaban en la base de la inquietud de la clase trabajadora española, sobre todo el problema de la agricultura.

España era un país seco, de tierra árida. Esta aridez natural había aumentado con la despoblación forestal y la ampliación de los pastos para los famosos rebaños de corderos que, durante siglos, habían vagado por el centro de España. Los bosques habían sido destruidos por asnos y cabras, por las exigencias de la construcción de casas y barcos, y por el prejuicio de los campesinos contra los árboles. La falta de forraje impedía que se utilizaran los animales tanto como en el resto de Europa; y en 1930 apenas había maquinaria agrícola. Llovía poco, excepto en el noroeste, y la lluvia era tan imprevisible que hacía todavía más azarosa la actividad agrícola. La «franja dorada» del Mediterráneo, y unos cuantos valles fértiles y llanuras de regadío producían la mayor parte de los alimentos. El contraste social entre estas regiones prósperas y los desiertos pobres y ventosos del centro era muy notable. Muchos campesinos se pasaban toda la vida esclavizados por una tierra estéril. El agua y el combustible preocupaban mucho más a los campesinos españoles que a los del norte de Europa. Las cosechas, además, eran inferiores: por ejemplo, la extensión de las viñas era la misma que en Francia, pero producían sólo unos dos tercios de lo que producía Francia.[122] Las largas distancias entre los pueblos y los campos, el mal transporte, las malas carreteras, la escasez de abonos y la ignorancia de las posibilidades agrícolas

modernas mantenían bajas las rentas de los que trabajaban la tierra. Aunque la distribución de los alimentos había mejorado gracias a los programas de ferrocarriles y carreteras de Primo de Rivera, todavía se tardaba demasiado en transportar los productos perecederos de la rica tierra valenciana o del valle del Guadalquivir a los pueblos de montaña o a Madrid: de ahí que la comida disponible fuera limitada.

Durante varias generaciones, la agricultura española había sido objeto de debate, cosa comprensible teniendo en cuenta que seguía siendo, con mucho, la fuente de riqueza más importante del país. En los años 30 equivalía a unas dos quintas partes de la renta nacional española, aunque los salarios de la mayoría de trabajadores agrícolas no les dieran para comprar su propia comida. Sin embargo, más de la mitad de la población vivía de la tierra. En el siglo XVIII se había discutido la reforma agraria, pero, igual que había ocurrido con muchas otras buenas ideas sugeridas por los ministros ilustrados del rey Carlos III, no se había pasado a la acción. En el siglo XIX, las tierras de la Iglesia habían sido confiscadas y vendidas de nuevo, y hubo otros actos bienintencionados, destinados a eliminar el feudalismo de la tierra. Pero esta legislación no había hecho nada para cambiar la estructura de la agricultura española; lo que se hizo, fue en perjuicio de los pobres. Empezó a hablarse de reforma agraria a finales del siglo XIX, y el economista Joaquín Costa, miembro de la famosa generación del 98, había argüido que el regadío, la Colonización interior y un enfoque colectivo podían obrar maravillas. Con la inquietud que había en el campo, eso parecía muy deseable, pero, aparte de la creación de algunas escuelas técnicas, se había hecho muy poco. Sin embargo, el tema se discutió ampliamente, y se presentaron varios proyectos de ley para mejorar, como mínimo, la agricultura; por lo general, fueron

destrozados en las Cortes.[123]

En los años 30, la tierra se caracterizaba por tres problemas principales: en primer lugar, el problema de los minifundios, que no daban a sus propietarios lo suficiente para vivir, por un exceso de división. Este tipo de propiedades se encontraba especialmente en la lluviosa Galicia, pero también en otros sitios del norte de España: en Soria se daban algunos de los ejemplos más extremos. En segundo lugar había también muchos latifundios, propiedad de absentistas generalmente, explotados con negligencia, y que a veces daban a los propietarios o a sus representantes una posición económica dominante en la localidad. La zona característica de latifundios era la Andalucía occidental y Extremadura, bella y montañosa, aunque áspera y pedregosa. En último lugar, había problemas derivados de diferentes clases de arriendo. La mayor parte de Castilla, por ejemplo, era un área de aparceros pobres e inseguros a causa de una serie de cláusulas legales. En otras regiones, como el país vasco, el levante y la costa cantábrica, las fincas a menudo eran prósperas, y solían estar bien regadas; no presentaban problemas sociales, porque empleaban a poca gente aparte de la familia del granjero.

El problema de los latifundios era el más grave de España. Es difícil encontrar estadísticas precisas sobre esta cuestión. Aunque, desde el siglo XIX, la Iglesia había dejado de ser un gran propietario, la nobleza continuaba siéndolo: la nobleza poseía una cuarta parte de la tierra en Toledo, una octava parte en Cáceres, y quizás el 6% de la tierra cultivada, en general, estaba en manos de familias con título. Las familias antiguas, como las de los duques de Medinaceli, Peñaranda, Villahermosa, o Alba, tenían propiedades de más de 30.000 hectáreas. A pesar de todo, la mayoría de las grandes propiedades pertenecían a la burguesía, más que a la nobleza. Debido a la duplicación de arriendos y a la

combinación de familias, es difícil saber exactamente cuál era la importancia de los latifundios en la economía, pero más de la mitad de la España cultivable era propiedad de personas cuyas propiedades superaban las 100 hectáreas (lo cual es bastante, tratándose de fincas españolas). En estas tierras, generalmente se realizaban cultivos tradicionales (sobre todo aceitunas y vid), y a menudo no se hacían otros nuevos y más prometedores (algodón, arroz, trigo), por falta de inversiones de capital. Además se ignoraban los fertilizantes, el regadío y la mecanización, y quedaba mucha tierra sin cultivar (aunque probablemente poca de ella era fértil). Muchas de estas fincas se arrendaban a alto precio. Pero los que trabajaban en ellas vivían en esos grandes pueblos blancos del sur y del oeste, y eran contratados, o no, según el caso, por el agente del terrateniente, al amanecer, y recibían un jornal insignificante (por ejemplo, de 3,50 pesetas diarias) excepto en la época de la recolección.[124] La oferta de mano de obra era casi el doble que la demanda. La población cada año mayor no podía ser absorbida por la nueva industria en Madrid ni en Cataluña; ni por la emigración a América (esa posibilidad cesó a partir de 1930). Por lo tanto, el paro era abundante: el promedio de trabajo anual en Andalucía estaba entre 180 y 250 días al año, y a menudo era de 130. Los jornales en tiempos de recolección se aproximaban a la media de las ciudades, pero los braceros locales se encontraban con la competencia de trabajadores emigrados, incluso desde Portugal.

Siempre sobraba mano de obra, y las únicas huelgas que podían tener algún efecto real eran las organizadas durante la recolección, pero un trabajador consciente era incapaz de hacer algo tan destructivo.

Sin embargo, los trabajadores sin tierra del sur de España eran el grupo potencialmente más revolucionario del país. Su situación había empeorado en los cien años

posteriores a la desamortización de las tierras de la Iglesia. Los mil pequeños trucos que aliviaban su situación en el antiguo e ineficaz sistema «feudal» habían desaparecido con la hacienda capitalista moderna; desde la posibilidad de la rebusca, hasta la disponibilidad de tierras comunales para pastar y coger leña. La mayoría de trabajadores sin tierra no tenían siquiera un huerto. Así, pues, los campesinos respondieron al llamamiento del anarquismo, y en 1920, la mayoría de los trabajadores agrícolas andaluces y extrémenos eran total o parcialmente anarquistas. Entre 1903 y 1906, y entre 1917 y 1920 (el «trienio bolchevique»), se habían producido innumerables huelgas, intentos de intimidación, actos de violencia y, por consiguiente, un empeoramiento de las relaciones en el campo. Los socialistas también estaban empezando a progresar en estas áreas. Los trabajadores no tenían ningún contrato, estaban subempleados cuando no parados, y por lo tanto eran fácilmente accesibles a la propaganda revolucionaria: y en cuanto se sabía que fulano de tal era anarquista, sus posibilidades de volver a encontrar trabajo disminuían.

Los pequeños propietarios también tenían problemas. La mayoría de los que se consideraban como tales —más de las tres cuartas partes de las pequeñas propiedades (es decir, las de menos de 10 hectáreas) tenían menos de media hectárea —en realidad eran jardineros que cultivaban patatas y tenían otros trabajos: hacían de pescadores, de trabajadores emigrantes o jornaleros. En los años 30, la opresión de estos campesinos era mayor porque la antigua salida de la emigración a América, particularmente importante en Galicia, se había acabado. En cuanto a los aparceros, pocos tenían un contrato escrito de aparcería, y, si lo tenían, era por poco tiempo. Los aparceros no tenían derecho a pasar la aparcería a sus hijos; y, si se vendía la finca, o moría el propietario, el nuevo dueño podía ignorar

los arriendos existentes. Muchos aparceros estaban fuertemente endeudados con los prestamistas locales. Luego estaba el problema de los *rabassaires* de Cataluña (de *rabassa morta*, cepa muerta, en catalán). Éstos eran campesinos que habían cultivado vides en los márgenes de ciertas extensas fincas, y las habían tenido hasta que se morían las cepas: en el pasado, generalmente entre cincuenta y sesenta años. A finales del siglo XIX, una enfermedad atacó las viñas, la filoxera, obligó a plantar nuevas vides, de vida más corta (veinticinco años). Los *rabassaires* ahora intentaron conseguir la propiedad de estas tierras. Durante la República, su postura se haría cada vez más radical. Aparte de ellos, pocos aparceros, arrendatarios o colonos particulares se adhirieron a los partidos revolucionarios. Todos eran conscientes de su *status*, que consideraban superior al del mero obrero.

Los socialistas se habían interesado por las cuestiones agrícolas desde principios de los años 20. En 1927 se había fundado un «secretariado agrícola» en la UGT. Entre sus planes se contaba una reforma agraria general, comparable a las reformas de México o del este de Europa a partir de 1919, que debían aprobar las Cortes después de efectuar las debidas consultas a expertos y de hacer análisis *in situ*.

Sus planes a corto plazo fueron los que introdujo Largo Caballero, como ministro de Trabajo, en forma de decretos, en mayo de 1931. A partir de entonces sólo se podría expulsar a los arrendatarios si no pagaban el arriendo o no cultivaban la tierra. Los terratenientes tendrían que pagar las mejoras que hubieran hecho los arrendatarios, cuando éstos renunciaran al arrendamiento. Los arrendatarios podrían conseguir una reducción del arriendo a pagar si había mala cosecha, o si el arriendo era mayor que los ingresos que daba la finca. Se fomentarían las solicitudes colectivas de arriendo, de grupos de campesinos (los

socialistas que estaban en el gobierno deseaban fomentar la colectivización, pero no imponerla por la fuerza). Lo normal sería la jornada de ocho horas, y se permitirían las horas extraordinarias pagadas. Unos «jurados» mixtos de arbitraje, formados por terratenientes y campesinos, decidirían las disputas salariales: se elegiría un presidente o, si no había acuerdo, sería nombrado por el ministro de Trabajo (de momento, socialista). La ley de Términos Municipales significó que los propietarios tenían que ofrecer trabajo a los habitantes de su población antes de hacer ofertas a forasteros; y una ley llamada de Laboreo forzoso obligó a los terratenientes a cultivar sus fincas a la manera «tradicional» de la región; esto es, no podían cambiar a otra nueva para maniobrar con los trabajadores y mantener bajos los salarios.

La ley de Términos Municipales tuvo efectos decisivos, al quitar al propietario la libertad de acción para contratar a quien quisiera e ir a buscar mano de obra fuera del pueblo para acabar con una huelga local. Pero el decreto tuvo efectos perjudiciales para los trabajadores emigrantes. El resultado fue que evitó la huida en masa de la mano de obra a las ciudades, pero no hizo nada para fomentar la inversión en el campo, que era lo único que podría haber creado más puestos de trabajo allí.[125] A pesar de todo, los trabajadores agrícolas quedaron impresionados. No importaba que, llevados por unas esperanzas exorbitadas, creyeran que la reforma agraria daría poder real a los pobres. No importaba que los decretos sobre los arrendamientos tuvieran sobrecargados de trabajo a los tribunales. Los trabajadores agrícolas empezaron a afiliarse a la sección agrícola de la UGT, la FNTT (Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra) en tan grandes cantidades que, en 1932, había unos 450.000 socialistas, la mayoría trabajadores agrícolas sin tierra, que superaban numéricamente a los anarquistas en el

campo por primera vez. Además, estos trabajadores constituían la mitad del total de miembros de la UGT, cuyo carácter, por lo tanto, estaba cambiando: hasta entonces había sido un sindicato del proletariado tradicional de base urbana, práctico y disciplinado, y en un año o dos se volvió, por lo menos en parte, milenarista e irregular en sus expectativas y su estilo. Mientras tanto, los nuevos decretos tuvieron otro efecto, al facilitar el camino para el alza de salarios: entre 1931 y 1933 se duplicaron los salarios, a consecuencia de las decisiones tomadas por los jurados mixtos de arbitraje de Largo Caballero.

También se empezó a trabajar de cara a una reforma agraria propiamente dicha. El primer proyecto, que tenía las ventajas de que era sencillo, eficaz y practicable políticamente, pretendía asentar de 60.000 a 75.000 trabajadores sin tierra durante un año en tierras «temporalmente» secuestradas a los máximos propietarios, todo lo cual se pagaría con un impuesto suplementario sobre todas las grandes propiedades. Este proyecto era demasiado modesto para el partido socialista, y demasiado audaz para los radicales. Alcalá Zamora presentó un proyecto propio, y un comité de las Cortes para asuntos agrícolas hizo lo mismo. Todos estos proyectos fueron rechazados. Finalmente, en marzo de 1932, Marcelino Domingo, el nuevo ministro de Agricultura de Azaña, bienintencionado pero ignorante, presentó un plan muy complejo. Más o menos la mitad de la superficie de España se había de considerar técnicamente expropiable, aunque para empezar sólo se expropiaría un poco. Los campesinos se habían de asentar como cultivadores individuales, o como miembros de un colectivo, según los votos de la municipalidad concreta. Habría indemnización por toda la tierra expropiada, excepto en el caso de las tierras de los grandes nobles u otros que se habían apropiado de sus fincas en el siglo XIX, al acotar

como fincas privadas lo que antes era suyo meramente a título de administradores, según acuerdos feudales abolidos en 1811. Los trabajadores sin tierra serían los primeros en la lista de los que desearan asentarse en la nueva tierra, pero también se admitirían solicitudes de cultivadores privados. Estos nuevos colonos no podrían vender, hipotecar ni arrendar la tierra que recibirían: el Estado sería el nuevo propietario. Se creó un Instituto de Reforma Agraria para administrar estas disposiciones, y para fomentar la enseñanza técnica, la inversión y el regadío.

La tierra que se expropiaría sería, en primer lugar, la tierra que fuera propiedad de una sola persona en un solo municipio y que superara un máximo determinado, que variaba según lo que se cosechara (cereales, 300 hectáreas; tierra no cultivada, 650 hectáreas; viñas, 150 hectáreas). En segundo lugar, las tierras próximas al municipio eran expropiables si no estaban cultivadas, y si el propietario tenía además otras tierras por valor de más de 1.000 pesetas en aquel municipio. También podían ser expropiadas las tierras «feudales» (con jurisdicción señorial), las tierras mal cultivadas, las tierras que podían estar regadas y no lo estaban, y las tierras que estaban permanentemente arrendadas. Sólo las tierras de los grandes de España —el más alto rango de la nobleza— se veían afectadas a nivel nacional, no municipal, en el sentido de que se fijaba un máximo para las propiedades de estos nobles, prescindiendo de dónde estuvieran situadas.

Todas estas cláusulas estaban acotadas por toda clase de requisitos, de manera que, al final, excepto en el caso de los grandes de España, las propiedades de los grandes terratenientes no resultaban muy afectadas si estaban muy esparcidas. Algunos se preguntaban, comprensiblemente: ¿por qué se trata a los grandes de España de una manera y a los nuevos ricos de otra? Además, los bosques y los pastos

estaban exentos. Las leyes preocuparon a los pequeños propietarios sin transformar las bases de la agricultura en España. Como dijo Largo Caballero, aquella ley era «una aspirina para curar una apendicitis». Sin embargo, era un principio y, si se hubiera aplicado bien, con algunas modificaciones y mejoras después de las primeras experiencias, podría haber tenido efectos impresionantes, sobre todo si al mismo tiempo se hubiera llevado a la práctica el proyecto de aumentar substancialmente la tierra de regadío.[126] Pero la reforma no llegó a introducirse, propiamente.

En primer lugar, los políticos agrarios, encabezados por el carlista José María Lamamié de Clairac, que atacó la ley en las Cortes un día tras otro, con gran perseverancia. En segundo lugar, los republicanos, incluido Azaña, e incluso el ministro Marcelino Domingo, no asistieron a muchos de los debates sobre la ley agraria. Lo que más les preocupaba era la Iglesia, la cuestión catalana, la prensa libre y un buen sistema de enseñanza. Sus conocimientos de economía eran tan modestos como su interés. De ahí que la ley, aunque al final se aprobó, cambiara durante su discusión, y suscitara muchas dudas, compartidas por varios de sus patrocinadores. En el verano de 1932, estos debates alternaron con las discusiones sobre el estatuto de autonomía catalana. Cuando por fin se aprobó la Ley de Reforma Agraria, no hubo ninguna urgencia por ponerla en la práctica. El ministro parecía seguir añorando la época en que lo era de Educación. Sin embargo, los trabajadores agrícolas habían empezado a albergar grandes esperanzas. Estas esperanzas no tardarían en crear amargura al verse frustradas. La reforma agraria, en España como en todas partes, se había convertido en un mito. Igual que la expresión «huelga general», o las palabras «libertad» o «revolución», parecía un programa por sí sola,

prescindiendo del hecho de que las fincas grandes y pequeñas tienen problemas tan diferentes como las. regiones húmedas y secas. Podía haberse hecho algo para reducir la miseria de la vida agrícola en España con legislación e inversiones, pero, dado que el control del agua, el drenaje, el riego y la provisión de fertilizantes químicos dependen de las inversiones y de la industria, la única solución real para el problema agrario era encontrar el modo de reducir la población del campo fomentando la industria.

7

El Estatuto catalán. — Los vascos. — El ejército. — Nuevas conspiraciones. — Alzamiento del general Sanjurjo.

En Cataluña se había celebradlo un plebiscito, con un resultado de 592.961 votos a favor de la autonomía y sólo 3.276 en contra. Es muy posible que nunca hayan tenido unas elecciones libres un resultado tan abrumador. En verano de 1932, el Estatuto catalán se había convertido en ley. Las cuatro diputaciones provinciales se reorganizarían para constituir un gobierno catalán, que llevaría el nombre de Generalitat, el antiguo nombre del gobierno general de Cataluña én la Edad Media. El catalán y el español serían las lenguas oficiales. Cataluña, igual que el Ulster, continuaría enviando diputados a las Cortes a la vez que a la nueva cámara local de Barcelona. Socialistas, radicales e intelectuales castellanos, como Unamuno, colaboraron con las derechas en sus ataques sobre el Estatuto. Sin embargo, la Generalitat no tenía ninguna potestad respecto a asuntos exteriores, defensa y control de fronteras; y sólo actuaba como «agente» del gobierno central en el terreno del orden público, la justicia, la enseñanza, las comunicaciones y las obras públicas. La legislación del parlamento catalán se limitaba a la administración local, sanidad, auxilio social y ley civil. Cualquier conflicto de intereses sería resuelto por un Tribunal de Garantías Constitucionales. Pero, así y todo,

fue un gran momento cuando el coronel Maciá apareció con Azaña en el balcón de la plaza de San Jaime, en Barcelona, para recibir las aclamaciones de la multitud, que durante tanto tiempo había esperado la satisfacción de sus deseos. «Tengo absoluta confianza —dijo Maciá— en que recibiréis con buena disposición este estatuto, a pesar de que no es el estatuto que reclamábamos.» Así empezó la breve y trágica historia de la República catalana.

Entretanto, los vascos estaban haciendo un esfuerzo pareció para conseguir la autonomía.

Los vascos eran una raza de unas 600.000 personas que habían vivido desde tiempos inmemoriales alrededor del extremo occidental de los Pirineos. De ellos, unos 450.000 vivían en España, y el resto en Francia.[127] Los orígenes de este pueblo son desconocidos. Quienes ansían empequeñecer las diferencias entre los vascos y los españoles han pretendido identificar la danza tradicional vasca, *la Espala Danza*, con el *Tripidium* de los iberos, que observó Estrabón. De ahí han sacado la consecuencia, sugestiva pero no concluyente, de que los vascos son iberos que han conservado su identidad, en sus remotos valles. La lengua vasca se parece a lo que se conoce de ibero. Es una lengua primitiva, casi sin literatura. Lo único seguro sobre la historia vasca es la existencia de una sociedad característica en las montañosas provincias españolas de Guipúzcoa, Vizcaya, Álava y Navarra[128] (y, en menor medida, en la zona vasco-francesa) desde los tiempos prehistóricos.

Las principales características de esta sociedad han sido, desde tiempo inmemorial, el profundo sentimiento religioso, el aislamiento político, y la autosuficiencia agrícola. Como en esta región la Iglesia permaneció muy cerca de la tierra, las parroquias eran los centros de la vida cívica. Los concejos locales se solían reunir en los atrios de las iglesias. Los sacerdotes vascos afirmaban que, en 1936,

casi toda la población agrícola de Guipúzcoa, Álava y Vizcaya, y más de la mitad de los habitantes de las áreas industriales (de los que eran de sangre vasca)[129] eran católicos practicantes.[130]

En el aspecto político, por lo menos desde la Alta Edad Media, cada dos años se reunían bajo un roble en Guernica (Vizcaya) asambleas compuestas por representantes de todos los hombres mayores de 21 años. Allí, el monarca, o un representante suyo, juraba respetar los fueros vascos. Entonces se elegía por sorteo un consejo ejecutivo que gobernaría los dos años siguientes. Tanto el árbol como la ciudad de Guernica tenían para los vascos un carácter sagrado, lo cual hace pensar en una transferencia a la vida política de la primitiva adoración del roble. Estas costumbres ilustres ya estaban completamente arraigadas incluso antes de la llegada de los árabes, los cuales nunca llegaron a conquistar el país vasco. Sin embargo, los vascos nunca habían sido independientes.[131] En realidad, buena parte de Castilla fue colonizada por agricultores vascos, al ser reconquistada a los moros. El primer intento de autoafirmación de los vascos fue a principios del siglo XIX, cuando, debido a su catolicismo, así como a la fuerza de sus sentimientos locales, constituyeron el núcleo de los ejércitos carlistas en su guerra contra los liberales. Como consecuencia de esto, en 1876 quedaron abolidos sus fueros.

La ira que provocó esta medida se intensificó, a finales del siglo XIX, con la industrialización. Los vascos siempre habían sido famosos como constructores de barcos, para los que utilizaban los numerosos robles de Vizcaya. El ancla vasca se exportó mucho en el siglo XVIII. A finales del siglo XIX, Bilbao se convirtió en una gran ciudad industrial, gracias a los yacimientos de hierro que la rodean y a las facilidades naturales que tiene para la exportación. Desde principios del siglo XX, el 45% de la flota mercante española

procedía de las provincias vascas, y de ahí venía también casi todo el hierro de España. La industria española del acero también se estableció en el país vasco, y, en los años 30, Vizcaya producía tres cuartas partes del acero y la mitad del hierro de España. (Pero el apogeo del hierro vasco había pasado: en 1929, la producción era la mitad de lo que había sido en 1913.)[132] Alrededor de un tercio de la inversión total española era vasca. La seguridad de una clase media acomodada, pero progresiva, se reflejaba en los grandes bancos vascos. Éstos traspasaron las fronteras de la empresa familiar y llegaron a ocupar un lugar dominante en la banca española. Los banqueros, como es lógico, eran centralistas, por interés social y económico, pero el resto de la clase media vasca, igual que los catalanes, añadió su moderado peso al de los románticos que, dirigidos por Sabino de Arana (hijo de un carlista, que se convirtió en nacionalista vasco en Cataluña), empezaron a reclamar, hacia 1890, el restablecimiento de los fueros abolidos hacía relativamente poco tiempo.

A comienzos de los años 30, el catolicismo del movimiento nacionalista significaba que éste no podía estar de acuerdo con los partidos republicanos. El partido vasco, en realidad, era casi racista cuando desaconsejaba los matrimonios con no vascos y hablaba de expulsar a los castellanos. La Iglesia vasca apoyaba plenamente el movimiento nacionalista y confiaba en que llegaría el día en que los vascos dejarían de aprender castellano, «la lengua del liberalismo». Así pues, no fue sorprendente que los diputados vascos abandonaran las Cortes durante la discusión de las cláusulas anticlericales de la Constitución. En 1931, los vascos parecían tan de derechas que el inveterado conspirador monárquico general Orgaz invitó a su jefe, José Antonio Aguirre, a participar en un complot militar contra la República. «Si usted pusiera a mi

disposición los 5.000 jóvenes nacionalistas vascos que el otro día desfilaron en Deva, yo podría rápidamente hacerme dueño de España», dijo el general. Pocos días después, un enviado del rey Alfonso dijo a Aguirre: «El rey desearía compensar las injusticias que han sufrido los vascos. Se está estudiando la posibilidad de restaurar sus fueros». Aguirre, joven abogado que debía gran parte de su éxito político a su buena facha y a sus proezas como futbolista del club Atlético de Bilbao, rechazó ambas proposiciones, y, a partir de entonces, los monárquicos guardaron un especial rencor al Partido Nacionalista Vasco.[133] No tardó en iniciarse la discusión de un Estatuto vasco que habría dado a los vascos el mismo grado de autonomía de que disfrutaban los catalanes. (Ya habían conseguido el Concierto Económico, un convenio fiscal especial con el gobierno, y algunos otros elementos de autonomía administrativa.)

En junio de 1932, se reunieron en Pamplona delegados de las cuatro provincias. Los de Navarra rechazaron el Estatuto por el estrecho margen de 123 votos contra 109. El carlismo siempre había sido fuerte en Navarra y, aunque vascos y carlistas habían sido uña y carne en el siglo XIX —en realidad, el carlismo había tenido muchos partidarios vascos—, los dos movimientos diferían en la cuestión de dónde debía residir la soberanía en el futuro: en Bilbao o en Madrid. A partir de entonces, el camino de Navarra se separó cada vez más del de los vascos.

Los delegados de las otras tres provincias aprobaron el Estatuto por gran mayoría. Esta aprobación fue confirmada más tarde por un plebiscito de las tres provincias.[134] Porque, para entonces, todas las clases sociales de las provincias vascas[135] (muchos de los cuales eran inmigrantes de Asturias, Andalucía o Galicia), apoyaban la petición de autonomía limitada, cuando no de independencia. En realidad, una gran mayoría era partidaria del antiguo lema

vasco, «por Dios y nuestros fueros».

La cultura tuvo menos papel en el resurgimiento vasco que en el catalán. En Bilbao no había teatro de ópera, no había equivalentes vascos de artistas catalanes como Sert o Gaudí. Su movimiento adquirió impulso gracias al anticlericalismo de la República. A diferencia de los nacionalistas de Barcelona, sus mejores mercados estaban fuera de España. Estaban casi convencidos de que podían vivir por sí mismos con sus bosques y sus minas de hierro. Por lo tanto, es fácil comprender que estuvieran hartos de España. Y no deja de ser una tragedia irónica que su repugnancia a seguir unidos a España los empujara a la guerra civil y los destruyera. Igualmente irónico es el hecho de que los dirigentes de la clase media vasca, en la mayoría de los casos, hicieran sus discursos en castellano, y en algunos casos hablaran la lengua vasca con dificultad.[136],

El éxito creciente de los dos partidos separatistas en Cataluña y las provincias vascas tuvo repercusiones en toda España. En Galicia había empezado un movimiento separatista durante la dictadura de Primo de Rivera. Casares Quiroga, ministro de Gobernación en el gobierno de Azaña, estaba preparando un estatuto para la autonomía de Galicia. Hubo intentos similares entre los valencianos, e incluso entre los castellanos. En realidad, para algunos parecía inminente la desintegración geográfica de España. Y ésta era una causa más de temor, y creaba una predisposición a recurrir a la fuerza en aquellos que pensaban que podrían salir más perjudicados con tal desmembración.

La Iglesia y buena parte de la clase media habían sido alejadas de la República por las cláusulas religiosas de la Constitución. Los terratenientes estaban incomodados por la Ley de Reforma Agraria. Y el ejército era el más ofendido con la promulgación del Estatuto catalán y los pasos que se estaban dando en dirección a un Estado español federal.

Estaban lejos los días en que un francés como Brantóme podía sentirse orgulloso de la raza humana al ver a los españoles cabalgando hacia Flandes «con la arrogancia y la gracia insolente de unos príncipes». En realidad, en los últimos años, el ejército español había dado pocas pruebas incluso de la más elemental competencia. Wellington consideraba a los españoles que luchaban a su lado valientes pero indisciplinados. Los observadores ingleses de las guerras carlistas habían comentado lo mismo. La primera guerra carlista no terminó con una victoria en el campo de batalla, sino con un tratado (en Vergara, palabra que a partir de entonces se convirtió en sinónimo de compromiso humillante), que daba opción a los oficiales carlistas a incorporarse al ejército regular con plena paga. Este acuerdo había iniciado una era de exceso de oficiales para el número de soldados en el ejército español. En los últimos años de la Monarquía, había 17.000 jefes y oficiales (incluidos 195 generales) para unos 150.000 soldados;[137] es decir, una proporción de un oficial por cada nueve soldados.[138] Este exceso había sido la principal razón por la que, en Marruecos, el ejército no había podido tener buenos hospitales, tanques o maniobras modernas.

Resultaba un lugar común decir que aquella gran fuerza se mantenía no para combatir contra los enemigos de España en el extranjero, sino para velar por el orden del país. Desde las guerras napoleónicas, los oficiales del ejército español se habían acostumbrado a la vida política. Se habían producido innumerables pronunciamientos, con éxito o sin él, entre 1814 y 1868. Entre 1868 y 1875, el ejército, a pesar de estar andrajoso, mal equipado e indisciplinado, había destronado a la reina, había traído otro príncipe de Italia, había establecido la república, había restaurado el orden y, finalmente, había vuelto a implantar la monarquía. Los generales no habían intervenido públicamente en política

entre 1875 y 1923, pero habían sido consultados y favorecidos por Alfonso XII y Alfonso XIII, quienes, como comandantes en jefe, tenían una relación especial con el ejército. Los insultos «contra su honor» de un periódico catalán en 1905 provocaron la sorprendente concesión, en la Ley de Jurisdicciones —obra de un gobierno coaccionado—, de que todos los ataques contra el ejército serían juzgados por tribunales militares.[139] En 1917, el ejército había aplastado la huelga general, aunque en aquellos momentos reinaba la inquietud en su seno. De 1923 a 1930, el general Primo de Rivera había mantenido una dictadura militar, y sólo se había retirado al enterarse (por los demás generales) de que las guarniciones estaban en contra suya. Entretanto, las guerras de Marruecos, de 1909 a 1927, habían proporcionado al ejército muchas oportunidades de grandeza y de miseria. Era inconcebible que el ejército permaneciera mucho tiempo sin aparecer en el escenario de la República.

Azaña, mientras fue ministro de la Guerra, decidió reducir el poder de esta omnipotente institución. Con su habitual y fatal facilidad para crear frases inolvidables, anunció que «trituraría» a los enemigos de la República.[140] Intentó hacerlo aboliendo la Ley de Jurisdicciones. También abolió el Tribunal Supremo del Ejército y de la Armada, y transfirió sus atribuciones a los tribunales ordinarios. Suprimió el rango de capitán general, que era semejante al de virrey. Como hemos visto, concedió a todos los oficiales la libertad de jurar fidelidad a la República o retirarse con el sueldo completo. Azaña, además, retiró a varios oficiales con el fin de conseguir un ejército más eficiente y más reducido. Pero otras de las medidas que tomó —como la de la anulación de ascensos por méritos de campaña— iban a hacer impopular a Azaña en los medios ortodoxos. Su lenguaje, a menudo, era excesivo; sus acciones, arbitrarias; y

sus consejeros pertenecían a un impopular «gabinete negro» de oficiales liberales, como el general Ruiz Fornells y el coronel Hernández Sarabia. Además, la abolición de la jura de la bandera había sentado muy mal en el ejército, por considerarse una interferencia en su vida ceremonial o simbólica. Es cierto que en una ocasión en que el jefe de estado mayor del ejército, general Goded, un general muy metido en política que había apoyado el pronunciamiento de Primo de Rivera y luego se había levantado contra él, arrestó a un coronel republicano, Julio Mangada, por gritar «¡Viva la República!» después de haber gritado el «¡Viva España!» al final de una comida de oficiales. Azaña apoyó a Goded, y mantuvo el arresto de Mangada por insubordinación. Además, Mangada había arrojado al suelo su guerrera y la había pateado. Sin embargo, después Goded fue sustituido por un oficial menos ambicioso, el general Masquelet.[141] Y hubo otros incidentes del mismo estilo.

En tiempos de la República, había 10.000 oficiales en España. Tenían bajo su mando 150.000 hombres que, salvo en el caso de la Legión Extranjera y las tropas nativas de Marruecos (denominadas «el Ejército de África»), eran reclutas que cumplían su servicio militar.[142] El servicio militar duraba un año, pero casi nunca llegaba a los nueve meses: la cifra de 150.000 era nominal. Este ejército estaba repartido en cuarteles establecidos en las capitales de provincia. Sin embargo, las reformas de Azaña no consiguieron reducir el presupuesto militar, no mejoró la instrucción y se descuidó la preparación para el combate.

La mayoría de los principales oficiales del ejército habían combatido en las guerras de Marruecos, cuya atmósfera de camaradería y brutalidad recordaban con nostalgia. Con el paso de los años, olvidaban la sangre y sólo recordaban la gloria. Aunque muchos de sus compañeros habían muerto en Marruecos, allí habían tenido

oportunidades para conseguir ascensos rápidos y aplicar sin trabas la ley militar. Muchos creían, equivocadamente, que la incompetencia política de Madrid les había obligado a luchar en aquella guerra sobre la cuerda floja, sin armas ni aprovisionamientos adecuados. Después de que Primo de Rivera, con la ayuda de los franceses, derrotó a los rifeños, los oficiales que se habían hecho un nombre en aquellas campañas, los «africanistas», miraban con desprecio a aquellos de sus colegas «peninsulares» que no habían servido como voluntarios en la aventura imperial. La guerra de Marruecos había estado tantas veces al borde del desastre, y, concretamente, los hechos de 1921 habían sido tan terribles, que la victoria final hacía sentir a los veteranos un orgullo especial. Puesto que el rey había supuesto una influencia entusiasta a favor del protectorado, era natural que muchos de aquellos oficiales fueran monárquicos. No podía calificarse a estos hombres de anticuados, porque, a diferencia de sus predecesores del siglo XIX, habían conquistado territorio y no se habían retirado. Los «africanistas» eran una élite ofensiva, románticamente conmovidos porque habían «escrito una página gloriosa» de la historia al entrar triunfalmente en la sagrada Xauen. Muchos de ellos habían deseado, indudablemente de forma paternalista, mejorar la suerte de las sesenta y seis tribus del Marruecos español: Silvestre, el general derrotado en Anual en 1921, al ver las prisiones de Larache, había exclamado horrorizado: «¡Esto es horrible! ¡Inhumano! No lo toleraré en un país que está bajo nuestra protección».[143] El general francés Beaufre, al otro lado de las colinas, escribía: «Hicimos estas guerras coloniales con la conciencia limpia, seguros de que llevábamos con nosotros la civilización y el progreso, convencidos de que ayudaríamos a aquellas gentes a salir de su estado de atraso».[144] Tales eran los recuerdos de los oficiales; un sargento recordaba: «Durante los

primeros veinticinco años de este siglo, Marruecos no fue más que un campo de batalla, un burdel y una taberna inmensos».[145]

La «épica» de Marruecos desempeña un papel importante en la historia del hundimiento de la República, porque los generales Sanjurjo, Goded, Franco, Millán Astray, Queipo de Llano y Mola, por citar a los caballeros de África más conocidos, así como algunos oficiales jóvenes, como los coroneles Varela y Yagüe, consideraban a España como una nueva forma de problema marroquí: infestada de tribus rebeldes camufladas de partidos políticos y pidiendo a gritos una mano de hierro, aunque paternal. Además, los «africanistas», aunque ahora estuvieran destinados en la península, recordaban con afecto a las dos fuerzas que les habían ayudado a ganar: la dura y despiadada Legión Extranjera, compuesta principalmente, a pesar de su nombre, por españoles, y por algunos portugueses, franceses y alemanes, y que había sido fundada en 1920 por el general Millán Astray como fuerza de choque; y los Regulares moros, creados por el general Berenguer, el que acabaría sucediendo a Primo de Rivera, que eran tropas nativas entrenadas a partir de 1911 para ser medio soldados, medio policías, con el fin de reprimir el bandolerismo, dirigidos por oficiales españoles.

Muchos oficiales del ejército español veían en sus propias tradiciones la encarnación de una cierta idea de una España intemporal, básicamente castellana, sin política, que creaba el orden y prohibía todo lo que no fuera español (en esto incluían el separatismo, el socialismo, la masonería, el comunismo y el anarquismo). Estaban convencidos de que su juramento, como oficiales, de «sostener la independencia de la Patria y defenderla de enemigos exteriores e interiores»[146] se encontraba por encima de su juramento de lealtad a la República. El oficial español corriente, cuando

llegaba a la mitad de su vida, era un hombre insatisfecho, irritable y de derechas. En España, como en todas partes, el oficial joven, cuando todavía vivía con la ayuda del dinero de la familia, era generalmente feliz. Era feliz mientras su uniforme y esbelta figura producían impacto entre las chicas casaderas de familias conocidas. Luego venía un corto noviazgo, el ascenso a capitán y la boda. Aumentaban los gastos, había que mantener las apariencias, pero la paga seguía siendo la misma. Se desvanecían los ideales militares de la juventud. El gallardo león de los salones de baile se convertía en un amargado funcionario del Estado: en realidad, poco más que un policía en una ciudad de provincias. Su mujer se hartaba de tener que estar siempre haciendo economías. Miraba envidiosa a los compañeros civiles de su marido, de los que antes se reía. Estas experiencias tal vez fueran comunes a los oficiales de todos los países. Pero, en España, parecía haber una salida. El oficial podía soñar con un pronunciamiento que lo colocara en una posición superior a la de sus inteligentes amigos dedicados a profesiones liberales o al comercio.[147] Este tipo de acciones entraban de lleno en la tradición de la política española, y no siempre en una línea totalmente derechista. Sin embargo, en España, los militares no solían «alzarse» o «pronunciarse» llevados por la ambición, por lo menos en el siglo XX; los futuros rebeldes solían ser hombres bienintencionados, según Dios les daba a entender, cuya inquietud política venía fomentada por la complacencia psicológica de sus camaradas cuando se trataba de alentar la rebelión por razones históricas.

A pesar de todo, el ejército español estaba más dividido políticamente que ningún otro ejército de Europa, aunque la creación de academias militares, durante la época de la Restauración, había hecho que, la mayoría de oficiales fueran, por lo general, más conservadores que liberales, y

había creado cierto espíritu de casta. Sin embargo, las divisiones existentes dentro de la clase media española se notaban en el ejército lo mismo que en otros grupos profesionales. En 1931, una pequeña minoría de oficiales eran radicales; una minoría más grande tenían opiniones muy de derechas; otra minoría eran leales a la nueva República sin ningún otro compromiso político; el resto, quizá la mitad del total, eran apolíticos y oportunistas, aunque, por su formación, se inclinaban al conservadurismo y a recelar de los civiles.

En 1932, la aprobación del Estatuto catalán despertó las pasiones de muchos oficiales. No era sólo que la creación de un Estado catalán pareciera amenazar la integridad de la España que los militares habían jurado defender. La autonomía catalana parecía una afrenta deliberada al propio ejército, que entre 1917 y 1923 había tenido a Barcelona bajo la ley marcial. ¿No había sido el general Primo de Rivera más duro con los nacionalistas catalanes que con cualquier otro de sus críticos? Además, la mayoría de los oficiales eran de origen castellano o andaluz: muy pocos catalanes ingresaban en el ejército.

Al mismo tiempo, ganaban terreno otros proyectos antirrepublicanos. Las reuniones comenzadas en la calle de Alcalá en mayo de 1931 habían continuado, con un número de participantes cada vez mayor. A finales de 1931, el rey Alfonso, desde el exilio, cesó en su postura de desanimar a, sus partidarios favorables a la insurrección. Esto fue después de que las Cortes le condenaran al exilio de por vida y de que confiscaran sus propiedades *in absentia*. Ahora, su partido, los monárquicos ortodoxos, firmaron un pacto con los seguidores de su primo lejano, el pretendiente carlista. Ahora los «alfonsinos» tenían pocos prejuicios constitucionales que discutir con los carlistas, que ahora se

designaban a sí mismos con el nombre de «tradicionalistas». De manera que, en septiembre de 1931, los dos grupos se comprometieron formalmente a cooperar. Ya se decidiría más tarde quién sería el rey absoluto.

En 1931, el movimiento carlista —porque no se trataba de un mero partido— seguía manteniendo su identidad, aunque poca cosa más, desde su última derrota de 1876. Como muchas causas aparentemente perdidas, se había dividido, y sus miembros se habían atacado unos a otros cada vez más sañudamente a medida que menguaba su número, aunque se sabía que las juventudes carlistas habían intentado hacer fracasar unas elecciones en Cataluña en la década de 1910. El pretendiente carlista, don Jaime, estuvo encantado de hacer concesiones al ex rey Alfonso, a cambio de que le dejaran en paz. Era soltero y su único heredero varón era su octogenario tío, Alfonso Carlos.[148] Alfonso Carlos, aunque estaba casado, no tenía hijos. ¿Quién sabía lo que pasaría con el carlismo una vez muertos estos dos príncipes? La idea de una monarquía donde el poder fuera ejercido por un consejo de notables, de unas Cortes elegidas corporativamente y de una recuperación regional tal vez pudiera sobrevivir en circunstancias más prometedoras, ahora que la otra causa de los carlistas, la del dominio católico en las esferas de la educación y la cultura, estaba siendo impugnada tan enérgicamente por los republicanos. En realidad, la llegada de la República reavivó el carlismo en su campo abonado de Navarra, y, en menor medida, en Castilla, Valencia y Cataluña, de una forma que sorprendió al pretendiente y a sus antiguos líderes. Las diferentes corrientes del movimiento volvieron a unirse, el escritor carlista Víctor Pradera fundó un nuevo periódico, en Madrid empezó a prosperar un diario, *El siglo futuro* y, mientras don Jaime se hacía amigo de don Alfonso en París, empezaron a aparecer jóvenes carlistas de clase media en sitios como

Sevilla, donde la causa nunca había prosperado antes. Un abogado andaluz, Manuel Fal Conde, empezó a reclutar dinero y miembros, organizando por primera vez el carlismo andaluz. Sus reclutas solían ser jóvenes, a veces de la clase trabajadora y, como había pocos lazos familiares con los carlistas de 1870, se insistía más en la planificación del futuro. Cuando murió don Jaime, a finales de 1931, su sucesor en el papel de pretendiente, Alfonso Carlos, rompió las relaciones con los monárquicos alfonsinos. En realidad, los carlistas se sentían más felices denunciando los errores de la monarquía constitucional que colaborando con ella. Algunos carlistas, como el conde de Rodezno, secretario general del carlismo a partir de 1932, un aristócrata navarro, continuaban esperando convencer a todos los monárquicos de los puntos de vista carlistas. Pero el movimiento juvenil navarro quería acabar con aquellas conspiraciones caballerescas en grandes hoteles; querían acción; y no ser siempre, como dijo uno de ellos, «empedernidos jugadores de tresillo, asiduos frecuentadores de cafés».[149] Igual que en el siglo XIX la mayor fuerza de los carlistas seguía estando en el norte, especialmente en Navarra. Aunque técnicamente es una provincia vasca, y aunque en muchos pueblos navarros se hablaba vasco, los accidentes políticos del pasado y el desarrollo económico del presente habían sido la causa de que Navarra siguiera el sendero de los carlistas, en vez del de los nacionalistas vascos. Porque los navarros eran un grupo tranquilo de campesinos propietarios de sus tierras, que se extienden a los pies de los Pirineos. La razón de la mayoría de votos navarros contra el Estatuto vasco reside en que Navarra no tenía ninguna burguesía ansiosa de ser libre para llevar una vida comercial al estilo de los países occidentales. Navarra era celosamente católica, y no había razón alguna que moviera a sus sacerdotes a modernizar la doctrina cristiana. Un viaje a Navarra era

todavía una expedición a la Edad Media. Huelga decir que las reformas anticlericales de la República produjeron en Navarra un resentimiento especial, y habrían sido suficientes para reavivar al antiguo espíritu en aquellos valles pirenaicos y en otros lugares, ya que, a mediados de 1932, eran pocas las ciudades importantes que no tuvieran una rama carlista, generalmente dirigida por algún aristócrata violento pero de modales exquisitos.

Las ideas políticas de los carlistas eran primarias. Unos años más tarde, un grupo de políticos se encontraba charlando sobre la posible vuelta del rey a España en presencia del conde de Rodezno, que entonces era el jefe del partido tradicionalista en las Cortes. Uno de los políticos se dirigió a Rodezno y le preguntó quién sería el jefe de gobierno si volvía el rey. «Usted, o cualquiera de estos caballeros; dependerá de los ministerios que ocupen.» «Y entonces, ¿qué haría usted?» «¿Yo? —exclamó el conde—. Yo permanecería al lado del rey y hablaríamos de caza.»[150] La «política» de la caza era, en realidad, la esencia de la visión carlista de la sociedad. Los monárquicos ortodoxos, los alfonsinos, eran ricos terratenientes o financieros. Los carlistas se encontraban entre los más pobres aristócratas, campesinos, artesanos y comerciantes especialmente en las regiones no favorecidas por el gobierno central.

Los carlistas eran sinceros en su hostilidad religiosa y casi mística contra el mundo moderno (especialmente contra el liberalismo y la Revolución francesa) y en su ferviente lealtad a *Dios, Patria y Rey*. Sin embargo, así como los anarquistas creían que una pistola y una enciclopedia les darían un nuevo mundo, los carlistas ponían la misma fe en una ametralladora y un misal. Aunque es cierto que otros trataban de dar al nuevo carlismo un tono más intelectual. Así, Víctor Pradera escribió *El nuevo Estado*, tentativa de una nueva utopía que participaba en gran medida del

corporativismo, salvo en que el autor se veía obligado a reconocer que, al fin y al cabo, «el nuevo Estado» no era más que el antiguo de Fernando e Isabel.[151]

Las conspiraciones contra la República, que habían empezado tan pronto después del nacimiento de ésta, cristalizaron prematuramente en el pronunciamiento del general José Sanjurjo, en agosto de 1932. Sanjurjo era el militar más famoso de España. Él, «el león del Rif», como gobernador militar de Melilla y más tarde responsable del desembarco en la bahía de Alhucemas, había proporcionado a España la victoria en 1927. A continuación, había sido un competente alto comisario en Marruecos. Era valiente, buen bebedor y galanteador, y en su rostro sensual se reflejaba una mezcla de indolencia y de fuerza. En 1931, siendo jefe de la guardia civil, había dicho al rey que no podía contar con aquel cuerpo para sostener la Monarquía. En 1932, cuando le habían destinado —con gran fastidio por su parte— al puesto menos importante de jefe del cuerpo de carabineros, no resultó difícil para sus amigos militares y monárquicos convencerle de que su deber era alzarse contra la República. «Usted es, mi general, el único que puede salvar a España», le dijeron.[152] Él tenía sus dudas, y no prestó la debida atención a la organización de la conspiración. Al parecer, le habían conmovido profundamente los trágicos sucesos ocurridos en varios pueblos el año anterior. Había ido a Castilblanco a raíz de los hechos, y había escuchado de testigos presenciales la descripción de cómo las mujeres del pueblo habían bailado alrededor de los cadáveres de los guardias civiles. Estaban complicados en la conspiración varios dirigentes carlistas, entre ellos Rodezno y Fal Conde. Pero el núcleo de la conspiración estaba formado por una serie de militares aristócratas; básicamente los que se habían ido reuniendo intermitentemente desde mayo de 1931.[153] El alzamiento en parte pretendía restaurar la Monarquía y en

parte era un intento de derrocar la «dictadura anticlerical de Azaña». También estaban complicados alfonsinos como el conde de Vallellano, Pedro Sáinz Rodríguez y Antonio Goicoechea, los generales Goded y Ponte, y el principal coordinador de la conspiración —bastante incompetente, por cierto— era el general Emilio Barrera, que fue quien aplastó a los anarquistas andaluces en 1917-1918, para convertirse después en el «virrey» de Primo de Rivera en Cataluña.[154] El plan era apoderarse de los principales edificios del gobierno en una docena de ciudades. En su manifiesto, en Sevilla, Sanjurjo utilizó precisamente las mismas palabras que habían empleado dos años antes los creadores de la República: «Españoles: Surge de las entrañas sociales un profundo clamor popular que demanda justicia y un impulso que nos mueve a procurarla».[155] Antes de producirse el alzamiento, fue enviado a Italia un joven aviador monárquico, el comandante Ansaldo, con el fin de solicitar la ayuda del régimen italiano. Ansaldo se entrevistó con el mariscal Balbo, y recibió promesas de apoyo diplomático en el caso de que el alzamiento tuviera éxito.[156] Dentro de España, un grupo fascista de creación reciente, el llamado Partido Nacionalista Español, de Burgos, dirigido por un fanático abogado de poca monta, el doctor Albiñana, también prometió apoyar el alzamiento.

Aquello fue un fracaso. Azaña y el gobierno se enteraron de lo que se preparaba, al parecer gracias a la traición de una prostituta. En realidad desde hacía semanas se venía hablando del alzamiento en los cafés. Cuando el juez preguntó a uno de los conspiradores, José Félix de Lequerica, antiguo maurista y propietario de un periódico, cómo se había enterado de la fecha de la insurrección, él contestó: «Por mi portero. Hacía varias semanas que me venía diciendo que la fecha se había retrasado. Hasta que, ayer, me anunció solemnemente: “Es esta noche, don José

Félix"». El general Sanjurjo tuvo un efímero triunfo en Sevilla, pero en Madrid todo fue mal. La mayoría de los candidatos a rebeldes fueron detenidos tras una breve lucha en la plaza de la Cibeles. Azaña contempló la batalla indolentemente, con un cigarrillo entre los labios, desde el balcón del ministerio de la Guerra.[157]

En Sevilla, comunistas y anarquistas declararon una huelga general, y fueron quemados varios clubs de la clase alta.[158] Sanjurjo fue persuadido por sus seguidores para que huyera a Portugal. Lo detuvieron en Ayamonte y lo llevaron a Madrid para ser juzgado con otros 150 conspiradores, militares en su mayoría, entre los que se contaban dos vástagos de la casa de Borbón.[159] Así pues, el primer alzamiento contra la República terminó con la más absoluta derrota de sus enemigos. Se confiscaron las tierras de los conspiradores, sin indemnización; y también se produjo algo realmente ilógico: la confiscación inmoderada de las tierras de los grandes de España que rebasaran los límites fijados para la expropiación por la Ley de Reforma Agraria. Tampoco habría indemnización por estas tierras. En el calor del momento, el gobierno, y luego las Cortes, hicieron una excepción especial en su política agraria injustificable desde todos los puntos de vista: ¿cuántos grandes de España habían apoyado, en realidad, a Sanjurjo? Sólo dos, de un total de 262.[160]

8

Casas Viejas. — Declive del gobierno de Azaña. — Las elecciones de noviembre de 1933. — Gil Robles y la CEDA. — José Antonio Primo de Rivera y los orígenes de la Falange. — Los comienzos del comunismo español.

Azaña y su gobierno aguantaron el resto del año 1932 sin mucha dificultad. La mayor parte del tiempo estuvieron suspendidos los periódicos de derechas *ABC, El Debate e Informaciones*. Hubo una enorme cantidad de arrestos preventivos de políticos y militares de derechas, aunque no todos fueron procesados. Se hablaba de hacer una purga en la administración pública para eliminar de sus puestos a las personas «incompatibles con el régimen». Las sesiones de otoño de las Cortes se dedicaron a la discusión de la Ley de Congregaciones, que estatuía las cláusulas religiosas de la Constitución. Muchos jesuitas ya habían salido de España, pero todavía sería necesario mucho trabajo para descubrir qué colegios eran suyos en realidad y qué otras empresas tenían: en la Compañía había maestros en el arte de camuflar la propiedad. Se estaban preparando leyes en las que se señalaban las fechas para la supresión de todos los sueldos clericales antes de noviembre de 1933,[161] el final de la enseñanza religiosa y la imposición de otras restricciones A las órdenes religiosas: las escuelas elementales de la Iglesia cerrarían sus puertas el 31 de diciembre de 1933, y los colegios de segunda enseñanza y universidades o institutos

de enseñanza superior, tres meses antes. Esto significaría que, en un país donde ya había escasez de escuelas, otros 350.000 niños se quedarían sin enseñanza. Sin embargo, Fernando de los Ríos, el nuevo ministro de Educación, y Rodolfo Llopis, director general de Enseñanza Primaria, ya estaban haciendo esfuerzos hercúleos para llevar a buen término esta parte de los ideales de la República. Se habían edificado siete mil escuelas nuevas. El sueldo por año de los maestros se elevó a la todavía escasa cantidad de 3.000 pesetas anuales. Se enviaban escuelas circulantes a las provincias más apartadas. A finales de 1932, 70.000 niños asistían a escuelas de segunda enseñanza, frente a los 20.000 que acudían tres años antes. A partir de entonces, el ritmo de construcción de escuelas se hizo más lento, debido a las dudas que surgieron sobre la capacidad de algunos de los nuevos maestros y al deseo de equilibrar el presupuesto de los sucesivos gobiernos.[162]

El país siguió también con atención el proceso contra el millonario mallorquín Juan March, probablemente el hombre más rico de España desde que Primo de Rivera le había concedido el monopolio para la distribución de tabaco en Marruecos. March resultó convicto de fraude, pero más tarde sobornó a sus carceleros y se evadió espectacularmente de la prisión de Alcalá. Después, al parecer utilizó su considerable riqueza (valorada en 20 millones de libras esterlinas) para intentar sabotear el equilibrio económico de la República, que, a pesar de todo, mantuvo la peseta más o menos al mismo cambio (de 55 pesetas por libra esterlina).[163]

Sin embargo, la paz intranquila del invierno se rompió debido a una nueva serie de revueltas agrarias: una de ellas en Castellar de Santiago (Ciudad Real), donde unos campesinos de derechas mataron al dirigente del sindicato socialista local en circunstancias espantosas; y, luego, en

enero de 1933, debido a una acometida casi mortal de las izquierdas. El 8 de enero hubo algunos levantamientos anarquistas en Cataluña. Estaban inspirados por la FAI, particularmente por el nuevo dirigente anarquista García Oliver. Se proclamó el comunismo libertario en Sardañola-Ripollet. Hubo levantamientos esporádicos en Levante y Andalucía. Sin embargo, el levantamiento anarquista más famoso se produjo en Casas Viejas, en la provincia de Cádiz. Aunque el alcalde se rindió, la guardia civil se negó a hacerlo, y telefoneó pidiendo ayuda a la cercana población de Medina Sidonia. Los anarquistas fueron, por breve tiempo, los dueños del pueblo. Ondeó al viento la bandera roja y negra. Sin embargo, parece ser que no mataron a nadie, aunque en la población había muchas familias de la clase alta. Respetaron al cura. Es posible que algunos anarquistas creyeran que la gran revolución había triunfado en todas partes. Al cabo de poco llegaron refuerzos: un destacamento de guardias de asalto. Este cuerpo, más eficiente y moderno que la antigua guardia civil, había sido creado después de los disturbios de mayo de 1931 como policía especial para la defensa de la República. Dirigidos por el coronel Agustín Muñoz Grandes, un militar muy competente conocido por su evacuación de las tropas españolas de Gomara, en Marruecos, en 1924, que había creado el nuevo cuerpo de la nada en tres meses, los guardias de asalto eran oficiales y hombres a los que se suponía especialmente leales al nuevo régimen.[164] Desalojaron del pueblo a los anarquistas, algunos de los cuales se refugiaron en una pequeña colina en las afueras del pueblo. Mientras tanto, una unidad de guardias civiles y de asalto comenzó un registro casa por casa en busca de armas. Un viejo y veterano anarquista, apodado «Seisdedos», se negó a abrir su puerta. Empezó un asedio. «Seisdedos», acompañado de su nuera Josefa, que le iba

cargando las armas, y de otras cinco personas, se negó a rendirse. Mataron a dos guardias de asalto. Salieron a relucir las ametralladoras, pero continuó el fuego. Cayó la noche. «Seisdedos» mantuvo el tiroteo. Una de las hijas de «Seisdedos», Libertaria, y un chico escaparon de la casa. A la mañana siguiente, las fuerzas del gobierno, enfurecidas por la larga resistencia, rociaron de gasolina la casa y le prendieron fuego, matando a los que estaban dentro. Después fusilaron a unos catorce prisioneros, y el capitán del destacamento de guardias de asalto, capitán Rojas, dijo a la prensa que el tenía órdenes de no hacer prisioneros y de «disparar a la barriga».[165] Aunque, evidentemente, ni Azaña ni Casares Quiroga, ministro de la Gobernación, habían dado nunca esta orden, jamás se recuperaron de las consecuencias de este incidente. Las derechas los acusaron, con cierta hipocresía, de «asesinar al pueblo». El radical Martínez Barrio acusó al gobierno de crear un régimen de «sangre, fango y lágrimas». Ortega y Gasset proclamó abiertamente que la República le había decepcionado. «No era esto —dijo —. No trabajábamos para esto en tiempo de la monarquía.» La mayoría de Azaña descendió en las Cortes hasta una cifra muy baja.

En abril de 1933, se celebraron elecciones municipales en las áreas donde habían ganado los monárquicos en 1931, y que por consiguiente habían estado privadas de representación. Igual que en 1931, estas elecciones tuvieron tanta importancia como unas nacionales. Como mínimo, en ellas se luchó con una intensidad desconocida en España hasta entonces. En centenares de pueblos, la gran cuestión fue la religión, tanto como la lucha de clases, aunque a menudo se combinaban los dos puntos. En muchos sitios, la iniciativa en la lucha correspondió a las izquierdas, que, en 1931, habían obtenido el control local por primera vez en la historia. Adelantándose a veces al gobierno, los

ayuntamientos a menudo habían abolido ciertas procesiones durante las fiestas. A veces se había prohibido que la banda municipal entrara en la iglesia. En los lugares donde se habían autorizado las procesiones, los jóvenes socialistas habían dicho con gran arrogancia que echarían al río a los que llevaran los pasos o acompañaran a las imágenes. Además, en Andalucía, un sacerdote había sido multado por un magistrado socialista por decir misa en su iglesia con el tejado destruido por un rayo: se le había acusado de hacer una exhibición pública de religión. Otro sacerdote fue multado por monárquico por haber aludido al reino de Dios el día de la fiesta de Cristo Rey. En una parroquia se gravó con un impuesto el doblar las campanas, en otra se prohibió llevar crucifijos. Algunas iglesias habían sido robadas, y a veces quemadas, y nadie parecía mover un dedo para detener a los malhechores. En la iglesia de un pueblo de Aragón, los «izquierdistas» pusieron jabón en el suelo de la entrada y se reían groseramente viendo resbalar a los fieles. En muchos sitios desaparecieron de calles y plazas los nombres de santos o eclesiásticos famosos (los cambios de nombres de calles han sido, durante mucho tiempo, una característica de los cambios políticos españoles).

Luego, lentamente, se inició una contrarrevolución. La vieja España empezó a proteger las imágenes de las vírgenes en las procesiones con hombres armados, que además se apostaban en las esquinas de las calles por donde tenía que pasar la Virgen. Los fieles también se sintieron obligados a hacer todas las procesiones religiosas más solemnes. La Acción Católica empezó a organizarse como un partido de derechas destinado a mantener las «formas lentas y tradicionales de hacer las cosas» frente a las «ideas y acciones directas, progresivas y violentas».[166]

En las elecciones municipales de 1933, los partidos del gobierno obtuvieron 5.000 concejales, las derechas 4.900, y la

oposición de centro, dirigida por Lerroux y sus radicales, 4.200. Los republicanos de izquierda y los socialistas empezaron a ver que podían perder poder incluso en una democracia. Las derechas también obtuvieron victorias en las Cortes, particularmente en el caso de la Ley de Arrendamientos Rústicos, porque los republicanos de izquierdas no asistieron al debate. Los periódicos liberales se volvieron contra Azaña. En septiembre, unas elecciones entre funcionarios municipales para elegir magistrados para el Tribunal Supremo dieron una mayoría sustancial a candidatos opuestos al gobierno. La oposición en las Cortes era vociferante y amenazaba con la desobediencia pasiva si se aprobaba el proyecto de ley que prohibía enseñar a las órdenes religiosas. Agotado y desalentado, Azaña intentó primero volver a barajar su gabinete, y luego, cuando el presidente le puso dificultades, dimitió. Lo hizo antes de que se cerraran realmente las escuelas de la Iglesia, que con ello alargaron su vida. Después de un intento infructuoso de Lerroux de formar gobierno, su lugarteniente, Martínez Barrio, creó una administración provisional y convocó elecciones generales para el 19 de noviembre.

Azaña y sus partidarios se lanzaron a la campaña electoral en defensa de sus realizaciones: se habían aprobado importantes leyes referentes a arrendamiento, arbitraje, enseñanza, órdenes religiosas, agricultura, ejército y autonomía catalana. Había una ley de divorcio nueva y avanzada, así como una ley que legalizaba el matrimonio civil, leyes sobre los derechos de la mujer, y un sistema más justo de selección de personal para la administración pública. Se redactó un nuevo Código Penal. Uno de los experimentos más conmovedores había sido el siguiente: estudiantes republicanos, bajo la inspiración del anciano crítico de arte Manuel Cossío, y la dirección de Luís Santullano, habían organizado misiones pedagógicas

ambulantes en las partes más remotas de España, dando acceso a pobres campesinos a representaciones gratuitas de obras de Lope de Vega o lecturas de poemas de Lorca. Pero, así y todo, muchos estaban desilusionados con la República: el Instituto de Reforma Agraria sólo había instalado a 4.600 familias.[167] Una comisión de expropiación estaba intentando solucionar poco a poco los problemas legales creados por la disolución de los jesuitas; era un trabajo insuficiente. Como tantos otros antes y después, Azaña había asustado a la clase media sin satisfacer a los trabajadores. Su ministro de Agricultura, Marcelino Domingo, perdió votos por su mala administración de las importaciones de trigo. Y sobre todo, las emociones políticas se habían despertado en todas partes. Pero lo que resultó inesperado fue la magnitud de la derrota de Azaña.

Las izquierdas perdieron en 1933 porque, en primer lugar, en un sistema que favorecía las coaliciones, éstas estaban desunidas: los socialistas tuvieron 1.722.000 y sólo consiguieron 60 escaños, mientras que los radicales, con 700.000 votos, ganaron 104 escaños. Pero los socialistas se habían negado a seguir colaborando con una «democracia burguesa». En segundo lugar, la abundante propaganda de las derechas consiguió desfigurar la obra positiva de la República. También hubo, claramente, algunos fraudes electorales, intentos de intimidación y amenazas por ambos bandos. Por último, la introducción del voto de la mujer por primera vez en España, como de costumbre, favoreció a las derechas. En conjunto, los partidos que habían apoyado al último gobierno obtuvieron sólo 99 escaños, de los cuales, el partido de Azaña, Acción Republicana, sólo obtuvo 8.

En cuanto al centro, los radicales obtuvieron 104 escaños, y la *Lliga*, el partido de los hombres de negocios catalanes, 24. Las derechas, por su parte, obtuvieron 207 escaños. De éstos, 35 correspondieron a una incómoda

alianza entre carlistas y monárquicos ortodoxos: ahora éstos se habían organizado con el equívoco nombre de Renovación Española, partido dirigido por Antonio Goicoechea, un maduro dandy que había sido el jefe de los «jóvenes mauristas» en 1913, ministro de Gobernación conservador en 1919, y primer presidente de Acción Nacional en 1931. Aparte de eso, había sido un conspirador, y por consiguiente había estado en la cárcel en 1932. A finales de 1932, había roto con Acción Popular (nombre que para entonces había adoptado Acción Nacional), y había fundado un movimiento para los católicos de derechas que no podían aceptar el «accidentalismo» del partido católico. También había 29 «agrarios», un partido que existía para mantener los intereses de los cultivadores de trigo y aceite castellanos. Pero el mayor grupo de las derechas, y en realidad de todas las Cortes, con 117 escaños, era el nuevo partido católico, la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas).[168] El núcleo de la CEDA era Acción Popular. La fuerza impulsora era Ángel Herrera, director de *El Debate*, uno de cuyos objetivos (que coincidía, sin duda, con los deseos de Pío XI y su secretario de Estado, Eugenio Pacelli) era crear en España un partido demócrata-cristiano siguiendo el modelo de los que tantos éxitos han obtenido, después de 1945, en Alemania, Italia y Francia. Pero el carácter anticlerical de la Constitución significaba que los miembros de la CEDA no aceptaban el régimen tal como estaba entonces organizado. Las medidas anticlericales de poca importancia (como la secularización de los cementerios, la insistencia en que los funerales fueran civiles salvo que el difunto hubiera pedido específicamente un entierro católico, y la cancelación de la participación del ejército en las procesiones) provocaban reacciones tan furiosas como otras leyes mucho más drásticas. La CEDA, fundada oficialmente en marzo de 1933, como una amalgama

de los muchos grupúsculos católicos de derechas que habían surgido desde 1931, era una alianza, desde muchos puntos de vista. Según uno de sus miembros más ilustres, Manuel Giménez Fernández, de los diputados de la CEDA, unos treinta eran cristianos sociales; otros treinta, monárquicos o conservadores; y los sesenta restantes, oportunistas.[169] Los dirigentes no deseaban ofender a los ricos de derechas de los que dependían económicamente. José María Gil Robles, el joven y elocuente abogado que se convirtió en el jefe de la CEDA, había sido el líder parlamentario de Acción Nacional y Acción Popular, en 1931 y 1932, y se había hecho un nombre, antes de cumplir los treinta y cinco años, en los debates sobre las cláusulas anticlericales de la Constitución. Había sido uno de los principales colaboradores de *El Debate* de Ángel Herrera, y era el abogado de los jesuitas. Continuaba explicando su postura con el nombre de «accidentalismo»: era «accidental» si España tenía una monarquía o una república, pero era «esencial» que la ley no entrara en conflicto con la Iglesia.[170] Por lo tanto, había excluido de la CEDA a los monárquicos activos como Goicoechea. A pesar de todo, en realidad Gil Robles era monárquico, y se reunía con los conspiradores monárquicos, negociaba con ellos y, si era necesario, los defendía. No obstante, también permitía a sus seguidores —pequeños propietarios de Castilla, la clase media urbana, excepto en Cataluña y el País Vasco, algunos terratenientes— que le saludaran en los grandes mítines llamándole jefe, como si se tratara de un duce, o incluso de un führer. Había visitado Alemania en 1933 para estudiar la propaganda nazi, había estado presente en la reunión de Nuremberg y había vuelto a España con algunas ideas nazis en lo referente a campañas políticas: la utilización de la radio, el lanzamiento de folletos desde aviones, la bien organizada preparación psicológica de las multitudes en los grandes mítines en los que se

pronunciaban discursos embriagadores… Gil Robles era un parlamentario muy completo, pero no le gustaba el parlamento y pensaba que quizá pronto habría llegado su hora. Sus representantes visitaron al rey en París, pero algunos de sus discursos de 1933 manifestaban simpatía por el nazismo, y también por el Estado católico y corporativo del doctor Dollfuss en Austria. Su vaguedad sobre sus intenciones últimas, y su aversión a afirmar lealtad a la República, resultaban provocativas en las circunstancias de principios de los años 30, cuando eran frecuentes las historias de conductas comparables que habían acabado en el fascismo. Su movimiento juvenil, la JAP (Juventud de Acción Popular), era un grupo excitado e impaciente de señoritos, que alardeaban claramente de antiparlamentarismo: «el bien común no puede integrarse por medio de una asamblea elegida por un sufragio universal inorgánico», decían a sus seguidores en su periódico el 8 de diciembre de 1934. Los japistas eran una fuerza poderosa que empujaba a Gil Robles hacia la contrarrevolución. Así pues, en el invierno de 1933-1934 se estaba creando en España una situación peligrosa, porque el gran Partido Socialista español, con todo el peso de su prestigio y su disciplinado sindicato, también se estaba alejando del constitucionalismo.

Este cambio en el Partido Socialista se debía básicamente a la desilusión producida por la manera en que las derechas habían conseguido utilizar la Constitución para bloquear las reformas. Los socialistas también estaban disgustados porque la Constitución que ellos habían ayudado a redactar les había resultado muy mala aliada en las urnas.

Como era de esperar, Largo Caballero no había sido un parlamentario muy logrado (a diferencia de Prieto). También influía el peso de los campesinos del sur en la FNTT, la

federación agraria socialista. Estos nuevos reclutas socialistas estaban más próximos al anarquismo que al marxismo ortodoxo. Indudablemente eran diferentes de los disciplinados obreros industriales y de la construcción de Bilbao y Madrid. Largo Caballero hablaba el lenguaje que les gustaba cuando decía que «si la legalidad no nos sirve, si estorba nuestro avance, nos saltaremos la democracia burguesa y procederemos a la conquista revolucionaria del poder». Además, la violencia de los anarquistas en los últimos meses convenció a Largo Caballero de que tenía que intentar competir con ellos y ganar más trabajadores españoles para la causa socialista. Y pensaba que sólo lo podía conseguir rompiendo públicamente con los partidos republicanos de la clase media, con los que los socialistas habían colaborado en el gobierno, y demostrando que el suyo era el más extremista de todos los partidos proletarios españoles. En realidad, estaba equivocado en sus conclusiones, porque las disputas internas y probablemente también la violencia estaban haciendo que la gente abandonara el anarquismo, que indudablemente tenía muchos menos seguidores en Barcelona en 1933 que los que había tenido en 1931. Largo Caballero también atendía a los argumentos de sus nuevos consejeros intelectuales, los periodistas Luís Araquistain y Julio Álvarez del Vayo, de que la colaboración con la burguesía no les llevaría a ninguna parte.[171] Entretanto muchos jóvenes socialistas adoptando actitudes revolucionarias estaban deseosos de entrar en acción, y un antiguo líder socialista recuerda cómo bromeaban contándose chistes sobre bombas.[172]

Entre los muchos diputados de las Cortes elegidos en 1934 en representación de pequeños partidos, había dos que eran los únicos representantes de sus respectivos grupos. Uno era José Antonio Primo de Rivera, joven abogado, hijo del antiguo dictador, que se proclamaba fascista; y el otro

era Cayetano Bolívar, que había sido elegido como diputado comunista por Málaga.[173]

El fascismo español había sido iniciado, durante la dictadura de Primo de Rivera, por Ernesto Giménez Caballero.[174] Este excitable D'Annunzio español había empezado su vida política como socialista, igual que la mayoría de fascistas europeos, y luego se había convertido en un admirador de Mussolini por influencia de Curzio Malaparte, al que había conocido en Italia en 1928. Al volver a España propagó una teoría de la «latinidad» militante. Con ella atacaba a todo lo que había causado la decadencia de los países mediterráneos. En aquella época, Giménez Caballero veía a Alemania con especial odio, aunque durante un tiempo, por sorprendente que resulte, consideró a Rusia aliada del Mediterráneo. Pero el centro del mundo de Giménez Caballero era Roma, la capital de la religión y del fascismo. Después de la llegada al poder de Hitler en Alemania en 1933 revisó estas opiniones. Incluso antes de esto, los nazis tenían sus admiradores en España. En marzo de 1931, un antiguo estudiante pobre de la Universidad de Madrid, Ramiro Ledesma Ramos, hijo de un maestro de Zamora, fundó una revista: *La conquista del Estado*. En ella propugnaba una política parecida a la de los nazis. Ledesma llevó su admiración a Hitler hasta el extremo de copiar el mechón de pelo que le caía sobre la frente. Por otra parte, era un hombre puritano e intolerante. En *La conquista del Estado* anunció que no buscaba votos, sino «al apolítico con sentido militar, de responsabilidad y de lucha». Los cuadros del movimiento habían de ser «jóvenes equipos militantes, sin hipocresía frente al fusil y a la disciplina de guerra; milicias civiles que derrumben la armazón burguesa y anacrónica de un militarismo pacifista».[175] Un hombre se sintió inmediatamente atraído por este rígido programa. Se trataba de Onésimo Redondo, que, igual que Giménez

Caballero y Ledesma, era de la clase media, y había estudiado Derecho en Salamanca. Fue lector de español en la Universidad de Mannheim, donde pudo admirar «los desfiles imperturbables de los nazis, que son preludios de la nueva Alemania».[176] Al volver a su Valladolid natal en 1931, durante breve tiempo se dedicó a organizar un sindicato de remolacheros, y más tarde fundó su semanario, *Libertad* donde argüía la necesidad de la «reafirmación disciplinada del espíritu de la vieja Castilla», En septiembre, se reunieron Redondo y Ledesma, aunque el primero era católico y conservador y el segundo un radical de la clase media baja. En octubre anunciaron la formación de un movimiento que llamaron pomposamente Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (conocidas como las JONS). El programa estaba contenido en los «dieciséis puntos» de Valladolid de 1931. Entre ellos se incluían la condena del separatismo y de la lucha de clases, la aprobación de la expansión española a Gibraltar, Tánger, Marruecos Francés y Argelia, y el «examen implacable de las influencias extranjeras en nuestro país y su extirpación radical».[177] Al igual que otros programas comparables de otros países, el documento incluía penas severísimas para los que «especulen con la miseria y la ignorancia del pueblo», y exigía el control (la «disciplina») de la riqueza. Ledesma y Onésimo Redondo daban un papel a la religión católica, que consideraban como la encarnación de la tradición «racial» de los españoles. El catolicismo venía a significar para Redondo lo mismo que la sangre aria para Hitler. Pero criticaban a la Iglesia española de la época. Por ejemplo, consideraban a la CEDA como la sumisa aliada de la «reacción», aunque desde el principio los falangistas hablaran casi con el mismo estilo que los dirigentes juveniles de la CEDA: así, el dirigente de la JAP, José María Valiente, quería «forjar hombres nuevos, una juventud auténtica, alegre, optimista, española, en fin, y no

como esa otra, triste y áspera, avinagrada, atiborrada de novelas rusas e hija indigna de la anárquica generación del 98...».[178] Tampoco había mucha diferencia entre la Falange y los monárquicos: «¿Qué posición es la mía? ¿La de un tradicionalista? ¿La de una fascista? De todo hay, ¿por qué negarlo?» Éstos eran los comentarios del monárquico Goicoechea.[179]

Durante el resto de 1931 y todo 1932, la actividad de las JONS fue escasa. No tenían fondos y la clase media de España todavía se hallaba lejos de la desesperación. Redondo tuvo un papel poco importante en el levantamiento de Sanjurjo en 1932, aunque Ledesma despreciaba a los militares por considerarlos reaccionarios. Mientras tanto, un grupo más temerario de jóvenes más ricos se reunía en torno a José Antonio Primo de Rivera.[180]

José Antonio era un abogado alto y guapo, que entonces tenía poco más de treinta años, soltero (con un idilio desgraciado que olvidar), y lleno de deseos de agradar. Sus enemigos reconocían su encanto. Tenía «la cabeza llena de sueños [...] peligrosos para él y para nuestro pueblo, pero no eran, sin embargo, más que sueños».[181] Sus escritos producían la impresión de proceder de un estudiante aventajado que hubiera leído, sin digerirlo del todo, un curso muy largo de teoría política. Había empezado su carrera política como monárquico, aunque estuviera disgustado con la traición (como él la calificaba) de muchos monárquicos a su padre. Seguía siendo católico. En marzo de 1933, escribió para el periódico *El Fascio* (del cual sólo apareció un número): «La patria es una totalidad histórica donde todos nos fundimos, superior a cada uno de nosotros y a cada uno de nuestros grupos [...]. La construcción del Estado deberá apoyarse en estos dos principios: [...] el servicio a la nación unida, y [...] la cooperación animosa y fraterna de las clases».[182] Un año más tarde, proclamaba: «El fascismo es

una inquietud europea, una manera nueva de concebir todo: la Historia, el Estado, la llegada del proletariado a la vida pública; una manera nueva de concebir los fenómenos de nuestra época e interpretarlos con sentido propio. El fascismo triunfó ya en varios países, y ha triunfado, en algunos, como en Alemania, por la vía democrática más irreprochable».[183] José Antonio siempre estaba dispuesto a luchar contra cualquiera que criticara a su padre, y, en cierto modo, su carrera política fue simplemente un intento de reivindicar la memoria del viejo dictador. De su padre heredó el desprecio por los partidos políticos, una creencia instintiva en el padre y racionalizada por el hijo en la «intuición»: el triunfo de la experiencia sobre el intelecto. El punto de vista de José Antonio era paternalista. El Estado liberal, decía, significa la «esclavitud económica, porque a los obreros, con trágico sarcasmo se les decía: «sois libres de trabajar lo que queráis, nadie puede compeleros a que aceptéis unas y otras condiciones. Ahora bien, como nosotros somos los ricos, os ofrecemos las condiciones que nos parecen [...]; si no aceptáis las condiciones que nosotros os impongamos, moriréis de hambre, rodeados de la máxima dignidad liberal».[184] Con su encanto, su desprecio aristocrático por el dinero, su voluntad de correr riesgos, José Antonio era un típico señorito de Andalucía, de donde procedía su familia. Pero tenía una conciencia social atípica en aquel medio y una piedad filial igualmente atípica. El poema favorito de José Antonio era *If*, de Kipling. A veces leía trozos de él, en español, a sus seguidores, antes de la instrucción de los domingos o antes de una posible algarada callejera. En octubre de 1933 fundó su propio partido, Falange Española, aunque no estaba seguro de sus capacidades de dirigente: «La actitud de duda y el sentido irónico, que nunca nos dejan a los que hemos tenido más o menos una curiosidad intelectual —escribía—, nos

inhabilitan para lanzar las robustas afirmaciones sin titubeos que se exigen a los conductores de masas».[185] «¡Cómo sufro cuando veo esos brazos en alto que me saludan!», dijo a Ximénez de Sandoval.

Dos días después de que un jonsista de Madrid, Matías Montero, fuera asesinado cuando voceaba el periódico falangista *Fe*, por un miembro de la FUE (la Federación Universitaria Escolar, el sindicato estudiantil más importante, fundado en 1927 y entonces controlado por estudiantes de izquierdas),[186] José Antonio y Ledesma Ramos negociaron la fusión de la Falange y las JONS. Las JONS habían tenido algún éxito en 1933: se formó un grupo de estudiantes, el Sindicato Español Universitario (SEU), que reunía unos 400 estudiantes, y alrededor de otros cien «militantes» fueron organizados para pelear en las calles, en grupos de cuatro.[187] El nuevo partido unificado (que empezó a existir el 11 de febrero de 1934) adoptó el símbolo de las JONS del yugo y las flechas, pero, del triunvirato dirigente, dos —José Antonio y Ruiz de Alda— procedían de Falange, y sólo Ledesma de las JONS. Los lemas del partido fueron ideados por Ledesma: «¡Arriba!»; «¡España, Una, Grande, Libre!», y «¡Por la Patria, el Pan y la Justicia!» Pero José Antonio eclipsó a sus compañeros por su prestigio social, su dignidad como diputado —había sido elegido por intereses conservadores en Cádiz— y su atractiva personalidad. En la primavera de 1934, visitó Alemania, pero no vio a Hitler, y regresó a España criticando a los nazis. Seis meses antes le había gustado más Mussolini,[188] y él había producido «una profunda impresión» a Sir Oswald Mosley, en Inglaterra.[189]

El 14 de marzo de 1934, se celebró en Valladolid el primer mitin nacional de la Falange y de las JONS. José Antonio pronunció un discurso vigoroso y al mismo tiempo «poético», en la calle hubo disturbios con los socialistas, pero esto no impidió el buen comienzo del movimiento.

Varios oficiales retirados se ocuparon de la organización del entrenamiento paramilitar. Los dirigentes continuaron hablando en tono belicoso, aunque hasta mediados de 1934 José Antonio no aceptó todas las implicaciones de sus propias palabras. Así y todo, siempre se mostró reacio a la hora de apoyar el terrorismo.[190] Un hecho decisivo fue la paliza mortal que recibió un joven falangista en la Casa de Campo, en las afueras de Madrid, y el subsiguiente asesinato de una chica socialista, Juanita Rico, que había profanado su cadáver, obra de un joven diplomático falangista, Alfonso Merry del Val. Los falangistas se consideraban una élite heroica de jóvenes cuya misión era liberar a España del veneno del marxismo, y de lo que ellos consideraban el provincianismo rastrero y torpe de los valores liberales ortodoxos.

La mayoría de los miembros de la Falange eran jóvenes. Ledesma pensaba que no había que permitir que fuera miembro nadie de más de cuarenta y cinco años, y, en realidad, el Estado nacionalsindicalista iba a ser para menores de cuarenta años. Una gran minoría eran hijos insatisfechos de los ricos, ansiosos de un clima —como mínimo— de violencia. Había unos cuantos ex socialistas y ex comunistas descontentos. Otros eran supervivientes de la antigua Unión Patriótica del dictador. Muchos eran miembros frustrados de la clase media, como el propio Ledesma, que ansiaban una sociedad más heroica que la que se podían permitir. La mayoría procedían del centro de España, aunque Sevilla también fue una fuente de reclutamiento. En Madrid había un fuerte grupo de taxistas falangistas, quizá porque habían visto la peor cara de la clase media. El grupo más numeroso probablemente estaba formado por estudiantes.[191] Los fondos procedían de hombres de negocios y de los monárquicos, siempre dispuestos a meterse en cualquier nuevo movimiento

derechista, pero el partido andaba escaso de dinero. Parte de la «ideología» se expresaba con fraseología carlista, así que no fue casual que uno de los oficiales del ejército que enseñaba a los jóvenes falangistas los rudimentos del manejo de armas fuera el coronel retirado Ricardo Rada, que haría lo mismo con los carlistas en fecha posterior.

En el otro extremo de la baraja política, el partido de Cayetano Bolívar, el diputado comunista por Málaga, probablemente tenía en 1933 unos 25.000 miembros.[192] Sus orígenes deben buscarse entre los sectores pro-bolcheviques de los movimientos socialista y anarquista en la época de la Revolución Rusa. En abril de 1920, la mayoría del comité ejecutivo del movimiento juvenil socialista se había declarado favorable a la Unión Soviética y, al cabo de poco, formaron el primer Partido Comunista español. Aunque no tuvieron partidarios entre los militantes de su organización, en junio del mismo año una mayoría del Partido Socialista se pronunciaba a favor de la entrada en el Komintern. El resultado de la votación fue de 8.270 votos a favor, 5.016 en contra y 1.615 abstenciones. Mientras tanto, el sindicato socialista, la UGT, se mantenía en su posición no comunista, y se afilió a la Internacional Laborista y Socialista (socialdemócrata)[193] El segundo congreso del Komintern se celebró en Moscú, como estaba previsto. Sin embargo, no hubo delegados socialistas, y el único representante español fue Ángel Pestaña, director del periódico anarquista *Solidaridad obrera*, que había sido enviado a Rusia por los anarquistas para hacer el mismo tipo de informe que habían pedido los socialistas a De los Ríos y Anguiano. Pestaña se había mostrado muy critico. Poco después del regreso de Pestaña, llegaron a Rusia los socialistas. Iban acompañados por Julio Álvarez del Vayo, entonces corresponsal extranjero acreditado en Alemania. De los Ríos se mostró hostil, y

propuso que se anulara la entrada provisional en el Komintern; Anguiano apoyó la entrada, con condiciones. Fue convocada para abril una conferencia extraordinaria del Partido Socialista para considerar de nuevo toda la cuestión.[194] Sucedieron varias semanas de discusiones, en medio de un clima político de alta tensión. (El presidente del gobierno, Dato, fue asesinado por los anarquistas el 8 de marzo.) Pablo Iglesias, que ya era viejo, dirigió una enérgica campaña contra el Komintern, y eso inclinó la balanza; un viejo camarada de los años 80, García Quejido, defendió la otra posición. Después de largos debates, finalmente el partido decidió por 8.808 votos contra 6.025 no entrar en la Tercera Internacional.[195] Los líderes de los «terceristas» (esto es, los partidarios del ingreso) se separaron para formar un segundo partido comunista español, el Partido Comunista Obrero de España.[196] A él pertenecía la joven Dolores Ibárruri, «la Pasionaria».

Esto dio como resultado otra invitación a Moscú: esta vez al primer Congreso de la Federación Comunista de Sindicatos, que se dio a conocer con el nombre de «Profintern» —de hecho, la sección sindical del Komintern —. Los dos pequeños partidos comunistas españoles fueron invitados a enviar una delegación conjunta, y la CNT también fue invitada. Ésta envió a su nuevo secretario general, Andrés Nin, un joven periodista ex socialista; a Hilario Arlandis, un escultor de Valencia; a Joaquín Maurín, un maestro de Lérida; y a Gastón Leval, un anarquista francés.[197] Nin, brillante lingüista, admiró tanto la Revolución Rusa que se quedó en Moscú, mientras que Maurín y Arlandis regresaban a España para intentar convencer a sus amigos anarquistas de que apoyaran a Lenin. Leval fue el único que mostró escepticismo ante lo que veía y siguió siendo anarquista. Entretanto, los dos pequeños partidos comunistas españoles de origen socialista

se fusionaron, con la ayuda de varios delegados del Komintern —los primeros de la larga serie de comunistas internacionales que vinieron a España entre aquella fecha y 1939 para guiar y, en ocasiones, castigar al Partido Comunista español.[198] Entre estos primeros delegados se encontraban Roy, el comunista indio; el famoso revolucionario «Borodin»; Antonio Graziadei, un comunista intelectual italiano; y Jules Humbert-Droz, uno de los fundadores del Partido Comunista suizo. Iglesias se compadeció de Roy y, al rechazar sus argumentos, le dijo que era «una víctima de un nuevo fanatismo».[199] En 1922, había quizá 5.000 miembros.[200] Maurín y Arlandis se unieron al partido, que tenía su base en Barcelona. Casi todos los dirigentes fueron arrestados tras el pronunciamiento de Primo de Rivera en 1923. Surgieron otros: Óscar Pérez Solís, un activo ex oficial de artillería que había sido socialista y al principio se resistía fuertemente a la idea de unirse a los comunistas;[201] José Bullejos, un funcionario de correos de Bilbao; y su cuñado, Gabriel León Trilla, estudiante, hijo de un coronel. Todos eran semi-conspiradores tenebrosos más que dirigentes politicos, y actuaban en el seno de los principales movimientos obreros españoles. En general, todos se iban de España al salir de la cárcel.

De estos primeros comunistas, puede considerarse característico a Julián Gorkin (su verdadero nombre era Julián Gómez), tanto por su origen como por su carrera posterior.[202] Hijo de un carpintero analfabeto de fuertes sentimientos republicanos, Gorkin ingresó en la Juventud Socialista de Valencia pero quedó fascinado con las noticias de la Revolución Rusa. Se hizo comunista en 1921, y fundó el partido en Valencia cuando tenía veinte años recién cumplidos. Se marchó a Francia, donde fue expulsado por la policía francesa y pasó a la clandestinidad, a sueldo del

Komintern, editando un periódico comunista en París y actuando como representante del Komintern entre los exiliados españoles de aquellos años. Gorkin abandonó el Partido Comunista en parte porque descubrió que Moscú le estaba espiando por medio de una joven de Tiflis pagada por la policía secreta política rusa, la GPU; en parte, porque el Komintern, a través de su principal representante en París, el lituano August Guralsky (cuyo verdadero nombre era Abraham Heifetz, pero también tenía el alias de «Kleine»), le ordenó que planeara el asesinato del general Primo de Rivera —aunque después se abandonó la misión—; y en parte, porque Gorkin hizo causa común con Trotsky contra Stalin a finales de la década de los 20. Rompió con el partido en 1929 (y después reapareció, junto con muchos otros de estos primeros comunistas españoles, como dirigente del partido marxista antistalinista, el POUM).[203]

En 1927, consiguió un pequeño refuerzo con la adhesión de la mayoría de los dirigentes de los anarquistas de Sevilla, especialmente entre los obreros portuarios, los metalúrgicos y los panaderos. Esto dio al partido cierta influencia en aquella ciudad. En la conferencia del partido celebrada en Vizcaya en 1928, se discutió si había que tomar parte o no en la Asamblea Nacional propuesta por Primo de Rivera; un representante del Komintern, el veterano comunista polaco Henry Walecki,[204] arguyó en favor de la colaboración, pero —cosa muy poco común— su moción fue rechazada. Empezó una campaña de agitación contra la Asamblea. Volvieron a producirse algunas detenciones. Surgieron nuevas dificultades sobre la cuestión de la política a seguir respecto al Pacto de San Sebastián y las elecciones municipales de 1931. Una vez más se adoptó un programa de aislamiento de todos los otros partidos, considerándose que los «socialfascistas» (esto es, los socialistas) y los «estériles» anarquistas eran más perniciosos que los grupos más

obviamente burgueses. De hecho, la única ocasión en que hubo colaboración entre los comunistas y los demás movimientos de oposición política de España, durante la dictadura de Primo de Rivera, fue cuando, en 1925, los nacionalistas catalanes y los anarquistas intentaron, sin éxito, hacer causa común con los comunistas por si se producía un levantamiento catalán. El coronel Maciá fue a Moscú con el entonces secretario general, José Bullejos, pero la apatía de los rusos exasperó a «*l'Avi*», mientras que los rusos no podían creer que un hombre tan viejo como Maciá pudiera lograr nada. Las negociaciones fueron un fracaso.[205]

Así pues, al proclamarse la República en 1931, el Partido Comunista estaba bajo de moral, después de diez estériles años de controversias. El partido no existía en Barcelona, y en Bilbao sólo había catorce miembros. Se calcula que por entonces el partido tenía un máximo de 3.000 militantes, y un mínimo (según el propio Komintern) de 120.[206] Andrés Nin regresó de Rusia casi diez años después, pero había roto con el comunismo a raíz de la persecución de Trotsky por Stalin. Fundó un pequeño grupo propio, Izquierda Comunista. Su antiguo camarada ex anarquista, Maurín (que nunca había estado plenamente de acuerdo con la jefatura central), se inclinaba también a romper con los comunistas. También él formó un grupo marxista antistalinista, el Bloque Obrero y Campesino (BOC). Se consideró que Nin y Maurín eran trotskistas, y, en un sentido amplio, lo eran, desde el momento en que eran marxistas a quienes no gustaba Stalin.

Pero Trotsky los criticó desde su exilio, en Noruega. Tenían pocos seguidores, pero de momento impidieron que el Partido Comunista encontrara miembros en Cataluña.[207]

El partido inició su vida pública oponiéndose claramente a la República, de acuerdo con las instrucciones recibidas a través de una nueva y gran delegación del

Komintern encabezada por Jules Humbert-Droz (el suizo que durante unos años había sido jefe del secretariado «latino» del Komintern), y en la que figuraban «Pierre», un caucasiano; otro suizo, Edgar Woog, apodado «Stirner»; y un francés, Octave Rabaté. También estaba Jacques Duclos. En mayo de 1931, Bullejos fue a Moscú, donde recibió la confirmación de que las instrucciones eran «prolongar la crisis por todos los medios posibles, tratar de impedir el establecimiento firme del régimen republicano, frustrar las posibilidades de revolución social eficaz y, en la medida de lo posible, crear soviets». Humbert-Droz escribió desde Madrid a su mujer que él y «Stirner» escribían la mayoría de los artículos de la prensa comunista y que tenían muy poco que hacer: «Stirner» daba muchos paseos turísticos, mientras que Rabaté se levantaba al mediodía, leía los periódicos en la terraza de un café, tomaba un aperitivo, comía bien, volvía a la terraza a tomar café, y pasaba el resto del día en el cine o en los bares. «Nuestro partido —añadía— duerme el sueño profundo e inocente de la infancia.»[208] Al parecer, la situación no había cambiado cuando llegó de Moscú otro comité de investigación, esta vez encabezado por un alemán, Walter Stoecker.

Los meses siguientes fueron de muchas disputas y poco éxito, y el secretario general, José Bullejos, diría más tarde que, durante todo este tiempo, hubo enemistad entre los dirigentes del partido y los delegados del Komintern, que se atribuían todas las decisiones. En junio de 1931 el partido consiguió 190.000 votos en las elecciones para las Cortes Constituyentes, pero ningún diputado. La sublevación de Sanjurjo dio lugar a un manifiesto publicado por los miembros del secretariado que se encontraban en Madrid —Bullejos, Astigarrabía (de las provincias vascas) y Etelvino Vega—, que lanzaron la consigna «defensa de la República». A continuación, los representantes del Komintern, siguiendo

instrucciones de Moscú, repitieron que el principal enemigo era el «gobierno carnicero» de Largo Caballero y Azaña, no los monárquicos y sus aliados. Bullejos y los demás dirigentes españoles no estuvieron de acuerdo.[209] Poco después salieron para Moscú, con objeto de discutir esta cuestión. Todos estos dirigentes acabaron siendo expulsados del partido, y no volvieron a España hasta después de cinco meses de estancia forzada en Moscú.[210] La nueva dirección del partido se constituyó con personas jóvenes («la Pasionaria», que era la mayor, tenía 37 años en 1933) que debían su posición a su apoyo acrítico a las delegaciones de Moscú en España. El nuevo secretario general, José Díaz, un antiguo panadero de Sevilla y antiguo anarquista, era un hombre honrado y trabajador de escasa imaginación; había de ser el director general de la revolución española, el hombre que siempre (tanto si le gustaba como si no) obedecería las órdenes de Moscú.[211] Vicente Uribe, un metalúrgico medio castellano medio vasco que había estado en Moscú, era el teórico del partido y el director de *Mundo Obrero*. Antonio Mije, hablador y algo demagogo, muy despierto y de aspecto afeminado, el «secretario de unidad», era andaluz y también había sido anarquista. Jesús Hernández era el propagandista del partido, un agitador por excelencia, que había desplegado una actividad incansable en las luchas callejeras desde su adolescencia, cuando se había hecho famoso por su fracasado atentado contra Prieto. Durante 1932 y 1933, el partido, al igual que la Falange, siguió siendo pequeño e insignificante, y su consigna principal era el antagonismo contra los anarquistas y socialistas. El único paso importante fue la formación de un partido comunista catalán, lo cual suponía el reconocimiento de que ningún partido con base en Madrid podía esperar conseguir apoyo en Cataluña.[212] Los intentos de crear un sindicato general propio, orientado por Moscú, fracasaron.

Pero los comunistas tuvieron, a partir de finales de 1933, una organización paramilitar, la MAOC (Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas), dirigida por un ex sargento destinado en Marruecos, Juan Modesto.[213]

Hasta 1934, los comunistas se mantuvieron aislados. En las elecciones de 1933, el partido obtuvo 200.000 votos, y comentaron: «Las tremendas pérdidas del Partido Socialista habrían sido todavía mayores [...] si los jefes socialfascistas, en particular Largo Caballero y compañía, no hubieran emprendido nuevas maniobras para engañar a las masas trabajadoras y evitar que se pasaran a nuestro partido mediante una demagogia izquierdista». El partido decía que el gobierno de Lerroux era exactamente igual que el de Azaña, y que «la responsabilidad total e ineludible [...] corresponde al Partido Socialista [...], pilar central de la contrarrevolución aristocrático-burguesa».[214]

Los comunistas suscitaban una alarma mayor de lo que habría sido normal, dado su número. Esto se debía en parte a la cantidad de propaganda comunista y en parte, naturalmente, a las relaciones del partido con la Unión Soviética. Pero también influía el hecho de que la mayoría de los miembros de la burguesía española no distinguían claramente entre los diferentes partidos proletarios. Al fin y al cabo, los anarquistas decían que estaban intentando instaurar el «comunismo libertario», y los coroneles de Burgos, igual que los exportadores de jerez andaluces, no tenían ninguna sensibilidad para detectar los matices de la ideología revolucionaria.

El representante del Komintern en España a mediados y finales de la década de los años 30 era un argentino de origen italiano, Vittorio Codovila (conocido en España con el nombre de «Medina»). Se había pasado la vida organizando partidos comunistas en Sudamérica. Era un hombre muy grueso, de aspecto y gustos burgueses. Jacques

Doriot, cuando todavía era la brillante esperanza del Partido Comunista francés, allá por los años veinte, comentó a propósito del enorme apetito de Codovila: «A Luis XIII le gustaba rodearse de hombres que comieran mucho. Codovila hará buen papel con Stalin».[215] Más tarde llegó un búlgaro, «Stepanov», para colaborar con Codovila.[216] Dadas la juventud e inexperiencia de los comunistas españoles, la importancia de estos dos extranjeros en las deliberaciones del partido fue decisiva. Fue Codovila, por ejemplo, quien aseguró a José Antonio Balbontín, un diputado que perteneció al partido durante breve tiempo, en el invierno de 1933-1934, que los comunistas nunca harían causa común con los socialistas y los republicanos contra la «reacción monárquico-clerical».[217] Eso era en marzo de 1934. Sin embargo, a partir del verano de este mismo año, la política del Komintern fue la de crear un «frente popular» de todos los partidos democráticos, proletarios y burgueses, para resistir al fascismo. A partir de entonces, por lo tanto, todos los partidos comunistas, incluido el español, empezaron a hablar de la necesidad de defender la «democracia burguesa parlamentaria», hasta que pudiera ser reemplazada por la «democracia proletaria».

En aquellos momentos, con la amenaza de la guerra y el fascismo en el horizonte, la Unión Soviética tenía buena reputación en España y en todas partes entre las personas progresivas y de izquierdas. En realidad, el gran experimento ruso todavía no parecía haber traicionado sus ideales. Gracias a un afortunado programa de propaganda y a un secreto sin precedentes, no se conocían los hechos de la colectivización agrícola, y no se comprendía el sentido de la persecución de Trotsky. El Partido Comunista afirmaría más adelante que el había sido el responsable del pacto del Frente Popular que se presentaría a las elecciones generales celebradas en España en febrero de 1936. Pero no hubo que

insistir mucho para que los socialistas adoptaran el saludo del puño en alto (originario de los comunistas alemanes), la bandera roja, la fraseología revolucionaria, y las llamadas a la unidad frente al fascismo internacional propias de los partidos comunistas de todo el mundo. El «antifascismo» y el «Frente Popular» se estaban convirtiendo en mitos poderosos, casi irresistibles para quienes amaban la paz y la libertad y se impacientaban con los viejos partidos.[218] Para las derechas eran igualmente importantes los mitos del imperio y la regeneración nacional. La aparición en las Cortes elegidas en 1933 de un fascista y un comunista era un presagio y se debería haber tomado como un aviso.

9

Lerroux en el poder. — La gran huelga de Zaragoza. — Los monárquicos en Roma. — El gobierno Samper. — La Ley de Contratos de Cultivos— Los alcaldes vascos. — La CEDA entra a formar parte del gobierno. — La revolución de octubre en Madrid, Barcelona y Asturias. — La personalidad de Franco.

La historia de España durante los dos años y medio que siguieron a las elecciones generales de noviembre de 1933 se caracterizó por la desintegración. De vez en cuando, surgían hombres aislados que intentaban en vano detener el terrible y, al parecer, irreversible proceso. Pero les faltaba la energía, la suerte, la confianza en sí mismos, y quizá la magnanimidad necesarias para conseguir buen éxito.

Después de las elecciones, el gobierno fue una coalición de centro, dirigida por los radicales. Lerroux, muy satisfecho, se convirtió en jefe de gobierno. Gil Robles y la CEDA lo apoyaban en las Cortes, pero no entraron a formar parte de la administración propiamente dicha. Este partido católico se quedó ominosamente al margen, esperando el momento en que Gil Robles diera la orden de conquistar el poder. Entretanto, la transformación de Lerroux, el anticlerical, en un aliado del partido católico fue demasiado para su lugarteniente, Martínez Barrio, quien, después de ser por poco tiempo ministro de la Gobernación, se pasó a la oposición a la cabeza de su propio grupo, rebautizado con el

nombre de partido de Unión Republicana.[219] En realidad, Lerroux había votado a favor de la legislación anticlerical del gobierno anterior de mala gana. Era ya un hombre de derechas, más que de centro. Su ministro de Obras Públicas fue Rafael Guerra del Río, inmoderado líder de los «jóvenes bárbaros» en 1909; ahora parecía un simple político de camarilla. Una fuente más de confusión era la cuestión puramente personal de la desconfianza que sentía Alcalá Zamora hacia Lerroux y Gil Robles, que explica que el presidente intrigara contra el primero, y evitara tener que pedir al segundo que formara gobierno. Alcalá Zamora desconfiaba de Lerroux por su corrupción, y de Gil Robles porque consideraba que era un monárquico en secreto. Dadas las circunstancias, prefería a Lerroux y, de hecho, no llegó a llamar a Gil Robles: un fallo en el proceso democrático, porque el líder católico estaba tan preparado para trabajar en una democracia burguesa como los socialistas.

Las primeras dificultades de Lerroux surgieron de una serie de desafíos anarquistas. Éstos atacaron puestos aislados de la guardia civil e hicieron descarrilar el exprés Barcelona-Sevilla, causando la muerte de diecinueve personas. En Madrid hubo una prolongada huelga de empleados de teléfonos. En Valencia y Zaragoza se plantearon huelgas generales que duraron varias semanas. La gran huelga general de Zaragoza iniciada para pedir la libertad de los prisioneros detenidos por el gobierno el año anterior, duró nada menos que 57 días. La CNT nunca pagaba compensaciones por huelga, pero la resistencia de los obreros dejó asombrado al resto del país. Como de costumbre, los dirigentes anarquistas durante un tiempo creyeron estar en la antesala del milenio; y algunos de sus amigos pistoleros aumentaron el drama con tiroteos esporádicos. En un momento dado, los huelguistas

decidieron enviar a sus esposas e hijos a Barcelona en tren. La guardia civil disparó contra el tren, e impidió que llegara a su destino. Luego los evacuados fueron en caravana. Esta inquietud era consecuencia, en parte, del nuevo y «suicida egoísmo» de los patronos que celebraron en toda España la victoria de las derechas en las urnas intentando disminuir los salarios, subir los alquileres y forzar desahucios.[220] El 8 de diciembre, se instaló en Zaragoza un comité revolucionario dirigido por Buenaventura Durruti, Cipriano Mera y el doctor Isaac Puente. Durante varios días luchó contra la policía, reforzada por el ejército y respaldada por tanques. Durruti se convirtió en una leyenda nacional. En muchos pueblos de Aragón y Cataluña se implantó por breve tiempo el «comunismo libertario». Se produjeron violencias en muchos sitios; hubo 87 muertos, muchos heridos y 700 prisioneros.[221] Era difícil admitir que el país estaba en paz. No es de extrañar que se extendiera cada vez más la militancia de la UGT, especialmente en su sección más extensa, aunque menos bien dirigida: la FNTT agraria. Sus miembros se veían afectados por la reducción de los salarios, consecuencia de la actuación de los presidentes de derechas nombrados por el ministro radical del Trabajo, José Estadella, para los comités de arbitraje de Largo Caballero. El restablecimiento de la oligarquía agraria fue acompañado, en todas partes, por una radicalización de la actitud de los trabajadores, apoyados por Largo Caballero, ahora más amargado. Prieto, socialista moderado donde los haya, no desaprobó esta actitud, cosa que más tarde lamentaría. Besteiro sí lo hizo: criticó el «antigubernamentalismo» de sus colegas igual que había criticado su «progubernamentalismo» en 1931 sin que sirviera de nada.

En el nuevo año de 1934, el gobierno adoptó una serie de medidas destinadas a suspender las reformas de sus predecesores. La sustitución de las escuelas religiosas por las

laicas se pospuso indefinidamente. Los jesuitas no tardaron en volver a ocupar sus centros docentes.[222] Con un inteligente discurso parlamentario, Gil Robles consiguió que los sacerdotes fueran tratados como si fueran funcionarios con pensiones, y empezaron a cobrar dos tercios de lo que percibían en 1931. Aunque la Ley de Reforma Agraria continuaba en vigor, su aplicación se abandonó tácitamente en muchos sitios. También se concedió una amnistía a todos los presos políticos, incluidos el general Sanjurjo y todos los encarcelados a raíz del alzamiento de 1932. Esta clemencia sólo sirvió para estimular a los antiguos conspiradores a urdir nuevos planes.

Para entonces, muchos pueblos pequeños parecían totalmente partidos en dos por la política. En los sitios donde todavía había ayuntamientos socialistas o izquierdistas, se estaban haciendo esfuerzos para imponer un orden cultural completamente nuevo, exactamente al revés de sus predecesores. Las ideas religiosas habían dado paso al ateísmo, y no simplemente al agnosticismo. Las fiestas religiosas estaban siendo sustituidas por fiestas de tradición revolucionaria: el Primero de Mayo, el aniversario de la Revolución Rusa o de la muerte de Galán y García Hernández. Las mujeres, tradicionalmente encerradas en casa por la vieja España, salían a la calle luciendo los colores de su partido, «formando grupos como los hombres, cantando, gritando y bailando en grandes pandillas para celebrar el nombre de la Libertad».[223] Ahora había batallas por cuestiones tales como las condiciones de trabajo o la Iglesia. Por ejemplo, en un pueblo de Aragón, uno de los bares se había convertido en una lonja de contratación obligatoria. Todo el que buscaba trabajo sólo podía obtenerlo a través de los encargados del bar. Esto no gustaba a nadie y los hombres de derechas desobedecían, al igual que todos los trabajadores que tenían algún convenio antiguo por el que

trabajaban para un propietario concreto. Las izquierdas convocaron una huelga general: los hombres de derechas continuaron trabajando, y fueron cercados. Se inició una refriega que ocasionó un muerto. Entonces las amenazas, las provocaciones y las manifestaciones se convirtieron en algo corriente en la vida del pueblo. Todo el mundo empezó a adherirse a uno u otro grupo. Los no comprometidos iban en busca de ideologías, mientras que los dirigentes politizaban cualquier acontecimiento público.

Las personas de derechas dieron por supuesto automáticamente que la derrota de Azaña y los socialistas significaba una victoria para la vieja España. Pero, el gobierno de Lerroux ¿era un gobierno de «provocación» o simplemente de reacción? Indudablemente, tanto si al gobierno le gustaba como si no, en toda España los antiguos dueños de la economía estaban utilizando la que ellos consideraban su oportunidad para recuperar su posición; e indudablemente también, el Partido Socialista respondía perdiendo su esperanza en la República, e incluso condenándola. Fernando de los Ríos en un discurso pronunciado en su distrito electoral de Granada, llegó a condenarla. A partir de entonces, *El Socialista* empezó a argüir regularmente que la República era tan mala como la Monarquía, y que en la República no había lugar para el proletariado. Azaña intentó poner de relieve ante los socialistas lo peligroso de esta actitud. Si los socialistas intentaban verdaderamente traer «la revolución», dijo, fracasarían. De los Ríos, con quien estaba hablando, dijo que «las masas dominaban a los dirigentes». Azaña contestó: «Los sentimientos de las masas pueden cambiarse». Señaló que preparar una insurrección, que es lo que parecían hacer los socialistas, era invitar al ejército a intervenir otra vez en política: «El ejército estaría encantado de emprender la represión contra los trabajadores». De los Ríos transmitió a

Largo Caballero las observaciones de Azaña, pero Largo Caballero no hizo caso y, tres semanas más tarde, el punto de vista extremista «caballerista» triunfó en el comité nacional del Partido Socialista español, dando lugar a la dimisión de moderados como Besteiro, Saborit y Trifón Gómez. Entonces se formó una comisión «pre-revolucionaria» y, el 31 de enero, Largo Caballero dijo al Partido Socialista de Madrid que deseaba reafirmar su creencia en la necesidad de preparar un levantamiento proletario.[224] Fue un error de juicio fatal.

A partir de entonces, los socialistas empezaron a organizar el entrenamiento militar de sus juventudes, uniéndose así a las derechas partidarias de la insurrección, y a los grupos minúsculos situados en los extremos de la política española, como la Falange y los comunistas, en su desafío a la República burguesa.

Los carlistas, por ejemplo, llevaban varios meses de actividad. En Navarra, cada semana se veían sus boinas rojas en los mercados. Un ostentoso coronel, Enrique Varela, que había ganado por dos veces la más alta distinción militar al valor en Marruecos, se encargó desorganizar la instrucción de estos nuevos requetés, nombre que se daba a los reclutas en las guerras carlistas, tomado del himno de uno de sus más fieros batallones. Varela (con quien se habían entrevistado los dirigentes carlistas Fal Conde y Rodezno en la cárcel, después del alzamiento de 1932) recorría los pueblos pirenaicos disfrazado de sacerdote y con el nombre de «Tío Pepe», actuando como un misionero de la guerra. Al ser ascendido a general, fue reemplazado por el coronel Rada.[225] A principios de 1934, la comunión carlista afirmaba disponer nada menos que de 700.000 miembros distribuidos en 540 secciones y, aunque seguramente esto era una gran exageración, era indudable que el movimiento estaba creciendo rápidamente, como consecuencia de la apresurada

concienciación política de la pequeña burguesía católica en Andalucía occidental, Navarra, Valencia y partes de Cataluña.[226]

El 31 de marzo de 1934, Antonio Goicoechea, el dirigente monárquico de las Cortes, visitó a Mussolini junto con dos carlistas (Rafael Olazábal y Antonio Lizarza) y el general Barrera (el fracasado coordinador de 1932, que había huido). Los españoles produjeron una impresión de desacuerdo respecto a la finalidad de sus conspiraciones. Sin embargo, Mussolini dejó esto de lado diciendo que lo único necesario era que el movimiento fuera «monárquico y de carácter corporativo y representativo». Prometió a los rebeldes españoles un millón y medio de pesetas, 20.000 fusiles, 200 ametralladoras y 20.000 granadas, así como una ayuda más amplia cuando se produjera el alzamiento. El dinero les fue entregado al día siguiente.[227] A partir de entonces, los requetés se desarrollaron con rapidez, creando comités encargados, por ejemplo, del reclutamiento de oficiales, propaganda, compra de armas y estrategia.[228] Había habido varias expediciones previas de tanteo a Italia por parte de monárquicos y otros conspiradores; y ahora, al llegar allí el ex rey Alfonso, Roma se convirtió en un nuevo foco de conspiración contra la República. Por otra parte, con el nombramiento del enérgico Fal Conde para el cargo de «secretario general real» de los carlistas en mayo de 1934, ese movimiento se diferenció más claramente de los monárquicos ortodoxos, a los que llamaba «los escombros de la monarquía alfonsina que ha adoptado el nombre de Renovación Española, como si no supiéramos que la "renovación" que nos brindan es la vuelta a un régimen de iniquidad». A pesar de todo, Rodezno, el predecesor de Fal Conde, conservó su influencia como dirigente del movimiento en las Cortes, y continuó creyendo en la posibilidad de un movimiento más amplio.[229]

Cuatro días después de la reunión en Roma, Lerroux dimitió como señal de protesta contra las vacilaciones del presidente, Alcalá Zamora, a la hora de firmar la ley que perdonaba a Sanjurjo y a los conspiradores de 1932. El nuevo jefe de gobierno, un indolente abogado valenciano, Ricardo Samper, también era radical. Debió su ascenso al hecho de que era amigo del presidente Alcalá Zamora, que instintivamente prefería un jefe de gobierno débil, con el fin de justificar sus intervenciones. Samper casi no hizo más que intentar mantener su mayoría, aunque, si hemos de ser justos, hay que reconocer que continuaron las asignaciones de tierras de acuerdo con la Ley de Reforma Agraria durante todo el año 1934, hasta el mes de octubre. Sin embargo, su ministro de la Gobernación, Salazar Alonso, olía la revolución en todas partes y siempre que se lo permitía su poder legal destituía ayuntamientos con la excusa de que «no inspiraban confianza en cuestiones de orden público». De hecho, al cambiar estos ayuntamientos, si eran socialistas, lo que intentaba era deshacerse de los últimos amigos políticos que les quedaban en los pueblos a los miembros de la FNTT. Indudablemente esto era una acción provocativa, que recuerda las medidas antisocialistas tomadas por los regímenes fascistas en otras partes de Europa. Esto, sumado a los desahucios, la vuelta a la utilización de la mano de obra emigrante y a los despidos por razones políticas, creó gran tensión en el campo a principios de 1934, al disminuir los salarios y aumentar el hambre. Los discursos de Gil Robles no hacían más que aventar las llamas, cuando los jóvenes de derechas empezaron a ver que el péndulo de la política oscilaba ahora contra cualquier idea de compromiso. «¡Los jefes no se equivocan!», gritaron los jóvenes cedistas en un gran mitin celebrado en El Escorial, en abril.[230] Luego, a principios de junio, se produjo una huelga de campesinos durante la

recolección, en el sur, muy bien organizada por la FNTT socialista. Fue provocada por la derogación de la Ley de Términos Municipales, que privaba a las casas del pueblo locales del control de la mano de obra. La FNTT consiguió que se aceptaran sus demandas salariales y su proposición de garantías de empleo para toda la mano de obra disponible. Pero organizó la huelga para pedir que se pagaran salarios de recolección durante el resto del año. Los dirigentes anarquistas convinieron en apoyar esta petición, pero muchos socialistas moderados no lo hicieron. Salazar Alonso, el ministro de la Gobernación, creyendo que tenía una huelga general revolucionaria entre manos, envió la guardia civil, impuso la censura de prensa en el sur, y practicó muchas detenciones —aunque breves— de dirigentes socialistas, entre los que se contaban alcaldes y hasta diputados. La huelga fracasó, se hizo la recolección con protección policial, y la UGT y los dirigentes moderados fueron acusados de dejar en la estacada a la FNTT con su inactividad.[231] A continuación, también en junio, se planteó en Cataluña una situación muy grave.

El gobierno catalán, la Generalitat (que había tenido poco impacto en la escena nacional e internacional desde la aprobación del Estatuto catalán), había aprobado una ley, la de Contratos de Cultivos, que permitía a los *rabassaires* de la región el dominio absoluto de las viñas que hubieran cultivado durante quince años. Los propietarios se quejaron ante la suprema autoridad jurídica de la República, el Tribunal de Garantías Constitucionales, el cual, por una pequeña mayoría, rechazó la Ley de Contratos de Cultivos, alegando que la Generalitat no podía legislar en aquella materia. Pero Luís Companys, que, a la muerte de Maciá, en diciembre de 1933, se había convertido en presidente de la Generalitat, ratificó la ley por su cuenta y riesgo. Quien incitó a Companys a dar este paso, que constituía un reto al

gobierno de Madrid, fue su nuevo consejero de Gobernación, José Dencás. Dencás, que era médico y hombre de derechas, era el dirigente de un grupo separatista extremista, *Estat Catalá*, fundado por Maciá en 1922, y que ahora constituía la principal facción de la juventud catalana militante. Querían la independencia pura y simple. Tenían una milicia de camisas verdes, los *escamots*, dirigidos por un terrorista temerario, Miguel Badía, que se había pasado la mayor parte de su juventud en la cárcel por haber atentado contra la vida de Alfonso XIII. A pesar de todo, en 1934, Companys tuvo por breve tiempo a Badía como jefe de policía. Incluso sin esta complicación, era de esperar que la coexistencia de un gobierno catalán de centro izquierda con un gobierno de centro derecha en Madrid no tardara en crear dificultades. Azaña había dado prudentes consejos a Companys igual que había hecho con De los Ríos. Al principio, Companys pareció ser consciente de los peligros, pero después se dejó arrastrar por lo que creía que deseaban las «masas».

Todavía hervía la grave disputa constitucional engendrada por esto, cuando también salió a la palestra la cuestión de las aspiraciones separatistas de los vascos. Las relaciones financieras de los vascos con el gobierno central de Madrid habían sido reguladas por el Concierto Económico de 1876. En virtud de éste, los vascos disfrutaban de un sistema fiscal autónomo, de acuerdo con el cual se distribuían los impuestos ellos mismos y pagaban al Estado una suma global. Los ayuntamientos de las provincias vascas creyeron que ciertas leyes introducidas por el gobierno de Samper constituían una amenaza para el Concierto, y decidieron celebrar elecciones municipales en las tres provincias de Vizcaya, Guipúzcoa y Álava, de manera que los representantes elegidos pudieran declararse públicamente en favor del Concierto. El gobierno prohibió las elecciones. Y cuando, a pesar de esta prohibición, se

celebraron, fueron arrestados los concejales. En las tres provincias se desencadenaron una serie de turbulentas manifestaciones en favor de la autonomía vasca. El partido nacionalista vasco, formado casi exclusivamente por católicos y burgueses, empezó a embarcarse en una alianza con los socialistas y las izquierdas tan curiosa como fatídica. La CEDA les había desilusionado y buscaban nuevos patrocinadores.

Mientras los dos problemas separatistas de España se agudizaban simultáneamente, el país se sobresaltó ante el rumor de que el habitualmente «moderado» Prieto había hecho desembarcar varias cajas de armas del vapor *Turquesa* en Asturias, destinadas a los socialistas.[232] El gobierno proclamó el estado de alarma, y Gil Robles, en un gran mitin de su movimiento juvenil (JAP) celebrado en Covadonga, el santuario asturiano que se eleva en el lugar donde el rey visigodo Don Pelayo inició la Reconquista de España a los árabes, declaró: «No podemos consentir por más tiempo que continúe este estado de cosas». La CNT y la UGT, actuando conjuntamente por primera vez en muchos años, proclamaron una huelga general en Asturias, dificultando así el regreso a Madrid de los delegados asistentes al mitin de la CEDA. Una semana más tarde, Gil Robles anunció que, cuando se volvieran a reunir las Cortes en octubre, después del verano, el y su partido dejarían de apoyar al gobierno de Samper. La consecuencia implícita era que estaba dispuesto a hacerse con el poder el mismo. Ante esto, la UGT hizo una declaración condenando a Gil Robles, al que tachaba de «jesuita disfrazado». Si la CEDA llegaba al poder sin una declaración previa de apoyo a la República, la UGT «no respondía de su acción futura». Es decir, que la UGT consideraría la entrada de la CEDA en el gobierno como el primer paso para el establecimiento de un Estado fascista en España. Largo Caballero, entonces, intentó formar una

alianza obrera con la esperanza de unir a socialistas, comunistas y anarquistas; hizo sus maniobras al margen de Prieto y otros reformistas. Prieto dijo a Besteiro que le habría gustado estrangular a Largo Caballero; Besteiro dijo que sería «mejor resistírsele».[233] Pero, a pesar de todo, Prieto, De los Ríos y todos los dirigentes moderados fueron barridos por una ola de optimista militancia en la que el movimiento juvenil desempeñaba un papel principal.

La repugnancia de Gil Robles a manifestar su adhesión a la República derivaba de su miedo a perder muchos seguidores de derechas si lo hacía, ya que parecería aceptar las cláusulas anticlericales de la Constitución, todavía no revisadas; necesitaba la ayuda financiera de los monárquicos y quizá también fuera cierto que detestaba a la República. Pero esto ocurría en los últimos días del verano de 1934. Los socialistas españoles de la UGT habían visto cómo, en los últimos dieciocho meses, los socialistas alemanes y austriacos habían sido arrollados por Hitler y Dollfuss, respectivamente. ¿Qué diferencia había entre Dollfus y Gil Robles? Gil Robles no hacía nada por aclararlo.

Se acercaba el momento de la reapertura de las Cortes. Varios asesinatos políticos contribuyeron a empeorar el ambiente. El 4 de octubre, Gil Robles retiró el apoyo de la CEDA al gobierno Samper, que dimitió. Sin embargo, Alcalá Zamora no pidió a Gil Robles que formara gobierno. En vez de eso, volvió a encomendárselo a Lerroux. Éste incluyó a tres miembros de la CEDA en su gobierno, aunque entre ellos no se contaba Gil Robles. Alcalá Zamora seguía encontrándolo sospechoso. Además Lerroux no tenía la intención de dar paso a un joven rival en la dirección de la clase media española, mientras pudiera evitarlo.[234] Por otra parte, el presidente no convocó nuevas elecciones, que es lo que esperaban los socialistas. el sólo quería un ministro de la CEDA. Pero Gil Robles tenía la fuerza suficiente para

imponer tres.

La reacción fue rápida y violenta. El partido de Izquierda Republicana de Azaña,[235] Martínez Barrio e incluso Miguel Maura condenaron la actuación del presidente que entregaba la República a sus enemigos. En Madrid, la UGT proclamó una huelga general, y algunos militantes socialistas avanzaron disparando hacia el ministerio de la Gobernación, situado en la Puerta del Sol. Les acompañaron unos cuantos oficiales jóvenes. Pero la CNT no. Los miembros de la juventud japista garantizaron el funcionamiento de los servicios esenciales.[236] El campo, agotado por las huelgas anteriores de aquel año, permaneció inactivo. La alianza obrera[237] sólo se había extendido en Madrid a los socialistas y algunos comunistas.[238] Hubo una confusión general. Largo Caballero estaba excitadísimo. Al acabar el día, el gobierno se había hecho dueño de la situación, y los dirigentes socialistas habían sido detenidos.

En Barcelona, la entrada de la CEDA en el gobierno animó a Companys a proclamar «el Estado catalán» como parte de una «República federal española». También en esta ocasión, Companys fue alentado a esta precipitada acción por su consejero de Gobernación, Dencás. Además estaba amenazado desde la izquierda por los *rabassaires*, los arrendatarios de viñedos catalanes, que ahora amenazaban con ocupar físicamente la tierra que consideraban suya en virtud de la Ley de Contratos de Cultivos, ahora suspendida. La idea principal de la alocución de Companys a Cataluña fue un ataque al fascismo de la CEDA, a pesar del matiz fascista de las ideas de Dencás: «Las fuerzas monarquizantes y fascistas que de un tiempo a esta parte pretenden traicionar la República, han logrado su objetivo», anunció Companys. «En esta hora solemne, en nombre del pueblo y del Parlamento, el gobierno que presido asume todas las facultades del poder en Cataluña, proclama el Estado catalán

en la República Federal española, y al establecer y fortificar la relación con los dirigentes de la protesta general contra el fascismo, les invita a establecer en Cataluña el gobierno provisional de la República.»

Esto era al mismo tiempo la proclamación de un nuevo tipo de relación entre Cataluña y el resto de España y una incitación a los revolucionarios de Madrid a que se declararan como gobierno legítimo, estableciéndose como tal en Barcelona, si era necesario. Aquel verano había inundado toda Cataluña una oleada de nacionalismo catalán y de hostilidad contra todo lo castellano, que Companys, hombre débil, no había podido resistir. Por otra parte, estaba Dencás, que habría preferido declarar la independencia pura y simple.

Sin embargo, esta rebelión catalana fue aplastada casi con la misma rapidez que la huelga general de Madrid. Hubo algo de lucha entre los escamots de Dencás y los mozos de escuadra (la fuerza de seguridad creada en Cataluña en tiempos de la Monarquía). Resultaron muertas cuarenta personas. Los anarquistas se mantuvieron al margen diciendo que no colaborarían con los socialistas a no ser que éstos dejaran de colaborar con la *Esquerra*. Dencás se apresuró a arrestar a Durruti y a otros dirigentes anarquistas. Companys llamó al general Batet, jefe de la división acuartelada en Barcelona, y le pidió que declarase su lealtad al nuevo régimen federal. Batet, sin embargo, aunque era catalán, se puso a las órdenes del gobierno central y declaró el estado de guerra. Actuando con deliberada lentitud para salvar vidas y permitir fugas, arrestó a Companys y su gobierno con la excepción de Dencás, que encontró el camino de la libertad a través de una alcantarilla y se escapó a Roma. Toda la resistencia de Barcelona fue dominada rápidamente, y Companys dirigió por radio un digno llamamiento a sus seguidores pidiéndoles

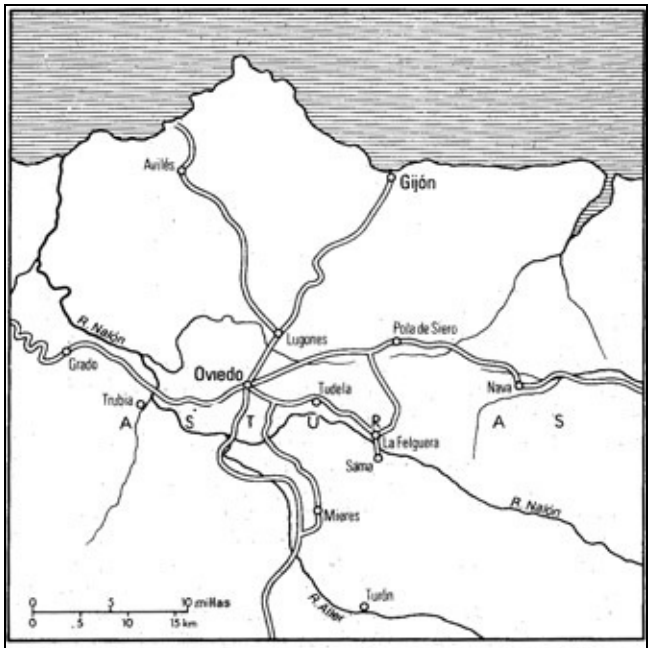
que depusieran las armas. Companys y sus seguidores fueron detenidos; y también lo fue —injusta e ilógicamente— Azaña, que por casualidad estaba en Barcelona para asistir al entierro de su ministro de Hacienda Jaime Carner.

Así pues, la «revolución de octubre» fracasó en Madrid y en Barcelona. Hubo otros disturbios, que también fueron aplastados, con una excepción: la de Asturias.[239] Allí, el alzamiento —porque indudablemente fue un alzamiento— estuvo dirigido por los rudos mineros de la región, muy concienciados políticamente. Así como en el resto de España los partidos obreros habían tenido opiniones divididas respecto a la revolución, en Asturias anarquistas, socialistas, comunistas, el Bloque Obrero y Campesino, la UGT y el comité regional asturiano de la CNT colaboraron bajo el grito unificador de UHP (Unios, Hermanos Proletarios).[240] Lo que sentó las bases de esta alianza fue un famoso artículo de un joven dirigente de la CNT, Valeriano Orobón Fernández, publicado el mes de febrero anterior en el periódico La Tierra. En el decía que el peligro de fascismo en España en realidad era tan grande que se hacía necesaria una nueva alianza de la clase obrera. Sólo Asturias siguió su consejo.[241] La FAI no había conseguido hacerse con la CNT local, y eso también ayudó a la alianza. En el extranjero, la reacción de la Internacional Comunista por una vez fue rápida; el 10 de octubre, el Komintern (es decir, su comité ejecutivo, el ECCI) anunció a la [Segunda] Internacional Socialista su propuesta de acción-conjunta para apoyar a la alianza de los trabajadores españoles.[242]

El alzamiento de Asturias se preparó cuidadosamente en toda la provincia. Su cuartel general estaba en Oviedo, la capital, y se organizaron importantes acciones en las cercanas ciudades mineras de Mieres y Sama. La señal del alzamiento fue, como en todas partes, la entrada de la CEDA en el gobierno. Pero los mineros estaban muy bien

organizados para el caso de que se produjera esta eventualidad. Tenían armas. Tenían dinamita. Contaban ya con comités conjuntos de trabajadores para dirigir sus actividades. Su reacción ante la conquista «fascista» del poder en Madrid fue la de desencadenar, en la medida de lo posible, una revolución total de las clases trabajadoras.

«Hacia las ocho y media de la mañana [del 5 de octubre] —cuenta Manuel Grossi—, se congrega ante el ayuntamiento, ocupado por los obreros insurrectos, una multitud de más de dos mil personas. Proclamo, desde uno de lús balcones, la República Socialista. El entusiasmo es indescriptible. Se suceden los vivas a la revolución y a la República Socialista. Cuando consigo hacerme oír de nuevo, doy instrucciones para continuar la acción [...]».[243] Esto significaba ataques a los puestos de la guardia civil, iglesias, conventos, ayuntamientos y otros edificios de los pueblos y ciudades de la región. Asturias tenía una fuerte masa trabajadora, bien organizada y disciplinada; los 50.000 mineros eran de los trabajadores mejor pagados de España, pero el paro había sido alto desde 1931. La tasa de accidentes también era alta y la seguridad estaba menos garantizada que en el resto de Europa. La UGT dominaba las minas, pero colaboraba con la CNT. Muchos mineros eran jóvenes, y desde el advenimiento de la República se habían producido innumerables huelgas. Los comunistas también estaban bien asentados en Asturias (particularmente en Mieres) y contaban con dirigentes competentes.



4. La revolución de octubre de 1934 en Asturias

A los tres días de iniciarse la revolución, gran parte de Asturias estaba en manos de los mineros. Todas las ciudades y pueblos capturados estaban controlados por un comité revolucionario que se hacía responsable de la alimentación y la seguridad de sus habitantes. Una emisora de radio instalada en Turón mantenía la moral. «Compañeros —anunció el comité revolucionario de Grado—, estamos creando una nueva sociedad [...]. No os extrañe, pues, que el mundo que estamos forjando cueste sangre, dolores y lágrimas; todo es fecundo en la tierra [...] ¡soldados del Ideal! ¡En disposición y en alto vuestro fusil! [...] ¡Mujeres [...] consumid poco, lo estrictamente indispensable! [...] ¡Viva la Revolución social!»[244] Las fábricas de armas de Trubia y La Vega (Oviedo) fueron incautadas por un comité de sus propios obreros y se pusieron a producir día y noche. En los demás sitios, se abandonaron fábricas y minas. Las oficinas de reclutamiento reclamaban los servicios de todos

los trabajadores entre dieciocho y cuarenta años para el «Ejército Rojo». Al cabo de diez días se habían movilizado treinta mil trabajadores.[245] La colaboración entre los partidos les sorprendió incluso a ellos mismos. Hasta los anarquistas reconocieron «la necesidad de una dictadura temporal», aunque el hecho de que esta actividad se limitara a un grupo de pueblos impidió que las cuestiones de organización de un Estado los enemistaran con los comunistas. En algunos pueblos, los comunistas se mostraron más interesados en organizar su propia dictadura que en enviar hombres al frente. Pero, en términos generales, el grito de UHP no constituyó ningún engaño.

Mientras los mineros de Asturias lograban establecer de esta manera un soviet revolucionario en su provincia, tenían que ocuparse de luchar al mismo tiempo. La lucha se concentró sobre todo en Oviedo y en Gijón. Los 1.500 hombres que constituían las tropas regulares con base en Asturias y otros sitios de la costa norte eran demasiado pocos y tuvieron que limitarse a resistir el sitio de su guarnición en el centro de Oviedo. Entretanto, hubo una serie de actos de pillaje y violencia que no fueron provocados por parte de los revolucionarios. Los comités locales se hicieron cargo del mantenimiento de la disciplina, y hubo casos de trabajadores que salvaron la vida a miembros de la burguesía amenazados. Tuvieron lugar diversos atropellos. Ardieron varias iglesias y conventos. El palacio del obispo y gran parte de la Universidad de Oviedo fueron destruidos durante los asaltos al cuartel Pelayo, defendido por la guardia civil. Fueron asesinados unos cuantos empresarios y unos doce sacerdotes, especialmente en Turón. En Sama, treinta guardias civiles y de asalto resistieron un asedio de un día y medio. Cuando se rindieron, algunos fueron fusilados. Indudablemente, estas atrocidades eran consecuencia más de la confusión que de

un propósito organizado; pero hicieron las cosas mucho más difíciles para los dos dirigentes socialistas, hasta entonces moderados, Ramón González Peña y Belarmino Tomás, que, un poco sin comerlo ni beberlo, se encontraron al frente de esta revolución.

El gobierno ahora se encontraba enfrentado con algo que nadie vacilaba en calificar de guerra civil. En realidad, el comité que controlaba la ciudad de Mieres estaba considerando la posibilidad de una marcha sobre Madrid. Aunque, desde luego, esto no lo sabían ni Lerroux ni sus ministros, adoptaron varias decisiones muy duras. En primer lugar, llamaron a los generales Goded y Francisco Franco para que actuaran como jefes de Estado Mayor y dirigieran la represión de la rebelión.[246] En segundo lugar, aceptaron el consejo de estos dos generales cuando recomendaron que se enviaran elementos de los regulares y de la Legión Extranjera para reducir a los mineros. Goded, como hemos visto, había sido jefe de Estado Mayor durante unos meses a principios de la República, pero Azaña lo había destituido.

Francisco Franco Bahamonde tenía cuarenta años cuando pasó a ocupar su nuevo puesto durante el gobierno de Lerroux. Nació en 1892 en la base naval de El Ferrol, en Galicia, hijo de un disoluto contador de navío y descendiente de administradores navales en las dos ramas de su convencional familia, y el también quería ingresar en la marina. Pero no había plaza en la Escuela Naval, a consecuencia del desastre naval de lá guerra contra Estados Unidos de 1898. Así pues, en vez de eso, en 1907 ingresó en la Academia de Infantería de Toledo. En 1912 fue destinado a Marruecos, donde, en rápida sucesión, se convirtió en el más joven capitán, comandante, coronel y general del ejército, esto último después del victorioso fin de la guerra. En 1916 le hirieron gravemente en el estómago y volvió a España, donde pasó cuatro años destinado en Oviedo. Fue

segundo jefe de la Legión Extranjera al comenzar a existir ésta en 1920, la mandó de 1923 a 1927 y, en particular, dirigió el desembarco en la bahía de Alhucemas (a las órdenes de Sanjurjo) que trajo consigo la victoria, en 1925. En una famosa cena, en 1924, había atacado a Primo de Rivera cara a cara, cuando parecía que el dictador intentaba preparar al ejército para abandonar Marruecos. En realidad, aquel año, el y otros africanistas habían planeado incluso arrestar a Primo de Rivera y a su equipo por considerar ultrajante la idea de abandonar el territorio. Franco era un hombre entregado a su profesión. Nunca bebía, nunca se le veía con mujeres, y, en aquella época (cosa que sus piadosos biógrafos suelen mencionar muy de pasada) no parecía religioso. Su puritanismo puede atribuirse a las indiscreciones de su padre, el contador de navío, que se separó de su mujer en 1907 y a partir de entonces vivió en Madrid con una amante hasta su muerte, en 1942, a los ochenta y siete años; y a la piedad de su madre, que murió en 1933 en la primera etapa de un peregrinaje a Roma. Indudablemente, la infancia de Franco no fue feliz y su adolescencia fue una época de lucha. La vida en Toledo era brutal. Franco siempre tuvo fama de cruel y rigorista. Se hizo una reputación por su valor y su buena suerte bajo el fuego: entraba en combate montado en un caballo blanco. La eficacia relativa de la Legión Extranjera se debía a él en gran medida. Su primera experiencia en la represión de revoluciones la tuvo durante la huelga general de 1917, cuando estaba en Oviedo. Se casó —tras varias dilaciones debidas a sus campañas— con una muchacha de buena familia asturiana, Carmen Polo. Franco era de baja estatura y, ya a principios de su edad madura, se le acusaba la curva del estómago. Además su voz había adquirido un tono agudo que daba a sus órdenes militares la nota de una súplica. A un político inglés le parecía «un médico de cabecera con mucha

práctica, sorprendentemente satisfecho de sí mismo, en cuya intrincada mente era imposible penetrar».[247] Tenía un sólido prestigio como «general joven y brillante», pero se negaba a declararse favorable a ningún bando político, aunque había admirado la idea de la «revolución desde arriba» de Maura y a la larga le gustó Primo de Rivera. Incluso cuando la República abolió los ascensos obtenidas por méritos de guerra, relegándole así desde casi el primer puesto de la lista de generales de brigada hasta la cola, había encajado el golpe sin grandes reparos. Cuando, en 1931, *ABC* publicó que el nuevo gobierno quería nombrarle alto comisario en Marruecos, Franco escribió que rechazaría tal puesto, ya que aceptarlo supondría «una complacencia mía anterior con el régimen recién instaurado, o como consecuencia de haber podido tener la menor tibieza y reserva en el cumplimiento de mis deberes en la lealtad que debía y guardé a quienes hasta ayer encarnaron la representación de la nación en el régimen monárquico».[248] Era tímido, tranquilo y paciente, pero también implacable, ambicioso y resuelto: «el hombre menos sincero que he conocido nunca», dijo un periodista americano que en 1936 habló con él.[249] Cuando se preguntaba a los conspiradores monárquicos: «¿Está Franco con vosotros?», les resultaba imposible dar una respuesta clara. No se había vinculado al general Sanjurjo en el pronunciamiento de 1932. Pero no le gustaban las reformas de Azaña, sobre todo la clausura de la nueva Academia Militar de Zaragoza, cuyo primer director había sido él y a cuyos cursos había dedicado mucha atención (inspirándose en Alemania, adonde había ido en 1928). Los republicanos sabían, por alocuciones suyas de cuando estaba en Zaragoza, que era partidario del gobierno autoritario. También sabían que, desde hacía mucho tiempo, le interesaba la política. Ya en 1926 había estado solicitando que se le enviaran libros de teoría política a sus cuarteles

generales.[250] Pero el hermano del general, Ramón, el célebre aviador que había sido el primer hombre que había cruzado volando el Atlántico sur, era republicano, e incluso revolucionario: él fue quien, en 1930, lanzó folletos republicanos sobre el palacio real durante el abortado levantamiento republicano.

El gobierno no sólo llamó al general Franco, que conocía bien Asturias, para dirigir la batalla contra los mineros, sino también a la Legión Extranjera y a las tropas marroquíes, porque evidentemente dudaba que el ejército regular pudiera tener éxito. El ministro de la Guerra, el radical Diego Hidalgo, explicó más tarde que estaba aterrado ante la alternativa de tener que ver a los jóvenes reclutas de la península morir en Asturias a causa de su inexperiencia. Tendrían que luchar contra auténticos maestros en el empleo de la dinamita y en la técnica de la emboscada. «Decidí —escribió— que resultaba necesario apelar a las unidades que España mantiene para su defensa, y cuyo oficio es luchar y morir en el cumplimiento de su deber.»[251] A las pocas horas de la llegada del general Franco al ministerio de la Guerra, eran enviadas unidades de la Legión Extranjera al mando del coronel Yagüe para ayudar a las guarniciones habituales en el norte. Otra columna, dirigida por un general liberal, López Ochoa, que había dirigido a los militares en la conspiración republicana de 1930, se abrió camino para reforzar la guarnición sitiada en Oviedo.

La Legión Extranjera y los regulares tuvieron un éxito inmediato. Apoyados por la aviación, liberaron rápidamente Oviedo. Gijón cayó el 10 de octubre. En estas ciudades, los conquistadores se entregaron a la más vil represión. Después de quince días de guerra y revolución, sólo los comunistas querían continuar luchando en los demás pueblos. González Peña renunció a seguir dirigiendo la revolución. La Legión tomó varias de las ciudades casa por casa. El coronel Yagüe,

al mando de la Legión, fomentó el uso ejemplar de la brutalidad en la represión. Finalmente, los rebeldes de Sama acabaron rindiéndose. Belarmino Tomás, el dirigente socialista que había permanecido en primera línea durante toda la lucha, habló en los siguientes términos a una gran multitud de mineros reunidos en la plaza mayor: «¡Camaradas! ¡Soldados rojos! Delante de vosotros, convencidos de que hemos sido fieles a la confianza que depositasteis en nosotros, venimos a hablaros de la triste situación a que se ve reducido nuestro glorioso movimiento de insurrección. Hemos de confesar nuestras conversaciones de paz con el general del ejército enemigo. Pero hemos sido derrotados sólo por algún tiempo. Todo lo que podemos decir es que en el resto de las provincias de España, los trabajadores no han sabido cumplir con su deber y no nos han ayudado. A causa de ello, el gobierno ha podido dominar la insurrección de Asturias. Además, aunque tenemos fusiles, ametralladoras y cañones, carecemos de munición. Todo cuanto podemos hacer es concertar la paz. Pero esto no significa que abandonemos la lucha de clases. Nuestra rendición de hoy no significa más que un alto en el camino, que nos servirá para corregir nuestros errores y para prepararnos para la próxima batalla, que habrá de terminar en la victoria final de los explotados…».[252]

A continuación, se llevó a cabo un durísimo ajuste de cuentas bajo la dirección de un brutal comandante de policía, Lisardo Doval, conocido por su crueldad. Una de las condiciones para la rendición de los mineros había sido que se retirara de Asturias a la Legión y a los regulares. Esta condición no se cumplió; sólo había sido aceptada por el general López Ochoa, y no por el ministerio de la Guerra.

Estas fuerzas se comportaron en el territorio conquistado igual que si se tratara de un ejército victorioso que viviera de los sufrimientos de los vencidos. Se calcula

que murieron de 1.000 a 2.000 personas, y casi 3.000 resultaron heridas. De los muertos, unos 320 eran guardias civiles, soldados, guardias de asalto y carabineros. Es de suponer que, del resto, la mayor parte eran trabajadores. Indudablemente muchas muertes tuvieron lugar una vez acabada la lucha, cuando la Legión «saboreaba» su victoria.[253] En toda España fueron hechos varios miles de presos políticos, quizás 30.000, durante los meses de octubre y noviembre de 1934 (aunque tal vez sólo fuera la mitad).[254] Y, la mayor parte de ellos, en Asturias. Las casas del pueblo de la región se convirtieron en cárceles de emergencia, y los encerrados en ellas fueron sometidos a toda clase de vejaciones, incluso a tortura.[255] Muchos murieron de un tiro «al intentar fugarse» (quizás a veces fuera realmente así). Un periodista, Luis de Sirval, que se atrevió a denunciar estas atrocidades, fue arrestado y asesinado en la cárcel por tres oficiales de la Legión. En Madrid, los generales Franco y Goded fueron considerados los salvadores de la nación, mientras que la prensa de derechas daba informaciones aterradoras sobre monjas violadas y curas a los que habían sacado los ojos. Fuera de eso, la censura en Asturias fue completa. En el campo, los terratenientes lo celebraron abandonando toda intención de colaborar con la reforma agraria, se practicaban desahucios muy rápidos, y los socialistas que no habían ido a parar a la cárcel encontraban difícil hallar puestos de trabajo. Se habían creado más resentimientos, y aún más terribles.

10

Consecuencias de Asturias. — Intentos de Lerroux para encontrar un término medio.—El «estraperlo».—La República en un callejón sin salida. — Las elecciones del 16 de febrero de 1936.

Tras la revolución de octubre de 1934 y teniendo en cuenta la manera como había sido sofocada, habría sido preciso un esfuerzo sobrehumano para evitar el desastre final de la guerra civil. Pero ese esfuerzo no se iba a realizar. La mayoría de los dirigentes socialistas estaban en la cárcel, al igual que los dirigentes del gobierno catalán, Azaña y otros varios políticos de izquierdas. Asimismo estaban encarcelados muchos anarquistas, aunque hubieran tenido poca participación en el levantamiento, salvo en Asturias. Tras el arresto de Azaña, atribuible al pánico, se le retuvo en la cárcel algunos meses, indignidad que no tenía ninguna justificación. En estas circunstancias, el levantamiento de Asturias adquirió un significado épico en la mente de las izquierdas españolas. Algunos, haciéndose eco de las últimas palabras de Belarmino Tomás en la reunión final de Sama, profetizaban sobriamente que octubre de 1934 sería para España el equivalente a lo que había sido 1905 para Rusia. Largo Caballero, que permaneció en la cárcel hasta diciembre de 1935, dedicó su encarcelamiento a leer, por primera vez, las obras de Marx y Lenin. La imaginación de este socialista moderado y respetado desde hacía tanto

tiempo, ahora, que se aproximaba a los setenta años, se dejó dominar por visiones revolucionarias. Mientras, muchos otros emplearon su tiempo en la cárcel desarrollando «una auténtica escuela de la revolución».[256] Entretanto, en París, Romain Rolland interpretaba los sentimientos de los combatientes de la revolución de Asturias al declarar que el mundo no había visto nada tan hermoso desde la Comuna de París. La brutalidad de la proscripción en Asturias hizo olvidar a la gente que incluso Azaña habría tenido que reprimir la revolución; y las noticias de la represión se conocieron a través de los informes de una comisión de las Cortes y de una delegación parlamentaria inglesa. Mientras tanto, las juntas mixtas de arbitraje de Largo Caballero se hundieron en muchos sitios, los obreros de la construcción y los metalúrgicos tuvieron que volver a la semana de cuarenta y ocho horas y muchos fueron despedidos por haber participado en huelgas políticas antes de octubre de 1934. Los patronos redujeron los salarios siempre que pudieron. Los diputados de la CEDA se quejaban, pero sus voces se perdían. Por otra parte, las tierras expropiadas por el Instituto de Reforma Agraria no se devolvieron a sus propietarios. A partir de entonces, todos los partidos estuvieron claramente dominados por una «mentalidad revolucionaria en la derecha y en la izquierda».[257]

Asturias hizo que un estremecimiento de horror sacudiera a la clase media española. Les parecía que cualquier cosa, incluso una dictadura militar, era preferible a la desintegración. ¿Se alzaría con el poder el general Franco, ahora que era jefe de Estado Mayor? ¿Sacarían Gil Robles y la CEDA el mejor partido posible de la oportunidad que se les brindaba? Gil Robles sabía que, si el levantamiento hubiera sido general en toda España y no se hubiera limitado a Asturias, las consecuencias podían haber sido diferentes.[258]

Lerroux seguía siendo el jefe del gobierno de España. En los meses siguientes, el viejo pirata hizo todo lo posible por encontrar un camino intermedio. Así, cuando los monárquicos pidieron que se aboliera el Estatuto catalán con motivo de la revuelta de Companys, Lerroux (apoyado en esto por la CEDA) se limitó a dejarlo en suspenso y a enviar a las provincias catalanas un gobernador general. Su ministro de Agricultura, el político de la CEDA Giménez Fernández, continuó intentando distribuir tierras, durante algún tiempo, e introdujo una legislación para proteger a los pequeños propietarios. Por ejemplo, deseaba dar tierras a 10.000 cultivadores a lo largo de 1935. Pero se encontraba siempre con el obstáculo de personas como Lamamié de Clairac, el carlista, que tanto habían perjudicado a la primera Ley de Reforma Agraria en los debates de las Cortes.

Sin embargo, el problema más espinoso para el gobierno fue el planteado por la cuestión del castigo de los rebeldes de 1934. Porque, en febrero de 1935, los tribunales militares habían pronunciado veinte sentencias de muerte. De éstas, se ejecutaron dos.[259] Entre los condenados se contaban Companys; diputados socialistas como el pobre Teodomiro Menéndez, que casi se había vuelto loco en la cárcel al oír los gritos de los torturados; Ramón González Peña; Belarmino Tomás, y algunos oficiales que habían tomado partido por la rebelión en Madrid o en Cataluña. Mientras tanto, muchos ayuntamientos dirigidos por socialistas continuaban suspendidos, porque sus miembros pertenecían al mismo partido que algunos de los rebeldes de 1934. Lerroux, imaginando el poso de rencor que dejaría la ejecución de, por ejemplo, Belarmino Tomás y González Peña (los dos diputados socialistas de Asturias), y no digamos la de Companys, era partidario de la conmutación de las penas de muerte. Los ministros de la CEDA eran partidarios de que se ejecutaran, y Gil Robles defendió este

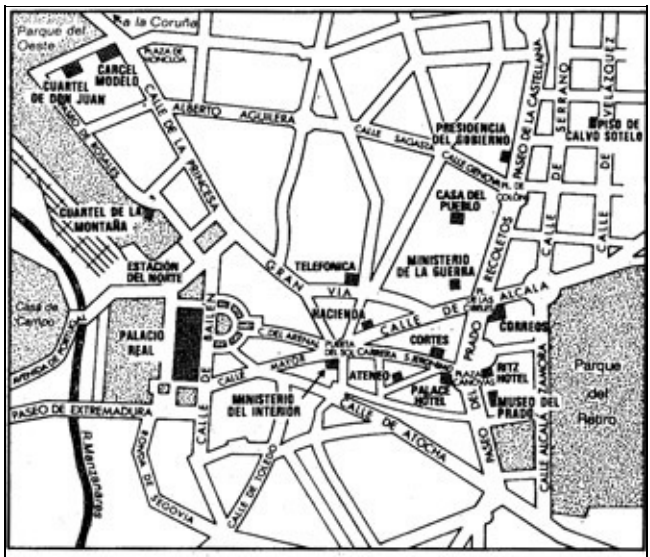
punto de vista con gran energía. Lerroux contaba con el apoyo del presidente, Alcalá Zamora, que recordaba cómo el general Sanjurjo y sus compañeros de conspiración habían sido indultados en 1933. Las sentencias fueron conmutadas. Los ministros de la CEDA dimitieron. Después de una prolongada crisis, Lerroux formó un nuevo gobierno en el que la CEDA tenía cinco representantes, entre ellos Gil Robles como ministró de la Guerra.

Gil Robles nombró a Franco jefe de Estado Mayor, haciéndole volver de Marruecos, adonde había sido enviado el invierno anterior. A continuación, fueron ascendidos varios oficiales de derechas, y otros considerados liberales o socialistas perdieron sus puestos. Gil Robles, además, inició negociaciones para comprar armas a Alemania.[260] Pero no hubo más ejecuciones. Companys y otros dirigentes declarados culpables de rebelión fueron condenados a cadena perpetua, condena que nadie creía que fuera a cumplirse. Largo Caballero fue detenido con otros, y pasó meses en la cárcel sin ser juzgado. Azaña fue puesto en libertad, ya que los cargos que se le imputaban no fueron aceptados por una mayoría de dos tercios en las Cortes, aunque era obvio, por los discursos de políticos de derechas, que muchos esperaban acabar con él y con los republicanos de izquierdas de una vez para siempre.[261]

El rencor con que ahora se miraban los dos extremos del espectro político era difícil de mitigar. Pero los hombres de centro —y, en aquellas circunstancias, tanto el presidente como el jefe de gobierno eran hombres de centro— tenían la posibilidad de resolver las cosas. No obstante, desperdiciaron esta oportunidad. Se propuso la revisión de algunas cláusulas de la Constitución. Esto habría modificado el carácter de la autonomía regional, habría establecido un senado y habría alterado las leyes concernientes al divorcio y al matrimonio. Un financiero independiente, aunque

ortodoxo, Joaquín Chapaprieta, se dispuso a preparar un presupuesto —cosa que no se había visto en la República desde 1932—. Deseaba reducir la corrupción y el gasto excesivo en burocracia. Estas medidas, admirables en sí mismas, habrían reducido los gastos del gobierno en materia de enseñanza, afectando a los sueldos de los maestros, todavía insuficientes. Pero no se llegó a aprobar ni el presupuesto ni la revisión constitucional.[262] (El presupuesto de 1932, que se repetía anualmente, fue el único acto financiero de la República.) Luego, el ministro de Agricultura, Giménez Fernández, dimitió en mayo de 1935, a causa de una propuesta de alteración de la Ley de Reforma Agraria: sus ideas humanitarias le habían valido el apodo de «el bolchevique blanco» en los círculos monárquicos, y su costumbre de invocar encíclicas papales para defender sus proyectos enfurecía a muchos. Su eclipse supuso el fin de la idea de que la CEDA pudiera modificar la Ley de Reforma Agraria, y no archivarla. Chapaprieta formó un gobierno en el que entró Lerroux como ministro de Estado. Pero el Partido Radical se hundió debido a un escándalo. Un aventurero financiero holandés, Daniel Strauss, había convencido a ciertos ministros para que favorecieran la introducción en España de un nuevo tipo de ruleta, el *straperlo*. Strauss prometió que, a cambio del permiso para introducir esta ruleta, garantizaría los beneficios. Cuando estalló el escándalo, se descubrió que el hijo adoptivo de Lerroux estaba íntimamente complicado con Strauss. También estaba implicado el propio Lerroux, cuyas finanzas siempre habían sido tortuosas, así como Salazar Alonso, exministro de la Gobernación y alcalde de Madrid; el gobernador civil de Barcelona, y algunos otros. Los radicales dimitieron, ante la execración pública, y la palabra «*estraperlo*» pasó al lenguaje común como sinónimo de escándalo público. Mientras tanto, el Partido Radical, que

había tenido un papel tan importante en la vida de la República, aunque su política hubiera significado tan poco, se desmoronó, y la alianza que Lerroux había sellado con Gil Robles, y que había gobernado a España durante un año, también se deshizo.[263] Al cabo de unas semanas, el jefe de gobierno se enfrentó a Gil Robles, técnicamente a propósito del deseo de Chapaprieta de introducir un impuesto sobre las grandes propiedades rurales y de aumentar los derechos sucesorios, del 1% al 3,5%; pero Gil Robles había provocado la crisis para dar su último paso hacia la jefatura del gobierno.



5. Madrid durante la Segunda República

Sin embargo, el presidente Alcalá Zamora, que durante el año anterior se había interferido continuamente en el curso cotidiano de la administración, seguía decidido a no pedir a Gil Robles que formara gobierno. Aunque Gil Robles, a finales de 1935, parecía haber madurado y estar lejos de ser el corporativista católico y experimental que había afirmado ser en 1933,[264] algunos de sus seguidores, particularmente

los de la JAP, parecían impacientes por empuñar las armas; ya habían adoptado unos símbolos y un lenguaje de apariencia fascista. Llevaban una cruz negra de la que colgaban las letras Alfa y Omega, en blanco, y enmarcadas en rojo, en un intento de simbolizar a Don Pelayo, el primer rey de la Reconquista, y un barco blanco e inmaculado en un mar de sangre de mártires. Además, Gil Robles tenía un programa de reforma constitucional que no gustaba a Alcalá Zamora.[265] Por último, las relaciones personales entre Gil Robles y el presidente eran malas. Éste tenía celos del primero, mientras que Gil Robles encontraba vano al presidente. Por consiguiente, el presidente recurrió a un expediente algo irreflexivo; pidió a uno de sus amigos, Manuel Pórtela Valladares, un político gallego de la época de la Monarquía que formara un gobierno provisional y preparara nuevas elecciones.[266] Pórtela, masón e infatigable historiador de la herejía prisciliana, había sido redescubierto para la política por Lerroux en una playa del norte de España, en el verano de 1934. Como ministro de la Gobernación, a principios de 1935, había sido el que informaba a Alcalá Zamora de lo que pasaba en el gabinete. Ahora el presidente esperaba que Pórtela pudiera reorganizar a las «fuerzas de centro» para ocupar el lugar del difunto Partido Radical. Desgraciadamente, ni Alcalá Zamora ni Pórtela Valladares se daban cuenta de que el centro era un concepto en baja.

La acción de Alcalá Zamora fue un ultraje para Gil Robles. También lo fue para su subsecretario en el ministerio de la Guerra, el general Fanjul, quien le dijo: «Si me da la orden, esta misma noche salgo a las calles de Madrid con la guarnición de la capital. El general Varela piensa igual que yo». La respuesta de Gil Robles no fue todo lo explícita que podría haber sido: «Si el ejército, agrupado en torno a sus jefes naturales, cree que debe tomar el poder temporalmente

con el objeto de salvar el espíritu de la Constitución, yo no constituiré el menor obstáculo». Dijo a Fanjul que consultara con los otros generales. El general Franco, jefe de Estado Mayor, opinó que no había que contar con el ejército para dar un golpe de Estado. De manera que nadie se lanzó, a pesar de que la idea fue apoyada por algunos oficiales, falangistas y monárquicos.[267] Gil Robles abandonó el ministerio de la Guerra. El general Franco lloró.[268] Pórtela formó un gobierno provisional compuesto por políticos no parlamentarios y de centro, de segunda fila. Se suavizó la censura de prensa, mientras las derechas acusaban a Gil Robles de cobardía y debilidad por haber abandonado el poder. Azaña ya había empezado a reconstruir su Izquierda Republicana a partir del éxito obtenido en otoño con su pieza oratoria ante un auditorio de tal vez cien mil personas, fuera de Madrid, en un campo de Comillas: la «clamorosa ovación» con que fue acogido el discurso tuvo resonancia en todo el país.[269] A continuación, volvieron a abrirse las casas del pueblo, y las izquierdas levantaron cabeza de nuevo. Los socialistas, los comunistas y las izquierdas aprovecharon la oportunidad hasta el máximo: «Octubre» y «Asturias» se convirtieron en palabras sagradas, que evocaban la lucha desesperada de los heroicos revolucionarios contra la Legión Extranjera («los moros», «los carniceros de octubre»).

El 4 de enero fueron disueltas las Cortes. Las elecciones debían celebrarse el 16 de febrero. Pórtela intentó retrasarla votación con dilaciones anticonstitucionales, pero no lo consiguió. La larga campaña electoral que tuvo lugar entre estas dos fechas estuvo, al principio, dominada por Gil Robles. Su fotografía de «jefe», con un texto debajo que pedía para el «una mayoría absoluta para que pueda daros una España grande», miraba retadoramente desde los carteles de la Puerta del Sol. Sin embargo, a medida que avanzaba la campaña, se hizo evidente que los dirigentes de

la CEDA no tendrían el camino tan fácil como habían supuesto. Por consiguiente, empezaron a organizar listas comunes con otros partidos de derechas. En muchos sitios, los monárquicos alfonsinos y carlistas, los «agrarios» y los «independientes» se aliaron con la CEDA, constituyendo el Frente Nacional.

El año anterior los dos partidos monárquicos habían desarrollado intensa actividad: doscientos carlistas habían recibido instrucción militar en un campo de aviación próximo a Roma, disfrazados de oficiales peruanos,[270] y habían tenido lugar muchas discusiones ideológicas entre los monárquicos, que todavía vacilaban entre el «fascismo» y el tradicionalismo. Calvo Sotelo, el ministro de Hacienda de Primo de Rivera, había ingresado en Renovación Española, pero estaba intentando crear una alianza por su cuenta con todos los monárquicos autoritarios: durante su exilio en Francia, sus puntos de vista habían evolucionado hacia el fascismo, en parte debido al contacto con la Action Frangaise de Maurras, y había hablado de rebelión con otros monárquicos exiliados.

A juzgar por sus escritos, y por los de Ramiro de Maeztu (todavía director de *Acción Española*), Pradera (el ideólogo carlista de «el nuevo Estado»), y Sáinz Rodríguez, que se había convertido en el principal «teórico» alfonsino, parecía como si las derechas autoritarias estuvieran cerrando filas.

En cuanto a la Falange, José Antonio llevaba mucho tiempo ocupado en una controversia con el antiguo dirigente de las JONS, Ledesma Ramos. Éste siempre había considerado a José Antonio como un mero señorito, y criticaba sus contactos con la Iglesia y la clase alta.[271] Ledesma creó una organización de trabajadores, la CONS (Central Obrera Nacional-Sindicalista), que, sin embargo, consiguió pocos afiliados. José Antonio logró tomar la

delantera a los extremistas de la Falange que querían la violencia, aunque no había conseguido crear una política que pudieran apoyar tanto los monárquicos que le respaldaban económicamente, como Ledesma. En octubre de 1934, José Antonio había sido confirmado como dirigente del partido sólo por un voto (17 a 16).[272] Ledesma intentó separar a las JONS de la Falange para conservarlas como un partido nacionalsindicalista, aunque fuera minúsculo. Sus relaciones personales con José Antonio siempre habían sido malas. Cuando Ledesma escribió unos artículos en los que acusaba a José Antonio de ser el «instrumento de la reacción», fue expulsado de la Falange. Estos acontecimientos, y las dificultades financieras de estos jóvenes fascistas españoles, habían impedido que aumentara su número (especialmente después de que el rico monárquico marqués de Eliseda rompiera con ellos) tras la revolución de Asturias, cuando habría sido de esperar que aumentara su atractivo. Pero continuaron desfilando los domingos con sus camisas azules. En la campaña electoral, la Falange quedó fuera de la alianza derechista, porque Gil Robles no pudo acceder a las peticiones de reparto de escaños que le hizo José Antonio. Los antiguos electores de José Antonio en Cádiz no querían saber nada de él, y la CEDA, al igual que los carlistas, criticaban el «cooperativismo» económico de José Antonio, que consideraban peligrosamente socialista. A pesar de todo, la Falange presentó varios candidatos que criticaron duramente el «estéril y estúpido bienio en el poder» de la CEDA. Sin embargo, muchos de los falangistas más enérgicos todavía no habían llegado a la edad de votar.[273]

A la izquierda de esta alianza derechista se encontraban los diferentes partidos de centro. Entre ellos estaba Lerroux y los radicales, la Lliga (los empresarios catalanes), los progresistas (seguidores de Alcalá Zamora), y el llamado

específicamente Partido del Centro, fundado por el jefe del gobierno, Pórtela Valladares. También se contaba entre los partidos de centro el Partido Nacionalista Vasco, que, aunque desde 1934 estaba en malas relaciones con sus aliados natos de la CEDA, todavía vacilaba a la hora de aliarse claramente con las izquierdas.[274] Pórtela intentó fomentar el centro artificialmente nombrando a amigos suyos para el cargo de gobernadores civiles, pero le falló la estratagema.

Las izquierdas, en las elecciones de febrero de 1936, se agruparon en un bloque llamado Frente Popular. El nombre había sido propuesto por el Partido Comunista. El mes de julio anterior se había celebrado en Moscú el séptimo congreso del Komintern. Dimitrov, comunista búlgaro que era entonces el secretario general del Komintern (debido a su desafiante conducta cuando se le acusó de haber prendido fuego al Reichstag), había definido los objetivos políticos del comunismo mundial frente a la amenaza que suponía para la Unión Soviética el encumbramiento de Hitler: «La formación de un Frente del Pueblo unido que permita la acción conjunta con los partidos social-demócratas es una necesidad. ¿Por qué no procuramos unir a los comunistas, los socialdemócratas, los católicos y demás trabajadores? Camaradas, recordad la antigua leyenda de la conquista de Troya. El ejército atacante no pudo lograr la victoria hasta que, con la ayuda del caballo de Troya, penetró en el mismo corazón del campo enemigo. Nosotros, trabajadores revolucionarios, no tenemos por qué avergonzarnos de utilizar las mismas tácticas».[275]

Con estas palabras se lanzó oficialmente la política internacional de los frentes populares. Se reprochó a los partidos comunistas por haber tratado hasta entonces a todos los partidos burgueses como si fueran fascistas. Ahora se les recomendó que defendieran la democracia

parlamentaria y burguesa hasta que pudieran reemplazarla por la «democracia proletaria». Esta política del Frente Popular fue más lejos que la del Frente Único de los años veinte. Entonces (como en la Europa Oriental después de 1945), los partidos comunistas tenían instrucciones de hacer causa común con otros partidos de la clase trabajadora, únicamente. Pero con el Frente Popular tenían que establecer relaciones también con partidos de la clase media.

A los comunistas no les fue fácil conseguir que Largo Caballero accediera a entrar en esta alianza: el dirigente comunista francés Duclos vino a España especialmente para convencerle.[276] Pero la persecución posterior a 1934 y el intento de procesar a Azaña contribuyeron a crear una amistad, por breve que fuera, entre los dirigentes de izquierdas. Azaña y Prieto fueron los que, en realidad, organizaron la alianza. El prestigio de Azaña había aumentado mucho a lo largo del año 1935, y de su irónico relato sobre su estancia en la cárcel en 1934 (*Mi rebelión en Barcelona*) se habían vendido 25.000 ejemplares. (Los partidos republicanos ya habían formado en noviembre un Frente Republicano.) Azaña y Largo Caballero estaban en malas relaciones, pero la alianza les venía bien. A pesar de todo, ahora Largo Caballero se consideraba un socialista revolucionario y aunque deseaba una República sin lucha de clases, pensaba que para ello «es necesario que desaparezca una clase».[277] El Partido Socialista continuaba dividido; Prieto y Besteiro intentaban contener el renovado impulso de la mayoría, presionada por los jóvenes, hacia la revolución; o, mejor dicho, hacia la «bolchevización». (Prieto regresó de París a España en diciembre de 1935, una semana después de que Largo Caballero saliera de la cárcel.)

Los anarquistas se mantuvieron fuera del sistema, pero, en el último minuto, alentaron a sus miembros a repetir ante las urnas la unidad manifestada en Asturias. Esto se debió a

que una de las principales propuestas del programa del Frente Popular era la amnistía para los presos políticos. Las derechas se dieron cuenta de lo mucho que les convenían las abstenciones anarquistas, y en Cádiz (y quizás en otros sitios) ofrecieron sumas importantes a los dirigentes anarquistas para que éstos hicieran propaganda antielectoral.[278]

En el programa del Frente Popular también había otras medidas que se referían a Asturias. Todos los parados por meras razones políticas debían ser readmitidos en su trabajo (esto era una advertencia a los patronos que habían tomado nuevos obreros para reemplazar a los que estaban en la cárcel, o a los despedidos después de octubre de 1934). El Estado pagaría una indemnización a las víctimas de 1934. Se restablecería el Estatuto catalán. Se negociarían otros estatutos regionales. La Ley de Reforma Agraria y otras reformas iniciadas en 1933 recibirían prioridad[279]

La lucha electoral fue tempestuosa. El gobierno levantó el «estado de alarma» que se había mantenido en muchas áreas desde lo de Asturias. Enormes multitudes acudían a los mítines. Había mucha violencia en las palabras; de momento sólo en las palabras. «El fascismo vaticanista —proclamaba una octavilla de propaganda electoral— ofreció trabajo y ha dado hambre; ofreció paz y ha dado cinco mil tumbas; ofreció orden y ha alzado el patíbulo. El Frente Popular no ofrece más de lo que ha de dar ni menos de lo que dará: ¡Pan, Paz y Libertad!»[280] Los obispos aconsejaron explícitamente a los católicos que votaran contra el Frente Popular. Largo Caballero declaró que, si ganaban las derechas, el «procedería a declarar la guerra civil», y Primo de Rivera manifestó que sus hombres no harían caso de un resultado «peligrosamente contrario al destino eterno de España».[281] Lerroux y los radicales concentraron sus esfuerzos para hundir al Partido de Centro fundado por

Pórtela. Calvo Sotelo apareció por primera vez como figura nacional. Su campaña fue explícitamente antirepublicana y antidemocrática. Argüía que la Constitución estaba muerta, asesinada por sus propios creadores. Las próximas Cortes habrían de ser otra vez Cortes Constituyentes. [282] Además decía a los españoles patriotas, con un lenguaje muy vigoroso, que, si no votaban por el Frente Nacional, la bandera roja ondearía sobre España: «esa bandera roja que simboliza la destrucción del pasado y de los ideales de España».

España acudió a las urnas el 16 de febrero, el domingo de Carnaval, antes de la Cuaresma. 34.000 guardias civiles y 17.000 guardias de asalto garantizaron el orden. Hubo algunos disturbios en Granada, donde fue asaltado un colegio electoral, mientras otros individuos llenaban la urna con votos preparados. Pero estos casos fueron raros. El corresponsal de *The Times*, Ernest de Caux, informó que la votación había sido «generalmente ejemplar».[283] Los resultados de la primera vuelta de las elecciones, dados a conocer el 20 de febrero, fueron los siguientes, en lo que se refiere a los bloques nacionales:

4.654.116 (34,3%) para el Frente Popular.

4.503.505 (33,2%) para el Frente Nacional.

526.615 (5,4%) para el Centro, incluidos 125.714 votos para los nacionalistas vascos.[284]

El Frente Popular había obtenido 263 diputados, el Frente Nacional, 133, y el Centro, 77. Veinte de estos escaños (cuando nadie había obtenido más del 40% de los votos emitidos) quedaron pendientes de una segunda vuelta electoral, que tendría lugar dos semanas más tarde. Pero, evidentemente, las izquierdas tenían una mayoría de escaños

que reflejaba una clara mayoría de votos emitidos.

Es imposible dar las cifras de votos por partidos puesto que los electores votaron a alianzas y no a partidos aislados. Pero los principales partidos se repartieron los escaños de la siguiente manera: Socialistas, 88; Izquierda Republicana (esto es, el partido de Azaña), 79; Unión Republicana (Martínez Barrio), 34; Comunistas, 14; *Esquerra*, 22; CEDA, 101; Agrarios, 11; Monárquicos (incluido Calvo Sotelo), 13; Carlistas, 15; nuevo Partido del Centro de Pórtela Valladares, 21; *Lliga*, 12; Radicales, 9; y Vascos, 5. La Falange no obtuvo ningún escaño.[285]

Volvieron la mayoría de los antiguos dirigentes, pero ni Lerroux ni José Antonio consiguieron escaño alguno.

Después se hicieron muchos juegos malabares con estas cifras para demostrar esto o aquello. Tales discusiones ignoraban el hecho de que el sistema electoral (que, en una provincia concreta, dio el 80% de los escaños a un partido que había ganado más del 50% de los votos) estaba pensado a propósito para fomentar las coaliciones. Tanto las derechas como las izquierdas aumentaron sus votos, en parte porque en 1936 hubo unos cuantos votantes más para ellos que en 1933, y en parte porque al centro le fue mal. El caciquismo desempeñó un papel en los distritos rurales, con lo que tal vez la victoria del Frente Popular fue mayor de lo que muestran las cifras; pero la acusación de que los socialistas habían creado su caciquismo propio en algunas ciudades no carece de fundamento. En todo caso, las izquierdas habían logrado una victoria inesperada; y las derechas, particularmente la CEDA, una derrota inesperada. El eclipse del centro fue un fiel reflejo de la falta de apoyo que había encontrado en el país aquella neutralidad tan artificial.

Hubo una cantidad importante de abstenciones: quizás el 28% (en comparación con el 32,5% en 1933). De un electorado total de 13.500.000, votaron unos 9.870.000. La

mayoría de abstenciones se produjeron en Aragón, Galicia y Andalucía.[286]

Puede argüirse que las cifras sugieren que el electorado tendía hacia un sistema de dos partidos;[287] Azaña y Gil Robles eran los paladines de dos posturas muy definidas, hecho olvidado más tarde debido a la aversión de varias minorías (militaristas, anarquistas, campesinos socialistas, juventudes socialistas y fascistas) a aceptar un sistema parlamentario bastante bien establecido, como puede deducirse del hecho de que votara un 70%. Este hecho cierto, como tantos otros, fue olvidado ante un alud de lemas propagandísticos que apenas si se diferenciaban en algo de unas puras mentiras: porque Lerroux no era «un Mussolini» (como tampoco lo era Azaña, aunque su antiguo amigo Ossorio y Gallardo lo describiera una vez con ese calificativo, y el lema «Ante todo por Dios y por España» no era un lema fascista; Azaña no era Kerensky, ni Largo Caballero era Lenin (aunque pretendiera serlo). Ni la derecha parlamentaria ni los socialistas (ni, desde luego, el ejército) eran partidarios de la Constitución, pero tampoco eran firmemente anticonstitucionalistas: de hecho, tanto la CEDA como los socialistas eran «accidentalistas», y el idilio de los socialistas con la democracia duró sólo de 1930 a 1933. Estos dos partidos eran malos perdedores, y los socialistas eran casi tan malos como ganadores. Ya en 1933, Largo Caballero había dicho a sus seguidores: «Hoy estoy convencido de que llevar a cabo una labor socialista dentro de una democracia burguesa es imposible».[288] Pero, como suele ocurrir, la democracia burguesa parecía a casi todo el mundo un amigo maravilloso, aunque perdido, o por lo menos así se la consideraría unos meses más tarde, al producirse el enfrentamiento armado de dos filosofías obstinadas y totalitarias: una procedente de las juventudes socialistas, la izquierda del Partido Socialista, los comunistas

y quizá también un sector anarquista, y la otra procedente de una alianza de fascistas, monárquicos absolutistas y juventudes católicas.

11

Franco y Pórtela Valladares. — Las cárceles abren sus puertas. — Azaña vuelve al poder.— Los asesinatos de la Falange. —Largo Caballero, «el Lenin español». — Calvo Sotelo pasa a primer plano. — Mola en Pamplona. — Escisiones de las izquierdas. —Destitución de Alcalá Zamora. — Azaña, presidente. —José Antonio se adhiere a la conspiración.

A medida que se iban conociendo los resultados de las elecciones, se iniciaban los intentos para contrarrestar sus consecuencias. José Antonio ofreció a Pórtela los servicios de la Falange y solicitó armas. Luego los monárquicos pidieron a Gil Robles que diera un golpe de Estado. Él se negó en principio aunque después se entrevistó con Pórtela, a las cuatro de la mañana, para pedirle que declarara inmediatamente el «estado de guerra»[289] y le introdujera en el gobierno, como «ministro, secretario o mecanógrafo: lo que usted quiera», para aliviar la preocupación de las derechas.[290] Pórtela dijo que se lo pensaría, pero lo único que hizo fue telefonear al presidente para pedirle que declarara el «estado de alerta». Y éste así lo hizo. Entonces, Franco, el jefe de Estado Mayor, instó a Pórtela a que declarara el «estado de guerra», tras instar a su propio ministro, el general Molero, y al director general de la guardia civil, el general Pozas, para que recomendaran lo mismo.[291] Naturalmente, el «estado de guerra» sometería al

país a la ley marcial y sería en realidad un golpe de Estado. Según Franco, Pórtela preguntó por qué el ejército no actuaba por iniciativa propia. Franco dijo que, sin el apoyo del gobierno, no contaría con la ayuda esencial de la guardia civil. Pórtela y el presidente continuaban resistiéndose a la idea. La mañana del 18 de febrero, Pórtela intentó entregar el poder a Azaña, quien, sin embargo, creyó que debía esperar hasta que se reunieran las Cortes. Pórtela, ansiando librarse de su responsabilidad, trató de encontrar una alternativa. Franco volvió a intentar disuadirle de que abandonara el poder, y Calvo Sotelo también visitó al jefe de gobierno con la misma intención. Mientras tanto, los socialistas estaban empezando a hablar de huelga general. Pórtela, agotado, casi loco, sordo a los consejos, insistió en dimitir.[292] Calvo Sotelo declaró que todo estaba perdido. Entonces el presidente pidió a Azaña que formara gobierno. Esto era irregular pero, dados los deseos de Pórtela de rehuir toda responsabilidad, no había otra alternativa.[293] Los gobernadores civiles nombrados por Pórtela dimitieron simultáneamente, creando así un vacío que era necesario llenar con celeridad.

El general Franco, junto con los generales Fanjul (últimamente subsecretario de Guerra en el ministerio de Gil Robles), Varela (el ex-instructor de los carlistas), Emilio Mola, a quien Gil Robles había dado el mando en Marruecos, Orgaz, y Ponte, decidieron no adoptar de momento ninguna medida contrarrevolucionaria, aunque tanto Fanjul como Goded lo estaban deseando.

Entretanto, el entusiasmo de los partidarios del Frente Popular no tenía límites. Una inmensa multitud se aglomeró ante el ministerio de la Gobernación, en Madrid, gritando: «¡Amnistía!» En Oviedo, los militantes del Frente Popular se adelantaron a los resultados de las elecciones y abrieron las cárceles, en las que se encontraban la mayor parte de los

detenidos a raíz de la revolución de Asturias. También quedaron en libertad algunos delincuentes comunes. El primer acto de Azaña como jefe de gobierno fue la firma de un decreto de amnistía que se extendía a todos los presos políticos. Fueron liberados los socialistas y los dirigentes catalanes de 1934. Companys y sus consejeros salieron de la cárcel, siendo aclamados de nuevo como rectores de su amada ciudad, en medio de unas escenas de entusiasmo nunca vistas en las floridas Ramblas de Barcelona. Luego, el Tribunal de Garantías Constitucionales declaró ilegal la suspensión del Estatuto catalán. Companys formó de nuevo su gobierno igual que en 1934, con la excepción del doctor Dencás, que prudentemente permaneció en el extranjero. Azaña también constituyó su gobierno con representantes de su propio partido, Izquierda Republicana, del partido de Martínez Barrio, Unión Republicana (Martínez Barrio pasó a ser presidente de las Cortes), y de la *Esquerra* de Companys. Amós Salvador, un viejo amigó de Azaña que había financiado la publicación literaria *La pluma* que dirigiera Azaña en 1920, fue nombrado ministro de la Gobernación. Entre las caras conocidas de 1931-1933 se contaban la de Casares Quiroga en el ministerio de Obras Públicas, la de Marcelino Domingo en Instrucción Pública, y la de José Giral en Marina. El general Masquelet, que había sido destituido de su puesto de jefe de Estado Mayor en 1934, fue nombrado ministro de la Guerra. Si se le hubiera pedido, Prieto habría entrado a formar parte del gobierno; pero Largo Caballero se opuso a prolongar aquella colaboración.

Azaña afrontó la perspectiva de su nuevo período de poder con el ánimo deprimido: «Siempre he temido que volviésemos al gobierno en malas condiciones. No pueden ser peores. Una vez más hay que segar el trigo en verde».[294] Para sobrevivir, el gobierno tenía que depender de los socialistas, sus aliados en las elecciones. Así pues, el Frente

Popular se mantuvo, pese a su escasa consistencia. Azaña y sus ministros iniciaron su nueva administración con un llamamiento a la tranquilidad. Mantuvieron el estado de alarma, con censura de prensa. Se nombraron nuevos gobernadores civiles en casi todo el país; la mayoría miembros del partido de Azaña. Muchos oficiales izquierdistas, o en cualquier caso republicanos, fueron destinados a los puestos críticos de las fuerzas de policía nacionales. Los generales Franco y Goded fueron destinados a puestos de mando de poca importancia en las Canarias y las Baleares, respectivamente. El gobierno también empezó a poner en práctica los acuerdos del pacto del Frente Popular.

El Instituto de Reforma Agraria reanudó sus tareas. Se adoptaron medidas que eran consecuencia de los decretos de amnistía. Pero esto significaba que los patronos tenían que readmitir a los hombres que habían despedido después de las huelgas de 1934, y además indemnizarlos por los salarios perdidos. Al mismo tiempo tenían que mantener en sus puestos a quienes los habían reemplazado, o darles una indemnización. El ministro de Educación volvió a los antiguos planes de 1931-1932 para sustituir la enseñanza de las órdenes religiosas por la estatal. En consecuencia bajó la peseta, y los grandes financieros empezaron a sacar su capital fuera del país, e incluso a marcharse ellos mismos.[295] En Asturias y en algunos otros sitios, los propietarios abandonaron la explotación de las minas de carbón; el gobierno se hizo cargo de ellas, mediante una especie de nacionalización provisional, con la intención de traspasarlas a cooperativas de trabajadores al cabo de unos meses.[296] Mientras tanto, tuvo lugar la segunda vuelta de las elecciones: el Frente Nacional estaba en plena confusión, y la victoria final del Frente Popular fue muy destacada. El Tribunal de Garantías Constitucionales, además, falló a favor del Frente Popular en numerosos casos de

impugnación de resultados electorales. La CEDA recusó estos fallos, se hirieron algunas enmiendas, y se aplazaron hasta el mes de mayo cuatro elecciones. Estas disputas constitucionales agriaron aún más las relaciones entre los vencedores y los derrotados.[297]

Pero estas dificultades eran pequeñas comparadas con otras amenazas a la ley y al orden que se estaban produciendo en España. A partir de las elecciones, se extendió por toda la superficie del país un reguero de violencias, asesinatos e incendios provocados. Esto se debía en parte a la euforia de los socialistas y anarquistas al verse libres de la cárcel, o como mínimo, del gobierno de la CEDA y los radicales. También era obra consciente de la Falange, decidida a exacerbar el desorden en España para justificar la implantación de un régimen de «orden». Calvo Sotelo y Goicoechea culpaban de su derrota a la CEDA y al «estúpido apaciguamiento» de 1935. José Antonio Primo de Rivera seguía teniendo una actitud ambigua respecto a la violencia. El 21 de febrero, había enviado una circular a los jefes locales de toda España: «Los jefes cuidarán de que por nadie se adopte actitud alguna de hostilidad hacia el nuevo gobierno ni de solidaridad con las fuerzas derechistas derrotadas [...]. Nuestros militantes desoirán terminantemente todo requerimiento para tomar parte en conspiraciones, proyectos de golpe de Estado o alianzas de fuerzas de orden».[298] Al parecer, durante un tiempo después de las elecciones había deseado llegar a un acuerdo con Prieto. ¿Estaría dispuesto Prieto a convertirse en el jefe de una «Falange socialista» unificada? Pero Prieto, a pesar de que se encontraba aislado en su propio partido, se negó a negociar,[299] aunque, como tantos otros, encontrara personalmente simpático a José Antonio. A partir de entonces, a José Antonio le resultó imposible retener a sus seguidores, ya que éstos creían que se aproximaba su

oportunidad: se contrataron pistoleros, incluidos algunos ex-legionarios de Marruecos,[300] y, después de nuevos ataques de las izquierdas, José Antonio empezó a llegar a la conclusión —sin duda de mala gana— de que sólo un alzamiento militar podía salvar a España. A finales de febrero de 1936, la Falange probablemente no llegaba a los 25.000 miembros, pero esto no alteraba para nada su poder de provocación.[301] Patrullando montados en sus automóviles, armados con ametralladoras, los «señoritos» de la Falange hacían todo lo posible para aumentar el desorden. «El Paraíso —les había dicho temerariamente José Antonio— no es el descanso. El Paraíso está contra el descanso [...]. En el Paraíso se está verticalmente, como los ángeles.» Muy bien, pensaron ellos, entonces, probémoslo. Pronto, los miembros de la JAP y otros jóvenes de derechas empezaron a pasarse a la Falange en tan gran número que a José Antonio le empezó a preocupar la posibilidad de que su movimiento perdiera su identidad.[302]

En cuanto a las izquierdas, nuevamente se echaron a la calle las milicias y otras organizaciones paramilitares fundadas en 1933 ó 1934 y prohibidas (y encarcelados sus miembros) en 1934, creando un clima de intimidación de patronos, huelgas violentas en todo el país y un rápido aumento del miedo a la revolución. La mayoría de los militantes de la FAI y de la CNT seguían manteniéndose al margen del sistema. Continuaban creyendo que con una enciclopedia y una pistola pronto se verían libres de toda traba política. El declinar de la República los llenaba de la misma exuberante satisfacción que a los miembros de la Falange. Se cree que algunos de los pistoleros de ambos grupos llegaron a trabajar en común; especialmente contra los socialistas, que solían llamar a la Falange con desprecio la «FAI-lange».[303] Mientras tanto, un día sí y otro no, destacados políticos peroraban en grandes mítines en plazas

de toros o plazas públicas, y la preocupación política del país se manifestaba en la asombrosa cantidad de personas que asistían a estas reuniones. Las actuaciones de Largo Caballero eran particularmente inflamatorias.

Durante las semanas posteriores a las elecciones de febrero, Largo Caballero se fue entusiasmando progresivamente con la perspectiva de la revolución. En parte le estimulaban lo que a él le parecían perspectivas reales de poder. En parte tenía prisa. Y por último, además, se rindió a los halagos de sus amigos del movimiento juvenil. Éstos le llamaban «el Lenin español».[304] El experimentado negociador sindical se dejó cautivar por este inadecuado nombre. Mientras los votos de su partido mantenían en el poder al gobierno de Azaña, Largo Caballero recorría España formulando declamatorias profecías de que la hora de la revolución estaba cerca, ante muchedumbres que le vitoreaban locamente. La política real de Largo Caballero era, sin duda, más moderada de lo que sugerían sus apocalípticos discursos. Cuando, finalmente, el poder llegó a sus manos en circunstancias muy diferentes —hay que reconocerlo—, Largo Caballero se mostró astuto, práctico, humano y poco imaginativo. Pero esto nadie podía preverlo. Por consiguiente, a partir de marzo de 1936, se planteó claramente la antigua disputa entre el ala del Partido Socialista que seguía a Largo Caballero y la que todavía seguía a Prieto. Prieto, todavía entonces, controlaba la junta directiva del Partido Socialista y el periódico del partido, *El Socialista*. Y Largo Caballero dirigía la UGT, el nuevo periódico *Claridad*, el movimiento juvenil y los socialistas de Madrid. Pero, a pesar de los numerosos y excelentes discursos de su líder, los prietistas estaban a la defensiva. Los caballeristas olían la victoria y esperaban que les vendría de la calle. Los jóvenes socialistas usaban fraseología comunista, despreciaban a Prieto por su reformismo y su

discreta huida a Francia en la época de Asturias, y creían que el futuro era suyo. La marea de «caballerismo» revolucionario subió mucho a principios de 1936, impulsando a los jóvenes socialistas urbanos para que vieran en «la revolución» la única manera de ayudar a los trabajadores agrícolas.[305]

Así pues, mientras las izquierdas estaban esperanzadas y desunidas, las derechas y el resto del centro empezaron a hacer causa común durante la primavera de 1936. Impelidos por el miedo común a que la creciente ola de izquierdismo inundara a la sociedad española, los miembros de la CEDA, los oficiales del ejército, los carlistas, los monárquicos, la media y la alta burguesía, e incluso los seguidores radicales de Lerroux identificaron al gobierno de Azaña con el de Kerensky anterior a la aparición de los bolcheviques, en la Rusia de 1917. Pero el hecho de que todos ellos estuvieran en la oposición mantuvo una alianza que habría sido imposible si hubiesen ganado las elecciones. Tan pronto como el Frente Popular llegó al poder, la mayoría de los que habían sido radicales, o habían votado por los radicales, en 1931 ó 1933, apoyaron tácticamente a las derechas. La CEDA seguía siendo el partido que contaba con más escaños en las Cortes. Pero su fracaso a la hora de conseguir una victoria clara hizo pensar a muchos de sus anteriores votantes que se había malogrado aquel experimento de democracia cristiana. El lugar de Gil Robles como jefe de la clase media española fue ocupado por Calvo Sotelo, hombre de menos escrúpulos, que se convirtió en el principal portavoz de la oposición cuando se volvieron a reunir las Cortes. Gil Robles se daba cuenta de cuál era la postura de Azaña. Pensaba que los socialistas no tardarían en volverse contra él. «No creó que el gobierno vaya a permitir que le desborden, y todos estamos dispuestos a ayudarle para que esto no ocurra», dijo a su consejo nacional en marzo. La CEDA anunció sus

condiciones para «cooperar» con el gobierno: disolución de todas las milicias; un programa de reconstrucción económica que pudieran apoyar las derechas; y el cese de las campañas contra las escuelas católicas. Naturalmente, el y sus seguidores continuarían en las Cortes.[306] Pero entonces las Cortes no parecían ofrecer grandes esperanzas. Un grupo de la CEDA, como mínimo, la derecha valenciana (DRV, Derecha Regional Valenciana), apoyaba abiertamente la idea de una insurrección armada, y el jefe de este grupo era el inestable Luis Lucia, vicepresidente de la CEDA.

La conspiración antirrepublicana, medio monárquica, medio militar, que tenía raíces hacía ya tanto tiempo, volvía a tomar forma. Algunos generales habían pensado en intervenir durante las elecciones. Generales como Fanjul, Ponte, Orgaz, Goded, Barrera y González Carrasco llevaban reuniéndose regularmente desde que Gil Robles había salido del ministerio de la Guerra. Desde enero de 1936, estos generales estaban en contacto con una organización militar derechista llamada Unión Militar Española, una junta de oficiales jóvenes creada en 1933 para «mantener el auténtico patriotismo» dentro del ejército. Los dirigentes de este grupo probablemente eran mejores conspiradores que militares. Sus actividades habían inspirado a un contra-grupo, Unión Militar Republicana Antifascista, creada en 1934 y organizada por un capitán socialista, Díaz Tendero.[307] El «exilio» del general Franco a las Canarias y de Goded a las Baleares se había llevado a efecto con la intención de relegar a lugares inofensivos a los sospechosos de traición a la República, pero, al mismo tiempo, el general Mola, que antes estaba en Marruecos, había sido trasladado a Pamplona, la capital de Navarra y centro del carlismo.

Antes de ocupar sus nuevos puestos, estos generales celebraron una reunión el 8 de marzo en casa de José Delgado, un empresario católico.[308] Decidieron que

apoyarían un alzamiento militar, probablemente dirigido por Sanjurjo, si el presidente entregaba el poder a Largo Caballero, si se disolvía la guardia civil, o si la anarquía dominaba al país. Los generales Varela y Orgaz deseaban un levantamiento inmediato. Pero Mola era más prudente[309] Los generales que se quedaron en Madrid constituyeron un comité organizador. Antes de salir para Canarias, Franco habló con Azaña y le previno claramente contra los peligros del comunismo. Azaña quitó importancia a la idea.[310] El 13 de marzo, Franco coincidió con José Antonio en una reunión en casa de su cuñado, Serrano Súñer, el diputado de la CEDA por Zaragoza, pero no se decidió nada. Franco sugirió a José Antonio que se pusiera en contacto con el coronel Yagüe, de la Legión Extranjera. Pero, al parecer, esto formaba parte de la búsqueda, por parte de José Antonio, de una figura central en torno a la cual unir a España, más que formar parte de una conspiración. Mientras tanto, los carlistas se esforzaban por convencer al general Sanjurjo, que en febrero había visitado Alemania (en apariencia para asistir a los Juegos Olímpicos de invierno). Quería que se le garantizara una fuente de suministro de armas, pero los alemanes no parecieron muy deseosos de comprometerse; todavía esperaban hacer una importante venta de armas al gobierno español.[311] Después de esta momentánea contrariedad, Sanjurjo se aproximó cada vez más a los carlistas: éstos le recordaron que su padre, capitán del ejército de «Carlos VII», había muerto heroicamente en el campo de batalla (sus restos estaban enterrados en Navarra). Recordó a su abuelo, el general Sacanell, que también había luchado en la guerra carlista. Sanjurjo era un sentimental y las continuas visitas que le hicieron en estos meses los jefes carlistas ablandaron su corazón. Un día llegó el dirigente carlista Fal Conde personalmente, con su hijo Pepito vestido de requeté. ¡Cómo lloró el viejo general! Se sintió carlista

hasta la médula de los huesos.[312] Sin embargo, el comité de generales de Madrid estaba haciendo planes por su cuenta, bajo la dirección del general Rodríguez del Barrio. Se hizo un proyecto de golpe de Estado para el 17 de abril. Rodríguez del Barrio, Orgaz y Varela se alzarían en Madrid; Villegas, en Zaragoza; Fanjul, en Burgos; Ponte y Saliquet, en Valladolid; y González Carrasco, en Barcelona. El alzamiento sería «por España», sin un objetivo político específico. Después de la victoria, los generales se ocuparían de «la estructura del régimen, símbolos, etc.»[313] Los conspiradores no sabían si avanzar sobre Madrid desde las provincias, o si concentrarse en Madrid y luego aplastar a las provincias, quizá con la ayuda, en cualquiera de ambos casos, de Mola, Goded y Franco, en Pamplona, Palma de Mallorca y Las Palmas, respectivamente. Sanjurjo sería el comandante en jefe titular.

Mientras los militares por fin empezaban a decidir qué era lo que querían, el gobierno parecía cada vez más incapaz de mantenerse. Además, su libertad de acción estaba limitada porque necesitaba los votos de los socialistas para mantenerse en el poder. De manera que pudo cerrar las oficinas centrales de la Falange en Madrid, el 27 de febrero, pero no podía hacer nada contra la juventud socialista. Y hay que reconocer que varios ministros no tenían la más mínima intención de hacer nada contra ésta. Azaña podía acariciar la idea de un gobierno de centro, pero el Frente Popular, que el dirigía, parecía cada vez más, tanto en Madrid como en las capitales de provincia, el instrumento de la izquierda socialista revolucionaria. Día tras día, mantenían la tensión noticias de un asesinato aquí, un linchamiento frustrado allí, o el incendio de una iglesia, un convento o la redacción de un periódico en alguna capital de provincia. El 15 de marzo (como consecuencia de haber colocado una bomba un falangista en el domicilio de Largo

Caballero después de un ataque contra Jiménez de Asúa), José Antonio fue detenido, nominalmente bajo la acusación de llevar armas sin licencia.[314] Esto dejó sin jefe a su organización, y eliminó su influencia moderadora. Al parecer, antes de su arresto, Azaña mandó llamar a José Antonio y le sugirió que abandonara el país. «No puedo», contestó José Antonio. «Mi madre está enferma.» «Pero su madre murió hace muchos años», replicó Azaña. «Mi madre es España —dicen que repuso José Antonio— y no puedo abandonarla.» Eduardo Aunós, ministro de Trabajo en tiempos de Primo de Rivera, también le propuso que huyera del país. «Ni pensarlo —contestó José Antonio—, la Falange no es un partido de conspiradores al viejo estilo, con sus dirigentes seguros en el extranjero.»

El secretario general del partido, Raimundo Fernández Cuesta, amigo de la infancia y abogado colega de José Antonio, era demasiado débil para sustituir eficazmente al jefe encarcelado. En adelante la Falange recibió sus órdenes de José Antonio desde la Cárcel Modelo de Madrid. Pero la cadena de mando se había roto.

Una semana más tarde, la República recibió un golpe desde la izquierda, semejante al de Casas Viejas. A pesar del nuevo ímpetu dado a la reforma agraria, muchos campesinos sin tierra que habían votado por el Frente Popular consideraban que el ritmo era demasiado lento. El conflicto estalló en los latifundios de Extremadura, región políticamente incandescente desde 1931. La tensión fue exacerbada por las fuertes lluvias del invierno que habían retrasado el trabajo de labranza. El paro agrícola iba en aumento y, durante la campaña electoral e inmediatamente después de la misma, grandes cantidades de parados habían ingresado en la FNTT o en la CNT. A principios de marzo, los campesinos empezaron a ocupar uno o dos grandes latifundios, anticipándose a la reforma agraria, pero

prescindiendo de los planes del Instituto respecto a los pueblos afectados. El nuevo ministro de Agricultura, Mariano Ruiz Funes, profesor de Derecho de profesión, captando el ambiente, trató de acelerar la colonización en Extremadura, utilizando la cláusula de la «utilidad social» de la última Ley de la Tierra del gobierno radical, que se había incluido con propósitos muy diferentes. Esta concesión no bastó. El 25 de marzo, unos 60.000 campesinos, previamente organizados bajo la dirección de la FNTT de la provincia, ocuparon unas 3.000 fincas a las cinco de la mañana, al grito de «¡Viva la República!», y se pusieron a arar. Esta colonización, en un solo día, por parte de un número de campesinos varias veces superior al que se habían instalado desde la aprobación de la Ley de Reforma Agraria, no hizo marcha atrás. Fueron enviadas tropas, pero ya no estábamos en 1917; y fueron retiradas. Después tuvieron lugar otras ocupaciones de tierras —las cifras no son precisas— en la misma región, sin que la justicia tomara cartas en el asunto. La epidemia de ocupaciones acabó al terminar la temporada de aradas de primavera, pero se había trastornado la vida económica de toda una provincia. En Badajoz, por lo menos, ¡había llegado la Libertad! Las tierras afectadas fueron cultivadas en parte colectivamente, y en parte por nuevos propietarios campesinos.[315]

Esta ocupación fue seguida o acompañada en otras provincias por una serie de huelgas rurales por reivindicaciones salariales. Numerosos campesinos decididos se presentaban en las grandes fincas y pedían trabajo con amenazas. Muchos terratenientes se marcharon a las ciudades, así como todos los propietarios menores que podían permitírselo. La gente tenía miedo incluso de acudir a la iglesia, ya que parecía un acto de alineación con la España tradicional. Entre febrero y mayo, hubo una enorme inflación de salarios en el campo, particularmente en el sur.

Mientras tanto, continuaban los asentamientos regulares dirigidos por el Instituto de Reforma Agraria: en marzo se confirmó oficialmente la ocupación de tierras de unos 70.000 colonos, incluidos los de la gran revuelta campesina de Badajoz; la de 20.000 en abril; y la de 5.000 al mes desde entonces hasta julio. Aunque quizá la cifra de 114.000 colonos entre febrero y julio dada por el Instituto fuera excesivamente modesta, y la del ministro, Ruiz Funes, fuera más exacta: éste dijo que el total era de 190.000.[316] En Yeste (Murcia) hubo un serio incidente, en el que varios campesinos fueron muertos brutalmente, aunque de forma accidental. Además de estos problemas, la agricultura propiamente dicha estaba decayendo, la cosecha era escasa, no había crédito agrícola, y los administradores se preguntaban si valía la pena seguir trabajando. A principios de 1936, el terror prevaleció en muchas partes del campo. Éste aumentó con la llamada de la FNTT a sus miembros para que formaran milicias en todos los pueblos para defender las ocupaciones realizadas; en realidad, desde 1934 existían milicias de varias clases, so capa de asociaciones deportivas.[317] A menudo se convocaban huelgas relámpago, salían hombres pidiendo aumento de salarios o reducción de horas, y obtenían ambas cosas de unos terratenientes o unos administradores que estaban demasiado a la defensiva para resistirse. «La mirada de triunfo que podía verse en las caras de los trabajadores a veces era muy sugestiva», recordaba un inglés que estaba en Andalucía.[318]

Los movimientos juveniles de ambos bandos despreciaban el «conformismo» de los dirigentes de sus partidos: la juventud socialista consideraba a Prieto un traidor, y los de la JAP consideraban demasiado viejo a Gil Robles (que aún no tenía cuarenta años). Diversos dirigentes de las juventudes socialistas visitaron Moscú en el mes de marzo y regresaron casi comunistas.[319] Los vendedores de

periódicos, concretamente, organizaban batallas campales sobre sus fardos de periódicos de izquierdas o de derechas. La juventud de ambos bandos se había echado a la calle, y al parecer estaba arrastrando consigo al país, adondequiera que se estuviera dirigiendo. Igual que los primeros fascistas en Italia, escuadrones motorizados de la JAP se introducían en barrios obreros y disparaban contra sus enemigos, que respondían de la misma manera. Lo único que podía hacer Azaña era reflexionar una vez más que la clase obrera española era «materia prima para un artista». El 4 de abril, concedió una entrevista al periodista americano Louis Fischer. «¿Por qué no hace una purga en el ejército?», preguntó Fisher. «¿Por qué?», preguntó Azaña a su vez. «Porque hace algunas semanas había tanques por las calles, y usted estuvo en el ministerio de Gobernación hasta las dos de la mañana. Debía usted temer una revuelta.» «Bulos de café», contestó Azaña. «Pues lo he oído en las Cortes», afirmó Fischer. «Bah, las Cortes no son más que un gran café», replicó Azaña (muchos cafés eran, en realidad, extensiones de las Cortes). Y añadió: «El único español que siempre tiene razón es Azaña. Si todos los españoles fueran azañistas, todo iría bien».[320] Sin embargo, con más exactitud, declaró a otro periodista: «Sol y sombra. Eso es España».[321]

A principios de abril se originó una crisis constitucional sobre la cuestión de la presidencia. La Constitución establecía la posibilidad de deponer a Alcalá Zamora de su puesto presidencial, dado que había disuelto las Cortes en dos ocasiones. Las izquierdas decidieron utilizar esta cláusula de la Constitución, a pesar de que se habían aprovechado de la última disolución. El nuevo gobierno encontraba que el presidente era «un enemigo furioso e inflamado», que parecía ser «un dirigente de la oposición antirrepublicana». Algunos pensaban que un día Alcalá

Zamora podía dar un virtual golpe de Estado disolviendo el Parlamento y formando un gobierno extraparlamentario.[322] Largo Caballero y sus amigos creían que, con Alcalá Zamora, «sobrevivía el espíritu borbónico en el Palacio de Oriente».[323] Además Largo Caballero esperaba eliminar a Alcalá Zamora de la presidencia, para luego eliminar a Azaña efectivamente del gobierno, promoviendo su candidatura presidencial.[324] Cierto que Azaña, entonces, tal vez pidiera a Prieto que formara gobierno. Pero el Partido Socialista podía vetar la idea, y probablemente Prieto se conformaría. Así quedarían «neutralizados» Azaña y Prieto y se formaría un gobierno débil que sería incapaz de resistir a las izquierdas y a las derechas. De esta manera, quedaría abierto el camino para la «revolución». Cuando llegó el caso, Prieto, siempre preocupado por la posibilidad de perder su posición dentro del Partido Socialista, se conformó. Incluso le convencieron para que dirigiera el movimiento que llevaría a la dimisión del presidente. Cuando llegó esta prueba, Alcalá Zamora se encontró sin amigos. Gil Robles y la CEDA no podían votar por él después de lo mucho que había intrigado para tenerlos alejados del poder. Los monárquicos le odiaban como a un traidor al rey. De manera que se fue, sin que nadie lo lamentara, odiando a sus antiguos compañeros y sin que éstos le perdonaran nunca.[325]

Azaña resultó ser el único posible candidato a la presidencia que estaban dispuestas a votar las izquierdas. Las cosas parecían estar yendo tal como esperaban Largo Caballero, Araquistain y Álvarez del Vayo. Ahora, tanto ellos como sus jóvenes partidarios «tenían absoluta fe en su capacidad para ocupar violentamente, pero rápida y victoriosamente, el poder gubernamental».[326] A pesar de todo, aunque la violencia era segura, la victoria no lo era tanto, y los acontecimientos de abril deberían habérselo

demostrado.

El 15 de abril, lanzaron una bomba a la tribuna presidencial durante el desfile que se celebraba en el paseo de la Castellana en honor del cuarto aniversario de la República. Los guardias de asalto mataron al teniente de la guardia civil Anastasio de los Reyes, al parecer porque se creyó que había apuntado a Azaña con su revólver. El entierro de este oficial, el día 17, ocasionó una manifestación. El féretro fue acompañado al cementerio del Este por la mayor parte de los falangistas de Madrid que todavía estaban en libertad, a los gritos de «¡España, una, grande y libre!» Miembros entusiastas de las juventudes socialistas cantaron la *Internacional*, saludando puño en alto y rociando de balas el cortejo. En el mismo cementerio, tuvo lugar una auténtica batalla entre falangistas y guardias de asalto. En el curso del día murieron alrededor de una docena de personas; entre ellas, Andrés Sáenz de Heredia, primo carnal de José Antonio. Esta escaramuza pareció indicar que la guerra civil casi había comenzado. Desde luego, la guerra de rumores era incontrolable. Las derechas alegaban que había llegado a Sevilla, para iniciar una revolución, Bela Kun, el comunista húngaro que se consideraba en el mundo occidental como una mezcla de Robespierre y Lenin. Pero probablemente se trataba sólo del periodista Ilya Ehrenburg.

Aunque las circunstancias parecían prometedoras, el plan para el alzamiento militar en abril se vino abajo. Todo dependía del general Rodríguez del Barrio, inspector general del ejército, que era el encargado de la sublevación de las guarniciones en Madrid. El general Varela tenía que arrestar al ministro de la Guerra, general Masquelet, y hacerse cargo del ejército. Pero Rodríguez del Barrio se estaba muriendo de cáncer de estómago. En el último momento, en parte debido a su salud, en parte debido al miedo de los oficiales de Barcelona, pospuso la acción. El general Orgaz esperó en

vano la señal en la complaciente embajada italiana. Si se hubiera producido un alzamiento en abril, probablemente habría fracasado, porque ni los carlistas ni la Falange estaban preparados para actuar.

El fracaso de este intento hizo que los militares rebeldes acordaran que el general Mola, en Pamplona, se convirtiera en «el director» de toda la conspiración.[327]

Emilio Mola era un militar valiente, imaginativo, tortuoso, con cierta inclinación por la literatura, cuyo rostro ascético, subrayado por unas gafas, le hacía parecer más un «secretario papal que un general».[328] Provenía de una familia de militares que habían defendido activamente los intereses liberales en el siglo XIX. Nacido en Cuba, de servicio en Marruecos con las tropas nativas de los Regulares desde su formación, valiente en la defensa de Dar Akobba, Mola había sido director general de Seguridad en los momentos de la caída de la Monarquía, y como tal se había ganado la especial enemistad de los intelectuales republicanos: «Fusilad a Mola» había sido un grito popular entre los alborotadores de 1930-1931. En consecuencia, se había quedado sin empleo durante el primer gobierno de Azaña, aunque sus memorias se habían leído mucho. Hasta 1936 no se había adherido a las conspiraciones contra la República. Aunque, si observamos su actuación en tal momento, parece como si las conspiraciones fueran lo suyo.

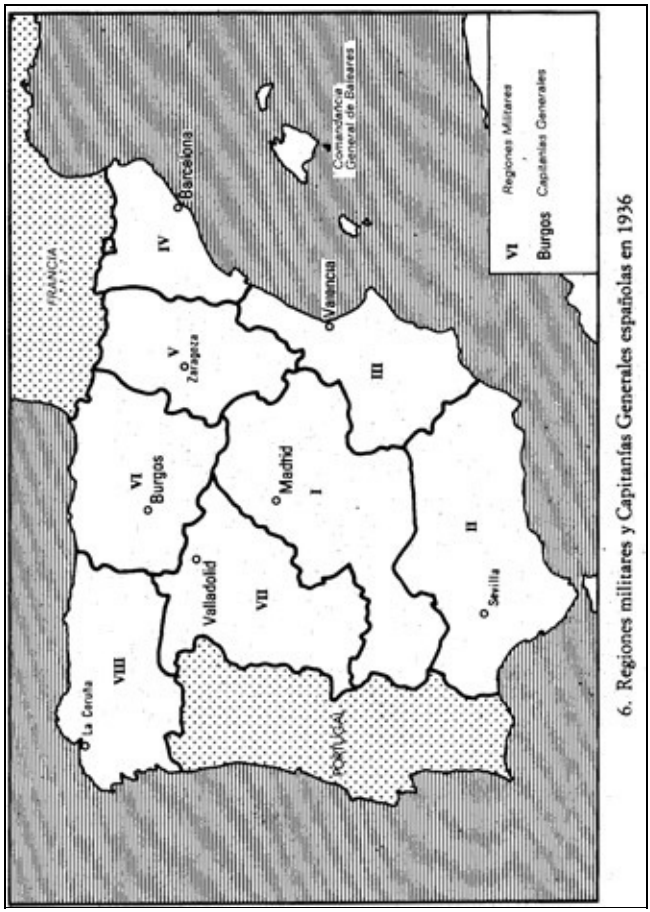
Sus planes pronto quedaron claros. En las principales ciudades de España, en las islas Baleares y Canarias, y en el Marruecos español, se establecerían dos ramas de la conspiración, una civil y la otra militar. A diferencia de algunos, Mola se daba cuenta de que la época de los pronunciamientos al viejo estilo ya había pasado: era necesario el apoyo civil. La finalidad del movimiento, declaró Mola, era establecer «el orden, la paz y la justicia». Pero era obvio que el gobierno previsto para después sería

más duro y más duradero que el directorio de Primo de Rivera: Mola no preveía un mero «breve paréntesis» en la vida constitucional de España, como había hecho Primo de Rivera en su primer pronunciamiento. Todo el mundo podía tomar parte en el alzamiento (en algunos aspectos, la circular parecía un prospecto de alguna casa comercial) «excepto aquellos que reciben su inspiración del extranjero, socialistas, masones, anarquistas, comunistas, etc.». Los representantes provinciales recibieron instrucciones de elaborar planes detallados para apoderarse de los edificios públicos de sus localidades, particularmente de las líneas de comunicación, y preparar una declaración de estado de guerra. El general Sanjurjo vendría en avión desde Portugal y se convertiría en el presidente de la junta militar «que dictaría inmediatamente las leyes del país». En algunos sitios —como en Sevilla— la Falange recibió una parte importante en el alzamiento, pero en ninguna parte se mencionaban las finalidades políticas de este partido. En el primer plan de Mola figuraba la siguiente disposición: «Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta, para reducir lo antes posible a un enemigo fuerte y bien organizado. Desde luego, serán encarcelados todos los directivos de partidos políticos, sociedades o sindicatos desafectos al movimiento, aplicándose castigos ejemplares a dichos individuos para estrangular los movimientos de rebeldía o huelgas».[329]

El documento iba firmado por «el Director», es decir, Mola. Esta conspiración fue organizada por una minoría de militares que contaban con que el patriotismo haría sumarse a otros, si se escogía bien la ocasión para actuar: no muchos oficiales eran falangistas, y pocos eran ni siquiera monárquicos, aunque algunos de los que en 1936 ostentaban el mando en los sitios críticos fueron los primeros, y cada día se adherían más. Pero muchos oficiales retirados

estuvieron encantados de participar. Quizá sus mujeres les incitaban: «¿Ustedes toleran esto? ¿Qué hace el ejército? ¿Cuándo se lanza?».[330] Durante el curso de la primavera, el continuo desorden molestó cada vez más a muchos militares. Entretanto, en Madrid, murió el general Rodríguez del Barrio, como era de esperar. El general Varela fue encarcelado en Cádiz, y Orgaz fue exiliado a Canarias. El gobierno se había enterado de sus actividades del mes de abril.

Los carlistas estaban muy ocupados en Lisboa intentando definir, con Sanjurjo, cómo sería la España futura después de la revolución. Fal Conde quería la disolución de todos los partidos políticos, y el establecimiento de un gobierno de sólo tres hombres: Sanjurjo como presidente y encargado de la defensa, un ministro de Educación y un ministro de Industria.[331] Mientras tanto, durante la primavera, empezaron las negociaciones entre los conspiradores y los nacionalistas vascos: Mola y los monárquicos intentaron hacerles romper su alianza con las izquierdas, e incluso les proporcionaron algunas armas.[332] Continuaba la búsqueda de posibles líderes del alzamiento. Los mensajeros de Mola (muchachas de la clase alta o militares vestidos de paisano) recorrieron paciente y secretamente, en tren o en automóvil, los cuarteles generales de las ocho comandancias militares que tenía el ejército español en la península, llegando también a las comandancias menores de las Baleares y las Canarias, a las tres brigadas de montaña y a los tres inspectores generales: se asignaron nombres, fechas y tareas una y otra vez.



6. Regiones militares y Capitanías Generales españolas en 1936

Por entonces, cada una de las ocho regiones militares de España tenía, sobre el papel, una división, y cada división tenía dos brigadas. Generalmente, la segunda brigada tenía menos hombres, porque unos estaban de permiso o porque los reclutas habían comprado sus permisos. Por lo tanto, en caso de alzamiento, el hombre importante era el que mandara la primera brigada de cada división. Su cuartel general estaba en la misma ciudad que el del comandante de la división regional y el de la otra brigada estaba en una ciudad menor; por ejemplo, la brigada de Mola estaba en Pamplona, y era la segunda brigada de la 6ª División, cuyo cuartel general estaba en Burgos. Cada brigada tenía cuatro

regimientos, el primero de los cuales estaba acuartelado en el cuartel general de la división; los otros tres regimientos estaban esparcidos en otras ciudades, en unidades que a veces consistían sólo en una sección.

El gobierno de Azaña se había asegurado —al menos así lo creía— de que todos los componentes de la división fueran republicanos; y de hecho, sólo el general Cabanellas, en Zaragoza, al mando de la 5ª división, formaba parte de los planes de Mola. Los demás eran hostiles. El plan de Mola era que estas divisiones hostiles y las demás unidades dependientes de ellas fueran controladas por otros generales o coroneles que estuvieran destinados en la ciudad de que se tratara, o enviados allí especialmente.

Naturalmente, los agentes de Mola también fueron al cuartel general del ejército en África, donde la Legión Extranjera y las tropas nativas estaban dispuestas para la acción. Pero el nombre de Mola no era mágico. Muchos jefes se mostraban reacios a comprometerse. ¿Qué iba a hacer Goded?, preguntaban. ¿Y Franco? Seguía pareciendo que los generales de Madrid, la UME y los carlistas tiraban en diferentes direcciones. «Las niñas, regular, las encargadas, pésimas», telegrafió desde Andalucía a Pamplona en abril uno de los representantes de Mola, indicando la falta de preparación de los oficiales mayores y la buena disposición de los más jóvenes para conspirar.[333] ¿Y qué pasaba con la Falange? José Antonio seguía advirtiendo desde la cárcel: «No nos convertiremos en la vanguardia, ni en las tropas de choque, ni en el insustituible aliado de ningún confuso movimiento reaccionario».[334] Valientes palabras, que pueden expresar la opinión real de los viejos falangistas que estaban luchando en las calles desde que Ledesma lanzara *La conquista del Estado* en 1931. Pero, ahora, la suerte estaba echada. Evidentemente, la Falange no podía quedarse al margen de un alzamiento militar.

El 1 de mayo, se celebraron en toda España los tradicionales desfiles de trabajadores. En la mayoría de las ciudades estuvieron acompañados por una huelga general convocada por la CNT. Las juventudes socialistas, ahora virtualmente comunistizadas, desfilaron a lo largo de las avenidas de las grandes ciudades con aire seguro y amenazador, como si fueran el embrión de un ejército rojo. (El 25 de abril, *Claridad* pedía a todos los pueblos que formaran una milicia de cien hombres.) Saludaban con el puño en alto al son de la *Internacional*, o de alguna de las canciones compuestas durante la revolución de Asturias; o quizá de *Primero de mayo* o *La joven guardia*. En Madrid, por la Castellana, llevaron como estandartes grandes retratos de Largo Caballero, Stalin y Lenin, ante el fascinado horror de la burguesía representante de la España de Carlos V, que contemplaba el espectáculo desde sus elegantes balcones. Desde luego, aquello no podía seguir así. Prieto aprovechó la oportunidad, en un importante discurso que pronunció en una elección parcial, en Cuenca, para señalar que «lo que no puede soportar un país es la sangría constante del desorden público sin una finalidad revolucionaria inmediata». Arguyó inteligentemente que aquellos excesos sólo conseguían hacer las cosas más fáciles para el fascismo; y habló del general Franco diciendo que era un hombre con el talento y la juventud suficientes para dirigir una rebelión militar.[335] Pero sus oyentes no deseaban oír palabras prudentes. En un tumultuoso mitin celebrado en Écija, Prieto fue amenazado físicamente por las juventudes socialistas y otros caballeristas.[336] Finalmente se decidieron las elecciones en las provincias disputadas (Cuenca y Granada). En Granada ganaron los trece candidatos del Frente Popular; en Cuenca fueron elegidos tres del Frente Popular, un centrista, uno de la CEDA, y un agrario; la candidatura de José Antonio allí fue descalificada por razones dudosas, y la candidatura del

general Franco, que se había propuesto, fue retirada. En ambas elecciones, puede que la intimidación de los provocadores izquierdistas influyera en el resultado.[337] Cuatro días más tarde, José Antonio (que siempre había tenido afecto a Sanjurjo) escribió desde la cárcel una carta abierta a los militares españoles pidiéndoles que pusieran fin a todos los ataques que se estaban dirigiendo contra «la sagrada identidad y unidad de España». «A última hora —añadía—, ha dicho Spengler, siempre ha sido un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización.»[338] Estaban lejos los días en que José Antonio decía que los militares eran inútiles, que todos tenían corazón de gallina, y que el más cobarde de todos era Franco.[339] A pesar de todo, la Falange todavía no era, en realidad, parte integrante de la conspiración militar, cuyos detalles ignoraba por completo.

El 10 de mayo, finalmente Azaña fue elegido presidente de la República en vez de Alcalá Zamora, por 238 votos contra 5, en la elección que se celebró en el Palacio del Retiro. En los pasillos se produjo una pelea entre Araquistain, que todavía apoyaba a Largo Caballero, y Julián Zugazagoitia, director de *El Socialista*, que apoyaba a Prieto. (La CEDA y los partidos de derechas no habían presentado ningún candidato, y se abstuvieron de votar.) A los pocos días. Casares Quiroga se convirtió en jefe de un gobierno muy parecido al que había presidido Azaña.[340] El mordaz Casares tenía fama de fuerte, pero ésta le venía de su época de ministro de la Gobernación, en 1933, y era injustificada: Azaña le recordaba en los momentos de Casas Viejas sentado en su cama, muy nervioso, e incapaz de vestirse. Ahora Casares Quiroga estaba enfermo de tuberculosis. Antes de ofrecerle la jefatura del gobierno, Azaña se dirigió a Prieto, que tuvo que negarse porque, como era de esperar, su grupo parlamentario socialista votó contra la participación en el gobierno (por 49 votos contra 19). La

esperanza de Azaña era lograr una gran coalición de hombres de centro que, si se hubiera conseguido, podía haber salvado al país de la guerra. Pero no insistió en la idea todo lo que habría podido, y quizás el proyecto debe más a la visión *a posteriori* de los historiadores que a sus posibilidades prácticas. Sin embargo, Giménez Fernández permaneció en contacto con Prieto en nombre de la CEDA. Pero estas ideas siempre tropezaban con la misma piedra de principios de mayo: la hostilidad de Largo Caballero, y el control que Largo Caballero ejercía sobre su partido.

El 21 de mayo, los socialistas de Madrid acordaron proponerse los objetivos siguientes: «Primero, la conquista del poder por la clase trabajadora por todos los medios posibles. Segundo, la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva social y común. En el período de transición, la forma de gobierno será la dictadura del proletariado». El 24 de mayo, Largo Caballero pronunció un gran discurso en Cádiz: «Cuando el Frente Popular se derrumbe —anunció—, como se derrumbará sin duda, el triunfo del proletariado será indiscutible. Entonces implantaremos la dictadura del proletariado, lo que no quiere decir la represión del proletariado, sino de las clases capitalistas y burguesas».[341] Besteiro dijo a un periódico francés que en España las condiciones eran muy diferentes de las de Rusia en 1917, y que por eso el país no podía dirigirse hacia el comunismo. El periódico comunista *Mundo Obrero* se burló de su insuficiente marxismo.[342] Aunque ahora había mucha violencia real, los excesos verbales de ambos bandos durante estos meses explican en gran medida por qué las cosas fueron de mal en peor. ¿Esperaba Largo Caballero provocar, con sus discursos, un alzamiento militar de signo derechista cuya derrota le permitiría tomar el poder? De hecho, es difícil creer que Largo Caballero supiera realmente adonde iba a llevarle su retórica. ¿Lo sabían los

comunistas?[342b]. Sus dirigentes seguían siendo modestos, e indudablemente el «instructor» del Komintern, Vittorio Codovila, insistía más que nunca en seguir las instrucciones de Moscú: para el debió de ser una situación difícil encontrar verdaderas posibilidades revolucionarias surgiendo en España en el momento preciso en que Stalin deseaba un máximo de cooperación con los demócratas.

En mayo, los anarquistas hicieron su Contribución a los debates sobre el futuro de España en su congreso anual, celebrado en Zaragoza. En él se resolvió la controversia entre los treintistas y la FAI, que duraba desde hacía cinco años, reincorporándose aquéllos al movimiento, pero la táctica más practicada siguió siendo la de la FAI, encaminada a la realización parcial del «comunismo libertario» mediante actuaciones relámpago de anarquistas muy entregados en diferentes pueblos». El congreso exigió la continuación de estas huelgas, pero también sugirió que se hicieran nuevos esfuerzos para llegar a una alianza con la UGT, y pidió la semana de trabajo de 36 horas, un mes de vacaciones pagadas y mayores salarios. En cambio, nadie dio muestras de darse cuenta de que había un peligro de fascismo; y, por consiguiente, no hubo ningún acuerdo sobre el armamento de milicias, y mucho menos sobre la organización de un ejército revolucionario, como sugirió Juan García Oliver. Durruti se opuso a esta idea alegando que un ejército revolucionario sofocaría la revolución.[343] Hubo grandes derroches de idealismo, pero esta actitud tan ciega ante la probabilidad de una sublevación militar provocó la dimisión del secretario de la CNT, Horacio Prieto.

Un documento de la conferencia, preparado por el doctor riojano de la FAI Isaac Puente, autor de un estudio muy influyente, *El comunismo libertario*, describió lo que esperaban la mayoría de los anarquistas:

«Terminado el aspecto violento de la revolución, se declararán abolidos: la propiedad privada, el Estado, el principio de autoridad y, por consiguiente, las clases que dividen a los hombres en explotadores y explotados, oprimidos y opresores. Socializada la riqueza, las organizaciones de los productores, ya libres, se encargarán de la administración directa de la producción y del consumo. Establecida en cada localidad la Comuna Libertaria, pondremos en marcha el nuevo mecanismo social. Los productores [...] determinarán libremente la forma en que [el trabajo] ha de ser organizado. La Comuna Libre se incautará de cuanto antes detentaba la burguesía, tal como víveres, ropas, calzados, materias primas, herramientas de trabajo, etc. Estos útiles de trabajo y materias primas deberán pasar a poder de los productores para que éstos los administren directamente en beneficio de la colectividad. En primer término las Comunas cuidarán de alojar con el máximo de comodidades a todos los habitantes de cada localidad, asegurando asistencia a los enfermos y educación a los niños [...]. Todos los hombres se aprestarán a cumplir el deber voluntario —que se convertirá en verdadero derecho cuando el hombre trabaje libre de prestar su concurso a la colectividad, en relación con sus fuerzas y sus capacidades, y la Comuna cumplirá la obligación de cubrir sus necesidades [...]. Todos los cargos no tendrán ningún carácter ejecutivo ni burocrático. Aparte de los que desempeñen funciones técnicas [...], los demás cumplirán asimismo su misión de productores, reuniéndose en sesiones al terminar la jornada de trabajo para discutir las cuestiones de detalle que no necesiten el refrendo de las asambleas comunales.»

La base de la sociedad serían las comunas autónomas, aunque «el derecho de autonomía no excluirá el deber de cumplir los acuerdos de conveniencia colectiva [...]». Un

grupo de pueblos pequeños podría estar unido en una sola comuna. Las asociaciones de productores industriales y agrícolas de cada comuna se federarían nacionalmente, y efectuarían intercambios de bienes. En cuanto a la familia, la revolución no actuaría violentamente contra ella en principio. Pero desaparecería el trato diferente para las mujeres, tanto en lo social como en lo profesional: «El Comunismo Libertario proclama el amor libre, sin más regulación que la voluntad del hombre y de la mujer, garantizando a los hijos la salvaguardia de la colectividad [...]. Asimismo, por medio de una buena educación sexual, empezada en la escuela, tenderá a la selección de la especie, de acuerdo con las finalidades de la eugenesia, de manera que las parejas humanas procreen conscientemente, pensando en producir hijos sanos y hermosos». (Quizá se ha ignorado este aspecto del programa anarquista.) Los anarquistas también tenían un programa para el amor: «Sobre los problemas de índole moral que puede plantear el amor en la sociedad comunista libertaria [...], la comunidad y la libertad no tienen más que dos caminos [...] la ausencia. Para muchas enfermedades, se recomienda el cambio de agua y de aire. Para la enfermedad del amor [...] habrá de recomendarse el cambio de comuna [...]. La religión, manifestación puramente subjetiva del ser humano, será reconocida en cuanto permanezca relegada al sagrario de la conciencia individual, pero en ningún caso podrá ser considerada como forma de ostentación pública ni de coacción moral ni intelectual» (de manera que se cerrarían todas las iglesias).

El analfabetismo sería combatido enérgica y sistemáticamente. Se restituiría la cultura «a los que fueron desposeídos de ella [...]» (por el capitalismo: al utilizar la palabra «desposeer» se suponía claramente que, en la edad de oro del remoto pasado, las cosas habían sido mejores que

en 1936). Se instauraría una federación nacional de la enseñanza cuya misión específica sería educar a la Humanidad nueva para ser libre, científica e igualitaria. Además: «[…] Quedará definitivamente excluido todo sistema de sanciones y recompensas […]. El cine, la radio, las misiones pedagógicas […] serán excelentes y eficaces auxiliares para una rápida transformación intelectual y moral de las generaciones presentes […] y el acceso a las artes y a las tiendas será libre».

No habría distinciones entre trabajadores intelectuales y manuales, «puesto que todos serán manuales e intelectuales a la vez».

«Como la evolución es una línea continua —concluía el programa—, aunque algunas veces no sea recta, el individuo siempre tendrá aspiraciones, ganas de gozar más, de superar a sus padres, de superar a sus semejantes, de superarse a sí mismo. Todas estas ansias de superación, de creación (artística, científica, literaria), de experimentación […,] una sociedad libre […] las alentará y las cultivará […]. Se destinarán días al recreo general […]. Asimismo se dedicarán horas diarias a las exposiciones, a las funciones teatrales, al cinema, a las conferencias culturales […][344]

Los comunistas, los socialistas y los republicanos de izquierdas acogieron estas aspiraciones con su desdén habitual: podía ser útil tener a los anarquistas al mismo lado de las barricadas que ellos, pero no tenerlos en una mesa de comité. Sin embargo, estas ideas no tardarían en ser llevadas a la práctica en miles de pueblos y ciudades.

Entretanto, el 25 de mayo, el general Mola dio un plan estratégico detallado.[345] El 27 de mayo, José Antonio inició una correspondencia con Mola, mediante una carta que llevó a Pamplona su pasante, Rafael Garcerán. Todavía no prometía un apoyo total, pero hablaba de condiciones, afirmando que 4.000 falangistas podrían prestar su ayuda al

principio del alzamiento.[346] El 30 de mayo, Sanjurjo dio a Mola su conformidad para que actuara como coordinador de la conspiración, dando por supuesto que él, Sanjurjo, el símbolo de la victoria, sería la cabeza del nuevo gobierno, y que los carlistas tendrían parte en él.[347] El 3 de junio, Mola tuvo su primera conversación con una personalidad carlista, José Luís Oriol.[348] Aquel mismo día, el director general de Seguridad, en Madrid, Alonso Mallol, que sabía perfectamente bien lo que se preparaba, fue a Pamplona para tratar de sorprender a Mola con las manos en la masa; Mola, advertido por su amigo Santiago Martín Bagüeñas, jefe de policía de la capital, pudo ocultar todos los indicios de conspiración que podían perjudicarle.[349] Entretanto, un anciano coronel, Valentín Galarza, se convirtió en jefe de estado mayor de la conspiración, y se encargó de mantener el contacto entre sus dirigentes. El 5 de junio, día en que José Antonio fue trasladado de Madrid a la cárcel de Alicante, Mola distribuyó un documento político en el que decía que, tras el buen éxito del alzamiento, vendría un «directorio» compuesto por un presidente y otros cuatro miembros. Todos ellos serían militares. Tendrían poder para promulgar leyes. Éstas serían ratificadas posteriormente por una asamblea constituyente, elegida «por sufragio de la manera que se considerara más adecuada». Las Cortes y la Constitución de 1931 serían suspendidas. Se abolirían las leyes que no estuvieran de acuerdo con el «nuevo sistema orgánico», y las personas que recibieran «inspiración del extranjero» quedarían fuera de la legalidad. Pero los carlistas no aceptaron el programa, a pesar de una entrevista de seis horas entre Mola y Fal Conde en el monasterio navarro de Irache el 16 de junio.[350a]

Entretanto, la ideología afectaba incluso a la temporada de toros. En Aranjuez, por ejemplo, los dos alguacilillos galoparon por el ruedo con el puño en alto. Se ocasionó un

tumulto. Como protesta, se arrojaron al ruedo toda clase de objetos: almohadillas, sombreros y botellas.

La salida del primer toro tuvo que retrasarse tres cuartos de hora mientras se despejaba el ruedo.[350] En Málaga se produjeron reyertas entre la CNT y la UGT, con algunos muertos, y en Barcelona fue asesinado misteriosamente el gerente inglés de una fábrica de encajes.

Para entonces, al parecer José Antonio había aceptado la idea de que era inevitable un alzamiento militar y de que la Falange había de tomar parte en él. Pero lo había hecho no tanto por convicción como porque creía que la Falange sería aplastada si no tomaba partido activamente por la organización de Mola: en el último número de la publicación falangista clandestina *No importa* , escribió: «Atención a la derecha. Advertencia a los madrugadores: la Falange no es una fuerza conservadora». Poco después, puso en guardia contra el error de «creer que los males de España responden a simples desarreglos de orden interior y desembocan en la entrega del poder a los [...] charlatanes faltos de toda conciencia histórica, de toda auténtica formación».[351] Calvo Sotelo tenía menos reservas. A pesar de que en el programa de Mola no se hacían concesiones a la monarquía, dijo al general que sólo deseaba saber la hora y el día para ser un soldado más a las órdenes del ejército.[352] Gil Robles no formaba parte de la conspiración, pero conocía su existencia, y más tarde los conspiradores utilizaron algunos de los fondos de la CEDA.[353] Para entonces, se había convencido de que el desorden continuo formaba parte de un plan para provocar el colapso económico como justificación para la revolución.

Su familia ya estaba en San Juan de Luz, en Francia, y él comprendió que su hora había pasado. Existe alguna evidencia de que le habría gustado participar más directamente en la conspiración, pero los generales no se lo

habían permitido.[354] Sin embargo, sus seguidores no sólo le estaban abandonando para pasarse a la Falange, algunos incluso se estaban pasando a Calvo Sotelo.

12

La economía durante la República. — Las revoluciones del pasado y las vísperas del desastre.

Los años 1929-1932 fueron el período de la depresión mundial; una mala época para que cualquier gobierno se hiciera cargo del poder. Si no hubiera sido por la depresión, tal vez Primo de Rivera no habría caído en España. Pero sus sucesores actuaron como si no comprendieran la índole de la crisis económica, aunque ellos mismos habían llegado al poder en parte gracias a ella. Azaña y sus ministros se comportaron como si creyeran que estaban tratando primariamente con problemas constitucionales o culturales. Ni siquiera los ministros socialistas (entre 1931 y 1933, Prieto y Largo Caballero fueron ministros de Hacienda y de Trabajo) parecieron comprender la necesidad de la dirección de la economía, en una crisis financiera mundial tan importante. Los españoles ricos y la comunidad financiera internacional, para empezar, eran hostiles a la República, en parte porque los ministros eran inexpertos, en parte porque su política inspiraba dudas, y en parte porque nadie tenía dinero con el que correr riesgos. La llegada de Prieto al ministerio de Hacienda provocó, en primer lugar, la retirada de un préstamo de J.P. Morgan, negociado por su inmediato predecesor en el gobierno de la Monarquía, Juan Ventosa. Las quemas de iglesias en mayo de 1931 retrasaron la reapertura de negociaciones a ese respecto. A lo largo de

1931 hubo un debilitamiento de la peseta y una evasión sustancial de dinero. Más tarde, Indalecio Prieto hizo lo que pudo para proteger la peseta, negociando con Rusia para comprar petróleo a un precio inferior en un 18 por ciento al que ofrecían las compañías inglesas y norteamericanas, e insistiendo en las autorizaciones para la importación de equipo extranjero.[355]

No obstante, a lo largo de 1931, Prieto, como si fuera un ortodoxo director del Banco de Inglaterra, se dedicó a intentar estabilizar la peseta. Su sucesor, todavía más ortodoxo, en el ministerio de Hacienda, Jaime Carnet, hizo lo mismo. Aunque impidieron que la cotización internacional de la peseta bajara más rápidamente que antes: la consecuencia fue que, así como el valor internacional de la peseta descendió un 25% entre 1929 y 1931, en 1932 sólo había descendido un 10% más, y a partir de entonces se mantuvo estable hasta 1936. Puede argüirse que, si no hubiera sido por la constante incertidumbre política, el número de huelgas, y las amenazas de revolución de las derechas y las izquierdas, la peseta habría aumentado de valor en 1934. En todo caso, no puede decirse que las conspiraciones financieras derechistas o internacionales tuvieran la culpa de la caída de la República, por muchas cosas que hiciera Juan March con su dinero.[356]

En aquellos años la industria funcionó a un nivel bajo por razones en gran medida fuera del control de España. Las cifras son desalentadoras: tomando 1929 como base, igual a 100, el índice de producción industrial estaba por debajo del de 1935; después de las elecciones de 1936, en marzo, el índice bajó a 77. El índice de las cotizaciones de Bolsa era todavía más sombrío. Tomando otra vez la base de 1929, las cotizaciones habían bajado a 63 en 1935.[357] El sector más afectado por la depresión de la economía española fue el minero: y no tanto el del carbón como el de otros minerales.

Indudablemente la producción de carbón disminuyó, aunque sólo moderadamente, pasando de 7 millones de toneladas en 1931 a algo menos de 6 millones en 1934, para volver a los 7 millones en 1935. Sin embargo el carbón español no podía competir con los precios ingleses y para que no se resintieran las exportaciones de agrios, había que importar regularmente algo de carbón inglés para equilibrar el comercio. En cambio, la explotación de las minas de manganeso se redujo casi a la nada en 1935; la producción de piritas, potasio y lingotes de hierro descendió más de un tercio entre 1930 y 1935; la de plomo, zinc, plata, tungsteno y cobre, más de la mitad; y la de mineral de hierro, una cuarta parte. La producción de acero descendió fuertemente, de un millón de toneladas en 1929 a 580.000 en 1935, no sólo debido a las circunstancias mundiales, sino a que la República necesitaba menos acero que Primo de Rivera: no había ninguna guerra de Marruecos, y la República, igual que todos los gobiernos de los años 30, creía en la expansión de las carreteras, y no en la ferroviaria. Sin embargo, en algunos sectores no fueron mal las cosas durante la República. La producción de energía eléctrica, al aumentar el número de plantas hidroeléctricas, aumentó en casi un 50% entre 1926 y 1936. Lo mismo ocurrió con la construcción. En realidad, la mayoría de países (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Alemania) tuvieron problemas peores que España durante la depresión. Así, mientras el índice de producción industrial de España había descendido más del 10%, la producción de Alemania y Estados Unidos descendió casi el 50% en 1932.

El que reaccionó mejor, de los ministros, frente a estas dificultades fue Prieto, quien, cuando pasó del ministerio de Hacienda al de Obras Públicas, dedicó mucho tiempo y muchas inversiones a la construcción de pantanos, a hacer proyectos de riego y repoblación forestal, y a fomentar la

agricultura y la energía hidroeléctrica. Electrificó algunos trenes, comenzó la construcción de terminales centrales de metro en Barcelona y Madrid, terminó el proyecto del túnel del Guadarrama que había iniciado Primo de Rivera, y construyó muchas carreteras, comprendiendo que la España del futuro dependería cada vez más de los camiones para el transporte comercial. Es fácil imaginar la importancia que habrían tenido proyectos de esta índole si él hubiera dirigido un gobierno de centro.

Las cifras agrícolas eran mucho más alentadoras. La producción de trigo, maíz y arroz o bien se mantuvo en su nivel anterior, o mostró un avance. La pesca efectuada en las costas españolas aumentó en un tercio.[358] El área dedicada a la producción de naranjas entre 1931 y 1936 fue casi el 50% más que la de 1926, y las exportaciones de naranjas también alcanzaron una cifra récord en los años de la República, llegando a constituir más del 20% de las exportaciones españolas (principalmente a Inglaterra).[359] (El aumento se debió principalmente a la reducción de otras exportaciones, tales como el vino y el aceite de oliva.) A pesar de todo, como era de esperar, las cifras totales de exportación mediados los años 30 llegaban sólo a una cuarta parte de los niveles obtenidos en 1930.

Estas cifras se han de considerar teniendo en cuenta el constante aumento de la población —casi un 1% anual—, o sea que las condiciones eran peores para una población mayor.[360] Además, en los años 30 volvieron 100.000 trabajadores emigrantes, principalmente procedentes de Cuba o Sudamérica, y era imposible una emigración ulterior.[361]

Por lo tanto, la economía de España se caracterizaba por un suave declive en la producción industrial, un fuerte declive en la minera, un mantenimiento o un ligero aumento de la producción agrícola y un aumento de población. Los

precios se mantuvieron bastante constantes: la comida era barata en relación con la vivienda y la ropa también. Pero las circunstancias políticas, naturalmente, dominaban las consecuencias. Entre 1931 y 1933, por ejemplo, subieron los sueldos a consecuencia de las medidas de Largo Caballero y de una ola fenomenal de huelgas ante las cuales los patronos vieron que no tenían más alternativa que la de pagar, por razones políticas.[362] El resultado fueron despidos, cierres de fábricas con el consiguiente aumento del paro: en realidad, el paro aumentó mucho durante la República. No es fácil determinar las cifras, pero si, como parece probable, había 400.000 parados en diciembre de 1931, después de nueve meses de República, probablemente había ya 600.000 en diciembre de 1933.[363]

La situación cambió algo durante el bienio negro, los dos años de gobierno centralista radical y de la CEDA entre finales de 1933 y principios de 1936. Entonces los patronos no tenían inquietud política y podían negarse a las reivindicaciones salariales. Contaban con la policía, la guardia civil y el ejército, y los trabajadores lo sabían. De manera que, no sólo no aumentaron los salarios, sino que en muchos sitios bajaron claramente, sin un descenso proporcionado de los precios. La clase obrera estaba siendo atacada; la consecuencia, como hemos visto, fue la huelga agrícola de principios de 1934, a la que siguieron la revolución y la huelga general de octubre de 1934. A partir de entonces los resentimientos políticos aumentaron de forma irremediable, particularmente debido al encarcelamiento de tantos dirigentes obreros. Pero, por lo menos, disminuyó el índice de paro. La victoria del Frente Popular reintegró al país a una versión exacerbada del estado de cosas reinante entre 1931 y 1933. La Bolsa bajó, disminuyó la producción y, esta vez, la crisis afectó a la agricultura. Los terratenientes y los patronos se vieron

obligados no sólo a subir los salarios y a reducir las horas de trabajo sino, particularmente en el campo, como hemos visto, a dar trabajo no sólo a los despedidos entre 1933 y 1936 y a los que habían estado en la cárcel, sino a personas que nunca habían tenido un empleo. Así y todo, aumentó el paro —que, en junio de 1936, llegó al nivel de los 800.000 parado—. Es lógico que muchos de éstos trataran de ser aceptados, y hasta alimentados, por alguna de las organizaciones paramilitares. En realidad, la «pequeña guerra civil» —así se han llamado, con cierta razón, los acontecimientos ocurridos entre febrero y julio de 1936— puede interpretarse como algo muy parecido a una incursión de pistoleros parados, de ambos bandos, contra las vidas y las posesiones de los asalariados.

Dada la inestable situación política, y los odios surgidos en 1934, la combinación del descenso en la producción, con los elevados salarios (obtenidos por intimidación), con el hundimiento de la confianza de los empresarios, y con el aumento del paro, dejaba al país sólo tres alternativas: la revolución, la contrarrevolución o la guerra civil. Ahora, Gil Robles y Azaña, con su preocupación por la enseñanza religiosa, eran naturalmente irrelevantes. En la primera mitad de 1936, sólo Calvo Sotelo y Largo Caballero parecían tener una solución que ofrecer: ambos habían colaborado con una política democrática, ambos habían colaborado con Primo de Rivera, y ambos ofrecían ahora soluciones autoritarias. Para los hombres de centro era difícil resistirse al impulso que empujaba en una u otra dirección.

El siglo XX contempló un despertar del espíritu español: la volatilidad política de los años transcurridos entre 1898 y 1936, más intensa todavía entre 1931 y 1936, fue la expresión de una vitalidad que se extendía a la mayor parte de las esferas de la vida nacional. La primera parte del siglo XX fue más rica desde el punto de vista artístico, por

ejemplo, que ningún otro momento después del siglo XVII. Los nombres tan famosos de Picasso, Dalí, Miró, García Lorca, Juan Ramón Jiménez, Antonio Machado, Pío Batoja, Buñuel, Falla, Casals, Unamuno y Ortega son sólo las cumbres de un período brillante. Indudablemente, a principios del siglo XX, España estaba saliendo de su larga decadencia. Este renacimiento se veía tanto en la derecha como en la izquierda, en la enseñanza y en el arte. El armonioso racionalismo de la Institución Libre de Enseñanza empezaba a contar con el complemento de un catolicismo reavivado. El nacionalismo catalán y el vasco eran expresiones políticas de un renacimiento tanto económico como cultural. El movimiento anarquista, que continuó creciendo numéricamente hasta los años 30, demostró que las clases trabajadoras también se habían despertado. El resurgimiento intelectual quedaba reflejado en una prensa vigorosa: cada partido, e incluso cada matiz de opinión, tenía su publicación propia, y a menudo tenía además un diario o dos. Desgraciadamente, el conflicto de estas, y otras, esperanzas de regeneración no pudo caber en las viejas estructuras. Así, el verano de 1936 no representó únicamente que García Lo rea acabara de escribir *La casa de Bernarda Alba*, sino también la culminación de ciento cincuenta años de apasionadas luchas en España.

En 1808 se había hundido la vieja monarquía y, a partir de 1834, se libró una guerra de cinco años provocada por la cuestión de la constitución liberal. En 1868, el ejército expulsó a una monarquía corrompida, y el país se dividió en un conflicto que era a la vez religioso y regional, mientras los representantes de Bakuñin fundaban las primeras organizaciones obreras. En 1898, la guerra contra los Estados Unidos provocó el regreso de un ejército excesivamente numeroso que pasó de las últimas colonias a la frustración de la inactividad en España, rodeado de innumerables

recuerdos de las glorias pasadas, mientras que un grupo de valientes jóvenes de la clase media soñaba con preparar el renacimiento intelectual del país «poniendo doble llave al sepulcro del Cid».[364] En 1909, los odios de clase, exacerbados por el nacionalismo y el antimilitarismo catalanes, dieron lugar en Barcelona a una semana de sangrientos desenfrenos, que se dirigieron especialmente contra la Iglesia. En 1917, una huelga general revolucionaria fue aplastada por un ejército también muy dado a la insurrección, mientras que la dictadura militar de Primo de Rivera, establecida en 1923 después de cinco años de semi-guerra civil en Barcelona, fue el gobierno que dio al país el paréntesis más largo en lo que se refiere a asesinatos políticos, huelgas y estériles intrigas. Los liberales, cuyas protestas consiguieron la expulsión del dictador en 1930 y la del rey en 1931, resultaron incapaces de crear unos hábitos democráticos lo suficientemente poderosos para satisfacer las aspiraciones tanto de las clases trabajadoras como de las antiguas clases gobernantes, y los nuevos gobernantes irritaron mortalmente a los antiguos, sin llegar a ser lo bastante fuertes y radicales para complacer a los trabajadores. En 1932, un sector de las derechas intento Superar su derrota electoral con un pronunciamiento al viejo estilo, mientras que, en 1934, una parte de las izquierdas, tras su fracaso en las urnas y llevadas por su impaciencia y por el miedo al fascismo que se estaba extendiendo por todo el continente iniciaron también una revuelta que, en Asturias, estableció temporalmente una dictadura del proletariado. En febrero de 1936, los dos bandos que para entonces se habían formado, y que se referían a sí mismos con el nombre peligrosamente militar de frente, pusieron sus disputas de nuevo a votación… La victoria —por escaso margen— del Frente Popular sobre el Frente Nacional había elevado al poder a un gobierno débil,

aunque progresista, considerado por sus propios partidarios socialistas y comunistas como el precursor de un cambio social más profundo. La mayoría de los hombres prominentes de la España de 1936 habían vivido toda una generación de turbulencia, y muchos de ellos, como Largo Caballero, Calvo Sotelo o Sanjurjo, habían representado en ella papeles importantes, aunque equívocos (Largo Caballero había colaborado con Primo de Rivera, Sanjurjo había abandonado al rey). Ahora los antiguos dueños del poder económico, dirigidos por el ejército y apoyados por la Iglesia, encarnación de las pasadas glorias de España, creían que estaban a punto de ser desbordados. Frente a ellos se encontraban «los profesores» —la clase media instruida— y prácticamente todas las fuerzas obreras del país, enloquecidas por años de insultos, miseria y abandono, soliviantadas por el conocimiento de las mejores condiciones de vida de que disfrutaban sus camaradas en Francia e Inglaterra, y por el poder que suponían había conseguido en Rusia la clase obrera. Las izquierdas estaban horrorizadas por el fascismo, las derechas por el comunismo. Además, las derechas suponían que, si no iniciaban una contrarrevolución, serían aplastadas por la revolución. Entretanto, los anarquistas llevaban toda una generación en estado de guerra con la sociedad; y la respuesta del gobierno había sido la de una desesperada administración de guerra, y no la de un gobierno en tiempo de paz. Unos meses más tarde, el agregado militar francés, coronel Morell, resumió la situación con agudeza, aunque también con cierta altivez: «Una aristocracia parasitaria, una burguesía poco preocupada por el bien público, un pueblo sin dirigentes. El prestigio del clero se había desvanecido, el sistema del caciquismo se había debilitado, el pueblo había sido presa de agitadores y políticos. La burguesía amenazada por la revolución, por convicción o por cálculo, se había sumado a

la causa de la rebelión».[365] Otra explicación sería la de que España era un país conservador en el que una estructura social estancada había mantenido en el atraso a una economía infraexplotada, mientras que una educación política avanzada y la presión de la población impedían que el viejo sistema pudiera seguir funcionando. Para que se emplearan creativamente los recursos del país tenía que haber un cambio político. Pero, mientras que los radicales estaban dispuestos a subvertir la estructura social para lograr cambios, los conservadores estaban dispuestos a utilizar la fuerza para mantener el viejo mundo, Entre las izquierdas había algunos impacientes, y el centro no podía resistir.

La segunda República española fracasó porque no fue aceptada por grupos poderosos tanto de la izquierda como de la derecha. A los anarquistas, el primer gobierno de Azaña y los socialistas les había parecido «lento y legalista».[366] En 1936, muchos socialistas coincidieron con los anarquistas en este punto. Al intentar resolver los problemas más acuciantes con los que entonces se enfrentaba España (y cuya existencia había llevado al derrumbamiento del régimen anterior), la República apartó de su lado a muchos que, en principio, habían pensado colaborar con ella. Los cinco años y pico transcurridos entre abril de 1931, y julio de 1936 fueron, pues, una época en que se fueron formando dos bandos lo bastante poderosos como para impedir la victoria inmediata de uno de ellos, en el caso de que se desenvainaran las espadas. Desde el hundimiento de la monarquía en 1808, había habido en España tres querellas principales: una, entre la Iglesia y los liberales; otra, entre los terratenientes y posteriormente la burguesía por un lado y la clase obrera por otro; y la otra entre los que reclamaban derechos regionales (sobre todo en Cataluña y las provincias vascas) y los defensores de la dirección central de Castilla.

Cada una de estas tres luchas había alimentado a las otras, y habían estado superpuestas,[367] de manera que cualquier deseo de moderación por parte de alguno de los grupos enfrentados quedaba extinguido por un gran incremento de la violencia por parte de otro.

Los problemas de España también remitían a la siguiente pregunta: ¿Quiénes serían los responsables de la modernización e industrialización del país? ¿Los demócratas, los revolucionarios socialistas o la derecha autoritaria? Estaban igualmente en juego los principios, y los odios, de las revoluciones francesa y rusa. El deseo de renacimiento, y la conciencia de que España era capaz de él, estaban muy extendidos: «Declaramos la guerra al negro capitalismo, explotador de los pobres [...], más religión y menos fariseísmo; más justicia y menos liturgia». Así hablaba un miembro fundador de la CEDA.[368]

La República fue un fracaso, a pesar de su legislación tan prometedora y de tantos buenos proyectos como se iniciaron (como, por ejemplo, el programa de regadío y redistribución del Plan Badajoz, llevado a la práctica años más tarde bajo auspicios políticos muy diferentes). Los deterministas podrían dar una explicación simple. Un historiador liberal se siente tentado a echar la culpa a los individuos: a Azaña, por su excesivo orgullo y por alguna que otra manifestación de frivolidad; a Gil Robles, por sus vacilaciones, su retórica y su falta de sinceridad. A Largo Caballero y a Calvo Sotelo por sus discursos incendiarios y su desprecio a sus oponentes. Lerroux era indolente y corrompido; Alcalá Zamora, entrometido y vano. Dejando aparte figuras de segundo orden como Miguel Maura o Giménez Fernández, Prieto fue la figura destacada que más comprendió cuál era el camino indicado, aunque fuera demasiado veleidoso para seguirlo. Para mantener su posición ante la corriente cada vez más revolucionaria de su

partido, llegó incluso a lanzarse a proyectos impetuosos, tales como el contrabando de armas en 1934 o la destitución de Alcalá Zamora en 1936. Además, le caracterizaban cierta ambigüedad y cierto pesimismo: «Soy un hombre débil [...]. No creo que haya nadie tan insensato como para desear realmente ejercer el poder público en España en estas circunstancias», escribía.[369] En 1933, Azaña comentaba pesaroso que las dificultades de la República no derivaban tanto de sus enemigos explícitos como de los propios hombres del régimen: de sus odios, sus ambiciones y sus envidias.[370] Sin embargo, culpar a los individuos es olvidar que los políticos son la expresión de talantes públicos que son los sueños colectivos de las masas. En realidad, la República cayó por las mismas razones que habían hundido a la dictadura y a la monarquía de la Restauración: la incapacidad de los políticos de entonces para resolver los problemas del país dentro de un marco generalmente aceptable, y, por otra parte, la voluntad de algunos —respaldada por la tradición— de someter las cuestiones a la prueba de la fuerza. «Ya no hay soluciones pacíficas», decía el boletín falangista *No importa* el 6 de junio; «El Estado debe desaparecer», decía *Solidaridad obrera* el 16 de abril. Los espectros provocaron la guerra y, después, el país fue dominado por los fantasmas.

El país se apoyaba sobre estas luchas. No había hábitos de organización, de compromiso, ni siquiera de articulación: ni se respetaban, ni tan sólo se deseaban. En la medida en que existían tradiciones comunes a toda España, eran tradiciones de violentas disputas. Verdaderamente, España estaba invertebrada. A medida que pasaban los años, todas estas disputas fueron adquiriendo características religiosas, regionales y de lucha de clases. Las juventudes de la CEDA y las socialistas estaban embriagadas con visiones absolutas de futuros exclusivos, que se lanzaban unas a otras, provocando

el colapso del Estado. Durante la República, el país había estado empapado de política.[371] Al mismo tiempo, además, muchas personas querían una «nueva España» (que podía significar cien cosas diferentes), digna de su glorioso pasado y de las cualidades permanentes de su pueblo. Éstos eran los motivos que movían —a un nivel superficial o profundo— a muchos de los señoritos que cantaban el himno falangista *Cara al sol*:

Cara al Sol con la camisa nueva
Que tú bordaste en rojo ayer
Me hallará la muerte si me llega,
Y no te vuelvo a ver [...]
¡Arriba escuadras a vencer,
Que en España empieza a amanecer!
¡España! ¡Una!
¡España! ¡Grande!
¡España! ¡Libre!
¡Arriba España! [372]

Y eran muy semejantes los pensamientos que movían a los apasionados revolucionarios que. cantaban la canción anarquista *Hijos del pueblo*.

Hijos del pueblo, te oprimen cadenas
Y esa injusticia no puede seguir;
Si tu existencia es un mundo de penas
Antes que esclavo, prefiere morir [...]
Trabajador,
No más sufrir,
El opresor

Ha de sucumbir.
Levántate, Pueblo leal,
Al grito de Revolución social.[373]

El gran poeta de Castilla, Antonio Machado, quería decir lo mismo cuando escribió en su elegía al fundador de la Institución Libre de Enseñanza, Francisco Giner de los Ríos:

Vivid, la vida sigue,
Los muertos mueren y las sombras pasan;
Lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad! ¡Enmudeced, campanas!

LIBRO SEGUNDO

Alzamiento y revolución

¡La atmósfera del 19 de julio! Un pequeño acontecimiento la describe: en la casa de uno de mis camaradas en Barcelona, un miembro de la patrulla de control, tras una inspección de rutina, abrió la jaula y liberó a un canario, ¡era el día de la libertad!

Manuel Casanova

13

Carta de Franco del 23 de junio.— Los carlistas. — El viaje del Dragon Rapide. — El asesinato del teniente Castillo. — El asesinato de Calvo Sotelo. — Dos entierros. — La última reunión de las Cortes.

El día 23 de junio, desde su semidestierro de las Canarias, el general Francisco Franco escribió al jefe del gobierno, Casares Quiroga. La carta mostraba su preocupación por las divisiones existentes dentro del cuerpo de oficiales, reflejo de la nación dividida. Franco protestaba contra las privaciones de mando a militares de derechas. Estos hechos, decía el general, estaban causando tal inquietud que él se sentía obligado a advertir al jefe del gobierno (que además era ministro de la Guerra) acerca de los peligros que suponían «para la disciplina del ejército». [374] Esta carta era una declaración final de Franco «ante la historia» de que había hecho todo lo posible para conseguir la paz, aunque por entonces ya debía de saber que era demasiado tarde para intentar nada. Sin embargo, el jefe del gobierno no contestó su carta. Parece ser que Franco estuvo vacilando hasta bien entrado aquel verano de 1936 (a pesar de sus actividades inmediatamente después de las elecciones). «Con Franquito o sin Franquito —declaró Sanjurjo en Lisboa— salvaremos a España.»[375] Sin embargo, a finales de junio, lo único que faltaba para fijar la fecha del alzamiento era el acuerdo con los carlistas. El 29 de junio,

José Antonio envió órdenes a los jefes locales de Falange sobre cómo actuar; las unidades de Falange habían de mantener su identidad; en una localidad dada, sólo podía ponerse bajo control militar un tercio de cada destacamento de Falange: instrucciones que demostraban ciertas reservas, pero instrucciones al fin y al cabo.[376]

Sin embargo, el 1 de julio, Mola tuvo que enviar un documento a sus compañeros de conspiración recomendándoles paciencia. El ejército todavía no estaba unido, y él había recurrido a las amenazas: «Quien no está con nosotros está contra nosotros: el movimiento triunfante será inexorable con los compañeros que no resulten ser compañeros». Probablemente le resultaban intolerables las vacilaciones de Franco, si es que eran sinceras. Los carlistas y los falangistas albergaban muchas exigencias: los primeros estaban obsesionados por los colores de la bandera bajo la cual marcharían los rebeldes, y los segundos por problemas de autoridad. Mola incluso llegó a pensar en retirarse a Cuba, donde había nacido; pensó en suicidarse, en matar a Fal Conde…, pero perseveró.

En Marruecos, el ejército de África empezó sus maniobras de verano. La capital de España estaba atenazada por una huelga de la construcción: tanto los contratistas como los obreros anarquistas se negaban a aceptar el arbitraje del gobierno, mientras que la UGT lo aceptaba.[377] Las esperanzas de Largo Caballero de conseguir una alianza de los trabajadores no parecían muy fundadas. También había huelgas de ascensoristas, camareros y toreros, las dos primeras convocadas por el ala izquierda de la UGT. (La huelga de toreros, en cambio, tuvo su origen en el éxito obtenido aquel verano por dos matadores mexicanos que actuaban mano a mano. La prensa sugirió que los mexicanos eran más valientes que los españoles.) Mientras tanto, los socialistas estaban divididos, como siempre, sobre todo a

propósito de los resultados de las nuevas elecciones para la presidencia del partido que habían sido forzadas por los caballeristas. González Peña, el dirigente de los mineros asturianos, que, no obstante, era amigo de Prieto, fue elegido en una votación insuficiente: los caballeristas se quejaron de que los prietistas habían falseado los resultados, pero resultó que habían excluido a todos los que no habían pagado sus cuotas en 1934.[378]

A finales de junio llegó la tan esperada fusión entre los movimientos juveniles socialista y comunista, que dio lugar a la JSU (Juventudes Socialistas Unificadas). En ésta, aunque la mayoría de los dirigentes eran socialistas (por ejemplo, Santiago Carrillo), la línea política era comunista. Esto causó alarma incluso en el círculo de Largo Caballero. Araquistain, director del periódico de Largo Caballero, *Claridad*, estalló (ilógicamente, teniendo en cuenta las opiniones ardientemente pro-comunistas que había manifestado hasta entonces): «Hemos perdido nuestras juventudes. ¿Qué pasará con el Partido Socialista español?»[379] Prieto no podía contener su furia. Sin embargo, Largo Caballero no parecía haberse inquietado por esto. Los socialistas de Madrid estaban pensando incluso en una fusión de los partidos socialista y comunista. Las juventudes socialistas, igual que otros grupos, continuaron con su instrucción militar, siendo el organizador de la misma un famoso socialista italiano, de Turín, Fernando de Rosa, célebre por su atentado de Bruselas en 1929 contra el príncipe Umberto de Saboya.[380]

El camino intermedio todavía contaba con algunos partidarios. Miguel Maura, uno de los padres de la República en 1931, pedía «una dictadura republicana nacional» que salvara a España de la anarquía: «Ciudadanos pacíficos —escribió en *El Sol* a finales de junio—, ahora creen que las leyes son letra muerta». Ni Prieto ni Maura tendrían la oportunidad de hacer una coalición. Circulaban demasiados

rumores. Se extendió el pánico ante la repetición del viejo bulo de que un grupo de monjas habían envenenado los caramelos de los hijos de los obreros. Diariamente se cometían asesinatos por motivos políticos. El 2 de julio, por ejemplo, dos falangistas que estaban sentados en la terraza de un café, en Madrid, fueron acribillados a balazos desde un automóvil que pasó por allí. Aquella misma tarde, dos hombres que salían de la Casa del Pueblo, en Madrid, caían ante las balas de un grupo de hombres armados con pistolas ametralladoras. Esta pequeña guerra continuaba, sin que nadie la frenara, desde las elecciones de febrero. En casi ninguna de estas ocasiones habían sido encontrados los asesinos. El 8 de julio fueron detenidos en Madrid setenta falangistas, y varios centenares en provincias, acusados de sedición. Entre ellos se encontraba Fernández Cuesta, el secretario general de la Falange (José Antonio afirmaba que en junio había 150.000 falangistas, de los cuales casi 15.000 eran antiguos miembros de la JAP y 2.000 estaban en la cárcel.) Entretanto, en el ministerio de la Guerra los oficiales republicanos leales observaban reuniones entre los que ellos sabían que eran enemigos de la República. García Escámez, un andaluz sutil y encantador que había ostentado el mando parcial de la Legión en Asturias y ahora era el lugarteniente de Mola en Pamplona, se presentó con noticias y planes.[381] En el campo, cada vez se ocupaban más tierras, los terratenientes abandonaban sus fincas, los que se quedaban se veían obligados a emplear a muchos más trabajadores de los que necesitaban, se mataba al ganado, los sindicatos fomentaban las ocupaciones, y se descuidaban las cosechas. También existía mucha agitación con respecto a las reivindicaciones de autonomía: representantes de las provincias aragonesas se reunían en Caspe, el alcalde de Burgos proponía un estatuto para Castilla la Vieja, mientras el municipio de Huelva manifestaba que abandonaría

Andalucía para unirse a una Extremadura autónoma. Por otra parte, los españoles de clase alta y media se marchaban con sus familias a pasar las vacaciones en la costa norte: permanecer en Madrid durante el verano se había convertido en un estigma social. Y en 1936 parecía un riesgo.

El 7 de julio, Mola escribió a Fal Conde (que se encontraba en San Juan de Luz, con los demás dirigentes carlistas), prometiéndole resolver la cuestión de la bandera después del alzamiento y asegurándole que no tenía relaciones con ningún partido político. «Debe darse cuenta —añadía—de que todo se encuentra paralizado por su actitud. «Ciertas cosas» están ya tan adelantadas que sería imposible el evitarlas. Por amor de España, le suplico una rápida respuesta.»[382]

El 7 de julio contestó Fal Conde pidiendo garantías de que el futuro régimen sería antidemocrático e insistiendo en que la cuestión de la bandera se había de decidir inmediatamente. Lamamié de Clairac, el inveterado enemigo de la política agraria de la República, pidió que no hubiera colaboración con Mola si éste no prometía la restauración de la monarquía. Mola, fuera de sí, colérico, rehusó estas condiciones. «El movimiento tradicionalista —escribió— está arruinando a España con su intransigencia, exactamente igual que el Frente Popular.» [383] La cuestión era, como escribió Mola al moderado conde de Rodezno (que era el jefe carlista en Navarra), que, dado que la guarnición de Pamplona estaba compuesta de hombres poco seguros para una rebelión, pues eran principalmente asturianos, se necesitaba un puñado de carlistas para hacer de ellos unos soldados.[384] El 9 de julio, el general Sanjurjo escribió desde Lisboa una carta conciliatoria, en la que sugería que los carlistas enarbolaran la bandera monárquica aun cuando Mola usara la republicana: Sanjurjo garantizaría un régimen político de acuerdo con los principios carlistas. Esto no

solucionó nada, pero fue más o menos por entonces cuando Franco, en Tenerife, decidió sumarse a la rebelión, recibiendo el mando de todas las tropas de Marruecos; esto es, de las tropas más dignas de confianza del ejército español.[385] «¿Crees que vendrá Franquito?», preguntó el general Varela al general Kindelán, un jefe distinguido de las fuerzas aéreas temporalmente retirado. «Mola cree que sí», fue su respuesta.[386] Pero no parecía seguro. Entretanto, las calles de Pamplona estaban preparadas para celebrar las fiestas anuales de San Fermín. Como todos los años, tuvieron lugar los encierros y los mozos corrieron delante de los toros por las calles de la ciudad, mientras las mujeres los contemplaban desde los balcones. Entre aquellos hombres había muchos que, antes de una semana, se alistarían en las fuerzas carlistas. En medio de los espectadores se pudo ver la cara de Mola, con sus gafas, acompañado por el inquieto y barbudo general Fanjul, uno de los principales conspiradores de Madrid, y por el coronel León Carrasco, que había de dirigir el alzamiento en San Sebastián.[387]

En Londres, Luis Bolín, corresponsal del diario monárquico *ABC*, había alquilado un *Dragon Rapide* a la Olley Airways Company de Croydon para trasladar a Franco desde Canarias hasta Marruecos, donde el plan preveía que asumiría el mando del ejército de África. Se escogió un avión extranjero porque en España no había una aviación civil digna de confianza. Bolín tenía instrucciones de su director, el marqués de Luca de Tena, conspirador desde 1931, para ir a Las Palmas, pero, si no recibía nuevas instrucciones antes del 31 de julio, tenía que regresar a Inglaterra.[388] El 11 de julio, el avión inglés despegó de Croydon, pilotado por un tal capitán Bebb, que no tenía ni la menor idea de la naturaleza de la misión en la que tomaba parte.[389] En el viaje le acompañaron Bolín, un coronel retirado, Hugh Pollard y dos jóvenes rubias, una de ellas hija de Pollard, y la

otra amiga de ésta. Estos pasajeros, que también ignoraban el propósito del viaje, habían sido proporcionados por el editor católico Douglas Jerrold para que el vuelo tuviera un aspecto usual.[390]

Aquella noche, en Valencia, la emisora de radio local fue ocupada por un grupo de impacientes falangistas que anunciaron, misteriosamente, que pronto estallaría «la revolución nacionalsindicalista», y desaparecieron antes de que llegara la policía. El mismo día, en Madrid, el jefe del gobierno había sido advertido una vez más de lo que iba a ocurrir. «¿Conque aseguran ustedes que van a levantar a los militares? —preguntó con una mal entendida jovialidad—. Muy bien, yo, en cambio, me voy a acostar.»[391] Un poco antes, también había quitado importancia a una información sobre las actividades carlistas en Navarra que le había dado Jesús Monzón, dirigente comunista en Pamplona, que fue a visitarle acompañado de «la Pasionaria».[392] Pero el ministro de Marina, Giral, fue más precavido: prohibió que tuvieran lugar maniobras navales cerca de Marruecos o de las Canarias; y colocó telegrafistas leales en el telégrafo naval de Madrid, en la Ciudad Lineal y en los barcos más importantes.[393]

El 12 de julio, parecía que Mola y los carlistas todavía no se habían puesto de acuerdo. Pero el primero consiguió sus fines sin tener que ceder demasiado, en realidad, jugando, en primer lugar, con el entusiasmo por la lucha manifestado por la juventud carlista en Navarra, que no parecía preocupada por las condiciones de su participación en el alzamiento, y, en segundo lugar, con la flexibilidad del conde de Rodezno, que siempre había deseado colaborar con el resto de las derechas españolas (sobre todo, con los monárquicos alfonsinos), que odiaba a Fal Conde, y que ahora, como jefe de los carlistas en Pamplona, pudo conseguir del príncipe Javier de Bortón Parma, en San Juan

de Luz, la conformidad para apoyar al alzamiento si éste se producía antes de que pudiera consultar con su tío Alfonso Carlos en Viena y obtener su respuesta. Naturalmente, esta respuesta tardó en llegar y, cuando llegó, ya se habían sumado a la lucha. Así pues, Mola fue a la guerra con los carlistas de su parte, pero las condiciones de la participación carlista quedaron más vagas de lo que deseaban Fal Conde, Javier o Alfonso Carlos.[394]

En Marruecos, las maniobras de la Legión Extranjera y de los Regulares acabaron con un desfile en presencia de los generales Romerales y Gómez Morato, que eran respectivamente comandante de la zona este de Marruecos y comandante del ejército de África. Ninguno de los dos generales, ni el alto comisario interino, capitán Álvarez Buylla, estaban enterados de la conspiración en la que habían de desempeñar papeles importantes muchos de los otros oficiales del desfile. Gómez Morato era objeto de especial antipatía en los círculos militares ortodoxos, ya que él había organizado los traslados ordenados por Azaña para situar a oficiales leales en los puestos importantes. La noche del día del desfile, estos dos generales telegrafiaron a Madrid que todo iba bien en el ejército de África. Pero, durante las maniobras, los conspiradores celebraron reuniones de última hora. En un encuentro de oficiales jóvenes, el coronel Yagüe, jefe de la Legión Extranjera, había usado incluso el término «cruzada» (que más tarde sería habitual en los discursos nacionalistas) para describir al movimiento que se encontraba detrás de la sublevación. Yagüe, políticamente ambicioso, viendo frustrada su carrera por la República, se afilió a la Falange. Una noche, durante el banquete oficial que siguió al desfile, se oyó el grito de «¡café!», que, para los iniciados, significaba «¡Camaradas! ¡Arriba Falange Española!» Álvarez Buylla preguntó por qué la gente pedía café, mientras todavía estaban sirviendo el pescado en la

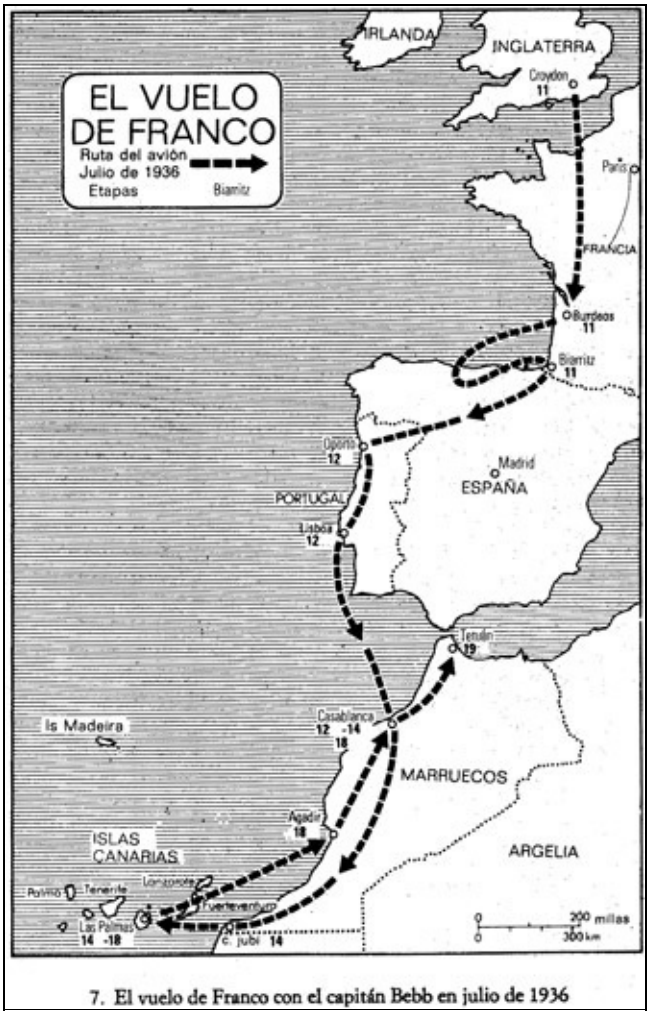
mesa. Le informaron de que el grito procedía de un grupo de jóvenes que debían de estar algo bebidos.[395] Entretanto, el mismo día, el *Dragon Rapide* llegó a Lisboa, donde Luis Bolín conferenció con Sanjurjo, quien le aseguró que Franco era «el hombre» para hacer triunfar el alzamiento;[396] después salieron para Casablanca, Cabo Yuby y Las Palmas.

Aquella noche a las nueve, el teniente José Castillo, de la guardia de asalto, salía de su casa, en la calle Augusto Figueroa, en el centro de Madrid, para empezar su servicio. En abril de este mismo año había ostentado el mando de los guardias de asalto que reprimieron los disturbios en el entierro del teniente de los Reyes, de la guardia civil, muerto durante la celebración del quinto aniversario de la implantación de la República. Después Castillo había colaborado en la instrucción de las milicias socialistas. Desde entonces, la Falange había señalado a Castillo como futura víctima de su venganza. Se había casado en junio, y su novia, la víspera de la boda, había recibido una carta anónima en la que le preguntaban por qué se casaba con un hombre que pronto no sería «más que un cadáver». Al salir de casa el 12 de julio, un caluroso domingo del verano madrileño, Castillo fue muerto a tiros por cuatro hombres armados de revólveres, que escaparon rápidamente por las calles llenas de gente.[397]

Éste era el segundo oficial socialista que habían asesinado en los últimos meses. El capitán Carlos Faraudo, un ingeniero que también había ayudado a instruir a las milicias socialistas, había sido asesinado por unos falangistas en mayo, mientras paseaba con su mujer por Madrid. Así pues, la noticia de la muerte de Castillo causó ira al llegar a la jefatura de los guardias de asalto, en el cuartel de Pontejos, junto al ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol. El cuerpo fue expuesto en la dirección general de Seguridad, dentro del ministerio. Los camaradas del teniente

muerto criticaron particularmente al gobierno, que había permitido que ocurriera aquello; pidieron medidas contra la Falange. Un grupo fue a quejarse al ministro de la Gobernación, Juan Moles, y le pidió autorización para detener a ciertos falangistas que todavía estaban en libertad. El accedió, pidiendo a los oficiales su palabra de honor de que sólo detendrían a aquellos cuyos nombres figuraban en la lista, y de que entregarían a los detenidos a la autoridad competente. Ellos dieron su palabra. Entre estos hombres estaba un capitán de la guardia civil, Fernando Condés, que había sido íntimo amigo de Castillo. La muerte de Castillo dejó abrumado a Condés. Salió en un coche oficial sin una idea muy clara de adónde iba a dirigirse, acompañado por varios guardias de asalto vestidos de paisano. El conductor llevó a Condés a la dirección de un falangista; ésta resultó ser falsa. «Vayamos a casa de Gil Robles», dijo alguien. Condés, todavía aturdido, no dijo nada. Fueron a casa de Gil Robles, pero éste estaba en Biarritz. Alguien sugirió que fueran a casa de Calvo Sotelo.

Calvo Sotelo tuvo algunas premoniciones de peligro. El 11 de julio, dicen que «la Pasionaria» le había amenazado claramente de muerte.[398] Uno de los dos policías de la escolta a la que tenía derecho Calvo Sotelo como miembro de las Cortes dijo a un amigo de Calvo Sotelo, el diputado Joaquín Bau, que su oficial superior había dado órdenes de no intervenir en el caso de que se intentara el asesinato de Calvo Sotelo, y de que, en realidad, si el atentado tenía lugar en el campo, debía ayudar a los asesinos. Entonces la escolta fue sustituida por otra en la que Calvo Sotelo pudiera confiar, aunque aparentemente el ministro de la Gobernación no prestó más atención al asunto. Verdaderamente, aquel verano era difícil saber qué era lo que había que creer.



7. El vuelo de Franco con el capitán Bebb en julio de 1936

De todos modos, hacia las tres de la mañana del lunes 13 de julio, el sereno abrió la puerta del edificio donde vivía Calvo Sotelo, en la calle Velázquez, en un barrio elegante y moderno de Madrid, permitiendo a Condés y a algunos de los guardias de asalto que subieran al piso de su víctima. Calvo Sotelo tuvo que levantarse de la cama, y los intrusos le convencieron para que los acompañara a la jefatura de policía, aunque su inmunidad parlamentaria lo eximía de la posibilidad de ser detenido. Calvo Sotelo se tranquilizó al

comprobar la documentación del capitán Condés, que le identificaba como miembro de la guardia civil. Un socialista pensó que Calvo Sotelo creía que no le llevaban ante el director general de Seguridad, sino ante Mola, cuyo nombre cifrado dentro de la conspiración era «el director».[399] De todos modos, Calvo Sotelo prometió telefonear pronto a su familia, y añadió: «si es que no me llevan a darme cuatro tiros». El coche arrancó rápidamente. Nadie dijo una palabra. A unos doscientos metros de la casa, Luís Cuenca, un joven socialista gallego que iba sentado cerca del político, le disparó dos tiros en la nuca. Al parecer, ni Condés ni los demás esperaban este desenlace. De momento, Condés pensó en suicidarse, ya que Calvo Sotelo se había entregado a él. Pero, en vez de hacerlo, se dirigió al cementerio del Este, y entregó el cuerpo al encargado sin decirle de quién era. Cuenca se dirigió a la redacción de *El Socialista* y explicó a Prieto lo que había ocurrido. El cadáver fue identificado al mediodía siguiente. Poco después, Cuenca, Condés y los otros que habían estado en el coche fueron detenidos. No intentaron escapar. Empezaron los rumores; se habló de conspiración; se dijo que el jefe del gobierno había sido cómplice; y las acusaciones nunca han cesado de multiplicarse.[400]

La clase media española quedó estupefacta ante este asesinato del líder de la oposición parlamentaria realizado por miembros de la policía regular, aun cuando pudieran sospechar que la víctima había estado implicada en una conspiración contra el Estado. Ahora era lógico suponer que el gobierno no podía controlar a sus propios agentes, aunque deseara hacerlo. Los republicanos de derechas o de centro, tales como Lerroux, o Cambó, o incluso Gil Robles, pensaron que a partir de entonces no podían ser leales a un Estado que no podía garantizar sus vidas.[401] El presidente de la asociación de estudiantes católicos, Joaquín Ruiz Jiménez,

que antes había defendido la línea de la no-violencia, decidió que Santo Tomás habría aprobado una rebelión, considerándola justa.[402] El gobierno, entretanto, pasó el 13 de julio reunido en sesión continua. Ordenaron la clausura de los centros monárquicos, carlistas y anarquistas de Madrid. Pero los miembros de las dos primeras organizaciones, y muchos otros, estuvieron aquel día muy ocupados llamando a casa de Calvo Sotelo para rendir su tributo al muerto. A medianoche, Prieto (que en el número de *El Socialista* de aquel mismo día declaraba que era preferible la guerra a aquella intolerable serie de asesinatos) presidió una delegación de socialistas, comunistas y afiliados a la UGT para pedir a Casares Quiroga que distribuyera armas a las organizaciones de trabajadores. Casares se negó, añadiendo acremente que, si Prieto continuaba visitándole con tanta frecuencia, acabaría siendo él quien gobernara España.[403] Durante otra calurosa noche, Madrid permaneció a la espera de acontecimientos. Los milicianos de los partidos de izquierda —es decir, aquellos en los que se apoyarían los partidos en caso de lucha, y que ya habían recibido las pocas armas de que se disponía en los arsenales de Sus organizaciones— permanecieron vigilantes. Los miembros de los partidos de derechas pasaron la noche pensando a quién le correspondería el turno de oír la fatal llamada a la puerta de su casa.

Por fin Mola dio una fecha definitiva para el alzamiento: sus telegramas decían: «El pasado día 15, a las 4 de la mañana, Elena dio a luz un hermoso niño». Esto significaba, una vez interpretado, que el alzamiento empezaría en Marruecos el 18 de julio a las cinco de la mañana. Las guarniciones de España seguirían el 19 de julio. José Antonio había enviado un mensaje a través de su pasante Rafael Garcerán, diciendo que, si Mola no actuaba dentro de las setenta y dos horas siguientes, empezaría él

mismo la rebelión con la Falange en Alicante. Ahora los conspiradores reconocían que sería difícil ganar en Madrid y —pensaban ellos— en Sevilla (aunque, al parecer, no en Barcelona). En estos sitios, las guarniciones, junto con la Falange y demás colaboradores militantes, resistirían en los cuarteles y esperarían ayuda. Mola desde el norte, Goded desde el nordeste y Franco desde el sur, realizarían una marcha sobre la capital. Sanjurjo acudiría en avión desde Portugal para asumir el mando en Burgos. Los antiguos luchadores de las guerras de Marruecos, encabezados por «el león del Rif», podrían dominar por fin su propio país. En el último minuto, Goded cambió de puesto con el general González Carrasco, otro africanista, aunque menos destacado, para ir a Barcelona. Goded insistió en el cambio porque Barcelona se consideraba más importante[403b]. Aunque la conspiración llevaba fraguándose tanto tiempo, la muerte de Calvo Sotelo fue lo que decidió realmente a los conspiradores a ponerla en marcha; de otro modo, tal vez no hubieran tenido valor para dar el primer paso. En cambio, ahora, si no hubieran actuado, tal vez habrían sido desbordados por sus seguidores.

Al día siguiente, 14 de julio, hubo dos entierros en el cementerio del Este, de Madrid. En primer lugar, el del teniente Castillo, cuyo ataúd, envuelto en la bandera roja, fue saludado con el puño en alto por una multitud de socialistas, comunistas y guardias de asalto. Luego, unas horas más tarde, el cuerpo de Calvo Sotelo, amortajado con el hábito de capuchino, descendía a otra tumba rodeado por una enorme muchedumbre que saludaba con el brazo en alto al estilo fascista. En nombre de todos los presentes, Goicoechea, el lugarteniente de Calvo Sotelo en Renovación Española juró, ante Dios y ante España, vengar el crimen. El vicepresidente y el secretario permanente de las Cortes, que estaban presentes, fueron atacados por mujeres muy bien

vestidas, que gritaban que no querían tener nada que ver con parlamentarios. Se cruzaron algunos disparos entre falangistas y guardias de asalto, y hubo varios heridos, de los cuales posteriormente murieron cuatro. Estos dos entierros fueron las dos últimas reuniones políticas que tuvieron lugar en España antes de la guerra civil.[404]

En Madrid reinó un clima de excitación todo el día. El gobierno suspendió los periódicos derechistas *Ya* y *Época* por publicar relatos sensacionalistas del asesinato de Calvo Sotelo sin haber sometido previamente los originales a la censura. El gobierno suspendió las sesiones de las Cortes, con el fin de ganar tiempo y entretanto se apaciguaran los ánimos. Los dirigentes de los partidos de derechas protestaron, y amenazaron con retirarse en bloque de las Cortes. Largo Caballero, que regresaba de Londres, donde había asistido a una reunión de la Internacional Socialista, bajó del tren cerca de El Escorial a petición del gobierno, y llegó a Madrid en automóvil para evitar las manifestaciones que se habrían producido a su llegada a la estación del Norte. Pero Casares Quiroga aseguró a una comisión parlamentaria de obras públicas, en Madrid, que no era cierto el rumor de que Mola había sido arrestado, añadiendo que Mola «es un general leal a la República, y propalar rumores de este tipo es desmoralizar al régimen».[405] Continuaba la lucha entre la UGT y la CNT, y en los suburbios del sur se podían oír tiroteos esporádicos entre ambos sindicatos.

El 15 de julio, se reunió en Madrid la comisión permanente de las Cortes (compuesta por representantes de todos los partidos importantes en las Cortes, en proporción al número de diputados con que contaban). En primer lugar, el conde de Vallellano, representante monárquico, presentó una protesta formal por la muerte de Calvo Sotelo, y anunció que su partido se retiraría de las Cortes, ya que el

país se encontraba en un estado de anarquía. A las pocas horas, él, Goicoechea, y muchas personas destacadas de derechas que sabían que su vida corría peligro si había lucha en la capital, se fueron a ciudades más seguras. Gil Robles, que había vuelto de Biarritz (pese a estar amenazada su vida, como lo estaba hacía meses), rindió tributo a la memoria de Calvo Sotelo, su rival hasta hacía poco tiempo, y cuya suerte había estado a punto de compartir. Concluyó diciendo que el gobierno se había convertido en una administración de sangre, fango y vergüenza. Declaró públicamente que había fracasado en su intento de incorporar a la CEDA al proceso democrático de un gobierno parlamentario, y que se lavaba las manos de su intervención en aquel sistema. Después volvió a marcharse a Biarritz. Entretanto, la comisión acordó convocar las Cortes para el martes siguiente, 21 de julio, y los dirigentes de los partidos pidieron a todos los diputados que depositaran sus armas de fuego en el vestuario. Esta reunión (que no llegó a celebrarse) fue inmediatamente conocida con el sobrenombre de «conferencia del desarme».

A la mañana siguiente, el 16 de julio, Mola se fue a Logroño para entrevistarse con el general Batet, teóricamente su superior, y jefe de la 6ª División, con cuartel general en Burgos. Batet era conocido por su lealtad al gobierno, aun cuando él había sido quien, durante su mando en Barcelona, había aplastado fríamente la revuelta de 1934 en aquella ciudad. Mola temía ser asesinado, y los oficiales que le acompañaban iban armados. Pero Batet sólo dijo a Mola que había oído que unos pistoleros habían salido de Barcelona con intención de matarle, y le sugirió que se fuera de Navarra. Mola sonrió ante esta idea. Batet (sin saber que su propio jefe de Estado Mayor, el coronel Moreno Calderón, era un conspirador) también pidió a Mola una declaración de que no intentaría levantarse contra el gobierno. «Le doy mi palabra de que no me embarcaré en

ninguna aventura», contestó Mola, que más tarde alardearía de la habilidad de esta respuesta.[406]

En Madrid, el día transcurrió con calma. El ministerio del Trabajo publicó su fallo respecto a la huelga de la construcción, fallo que fue rechazado por los patronos. A pesar de todo, volvieron a abrir las obras, pendientes de una apelación. Algunos trabajadores de la UGT regresaron al trabajo, pero la CNT continuó la huelga. El gobierno tomó algunas medidas destinadas a limitar la extensión del alzamiento en el caso de que se produjera. El destructor *Churruca* fue enviado de Cartagena a Algeciras, y el cañonero *Dato* recibió órdenes de anclar en Ceuta. Estas medidas intentaban evitar el transporte de unidades de la Legión Extranjera o de Regulares a la península.

Pero el gobierno, al adoptar estas precauciones, ignoraba si los oficiales que mandaban esos barcos eran leales o no. De hecho, no tendría que haberse preocupado: Mola y sus amigos no habían dado ningún paso importante para comprometer a la marina en la conspiración.[407]

En las Canarias, el capitán inglés del *Dragon Rapide* consiguió disimular ante las autoridades de Las Palmas el motivo por el cual había aterrizado en el aeropuerto sin documentación.[408] El diplomático José Antonio Sangróniz entregó a Franco el mensaje que señalaba la llegada de Bebb, y Franco se preparó para salir de Tenerife. Entonces, el general Amadeo Balmes, gobernador militar de Las Palmas, se mató accidentalmente en unas prácticas de tiro. Este percance (del que, en aquella atmósfera tan excitada, se rumoreó que había sido un asesinato, ya que él se había negado a unirse a los conspiradores) dio una excusa a Franco, comandante del ejército en todo el archipiélago, para acudir a Las Palmas, al entierro. De no haber ocurrido esto, tenía planeado decir que iba a hacer un viaje de inspección. El subsecretario de la Guerra, general Cruz Roullosa, dio

permiso a Franco por teléfono para salir de Tenerife. A las 12,30 de la madrugada, en la noche del 16 al 17 de julio, el general subía a bordo del pequeño barco que hacía el servicio entre las islas, acompañado de su esposa y su hija, en la primera etapa de un viaje que le llevaría al supremo poder en España. Llevaba consigo no sólo el pasaporte diplomático de Sangróniz sino una carta en la que decía que había deseado ir a Madrid para ayudar a aplastar la rebelión. Entretanto, el hermano de Mola, Ramón, llegó a Pamplona procedente de Barcelona para comunicar sus temores de que el alzamiento fracasaría en la capital catalana. El general tranquilizó a su hermano (añadiendo: «No dudo que sabes morir como un caballero»), que regresó a Barcelona en coche-cama, para morir, como tantos hermanos y como tantos caballeros.[409] También en un coche-cama el poeta Lorca se estaba dirigiendo desde Madrid hacia su ciudad, Granada.[410] Lerroux, entretanto, se dirigía en automóvil a Lisboa.[411]

14

El alzamiento en Marruecos.—El gobierno toma medidas constitucionales. — El alzamiento en Andalucía. — Queipo de Llano en Sevilla. — Otros acontecimientos del 18 de Julio. — Madrid. — Tres gobiernos en una noche. — La intransigencia de Mola. — El gobierno de Giral.

El alzamiento empezó en Melilla, la ciudad más oriental del Marruecos español, e históricamente la ciudad más importante de toda la aventura marroquí de España, aunque Tetuán fuera la capital del protectorado. La noche del 16 al 17 de julio, el general Romerales, comandante militar local, se dio una vuelta por la ciudad, en busca de actividades sospechosas. En la casa del pueblo bromeó con los dirigentes socialistas: «Ya veo que las masas se mantienen en vela».[412] Regresó a su casa convencido de que todo iba bien. Era el más gordo de los cuatrocientos generales españoles, y uno de los más fáciles de engañar. A la mañana siguiente, los oficiales de Melilla comprometidos en la conspiración celebraron una reunión en el departamento de cartografía del cuartel general. El coronel Juan Seguí, jefe de la Falange y del alzamiento en el Marruecos oriental, comunicó a sus compañeros la hora exacta del alzamiento: las cinco de la mañana del día siguiente. Se trazaron planes para apoderarse de los edificios públicos. Estos planes fueron revelados a los dirigentes locales de la Falange, uno de los cuales, Alvaro González, los traicionó. Informó al dirigente

local del partido Unión Republicana, que se lo confió al presidente de la casa del pueblo, quien se lo comunicó a Romerales. Cuando los conspiradores volvieron a la sala de cartografía después de comer, y cuando ya se habían repartido las armas, el teniente Zaro rodeó el edificio con soldados y policías. El teniente, entonces, se enfrentó a sus oficiales superiores insurrectos. «¿Qué le trae por aquí, teniente?», preguntó jovialmente el coronel Darío Gazapo. «Tengo que registrar el edificio en busca de armas», contestó Zaro. Gazapo telefoneó a Romerales: «¿Es cierto, mi general, que ha dado usted órdenes de que se registre el departamento cartográfico? Aquí sólo hay mapas». «Sí, sí, Gazapo —contestó Romerales—, hay que hacerlo.»[413] Había llegado la hora de la decisión. Gazapo, que era un oficial miembro de la Falange,[414] ordena al teniente Julio de la Torre que llame por teléfono a la Legión Extranjera; al acudir ésta, La Torre se pone a su frente y se encara con Zaro. Ante la presencia de la legión, Zaro vaciló, reconoció que sus hombres no podían disparar contra los legionarios, y se rindió. Entonces, el coronel Seguí se dirigió al despacho de Romerales, donde entró pistola en mano. En el interior del despacho se estaba produciendo un altercado entre unos oficiales de Romerales que insistían en que el general debía dimitir, y otros que querían resistir. Casares Quiroga, que había sido informado de la aviesa reunión en el departamento cartográfico, había ordenado desde Madrid a Romerales que arrestara a Seguí y Gazapo, Pero ¿quién iba a llevar a cabo aquella orden? Romerales permanecía indeciso. Entonces Seguí entró en su despacho y, a punta de pistola, obligó al general a rendirse. Los oficiales revolucionarios declararon el estado de guerra, ocuparon todos los edificios públicos de Melilla (incluido el aeródromo) en nombre del general Franco como comandante en jefe de Marruecos (a pesar de su continuada ausencia en las Canarias), cerraron la

casa del pueblo y los centros izquierdistas, y detuvieron a los dirigentes de los grupos republicanos o de izquierdas. Varios enfrentamientos tuvieron lugar en los alrededores de la casa del pueblo y en los barrios obreros, pero los trabajadores fueron cogidos por sorpresa, y carecían de armas. Todos los detenidos que se habían resistido a la rebelión fueron fusilados, incluidos Romerales, el delegado del gobierno y el alcalde. Al atardecer, se habían conseguido listas de miembros de sindicatos, partidos de izquierdas y logias masónicas. Todas las personas que figuraban en la lista también fueron detenidas.[415] Cualquiera del que solamente se supiera que había votado por el Frente Popular en las elecciones de febrero estaba en peligro. A partir de entonces, Melilla se rigió de acuerdo con la ley marcial.

Esta forma de insurrección fue el modelo que se siguió en el resto de Marruecos y en España.

Entretanto, el coronel Seguí telefoneó a los coroneles Eduardo Sáenz de Buruaga y Yagüe, encargados de la organización del alzamiento en Tetuán y Ceuta, respectivamente: las otras dos ciudades importantes del Marruecos español. También telegrafió a Franco (que ahora estaba en Las Palmas para asistir al entierro del general Balmes), explicándole por qué el alzamiento en Melilla había tenido que comenzar antes de la hora convenida. Sáenz de Buruaga y Yagüe pasaron a la acción, improvisando doce horas antes de lo que estaba planeado para el día 18.[416] En Madrid, Casares Quiroga intentó localizar al general Gómez Morato, general en jefe del ejército de África.[417] Lo encontró en el casino de Larache: «General, ¿qué ocurre en Melilla?» «¿En Melilla?» «¿Pero no sabe usted nada?» «No, señor ministro.» «¡Se ha sublevado la guarnición!...» Gómez Morato salió del casino y tomó un avión para dirigirse a Melilla, donde fue arrestado.[418] En Tetuán, los coroneles Asensio, Beigbéder (el antiguo agregado militar en Berlín,

que había sido trasladado por la República) y Sáenz de Buruaga también se habían sublevado para entonces. Este último telefoneó al alto comisario en funciones, Álvarez Buylla, que se encontraba en la residencia, y, dirigiéndose a él arrogantemente como a un simple capitán de artillería —con ese uniforme se había presentado muy orgulloso en el desfile que había tenido lugar al final de las maniobras—, le pidió que dimitiera. Álvarez Buylla telefoneó a Casares Quiroga, quien le ordenó que resistiera a toda costa, diciéndole que la armada y las fuerzas aéreas le proporcionarían ayuda al día siguiente. Pero el alto comisario se encontraba encerrado en su propia casa, acompañado por unos pocos oficiales que se mantenían leales. En el exterior, la quinta bandera de la legión,[419] al mando del comandante Antonio Castejón, estaba cavando trincheras en la plaza. Poco después, el comandante De la Puente Bahamonde, primo del general Franco, telefoneaba al alto comisario desde el aeródromo de Sania Ramel para decir que él y su escuadrilla aérea permanecerían leales al gobierno. «Resistid, resistid», les animó Álvarez Buylla, tal como Casares le había alentado. Pero para entonces, al caer la noche, la residencia y el aeropuerto eran los únicos puntos de Tetuán que no habían caído en manos de los coroneles rebeldes, quienes, igual que sus colegas de Melilla, habían aplastado toda la resistencia de los grupos sindicalistas y de izquierdas o republicanos. El coronel Beigbéder acudió a informar al jalifa, Muley Hassan, y al gran visir de Tetuán de lo que estaba pasando, y consiguió su apoyo. Muley Hassan era un títere de España desde 1925. No tardaría en proporcionar ayuda física, en forma de voluntarios marroquíes. Beigbéder también se hizo con el mando del departamento de Asuntos Indígenas de la ciudad, y los funcionarios aceptaron el cambio de la administración de Álvarez Buylla sin un solo murmullo.[420] Beigbéder,

arabista distinguido, tenía una gran reputación en Marruecos, y probablemente la rebelión se consolidó tanto por su hábil utilización del teléfono y de la radio como por su conocimiento del árabe. En Ceuta, a las once de la noche, Yagüe, con la segunda bandera de la legión, se apoderó de la ciudad más fácilmente, sin necesidad de disparar ni un solo tiro.[421] En Larache, la única ciudad importante que quedaba en el Marruecos español, en la costa atlántica, el alzamiento se produjo a las dos de la madrugada del 18 de julio. La lucha fue encarnizada. Murieron dos oficiales rebeldes, y cinco guardias de asalto en las filas de la República. Pero al amanecer la ciudad estaba en manos de los rebeldes, y todos sus enemigos habían sido encarcelados, fusilados, o habían huido.[422] Simultáneamente, Franco, con el general Orgaz, que había sido enviado a Las Canarias después del fracaso del alzamiento en abril, se adueñó de Las Palmas. Franco declaró la ley marcial en todo el archipiélago. Mientras se encontraba dictando el manifiesto, llegó la esperada llamada telefónica de Casares Quiroga. Se le dijo al jefe del gobierno que Franco estaba inspeccionando las guarniciones. A las cinco y cuarto de la mañana del 18 de julio, Franco dio a conocer su manifiesto, en el que hacía especial referencia a la excepcional relación que los oficiales españoles habían de tener con la patria misma, más que con ningún gobierno en particular, denunciaba las influencias extranjeras, y prometía, en términos emotivos, un orden nuevo después de la victoria. No se hacía mención alguna de los ataques de la República a la Iglesia: la rebelión todavía no se había convertido oficialmente en una cruzada.[423] El manifiesto acababa con un viva al «honrado pueblo español», después de una inesperada referencia a la fraternidad, la libertad y la igualdad, «haciéndolas reales en nuestra Patria, por primera vez, y por este orden». Este manifiesto fue radiado desde todas las emisoras de las Canarias y del Marruecos español.

[424] Y entonces, en el cálido amanecer del 18 de julio, se inició el alzamiento en la península.

Casares Quiroga y el gobierno de España intentaron primero aplastar la revuelta que se levantaba contra ellos con medios constitucionales. Mientras telefoneaba a Álvarez Buylla y a otros oficiales leales de Marruecos, diciéndoles que resistieran, el jefe del gobierno ordenó a varias otras unidades de la marina de guerra que abandonaran sus bases de El Ferrol y Cartagena con rumbo a las costas de Marruecos. Se mantenía optimista, y dejó pasar tres horas de un consejo de ministros sin decir a sus colegas hasta el final lo que él ya sabía antes de empezar la sesión.[425] Esto enfureció a los militares leales y a los dirigentes de izquierdas, que preveían un alzamiento en la península, y que pensaban que el gobierno debía entregar a los sindicatos cuantas armas tuviese en su poder. Pero Casares se negó a esta acción revolucionaria, y anunció que cualquiera que entregase armas a los obreros sin órdenes suyas sería fusilado.[426] Por consiguiente, las calles y cafés de Madrid se llenaron de personas inquietas, ninguna de las cuales sabía lo que pasaba, y todas furiosas, porque su carencia de armas les impedía tomar precauciones para defenderse en el caso de que se produjera una sublevación. Todas las organizaciones de izquierdas salieron a la calle con pancartas en las que se pedían «armas para el pueblo». En el ministerio de la Guerra, controlaba la situación un grupo de oficiales de izquierdas. El general Pozas, jefe de la guardia civil, y el general Miaja, jefe de la 1ª Brigada de Infantería, con base en Madrid, parecían leales, mientras que el comandante de las fuerzas aéreas, general Núñez de Prado, un republicano convencido, telefoneaba a los aeródromos para asegurarse de que los aviadores, principalmente republicanos, estuvieran alerta. Sólo dejó de contestar Melilla, donde el comandante del aeródromo, capitán

Bermúdez Reina, ya había sido fusilado, aunque el comandante de León era un rebelde. En Madrid se hicieron muchos cambios en los puestos de mando, y se enviaron oficiales maduros a las regiones potencialmente difíciles. En las guarniciones de Madrid había unos 7.000 hombres, y unos 6.000 más entre guardias civiles, guardias de asaltó y carabineros. Era esencial intentar asegurarse de su lealtad. [427] Mientras tanto, los conspiradores de Madrid celebraban reuniones precipitadas y ansiosas en sus casas. Su sistema de comunicaciones con Mola era malo y su moral, baja.

La primera noticia del alzamiento que dio el gobierno fue cuando Radio Madrid anunció que «nadie, absolutamente nadie en la Espáña peninsular ha tomado parte en este absurdo complot»,[428] que el gobierno prometía aplastar rápidamente, incluso en Marruecos. Mientras la gente oía estas palabras sin prestarles mucho crédito, se estaban produciendo alzamientos en toda Andalucía, donde había ocho ciudades cuya guarnición contaba con un batallón o más. También hubo alzamientos en otras ciudades, dirigidos por falangistas locales o por la guardia civil. En casi todas las ciudades, el 18 de julio, los gobernadores civiles siguieron el ejemplo del gobierno de Madrid, y se negaron a cooperar con las organizaciones obreras que clamaban pidiendo armas. En muchos casos, esto permitió que tuvieran éxito las sublevaciones y firmó la sentencia de muerte de los propios gobernadores civiles y de los dirigentes obreros locales. Si los rebeldes se hubieran sublevado en todas las provincias de España el 18 de julio, es posible que el 22 de julio ya hubieran triunfado en todas partes. Pero si el gobierno hubiera repartido armas, y hubiera ordenado a los gobernadores civiles que hicieran lo mismo, utilizando de esta manera a la clase obrera para defender a la República desde el primer momento, es posible que el alzamiento hubiera sido aplastado.[429]

Los acontecimientos del 18 de julio presentaban mal cariz para la República. Desde el amanecer y a diferentes horas hasta la media tarde, se sublevaron las guarniciones, apoyadas por la Falange y, en la mayoría de los casos, por la guardia civil. En los lugares donde no había guarnición, la guardia civil, la Falange y las personas de derechas actuaron por sí mismas. El dirigente designado por los rebeldes declaraba el estado de guerra, proclamando la ley marcial desde el balcón del ayuntamiento, en la plaza mayor. Las milicias socialistas, comunistas y anarquistas hicieron todo lo posible para resistirse a este asalto al poder, mientras los gobernadores civiles vacilaban en sus despachos e intentaban comunicar con Madrid. Los oficiales leales a la República y, en la mayoría de los Casos, los guardias de asalto, resistieron al alzamiento e intentaron huir al gobierno civil y a las organizaciones obreras. La UGT y la CNT proclamaban la huelga general, e inmediatamente se montaban barricadas con adoquines, trozos de madera, piedras, sacos de arena, o cualquier cosa que se encontrara a mano. Después venía la lucha, que en ambos bandos dio lugar a demostraciones de desprecio a la propia vida.[430]

El 18 de julio, los alzamientos tuvieron lugar en Andalucía. En Sevilla, el general Queipo de Llano, jefe del cuerpo de carabineros, llevó a cabo un extraordinario golpe de mano. Había tardado bastante en sumarse a la conspiración, aunque era un africanista, y había sido un conspirador republicano en 1926 y en 1930. Al principio, había sido ascendido por la República. Pero él había esperado más recompensas que las que había recibido, y le había irritado mucho la destitución de Alcalá Zamora, cuya hija estaba casada con un hijo de Queipo. Igual que Sanjurjo en 1932, Queipo no tenía ninguna relación con la ciudad antes del alzamiento, ya que, en realidad, había llegado allí el 17 de julio en su coche oficial (un Hispano-Suiza), en el cual

se jactaría más tarde de haber recorrido «30.000 kilómetros de conspiración» con el pretexto de inspeccionar puestos aduaneros. Acompañado sólo por su ayudante y otros tres oficiales, se instaló durante la mañana del 18 de julio en un despacho del cuartel general que había sido abandonado a causa del calor. Luego cruzó el pasillo y fue a ver al general Fernández Villa-Abrille, jefe de la 2ª División, es decir, de Andalucía. «Tengo que decirle —dijo Queipo— que ha llegado el momento de tomar una decisión: o está usted conmigo y con sus demás compañeros, o está con este gobierno que está llevando a España a la ruina.» Villa-Abrille era un republicano que había conspirado con Queipo en 1930; pero ahora él y su equipo fueron incapaces de decidirse, quizá porque temían que fracasara el alzamiento, como en 1932, y fueran enviados a una tórrida prisión colonial. Por lo tanto, Queipo los arrestó, y les ordenó que pasaran todos a la habitación contigua. Como no había llave, ordenó a un cabo que permaneciera ante la puerta y disparara contra cualquiera que intentara salir. Luego se dirigió a los cuarteles de infantería, esta vez acompañado sólo por su ayudante. Al llegar se quedó sorprendido al ver a las tropas formadas en el patio y provistas de armas. A pesar de todo, Queipo se dirigió al coronel, al que nunca había visto antes, y le dijo: «Estrecho su mano, querido coronel, y le felicito por su decisión de ponerse del lado de sus compañeros de armas en estos momentos en que se está decidiendo el destino de nuestra patria». «He decidido apoyar al gobierno», dijo el coronel. Queipo se fingió muy asombrado, y dijo: «¿Podríamos continuar esta conversación en su despacho?» Una vez dentro, el coronel mantuvo su postura, y Queipo le quitó el mando del regimiento. Pero ningún otro oficial quiso ocupar su puesto. Entonces Queipo envió a su ayudante a buscar a uno de los tres oficiales que habían estado con él desde el principio. Y se quedó solo

frente a aquellos oficiales que eran opuestos a él. Empezó a bromear con ellos, y ellos le dijeron que estaban escarmentados por lo que había ocurrido después del levantamiento de Sanjurjo, en 1932. Por fin, Queipo encontró un capitán dispuesto a hacerse cargo del regimiento. Entonces se dirigió al fondo de la habitación y gritó a los otros oficiales con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Son ustedes mis prisioneros!» Y ellos, dócilmente, se dejaron encerrar. A continuación, Queipo descubrió que en el regimiento sólo había 130 hombres. Sin embargo, aparecieron quince falangistas y se pusieron a sus órdenes. Eran una fuerza muy pequeña para apoderarse de una gran ciudad con una población de un cuarto de millón de personas. Afortunadamente para Queipo, el comandante del cuartel de artillería y sus oficiales acordaron apoyar al alzamiento. Se llevaron cañones de grueso calibre a la plaza de San Fernando y se cercó el gobierno civil, situado en la línea de fuego detrás del hotel Inglaterra. Al comenzar el bombardeo del hotel, en el cual se habían reunido varios guardias de asalto, una bomba alcanzó el gobierno y el gobernador civil telefoneó a Queipo y se rindió, con la condición de que se le perdonara la vida. (Se le perdonó, pero el gobernador civil, Varela, pasó muchos años en la cárcel.) Entonces, la guardia civil de Sevilla se sumó a la sublevación. A última hora de la mañana, el centro de la ciudad estaba en manos de Queipo. Entretanto, las organizaciones obreras se habían dado cuenta de lo que se preparaba. Radio Sevilla hizo un llamamiento a la huelga general, y pidió a los campesinos de los pueblos vecinos que acudieran a la ciudad para recibir armas. Pero el número de armas disponibles era muy reducido. Durante la tarde, los obreros construyeron barricadas en los suburbios. Fueron incendiadas once iglesias, y también la fábrica de sedas perteneciente al marqués de Luca de Tena, hombre

importante dentro de la conspiración. Luego, Queipo se apoderó de la emisora de radio. A las ocho de la tarde transmitió la primera de su famosa serie de arengas. Con una voz entonada por muchos años de beber jerez, declaró que España estaba salvada y que los canallas que resistieran al alzamiento morirían como perros.[431] Pero, al llegar la noche, Sevilla seguía dividida en dos. El vigoroso discurso de Queipo ayudó mucho a que Andalucía se sumara al alzamiento: otra innovación tecnológica —la radio— entraba a formar parte de la guerra. La radio desempeñó un papel esencial en el éxito parcial de los rebeldes en el alzamiento, a pesar de que las grandes emisoras —excepto radio Sevilla— permanecieron en manos del gobierno.

También el 18 de julio, el general Varela (liberado de la cárcel donde había languidecido desde abril) y el general López Pinto se sublevaron en Cádiz, aunque, al igual que en Sevilla, la victoria no fue inmediata.[432] En Córdoba, el gobernador militar, coronel Ciriara Cascajo, consiguió con la artillería la rendición de su colega civil, Rodríguez de León, un pesimista, a pesar de que las voces apremiantes que llegaban a través del teléfono desde el ministerio de la Gobernación, en Madrid, prometían enviar ayuda en un plazo de horas. La rebelión triunfó sin lucha en Algeciras y Jerez. En Granada, quedaron en tablas: el general Miguel Campins, gobernador militar, pronunció una alocución ante sus oficiales en la que condenaba la indignidad del alzamiento de Marruecos. Mientras, en las calles, los seguidores del Frente Popular, con los anarquistas, organizaron manifestaciones durante todo el día. Los conspiradores de la ciudad se mantuvieron a la expectativa, aunque escuchaban entusiasmados las emisiones de Queipo de Llano. En Jaén, donde no había guarnición, los falangistas y los requetés locales esperaban la señal, pero no ocurrió nada, porque el coronel al mando de la guardia civil, Pablo

Iglesias, se mantuvo leal a la República. Huelva, cerca de la frontera portuguesa, aunque aislada del resto de la España republicana por el alzamiento de Sevilla, se mantuvo en manos del Frente Popular. El general Pozas telefoneó desde el ministerio de la Gobernación, en Madrid, ordenando urgentemente al jefe de la guardia civil que enviara una columna a Sevilla, contra Queipo de Llano. El comandante Gregorio de Hato salió con una pequeña fuerza de guardias civiles, pero, al llegar a Sevilla, se pasó al bando de Queipo de Llano.

En Málaga, el general Patxot vaciló, y finalmente renunció a su intento de declarar el estado de guerra cuando le amenazaron por teléfono con un bombardeo de la escuadra. Los guardias de asalto permanecieron leales y lucharon contra una compañía de soldados que intentaba apoderarse de los principales edificios. Los obreros atacaron a los soldados por la espalda. Muchos soldados desertaron y el pueblo tomó las armas de los cuarteles. El comandante de la compañía fue linchado por la multitud.[433] Pero éste fue el último éxito del gobierno durante el día. Al atardecer, acababa en África, en Tetuán, la última resistencia republicana.[434] La lucha en África había sido encarnizada, y dejó huella en el ejército y en la población civil. El general en jefe del ejército de África, Gómez Morato, estaba en la cárcel, y el comandante de la zona oriental, Romerales, había sido fusilado. (El comandante de la zona occidental, general Capaz, un militar extraordinariamente competente que había conquistado Xauen en 1926, detestaba la rebelión, de manera que se había ido a Madrid, de permiso.[435]) En la Legión Extranjera, el inspector, coronel Luís Molina, fue destituido, junto con el comandante de la primera bandera, coronel Blanco Nova, y el comandante de la segunda bandera, Yagüe, se hizo cargo del mando general. De los cinco jefes de tropas nativas, tres (los coroneles Asensio,

Barrón y Delgado Serrano) se unieron al alzamiento; el cuarto, coronel Caballero, fue fusilado en Ceuta por negarse a sumarse a la rebelión, y el quinto, coronel Romero Bassart que se había opuesto al alzamiento en Larache, huyó al Marruecos francés, y de ahí a la península.[436]

El gobierno de Madrid se fue enterando de sus derrotas por teléfono, como en Marruecos; en lugar del gobernador civil o del gobernador militar, un oficial rebelde contestaba gritando altaneramente: «¡Arriba España!» También llegaron de este modo las noticias a los sindicatos y a los partidos políticos, que telefoneaban a sus camaradas de otras ciudades y descubrían que el enemigo controlaba, por ejemplo, la estación de ferrocarril o la oficina de correos. André Malraux describió vividamente estas conversaciones en su brillante novela *L'Espoir: «Alló, Ávila?», decía Madrid. «Comment ga va chez vous? Ici la gare.» «Va te faire voir, salaud! Vive le Christ-Roi» «á bientót. Salut!»*.[437] Durante todo el día, Casares continuó actuando como si conservara el dominio del país, y como si no hubiera necesidad de tomar medidas de emergencia. Celebró consultas con generales que él sabía leales a la República, aunque éstos y sus oficiales, particularmente los pertenecientes a la organización de oficiales radicales UMRA, estaban estableciendo contacto con los dirigentes de las milicias obreras. Una delegación de taxistas telefoneó al jefe del gobierno ofreciéndole 3.000 taxis para luchar contra los rebeldes. La UGT tenía 8.000 fusiles, ya distribuidos a las juventudes socialistas-comunistas, que ahora empezaban a abandonar sus puestos de trabajo para actuar permanentemente en las calles como policía política. Pero 8.000 fusiles no parecían suficientes para resistir a las guarniciones de Madrid y a los falangistas que las apoyarían, aunque todavía no sé veían señales de movimiento en ningún barrio de derechas. Ediciones especiales de *Claridad* y *El Socialista* pedían «armas para el

pueblo» en enormes titulares.[438] «¡Armas, armas, armas!» era el grito que entonaban todo el día las masas de jóvenes socialistas y comunistas por las calles adyacentes a la casa del pueblo, al ministerio de la Guerra y en la Puerta del Sol. Pero Casares seguía negándolas. Envió a Zaragoza al general Núñez de Prado, director general de aviación, para que intentara llegar a un compromiso con el general Cabanellas, masón, que estaba al mando de la 5ª División, acuartelada allí. Núñez de Prado dijo a Cabanellas: «Un cambio inmediato de ministerio satisfará todas las demandas de los generales y hará innecesario un alzamiento». A pesar de todo fue arrestado (y posteriormente fusilado, junto con su ayudante).

Entretanto, en Madrid, el gobierno se encontraba reunido en sesión permanente, aunque peripatética, en el ministerio de la Guerra, en el Palacio Nacional y más tarde en el ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol. Al atardecer, radio Madrid anunció que el alzamiento había sido aplastado en todas partes, incluso en Sevilla. Éste era el primer reconocimiento oficial de que algo no marchaba en la península. A esta noticia siguió la lectura de una serie de decretos por los que se desposeía de su mando a los generales Franco, Cabanellas, Queipo de Llano y González de Lara. A partir de entonces, las emisoras de radio de la capital pasaron a transmitir música estridente, en parte para calmar, y en parte para animar a la multitud expectante.[439] De vez en cuando, los aparatos de radio advertían: «¡Españoles! ¡Mantened la conexión! No apaguéis vuestras radios. Los traidores están haciendo correr bulos. Mantened la conexión».[440] Pero Casares, apoyado por Azaña, continuaba negándose a entregar armas a las masas. El jefe del gobierno, temido por las derechas, que lo consideraban revolucionario, pasó a convertirse en un reaccionario, odiado por las izquierdas. Por todas partes se repetía con

desprecio su apodo de «civilón», tomado del nombre de un famoso toro que se había negado a defenderse en la plaza. La España liberal había entrado en su agonía mortal. Sin embargo, el teniente coronel Rodrigo Gil, jefe del parque de artillería, simpatizante socialista, entregó a la UGT alrededor de 5.000 fusiles.[441] En cuanto a los conspiradores de Madrid, continuaban indecisos.

Durante el 18 de julio, el gobierno había hecho todo lo posible para responder a la victoriosa revolución de Marruecos. Incluso hizo bombardear Ceuta y Tetuán. Pero esto sólo sirvió para que el sultán y el gran visir aceptaran más fácilmente el cambio introducido por el coronel Beigbéder. Además, el bombardeo no causó ningún perjuicio desde el punto de vista militar. Asimismo, Casares Quiroga envió tres destructores de Cartagena a Melilla durante la mañana del 18 de julio. Durante el viaje, los oficiales oyeron el manifiesto de Franco radiado desde Las Palmas. Decidieron unirse a los nacionalistas. Al llegar a Melilla, recibieron órdenes de cañonear la ciudad. El capitán del destructor *Sánchez Barcáiztegui* explicó a sus hombres los fines del alzamiento, y luego les pidió su apoyo. Sus palabras fueron acogidas en medio de un silencio sepulcral, que fue interrumpido por un solo grito: «¡A Cartagena!» Este grito fue coreado por toda la tripulación del barco. Los oficiales fueron reducidos, y el *Sánchez Barcáiztegui* levó anclas para apartarse de la ciudad rebelde y dirigirse a alta mar. Antes de alejarse de la costa norteafricana, bombardearon Melilla y Ceuta. En el *Almirante Valdés* ocurrieron escenas similares. En cada barco, la tripulación formó un comité para que actuara en lugar de los oficiales. La postura del *Churruca*, el tercer destructor, se mantuvo equívoca durante algún tiempo.

En casi todos los barcos más importantes de la marina española, los oficiales se negaron a obedecer las órdenes del

ministro de Marina, Giral; él los destituyó por telégrafo, y dio la autoridad a los jefes de máquinas, que recibieron instrucciones para distribuir las armas. De aquí la reputación de Giral como asesino de los oficiales de Marina; pero él «no hizo más que seguir un procedimiento protocolario en una situación sin precedentes».[442] Sin embargo, su acción le valió una armada tan leal como ineficaz. La rebelión y la revolución en la armada tuvieron efectos debilitadores sobre ésta.

Así pues, los medios constitucionales de oposición al alzamiento constituyeron un fracaso. Esto ocurrió inevitablemente, dado que gran parte de las fuerzas de la ley y el orden —el ejército y la guardia civil— estaban con los rebeldes, que afirmaban ser ellos quienes representaban el orden, pese a estar fuera de la ley. La única fuerza capaz de resistir a los rebeldes era la de los sindicatos y los partidos de izquierdas. Pero, para el gobierno, utilizar esta fuerza significaba aceptar la revolución. No es sorprendente que Casares vacilara antes de dar este paso. Pero, en el punto al que habían llegado las cosas en España el 18 de julio por la noche, tal paso era también inevitable. En las ciudades donde habían tenido lugar alzamientos, en Marruecos y en Andalucía, quienes se habían opuesto a ellos habían sido los partidos revolucionarios de izquierdas. En realidad, en muchas poblaciones pequeñas la revolución se anticipó a la rebelión, porque cuando la noticia del alzamiento en Marruecos y Sevilla llegó a lugares donde no había guarnición militar, la reacción de las izquierdas, naturalmente, no fue la de esperar a que se les atacara.

Ahora iba a abatirse sobre España una ola de violencias, en la que iban a desahogarse las luchas acumuladas durante generaciones enteras. Merced a las dificultades, o a la carencia absoluta de comunicaciones, cada ciudad se iba a encontrar sola e iba a representar su propio drama, en un

aparente vacío. Pronto habría, no dos Españas, sino dos mil. Las diferencias geográficas dentro de España constituían un factor básico en la desintegración social del país. Los sentimientos regionalistas habían sembrado vientos, y ahora recogían tempestades. Cesó de existir un poder soberano y, en su ausencia, individuos y ciudades actuaron sin freno, como si estuvieran fuera de la sociedad y de la historia. Al cabo de un mes, miles de personas habían perecido arbitrariamente y sin juicio previo. Hubo obispos asesinados e iglesias profanadas. Cristianos «bien» educados pasaban las noches asesinando a campesinos analfabetos y a intelectuales sensibles. Estos hechos inevitablemente desencadenaron tales odios que, cuando por fin se restableció el orden, fue un orden basado únicamente en esa racionalización del odio que llamamos la guerra.

Casares Quiroga veía claramente las terribles perspectivas que se presentaban, mientras paseaba febrilmente por su despacho, cuyos dorados habían sido renovados recientemente, en el paseo de la Castellana. Su optimismo había resultado vano. Exhausto, decidió dimitir. El presidente Azaña también tenía una visión muy clara de los desastres que se avecinaban. Por lo tanto pidió a Martínez Barrio, el mago del compromiso, que formara un gobierno para intentar negociar con los rebeldes. Los hombres a los que pidió que fueran ministros a medianoche, entre el 18 y el 19 de julio, eran todos moderados. Entre ellos se contaban el abogado de centro Sánchez Román, dirigente del pequeño Partido Nacional Republicano, y dos de sus seguidores. Sánchez Román no había firmado el pacto del Frente Popular antes de las elecciones de febrero; y representaba la mejor esperanza del compromiso político que él defendía vigorosamente. Martínez Barrio esperaba que su nombre persuadiera a los rebeldes para abandonar sus planes. Pero este nombre fue acogido por las multitudes

que lo oyeron por las calles, retransmitido por radio Madrid, con gritos de «¡traición!». Otro nombre, el de Justino de Azcárate para el ministerio de Estado, era más popular, al tratarse de un sobrino del gran profesor de la Institución Libre de Enseñanza. Pero Azcárate estaba en León, y no en Madrid; y pronto sería prisionero de los rebeldes. Miles de trabajadores se dirigieron desde la casa del pueblo hacia la Puerta del Sol, a los gritos de «¡Sol, Sol, Sol!» y «¡armas, armas, armas!» Se intentó el compromiso. El general Miaja, jefe de la primera brigada de infantería de Madrid, al que Martínez Barrio había nombrado ministro de la Guerra y que era conocido como un bonachón militar republicano, telefoneó a Mola a Pamplona. Debió de serle difícil localizar a Mola, ya que éste pasó la mayor parte de la noche al teléfono, tratando de asegurarse de que sus oficiales rebeldes iban a desarrollar su plan tal como estaba previsto. Después de un intercambio de cortesías, Mola anunció rotundamente que estaba a punto de levantarse contra el gobierno. Azaña telefoneó a Miguel Maura, que entonces estaba veraneando en La Granja, para pedirle que tomara parte en una nueva coalición. Maura se negó y dijo que era demasiado tarde. De todos modos, Largo Caballero se habría negado a apoyar a un gobierno de centro. Prometió que, si se formaba un gobierno de este tipo, él «desencadenaría la revolución social».[443] Poco después, Martínez Barrio telefoneó a Mola para ofrecerle un puesto en el gobierno. «El Frente Popular no puede mantener el orden —respondió Mola—. Ustedes tienen sus seguidores y yo tengo los míos. Si yo acordase con usted una transacción, los dos habríamos traicionado nuestros ideales y nuestros hombres. Mereceríamos ambos que nos linchasen.»[444] Después de discutir un poco más, Mola dijo: «Lo que usted propone ahora es imposible. Pamplona está llena de carlistas. Desde mi balcón, sólo puedo ver boinas rojas. Todo el mundo está dispuesto para

la batalla. Si ahora digo a estos hombres que he llegado a un acuerdo con usted, la primera cabeza que caería sería la mía. Y a usted le ocurriría lo mismo en Madrid. Ninguno de nosotros puede controlar a sus masas». Colgaron los teléfonos y empezó la guerra. De manera que Mola fue en gran medida responsable del curso de los acontecimientos. Pero ¿cómo habría podido echarse atrás en el punto en que se encontraban las cosas? Si lo hubiera hecho, ¿no habría sido barrido por los carlistas? Al parecer, Mola se daba cuenta de que habría una guerra civil si fallaba el golpe; y Franco también. El vigor con que habló era la energía de un intelectual que veía venir una tormenta que había desencadenado él mismo. También fracasó una llamada similar de Martínez Barrio al general Cabanellas, a Zaragoza. [445]

Así que, al amanecer, después de esta noche en blanco del 18 al 19 de julio, se celebraron nuevas consultas entre Azaña, Martínez Barrio y los dirigentes socialistas Prieto y Largo Caballero. Los altavoces de radio Madrid no tardaron en anunciar que se estaba formando un nuevo gobierno que aceptaría «la declaración de guerra del fascismo al pueblo español». Esta administración, sin embargo, no fue nueva en absoluto. Con la diferencia de que el ministro de Marina, el profesor José Giral, se convirtió en jefe del gobierno; el general Pozas, jefe de la guardia civil, pasó a ser ministro de Gobernación; y el general Castelló, gobernador militar de Badajoz, se convirtió en ministro de la Guerra; el gabinete del 19 de julio fue el mismo que había habido antes del 18 de julio. Pero los socialistas, los comunistas e incluso los anarquistas declararon su apoyo a los ministros, y zanjaron formalmente sus diferencias.[446] Al parecer fue Giral quien, mientras Casares y Martínez Barrio todavía dudaban, insistió en que la única solución era entregar las armas a las organizaciones sindicales.[447] Por fin el nuevo gobierno dio

el irrevocable paso ante el que Casares Quiroga, constitucional hasta el fin, se había retirado. ¡El pueblo tendría armas! Miaja, comandante en jefe de la 1ª Brigada (y, por tan breve tiempo, ministro de la Guerra), dudó en llevar a cabo esta orden, pero el gobierno insistió.[448] El 19 de julio a la salida del sol camiones cargados de fusiles recorrieron rápidamente las calles de Madrid, dirigiéndose desde el ministerio de la Guerra hacia los centros de la UGT y la CNT, donde fueron recibidos por las masas que los esperaban (particularmente por una sección armada de las juventudes socialistas llamada «la Motorizada», porque disponía de automóviles y motocicletas) con indescriptible entusiasmo. Pero se planteó un grave problema. Se entregaron 65.000 fusiles, pero sólo 5.000 tenían cerrojo. Los 60.000 cerrojos restantes estaban en el cuartel de la Montaña. El ministro de la Guerra ordenó al coronel Serra, al mando del cuartel, que los entregara. Su negativa a hacerlo señaló el comienzo del alzamiento en Madrid.

Estas mismas órdenes, de distribuir todas las armas existentes, se comunicaron por teléfono a todos los gobiernos civiles de las provincias, aunque en muchos casos estas órdenes llegaron demasiado tarde: porque esto tenía lugar en el cálido amanecer del 19 de julio, justo cuando iba a surgir por toda España la segunda oleada de alzamientos. Fue también en este momento cuando Franco llegó por fin al suelo africano, a bordo del *Dragon Rapide*, siendo recibido por el coronel Sáenz de Buruaga en el mismo aeropuerto de Sania Ramel, en Tetuán, donde el día anterior habían sido reducidos los últimos republicanos, dirigidos por el propio primo de Franco, comandante de la Puente.[449] Simultáneamente, el *Churruca* desembarcaba en Cádiz la primera unidad del ejército de África que llegaba a la península: 200 regulares moros; y en aquel mismo momento, las tripulaciones de los buques de guerra que navegaban con

rumbo a Algeciras estaban a punto de sublevarse contra sus oficiales. Con razón más tarde, un revolucionario tan duro como el comunista «el Campesino» podría asombrarse de que en un sólo día hubiera habido tanta «sangre y guerra». [450]

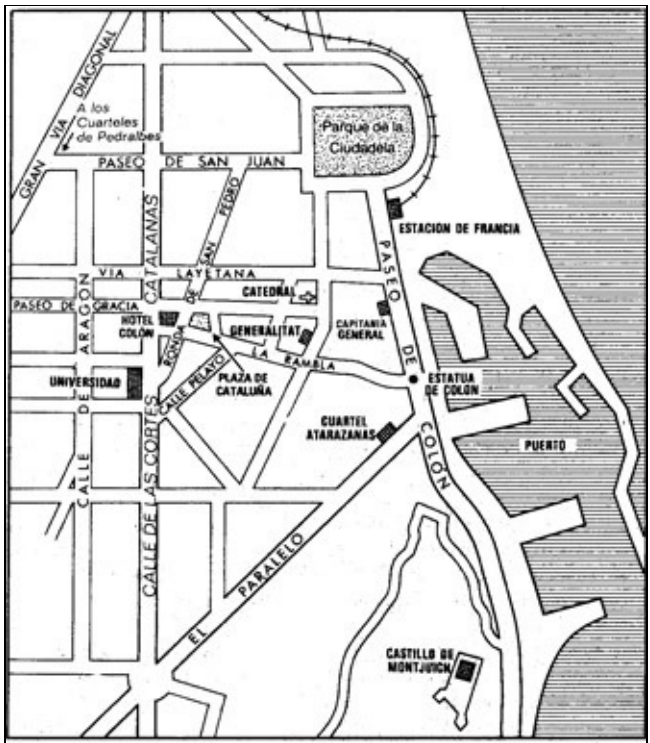
15

El 19 de julio. — La batalla de Barcelona. — Oviedo. — Las provincias vascas. — Zaragoza. — Pamplona. — Valladolid. — El alzamiento en Madrid. — Toledo y el Alcázar. — El fin en Barcelona. — La Coruña y El Ferrol. — La muerte de Sanjurjo. — Una línea divisoria.

La máxima batalla del 19 de julio se libró en Barcelona, que hasta entonces había permanecido tranquila. La noche anterior, esta magnífica ciudad había creído enloquecer por los rumores. Las multitudes se habían arremolinado desde la plaza de Cataluña, a lo largo de las sombreadas Ramblas, con sus bares y sus puestos de flores, hasta los muelles del puerto, junto a la Puerta de la Paz, en la que la estatua de Colón domina el Mediterráneo desde su elevada columna. El ágil Companys había encontrado documentos que evidenciaban las intenciones rebeldes del capitán López Varela, y los había enviado a Madrid por medio del diputado a Cortes más joven de la *Esquerra*, Ramón Casanellas. El general en jefe de la 4ª División, con base en Barcelona, Llano de la Encomienda, había advertido a sus oficiales que, aunque personalmente apoyaba al partido de Unión Republicana, si las circunstancias le obligaran a escoger entre dos movimientos extremistas, no vacilaría en apoyar al comunismo antes que al fascismo. Entre los que oyeron estas palabras estaban los dirigentes del alzamiento planeado para el día siguiente, incluido el general de

caballería Fernández Burriel, que había de tomar el mando hasta que llegara de Mallorca el general Goded. Su plan era que los 5.000 soldados, aproximadamente, que había en los diferentes cuarteles de la periferia de la ciudad convergieran en la plaza de Cataluña. Suponían que, después de esto, sería fácil dominar Barcelona. Pero los conspiradores no habían tenido debidamente en cuenta la falta de entusiasmo por la revuelta que sentían la guardia civil y los guardias de asalto, ni el número y la capacidad de combate de los obreros anarquistas, por lo menos en la ciudad. A última hora de la tarde del 18 de julio, Companys se negó a dar «armas al pueblo». A pesar de todo, la CNT tomó por asalto varios depósitos de armas, incluido el viejo buque prisión *Uruguay*, fondeado en el puerto, convocó una huelga general para el día siguiente, y se preparó para la lucha. Así, en un momento, los dirigentes anarquistas pasaron de su situación de delincuentes perseguidos a la de —¿cómo decirlo?— ciertamente no defensores de la democracia, sino «dirigentes de la Alianza Revolucionaria Antifascista». Llano de la Encomienda informó a Companys de que todo estaba tranquilo en las guarniciones. Pero el presidente no logró conciliar el sueño. A las dos de la madrugada, él y Ventura Gassol, el poeta que era su consejero de cultura, salieron a pasear por las Ramblas. Companys llevaba un sombrero flexible con el ala caída sobre los ojos, y su acompañante su habitual sombrero de alas anchas que le daba el aspecto de un violinista del siglo pasado. La brillante alegría de una noche de sábado del verano barcelonés fue dando paso lentamente a algo igualmente tradicional en esa ciudad: a un amanecer revolucionario. De repente, las multitudes dejaron de parecer compuestas por personas despreocupadas que disfrutaban del de semana, para convertirse en grandes grupos de obreros armados y, en los aparatos de radio, la música de baile dio paso a una serie de urgentes incitaciones

a la acción. A las cuatro de la mañana, Companys tuvo noticia de que tropas al mando del comandante López-Amor habían salido de los cuarteles de Pedralbes, al oeste de la ciudad, y se dirigían hacia la plaza de Cataluña.



8. Barcelona en julio de 1936

Los soldados habían sido despertados muy temprano en los cuarteles y habían recibido una generosa ración de coñac. A unos se les dijo que tenían que ir a aplastar un levantamiento anarquista, y a otros que iban a desfilar por la ciudad en honor de la «Olimpíada del Pueblo», un festival organizado por las izquierdas para oponerse a los Juegos Olímpicos oficiales que estaban a punto de iniciarse en Berlín.[451] En vista de los acontecimientos, la Olimpíada del Pueblo había sido cancelada la noche anterior, aunque ya

habían llegado unos miles de visitantes extranjeros. Para desconcertar al enemigo, los soldados recibieron órdenes de levantar el puño. Circularon planes detallados en los que se determinaba la comunicación entre los rebeldes, el tratamiento de los prisioneros, y la acción al llegar a su destino.[452] Pero las columnas de los rebeldes no llegaron a encontrarse, porque cada una de ellas tropezó con la resistencia de los anarquistas, los guardias de asalto y la guardia civil.[453]

La policía también era leal, y estaba dirigida por el coronel Frederic Escofet, quien, junto con el comandante Pérez Farras, había dirigido a los mozos de escuadra en 1934, en defensa de la Generalitat. Algunos sargentos habían permitido entrar a los anarquistas en los arsenales, y una gran fuerza de guardias de asalto, en una escena dramática, había cedido sus armas a los anarquistas que se las estaban pidiendo.[454] Una columna de infantería, al mando del comandante López-Amor, consiguió llegar a la plaza de Cataluña, y, una vez allí, se apoderó del edificio de la Telefónica mediante una estratagema, pero no pudo hacer nada más. Los oficiales que dirigían la rebelión fueron incapaces de hacer frente a la heterodoxia revolucionaria de sus oponentes; un segundo destacamento de artillería, por ejemplo, fue dominado por una columna de obreros armados que avanzó con los fusiles en alto pidiendo a los rebeldes, con «palabras apasionadas», que no disparasen. Luego instaron a los soldados a que volviesen los cañones contra sus propios oficiales. La mayoría de las batallas de Barcelona no fueron tan fáciles. Los secretarios de la Juventud Socialista Unificada de Cataluña (Francisco Graells) y de la juventud del POUM (Germinal Vidal), así como el secretario anarquista de Barcelona (Enrique Obregón), murieron a lo largo del día. Goded llegó de Mallorca en un hidroavión a última hora de la mañana, después de haber dominado la isla

sin disparar apenas un solo tiro. No consiguió inculcar suficiente valor a sus hombres ni convencer a la guardia civil para que se rebelara: el general Aranguren, jefe de la guardia civil, continuó afirmando que él sólo obedecería las órdenes de la Generalitat. El coronel Jacobo Roldán dijo a Goded que los soldados estaban luchando bien, pero que «sólo Dios sabe lo que ocurrirá cuando se enteren de que nos estamos alzando contra la República».[455] De todos modos, los soldados no pudieron montar su artillería. La lucha continuó durante todo el día. La plaza de Cataluña quedó cubierta de hombres y caballos muertos. El aeródromo de Barcelona se mantuvo leal gracias a su comandante, el coronel Díaz Sandino. Al atardecer, el viejo edificio de capitanía general, en el que Goded había instalado su cuartel general, junto al puerto, fue tomado por asalto. Goded (que, al parecer, se salvó de las iras de la multitud gracias a una famosa comunista de Barcelona, Caridad Mercader, la madre del futuro asesino de Trotsky) [456] fue capturado y se le hizo radiar un llamamiento a sus seguidores en el que, en un tono digno, aunque derrotado, les pedía que depusieran las armas, igual que había hecho Companys en la revolución de 1934: «La suerte me ha sido adversa y he caído prisionero; si queréis evitar que continúe el derramamiento de sangre, quedáis desligados del compromiso que teníais conmigo».[457] Goded habló así para impedir que sus seguidores de Mallorca enviaran la ayuda que antes les había pedido. La voz del general se oyó en toda España y dio ánimos a los republicanos. En las primeras horas de la noche, en Barcelona sólo resistían el cuartel de las Atarazanas, cerca del puerto, y el cuartel de San Andrés, con su arsenal, a unos kilómetros del centro de la ciudad.[458] En estas batallas, se disputaron los honores los anarquistas y las fuerzas de seguridad catalanas (tanto los guardias de asalto como los guardias civiles).

En el resto de España, el 19 de julio había sido un día tumultuoso, redaban aún muchos conflictos sin resolver. En Asturias, el regimiento de zapadores de Gijón resistió en el cuartel de Simancas, mandado por el gobernador militar, coronel Antonio Pinilla. En Oviedo, el centro de la revolución de 1934 y que, desde febrero de 1936, se encontraba en un estado permanente de efervescencia revolucionaria, se había planteado una situación muy curiosa. La ciudad se consideraba perdida para el alzamiento. Pero el coronel Antonio Aranda, jefe de la guarnición, que había adquirido en Marruecos la reputación de ser uno de los estrategas más inteligentes del ejército, primero se hizo pasar por «la espada de la República» ante el gobernador civil y los sindicatos. Insistió en que la situación no era tan grave como para requerir que se armara a los trabajadores: González Peña, que había dirigido el levantamiento asturiano de 1934, y Belarmino Tomás, el otro dirigente socialista de la provincia, se dejaron convencer por Aranda, cuya filiación política no era conocida. Por lo tanto, dando por supuesto que Oviedo estaba segura, cuatro mil mineros salieron en tren para Madrid. Y, entonces, a las cinco de la tarde, después de hablar con Mola por teléfono, Aranda declaró que estaba con los rebeldes. Le apoyaron los guardias de asalto, además de la Falange y la guardia civil. Pero el resto de Asturias le era hostil, y el 20 de julio se encontraría cercado estrechamente por una nueva fuerza de mineros.[459] Para ellos era ultrajante que Oviedo, el núcleo de la revolución de 1934, no estuviera con las izquierdas en la crisis más importante de 1936.

En la costa, Santander se mantuvo republicana sin lucha.[460] De las provincias vascas, la tercera y la situada más al sur, Álava, fue capturada sin dificultad por los rebeldes, dirigidos por el general Ángel García Benítez, ayudado por un viejo amigo de Franco, el coronel Camilo

Alonso Vega.[461] Pero el gobierno conservó las otras dos provincias vascas, Vizcaya y Guipúzcoa, con la misma facilidad. En Bilbao no hubo alzamiento. El comandante de la plaza, coronel Piñeiros, respondió negativamente a Mola cuando éste le pidió por teléfono que apoyara el alzamiento, y el dirigente socialista Paulino Gómez consiguió mantener el control. Los oficiales locales fueron destituidos, pero no asesinados.[462] En San Sebastián, el coronel Carrasco, gobernador militar, fue arrestado durante la mañana. Hacía poco tiempo que se había adherido a la conspiración, y Mola no se fiaba de él, a pesar de que era monárquico. Entretanto, Prieto telefoneaba incesantemente desde Madrid para asegurarse de que el Partido Nacionalista Vasco —en absoluto revolucionario— continuaría apoyando al gobierno. Pero no tenía necesidad de preocuparse. A mediodía, Bilbao, San Sebastián y todos los pueblos de la montaña y de la costa de las dos provincias habito realizado una especie de movilización general voluntaria. En las dos ciudades se establecieron juntas de defensa, fueron detenidas las personas prominentes de derechas y se requisaron sus automóviles. Los inspiradores de estas medidas fueron los políticos nacionalistas vascos, dirigidos por Manuel de Irujo. Los conspiradores militares vacilaban. Al final, una llamada telefónica de Mola animó al coronel Vallespín, que estaba en el cuartel de Loyola, en San Sebastián, a emprender la acción decisiva. Dos cañones de este cuartel fueron apuntados contra el edificio del gobierno civil, cuyos ocupantes huyeron todos, lo que permitió escapar al coronel Carrasco, que estaba detenido allí. Éste se estableció, con otro grupo de personas de derechas, en el hotel María Cristina. Además, los guardias civiles rebeldes se concentraron en el Gran Casino. Éste fue el momento en que la hermosa capital, veraniega de España pudo haber sido ganada para el alzamiento. Todo el mundo estaba nervioso. Cuando se oyó

un disparo de pistola a través de las antenas de radio San Sebastián, el locutor tuvo que explicar: «El disparo que acaban de oír ha sido causado por uno de nuestros compañeros a quien se le ha disparado la pistola al caer. No hay que lamentar ninguna víctima».[463] El coronel Vallespín retrasó su acción, pero el coronel Carrasco declaró el estado de guerra. Durante la noche, una columna republicana procedente de la cercana fábrica de armas de Éibar empezó a apoderarse de la ciudad.[464] En Galicia, no hubo acción alguna hasta el 20 de julio: los conspiradores, confusos ante el comienzo prematuro del alzamiento en Marruecos, se mantuvieron a la expectativa, y los representantes republicanos también. Esta región era estratégicamente importante puesto que poseía la base naval de El Ferrol y los dos puertos de La Coruña y Vigo.

Las principales victorias de los rebeldes el 19 de julio tuvieron lugar en el centro y el norte del país. En Burgos, la antigua capital de Castilla, una ciudad seria, reservada y conservadora, el alzamiento triunfó sin dificultad y sin que apenas se disparara un solo tiro. «Aquí son nacionalistas hasta las piedras», comentó orgullosamente en agosto la condesa de Vallellano al doctor Junod, de la Cruz Roja.[465] El coronel Marcelino Gavilán fue el espíritu animador de los rebeldes (el general Gonzalo González de Lara, gobernador militar, había sido detenido y trasladado a la cárcel de Guadalajara el día anterior). Gavilán arrestó al leal general Batet, de 64 años de edad (jefe de la 6ª División), y al igualmente leal general Julio Mena, que había sido subsecretario y enviado desde Madrid para ocupar el puesto de González de Lara. Antes las mujeres de los guardias civiles habían conseguido evitar que el gobernador civil entregara armas al pueblo, diciéndole que serían empleadas para matar a sus maridos. En esta ciudad había muchas personas prominentes de derechas, tales como Sáinz

Rodríguez y Goicoechea, para celebrar la victoria, que esperaban a Sanjurjo para formar parte de su gobierno.[466] En Zaragoza, las tropas salieron a la calle al amanecer, y tenían dominados los puntos principales de la ciudad antes de que los sindicatos pudieran organizar ninguna resistencia.[467] Las poderosas fuerzas de la CNT «perdieron demasiado tiempo hablando con el gobernador civil».[468] En el resto de Aragón, Huesca y Jaca fueron dominadas, con la misma facilidad, aunque en la antigua Barbastro, cerca de la frontera catalana, el jefe de la guarnición, coronel José Villalba, que al parecer había dicho anteriormente que apoyaría el alzamiento, decidió apoyar a los republicanos. (Mola explicó más tarde, en radio Burgos, que Villalba había pedido 100.000 pesetas como soborno para sublevar Barbastro y ponerla en manos de los rebeldes.)[469] En Teruel, la capital de la provincia más meridional de Aragón, el dirigente de los rebeldes declaró el estado de guerra ante siete soldados solamente. El gobernador civil lo anuló, pero los guardias civiles y los guardias de asalto se sumaron al alzamiento. La huelga general que vino a continuación no bastó para impedir el sangriento éxito de los rebeldes.[470]

En Navarra, nunca existió la menor duda respecto a la victoria nacionalista. Mola declaró el estado de guerra en Pamplona con el apoyo entusiasta de los 6.000 requetés carlistas que se le habían prometido, e inmediatamente quedó en sus manos toda la provincia. Las escenas de entusiasmo religioso combinado con ardor guerrero fueron comparables a las que tenían lugar en Navarra durante las guerras carlistas del siglo XIX. Viejos y jóvenes, tocados con sus boinas rojas, llegaron a Pamplona desde los pueblos próximos, cantando todos el antiguo himno carlista *Oriamendi* y pidiendo armas. Ninguno sabía, y a nadie le importaba, que el pretendiente, Alfonso Callos, había prohibido que se sumaran al alzamiento si no recibían

garantías políticas más explícitas que las que había dado Mola. Mola sólo tenía 1.200 fusiles del arsenal de Pamplona para entregar, pero pronto le enviaron de Zaragoza otros 10.000, para completar el armamento de los carlistas. El comandante Rodríguez Medel, jefe de la guardia civil de Pamplona, había apoyado al Frente Popular, pero había sido asesinado por sus propios hombres la tarde anterior.[471] El entusiasmo por la guerra era tan grande que el periódico de Pamplona *Diario de Navarra* salió con idénticos titulares dos días consecutivos.[472] El comandante Martínez de Campos, del cuerpo de artillería, recordaba cómo empezaron a llegar camiones de los pueblos próximos y lejanos, alquilados por los alcaldes. Cada camión, al dar la vuelta a la plaza mayor de Pamplona, recibía una ovación de las multitudes que, al son de las cornetas, se apiñaban en los balcones engalanados con bandera.[473] Entonces Mola se preparó para enviar hacia el sur a algunos de sus hombres.

En Valladolid, esa otra ciudad catedralicia de la llanura castellana, el general Andrés Saliquet, un militar conservador, de grandes bigotes, que había ofendido a Azaña, y el general Miguel Ponte, un incansable conspirador monárquico, se presentaron inesperadamente en el despacho del jefe de la división, general Nicolás Molero, masón y ministro de la Guerra en el gobierno del desafortunado Pórtela, y le pidieron que se adhiriera a su causa. Los rebeldes concedieron a su compañero de armas un cuarto de hora para reflexionar, y se retiraron a una habitación contigua. A medida que pasaban los minutos, podía oírse en la calle el comienzo de las luchas entre falangistas y obreros. De pronto, el general Molero abrió la puerta de par en par y gritó: «¡Viva la República!» Uno de sus ayudantes abrió el fuego. Siguió una breve lucha, murieron dos oficiales jóvenes de cada bando, pero los rebeldes quedaron victoriosos. Se llevaron a Molero, que más tarde fue

condenado a muerte por «rebelión», aunque en realidad se limitó a pasar muchos años en la cárcel. En la ciudad, los obreros ferroviarios lucharon valerosamente todo el día contra sus bien armados enemigos, entre los que se contaban guardias civiles, guardias de asalto, paisanos y falangistas. La casa del pueblo no llegó a rendirse y fue arrasada hasta los cimientos. Sin embargo, al anochecer, Valladolid había sido conquistada. Luís Lavín, el gobernador civil, que había sido nombrado por Casares Quiroga para controlar el fascismo en la ciudad, se vio abandonado por todo su equipo. Subió a su automóvil e intentó huir a Madrid. Lo apresaron y lo devolvieron prisionero a su propia casa, donde ya se había instalado el general Ponte.[474]

De las demás ciudades de Castilla la Vieja, Segovia fue conquistada para los rebeldes sin derramamiento de sangre, lo mismo que Salamanca y Ávila, donde fueron liberados de la cárcel muchos falangistas, entre los que estaba Onésimo Redondo. Zamora y Palencia también fueron capturadas rápidamente, aunque en ambas ciudades los militares, la guardia civil y los políticos de derechas pasaron varios días con el alma en vilo, a causa de los rumores de la probable llegada de un tren lleno de mineros, que en realidad regresaron a mitad de trayecto para luchar contra Aranda en Oviedo. Pero a León sí que llegaron 2.000 mineros, pidiendo armas. El gobernador militar, general Carlos Bosch, accedió a darles lo que querían a condición de que abandonaran la ciudad: les entregó 200 fusiles y 4 ametralladoras. Y León no se sublevó hasta el día siguiente, cuando los mineros estaban ya muy lejos, en dirección a Madrid.[475] En Extremadura, Cáceres y su provincia fueron dominadas por el alzamiento, pero Badajoz, gracias a la lealtad de la guarnición, al mando del general Luís Castelló (el nuevo ministro de la Guerra), se mantuvo republicana. En Castilla la Nueva y la Mancha sólo hubo un éxito rebelde: Albacete, dominada por la guardia

civil. En cuanto a la situación de Andalucía el 19 de julio, Queipo de Llano afianzó su posición en Sevilla, mientras los suburbios seguían en manos de la clase obrera. En las ciudades andaluzas donde el alzamiento había triunfado por lo general el 18 de julio, continuaban las luchas esporádicas, y para los nacionalistas de Cádiz y Algeciras fue un gran alivio la llegada de unidades de moros del ejército de África, que habían atravesado el Estrecho en el destructor *Churruca*, en medio de la oscuridad, ante las mismas narices de los barcos republicanos. El equilibrio inestable de Granada persistió todo el día. Castelló telefoneó desde el ministerio de la Guerra al general Campins, gobernador militar, ordenándole que organizara una columna para dirigirse contra Córdoba. Pero dos coroneles antiguos de la guarnición respondieron que era poco probable que los oficiales accedieran a mandar aquella columna. Otro coronel, aludiendo a la huelga general que se acababa de iniciar, declaró que Granada ya estaba en manos de los marxistas. Campins sugirió que las milicias del Frente Popular se encargaran de organizar la expedición que exigía Madrid. En primer lugar, se dirigió a los cuarteles de artillería y anunció a los oficiales reunidos allí: «Señores, vamos a deshacer equívocos. El alzamiento militar ha fracasado totalmente. Yo espero de ustedes que se dejen de fantasías y guarden absoluta fidelidad al gobierno de la República [...]. Tengo orden del ministro de la Guerra para que se entreguen las armas depositadas en esta guarnición». Sus palabras fueron acogidas por un silencio que él interpretó como señal de asentimiento. Pero a medianoche los milicianos todavía seguían sin armar.[476]

En Valencia existía un equilibrio similar. A media mañana, cuando llegaron las malas noticias de Barcelona, todo estaba dispuesto para el alzamiento, con el apoyo asegurado de varios miles de paisanos. El general González

Carrasco, que había llegado de Madrid para dirigir a los rebeldes, vaciló, cosa que enfureció al comandante Barba, principal organizador de la conspiración allí (era el jefe nacional de la UME). El gobernador militar, general Martínez Monje, que había pasado unos meses intentando encender una vela a Dios y otra al diablo, también vacilaba. El gobernador civil dimitió. El líder de la CEDA en la ciudad, el voluble vicepresidente del movimiento, Luís Lucia, que había pasado del regionalismo al insurreccionismo, condenó el alzamiento, con lo cual impidió que éste contara con el apoyo activo de la clase media, que tanto lo había facilitado en otros sitios.[477] Los trabajadores valencianos, dirigidos por los obreros portuarios anarquistas, se estaban agrupando en las calles. El colegio de Santo Tomás de Villanueva y la iglesia de los Santos Juanes fueron saqueados e incendiados. Los generales continuaban vacilando, mientras que algunos oficiales izquierdistas de la guardia civil, dirigidos por el capitán Manuel Uríbarri, empezaron a distribuir armas. De manera que, al anochecer, la pelota seguía en el tejado.[478] Esta incertidumbre se reflejó a lo largo de la costa, en Alicante, Almería y Gandía. Pero no quedó la menor duda sobre el éxito del Frente Popular más al sur, y en todos los lugares de Andalucía donde no había habido alzamiento el 18 de julio. Al caer la noche, esta parte de España tan maltratada por la pobreza ardía en las llamas de la revolución.

En las Baleares, mientras Mallorca quedó asegurada para los rebeldes gracias a Goded, los cabos, sargentos y soldados de la guarnición de Menorca impidieron que triunfara el alzamiento que allí dirigió el general José Bosch.[479] Éste, al caer la noche, había proclamado el estado de guerra en el puerto de Mahón, pero fue estrechamente sitiado. En Ibiza, y en las demás islas pequeñas de las Baleares, triunfó el alzamiento. Hablar de la política de este

archipiélago nos lleva naturalmente a referirnos a la situación de la armada.

Durante el agitado amanecer del 19 de julio, los cruceros *Libertad* y *Miguel de Cervantes* navegaban hacia el sur, procedentes de El Ferrol. Habían sido enviados por el gobierno para que trataran de impedir que el ejército de África atravesara el estrecho de Gibraltar, Más tarde, el único acorazado español en buen estado para navegar, el *Jaime I* (el *España* estaba en El Ferrol, en plena reparación), también zarpó de Vigo con rumbo al sur. En todos estos barcos, en el destructor *Churruca*, que ya había desembarcado en Cádiz un cargamento de moros, y en todos los buques de guerra anclados en Cartagena, se produjeron los mismos hechos revolucionarios que en los tres destructores enviados a Melilla el día anterior: esto es, los hombres, estimulados por los mensajes que radiaba el ministerio de Marina desde Madrid, que iban dirigidos a ellos, y no a sus oficiales, redujeron, hicieron prisioneros y, en muchos casos, mataron a los oficiales que les parecían desleales.[480] Las luchas más violentas tuvieron lugar en el *Miguel de Cervantes*, cuya oficialidad, en alta mar, resistió hasta el último hombre contra la tripulación del barco. (A la lacónica pregunta de qué harían con los cadáveres —planteada por el comité de la tripulación que se hizo cargo del mando del barco—, el ministerio de Marina contestó: «Arrojad los cuerpos por la borda con respetuosa solemnidad».)[481] En cambio, a bordo del *Jaime I* hubo poca lucha, y su capitán conservó el mando. Así que, el 19 de julio a última hora de la tarde, en aguas gibraltareñas se reunía una extraordinaria escuadra, dirigida por comités elegidos por las propias tripulaciones, para impedir el acceso del general Franco al sur de España. Sin embargo, el cañonero *Dato*, que permanecía bajo el control de sus oficiales, consiguió pasar un segundo grupo de regulares a través del

Estrecho al anochecer del día 19 de julio, mientras parte de la quinta bandera de la legión llegaba a Sevilla en tres aviones Breguet que por casualidad estaban en Marruecos.

En Madrid continuaba la confusión entre los conspiradores. Mola no había conseguido coordinar los diversos elementos que allí eran hostiles a la República: los oficiales del ejército que rodeaban a Fanjul, los de la UME y los falangistas. No se sabía si el general Miaja, el jefe de la brigada de infantería, y por breve tiempo ministro de la Guerra, estaba o no con los rebeldes. Algunos decían que era miembro de la UME, y había quienes recordaban que había sido el primer capitán de Mola, en Marruecos. En el último minuto, todavía no estaba claro siquiera quién dirigía el alzamiento en Madrid, si el políticamente activo Fanjul, o García de la Herrán, el general al mando del regimiento de Carabanchel.[482] Además faltaba el «nervio» de la conspiración, el coronel Galarza, «técnico» y coordinador del plan, que había sido arrestado. Por lo tanto, el jefe nominal de la rebelión en Madrid, general Villegas, decidió que la carga era excesiva para sus fuerzas, y el general Fanjul, diputado que había sido subsecretario de la Guerra con Gil Robles, pasó a ocupar su puesto. Llegó al cuartel de la Montaña por la tarde. En este gran edificio de planta irregular, situado al oeste de Madrid, que domina el valle del tranquilo río Manzanares, y al mando del cual estaba el coronel Francisco Serra, se habían ido reuniendo también durante el día oficiales de otros cuarteles de Madrid y bastantes falangistas. El general Fanjul les hizo un discurso sobre los objetivos políticos del alzamiento, y sobre su legalidad. Luego los rebeldes intentaron lanzarse a las calles de la capital. Pero para entonces yá se había reunido ante las puertas del cuartel una inmensa multitud, organizada por la UGT y la CNT y los partidos políticos, muchos de cuyos componentes iban armados con los fusiles de la UGT o con

aquellos 5.000 que tenían cerrojo, de los que había entregado el gobierno. La densidad de la multitud impidió salir a los rebeldes. Por lo tanto, recurrieron a disparar con ametralladoras. La multitud se replegó; pero no ocurrió nada más hasta la mañana siguiente. Entretanto, aquella noche, Dolores Ibárruri, «la Pasionaria», hizo el primero de sus numerosos y violentos discursos por la radio, pidiendo a los «obreros, campesinos, antifascistas y patriotas españoles» que no permitieran la victoria de «los verdugos de Asturias»: *No pasarán*, esta consigna con resonancias de Verdón, se repetiría incesantemente durante los meses siguientes.

Durante la noche del 19 al 20 de julio, en Madrid fueron incendiadas cincuenta iglesias. Los partidos obreros, dirigidos por unidades de milicianos, de las cuales la más importante era la MAOC (la milicia comunista), tenían el control efectivo de la capital, mientras los republicanos leales consolidaban su posición en los ministerios, particularmente en el ministerio de la Guerra. El 20 de julio, una multitud mayor aún que la que se había reunido la víspera se congregó en la plaza de España. Los gritos de «¡muerte al fascismo!» y «¡todos en ayuda de la República!» se sucedían con exultante monotonía. Se interpretó entusiásticamente que la lanza de Don Quijote, cuya estatua se alza en el centro de la plaza, señalaba al cuartel de la Montaña.[483] Esta fortaleza fue bombardeada durante cinco horas. Entre las armas que se emplearon para el asalto se contaban la aviación y tres piezas de artillería (arrastradas por un camión de cerveza). Los altavoces animaban a los soldados que estaban en el interior del cuartel a rebelarse contra sus jefes. En el interior, Fanjul, aunque confiado, con 2.000 soldados y unos 500 monárquicos y falangistas, no tenía ningún medio para comunicarse con las demás guarniciones de Madrid. En aquellos momentos, las

guarniciones sólo podían comunicarse por medio de señales hechas por encima de los tejados. A pesar de todo, de esta forma Fanjul imploró al general García de la Herrán, que estaba en el suburbio de Carabanchel, que enviara fuerzas para liberarle. Pero ya era imposible que llegara ningún refuerzo. Si se considera retrospectivamente, fue un error fatal retirarse al cuartel de la Montaña de esta manera; Fanjul confiaba en esperar ayuda allí, pero fue directo al desastre. A las diez y media, Fanjul y el coronel Serra, el jefe de la guarnición del cuartel, se encontraban heridos. La caída de una bomba en el patio, arrojada por un Breguet XIX leal, de la base aérea de Getafe, minó la resistencia de los rebeldes. La artillería también estaba siendo eficaz. Media hora más tarde, en una ventana de la fortaleza apareció una bandera blanca. La multitud avanzó para recibir la esperada rendición. Pero fue recibida con fuego de ametralladoras. Este hecho se repitió dos veces más, enloqueciendo de furor a los atacantes. Probablemente esto se debió más a la confusión reinante entre los defensores que a una decisión premeditada. Algunos de los soldados querían rendirse, y, por lo tanto, estaban dispuestos a traicionar a sus oficiales. Finalmente, pocos minutos antes del mediodía, la gran puerta del cuartel cedió ante los repetidos asaltos. La multitud penetró violentamente en el patio, donde, durante unos momentos, todo fue histeria y una gran carnicería. De repente, un miliciano apareció en una de las ventanas exteriores y empezó a tirar fusiles a la multitud que todavía estaba en la calle. Un gigantesco revolucionario se creyó en el deber de arrojar, uno tras otro, a los oficiales desarmados, que gritaban de terror, desde la galería más alta del cuartel a la desenfrenada masa que se acumulaba en el patio. La carnicería que se produjo a continuación escapa a toda descripción. Murieron varios centenares de los defensores, entre ellos Serra. Los que se salvaron fueron amontonados

en la Cárcel Modelo, muchos de ellos sin recibir la cura más elemental de sus heridas. El general Fanjul pudo ser sacado de allí con dificultad para ser juzgado por rebelión. También pudo evitarse la entrega a las masas de las preciosas reservas de cerrojos y municiones, que fueran llevadas al ministerio de la Guerra por los guardias de asalto, una de cuyas unidades en Madrid, dirigida por el comandante Ricardo Burillo, era plenamente leal (las otras dos unidades no eran tan seguras).[484]

Los victoriosos atacantes se dirigieron luego a la Puerta del Sol. Sin embargo, allí su desfile victorioso fue interrumpido por disparos procedentes de toctos partes. Una unidad de guardias de asalto desalojó las casas que rodeaban la plaza, mientras la gente permanecía echada boca abajo en el suelo. En cuanto a las demás guarniciones de Madrid, los oficiales del cuartel de ingenieros de El Pardo se dirigieron hacia el norte, en dirección a Segovia, diciendo a los hombres que iban a combatir contra el general Mola. Entre los soldados así engañados se encontraba el hijo de Largo Caballero, que pasó en la cárcel el resto de la guerra. En el suburbio de Getafe, los oficiales de aviación leales al gobierno aplastaron un intento de sublevación en la base aérea, en el que fue asesinado como mínimo un oficial leal; en el de Carabanchel, el cuartel de artillería también fue dominado por oficiales leales, junto con unidades de milicianos, después de que el coronel, Ernesto Carratalá, uno de los fundadores del grupo de oficiales republicanos UMRA, fuera muerto por su plana mayor por intentar entregar armas a los milicianos. El general García de la Herrán murió a manos de sus propios soldados, por el motivo contrario.

Las guarniciones cayeron, una tras otra.[485] Los comunistas «la Pasionaria» y Líster acudieron al cuartel de infantería nº 1 y, simplemente a base de elocuencia, consiguieron ganar a los soldados, bastante escépticos al

principio, para la causa del gobierno.

Instantes después, milicianos armados apresuradamente, junto con elementos de la desmoralizada guardia civil y de los guardias de asalto y con lo que quedaba del ejército, se dirigieron en taxis, camiones o automóviles privados requisados, hacia el sur, en dirección a Toledo, y hacia el nordeste, camino de Guadalajara. Porque en estas dos ciudades próximas a Madrid el alzamiento había tenido éxito, temporalmente. En Toledo, la superioridad numérica de las tropas dirigidas por el general Riquelme, a las que se sumaban los milicianos, obligó a un grupo de rebeldes, dirigidos por el coronel José Moscardó, gobernador militar y director de la escuela central de gimnasia del ejército, a replegarse al Alcázar, mitad fortaleza, mitad palacio, situado en lo alto de una colina que domina la ciudad y el río Tajo, y que, desde el siglo XIX, era la escuela donde se formaban los oficiales de la infantería española. Moscardó resistió a todos los intentos que realizaron el ministerio de la Guerra y el gobierno para convencerle de que se rindiera. Finalmente, se encerró allí dispuesto a defenderse con unos 1.300 hombres de los cuales 800 eran miembros de la guardia civil, 100 oficiales, 200 falangistas o militantes de otros partidos de derechas, y seis cadetes de la Academia (qué entonces se encontraba en vacaciones de verano). El coronel se llevó consigo también a 550 mujeres y 50 niños, la mayoría familiares de los defensores, y otros, simplemente habitantes de Toledo. Finalmente, también se llevó consigo a Manuel González López, el gobernador civil, «con toda su familia, y cierto número de personas de izquierdas (unas cien) para que le sirvieran de rehenes».[486] La guarnición estaba bien provista de municiones procedentes de la cercana fábrica de armas, aunque iba escasa de alimentos.

En cuanto a los milicianos que se dirigieron a

Guadalajara, conquistaron rápidamente tanto esta ciudad como Alcalá de Henares, aunque los oficiales de Guadalajara se defendieron valerosamente bajo las órdenes de los generales Barrera y González de Lara.[487] En todas estas batallas, aparecieron nuevos líderes; así se dieron a conocer los jefes anarquistas Cipriano Mera, David Antona y Teodoro Moro, todos ellos albañiles de oficio y convertidos en luchadores callejeros por la fuerza de las circunstancias; comunistas como Enrique Líster, Juan Modesto y «el Campesino»; o estudiantes socialistas como Manuel Tagüeña; o militares maduros, cuya hora parecía haber pasado, como el brillante literato coronel Mangada; el comandante Jurado, un experto oficial de artillería; o el coronel Arturo Mena, otro militar leal de más de sesenta años.

La victoria sobre el alzamiento significó, en Madrid y sus alrededores, como en el resto de la España republicana, el comienzo de la revolución. Ahora empezaron a aparecer grandes retratos de Lenin junto a los de Largo Caballero en los carteles de la Puerta del Sol. Manuel Azaña continuaba aún, sombrío y horrorizado, en el Palacio Nacional, sus amigos conservaban aún las carteras del gobierno; pero, en la calle, mandaban «las masas». La UGT, dirigida por los socialistas, era el auténtico cuerpo ejecutivo de la capital. Empleando como agentes a las juventudes socialistas-comunistas, se encargó de mantener todo el orden que fuera posible. Así pues, el sindicalismo se había apoderado de Madrid a consecuencia de un gran alzamiento anti-sindicalista. Para los trabajadores, el 20 de julio fue un día de triunfo. Pero, al anochecer, fueron cometidos muchos asesinatos por milicianos irresponsables. Dos oficiales republicanos, el coronel Mangada y el comandante Luis Barceló, establecieron además tribunales sumarísimos en la Casa de Campo para juzgar a los oficiales detenidos en los

cuarteles rebeldes; hombres a los que, en muchos casos, habían conocido, y odiado, durante toda su carrera militar. Por la tarde y por la noche empezaron las primeras ejecuciones, en cumplimiento de las sentencias de aquel tribunal tan poco propicio. Hubo asesinatos en todos los barrios, fueron incendiadas las casas de los ricos, mientras los clubs, hoteles y edificios públicos se llenaban de revolucionarios.

En Barcelona, el alzamiento también había sido plenamente dominado al atardecer del 20 de julio. El cuartel de San Andrés, el principal arsenal de Barcelona, se rindió a los anarquistas durante la noche, dejando en sus manos unos 30.000 fusiles (la víspera, ellos sólo tenían 200).

Luego también se rindió a los anarquistas el cuartel de las Atarazanas, a la una y media, después de una prolongada batalla. El anarquista Francisco Ascaso murió en el asalto. El hermano de Mola, capitán Ramón Mola, se había suicidado durante la noche. Habían muerto más de 500 personas, de las cuales más de 200 eran «antifascistas», y habían resultado heridas 3.000 en los días que había durado la batalla.[488] Inmediatamente, el presidente Companys recibió la visita de los dirigentes anarquistas, al frente de los cuales iban García Oliver, Abad de Santillán y Durruti. Aquellos formidables hombres de la violencia se sentaron ante Companys con los fusiles entre las rodillas, las ropas todavía polvorientas tras la lucha, y el corazón oprimido por la muerte de Ascaso.

Entonces, Companys les dijo lo siguiente: «Ante todo, he de deciros que la CNT y la FAI no han sido nunca tratadas como se merecían por su verdadera importancia. Siempre habéis sido perseguidos duramente, y yo, con mucho dolor, pero forzado por las realidades políticas, que antes estuve con vosotros,[489] después me he visto obligado a enfrentarme y perseguiros. Hoy sois los dueños de la

ciudad». Hizo una pausa, y luego habló en tono desaprobador del papel representado por su propio partido en la derrota del alzamiento: «Si no me necesitáis —continuó — o no me queréis como presidente de Cataluña, decídmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Si, por el contrario, creéis que en este puesto, que sólo muerto hubiese dejado ante el fascismo triunfante, puedo, con los hombres de mi partido, mi nombre y mi prestigio, ser útil en esta lucha [...], podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político que está convencido de que hoy muere todo un pasado de bochorno, y que desea sinceramente que Cataluña marche a la cabeza de los países más adelantados en materia social».[490]

Naturalmente, los rebeldes se habían sublevado contra el gobierno, y las fuerzas de seguridad regulares habían sido en gran parte las responsables de su derrota.[491] Pero el número total de guardias civiles y de asalto, igual que el de rebeldes, quizá fuera sólo de 5.000, y ahora los anarquistas tenían un número de hombres armados seis veces superior. La lealtad de las fuerzas de seguridad no era incuestionable. Así que Companys se encontraba en una posición difícil, pero su inteligente alocución planteó un agudo problema a los dirigentes anarquistas. Probablemente estaban en condiciones de poder establecer el «comunismo libertario», por lo menos en Barcelona. ¿Qué era mejor? ¿Establecerlo? ¿O colaborar con el gobierno catalán? Para la primera opción tal vez fuera necesario luchar más, o como mínimo, prescindir de la opinión de muchos republicanos, nacionalistas catalanes, socialistas y comunistas, y poner en peligro la vida de los anarquistas de otras sitios de España, donde la CNT era mucho más débil. La segunda opción era un compromiso con el Estado, prohibido por su experiencia pasada y por sus objetivos a largo plazo. No sin vacilaciones, escogieron la segunda alternativa.[492] Las exigencias de la

guerra ya les habían hecho ceder en el principio de la abolición del gobierno.

Pero, en realidad, ¿tenía Companys que hablar tan humildemente? ¿No podría haber restablecido la autoridad del Estado catalán y español con un despliegue efectivo de las fuerzas del orden leales a las órdenes de los generales Llano de la Encomienda y Aranguren? ¿O esperaba aprovecharse de la confusión para garantizar de una vez para siempre, con la ayuda anarquista, la separación de Cataluña de España? Probablemente éste era su plan. Entretanto, para coordinar el poder anarquista en la ciudad con el de otras organizaciones, se creó el llamado Comité de Milicias Antifascistas de todos los partidos de Barcelona, y Companys introdujo a los diferentes grupos en la Generalitat inmediatamente después de la conversación que acabamos de describir. El comité se reuniría todas las noches, y se componía de tres representantes de la UGT, tres de la CNT, tres de la *Esquerra*, dos de la FAI, uno de los comunistas (PSUC),[493] uno de *Acció Catalana*, uno del POUM, y uno de los *rabassaires*.[494] Este organismo, dominado al principio por sus miembros anarquistas, se convirtió en el auténtico gobierno de Barcelona después de la derrota del alzamiento.[495] Aunque hubo casos aislados de simpatizantes de los rebeldes que dispararon ocultos contra los milicianos, la principal actividad del comité consistió en preparar las milicias que habían de marchar contra Zaragoza y organizar la revolución en Barcelona. Para todo esto, ni Companys ni el Comité de Milicias Antifascistas consultaron con el gobierno central.

En Granada, finalmente terminó la indecisión el 20 de julio. El general Pozas telefoneó desde Madrid instando al gobernador civil a una «resistencia desesperada y sangrienta» contra la menor manifestación de alzamiento militar. Los coroneles Muñoz y León lo estaban preparando.

El general Campins cometió la imprudencia de realizar una segunda visita al cuartel de artillería, y allí fue acusado de traidor por uno de sus propios capitanes. Con gran asombro, se enteró de que todos los oficiales de la guarnición, la guardia civil y la guardia de asalto estaban con los rebeldes. Campins dio media vuelta para marcharse, pero le cortaron el camino. Su ayudante le sugirió que firmara la declaración de estado de guerra. Y así lo hizo, después de ir al cuartel de infantería y comprobar que también allí los oficiales estaban con los rebeldes. Entonces, las tropas de la guarnición de Granada recibieron la orden de lanzarse a las calles de la ciudad.

Pero su jefe no fue el general Campins, que fue encarcelado, sino el coronel Muñoz. Ocuparon la ciudad. Las multitudes, que estaban desarmadas, se dispersaron al llegar los militares ante el ayuntamiento, y el gobernador civil y sus colaboradores fueron detenidos sin resistencia. En esta conquista del centro de la ciudad sólo murió un soldado nacionalista. Por la noche, sólo resistía el barrio obrero de El Albaicín, situado debajo de la Alhambra. Tardarían algunos días en reducirlo, y los obreros sufrirían innumerables bajas, [496]

En Valencia, la situación de incertidumbre continuó todavía algunos días, aunque, a partir del 20 de julio, la balanza se inclinó firmemente del lado de la República. El diputado local, Carlos Esplá, junto con Mariano Gómez, el primer magistrado de Valencia, lograron convencer al general Martínez Monje, jefe de la 3ª División, con base en la ciudad, para que se mantuviera leal al gobierno. Sin embargo, durante un día o dos, este general estuvo dudando sin saber qué hacer, a pesar de que los conspiradores no se habían puesto en contacto con él. Entretanto, los cuarteles de la ciudad habían sido sitiados por miles de trabajadores. El qué teóricamente había de ser el principal conspirador, a

saber, el general González Carrasco, tras ocultarse de refugio en refugio llevado por su inquietud, lo dio todo por perdido e intentó escapar, cosa que acabó haciendo, en dirección al norte de África, junto con el comandante Barba. Sus seguidores se quedaron sitiados en sus cuarteles, mientras ardían once iglesias y era destruido el palacio del arzobispo.[497] Una situación igualmente incierta se produjo en Alicante cuando el general García Aldave, gobernador militar, que también había vacilado hasta entonces, se dejó convencer por los que le instaban a mantenerse leal.[498] (Entretanto, en la cárcel de Alicante, José Antonio Primo de Rivera y su hermano Miguel continuaban consumiéndose sin esperanzas de ser libertados.) En Almería, el coronel de carabineros Crespo Puerta se alzó el 20 de julio y ocupó los edificios públicos, pero se vio obligado a rendirse ante la llegada de soldados leales procedentes de Granada y ante la amenaza de bombardeo por parte del destructor leal *Lepanto*.

En Sevilla, la victoria de Queipo de Llano quedó confirmada el 20 de julio. La ocupación del aeropuerto —un aeropuerto importante para el sur de España— fue una gran ayuda para los rebeldes. Permitió la llegada de un grupo de legionarios, transportados desde Marruecos en un Fokker, al mando del comandante Castejón. Este oficial dirigió a sus hombres en el asalto final a Triana, el distrito obrero de la otra orilla del río Guadalquivir. Todos las barrios resistieron hasta el fin, pese a encontrarse prácticamente sin armas. En el barrio de San Julián, la matanza fue horrible. Los legionarios obligaron a salir a la calle a todos los hombres que encontraron y los mataron a bayonetazos. Luego, la parte inferior de Triana fue arrasada a cañonazos.[499]

En Galicia, la lucha empezó también el 20 de julio. En La Coruña había dos generales: Enrique Salcedo, el general de la 8ª División, y Rogelio Caridad Pita, gobernador militar y jefe de la 5ª brigada de infantería. El primero era obeso,

cauto, viejo y aletargado, aunque había combatido en Marruecos y en Cuba. El segundo era un decidido partidario del Frente Popular. El jefe de la conspiración en La Coruña era el comandante Martín Alonso, que había estado encarcelado en Villa Cisneros por su participación en el levantamiento de 1932, y que había huido de allí en dramáticas circunstancias. Los generales y las autoridades civiles vacilaban ante la responsabilidad que suponía armar a los sindicatos. Mientras tanto, la CNT local celebró un gran mitin de amistad con la UGT en la plaza de toros. Un orador espontáneo anunció que había armas escondidas en la iglesia de San Pedro de Mezonzo, y una parte de la multitud fue a saquear la iglesia. Finalmente, el 20 de julio al mediodía, con los partidarios del Frente Popular lanzados a la calle, el general Caridad Pita, apoyándose en las buenas noticias llegadas de Barcelona y Madrid, convenció a Salcedo de que se declarara a favor del gobierno. Arrestaron al comandante Martín Alonso. Pero, a pesar de todo, el coronel Cánovas Lacruz, jefe del cuerpo local de ingenieros, declaró el estado de guerra y envió a sus hombres a apoderarse de la ciudad. Los trabajadores intentaron resistir, pero carecían de armas. La Falange local fue armada rápidamente y, encabezada por Manuel Hedilla, el dirigente de Santander que se encontraba allí por casualidad, fue muy útil al ejército. Al cabo de unas horas, los rebeldes habían despejado el centro de la ciudad, y habían detenido al gobernador civil (de veintisiete años de edad) Joaquín Pérez Carballo, que fue fusilado junto con su esposa, Juanita. Los dos generales fueron detenidos por sus jefes de estado mayor, y también fueron fusilados, unos meses más tarde, con otros oficiales.[500] La batalla continuó esporádicamente durante varios días, ya que los obreros recibieron el refuerzo de una columna de mineros procedentes de las cercanas minas de estaño de Noya.[501] Finalmente, el armamento

superior de los rebeldes decidió la lucha. La última escaramuza tuvo lugar en el romántico jardín donde todavía se encuentra la tumba de Sir John Moore, el héroe de la Guerra de la Independencia.[502] En otros lugares de Galicia también hubo lucha: en Vigo, los soldados cayeron brutalmente sobre la población desarmada, pero las escaramuzas se prolongaron varios días, sobre todo en la zona del puerto. En la deliciosa ciudad de Pontevedra, las gentes de los pueblos vecinos llegaron para combatir a los soldados como si se tratara de una fiesta, con palos, hoces, cuchillos y garrotes, y algo de dinamita, que sería inútil. La provincia cayó rápidamente, y la victoria se debió más a los asesinatos que al combate.

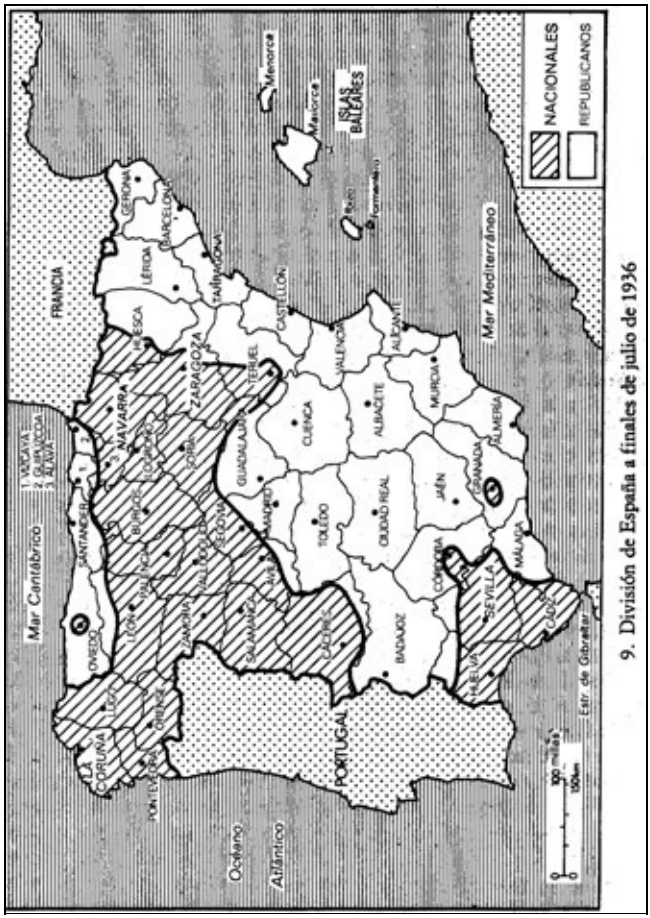
En la base naval de El Ferrol, el 20 de julio también comenzó la lucha entre los marineros que se habían adueñado de los barcos de guerra y los rebeldes victoriosos en tierra. La vacilación y la división de opiniones produjeron la rendición del crucero *Almirante Cervera*. Poco después el *España* izaba bandera blanca. A continuación se rindieron también una serie de lanzatorpedos y guardacostas en los que también se habían producido levantamientos. Treinta oficiales habían sido asesinados y una cantidad aproximadamente similar de marineros revolucionarios también fue fusilada. El almirante Antonio Azaróla, ex ministro de Marina y comandante de la base, se pronunció a favor del gobierno, y fue arrestado. La caída de estos astilleros en manos de los nacionalistas sería un golpe serio para un gobierno que iba a enfrentarse a una guerra larga.

En León, el alzamiento se produjo a las dos de la tarde del día 20 de julio. El gobernador civil hubo de lamentar mucho la ausencia de los mineros que habían salido para Madrid el día anterior. A pesar de todo, con un calor aplastante, los trabajadores lucharon tenazmente contra las tropas que se habían lanzado a la calle a las órdenes del

general Carlos Bosch. No obstante, vencieron los rebeldes, al igual que en toda la provincia. La única batalla importante tuvo lugar en Ponferrada, centro de comunicaciones de la región, donde parte de los marineros que habían salido de Oviedo pensando que estaba seguro en manos de Aranda fueron asesinados en masa en la plaza del mercado. En Menorca, el otro general Bosch fue derrotado el 20 de julio por las fuerzas combinadas del Frente Popular y hombres de su propia guarnición. Así pues, la base de submarinos del puerto de Mahón, donde se encontraban la mayor parte de los submarinos españoles, construidos durante la primera guerra mundial, fue ganada para la República.

El 20 de julio ocurrió otro acontecimiento importante. Mola había enviado a Lisboa una avioneta *Puss-moth*, pilotada por un joven piloto monárquico, Ansaldo, para que llevara a Burgos al general Sanjurjo, general en jefe del alzamiento. Ansaldo llegó a la villa de Sanjuürjo y encontró en torno al «León del Rif» a unas cuarenta personas muy excitadas, que escuchaban las noticias contradictorias de la radio, recibían frenéticas llamadas telefónicas y hacían *ex cathedra* predicciones incorrectas. Ansaldo se declaró solemnemente «a las órdenes del jefe del Estado español». Todos los presentes se pusieron a cantar la *Marcha Real*. Muchos lloraban de emoción. Otros prorrumpieron en gritos de «¡Viva Sanjurjo!» y «¡Viva España!» El gobierno de Madrid presentó una queja por el hecho de que un piloto rebelde hubiera utilizado un aeropuerto militar portugués. Las autoridades portuguesas, aunque simpatizaban con Sanjurjo, pidieron a Ansaldo que trasladara su avioneta a un campo de aterrizaje más distante. Finalmente tuvo que despegar desde un pequeño campo, rodeado de pinos, en Marinha. Allí, ante la alarma del piloto, el general insistió en llevar consigo una pesada maleta, que contenía un uniforme completo que quería utilizar como jefe del nuevo Estado

español. Es posible que fuera este exceso de equipaje lo que hizo difícil el despegue de la avioneta. La hélice tropezó con las copas de los árboles y el aparato se incendió. Ansaldo resultó herido, pero su pasajero murió carbonizado —víctima de la etiqueta más que del sabotaje—[503]. Esta muerte dejó sin cabeza al alzamiento; fue un golpe para los carlistas, sobre todo. Después del asesinato de Calvo Sotelo, de la cautividad prolongada de José Antonio, y de la reciente detención de Goded, las personas más destacadas del bando nacionalista pasaron a ser Franco, Queipo de Llano y Mola; y, mientras Mola se tenía que enfrentar con las consecuencias de una revolución que estaba muy lejos de ser un éxito en el norte de España, y se preparaba para luchar en tres frentes, Franco ya tenía el control de Marruecos y del ejército de África. En cuanto a Queipo, parecía más dotado para la propaganda que para el liderazgo político.



9. División de España a finales de julio de 1936

El 21 de julio se podría haber trazado una línea aproximada que dividiera las zonas donde, por lo general, había triunfado el alzamiento, de aquéllas donde, en su mayoría, había fracasado. Esta línea empezaría hacia la mitad de la frontera hispano-portuguesa y seguiría en dirección nordeste hasta la sierra de Guadarrama, cerca de Madrid, donde se inclinaría hacia el sudeste hasta Teruel. A partir de allí se dirigiría hacia el norte, en dirección a los Pirineos, llegando aproximadamente a la mitad de la frontera hispano-francesa. Excepto la larga franja costera que comprendía Asturias, Santander y las dos provincias vascas que dan a la costa, todos los territorios comprendidos

al norte y al oeste de esta línea constituían la zona nacionalista (que comprendía, además, Marruecos, las Canarias y las Baleares, excepto Menorca). Al sur y al este de la línea, salvo las ciudades andaluzas de Sevilla, Granada, Córdoba y Algeciras (todas las cuales, menos las dos últimas, estaban aisladas unas de otras), el territorio era principalmente republicano. Dentro del territorio republicano, en Toledo, San Sebastián, Valencia, Gijón, Albacete y Oviedo, determinados edificios estaban en poder de los rebeldes. En muchas ciudades nacionalistas, prosiguieron las escaramuzas durante varios días en los barrios obreros. Hubo además muchos sitios, como la sierra de Albarracín, situada entre el Aragón rebelde y la Castilla revolucionaria, donde se creó un vacío de autoridad, y que sirvieron sólo como desiertos que podían atravesar agentes secretos, fugitivos y bandidos.

En el campo andaluz, la situación era particularmente confusa. Los sucesos del antiguo pueblo lanero de Pozoblaneo fueron típicos. El 18 de julio, unos 120 guardias civiles llevaron a cabo un alzamiento victorioso. Luego, las izquierdas —los mineros de Linares y unos 150 guardias civiles leales— rodearon el pueblo y obligaron a los guardias civiles a rendirse por hambre. Los sitiados y sus familias fueron metidos en un tren y enviados a Valencia, donde pasaron al buque-prisión Legazpi. Allí los fusilaron a todos, salvo a 26. Sesenta y cuatro de los sitiados fueron fusilados inmediatamente. Estos sucesos fueron la culminación de las innumerables revueltas campesinas y las salvajes sublevaciones del pasado.[504] En realidad, aquellos días vieron la culminación de cien años de guerra de clases: la violencia provocaba nuevas brutalidades, y las noticias de las barbaridades cometidas en un pueblo provocaban nuevas barbaridades en el pueblo vecino. Por ejemplo, llegaban refugiados de la Sevilla de Queipo de Llano a cualquiera de

los pueblos situados entre esa ciudad y Córdoba. Contaban historias tan terribles que incitaban a tomar represalias contra cualquiera que estuviera al alcance de la mano. Más tarde, en la guerra, llegaría el ejército, y la represión consiguiente sería todavía peor.[505]

16

La España nacionalista. — La persecución. — Muerte de García Lorca. — La revolución. — La matanza de sacerdotes. — Cálculo de cifras. — Una investigación de las responsabilidades y las explicaciones.

Detrás de esta línea divisoria había cien Españas, pero encuadradas en dos mundos. La España rebelde no tenía nada de rebelde. Los comentaristas extranjeros la llamaron «la España blanca», «la España insurgente», «la España fascista», y a veces incluso «la España cristiana»; pero el mejor adjetivo es el más neutral: «nacionalista» —ellos se autodenominaban «los nacionales» y llamaban al alzamiento «el movimiento»—. Parecía más una sociedad militar que una sociedad fascista, en parte porque la Falange presentaba un aspecto militar, uniformado, armado y beligerante. «Los que no llevan uniforme deberían llevar faldas», se decía constantemente. La ley marcial invadió gradualmente todo el campo de la justicia. Todos los funcionarios administrativos y judiciales fueron objeto de «investigación», para comprobar si iban a ser seguros en las nuevas circunstancias. Un juez tenía que ser un hombre que sintiera simpatía por las derechas y estuviera dispuesto a plegarse a las exigencias militares. Todos los partidos políticos que habían apoyado al Frente Popular fueron prohibidos. La vida política dejó de existir. Incluso desaparecieron los antiguos partidos de derechas y de

centro, incluida la CEDA. Los únicos grupos políticos activos eran la Falange y los carlistas, y éstos eran «movimientos» más que partidos. Las casas del pueblo y los periódicos de izquierdas fueron clausurados. Se decretó que las huelgas serían castigadas con la pena de muerte. Quedó prohibido todo desplazamiento privado por ferrocarril y por carretera. En la España nacionalista, los masones, los miembros de los partidos del Frente Popular, los miembros de sindicatos y, en algunas zonas, incluso todos los que habían votado a favor del Frente Popular en las elecciones de febrero, fueron detenidos y muchos de ellos fusilados. «Ésta es Aranda la roja», comentó el monárquico conde de Vallellano en agosto al atónito representante de la Cruz Roja suiza, doctor Junod, mientras atravesaban en automóvil aquella ciudad, por donde pasa la línea férrea principal Madrid-París. «Me temo que hemos tenido que encarcelar a todos sus habitantes y ejecutar a muchos.» [506] Este comentario suscita un tema inevitable: la índole y la amplitud de la represión.

El número de ejecuciones varió de un sitio a otro, según el capricho del jefe militar o las autoridades locales. Los gobernadores civiles y militares y los funcionarios del gobierno civil, si habían sido nombrados por el Frente Popular, fueron casi siempre fusilados. La misma suerte corrieron cuantos intentaron seguir la huelga general declarada al principio del alzamiento. A las personas conocidas, tales como generales o gobernadores civiles, generalmente se las sometió a un simulacro de juicio, que duraba quizá dos o tres minutos, a cargo de un tribunal militar. La mayoría de personas corrientes, huelguistas, sindicalistas o anarquistas, no fueron juzgadas. El ejército fusiló a mucha gente, pero también lo hicieron bandas armadas de falangistas o carlistas. El ministro de Agricultura de la CEDA, Giménez Fernández, estuvo a punto de ser

fusilado por «unos señoritos de Jerez» que entraron en su casa, en Chipiona. Su mujer perdió la razón. Su hijo, que estaba presente, cree que lo habrían matado si los señoritos no hubieran estado tan borrachos.[507] Las mujeres, hermanas o hijas de los hombres ejecutados a veces corrieron la misma suerte. Estas atrocidades tenían una finalidad especial. Aunque los rebeldes estaban muy decididos y a menudo bien armados, su número era reducido. En ciudades como Sevilla o Granada, la gran población obrera tenía que ser obligada a aceptar el nuevo orden por medio del terror antes de que los militares nacionalistas pudieran dormir tranquilos. Por eso, los rebeldes no sólo actuaron cruelmente con sus enemigos, sino que además tuvieron que actuar abiertamente y exponer los cadáveres de los que mataban a la contemplación pública. Lo único que pidió oficialmente la Iglesia fue que los asesinados después de cualquier tipo de proceso tuvieran la oportunidad de confesarse.[508] «Sólo el diez por ciento de estos amados hijos rechazaron los últimos sacramentos antes de ser fusilados por nuestros buenos oficiales», declaró un venerable hermano de Mallorca. Sin embargo, se prohibió llevar luto incluso a los parientes de aquellos que habían tenido una buena muerte.[509] Estos fusilamientos continuaron durante varios meses.

La represión fue un acto político, decidido por un grupo de hombres desesperados que sabían que sus planes originales no habían salido según lo planeado. Pero las directrices de Mola desde el mes de abril habían previsto esta eventualidad. En una reunión de alcaldes de la zona próxima a Pamplona, el 19 de julio, Mola repitió el tono de aquellas instrucciones tan explícitas como duras: «Es necesario propagar una atmósfera de terror. Tenemos que crear tona impresión de dominación [...]. Cualquiera que sea abierta o secretamente defensor del Frente Popular debe ser fusilado».[510] Esto ocurría incluso en Navarra, donde el

alzamiento triunfó sin apenas lucha. Y, aunque la proscripción se decidió en la cumbre, es evidente que no hubo ninguna dificultad para encontrar oficiales y soldados, policías, falangistas o carlistas dispuestos a detener a la gente, juzgarla apresuradamente y ejecutarla. Y esto ¿por qué? No parece suficiente decir que eran momentos de apasionamiento. Tampoco pueden explicarse estas atrocidades por las noticias, que pronto empezaron a llegar, muchas veces exageradas, de sucesos similares en la parte de España donde no había triunfado el alzamiento. No hay ninguna explicación fácil. El espíritu de las derechas estaba poseído por la rabia y el miedo, y el odio se había apoderado de mucha gente. Además, las nuevas autoridades militares de la España nacionalista se encontraban con el mismo problema que el gobierno, a saber, el de controlar las acciones «espontáneas». Así pues, muchos fueron asesinados sin la aprobación o la autorización del ejército.

Día tras día, desde el momento en que quedó asegurado el éxito del alzamiento, continuaron las detenciones. Nadie sabía de qué crimen serían acusados los detenidos, ni siquiera si se les volvería a ver. El escritor católico francés Georges Bernanos, que entonces se encontraba en Mallorca, describió cómo eran detenidos los hombres por bandas armadas nacionalistas: «Cada día en los pueblos perdidos, en el momento en que volvían del campo. Salían para su último viaje, con los brazos todavía rendidos por el trabajo del día, dejando intacta la sopa sobre la mesa, y una mujer sin aliento, junto a la puerta del jardín, tendiendo demasiado tarde ya un hatillo con las cosas más necesarias envueltas apresuradamente en una servilleta inmaculada: Adiós [...], recuerdos».[511]

En la mayoría de los casos, sin embargo, las detenciones se realizaban por la noche, y los fusilamientos consiguientes también se hacían al amparo de la oscuridad.

A veces las ejecuciones eran individuales, y a veces colectivas. A veces, pura y simplemente, los prisioneros eran torturados antes de ser fusilados. A veces, el oficial encargado de la ejecución, movido a compasión, procuraba tener a mano una buena provisión de vino, para que los condenados pudieran ahogar su desesperación en las brumas de la embriaguez. A la mañana siguiente, se encontraban los cadáveres. A menudo pertenecían a miembros distinguidos de partidos de izquierdas, o a oficiales leales a la República. Pero nadie se atrevía a identificar estos cadáveres. Por ejemplo, los cadáveres de un coronel de caballería leal (Rubio Saracibarí) y de otros conocidos ciudadanos de Valladolid tuvieron que quedar enterrados para siempre bajo una lápida en la que se leía: «Siete cuerpos sin identificar. Encontrados en una colina, cerca del kilómetro 102 de la carretera de Valladolid».[512] Un testigo ocular que vive en Valladolid dice que una «patrulla del amanecer» de falangistas, al comienzo de la guerra, fusilaba a cuarenta personas cada día: Onésimo Redondo, el fundador de las JONS de Castilla, que recientemente había sido liberado de la cárcel, se entregó a esta labor de purga. Los presos de aquella ciudad eran trasladados en camiones desde la cárcel hasta un lugar determinado, fuera de la ciudad, donde eran fusilados —con tanta regularidad que se instaló un puesto de venta de churros para satisfacer a los espectadores que iban en automóvil a contemplar el espectáculo—[513] Un fraile capuchino recordaba que le habían ido a buscar, a medianoche, para oír las confesiones en masa de una multitud de condenados, cerca de Estella (Navarra), que después fueron fusilados.[514] Un día estaban enterrando el cadáver de un requeté llamado Castiella, en Tafalla (al sur de Pamplona). Había muerto en el campo de batalla. El público, indignado, pidió que, en represalia, mataran a los cincuenta presos que había en la cárcel de la población. El alcalde

objetó que no todos los que estaban allí merecían ser fusilados. El público insistió, y el alcalde sometió la cuestión a la junta de guerra carlista de Pamplona. La junta dijo que no, pero el público irrumpió igualmente en la cárcel, hizo salir a todos los encarcelados, los llevó en autobús a 25 kilómetros de Monreal, y allí, en la soledad de la noche, los asesinó a todos, incluidas bastantes mujeres, totalmente desconcertadas.[515]

Al cabo de un tiempo (por lo menos en el norte), se suspendió la exposición de los cadáveres a la vista del público, a petición del general Mola, el cual declaró que le molestaba encontrarse los cadáveres tendidos en las cunetas. A partir de entonces, las ejecuciones se llevaron a cabo discretamente en el huerto de un monasterio perdido o entre los peñascos de alguna desolada ladera, mientras que en muchos sitios surgió la práctica iniciativa de llevar a cabo las ejecuciones en el propio cementerio.

Muchos detalles de aquellos días permanecen oscuros. Se inventaron historias con fines propagandísticos, a veces en la España republicana, y a veces en el extranjera. Arthur Koestler, que entonces trabajaba con el departamento de propaganda del Komintern en París, ha descrito cómo muchas tergiversaciones fueron incluidas deliberadamente en su libro *L'Espagne ensanglantée* por su superior, el dirigente checo de propaganda Otto Katz.[516] Pero algunas de las más tremendas acusaciones de atrocidades fueron presentadas por el respetable colegio de abogados de Madrid. Con los años, se han dado a conocer historias horribles. Un maestro de Huesca fue golpeado casi hasta morir por unos falangistas que querían hacerle confesar que conocía los «complots revolucionarios»; para suicidarse, se cortó una vena con sus propios dientes.[517] En Navarra y Álava, los nacionalistas vascos eran fusilados sin permitírseles confesarse. Al parecer, unos requetés dijeron a

un hombre que extendiera los brazos en forma de cruz y gritara «¡Viva Cristo Rey!», mientras le amputaban dichos miembros. Su mujer, obligada a presenciar la escena, se volvió loca cuando al final lo mataron a bayonetazos.[518] Unos sacerdotes que trataron de intervenir también fueron asesinados.[519] Tanto si estas atrocidades concretas ocurrieron tal como se ha dicho como si no, no cabe duda de que en la España nacionalista se produjeron muchos hechos similares. Incluso se produjeron, en grandes cantidades, en sitios como Córdoba y Granada, donde la rebelión había tenido un éxito casi inmediato.[520]

En cuanto a los autores de estas atrocidades, la mayoría eran miembros del ejército o de los antiguos partidos de derechas, o meramente funcionarios u oficiales de la guardia civil. Desde luego, los falangistas mataron a mucha gente, pero no ocupaban puestos de mando y, aunque a veces figuraban en los pelotones de ejecución, también hubo algunos, como el jefe nacional interino de la Falange, Hedilla, que intentaron (en algunos casos individuales con éxito) contener la riada por medio de protestas o utilizando su influencia.[521] El obispo de Pamplona, Marcelino Olaechea, pidió que cesara el derramamiento de sangre en Navarra, y hubo sitios donde las ejecuciones fueron llevadas a cabo por «incontrolables» contra las órdenes expresas de las autoridades. Sin embargo, en muchas ciudades grandes hubo jefes de policía o gobernadores militares sanguinarios, e incluso sádicos, que impidieron eficazmente cualquier protesta: el coronel Díaz Criado en Sevilla, el comandante Doval (famoso ya desde Asturias) en Salamanca, el mayor Ibáñez en Córdoba, el capitán Rojas y el coronel Valdés Guzmán en Granada, el ex republicano Joaquín del Moral en Burgos… Sus nombres han pasado a la historia como carniceros de su propio pueblo. Jesús Muro, el dirigente falangista de Zaragoza, la Falange de Andalucía y Andrés y

Onésimo Redondo en Valladolid, también fueron responsables de muchas cosas.

Los jefes no acogían calurosamente las peticiones de compasión. Cuando el representante de la Cruz Roja, doctor Junod, se dirigió a Mola para proponerle un intercambio de prisioneros de uno y otra bando, el general contestó; «¿Cómo quiere que cambiemos un caballero español por un perro rojo? Sí dejo marchar a los prisioneros, mi pueblo me considerará un traidor... Ha llegado usted demasiado tarde, *monsieur*, estos perros ya han destruido los valores espirituales más gloriosos de nuestra patria».[522] Evidentemente, a Mola le obsesionaba el miedo a que le consideraran un traidor, pero su respuesta era un reflejo de la realidad de lo que creían la mayoría de los rebeldes, ahora que habían quemado sus naves, y su convicción de que sus oponentes eran perros despreciables se veía reforzada diariamente por las noticias que les llegaban de las ciudades donde el alzamiento había sido derrotado.

Probablemente, siempre será difícil saber el número de personas muertas por los rebeldes o sus partidarios en estos primeros días de la guerra. Cuando no había consejo de guerra, no había registro de ejecuciones. Éstas simplemente formaban parte del proceso de depuración necesario para librar a España de masones, marxistas y judíos, una trilogía todavía amenazadora para la derecha española, a pesar de que los primeros eran inofensivos y los terceros habían sido expulsados en el siglo xvi. Sin embargo, un examen paciente de las estadísticas necrológicas de toda España algún día puede que nos revele gran parte de la verdad, aunque quizá no toda.

Ya se han dado cifras, aunque a menudo más con fines propagandísticos que basadas en la evidencia. Puede que hayan sido exageradas sin deseos de engañar: por ejemplo, los recuerdos de un superviviente de una cárcel en la que

hubiera innumerables ejecuciones nocturnas pueden agrandarse fácilmente por obra de la imaginación. El mejor estudio independiente y el más convincente es el que se ha hecho sobre Granada. En el registro de entierros y en el cementerio de esa ciudad figura una lista de 2.137 fusilados en Granada entre el 26 de julio de 1936 y el 1 de marzo de 1939.[523] El mes en que figuran más muertos es el de agosto de 1936: fueron fusiladas 572 personas. Por lo tanto, el historiador puede suponer que probablemente, en Granada y en sus alrededores inmediatos, fueron fusiladas unas 4.000 personas, y quizás en toda la provincia el doble de esta cifra, aproximadamente.[524]

Probablemente lo ocurrido en Granada fue característico de la España nacionalista en general, tanto en el momento del alzamiento como después. Aunque en Granada el nivel de conciencia política era elevado y el resentimiento de las derechas era grande, porque en las elecciones parciales de junio habían sido derrotadas. Sin embargo, los odios de Granada existían también en Sevilla, Córdoba, Valladolid, Zaragoza, Pamplona y La Coruña, para nombrar sólo unas cuantas de las capitales ganadas para el alzamiento. Se han sugerido cifras importantes al calcular los muertos en retaguardia en todos estos sitios: en Navarra, entre 7.000[525] y 8.000,[526] en Sevilla 9.000,[527] en Valladolid 9.000,[528] en Zaragoza 2.000,[529] en las Baleares 3.000;[530] e incluso se han aventurado cifras más aterradoras.[531] En La Coruña, se dijo que habían sido fusiladas 300 personas en julio y agosto, e incluso en un pueblo tan pequeño como Villagarcía de Arosa (Pontevedra) fueron fusiladas 100 personas:[532] La cifra de toda España debió de ser del orden de las decenas de millares: probablemente 50.000 en los primeros seis meses de la guerra, y quizá la mitad más durante los meses siguientes, teniendo en cuenta la represión que se llevaba a cabo en los sitios conquistados

por los rebeldes.[533]

Entre los ejecutados se contaron muchos oficiales leales a la República, incluidos seis generales y un almirante: Núñez de Prado, director general de aviación; Batet, general al mando de la 6ª División, en Burgos; Salcedo y Caridad Pita, los dos generales de La Coruña; Romerales, en Melilla; Campins, en Granada; y el almirante Azaróla, responsable del arsenal de El Ferrol.[534] Entre los demás muertos se contaron casi todos los diputados del Frente Popular capturados en territorio nacionalista, salvo Joaquín Maurín, que logró ocultar su identidad milagrosamente durante unos meses, hasta que hubo pasado lo peor.[535] En 1936 fueran fusilados treinta y cuatro miembros de las Cortes del Frente Popular,[536] incluida una cuarta parte (25) del bloque de diputados socialistas. Entre los muertos estaban Arturo Menéndez, el director general de Seguridad en la época de Casas Viejas, al que hicieron bajar del tren en Calatayud, entre Zaragoza y Madrid; el antiguo rector de la Universidad de Oviedo, Leopoldo Alas Argüelles; el penalista Luis Rufilanchas; y el anarquista autor del programa de Zaragoza, Isaac Puente. Pero unos cuantos ejemplos aislados son poco significativos si tenemos en cuenta la oleada de ejecuciones que se inició en julio de 1936 y continuó, para ser exactos, hasta 1941 ó 1942. Entre las víctimas se contó una gran cantidad de médicos, maestros y gobernadores civiles de las ciudades conquistadas. En Teruel, por ejemplo, el director republicano del instituto de enseñanza media de la localidad, Joaquín de Andrés, fue fusilado por un piquete de antiguos alumnos suyos.[537]

La más inolvidable de estas muertes fue la de Federico García Lorca, el poeta español más grande de su época. Aunque nunca fue miembro de ningún partido político, su cuñado era Fernández Montesinos, el alcalde socialista de Granada, cuya muerte acabamos de referir, y Lorca,

naturalmente, estaba muy relacionado con toda la izquierda literaria de España. Después de la victoria del alzamiento en Granada, su ciudad natal (a la que había llegado de visita), Lorca se refugió en casa de la familia Rosales, amiga suya desde hacía años, aunque pertenecía a la Falange (José Antonio también era amigo suyo). A pesar de esta protección, lo descubrieron y lo fusilaron. La responsabilidad exacta de su muerte es una cuestión debatida. Su detención se debió a la actuación del ex diputado de la CEDA por Granada, Ramón Ruiz Alonso, pero la decisión de fusilarlo la tomó el entonces recién nombrado gobernador civil de Granada, José Valdés Guzmán, jefe de las milicias falangistas locales, además de coronel de la guarnición. La ejecución de Lorca probablemente no tuvo lugar hasta mediados de agosto, alrededor del 18. Lo cierto es que ahora su cuerpo yace en una tumba no identificada en alguna zona perdida de la provincia de Granada.[538]

La justificación legal para todas estas ejecuciones sumarísimas se buscó en el estado de guerra que se había proclamado el día del alzamiento. Se dio por sentado que el gobierno de la República era el rebelde, y que los nacionalistas representaban el poder legítimo. Al principio no se utilizaba ninguna forma de juicio. Se consideraba que un hombre fusilado era un hombre juzgado. Sin embargo, no tardaron en formarse una serie de tribunales militares de emergencia, compuestos por militares retirados y por abogados alistados en el ejército. Los primeras adquirieron categoría legal y los segundos militar, de forma que todos quedaron complacidos.[539] Aquella situación jurídica tan paradójica «preocupaba a todos los que no eran ciegamente sectarios».[540] Pero en aquellos momentos el apasionamiento lo nublaba todo, y seguiría haciéndolo durante mucho tiempo. Un general que en 1935 se habría pasado una

semana entera vacilando antes de firmar una sentencia de muerte, en agosto de 1936 aprobaba veinte muertes diarias sin pensarlo dos veces. A partir de entonces, los jefes rebeldes, desde Mola hasta el fascista más joven de Valladolid, estuvieron unidos por un lazo de sangre que fue una de las razones por las que nunca consintieron en llegar a un compromiso, y ni siquiera lo proyectaron. Los que cayeron prisioneros en los combates de aquel verano también fueron fusilados en una cuneta, o en los patios de las cárceles, o en cruces de carreteras. Probablemente mataron a más gente en agosto y septiembre que en julio. Tras este baño de sangre, los rebeldes alcanzaron tranquilamente el poder. Algunos se volvieron más insensibles a la brutalidad gracias a su necesidad de aprobar la muerte de antiguos amigos o parientes: Franco, por ejemplo, aprobó la sentencia de muerte para su primo hermano el comandante De la Puente, al llegar a Tetuán. Otros se volvieron más decididos ante la muerte de camaradas, hermanos o hijos suyos en la zona republicana. De los que dirigían los pelotones de ejecución, unos eran simplemente jóvenes que disfrutaban matando. Otros, sin duda, creían que tenían el deber de extirpar las turbias herejías del liberalismo, el socialismo, el comunismo, el anarquismo y la masonería; y, cuanto más duraba la guerra, más graves se consideraban estas ideologías.

Entretanto, la revolución barría las ciudades donde el alzamiento nacionalista había sido derrotado o no se había producido. En todas partes se formaron comités de control, nominalmente constituidos por todos los partidos del Frente Popular, junto con los anarquistas. En la realidad, reflejaban las fuerzas políticas dominantes en cada ciudad.[541] En todas partes desaparecieron los ayuntamientos, a menudo por la fuerza y con derramamiento de sangre. En general, también

desaparecieron la policía y la guardia civil, incluso en los sitios donde estas fuerzas habían sido leales a la República, los primeros días de la rebelión. A veces, los alcaldes, si eran izquierdistas, se convertían en presidentes de los comités revolucionarios, y a veces reaparecía la policía bajo el nombre de funcionarios de seguridad. Entonces, los comités intentaban cambiar la estructura social de la ciudad y los pueblos limítrofes, según el criterio del partido más fuerte. Los primeros pasos, los comunes a toda la España republicana, eran: prohibición de los partidos de derechas y la incautación de hoteles, periódicos de derechas, fábricas y casas de los ricos. En estas últimas, los partidos revolucionarios y los sindicatos instalaron sus nuevos y suntuosos cuarteles generales. Las carreteras estaban vigiladas por patrullas de milicianos. Se crearon comités responsables de todos los aspectos de la vida.

La España republicana, igual que la España de la guerra de la Independencia o del final de la Primera República, más que un solo Estado parecía constituir un conglomerado de repúblicas.

La revolución empezó al igual que la contrarrevolución con una oleada de asesinatos, destrucciones y saqueos. Las unidades de milicianos de los partidos políticos y los sindicatos se reunían en bandas que tenían nombres parecidos a los de equipos de fútbol. Eran, por ejemplo, los «Linces de la República», los «Leones rojos», las «Furias», «Espartaco» y «Fuerza y Libertad». Otras bandas adoptaron el nombre de dirigentes políticos izquierdistas, españoles o extranjeros. Sus iras se dirigieron en primer lugar contra la Iglesia. En toda la España republicana, pero sobre todo en Andalucía, Aragón, Madrid y Cataluña, las iglesias y los conventos fueron saqueados e incendiados indiscriminadamente. La Iglesia no había participado en el alzamiento prácticamente en ningún sitio. Casi todas las

historias que se contaron de rebeldes que disparaban desde los campanarios eran falsas,[542] aunque quizás, a veces, los párrocos habían permitido a los falangistas almacenar armas en sus tranquilas sacristías. La Iglesia fue atacada porque la religión se había convertido en la cuestión crítica de la política desde 1931, por la general subordinación de los sacerdotes a la clase alta, y por la riqueza provocativa de muchas iglesias y las antiguas sospechas suscitadas por el carácter secreto de las órdenes religiosas y los conventos. Hubo algunas «provocaciones» después del alzamiento, aunque eso era de esperar. Por ejemplo, el boletín de información de la CNT-FAI en Barcelona decía, el 25 de julio: «El sábado, en el hospital de San Pablo, un sacerdote mantuvo una acalorada discusión con un médico, sacó un revólver y disparó todo su cargador, no contra el médico, sino contra los heridos que se encontraban a su alrededor. Los testigos de esta escena se enfurecieron tanto que cogieron a cuatro de los más clericales y fascistas de los enfermeros y los fusilaron a quemarropa». El móvil principal era la destrucción, más que el robo. Federica Montseny, la anarquista, recibió muy orgullosa un billete quemado de mil pesetas.[543] En Madrid, se oyó a un anarquista reprender a un niño por haber robado una silla, en vez de quemarla.[544] Algunas iglesias y algunos conventos del centro de Madrid se libraron de la destrucción gracias al gobierno. Pero, en Barcelona, sólo fueron protegidos la catedral y el monasterio de Pedralbes. Sin embargo, se salvaron las principales obras de arte, pues la Generalítat movilizó a sus agentes para salvar colecciones de arte y bibliotecas. Aunque se perdieron muchos tesoros de segundo orden, el único acto de vandalismo fue el incendio de los diez mil volúmenes de la biblioteca de la catedral de Cuenca, entre los que se encontraba el célebre Catecismo de Indias. También fueron destruidas las que se consideraban las

pinturas más antiguas conocidas de Goya, que estaban en las puertas de madera de una cámara-relicario en la iglesia parroquial de Fuendetodos, su pueblo natal. En Vich, se impidió que se propagase al museo y al palacio del obispo el fuego que destruyó la catedral. Las catedrales de Gerona y Tarragona, así como los monasterios de Montserrat, Poblet y Santas Creus, permanecieron intactos. En general, el incendio de las iglesias fue contemplado con indiferencia, más que con excitación. Pero la destrucción de imágenes y objetos sagrados, o las mascaradas de los milicianos revestidos de ropas eclesiásticas, a menudo eran acogidas con grandes carcajadas. En adelante, las iglesias, tanto las destrozadas como las que todavía eran utilizables como almacén o refugio, estuvieron cerradas al igual que lo estaban las oficinas de los partidos políticos de derechas.[545]

Estos ataques fueron acompañados por una matanza colosal de los miembros de la Iglesia y de la burguesía. Los nacionalistas, después de la guerra, han dado la cifra de unos 55.000 seglares asesinados o ejecutados en la España republicana durante la guerra.[546] Este cálculo, a pesar de su magnitud, es muy inferior a las acusaciones de trescientos o cuatrocientos, mil muertos que se hicieron durante la guerra.[547] Se cree que murieron 6.844 religiosos: 12 obispos, 283 monjas, 4.184 sacerdotes y 2.365 monjes.[548] Así pues, la cifra de sacerdotes asesinados puede compararse con la glorificación que de ellos hace Claudel en su poema *Aux Martyrs Espagnols*:[549]

On nous met le ciel et l'enfer dans la main et nous avons
quarante secondes pour choisir.
Quarante secondes, c'est trop! Sceur Espagne, sainte
Espagne, tu as choisi!

Ottze évéques, seize müle prétres massacrés et pas une apostasie!

Ah! Puisseje comme toi un jour a voix haute témoigner datis la splendeur de midi!

Pero esta comparación es odiosa: las cifras, igual que las de la furia nacionalista, son sobrecogedoras. Muchos de estos crímenes estuvieron acompañados de una frívola y sádica crueldad. Por ejemplo, al parecer, el párroco de Torrijos, Liberio González Nombela, dijo a los milicianos que le hicieron prisionero: «Quiero sufrir por Cristo». «¿Ah, sí? —le contestaron—, pues entonces morirás como Cristo». Lo desnudaron y lo azotaron despiadadamente. Luego cargaron un tronco sobre las espaldas de su víctima, le dieron a beber vinagre y lo coronaron de espinas. «Blasfema y te perdonaremos», decía el jefe de los milicianos. «Yo soy quien os perdona y os bendice», contestó el sacerdote. Los milicianos discutieron cómo lo matarían. Algunos querían crucificarlo, pero al final lo mataron a tiros. Su última voluntad fue morir de cara a sus torturadores, para poder bendecirlos.[550] El obispo de Jaén fue asesinado con su hermana por una miliciana apodada «la Pecosa» ante una multitud alborozada de dos mil personas, cerca de Madrid, en un terreno pantanoso conocido con el nombre de «el pozo del tío Raimundo». Los obispos de Guadix y Almería fueron obligados a fregar la cubierta del buque prisión *Astoy Mendi* antes de ser asesinados cerca de Málaga. El obispo de Ciudad Real fue asesinado mientras trabajaba en una historia de Toledo. Después de fusilarlo, destruyeron su fichero de 1.200 fichas. Una monja fue asesinada porque rechazó la proposición matrimonial que le hizo uno de los milicianos que irrumpieran en su convento de Nuestra Señora del Amparo, en Madrid. El «Comité de la sangre» de El Pardo, en las afueras de Madrid, se fue emborrachando

con vino de misa mientras sus miembros juzgaban al párroco. Uno de los milicianos se afeitó utilizando el cáliz para mojar la brocha. Hubo casos aislados de monjas violadas antes de ser ejecutadas.[551] En la calle María de Molina, de Madrid, fue abandonado el cadáver de un jesuita con un letrero colgado del cuello en el que se leía: «Soy un jesuita». En Cervera (Lérida), a unos monjes les metieron cuentas de rosario en las orejas hasta que les perforaron los tímpanos. En Barcelona, la exposición de los cuerpos exhumados de diecinueve monjas salesianas atrajo a grandes muchedumbres. A Antonio Díaz del Moral, en Ciempozuelos (cerca de Madrid), lo encerraron en un corral lleno de toros de lidia, que lo cornearon hasta dejarlo inconsciente. Después le cortaron una oreja, a imitación de la amputación de la oreja del toro que se hace en honor del torero, después de una buena faena. A menudo se pasearon orejas de sacerdotes. Algunas personas fueron quemadas, y otras enterradas vivas, después de verse obligadas a cavar su propia tumba. En Alcázar de San Juan, a un joven que se distinguía por su piedad le arrancaron los ojos. En esta provincia de Ciudad Real, los crímenes fueron realmente atroces. A la madre de dos jesuitas la obligaron a tragarse un crucifijo. Ochocientas personas fueron arrojadas al pozo de una mina. A menudo, el momento de la muerte era acogido con aplausos, como si se tratara del momento de la verdad en una corrida. Luego venían los gritos de «¡Libertad! ¡Muera el fascismo!» Más de un sacerdote se volvió loco ante estas atrocidades. Un párroco de Barcelona se paseó varios días enloquecido antes de que le pidieran su carnet sindical. «¿Qué necesidad tengo de carnet? Soy el párroco de San Justo», contestó sin pensar.[552] La matanza de los miembros de la Iglesia de Cataluña y Aragón dejó atónitos a muchos de los habitantes de estas dos regiones. Casi nadie sospechaba que el anticlericalismo fuera tan grande. Al fin y

al cabo, desde 1911 allí no se había quemado ninguna iglesia.

En todo el país, la gente ya no decía «adiós», sino siempre «salud». Incluso un hombre llamado Fernández de Dios escribió al ministro de Justicia preguntando si podía cambiar su apellido por el de Bakunin, porque «no quería tener nada que ver con Dios».[553] «¿Sigues creyendo en este Dios que nunca habla y que no se defiende ni siquiera cuando son quemados sus imágenes y sus templos? Reconoce que Dios no existe y que vosotros, los curas, sois todos unos hipócritas que engañáis al pueblo».[554] Estas preguntas se formularon en innumerables ciudades y pueblos de la España republicana. En ningún momento de la historia de Europa, y quizás incluso del mundo, se ha manifestado un odio tan apasionado contra la religión y todas sus obras. Sin embargo, un sacerdote que, mientras en la provincia de Barcelona morían 1.215 frailes, monjas y sacerdotes, consiguió escapar a Francia gracias a la ayuda del presidente Companys, fue lo suficientemente generoso para reconocer que «los rojos han destruido nuestras iglesias, pero antes nosotros habíamos destruido la Iglesia».[555]

Los sacerdotes que no murieron ni huyeron al extranjero fueron considerados simplemente como hombres que habían escogido un oficio determinado, y no se les trataba de modo diferente a como se trata a un dentista, por ejemplo, o un abogado excepto en que no se les permitía ejercer ni llevar el uniforme de la sotana. Al sacerdote que había deshonrado su oficio y en el pasado, por ejemplo, nunca se había puesto un alzacuello limpio para ir al entierro de un pobre, pero siempre lo había hecho por un rico, era muy probable que lo mataran.[556] Hubo algunas excepciones a la matanza: por ejemplo, el obispo de Menorca permaneció en su palacio hasta el fin de la guerra, y el vicario general de Tarragona ejerció su ministerio en la

cárcel durante toda la guerra.[557]

Desde luego, el número de muertos entre los seglares fue muy superior al de los eclesiásticos. Cualquiera de quien se sospechara que sentía simpatía hacia el alzamiento nacionalista estaba en peligro. Al igual que entre los nacionalistas, las circunstancias irracionales de una guerra civil hacían imposible discernir qué era traición y qué no lo era. Morían personas ilustres, y a menudo sobrevivían personas indignas. En la Andalucía oriental, los camiones de la CNT llegaban a los pueblos y ordenaban a los alcaldes que entregaran a los fascistas de la localidad. A menudo los alcaldes tenían que decir que todos habían huido, pero muchas veces había alguien que informaba a los terroristas, diciéndoles cuáles de los ricos del pueblo seguían allí; entonces éstos eran detenidos y fusilados en un barranco próximo. En la mayoría de los casos, los muertos fueron labradores denunciados por personas que les debían dinero. Haber apoyado a la CEDA o ser miembro de la antigua policía catalana de la época de Martínez Anido, el Somatén, bastaba para ser fusilado en Sitges (Barcelona).[558] Haber sido miembro de la Falange era fatal en casi todas partes, aunque muchos escaparon gracias a la negligencia o el arrepentimiento de quienes los habían detenido. Probablemente algunos de los fusilados merecieron su destino: entre los ejecutados sumariamente se encontraron pistoleros como Ramón Sales, en Barcelona, e Inocencio Faced, en Atirante, considerados en todas partes los asesinos de los dirigentes anarquistas Seguí, Boal, Layret y otros, entre 1919 y 1923.[559] En las zonas rurales, a menudo la revolución consistió básicamente en el asesinato de los miembros de la clase alta o la burguesía. Y así, la descripción que hace Ernest Hemingway en su novela *Por quién doblan las campanas* de cómo los habitantes de un pequeño pueblo golpean primero a los hombres de la clase media y luego los

arrojan por un precipicio se aproxima a la realidad de lo que ocurrió en la famosa ciudad andaluza de Ronda (aunque de lo ocurrido fuera responsable una banda de Málaga). Allí fueron asesinadas 512 personas el primer mes de la guerra.[560] En Guadix, un grupo de jóvenes terroristas de ideas más o menos anarquistas se apoderó de la ciudad y mató bastante indiscriminadamente durante cinco meses.[561]

En las grandes ciudades, donde los enemigos potenciales eran más numerosos, se utilizaron procedimientos más sofisticados. Los partidos políticos de izquierdas crearon unos cuerpos de investigación que se enorgullecían de llamarse a sí mismos, siguiendo el modelo ruso, con el nombre de «checas». Solamente en Madrid, había varias docenas. Estos primeros días de la guerra civil en las ciudades republicanas se caracterizaron por la aparición de un verdadero laberinto de grupos diferentes, todos ellos con poder para decidir sobre la vida y la muerte, y cada uno responsable ante un partido, un departamento del Estado, o un simple individuo. Las diferentes checas a veces se consultaban unas a otras antes de llevar a sus víctimas a «dar un paseo». (El lenguaje procedía de Hollywood; un reflejo de la gran cantidad de cines construidos en tiempos de Primo de Rivera.) Pero no siempre se respetaba esta formalidad. Los interrogatorios de los sospechosos a menudo se desarrollaban entre insultos y amenazas. A veces, el jefe de la checa enseñaba al acusado un carnet a cierta distancia, para hacerle creer que se trataba de su carnet de afiliado a un partido hostil al Frente Popular. Las sentencias de muerte de estos «tribunales» se indicaban en los documentos correspondientes con la letra «**L**» de libertad seguida de un punto. Esto significaba que el prisionero debía ser ejecutado inmediatamente. De esta tarea se encargaban brigadas especiales, con frecuencia compuestas por antiguos delincuentes.

Quizá la checa más temida de Madrid era la conocida con el nombre de «la patrulla del amanecer», por la hora en que llevaba a cabo sus actividades. Pero no había mucha diferencia entre esta banda y la «brigada de investigación criminal», dirigida por un antiguo impresor y ex dirigente juvenil comunista, Agapito García Atadell,[562] quien, al parecer con el beneplácito de las autoridades, instaló su «checa antifascista» en un palacio de la Castellana. Ambos grupos utilizaron los archivos del ministerio de la Gobernación para facilitar su tarea persecutoria con los miembros de los partidos de derechas. (La Falange había destruido su lista de miembros; pero los carlistas y la UME no.)[563]

En la inmensa mayoría de los casos, estos asesinatos afectaron a los «soldados rasos» de la derecha. A menudo, miembros de la clase obrera eran asesinados por sus propios compañeros que los acusaban de hipocresía, de haber sido demasiado obsequiosos con sus superiores, o sencillamente desconfiaban de ellos. Por ejemplo, en Altea, cerca de Alicante, el propietario de un café murió a hachazos a manos de un anarquista por haber cobrado demasiado por los sellos y el vaso de vino que se veían obligados a tomar los compradores mientras esperaban los sellos.[564] La mayoría de los dirigentes políticos de derechas, así como los generales y otros que habían participado en el alzamiento, fueron encarcelados. Algunos de ellos, como el general López Ochoa, fueron arrancados de sus encierros, o incluso de hospitales, para ser fusilados. Otros, como los que fueron enviados a la Cárcel Modelo de Madrid, fueron bien tratados durante algún tiempo. En Barcelona, el 24 de julio fueron fusilados cuatro alemanes, todos ellos miembros del partido nazi, tras el saqueo del local del frente obrero alemán.

En medio del caos, hubo muchos arreglos de cuentas personales. En su diálogo imaginario escrito en 1937, *La*

velada en Benicarló, Azaña presenta un médico amenazado de muerte y encarcelado simplemente por la denuncia de un hombre al que había operado sin mucha fortuna.[565] Un reo convicto que se libró de la cárcel común se presentó en el piso de un juez que le había condenado unos meses antes, lo mató en presencia de su familia, y huyó con los objetos de plata de la familia envueltos en una sábana.[566] También existieron muchos errores: en la lista de destinados a la muerte en Vendrell figuró, durante algún tiempo, el nombre del gran violoncelista Casals.[567]

Durante estos momentos tan confusos, los hombres como el presidente de la República, Azaña (la ventana de cuyo dormitorio, en el Palacio Nacional, daba a la Casa de Campo, donde se estaban cometiendo tantos asesinatos), no podían dormir tranquilos por las noches. Aunque no podían controlar las matanzas, como representantes del gobierno eran responsables de ellas. Al no dimitir, difícilmente podrían esperar que no se les culpara. Parece ser que algunos socialistas e incluso republicanos de izquierdas, además de los comunistas y anarquistas, inspiraron muchas detenciones e «investigaciones» que no eran verdaderamente necesarias para el objetivo último de ganar la guerra. Además, varios de los organizadores de las checas pasaron a ocupar puestos de responsabilidad en la policía de la República una vez restaurado el orden.[568] No obstante, muchos otros, movidos por sentimientos personales más que políticos (entre éstos se contaban desde Companys hasta «la Pasionaria», se preocuparon de intervenir a favor de probables víctimas de la violencia. Companys salvó al cardenal arzobispo de Tarragona, detenido por milicianos anarquistas en el monasterio de Poblet, mientras que el obispo de Gerona y muchos sacerdotes y miembros de la *Lliga catalana* fueron salvados por Ventura Gassol (el consejero catalán de cultura). Azaña salvó a los monjes de su

antiguo colegio, en el monasterio agustino de El Escorial. «La Pasionaria», en Madrid, salvó a muchas monjas de las iras de la FAI. Galarza, aunque era débil como ministro de la Gobernación, salvó al presidente de la asociación de estudiantes católicos, Joaquín Ruiz Giménez.[569] Juan Negrín, diputado socialista y profesor de fisiología, salvó a muchas personas en Madrid. Los dirigentes anarquistas criticaron la violencia, e intentaron contenerla en el espacio de irnos días. A partir del 25 de julio, la CNT y la FAI lanzaron una serie de protestas contra la violencia ilegal. El 30 de julio, Federica Montseny, la dirigente anarquista, escribió tristemente:

«Hemos confirmado algo que ya sabíamos en teoría: que la revolución es una fuerza destructora y ciega, grandiosa y bárbara, en la que actúan, formidablemente, fuerzas incontroladas e incontrolables… En el fragor del combate en la furia ciega de la tormenta ¡cuántas cosas también naufragan!… Los hombres no son mejores ni peores de como los hemos visto… Sus vicios y sus virtudes se manifiestan surgiendo del fondo de los tahúres la honradez dormida y de lo más hondo de los hombres honrados el apetito voraz, la sed del exterminio, el afán de sangre, que parecía más que imposible».[570]

Todavía con más fuerza, Juan Peiró, miembro de la CNT desde hacía mucho tiempo, lanzó un elocuente y sincero ataque contra aquellos que «han derramado sangre por el puro gusto de derramarla, porque podían matar impunemente… muchos muertos han sido fusilados por venganzas personales […]. En el pueblo en rebelión se han infiltrado elementos amorales que roban y asesinan profesionalmente […]. Muchos de los que realizan expropiaciones no han tenido otro interés que el de apoderarse del dinero y las propiedades de otras personas».

[571]

A pesar de todo, nadie defendió al concejal catalán de orden público Frederic Escofet, que fue destituido por haber ayudado a huir a Francia a algunos religiosos. No obstante, el gobierno castigó a unos cuantos comités del Frente Popular por crímenes cometidos, y el capitán miliciano Luís Bonilla y los dirigentes anarquistas de Vallvidrera y Molins de Llobregat fueron igualmente ejecutados por sus crímenes.

Lo mismo que José Olmeda Medina, que había robado cadáveres de la iglesia del Carmen, en Madrid. El periódico anarquista (castellano) *Campo Libre* comentaba en agosto de 1937: «Los instintos criminales de elementos incontrolados (en el pueblo de Cabañas de Yepes, Toledo) [...] creyeron que la revolución era una cuestión de saqueo y gamberrismo, y, en los primeros días del movimiento (los anarquistas usaban la misma palabra que los nacionalistas para referirse a la revolución de julio), actuaron cobardemente contra aquellos cuya única culpa era la de ser desgraciados». Gran parte de la responsabilidad debe atribuirse —y esto es reconocido generalmente— al impotente ministro de la Gobernación, general Pozas, al horrorizado director general de Seguridad, Alonso Mallol, y al incompetente ministro de Justicia, Manuel Blasco Garzón. Los ministerios y departamentos presididos por estos caballeros se refugiaron en la negativa de que se hubieran cometido crímenes, diciendo que los muertos habían sido asesinados por fascistas, y aprobando implícitamente algunas, de estas acciones al ascender a continuación a quienes habían sido directamente responsables de las mismas.

¿Quiénes fueron los asesinos? Sin duda, muchos más de los que se piensa eran criminales, liberados inesperadamente de la cárcel; muchos eran pobres chicos alocados sin conciencia y sin ideología; probablemente la mayoría eran

adolescentes. Muchos pertenecían al tipo de carniceros que aparecen en todas las revoluciones, por ejemplo, el antiguo sacristán que se dedicó a matar sacerdotes en 1936, y más tarde, en 1939, denunció a sus compañeros asesinos y se entregó a la matanza de republicanos.[572] Pero las juventudes socialistas-comunistas desempeñaron mucho papel en todo esto, quizá tanto como los anarquistas. En Santander, por ejemplo, un falangista que se alistó secretamente en la CNT declaró más tarde que allí los encargados de las ejecuciones eran los jóvenes socialistas y comunistas, «provistos de enseñas y distintivos anarquistas para que se echaran las culpas a la CNT y la FAI».[573] Por otra parte, el mismo falangista reconocía que él y algunos otros amigos de ideas análogas a las suyas habían sido responsables de muchos de los fusilamientos «rojos» en Santander.[574]

En Andalucía, las bandas asesinas generalmente venían de fuera de los pueblos donde se producían los asesinatos. Estas bandas llegaban en camiones, armadas con fusiles ametralladores y «obligaban a los pueblos a entregar a sus reaccionarios».[575] En Jaén, los anarquistas acabaron con las matanzas indiscriminadas, y a menudo las bandas asesinas estaban formadas por gentes sin verdaderas convicciones políticas.[576] Pero también a menudo los anarquistas mataban como si fueran místicos, resueltos a aplastar para siempre las cosas materiales de este mundo, todos los signos externos de un pasado burgués, corrompido e hipócrita. Cuando gritaban «¡Viva la libertad!» y «¡Muera el fascismo!», mientras moría algún administrador injusto, expresaban hondas pasiones de temible sinceridad. Muchos de los detenidos en Barcelona eran llevados cuarenta kilómetros a lo largo de la costa para ser fusilados frente a la maravillosa bahía de Sitges.

Los que iban a morir pasaban sus últimos momentos sobre la Tierra contemplando el soberbio espectáculo del

amanecer en el mar Mediterráneo. Parecía como si sus asesinos les dijeran: «Mirad lo hermosa que podría haber sido la vida si no hubierais sido unos burgueses, y os hubierais levantado temprano, viendo el amanecer más a menudo, como hacen los obreros».

Aunque en la España rebelde hubo muchas muertes arbitrarias, la idea de la limpieza del país para eliminar los males que se habían apoderado de él era una política disciplinada de las nuevas autoridades y formaba parte de su programa de regeneración. En la España republicana, la mayoría de las muertes fueron consecuencia de la anarquía, resultado de un colapso nacional, y no obra del Estado, aunque algunos partidos políticos, en algunas ciudades, consintieron las enormidades, y aunque algunos de los responsables últimos ascendieron a posiciones de autoridad. Además, los ataques aéreos provocaban odios y fueron responsables de muchas muertes en represalia. Igualmente, la voz de Queipo de Llano a través de la radio infundía pavor y provocó la muerte de muchos de sus partidarios en territorio republicano. En ambos bandos, la mayoría de los asesinatos fueron cometidos por hombres menores de veinticuatro años de edad.

Las atrocidades cometidas tras las líneas «republicanas» y «nacionalistas» al principio de la guerra civil eran parte del mismo fenómeno que, a partir de 1931, había endurecido la política española llevándola a excluir el compromiso; este extremismo político había desembocado en la violencia, la ilegalidad y la intolerancia antes de julio de 1936.

La forma como se llevó a cabo la rebelión militar, y la forma en que respondió a ella el gobierno en las primeras horas provocaron un desenfreno que no se había visto en Europa desde la guerra de los Treinta Años. En una zona, se

fusilaba a maestros de escuela y se quemaban casas del pueblo; en la otra, se fusilaba a sacerdotes y se quemaban iglesias. La consecuencia psicológica de este desenfreno fue que las dos partes en litigio se vieron dominadas por el odio y el miedo: «Odio destilado lentamente durante años, en el corazón de los desposeídos. Odió de los soberbios, poco dispuestos a soportar la "insolencia" de los humildes. Odio de las ideologías contrapuestas, especie de odio teológico, con que pretenden justificarse la intolerancia y el fanatismo. Una parte del país odiaba a la otra, y la temía».[577]

De ahí que no hubiera ninguna oportunidad para una tregua de compromiso, y de ahí que, con la excepción de los pesimistas (como Azaña) y de unos pocos neutrales (como Madariaga), nadie comprendiera la actitud del enemigo. Hubo innumerables ejemplos de heroísmo e incontables casos de brutalidad. Las dos cosas parecían yuxtapuestas. Quizás el caso del general Batet, jefe de la 6ª División, en Burgos, es especialmente significativo: había arrestado a Companys por rebelión en 1934, y él fue arrestado por sus propias tropas, por negarse a rebelarse, en 1936. Tenía entonces sesenta y cuatro años y, después de pasar siete meses en la cárcel, en 1937 fue fusilado junto con su ayudante, igualmente inocente. Queipo de Llano y Cabanellas suplicaron a Franco que lo indultara, pero fue en vano. Batet dijo al pelotón de ejecución las siguientes palabras: «Soldados, cumplid un deber sin que ello origine vuestro remordimiento en el mañana. Como acto de disciplina debéis disparar, obedeciendo la voz de mando. Hacedlo al corazón; os lo pide vuestro general que no necesita perdonaros porque no comete ninguna falta el que obra cumpliendo órdenes de sus superiores».[578] Batet «supo morir» como un español. Y otros muchos también.

17

El carácter de la España nacionalista

La dirección de los nacionalistas fue conferida, el 24 de julio, a una junta establecida en Burgos bajo la presidencia del barbudo general Cabanellas, el que estaba al mando de Zaragoza. Mola le dio este puesto para apaciguarlo, más que para enaltecerlo. Era el general más antiguo, el único general de división en activo que se sumó a la rebelión: Mola, técnicamente, era un simple general de brigada. Mola consultó a los monárquicos Goicoechea y conde de Vallellano, antes de constituir la junta de Burgos, pero no a Franco,[579] ni a los dirigentes carlistas, ni a los falangistas. Mola deseaba que formaran parte de la junta algunas personas no militares, pero no surgió ningún nombre que contara con la general aceptación. Goicoechea instó a Mola a que formara una junta a toda costa: «Aunque sea una junta de coroneles, forme una junta inmediatamente, mi general».[580] La junta se compuso, al principio, sólo con los jefes del alzamiento en la península: los generales Mola, Saliquet, Ponte y Dávila, así como dos ayudantes de Dávila, los coroneles Montaner y Moreno Calderón. Franco no ingresó en ella hasta principios de agosto. En la península, Franco se estaba convirtiendo en un mito. Se hablaba de él constantemente, pero nadie parecía saber dónde estaba.[581] Al principio del alzamiento, los partes oficiales nacionalistas eran muy optimistas. Decían que Franco ya había llegado a

la península, y que Mola estaba a las puertas de Madrid. Pero luego las noticias se fueron haciendo vagas. La gente decía que Franco lo estaba organizando todo con tal grado de perfección que la derrota resultaría imposible.[582] Mola, en realidad, no estableció contacto con Franco hasta el 21 de julio, fecha en que envió a Marruecos un emisario por vía aérea: el capitán Ángel Salas Larrazábal.[583]

Mola inauguró la junta. Entre el ensordecedor resonar de todas las campanas de Burgos, el astuto general gritó roncamente desde un balcón de la plaza Mayor: «¡Españoles! ¡Burgaleses! El gobierno que era el desgraciado bastardo nacido del concubinato liberal y socialista ha muerto a las manos de vuestro valeroso ejército. España, la verdadera España, ha derribado al dragón, que ahora está caído de cara al suelo y mordiendo el polvo. Yo volveré ahora a ponerme en mi puesto al frente de las tropas, y, antes de mucho tiempo, dos enseñas, el sagrado emblema de la cruz y nuestra gloriosa bandera, ondearán juntas sobre Madrid».[584]

Entonces, la junta celebró su primera reunión, reconoció la existencia de dos ejércitos en la España rebelde: uno en el norte, bajo el mando de Mola, y otro en el sur (incluido Marruecos), bajo el mando de Franco, y se trasladó a una discreta mesa de café del Casino. Después de esto, Cabanellas y los dos coroneles formaron una secretaría para dar a la España nacionalista las directrices administrativas que fueran necesarias. Las tareas de gobierno se hacían difíciles tanto por la falta de funcionarios como por la carencia de documentos. Pero la necesidad de funcionarios se cubrió mediante el servicio voluntario de miembros de la clase media. En cuanto a la falta de documentos, quedaba compensada por una simple adhesión a las bien probadas normas de la ley marcial. Además, la mayoría de los jueces, procuradores y policías se limitaron a continuar ejerciendo su profesión sometidos a la junta rebelde, anulando, si era

necesario, todas las concesiones al cambio hechas durante la República. En realidad, Cabanellas y su junta eran figuras decorativas, lo mismo que Giral, Azaña y Companys. Mola era quien, en la práctica, gobernaba el norte de España, desde El Ferrol hasta Zaragoza y desde los Pirineos hasta Ávila. Franco controlaba Marruecos y las Canarias. Queipo de Llano dominaba la Andalucía nacionalista. Se hizo famoso en toda España por sus emisiones de radio nocturnas, llenas de absurdas obscenidades, de amenazas de muerte para las familias de los «rojos» de la escuadra republicana, de alardes sobre la terrible potencia sexual de los regulares, y de promesas de matar a «diez canallas marxistas» por cada rebelde muerto. Reunió en torno a él un corrillo de falangistas, carlistas sevillanos, ganaderos de reses bravas y cosechadores de jerez, junto con el torero «el Algabeño», que se convirtió en su ayudante. En el norte, Mola hablaba de vez en cuando por radio Navarra, radio Castilla, o radio Zaragoza, reservando su odio de modo especial para Azaña, «monstruo que más parece la absurda invención de un Frankenstein doblemente loco que el fruto del amor de una mujer. Azaña debiera ser encerrado en una jaula, de manera que los mejores especialistas del cerebro pudieran estudiar el caso más interesante de degeneración mental de toda la historia».[585] Las huelgas generales declaradas por todas las organizaciones de trabajadores habían finalizado, por lo general, fusilando a los dirigentes de las huelgas y a los líderes de la UGT y la CNT, como ocurrió en Zaragoza.[586] Se permitió el mantenimiento de la reforma agraria de la República siempre que hubiera sido anterior a febrero de 1936; pero todo lo que había hecho el Frente Popular fue abolido, excepto en Extremadura, donde se permitió a algunos yunteros, que habían recibido unas concesiones en la primavera de 1936, que conservaran sus tierras durante un año o dos más, aunque con la obligación

de devolverlas después.[587]

Bajo el gobierno militar, la Falange estaba desorganizada. José Antonio, Ledesma, Ruiz de Alda y la mayoría de los restantes dirigentes conocidos estaban en las cárceles republicanas. A Redondo lo mataron en los primeros días de la guerra, en una emboscada cerca del Guadarrama. Los dirigentes locales que sobrevivieron, y que generalmente salían de la cárcel donde habían pasado las últimas semanas de vida de la República, no estaban muy bien situados a nivel nacional, Durante el mes siguiente, los antiguos militantes actuaron más como una policía política que como un partido político. Es cierto que algunos miembros de la Falange organizaron columnas de voluntarios, pero eran más indisciplinados qué los carlistas, y se encontraron metidos en la organización burocrática, sirviendo en hospitales, llevando a cabo detenciones y ejecuciones y combatiendo: tenían poco tiempo para asegurarse puestos políticos clave en el nuevo orden, al lado de los generales.[588] Algunos falangistas recorrieron el campo con bandas de seguidores, fusilando a la gente que no merecía su aprobación, y después se presentaron voluntarios para entrar en alguna de las columnas ya establecidas. Estas acciones eran deploradas, más de lo que a veces puede parecer, pero también eran perdonadas. Un representante alemán, Eberhard Messerschmidt, que recorrió la España nacionalista en agosto, se quejaba de que la Falange no tenía verdaderos objetivos ni ideas. Parecían simplemente «jóvenes a los que divierte jugar con armas de fuego y perseguir a los comunistas y los socialistas».[589] Las calles de la España nacionalista solían ser recorridas por patrullas de falangistas que saludaban brazo en alto al estilo fascista, detenían a personas sospechosas, pedían la documentación y gritaban «¡Arriba España!» a la primera oportunidad. Pero después de cierto tiempo cambiaron las cosas. Todos los

antiguos partidos políticos estaban desacreditados. Los carlistas sólo atraían a los ultraconservadores. Muchos jóvenes de las JAP habían participado en las luchas del 18 de julio y ahora cambiaron alegremente sus camisas verdes por las azules, pasándose en masa a la Falange. Aunque Mola invitó a Gil Robles a regresar a España, éste delegó sus responsabilidades en una «junta de mando de las milicias» y se retiró de la política. «Autorizó» a sus seguidores a sumarse al ejército, como reclutas normales, y les dijo que evitaran participar en las fuerzas de represión. Por lo general, siguieron sus instrucciones; aunque ya las habían previsto. Él se quedó en Portugal.[590] Lerroux, que huyó de Madrid a tiempo, declaró su apoyo al alzamiento, pero también se retiró de la política activa. La masa de la clase media no militar empezó a ver a la Falange como su forma de identificarse con la «Cruzada». Estos nuevos afiliados no tardaron en sobrepasar y anular a los antiguos supervivientes. Casi ninguno de ellos sabía nada de ideología. Sabían que la Falange estaba contra los «rojos». ¿Qué otra cosa importaba? Así pues, en julio, en Sevilla, se afiliaron a la Falange 2.000 personas en veinticuatro horas.[591]

En Sevilla, el vistoso retrato de Queipo de Llano podía verse en toda la ciudad. Al cabo de unos días, también se podía ver por todas partes la fotografía de Franco. En las tiendas vendían emblemas patrióticos. Los carteles de Falange cubrían fachadas enteras de los edificios. «La Falange te llama», decían. «Ahora o nunca. No hay término medio: con nosotros o contra nosotros.» Los carteles carlistas también eran grandes, y no sólo en Navarra. «Nuestra bandera es la única bandera», anunciaban. «La bandera de España. ¡Siempre la misma!» Todavía estaba pendiente la cuestión de la bandera que habían de usar los rebeldes. Éste seguía siendo su problema político más

importante. En Burgos, cuando Mola había llegado el 21 de julio, las banderas de los balcones eran todas rojo y gualda, como la bandera de la monarquía: esto lo había conseguido Eugenio Vegas Latapié. Sin embargo, cuando se fue Mola, insistió en que las quitaran todas.[592] La clase obrera en la España nacionalista estaba acobardada, y con razón. En un decreto del 23 de julio, por ejemplo, Queipo incluía la resistencia pasiva entre los delitos graves. Muchos de los que antes habían pertenecido a algún partido obrero se ponían el salvavidas, como llamaba Queipo a la camisa azul de la Falange, para conseguir protección. En varios casos, estos chaqueteros políticos fueron descubiertos y más tarde castigados, a veces con la muerte.[593] Otros fueron enviados al frente con batallones de choque.

Para establecer la nueva sociedad, los nacionalistas necesitaban el apoyo de la Iglesia, cosa que consiguieron, a excepción de la Iglesia vasca. Franco empezó a hablar de Dios y de la Iglesia con el mismo tono reverente que hasta entonces había reservado para los regimientos y los cuarteles.[594] A pesar de todo, así como había algunos sacerdotes y religiosos que apoyaban a la República aunque hubieran matado a tantos hermanos suyos, también había eclesiásticos que sentían náuseas ante los asesinatos a sangre fría que se estaban cometiendo en la España nacionalista en nombre de Cristo. Por ejemplo, dos padres del Corazón de María de Sevilla se quejaron a Queipo de Llano por la ejecución de tantas personas inocentes. El párroco del pueblo andaluz de Carmona fue asesinado por unos falangistas porque protestaba ante sus ejecuciones.[595] Lo mismo ocurrió con dos franciscanos fusilados en Burgos y Rioja. Cuando, más tarde, las fuerzas de Mola entraron en Oyarzun (Guipúzcoa), un vicario, Eustaquio de Uriarte, fue obligado a escribir mil veces «Viva España» para reparar una supuesta actitud tibia que había tenido respecto al

alzamiento.[596]

Entre la jerarquía, sólo el arzobispo de Tarragona, doctor Vidal y Barraquer, y (en menor medida) el doctor Mateo Múgica, obispo de Vitoria (cuya diócesis estaba en la más meridional de las provincias vascas), se mostraron reacios a prestar plenamente su apoyo al «movimiento». Vidal y Barraquer escapó de la Cataluña revolucionaria y huyó al extranjero. El obispo de Vitoria apoyó el alzamiento al principio, pero cambió de actitud ante los fusilamientos de Navarra. Al final, también saldría de España, oficialmente para proteger su vida contra los ataques de los falangistas, pero en realidad porque era inaceptable en el territorio nacionalista.[597] El primado, cardenal Goma, arzobispo de Toledo, tardó en dar su pleno apoyo al movimiento, aunque el comienzo de la guerra le cogió en Pamplona; no se mostró plenamente convencido hasta la liberación de Toledo (a finales de septiembre).[598] Monseñor Marcelino Olaechea, obispo de Pamplona, en una ceremonia celebrada en la ciudad el 25 de agosto, exclamó generosamente: «No más sangre, hijos míos, no más castigos sangrientos. La sangre derramada en los campos de batalla ya es suficiente».[599] También se negó, en una ocasión, a bendecir a una columna de falangistas que partían para el frente, porque iban a matar a sus hermanos trabajadores.[600] Mientras tanto, tan pronto como se inició la guerra, los falangistas, como partido, empezaron a dar muestras de un fervor religioso que no había caracterizado a su política anterior. Los falangistas empezaron automáticamente a ir a misa, confesarse y comulgar. Los propagandistas empezaron a presentar al falangista ideal como mitad monje y mitad soldado. La mujer ideal falangista era descrita como una mezcla de Santa Teresa e Isabel la Católica.[601] Entretanto, obispos, canónigos y sacerdotes imploraban diariamente la protección de la Virgen para las tropas nacionalistas,

pidiéndole que les concediera una rápida entrada en Madrid.[602] En realidad, la España nacionalista parecía estarse convirtiendo en una inmensa iglesia, llena de imágenes y pasiones fantásticas, estandartes, reliquias y comulgante de la clase media. Algunos sacerdotes incluso lucharon con las fuerzas nacionalistas. El párroco de Zafra (Extremadura) se hizo famoso por su brutalidad.[603] Otros sacerdotes, como el fanático fray Fermín Yzurdiaga, de Pamplona, miembro de la Falange desde 1934, actuaron por su cuenta. Yzurdiaga fue durante un tiempo jefe del departamento de propaganda en el cuartel general nacionalista.

Los rebeldes necesitaban mucho dinero, y la Iglesia también. Sus dirigente lo pedían por radio, en discursos públicos y en los periódicos. Juan March, cuya fortuna estaba en el extranjero, les había proporcionado créditos, y éstos ayudaban para comprar armas en el extranjero, pero se necesitaba mucho más. Al cuartel general nacionalista llegó un aluvión de joyas, piedras preciosas y donaciones grandes y pequeñas de dinero y propiedades. La necesidad constante de más dinero explica la impetuosidad de los discursos y la propaganda: la gente reacia a ayudar al general Cabanellas o al general Mola no podía negarse a colaborar con el bando del Cid, de Isabel y Fernando y de la Virgen del Pilar. Así llegaron a Pamplona veinte mil frascos de mermelada, mil capas de lana, miles de botas, cascos, automóviles y camiones a centenares, o de uno en uno.[604] El apoyo de la clase media al «movimiento salvador» era incuestionable. Las ciudades de la España nacionalista, con la llegada de la guerra, despertaron de un sueño de siglos: las bandas, los tambores, las banderas, los mítines, los discursos radiofónicos sostenían a los rebeldes, como si la guerra fuera una fiesta continua, en la que serían «exterminados» los «marxistas» en vez de los toros. Los altavoces repetían antiguas canciones como *El novio de la muerte* o *Los*

voluntarios. Entretanto los gobernadores militares locales tenían poder para requisar autobuses, taxis, automóviles privados e incluso casas particulares. La mayoría de los edificios públicos fueron ocupados, incluidos todos los locales de los partidos de izquierdas. En algunos sitios se obligó a hacer contribuciones al «movimiento», y en otros se investigaron las cuentas corrientes. Los salarios y los precios estaban controlados, generalmente de acuerdo con el nivel de febrero de 1936 (mucho más favorables a los patronos que en julio), y uno de los primeros decretos de Queipo de Llano fue el de aumentar la semana laboral en las minas de cobre de Riotinto a cuarenta y ocho horas. Se abrieron listas de suscripciones para contribuir a los gastos de la guerra. Además Queipo de Llano garantizó la continuidad de las exportaciones de vino, aceite y fruta, complaciendo así a la importante comunidad anglo-andaluza, y estableció buenas relaciones con los negociantes portugueses. En la zona de Mola existían menos reglas que en la de Queipo, pero en el norte se crearon, en agosto, una serie especial de comités (Comisiones Provinciales de Clasificación) para investigar la situación económica. Estas comisiones se convertirían más adelante en un cuerpo estatal público (la Comisión de Industria y Comercio). Tal era el carácter de la nueva España en los primeros días de lo que se llamaría la «Era azul», por el color falangista, o el «Primer año del Movimiento».

18

La revolución en la España republicana

Al apagarse los primeros desenfrenados entusiasmos ante la victoria sobre el alzamiento, Madrid se convirtió en una ciudad tan belicosa como revolucionaria. Las calles estaban llenas de milicianos vestidos con monos azules, prenda que se convertiría en una especie de uniforme de los ejércitos republicanos en el frente de Madrid. Los fusiles se llevaban (mejor dicho, se desperdiciaban) como símbolos revolucionarios. Muchos consideraban que esto era alentador; pero Azaña no. El consideraba «amenazadora» esta confusión de «frivolidad y heroísmo, de batallas verdaderas y desfiles inofensivos». «La población exhibía la uniformidad nueva del desaliño, la suciedad y el harapo; —y añadía— la raza parecía más morena, porque los jóvenes guerreros se dejaban la barba, casi siempre negra, y los rostros se ensombrecían.»[605] La clase media prescindió de sombreros, corbatas y cuellos, en un esfuerzo para parecer proletaria en una ciudad donde, en otros tiempos, habría sido una ofensa pasear sin corbata o chaqueta. Cientos de muchachas trabajadoras recorrían las calles pidiendo dinero, en particular para el Socorro Rojo Internacional del Komintern. Constantemente, unos altavoces muy optimistas anunciaban victorias en todos los frentes; «heroicos» coroneles e «indómitos» comandantes aparecían brevemente en la prensa republicana, y luego se desvanecían

en el olvido. Los cafés, los cines y los teatros estaban llenos; se celebraron unas cuantas corridas de toros, en las que los alguaciles saludaban con el puño cerrado y los toreros llevaban boina en vez de montera.[606]

La UGT fue la que, en realidad, se hizo con la autoridad en Madrid, ya que tenía a su cargo el abastecimiento de alimentos y los servicios esenciales. Los funcionarios, en muchos casos, eran hostiles a la causa para la que estaban trabajando, y fueron perdiendo importancia en sus funciones; lo mismo, en realidad, que ocurrió con el propio gobierno de Giral. Hubo purgas de funcionarios, pero muchas personas potencialmente desleales conservaron sus puestos. La UGT trabajaba en relativa armonía con la CNT, su antigua enemiga, aunque la huelga de la construcción, causa de sus últimas rivalidades, no se resolvió hasta principios de agosto, y a pesar de que surgieron algunos incidentes violentos: un joven comunista, Barzona, fue asesinado por la CNT en julio.[607] Sin embargo, un cartel muy popular mostraba a dos milicianos muertos, uno de la CNT y el otro de la UGT, cuya sangre se mezclaba en un charco común. No obstante, la CNT, que ya se había extendido mucho por Madrid a principios de 1936, tuvo muchos nuevos afiliados en estos primeros días de la revolución: su prensa diaria (por ejemplo, *Castilla Libre, CNT* y *Frente Libertario*) gozó de enorme difusión.[608]

Detrás de la UGT, se vislumbraba al Partido Comunista. La habilidad de la propaganda y la táctica política de que dieron muestras sus dirigentes fue la principal razón de los éxitos comunistas, aunque la hostilidad entre los grupos de Largo Caballero y de Prieto en el seno del Partido Socialista les favoreció mucho.[609] La propaganda comunista, dirigida por Jesús Hernández y Antonio Mije, se concentraba en dos temas: una política social moderada y no revolucionaria, y la identificación de la resistencia contra el alzamiento con la

resistencia del pueblo español, en 1808, contra Napoleón. El periódico comunista *Mundo Obrero* hablaba del combate como si estuviera motivado exclusivamente por el deseo de defender a la República democrática.

Muy diferente era *Claridad*, el periódico de ideal socialista, que, más o menos por las mismas fechas, anunciaba que «el pueblo ya no estaba luchando por la España del 16 de julio».[610] Sin embargo, las juventudes socialistas-comunistas unificadas, y dirigidas por Santiago Carrillo, para entonces ya estaban comunistizadas.[611] Las divisiones de los socialistas y las dificultades intelectuales con que se encontraban los anarquistas (no podían colectivizar el Estado) dieron pie a que aumentara progresivamente la influencia comunista en la capital.

La revolución que presidía la UGT, al principio, no pareció muy avanzada. Sólo se expropiaron las industrias y las casas de cuyos propietarios se sabía que habían apoyado a los nacionalistas. Esto supuso, sin embargo, la apropiación forzosa de miles de cuentas bancarias e innumerables confiscaciones de residencias, joyas y artículos de valor privados.[612]

Las juventudes socialistas-comunistas establecieron su central en la Gran Peña, el famoso club conservador de la Gran Vía; el hotel Ritz se convirtió en hospital militar, y el hotel Palace en refugio para niños abandonados. Los periódicos de derechas fueron incautados por sus rivales de izquierdas.[613] Todas las industrias relacionadas con la producción de material de guerra también fueron requisadas, nominalmente por el ministerio de la Guerra, pero de hecho por comités de trabajadores. Más adelante, los directores de otras empresas pidieron ellos mismos la formación de esta clase de comités, para compartir las responsabilidades y así evitar, tal vez, peores consecuencias. Pero, en agosto, sólo una tercera parte de la industria de

Madrid estaba controlada por el Estado, a pesar de todo. Los bancos no fueron incautados, aunque funcionaron bajo la supervisión del ministerio de Hacienda. Hubo una moratoria para las deudas y una limitación de las cantidades que se podían retirar de las cuentas corrientes, pero, aparte de esto, la actividad de los bancos continuó normalmente. Otra medida financiera consistió en la reducción de todas las rentas en un 50%.[614] Aparte de los asesinatos nocturnos, y de la consiguiente aparición de cadáveres en la Casa de Campo, los signos externos más obvios de la revolución en Madrid eran los restaurantes colectivos organizados por los sindicatos. En ellos se repartían los alimentos que requisaban los sindicatos a su llegada de las zonas agrícolas de Levante. En estos restaurantes, se servía un plato barato pero abundante de arroz y patatas guisadas con carne, en cantidades prácticamente ilimitadas.[615] Pero escaseaba el pan, consecuencia del dominio de los rebeldes sobre las llanuras trigueras del norte de Castilla. En estos restaurantes colectivos y, cada vez más, en los almacenes y en las tiendas, las comidas y los artículos se pagaban por medio de vales extendidos por los sindicatos. Al cabo de un tiempo, se empezaron a pagar cada vez más los sueldos en Madrid por medio de aquellos papeles. El dinero empezó a desaparecer, y los comerciantes sólo compraban los artículos que estaban seguros de que podrían vender. Este caos económico acabó resolviéndolo el ayuntamiento de Madrid, que se hizo cargo de la emisión de vales, y proporcionó los medios de subsistencia a las familias de los milicianos que pertenecían a las fuerzas de defensa de la República, a los parados y a los mendigos de Madrid. Pero muchos comerciantes perdieron dinero por aceptar aquellos prometedores vales cuyo equivalente en metálico no cobraron nunca. Los milicianos empezaron a cobrar diez pesetas diarias (que les pagaban, en algunos casos, las fábricas donde habían trabajado, y en

otros, el gobierno o los sindicatos),[616] cantidad que seguían pagando a sus familiares en caso de muerte. Esta paga, el triple de la paga que recibían los soldados antes de la guerra, los convertía en los soldados más ricos de Europa. Pero esto perjudicaba a la economía. Entretanto, grandes cantidades de refugiados atestaban las embajadas extranjeras en Madrid, sobre todo las latinoamericanas, y estas misiones diplomáticas, en muchos casos, usaron casas particulares para alojar a sus huéspedes: a veces, incluso, los que buscaban refugio se inventaron embajadas para ellos. Por ejemplo, un rico ingeniero, Alfonso Peña Boeuf, montó una embajada del Paraguay, que albergaba a trescientas personas en tres edificios, donde antes no había ninguna embajada.[617]

Las ciudades y el campo de Castilla la Nueva, de la Extremadura republicana y de la Mancha estaban, al igual que la capital, dominadas por la UGT y por las juventudes socialistas-comunistas. Los anarquistas aumentaban de una semana para otra, y a lo largo de Castilla la Nueva hubo interesantes proyectos de colectivización. Las antiguas autoridades municipales, por lo general, continuaron sus actividades, acompañadas por los comités del Frente Popular. La expropiación de industrias y de pequeños negocios privados fue algo excepcional. Las tiendas e industrias, por ejemplo, de Talavera de la Reina, en el valle del Tajo, estaban llenas de carteles que anunciaban: «Aquí se trabaja colectivamente». Pero esto indicaba que se había llegado a un acuerdo con los obreros para repartir con ellos parte de los beneficios, y no que los trabajadores tuvieran el control de la industria. En el campo, en la Mancha tanto como en Castilla la Nueva, las grandes fincas fueron todas confiscadas, y estaban dirigidas por la rama local de la UGT. Había numerosas colectividades, establecidas de acuerdo con los dictámenes anarquistas del congreso de mayo, pero no se crearon en todas partes, ni inmediatamente, ni en los

pueblos donde existían colectividades, éstas solían ser la única unidad económica: se autorizó a personas privadas (principalmente gracias al apoyo de la UGT o de los comunistas) a continuar trabajando la tierra, y a proseguir con sus comercios, y, por lo menos teóricamente, todo el que había entrado a formar parte de una colectividad podía salirse de ella cuando lo deseara, llevándose consigo bienes por un valor equivalente a los que tenía cuando había entrado. Tanto la UGT como la CNT (aquí como en la mayoría de los lugares de la España revolucionaria) reconocían la superioridad de la colectivización sobre la distribución de la tierra, por razones económicas y sociales. [618]

Más al sur, en Ciudad Real, la principal ciudad de la Mancha, sólo fue expropiada una industria, una central eléctrica. El mercado, las tiendas y los cafés seguían igual que antes. El sociólogo austriaco Franz Borkenau, que visitó esta zona en agosto, observó que, en una granja colectiva, el ganado parecía disfrutar de buena salud, el trigo se cosechaba a tiempo y se almacenaba en una capilla. Antes de la colectivización, los campesinos vivían en Ciudad Real y acudían a la finca para la cosecha. Ahora se habían instalado en la casa de los antiguos dueños. La comida, aunque no abundante, había mejorado. Antes de la guerra, estos mismos campesinos habían destrozado la maquinaria que había traído el propietario, porque suponían que estaba intentando disminuirles los jornales. Ahora, una trilladora que les llegó de Bilbao fue recibida con alegría y admiración. [619] La regla general para la colectivización era que no podía poseerse más tierra que la que se pudiera cultivar sin necesidad de contratar mano de obra. La distribución de alimentos sólo podía hacerse a través del comité local. En unos lugares, se repartían gratuitamente tres litros de vino semanales, mientras en otros se distribuía el doble.[620] En

algunos pueblos, colectivistas e individualistas convivían pacíficamente; en un pueblo podía haber dos cafés: uno adonde iban los campesinos-propietarios individuales, y otro frecuentado por los que trabajaban en la colectividad.[621] En algunos sitios, la iglesia se convirtió en almacén, pero en otros, era un lugar de reflexión tranquila.[622]

La revolución que se inició en Barcelona en julio de 1936 se diferenció de la del centro de España en que fue primordialmente anarquista. Con una emisora de radio incautada, ocho diarios, e innumerables semanarios y publicaciones periódicas que trataban sobre todos los aspectos de la sociedad, y con constantes mítines públicos, el movimiento anarquista verdaderamente se había apoderado de Barcelona. Sólo en esta ciudad, había entonces 350.000 anarquistas. El verdadero órgano ejecutivo de Barcelona, y, por lo tanto, de Cataluña, era el Comité de Milicias Antifascistas, que se había formado el 21 de julio y en el cual, como hemos visto, la FAI y la CNT eran las fuerzas más influyentes. A las reuniones de este comité solían asistir varios representantes de la Generalitat.[623] Este comité intentó restablecer el orden público, organizar la producción y la distribución de alimentos y, al mismo tiempo, creó un ejército para defender Barcelona y «liberar» Zaragoza. Generalmente las reuniones del comité tenían lugar por la noche, dado que sus miembros estaban muy ocupados haciendo otras cosas durante el día. Entretanto, todas las grandes industrias de Barcelona habían pasado a manos de la CNT: la CAMPSA, la Ford Iberia Motor Company, la compañía de obras públicas conocida con el nombre de Fomento de Obras y Construcciones..., todas estaban dirigidas por los anarquistas. Y lo mismo ocurría con los servicios básicos: agua, gas y electricidad. Así pues, Barcelona se convirtió en una ciudad proletaria como Madrid nunca llegó a ser. La expropiación era la norma

general: hoteles, almacenes, bancos y fábricas fueron requisados o cerrados. En los requisados, se formaron comités directivos compuestos por antiguos técnicos y obreros.[624] Se colectivizó la distribución de alimentos, la pasteurización de la leche y hasta la producción de los pequeños artesanos. Los nuevos gerentes examinaban los libros de cuentas y quedaban fascinados. ¡Qué derroche, qué beneficios y qué corrupción ponían de relieve! Y entonces (como dijo un comité de trabajadores del metro de Barcelona) «nos lanzamos a la gran aventura».[625] Teniendo en cuenta que la FAI y la CNT habían instalado su cuartel general en el gran edificio del *Foment del Treball* de estilo pseudogótico, era de esperar que la aventura funcionara bien.

Diez días después del alzamiento la mayoría de industrias ya estaban trabajando de nuevo. Los sindicatos anarquistas se encargaron de los servicios públicos y los obreros del ramo de la electricidad garantizaron la continuidad del suministro vigilando los embalses y las plantas hidroeléctricas de los Pirineos Orientales, que proporcionaban la energía eléctrica a Barcelona. Las sesenta líneas de tranvía de Barcelona pasaron a ser dirigidas por los 6.500 anarquistas que trabajaban en ellas, y, poco después, funcionaban ya igual que antes del alzamiento. Así y todo, se logró una extraordinaria variedad de soluciones. En algunos sitios, se mantuvieron los antiguos salarios, diferentes unos de otros; en otros, se estableció un nuevo salario uniforme. Los tranviarios de Barcelona buscaron una solución de compromiso, reduciendo a cuatro el número de salarios diferentes. Sin embargo, continuaron las diferencias para los técnicos y obreros especializados, y, aunque en las fábricas prósperas probablemente los obreros estaban mejor pagados que antes, en las pobres, a menudo siguieron tan mal pagados como antes. Si una fábrica tenía suficientes

existencias y dinero en el momento de la revolución, se autofinanciaba; si no, no tardaba en venir a menos. Parecía más difícil de lo que había supuesto la gente organizar una fábrica siguiendo la línea anarquista si necesitaba materias primas procedentes de fuentes no controladas por los anarquistas. Si las materias primas procedían del extranjero (y la mayor parte del algodón que se usaba en las fábricas de Barcelona era procedente de Egipto), las fábricas tenían que negociar con los obreros portuarios socialistas e incluso con negociantes. Así pues, el compromiso, e incluso la centralización, empezaron ya en los primeros días de la revolución. Además, la falta de materias primas y la escasez de dinero abrieron las puertas a la intervención estatal. El gobierno catalán trató de regularizar las cosas reconociendo, en primer lugar, un comité de control de los trabajadores para cada gran fábrica, y nombrando, después, un delegado oficial para que formara parte de aquel comité; sin embargo, para empezar, el delegado solía ser también un trabajador, y no hacía gran cosa. La teoría anarquista no tenía prevista una situación en la que ellos se hicieran con el poder en algunas empresas, pero sin destruir el Estado ni a sus oponentes políticos. Los dictados de la guerra también tuvieron su papel: el 19 de julio, García Oliver ordenó a uno de sus camaradas anarquistas, Eugenio Vallejo, que creara una industria de guerra en una ciudad donde antes no existía ninguna fábrica de armas. Evidentemente, el plan requería, desde el principio, la colaboración entre los anarquistas y otros movimientos políticos, aunque las industrias químicas y metalúrgicas que tendrían que fabricar armas estaban en manos de anarquistas. Aquí también intervino el gobierno catalán. (En octubre de 1936, la Generalitat controlaba 50 fábricas de éstas en Barcelona, y unas 75 fuera de la ciudad.) Además se habían de resolver innumerables cuestiones con consejo técnico: ¿podría

realmente reorganizarse una fábrica de pintalabios para hacer Vainas para balas? Por si fuera poco, los anarquistas tenían que colaborar con los bancos, que estaban controlados por la UGT,[626] es decir, en la práctica, por los comunistas. Así pues, desde el principio de la guerra, los partidarios del concepto de gobierno —desde la *Esquerra* Catalana hasta los republicanos, socialistas y comunistas— fueron quienes controlaron el crédito, incluso en el reducto anarquista que era Barcelona. Debido a todas estas dificultades, la industria textil de Barcelona pronto empezó a trabajar sólo tres días por semana. Para superar esto, era deseable un esfuerzo nacional, organizado por un gobierno enérgico. Enfrentados a una situación sin precedentes, los anarquistas de Cataluña, que de repente se habían convertido en los amos de la industria, improvisaron varias soluciones provisionales; algunas funcionaron bien, pero el fracaso de las que no funcionaron señaló fallas imprevistas en la «Idea» anarquista.

Un ejemplo característico de lo ocurrido fue la colectivización de los cines de Barcelona: todos los cines fueron agrupados en una sola empresa, dirigida por un comité de diecisiete hombres, de los cuales dos eran elegidos por una asamblea general de trabajadores, y los quince restantes por trabajadores de los diferentes grupos profesionales de aquella industria. Los miembros del comité recibían su sueldo normal, pero abandonaron su trabajo, dedicándose a la administración. Para despedir a alguien era necesaria la aprobación de las tres cuartas partes de la asamblea general de trabajadores. Se decretó un mes y medio de vacaciones anuales, incluidas dos semanas en invierno. En caso de enfermedad, el trabajador recibiría su paga completa, y los inválidos permanentes, el 75% de su antiguo salario. Los beneficios se destinarían a construir una escuela y una clínica.[627]

La revolución en Barcelona tuvo también otros aspectos. Igual que en Madrid, no se veía a nadie vestido con ropa propia de la clase media. Llevar corbata era arriesgarse a ser detenido. *Solidaridad obrera* llegó a denunciar al ministro ruso de Asuntos Exteriores, Litvinov, tachándole de burgués, porque llevaba sombrero. (El sindicato de sombrereros, anarquista, hizo constar su protesta.) Ardieron casi todas las 58 iglesias de Barcelona, excepto la catedral (preservada por orden de la Generalitat). Unas quedaron en ruinas, otras sólo resultaron dañadas. Se gastó una gran cantidad de valiosa gasolina en el intento de quemar la inacabada Sagrada Familia de Gaudí, sin tener en cuenta que era de cemento. A primeros de agosto, la excitación que pudiera haberse producido ante este tipo de escenas ya había desaparecido, y las brigadas de bomberos se encargaban de limitar cuidadosamente la destrucción. Se cerraron las escuelas religiosas: «La voluntad revolucionaria del pueblo ha suprimido la escuela de tendencia confesional. Es la hora de una nueva escuela, inspirada en los principios racionalistas del trabajo y de la fraternidad humana».[628]

Después del asesinato de Desiderio Trillas, presidente de los obreros portuarios de la UGT —probablemente muerto por los anarquistas—, la FAI y la CNT se sumaron a otros partidos en la condena de los. crímenes. Todos juntos amenazaron con la muerte a todo el que llevara a cabo fusilamientos y saqueos indiscriminados: «los bajos fondos de Barcelona están deshonrando la revolución». La FAI ordenó a sus miembros que vigilaran y «aplastaran a esa gentuza. Si no lo hacemos, los estafadores aplastarán la revolución deshonrándola».[629] Incluso fueron fusilados varios destacados anarquistas, como José Gardeñas, de los obreros del ramo de la construcción de Barcelona, o Fernández, presidente del sindicato de la alimentación, «que fueron incapaces de superar un momento de confusión y de

debilidad» y habían matado a un hombre y una mujer que años atrás los habían denunciado a la policía.[630] Pero por las noches continuaban oyéndose disparos en la carretera que va de Barcelona a la montaña del Tibidabo. Continuaban las detenciones de «fascistas». En los primeros días de la revolución, un conocido diputado y abogado de extrema izquierda, pero independiente, Ángel Samblancat, había irrumpido en el palacio de Justicia a la cabeza de un grupo de milicianos de la CNT-FAI, habían arrojado por la ventana documentos legales, contratos, arrendamientos y crucifijos, y habían matado a muchos abogados y jueces. Sin embargo, poco después, Samblancat instaló un comité de justicia revolucionario, cuyo primer acto fue hacer volver a los funcionarios y secretarios de los tribunales.

El dominio de los anarquistas en Cataluña los situó en una relación incómoda con el gobierno catalán en lo que Azaña describiría como «un complot para anular al Estado español». El avance de las milicias de Barcelona, encabezadas por los anarquistas, hacia Aragón, podía considerarse como una defensa responsable del gobierno central. Pero se había llevado a cabo sin discutirlo previamente con el ministerio de la Guerra, en Madrid. Hubo otros cambios: ante la debilidad demostrada por el gobierno de Madrid, la Generalitat pudo hacerse cargo, sin protestas, de los puestos aduaneros y fronterizos, los ferrocarriles y los puertos, los servicios de seguridad en las plantas hidroeléctricas, la fortaleza de Montjuich y el banco de España; incluso con derecho a acuñar moneda y a conceder indultos. Según el Estatuto Catalán, todos estos poderes pertenecían a España. Ahora, con el pretexto de que corrían el peligro de caer en manos de la FAI, la Generalitat se hizo cargo de ellos. La universidad de Barcelona fue rebautizada con el nombre de universidad de Cataluña. La

Generalitat, en palabras de Azaña, «se aprovechó de la rebelión militar para acabar con el poder del Estado en Cataluña y luego intentó explicarlo todo diciendo que el Estado no existía».[631] Un político de la *Esquerra*, José Tarradellas, pensaba que, ya que Cataluña había podido defenderse contra el alzamiento militar por sí sola, podía lavarse las manos respecto a España.[632]

El 9 de agosto, en el teatro Olimpia, de Barcelona, se celebró una reunión masiva anarquista para protestar contra el llamamiento a filas de las quintas de 1933 y 1934 que había hecho el gobierno de Madrid, para que sirvieran a las órdenes de oficiales del ejército. «No podemos convertirnos en soldados uniformados. Queremos ser milicianos de la libertad. Estamos dispuestos a ir al frente, pero no a los cuarteles como soldados no pertenecientes a las fuerzas populares.»[633] Así, al protestar contra el gobierno central, coincidían con el tradicional separatismo catalán. Pero la Generalitat, que temía las consecuencias de la legalización de los ejércitos políticos, y estaba atrapada en un laberinto de argumentaciones contrapuestas, apoyó la idea de mantener el ejército regular, con oficiales nombrados desde arriba, y sin un credo político manifiesto. En esta cuestión, Companys contaba con el apoyo del nuevo *Partit Socialista Unificat de Catalunya* (PSUC). A pesar de que fue nombrado secretario general de este partido un socialista, Joan Comorera, los comunistas lo dominaban, gracias a la superioridad de su eficacia, frialdad y habilidad. El PSUC llegó incluso a afiliarse al Komintern. Comorera, hijo de un herrero, que había emigrado a Argentina en los años veinte y había vuelto a los treinta, había sido consejero de agricultura en la Generalitat en 1934 y, en aquel mismo año, había contribuido a que los *rabassaires* se decantaran más hacia la izquierda. No tardó en convertirse en comunista, e incluso, al cabo de unos meses, en miembro del comité

central del Partido Comunista Español, junto con otro dirigente ex socialista del PSUC, Rafael Vidiella.[634] La UGT de Barcelona, también bajo influencia comunista, aumentó sus miembros de 12.000 que tenía el 19 de julio a 35.000 a finales del mismo mes, en parte por las ventajas que suponía la posesión del carnet de un partido o un sindicato para obtener comida, y en parte por la necesidad urgente de asociación que se crea en todas las circunstancias revolucionarias.

El PSUC era partidario del «sistema ejército» más que del de las milicias, dado que contaba con seguidores organizados, y que su principal esperanza de influir se basaba en la infiltración en el gobierno oficialmente reconocido. En realidad, ningún partido estaba más interesado que él en inculcar intereses políticos en el ejército, pero planeaban hacerlo desde arriba. Sin embargo, en teoría, la política comunista en Barcelona, al igual que en Madrid, preconizaba que no había que hacer nada que pusiera en peligro la victoria en la guerra, y que «los ajustes políticos entre camaradas» bien podían esperar hasta que llegara la victoria. Así pues, el PSUC apoyó plenamente a la Generalitat en varias reformas: un aumento de un 15% en los salarios, la devolución por parte de las casas de empeños de todos los artículos pignorados por menos de 200 pesetas, y la semana de cuarenta horas. (Malraux, en *L'Espoir*, hace una vivida descripción del ruido que se oyó en Barcelona cuando de repente se empezaron a utilizar de nuevo todas las máquinas de coser que devolvieron las casas de empeños.) El PSUC también presentó reivindicaciones económicas en favor de las viudas de los combatientes muertos. Todas sus actitudes fueron reformistas y conciliadoras, es decir, pretendían mejorar las condiciones de vida dentro de la sociedad ya existente; la nueva sociedad podía esperar.

El 31 de julio, Companys se elevó a sí mismo de

presidente de la Generalitat —esto es, del gobierno catalán— a «presidente de Cataluña». Esto constituía un paso más hacia la soberanía catalana, y, naturalmente, para darlo no consultó al gobierno de Madrid. Se pidió a tres miembros del PSUC (Comorera, Vidiella y Ruiz) que entraran a formar parte de la reconstituida Generalitat, presidida por Joan Casanovas, anteriormente presidente del parlamento catalán. Los anarquistas amenazaron con abandonar el Comité de Milicias Antifascistas si el PSUC entraba en el gobierno. Los hombres del PSUC se retiraron y, de momento, la Generalitat quedó formada por nueve miembros de la *Esquerra*, uno de los *rabassaires* y uno de la más derechista *Acció Catalana*. «Os entrego el gobierno» —dijo grandilocuentemente Companys a Casanovas—; y éste contestó: «No entrega nada, porque no hay nada que entregar».[635] El gobierno intentó desarmar a los milicianos anarquistas de las patrullas de control, encontrándose con una resistencia furiosa por parte de la CNT. «Camaradas —pedía entretanto la FAI al PSUC generosamente, el 5 de agosto—, unidos hemos conseguido vencer a las sanguinarias bestias del militarismo fascista. Seamos dignos de nuestra victoria y mantengamos la unidad de acción hasta el triunfo final. ¡Viva la alianza revolucionaria y antifascista!» El gobierno catalán, impotente por sí solo, durante las semanas siguientes, por haber avalado al Comité de Milicias Antifascistas, continuó minando substancialmente la autoridad del gobierno de Madrid. Cuando, unas semanas más tarde, Prieto (que para entonces era ministro en Madrid) visitó Barcelona, el coronel Díaz Sandino, consejero catalán de defensa, le recibió romo si fuera ministro de una potencia extranjera.[636]

En Cataluña, tan alejado de los anarquistas como de la *Esquerra* y del PSUC, estaba el POUM, el partido revolucionario anti-stalinista dirigido por ex comunistas

catalanes. El número de sus afiliados también había aumentado mucho. Algunos se unieron a este partido creyendo que representaba un término medio entre la indisciplina de los anarquistas y la rigidez del PSUC. Algunos extranjeros que vivían en Barcelona ingresaron en el POUM basándose en la romántica suposición de que encarnaba una magnífica aspiración utópica. Franz Borkenau señala la atmósfera de entusiasmo político que reinaba entre estos emigrados, que disfrutaban claramente de la aventura de la guerra y tenían una fe completa en el «éxito absoluto». El POUM, con sus nuevas oficinas instaladas en el hotel Falcón, en las Ramblas, se dedicó a familiarizar al público con su nombre, hasta entonces poco conocido, pintando sus iniciales en grandes letras en automóviles y autobuses, y agitándose en favor de «un gobierno sólo de trabajadores». Aunque a uno de los fundadores, Maurín, se le creía (falsamente) muerto en la España nacionalista, los otros dirigentes, que todos eran ex comunistas de los años veinte —Nin, Gorkin, Andrade, Gironella—, hablaban frecuentemente. El movimiento juvenil del POUM, la JCI (Juventud Comunista Ibérica), parecía el más radical de todos los ejércitos particulares de la izquierda y exigía continuamente la «formación de soviets», mientras mataba implacablemente a los «enemigos del pueblo».

El conjunto de Cataluña y de la zona republicana de Aragón reflejaba los acontecimientos de Barcelona. Se formó un comité político en todos los pueblos. El poder, igual que en todas partes, se encontraba en manos del partido más fuerte, independientemente del número de representantes que tuviera. Así, el POUM predominaba en la provincia de Lérida y la CNT en los restantes sitios.[637] Generalmente, en el ayuntamiento se podía ver una bandera roja, con la hoz y el martillo, que indicaba la atracción magnética que ejercía

Rusia sobre todos los partidos proletarios, y no sólo sobre los comunistas. Los ferrocarriles y demás servicios públicos estaban dirigidos por comités de la UGT y de la CNT. En la mayor parte de los sitios, todos los miembros de profesiones liberales y los artesanos tenían que recibir órdenes del comité. La mayoría de iglesias fueron quemadas. En algunos sitios, sobre todo en aquellos donde la quema no tuvo lugar hasta agosto, y especialmente en los pueblos de veraneo de la clase media a lo largo de la Costa Brava, la tristeza era manifiesta. Borkenau observó a mujeres que llevaban tristemente a las hogueras libros religiosos, imágenes, estatuas y otros talismanes, que tenían valor no tanto religioso sino por el hecho de pertenecer a la vida cotidiana familiar. Sólo los niños parecían divertirse, al arrancar la nariz de las estatuas antes de arrojarlas a las llamas. El ayuntamiento se incautaba de las casas y las tierras de los burgueses asesinados o huidos. Igual que en todas partes, la crueldad de los revolucionarios se vio templada por arranques de generosidad. Por ejemplo, el poeta francés del aire, Antoine de Saint-Exupéry, que entonces era corresponsal de *L'Intransigeant*, consiguió convencer al comité revolucionario de un pueblo para que perdonase la vida a un fraile que habían cazado en el bosque. Una vez convencidos, los anarquistas se estrecharon las manos unos con otros, muy excitados, y también estrecharon la mano al fraile, felicitándole por haber escapado.[638]

En Cataluña no existían muchas fincas grandes, y ni siquiera los anarquistas sabían qué hacer con las tierras expropiadas. La solución final —a la que no se llegó hasta el otoño en la mayor parte de Cataluña— dispuso que la mitad de la tierra expropiada fuera administrada por el municipio mientras la otra mitad se dividiría entre los campesinos más pobres. El comité del Frente Popular del pueblo recibiría la mitad de las rentas, y la otra mitad quedaría condonada. En

Cataluña la revolución distó mucho de ser completa, ya que tanto la *Esquerra* como la UGT apoyaban a los pequeños propietarios. Sin embargo, hubo una falta de previsión en la forma como los campesinos trataron las propiedades burguesas. En Sariñena, población situada entre Lérida y Zaragoza, donde se había perdonado la vida a algunos miembros de la clase media (incluido el veterinario), Borkenáu contempló la destrucción de todos los documentos relativos a la propiedad rural. Se hizo una hoguera en la plaza mayor, cuyas llamas sobrepasaban el campanario de la iglesia, mientras jóvenes anarquistas arrojaban nuevo material al fuego, con gestos triunfales.[639]

En el campo de Cataluña y Aragón, al igual que en el de Castilla, se estaba realizando un experimento social y económico sorprendente. En muchos sitios, por ejemplo, ya no circulaba el dinero. Hans Erich Kaminski, un agudo observador alemán, hizo una descripción cuidadosa de lo que ocurrió en Alcora (Castellón):

«Todo el mundo puede obtener lo que necesita. ¿De quién? Del comité, desde luego. Pero es imposible proveer a cinco mil personas en un solo punto de distribución. Hay almacenes donde se pueden satisfacer las peticiones de uno, igual que antes, pero son simples centros de distribución. Pertenecen a todo el pueblo, y sus antiguos dueños ya no obtienen ningún beneficio. El pago no se realiza con dinero, sino con cupones. Incluso el barbero afeita a cambio de cupones, que proporciona el comité. El principio según el cual cada habitante recibirá bienes de acuerdo con sus necesidades se realiza sólo de manera imperfecta, porque se postula que todo el mundo tiene las mismas necesidades [...]. Cada familia y cada persona que vive sola ha recibido una tarjeta. Ésta se perfora diariamente en el lugar de trabajo; de esta manera nadie puede dejar de trabajar, porque los

cupones se distribuyen sobre la base de estas tarjetas. Pero el gran fallo del sistema es que, debido a la ausencia de cualquier otra medida de valoración, ha sido necesario recurrir de nuevo al dinero para dar un valor al trabajo realizado. Todo el mundo —el obrero, el médico, el comerciante— recibe cupones por valor de 5 pesetas por cada día de trabajo. Una parte del cupón lleva la inscripción «pan», del que cada cupón da derecho a un kilo; otra parte representa una cantidad de dinero. Pero estos cupones no pueden considerarse corno billetes de banco, ya que sólo pueden cambiarse por bienes de consumo, y aun esto en un grado limitado... [...]. Todo el dinero de Alcora, unas cien mil pesetas, está en manos del comité. El comité cambia los productos de la comunidad por otros bienes que escasean, pero lo que no puede conseguir con el intercambio, lo compra. El dinero, sin embargo, se conserva sólo como último recurso [...]».

A pesar de todo podía conseguirse dinero del comité si un campesino lo necesitaba, por ejemplo, para visitar a una muchacha en el pueblo vecino o a un médico especialista.[640] En todos estos lugares, los comités de justicia tenían un papel importante: en Lérida —un buen ejemplo— estaba constituido por un tercio del POUM, un tercio PSUC-UGT, y un tercio CNT-FAI; el POUM estaba tan bien situado debido a la fuerza que ya tenía anteriormente en aquella ciudad. El presidente y el procurador eran dos deshollinadores.[641]

Más al sur de la costa, en Valencia, el presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, que había llegado allí después de fracasar en su intento de formar un gobierno en Madrid el 18-19 de julio, había organizado una junta para controlar las cinco provincias de Levante, que fue más ineficaz ante el comité local que la Generalitat ante el Comité de Milicias Antifascistas. Martínez Barrio se vio

incluso obligado a vivir en el campo, fuera de Valencia, después de la rendición de los oficiales rebeldes en los cuarteles, el 31 de julio. Este éxito dio autoridad al comité local de CNT-UGT, presidido por un militar izquierdista perteneciente a la antigua UMRA, el coronel Ernesto Arín. El poder real estaba en manos de un teniente revolucionario, José Benedito, miembro del partido izquierdista autonomista valenciano y presidente del comité de defensa local. Sin embargo, aunque la CNT era fuerte, ya que dominaba a los trabajadores portuarios, del transporte y de la construcción, Valencia era más burguesa que Barcelona, y se realizaron menos expropiaciones. Los anarquistas de Valencia habían sido, en su mayoría, treintistas, y las zonas rurales habían votado decididamente a la CEDA en febrero. La UGT era muy influyente entre los empleados. Los republicanos, que contaban con bastantes seguidores entre la clase media baja y los campesinos ricos de la huerta valenciana, se encontraban divididos entre los que veían en aquellas circunstancias una oportunidad para el movimiento separatista valenciano y los partidarios de Azaña y Giral. La delegación del gobierno encabezada por Martínez Barrio no contó con más apoyo que el del diminuto Partido Comunista de Valencia. Más tarde, este partido obtuvo el apoyo de los ricos campesinos valencianos, gracias a su propuesta de distribuir la tierra expropiada entre los propios campesinos, en contra del plan anarquista de colectivización. En el resto de Levante, los anarquistas y los socialistas se disputaron el poder en diferentes pueblos. Alcoy, antiguo bastión de los libertarios, era anarquista, y también lo eran Játiva, Elche y Sagunto mientras que Alcira y Elda eran socialistas. En Castellón, Alicante y Gandía, los dos movimientos se repartieron la autoridad.

En Andalucía, la revolución fue de inspiración anarquista, careciendo incluso del foco que constituía

Barcelona para la revolución de Cataluña.[642] En la mayor parte de los pueblos, los antiguos ayuntamientos se fundieron con los nuevos comités. El control de las carreteras y de los servicios públicos era compartido por los funcionarios anteriores y los milicianos nombrados por el comité. Cada población actuaba bajo su propia responsabilidad. Además, había hostilidad entre los dirigentes anarquistas de ciudades como Málaga y los de los pueblos pequeños. Los primeros deseaban intervenir en los pueblos, y se topaban con la resistencia de los dirigentes locales, que consideraban aquello como un ataque contra sus derechos.[643] El sindicato agrícola socialista, la FNTT, a pesar de sus dimensiones, fue relegado por los extremistas: «Los del Partido Socialista fuimos arrollados. ¿Qué podíamos hacer? Los que se hicieron con el mando sólo pensaban en la violencia. Éramos el partido más fuerte de aquí y, no obstante, éramos impotentes. Casi nunca nos reuníamos, para ser sinceros. Los que asumieron el poder tenían tan poca conciencia política que robaban a los pequeños arrendatarios lo poco que tenían».[644] En muchos sitios fue abolida la propiedad privada, así como la obligación de pagar las deudas a los tenderos. En Castro del Río, cerca de Córdoba (durante muchos años uno de los grandes centros del anarquismo en España),[645] se estableció un régimen que puede compararse con el de los anabaptistas de Münster de 1530: se prohibió todo intercambio privado de bienes, se cerró el bar del pueblo, y sus habitantes realizaron la tantas veces deseada abolición del café. «No querían conseguir el buen nivel de vida de aquellos a quienes habían expropiado —señalaba Borkenau—, sino deshacerse de sus lujos.»[646] En muchos lugares de esta región, los anarquistas habían tomado la iniciativa contra las autoridades y, después, en vez de hablar de su resistencia a la rebelión, cuando hablaban de aquella época, decían: «cuando el pueblo se sublevó contra

los señoritos».[647] Las grandes fincas de esta región continuaron a menudo siendo labradas por los mismos Campesinos que antes, que no recibían ninguna paga, pero eran alimentados por el almacén del pueblo, según sus necesidades. (Más tarde algunos se quejaron de que los nuevos comités de los pueblos se comportaban lo mismo que siempre lo hacían los que tenían la autoridad: «se comían el jamón».)[648] Entre los pueblos se mantenía una situación de inseguridad. La región estaba salpicada de lugares donde la guardia civil había abandonado sus cuarteles y, retirándose a las cumbres, los monasterios u otros puntos fáciles de defender, podía resistir indefinidamente, viviendo como bandoleros y efectuando robos en la vecindad. El campamento de este tipo que duró más tiempo fue el establecido por el capitán Cortés de la guardia civil, en el santuario de Santa María de la Cabeza, en las montañas de Jaén. En la Andalucía rebelde hubo campamentos similares de «proscritos» anarquistas, que robaban los productos de la tierra y acabaron convirtiéndose en bandoleras. Al fin y al cabo, al principio, los anarquistas habían sido unos bandoleros politizados.

El esquema generalmente anarquista de la revolución en Andalucía varió en Jaén, que tenía desde hacía varios años un fuerte contingente de la UGT, y en Almería, donde los obreros portuarios eran principalmente comunistas. En Jaén hubo poco cambio social. Expulsaron a la guardia civil, pero los comités locales organizaron su propia milicia, cuyos miembros patrullaban por el campo en parejas, al igual que había hecho la guardia civil. El comité solía sustituir al terrateniente, y continuaba recibiendo la mitad de la cosecha que antes se quedaba el terrateniente, con lo que los campesinos se quedaban tan descontentos como antes. En la dispersa y estancada ciudad de Andújar, por ejemplo, aunque fueron asesinados cinco miembros de la clase media,

sus tierras no fueron expropiadas. La UGT cedió al ayuntamiento la administración de las grandes fincas próximas, con el resultado de que los campesinos trabajaban el mismo número de horas que antes y recibían los mismos jornales de miseria. Los comités que dirigían estos pueblos a veces eran elegidos por una asamblea popular, y a veces eran nombrados por los partidos del Frente Popular.

En Málaga, la revolución, controlada por la CNT y la FAI, se caracterizó por su arbitraria ineficacia. Casi aislada del resto de la España republicana (a causa de la victoria nacionalista en Granada, al nordeste de Málaga), viviendo bajo la amenaza diaria de ataques aéreos, con rumores constantes de que se iban a realizar avances contra ella, Málaga estaba en tensión: «Van a destruirte, Málaga. Tus vicios te han condenado», dijo un anarquista, contemplando las iglesias en llamas desde un pueblo próximo.[649] Antonio Fernández Vega, el gobernador civil, «una simple máquina de firmar» ante los trabajadores victoriosos, parecía «un pálido girondino, temblando ante los jacobinos, comparados con los cuales los nuestros (el que hablaba era el periodista francés Louis Delaprée) no eran más que unos niños».[650] Finalmente, el comité de salud pública fue reconocido oficialmente por Madrid, y su presidente, un maestro de escuela socialista llamado Francisco Rodríguez, fue nombrado gobernador civil. Este comité no impuso, su autoridad en la provincia: Motril, Vélez-Málaga y Ronda se ocuparon de sus propios asuntos bajo la dirección de los anarquistas, quedando barridos los antiguos ayuntamientos. Pero, cuando las milicias anarquistas ocuparon Puente Genil, en la provincia de Córdoba, se anunció que, después de la guerra, sería anexionada a Málaga. O sea que debía de existir cierta lealtad a la provincia. En Ronda «no colectivizaron, no repartieron, sino que lo socializaron todo».[651] Entretanto, en la ciudad de Málaga, un grupo de sargentos se

autoproclamaron coroneles y establecieron un mando militar; y luego se convirtió en su jefe un verdadero coronel, Romero Bassart, de los Regulares, que había huido de Marruecos.[652]

El territorio republicano que se extendía a lo largo de la costa norte de España quedó aislado de Madrid y Barcelona por las columnas que operaban a las órdenes del general Mola. Aquí surgieron tres sociedades distintas: una centrada en Bilbao y San Sebastián; otra en Santander, y otra en Gijón. En las dos primeras ciudades, y en el resto de las provincias de Vizcaya y Guipúzcoa, los nacionalistas vascos aseguraron la continuidad del orden social típico de la clase media. Tanto Bilbao y San Sebastián como el territorio que rodeaba a estas ciudades estaban controlados por comités de defensa, pero, en ellos, los nacionalistas vascos tenían la mayoría. Sólo los anarquistas (que tenían cierta fuerza entre los pescadores y los obreros de la construcción) se sentían indinados a adoptar una postura contraria a la de los vascos, los cuales, a su vez, miraban con desconfianza a los partidos obreros. De ahí que en el nuevo cuerpo de policía vasca motorizada no se admitiera a ningún miembro de los partidos revolucionarios de izquierdas, aunque hubiera personas que tal vez habrían preferido estar del lado de los rebeldes. Parece ser que, en las provincias vascas, fueron asesinadas unas quinientas personas aparte del coronel Carrasco y de algunos oficiales y falangistas que tomaron parte en el alzamiento. Los anarquistas fueron los principales responsables de estas muertes. El dirigente vasco Irajo señaló que, durante varios días, él y sus colegas fueron casi prisioneros de la CNT que, de hecho, había llevado la iniciativa a la hora de sofocar el alzamiento.[653] Pero, a partir de primeros de agosto, casi no hubo persecución contra las clases alta o media.[654] Los sacerdotes permanecieron libres y continuaron celebrándose oficios religiosos. Sólo se habían

incendiado dos iglesias, en San Sebastián. Únicamente fueron expropiados los bienes de los capitalistas que habían participado en la rebelión. Sus bienes fueron encomendados a una junta estatal en la que estaban representados los obreros, pero sin que tuvieran el control.

Las únicas medidas de cambio social que se adoptaron en las provincias vascas consistieron en un decreto que prohibía que alguien pudiera ser director de más de una compañía (un golpe para los millonarios vascos, pero no tanto para la burguesía), en la reducción de las rentas en un 50% igual que en el resto de la España republicana, y en la creación de una nueva oficina de asistencia pública para ayudar a los necesitados. Naturalmente, el comité de defensa de Bilbao se hizo cargo de la industria de armamento de Vizcaya: las fábricas de fusiles de Éibar, las de armas cortas de Guernica y Durango, y las fábricas de granadas y morteros de Bilbao. Los nacionalistas vascos también se hicieron con el control de la estructura financiera de sus provincias. Se crearon juntas especiales para controlar los bancos vascos.

A pesar de esta moderación, los vascos tuvieron conflictos con la Iglesia católica.[655] Los obispos de Vitoria y Pamplona, en una pastoral que fue radiada el 6 de agosto, condenaron la adhesión de los católicos vascos al bando republicano.[656] Los sacerdotes vascos, presididos por el vicario general de Bilbao, celebraron consultas y aconsejaron a los dirigentes políticos vascos que continuaran apoyando a la República. Las razones que motivaron este consejo eran las siguientes: no había pruebas de que la pastoral fuese auténtica, ya que no había llegado a sus manos ningún ejemplar; la pastoral no había sido promulgada con las formalidades usuales, sino que simplemente había sido radiada; se sospechaba que el obispo de Vitoria no tenía plena libertad de acción; los obispos no

podían conocer la verdad de cuanto estaba ocurriendo en las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya; y, por último, un cambio de actitud de los nacionalistas vascos atraería incontables calamidades sobre mucha gente y sobre la Iglesia. Por lo tanto, los sacerdotes vascos continuaron en su actitud de desafío, permaneciendo al lado de su grey, cuyas necesidades espirituales siguieron atendiendo. Intercedieron en favor de personas que se encontraban en peligro ante la violencia izquierdista, especialmente en favor de los sacerdotes de Asturias y Santander. Los dirigentes políticos católicos vascos prosiguieron apoyando a la República y, posteriormente, formaron parte de su gobierno. Sus relaciones con Madrid nunca fueron buenas; la distancia confundía los problemas ideológicos. Generalmente justificaban su actitud diciendo que no habían existido las cuatro condiciones que enumeraba Santo Tomás de Aquino como santificantes de una rebelión contra el Estado, y que las últimas encíclicas papales habían indicado que la rebelión nunca era legal.[657]

A lo largo de la costa de Asturias, la situación era más compleja a causa de la resistencia de la guardia civil en el cuartel de Simancas, en Gijón, bajo la dirección del coronel Pinilla, y por la defensa de Oviedo que dirigió Aranda. Sin embargo, durante el sitio, las relaciones entre la UGT, la CNT y el Partido Comunista de Gijón se estrecharon aún más que en 1934. Al principio, el poder estaba repartido entre autoridades rivales: el comité de guerra de Gijón, presidido por Segundo Blanco, de la CNT, y el comité del Frente Popular de Sama, dirigido al principio por González Peña, el antiguo dirigente socialista de 1934, y, después, por otro socialista, Amador Fernández. Estas autoridades acabaron uniéndose. Belarmino Tomás, diputado socialista, se convirtió en gobernador de la provincia de Asturias, con poderes delegados por el gobierno central, como los que

tenía (aunque con menos eficacia) Martínez Barrio en Valencia. Las importantes minas de carbón de Asturias estaban controladas por un consejo compuesto por un director, que representaba al Estado, varios técnicos, un director delegado y un secretario nombrados por el consejero de minas de Asturias, y tres trabajadores. El director no podía actuar sin la aprobación de los trabajadores.[658] Las operaciones del asedio contra Aranda se realizaban bajo la dirección de los líderes políticos. Gijón era bombardeado constantemente por el crucero nacionalista *Almirante Cervera*. Su población era pobre, recta y confiaba en el futuro. Un gran cartel representaba una España roja, desde cuyo centro un faro lanzaba un rayo de luz hacia Europa. El texto decía: «España iluminará al mundo. ¡Viva el Frente Popular de Asturias!» Por la noche, los altavoces inundaban las calles vacías de falsas buenas noticias procedentes de lejanos campos de batalla. Gijón, asomada al hosco Atlántico, daba la impresión de ser un soviet solitario entregado a sus propias fuerzas.[659] En cuanto a Santander, la ciudad era una inmensa fortaleza de la UGT, como era de esperar dada su posición como único puerto de Castilla. Su comité de defensa, presidido por un tal Juan Ruiz, también actuaba con una independencia casi total del gobierno central de Madrid.

Desde el principio de la guerra civil, la táctica militar de estas regiones del norte que permanecieron leales a la República se vieron perjudicadas por la coexistencia de una diferente dirección política. Tras unas cuantas semanas de guerra, lo único que tenían en común era la escasez de comida. Había cerveza, cigarrillos, queso y algo de pescado, pero poco que comer. La figura simbólica del norte de España a fines de 1936 era el habitante de Gijón conocido como «el hombre al que temen los gatos». Podía abalanzarse sobre un gato que estuviera a veinte metros de distancia. Y

aquella noche, en el menú de la cena había conejo.[660]

En cuanto a las antiguas fronteras de la España republicana, la huida o el asesinato de muchos carabineros fue la causa de que el control de las fronteras pasara a manos de los comités locales. Algunas aduanas fueron regidas por los antiguos funcionarios, bajo el control de los nuevos comités. Así pues, a pesar de las reclamaciones formales del gobierno catalán, los tres principales puntos de control de la frontera catalana con Francia estaban en manos de la CNT; en particular el de Puigcerdá, en manos de su alcalde anarquista, Antonio Martín, «el cojo de Málaga», que rigió la frontera como si fuera una propiedad privada suya, hasta que fue asesinado por los comunistas en abril de 1937.[661]

El presidente Azaña, que hizo un llamamiento público por Radio Nacional, el 23 de julio, pidiendo a los españoles que apoyaran a la República, no a la revolución, condenó más tarde amargamente a los «revolucionarios», como los llamaba él, poniendo sus palabras en boca de «Garcés», uno de los personajes de su famoso diálogo imaginario *La velada en Benicarló*:

«¿Dónde está la solidaridad nacional? No se ha visto por parte alguna. La casa comenzó a arder por el tejado, y los vecinos, en lugar de acudir todos a apagar el fuego, se han dedicado a saquearse los unos a los otros y a llevarse cada cual lo que podía. Una de las cosas más miserables de estos sucesos ha sido la disociación general, el asalto al Estado».[662]

Sin embargo, lo malo era que la casa se estaba hundiendo y, durante las semanas anteriores, Azaña y Casares Quiroga habían sido unos guardianes excesivamente

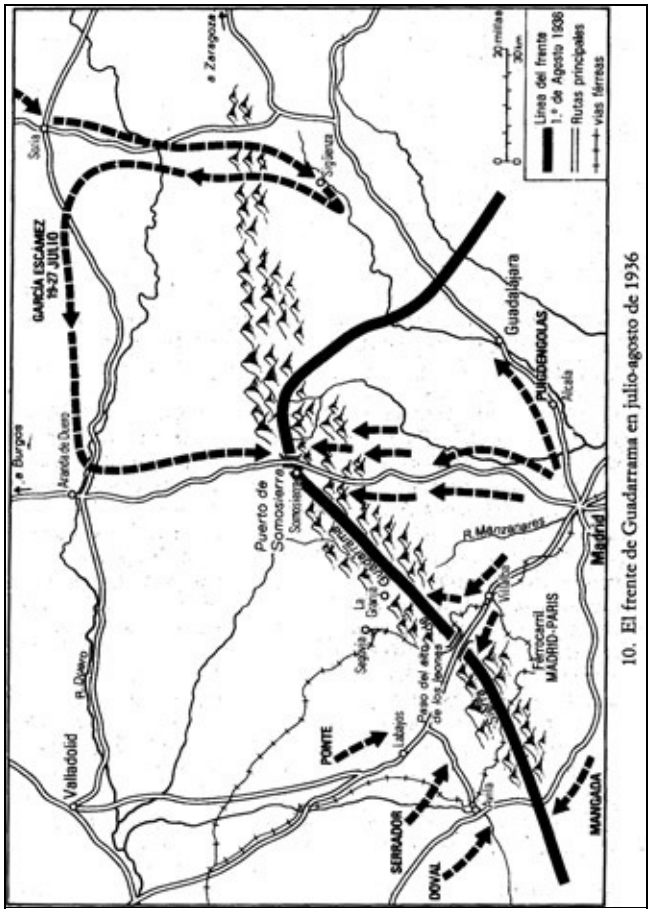
optimistas. Durante el resto de la guerra, Azaña se comportó como un pasivo hombre de letras, pese a continuar siendo presidente, y cultivó, a menudo muy importunamente, la serenidad de Montaigne en su *château* mientras ardía el país. Era ya un hombre muy diferente del orador altivo, escéptico y contundente de 1931.[663]

19

La primera campaña. — Las batallas de Guipúzcoa, Aragón y el Guadarrama. — El Alcázar de Toledo. — Estudio del equilibrio de fuerzas en julio de 1936.— ¿Armas del extranjero?

Hacia el 22 de julio, ya se podía decir que en España había guerra, y no una simple rebelión y la resistencia contra ella. En todas partes, el alborozo que había seguido a la derrota (o a la victoria) del alzamiento dio paso al miedo a los ejércitos que estaban avanzando contra la fiesta revolucionaria de las izquierdas o de las derechas. Las milicias de los sindicatos y los partidos, hasta en las ciudades más pequeñas, empezaron a considerarse soldados, además de luchadores callejeros, al mismo nivel que la policía, la guardia de asalto o el ejército regular. Asimismo, los generales organizaron columnas según el modelo que habían utilizado en las guerras de Marruecos, para rematar la destrucción de la revolución; o, al menos, esto es lo que dios esperaban y suponían. Así pues, el mismo 19 de julio, Mola envió a su ayudante, el coronel andaluz García Escámez, hacia el sur con 1.000 hombres, en su mayoría voluntarios, y con dos compañías de requetés y una de falangistas, con el fin de liberar Guadalajara. Tal vez lo habría conseguido si no se hubiera detenido para asegurar la victoria del alzamiento en Logroño, donde el gobernador militar no había querido comprometerse. Mola tenía vehículos, gasolina y hombres,

pero pocas municiones: si quería ganar, tenía que actuar con rapidez. Pero, cuando esta primera fuerza de ataque de la guerra llegó a treinta kilómetros de Guadalajara, se encontró con que la ciudad había caído ya en manos de las milidas y el ejército regular de Madrid. De manera que García Escámez se retiró a la vertiente norte del puerto de Somosierra, que atraviesa el Guadarrama y constituye la más oriental de las entradas del norte de Madrid. Aquí, un grupo de jóvenes monárquicos de Madrid, dirigidos por los hermanos Miralles, llevaban defendiendo el túnel del ferrocarril para los nacionalistas desde el 19 de julio.[664] Y ahora avanzaban contra ellos las fuerzas republicanas que antes habían tomado Guadalajara.



10. El frente de Guadarrama en julio-agosto de 1936

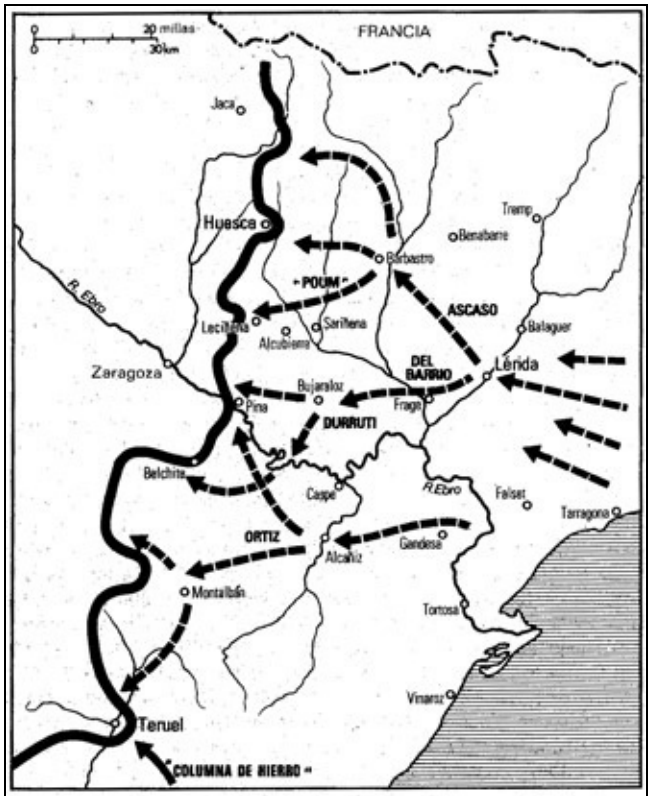
En el noroeste de Madrid, a medianoche del 21 de julio, una columna mixta de soldados y falangistas, formada por unos doscientos o trescientos hombres, y dirigida por el coronel Serrador (uno de los conspiradores de 1932), salió de Valladolid en dirección hacia Madrid, también vía Guadarrama, en medio de escenas de indescriptible entusiasmo. Se dirigieron al puerto conocido con el nombre de Alto del León. Esta fuerza iba acompañada por Onésimo Redondo, el fundador de las JONS en Valladolid, liberado recientemente de la cárcel de Ávila, y por otro joven dirigente falangista que más tarde adquiriría importancia: José Antonio Girón. El Alto del León había sido ocupado por

un contingente de milicianos de Madrid. Los rebeldes se dieron cuenta de la importancia que tenía para ellos mantener a sus enemigos más allá de aquel punto. Estos dos puertos, críticos para la defensa de Madrid, fueron conquistados por los rebeldes el 22 y el 25 de julio, respectivamente. Después, la escasez de municiones obligó a Mola a detenerse. Durante los días siguientes, esta escasez le llevó a una situación desesperada, y sólo pudo resistir gracias a un envío especial que le hizo llegar Franco. Al mismo tiempo, Mola también había enviado otras tres columnas desde Pamplona, bajo el mando de los coroneles Beorlegui, Latorre y Cayuela, compuestas de requetés, falangistas y soldados (con predominio de voluntarios), en dirección hacia las provincias vascas. Estas tropas estaban integradas por 3.430 hombres,[665] y partieron «en una atmósfera más de fiesta que de guerra». Además, 1.200 carlistas salieron de Pamplona en dirección a Zaragoza. Su presencia permitió a los nacionalistas realizar varias expediciones de castigo contra pueblos aragoneses circundantes. No se pensó en una ofensiva general contra Barcelona. En cambio, de Barcelona salieron dos columnas para «liberar» Zaragoza. Fueron seguidas de otras en todo el frente del este. En los primeros días de la guerra, quizá salieron 20.000 hombres de Barcelona hacia el frente, algunos en tren, ya que no tardaron en poder utilizarse las líneas de ferrocarril, bajo el control de los trabajadores.[666] La primera columna, de 2.500 anarquistas, iba encabezada por Durruti, al cual el éxito de la revolución había infundido confianza en sí mismo y sueños de grandeza. Esta columna salió el 24 de julio en medio de tal excitación que no se dieron cuenta de que se habían olvidado los abastecimientos más esenciales hasta dos horas después de haber abandonado Barcelona. Así fue como (tal como decía una hoja de propaganda) «"El Hombre Libre" se lanzó a la lucha

contra la Hiena fascista de Zaragoza». Los asesores militares de Durruti eran el comandante Pérez Farrás (uno de los héroes de 1934) y un ex sargento, José Manzana. Manzana se dedicó a las cuestiones de equipamiento y a animar a otros suboficiales a que ingresaran en las milicias.[667] Todas las columnas que salieron de Barcelona tan valerosamente tenían un componente político: anarquista; catalán o *Esquerra*; POUM; socialista y comunista, generalmente combinados. Famosos anarquistas de los últimos veinte años, renombrados por sus asombrosos delitos, salían ahora para el frente en calidad de jefes. Además de Durruti, estaban, por ejemplo, sus antiguos camaradas de los «solidarios»: Domingo Ascaso (hermano de Francisco, el que acababa de morir), Gregorio Jover, García Vivancos y Antonio Ortiz, mientras que García Oliver se quedó en Barcelona para actuar como animador de todas las columnas. Otro de los «solidarios», Ricardo Sanz, organizó la instrucción de los milicíanos anarquistas en el cuartel de Pedralbes. En las columnas también había soldados del ejército regular: quízá 2.000 del total de 20.000 hombres que salieron de Cataluña hacia Aragón en aquellos momentos tan impetuosos.

A primeros de agosto, las posiciones más avanzadas de la República se encontraban en Tardienta (cuartel general de 1.500 hombres de una columna del PSUC) y Siétamo, tomado por la guarnición leal de Barbastro: ambas cerca de Huesca. La principal columna del POUM, de 2.000 hombres, tenía su cuartel general en Leciñena, en la sierra de Alcubierre, al nordeste de Zaragoza. Los anarquistas de Durruti se establecieron a lo largo del Ebro, en Osera y Pina. En Montalbán, al sur, el carpintero Ortiz era el jefe de un grupo heterogéneo en el que predominaban los anarquistas. La columna de Durruti, que aumentó hasta llegar a los 6.000

hombres, aproximadamente, era la más formidable de estas fuerzas, y había avanzado hasta llegar a una distancia de Zaragoza notablemente reducida, pasando por Caspe, Fraga y Peñalba, hasta alcanzar Bujaraloz. Aquí, el coronel Villalba, jefe de la guarnición de Barbastro, que ahora tenía el mando oficial, aunque vago, de todo el frente, convenció a Durruti para que se detuviera, por miedo a que pudiera quedar aislado; y allí permaneció la columna, con Zaragoza a su alcance, durante dieciocho meses más, mientras las luces de la ciudad titilaban de forma exasperante por las noches «como las portillas de un gran trasatlántico», como diría más tarde George Orwell.[668] Probablemente el consejo de Villalba fue un error; las líneas nacionalistas no podrían haber resistido más que con 10.000 hombres, como mucho, y los anarquistas y republicanos eran el doble. Además, las armas de la revolución debían de ser superiores; en Barcelona había por lo menos 100.000 fusiles y unas 150 piezas de artillería.[669] Sin embargo, la 5ª División regular de Zaragoza era todavía una fuerza de combate organizada, mientras que la antigua 4ª División de Barcelona se había desintegrado.



11. La «invasión» catalana de Aragón durante los meses de julio y agosto de 1936

El frente consistía en una posición avanzada, y en parte fortificada, en un terreno elevado, con unos trescientos hombres en el pueblo que hubiera detrás. Este grupo, que contaba con unas seis piezas de artillería ligera de campaña y dos obuses, tenía un contacto escaso o nulo con la columna del pueblo siguiente, o de la colina siguiente.

Desconocedores de la guerra, la disciplina y hasta la geografía, los anarquistas se mostraban reacios a admitir que para las batallas era necesaria la organización. De manera que reinaba la confusión. En todos los pueblos por donde pasaron las milicias de Barcelona, sin embargo, echaron una mano a la revolución. Así, el pueblo de Lérida había decidido salvar su catedral de las llamas. Pero Durruti no tardó en

poner fin a aquel comportamiento tan tibio. Y la catedral fue quemada. La violencia de Durruti le atrajo los odios de los campesinos de Pina,[670] aunque, en algunos otros lugares, hubo incluso monárquicos que atestiguaron que el dirigente anarquista fue un hombre tolerante.[671] Al parecer, el único lugar en que se entabló una seria lucha fue Caspe, donde el jefe de la guardia civil, capitán Negrete, resistió desesperadamente durante muchas horas.[672] Durruti no disimulaba sus expectativas revolucionarias: «Es posible —dijo al periodista ruso Koltsov, en su cuartel general, instalado en una casa de campo abandonada entre Bujaraloz y Pina— que tan sólo un centenar de los nuestros sobreviva, pero este centenar entrará en Zaragoza, aplastará el fascismo, levantará la bandera de los anarcosindicalistas, y proclamará el comunismo libertario… Yo seré el primero en entrar en Zaragoza, proclamaré allí la comuna libre. No nos subordinaremos ni a Madrid ni a Barcelona, ni a Azaña ni a Giral ni a Companys ni a Casanovas. Sí quieren, que vivan en paz con nosotros; si no quieren, nos plantaremos en Madrid […]. Os mostraremos a vosotros, bolcheviques rusos y españoles, cómo se hace la revolución».[673]

La estructura del mando era vaga: teóricamente, la autoridad máxima era el consejero de Defensa del gobierno catalán, coronel Díaz Sandino; pero el verdadero organizador militar de Barcelona era García Oliver. La autoridad del coronel Villalba no llegaba muy lejos. Los jefes de las columnas asistían a las reuniones de la *Delegació del Front d'Aragó* , o se hacían representar en ellas, junto con algunos oficiales del ejército regular, pero esto no era eficaz. No se enviaban informes a Madrid; y la dirección táctica era nula.

En el otro bando, los nacionalistas estaban instalados en posiciones similares, aunque sus oficiales mantenían la disciplina militar. Los requetés y los falangistas, encabezados

por Jesús Muro, el jefe territorial local, estaban poseídos de una furia tan grande como la de sus enemigos. Y aún se enfurecieron más cuando un bombardero republicano solitario lanzó una bomba que cayó sobre la famosa efigie de la Virgen del Pilar, de Zaragoza, pero no explotó.[674] No era simplemente un ultraje religioso: la Virgen había sido nombrada solemnemente capitán general de la ciudad. La aviación tuvo un papel modesto en estas escaramuzas: de vez en cuando, un Fokker, un Nieuport o un Breguet republicano entraba en conflicto con un aparato nacionalista del mismo tipo, lo cual apenas si afectaba a la lucha, pero sembraba la alarma.

En el centro de España se estaba desarrollando un drama diferente. Para enfrentarse a las arremetidas que lanzaba Mola desde las sierras, la República y la revolución contaban con los restos del ejército regular y con las milicias, en difícil ensamblaje, y bajo la dirección, también difícil, de un ministerio de la Guerra lleno de oficiales radicales, asistidos por algunos otros de sentimientos neutros, o incluso secretamente desleales. Muchos oficiales se mantuvieron oficialmente leales a la República, incluidos numerosos generales, y dos jefes de división (en la zona republicana quedaba otro, que sería destituido). De los oficiales leales a la República, probablemente la mitad consideraban que el hecho accidental de encontrarse en territorio republicano en el momento del alzamiento les obligaba a ser leales al gobierno. Otros se habían convertido en hombres de izquierdas, socialistas, republicanos, o incluso comunistas. Algunos simpatizaban con los anarquistas. Indudablemente, la politización de España había afectado al ejército. Entre los que probablemente apoyaron al gobierno más por la fuerza de las circunstancias que por convicción se encontraba el bonachón general Miaja, jefe de la brigada de infantería de Madrid. Otros se sentían obligados a defender

la República a causa del juramento de fidelidad que le habían prestado, por ejemplo, el comandante Vicente Rojo. El coronel Hernández Sarabia, un republicano que había sido jefe de la casa militar de Azaña en 1932, hacía de coordinador general del ministro de la Guerra, general Castelló, con el comandante Menéndez como ayudante. Debido a la creciente melancolía de Castelló ante el curso de los acontecimientos,[675] Hernández Sarabia se convirtió en el ministro de la Guerra de hecho (y obtuvo el nombramiento oficial a primeros de agosto), El general Riquelme, que había participado en una famosa conspiración contra Primo de Rivera en 1926, tenía el mando de las tropas de Madrid, e intentó controlar las fuerzas de milicianos nombrando a oficiales regulares leales para que las dirigieran o, como mínimo, asesoraran a sus jefes. Los dos hermanos Galán, Francisco y José María, teniente de la guardia civil el uno y de carabineros el otro, ambos comunistas, y hermanos del «héroe de Jaca», mandaban las milicias que se dirigieron hada Somosierra, al lado de miembros destacados de la CNT de Madrid, como Cipriano Mera o Teodoro Mora.

Otra columna avanzó en dirección a Ávila, para cortar las comunicaciones de aquella ciudad con el paso del Alto del León. Ésta iba dirigida por el coronel Mangada, el excéntrico oficial poeta (vegetariano, nudista y teósofo), famoso en el ejército por su radicalismo. Aunque conquistó varios pueblos donde la guardia civil se había declarado a favor de los nacionalistas, Mangada no pasó de Navalperal, a veinte kilómetros de su objetivo, ya que, a pesar de su popularidad, temía perder la comunicación con Madrid. Los nacionalistas explicaron el hecho de que no avanzara contra la ciudad de Santa Teresa, que estaba muy pobremente defendida, diciendo que la santa se había aparecido a Mangada y le había engañado diciéndole que Ávila estaba «llena de hombres armados». A pesar de todo, el avance de

Mangada fue suficiente para que sus hombres lo llevaran en paseo triunfal por Madrid hasta la Puerta del Sol y lo elevaran al rango de general. Se había enfrentado con una fuerza dirigida brutalmente, aunque de forma incompetente, por el comandante Lisardo Doval, y el fracaso de Doval dio a Mangada una reputación que no merecía.[676]

Entretanto, las batallas del Alto del León y Somosierra, los primeros auténticos encuentros de la guerra civil, se libraban con ferocidad extraordinaria. La República jugaba con ventaja, porque, aunque el número de hombres de ambos bandos debía de ser equivalente contaba con los tres regimientos de artillería de Madrid, y su proximidad a Madrid le daba una superioridad logística. Tenían unos 100.000 fusiles y la superioridad aérea. El gobierno, mediante un decreto oficial, había eximido a todos los soldados de su deber de obedecer a sus oficiales (contribuyendo así a dejar a los oficiales rebeldes sin tropa) y luego había requerido la formación de veinte batallones de voluntarios, a las órdenes de oficiales regulares, que se compondrían de ex soldados y lucharían al lado de las milicias. Pero los conflictos entre los intereses de los jefes militares y los de los dirigentes políticos eran incesantes. Por ejemplo, los anarquistas abandonaron un puesto que controlaba los depósitos de agua de Madrid debido a diferencias con el mando republicano. Esto no se supo por pura casualidad.[677]

En ambos bandos, los prisioneros eran fusilados.[678] Los combates aéreos fueron poco importantes, igual que en Aragón, y, en realidad, no parecía muy útil tener todos los cazas que tenía la República si casi no había cazas enemigos que atacar, y sólo había unos pocos bombarderos capaces de producir grandes efectos en el campo de batalla.[679] El escaso número de aviones nacionalistas tuvo unos efectos claramente desmoralizadores. Nunca sabremos cuántos hombres murieron aquellos días; porque nadie sabe cuántos

salieron para el frente, ni quiénes eran: desde luego, no murieron más de 5.000. A juzgar por la gran cantidad de oficiales regulares que murieron en el bando republicano, capitanes de la guardia civil o de la guardia de asalto, las bajas entre los milicianos debieron de ser muy numerosas, debido a la confusión entre grupos de milicianos y grupos regulares, y también al ingenuo valor de los milicianos. (El falangista Onésimo Redondo fue muerto por unos milicianos que habían penetrado más allá de las líneas, en una emboscada, en el pueblo de Labajos, en la carretera de Madrid.) En el lado republicano, el coronel Castillo, que tenía el mando en el Alto del León, fue muerto por sus propios hombres, o quizá se suicidó al enterarse de que su hijo había muerto en una acción. Pero no era fácil para un oficial mandar un cuerpo de hombres que se empeñaban en hacer una votación antes de atacar. El capitán Condés y Luis Cuenca, los hombres relacionados con la muerte de Calvo Sotelo, murieron aquí, con muchos otros de su generación pertenecientes a la guardia de asalto y al movimiento juvenil socialista.

Al igual que los efectivos que habían salido de Barcelona, los milicianos de Madrid (que probablemente, en agosto, sumaban un total de 40.000) fueron organizados en columnas de trescientos hombres cada una, aproximadamente. Los batallones adoptaron nombres distintivos, muchos de ellos evocadores de antiguas revoluciones y lejanas luchas callejeras, como «Comuna de París» o «Primero de Octubre». Otros adoptaron el nombre de dirigentes políticos contemporáneos, como «la Pasionaria». Había varios batallones conocidos por el nombre de «Batallón de Acero», que se llamaban así porque se suponía que eran cuerpos escogidos de los sindicatos o los partidos políticos que los habían formado. Las columnas organizadas por el ministerio de la Guerra eran mandadas

por oficiales regulares, pero los batallones de milicianos no. La más famosa de las milicias republicanas que fueron a la sierra fue el Quinto Regimiento, organizado por el Partido Comunista.[680]

Esta fuerza se basaba en la milicia comunista, la MAOC; pero otros se fueron sumando a ella a consecuencia de la campaña de reclutamiento organizada por «la Pasionaria», y su primer cuartel general fue el convento salesiano de la calle de Francos Rodríguez, en Madrid.[681] A finales de julio, habían salido para el frente mil miembros del Quinto Regimiento.[682] Tenía sus propias reservas, su propio sistema de abastecimiento y artillería propia. Además adoptó el uso de comisarios políticos igual que el Ejército Rojo en la guerra civil rasa, con el fin de explicar muy claro a los soldados para qué estaban luchando. En teoría, en el Quinto Regimiento, igual que en el Ejército Rojo, los comisarios estaban vinculados a los jefes de todos los niveles inferiores al de comandante de la compañía. También en teoría, para cada orden era necesario el visto bueno de los comisarios. Pero no se cumplía ninguna de estas estipulaciones. El comandante en jefe era un joven comunista llamado Enrique Castro Delgado.[683] Pero los verdaderos inspiradores eran el diputado comunista por Cádiz, Daniel Ortega, y el comunista italiano Vittorio Vidali («Carlos Contreras»). Este último era un revolucionario profesional infatigable, implacable e imaginativo. Por ejemplo, no tardó en adquirir la reputación de que fusilaba a los cobardes, mientras que, por otra parte, hacía marcar el paso al Quinto Regimiento contratando los servicios de la banda de la UGT de Madrid, bajo la dirección del compositor Oropesa.[684] Bajo la guía de «Carlos», aparecieron algunos jefes militares famosos, sobre todo, Enrique Líster, un antiguo picapedrero, y Juan Modesto, un ex leñador que había sido uno de los organizadores de la MAOC desde 1933 y había mandado a

tropas nativas cuando era cabo, en Marruecos. A Líster, cuando era niño, lo habían llevado de Galicia a Cuba, donde había aprendido la política entre los obreras de la construcción de La Habana, en tiempos del dictador Machado; en 1931, se había unido a los comunistas en una cárcel asturiana; había pasado tres años en Moscú, estudiando y trabajando en el metro, y había regresado el mes de septiembre anterior. Probablemente los verdaderos encargados de la instrucción del Quinto Regimiento eran un exiliado portugués, el capitán Oliveira, y el «capitán Benito» Sánchez, uno de los oficiales que habían sido condenados por rebelión después de los hechos de 1934. Otro dirigente comunista que aparecería (aunque no en el Quinto Regimiento) durante las batallas de la sierra fue Valentín González, «el Campesino», que se hizo célebre por su barba, su volubilidad y su fuerza física. Sus enemigos decían que tanto su nombre como su barba le habían sido impuestos por los comunistas para atraer a los campesinos al Partido Comunista. Él decía que se le había conocido con aquel apodo desde que, a la edad de 16 años, había hecho saltar por los aires con explosivo a cuatro miembros de la guardia civil en un solitario puesto de vigilancia de Extremadura y luego se había refugiado en el monte. Más tarde había luchado en Marruecos, en ambos bandos, según él. Era un jefe guerrillero brillante, aunque probablemente no era indicado para el mando que se le entregó más adelante de una brigada y una división.

El episodio más famoso de este período de la guerra española tuvo lugar en Toledo. Desde Madrid, el ministro de Instrucción Pública, el ministro de la Guerra y el general Riquelme habían estado telefoneando furiosos al coronel de infantería Moscardó, de 58 años, jefe de la guarnición nacionalista que todavía resistía en el Alcázar, para intentar convencerle de que se rindiera. Finalmente, el 23 de julio,

Cándido Cabello, un abogado republicano de Toledo, telefoneó a Moscardó para decirle que, si el Alcázar no se rendía en un plazo de diez minutos, fusilaría a Luís Moscardó, el hijo del coronel, de 24 años de edad, al que había capturado aquella mañana. «Para que vea que es verdad, le va a hablar», añadió Cabello. «¿Qué ocurre, hijo mío?», preguntó el coronel. «Nada —respondió su hijo—, que dicen que me fusilarán si el Alcázar no se rinde.» «Si fuera cierto —replicó Moscardó—, encomienda tu alma a Dios, grita "¡Viva España!", y muere como un héroe. Adiós, hijo mío, un último beso.» «Adiós, padre —contestó Luís—, un beso muy grande.» Cabello se volvió a poner al teléfono, y Moscardó le comunicó que el período de gracia no era necesario. «El Alcázar no se rendirá jamás», aseguró, y colgó el teléfono. Sin embargo, Luís Moscardó no fue fusilado inmediatamente, sino que fue ejecutado con otros prisioneros delante de la sinagoga del Tránsito el 23 de agosto, como represalia por un bombardeo aéreo.[685] Este episodio heroico se convirtió en leyenda en la España nacionalista. Posteriormente, se ha dicho que el teléfono ya estaba cortado el 23 de julio, y que en aquellos momentos nadie registró la conversación telefónica. A pesar de todo, es seguro que hubo alguna conversación de este tipo.

El Alcázar permaneció sitiado. Aunque escaseaban los alimentos, había agua y municiones. Las provisiones no tardaron en incrementarse gracias a una incursión en unos graneros cercanos, de donde volvieron con dos mil sacos de trigo. La carne de caballo (al comienzo del sitio había 177 caballos en el Alcázar) y el pan fueron los alimentos básicos en el Alcázar. Con el paso de los días, Moscardó dejó de ser el verdadero jefe del Alcázar, siendo sustituido por el coronel de la guardia civil local, Pedro Romero Bassart. Pero Moscardó siguió siendo el símbolo heroico. El número de atacantes variaba entre los 1.000 y los 5.000, muchos de los

cuales eran «turistas» de guerra, que salían de Madrid con su mujer o su novia para pasarse la tarde tiroteando.[686] En cuanto a los rehenes que se llevaron consigo los defensores al principio, de ellos nunca más se supo, y es de suponer que todos (eran cincuenta) tuvieron el mismo fin que Luís Moscardó, al otro lado de las líneas.

Mientras el Alcázar de Toledo seguía resistiendo, el cuartel de Loyola, en San Sebastián, se rindió a los vascos el 27 de julio, y la guardia civil de Albacete fue arrollada el 25 de julio. Los oficiales de Valencia también fueron asaltados en sus cuarteles el 31 de julio, después de sublevarse contra ellos los suboficiales y los soldados. Los que no resultaron muertos en el asalto fueron juzgados y, en muchos casos, ejecutados. Los puntos de resistencia nacionalista dentro del territorio republicano se redujeron, a partir de entonces, a Oviedo, el cuartel de Simancas en Gijón, el Alcázar, y uno o dos puntos aislados en Andalucía.

Al mismo tiempo, la línea que dividía a las dos Españas sé iba alterando en el sur, en el norte y en el nordeste. Aunque todavía eran pocos, los miembros del ejército de África, legionarios y regulares, que habían sido transportados a través del estrecho de Gibraltar, fueron suficientes para ampliar sustancialmente el área que dominaba el general Queipo de Llano desde Sevilla. Huelva, toda la costa del sur desde ese puerto hasta la frontera portuguesa, las tierras (ricas en tiempos, aunque ahora abandonadas) que hay entre Sevilla, Cádiz y Algeciras, y entre Sevilla y Córdoba, pasaron a poder de los nacionalistas, después de una serie de marchas rápidas realizadas por oficiales y soldados entrenados en las guerras de Marruecos.[687] Por lo tanto, en vez de controlar en Andalucía solamente las pocas ciudades donde había triunfado el alzamiento, los nacionalistas tenían un territorio compacto que era como una herida en el corazón del sur

revolucionario. De momento, Granada y varias ciudades en su camino estaban todavía sitiadas. Pero su liberación no parecía lejana. En todas estas ciudades o pueblos, cuando eran conquistados, se realizaban sangrientas represalias como compensación por las atrocidades de los días precedentes.

Entre Barcelona y Madrid, los dos principales centras y frentes republicanos, la línea de batalla no era fija. La columna que había conquistado Guadalajara y Alcalá avanzó para tomar la ciudad catedralicia de Sigüenza. Pero eran imposibles nuevos avances, igual que en el lado nacionalista, por escasez de municiones. Desde Valencia, una columna de milicianos salió hacia el noroeste, hacia Teruel, la más meridional de las ciudades rebeldes de Aragón. La guardia civil, que formaba parte de aquella fuerza, se pasó a los nacionalistas en cuanto llegaron al frente. Aunque Teruel fue rodeado por tres lados, y mataron a su jefe nacionalista, el comandante Aguado, no se hizo ningún progreso de cara a su conquista. Aquí, como en todas partes, la revolución ocupó a los milicianos tanto como la guerra. La confusión de la región aumentó al dejar en libertad a los delincuentes comunes del penal próximo de San Miguel de los Reyes. Estos delincuentes ingresaron sobre todo en la Columna de Hierro, de la CNT. Uno de los convictos puestos en libertad (que tenía 34 años en el momento de la liberación, y llevaba once en la cárcel) describía cómo él y sus compañeros «cambiaron el sistema de vida en los pueblos por donde pasaban, aniquilando a los caciques feroces que intranquilizaron la vida de los campesinos, después de robarles, y poniendo la riqueza en manos de los únicos que supieron crearla: en manos de los trabajadores…». Añadía que la burguesía (que, según él, seguía controlando las cosas) tramó la posterior destrucción de la Columna de Hierro, porque «únicamente al burgués han podido y

pueden perjudicar nuestras actividades, nuestras rebeldías, y estas ansias locamente incontenibles que llevamos en nuestro corazón de ser libres, como las águilas en las más altas cimas, o como los leones en medio de las selvas».[688]

Sin embargo, aunque la retórica inspirara los corazones de los combatientes, los ferrocarriles tenían también mucha importancia para transportar hombres y provisiones de las ciudades a los frentes, y de una ciudad a otra. Detrás de las líneas republicanas, la CNT se esforzaba por mantener en circulación los mismos trenes que había antes de la guerra, lo cual era un derroche, ya que había menos viajeros y las necesidades eran diferentes.

Entre estos campos de batalla principales, a lo largo de la línea divisoria a la que pronto llamarían todos «el frente», de unos 3.000 kilómetros de longitud, había muchas brechas por donde era fácil, desde las dos zonas, pasarse a la otra España. Muchos refugiados, en estas primeras semanas, pasaron secretamente de una zona a la otra. Así, muchos guardias civiles «leales» se unieron a sus amigos, mientras que otros escaparon en lanchas. Y así, gradualmente, las pasiones en España maduraron, o se degradaron, al canalizarse en una guerra regular.

La guerra que empezaba entonces era, en muchos aspectos, una guerra de clases. Pero, como es habitual en tales circunstancias, eso significaba concretamente que la clase media estaba dividida. Hubo innumerables casos de padres e hijos o hermanos que estaban en diferentes bandos. El general Pozas, jefe de la guardia civil y ministro republicano de la Gobernación, tenía un hermano que luego fue ayudante del general Mola; el coronel Romero Bassart, asesor militar de las milicias de Málaga, tenía un hermano que fue quien en realidad dirigió la defensa del Alcázar de Toledo; el hermano del jefe de la armada republicana, almirante Buiza, moriría pronto en Andalucía luchando

dentro de la legión. Hidalgo de Cisneros, que no tardaría en convertirse en jefe de la fuerza aérea de la República, también tenía un hermano con Franco. En 1936, cuatro hermanos Pérez Salas estaban combatiendo en el ejército republicano, y un quinto estaba con los carlistas, en la columna de Beorlegui. El propio Franco, como ya hemos dicho, condenó a muerte a un primo hermano suyo. (Otro primo hermano, y hermano de su ayudante, era Hermenegildo Franco Salgado, capitán del Libertad, fue asesinado por sus marineros en El Ferrol.) Carlos Baraibar, director de *Claridad*, y consejero de Largo Caballero para asuntos militares, tenía un hermano que era oficial de ingenieros de Franco. Esta lista podría alargarse indefinidamente. Indudablemente, la burguesía supo lo que significaba la lucha de clases. Y no sólo la burguesía; la aflicción de Largo Caballero ante la noticia (falsa) de que habían fusilado a su hijo favorito en la zona nacionalista afectó a su claridad de juicio. Hasta Durruti tenía dos hermanos que eran falangistas. «Casi todo el mundo tenía a alguien en el otro bando», comentaba un antiguo partidario de la CEDA, que acabó luchando al lado de las derechas. Y añadía, con amargura, aunque quizá con poca exactitud: «La inmensa mayoría no quería combatir con un bando ni con el otro».[689]

La rebelión de las derechas fue, en muchos aspectos, una rebelión juvenil. El nombramiento para la jefatura de la junta de defensa de Cabanellas, un general de 64 años, oscurece el hecho de que Franco era el general de división más joven, y de que los dirigentes de la Falange tenían, en su mayoría, veinte años menos que los de sus enemigos socialistas o republicanos de izquierdas. Las familias quedaron a menudo divididas en la guerra civil, pero no así las generaciones, o, por lo menos, no de una manera tan obvia.

El total de hombres movilizados en 1936 era, sobre el papel, ligeramente superior a 100.000 en el ejército de la península y 30.000 en Marruecos, junto con 33.000 guardias civiles, 14.000 carabineros y 18.000 guardias de asalto. Pero en España las cifras sobre el papel nunca son la ultima palabra, ya que, como de costumbre, alrededor de un tercio de los reclutas estaban de permiso: los hombres eran llamados a filas en febrero, se les daban tres meses de instrucción, y luego tenían permiso como mínimo durante el verano, y quizá durante el resto del servicio militar. Así pues, el total de hombres que realmente servían en el ejército español era de unos 66.000, de los cuales unos 34.000 estaban en la zona republicana (además de unos 12.000 que estaban de permiso) y unos 32.000 en la zona rebelde (más 13.200 de permiso). Por otra parte, el ejército de África, de unos 30.000 hombres, estaba plenamente con los rebeldes. Probablemente alrededor de 18.000 guardias civiles estaban con el gobierno, frente a 14.000 que estaban con los rebeldes; y 4.000 carabineros con el gobierno, mientras que 10.000 con los rebeldes. En cuanto a la fuerza aérea, 3.000 estaban probablemente con el gobierno y 2.000 con los rebeldes; mientras que, en lo que respecta a la marina, las cifras podrían ser de 13.000 leales y 7.000 rebeldes.[690]

Estos cálculos ignoran la existencia de una cantidad igualmente grande de hombres, también en ambos bandos, que eran «leales» o «rebeldes» sólo por accidente geográfico. Y, en la guerra moderna, los hombres no significan mucho, si se consideran aparte de sus armas, organización y entrenamiento. Por ejemplo, los 30.000 hombres de la legión y de los regimientos de Marruecos constituían una fuerza excelente, aunque brutal; el único problema era transportarlos a la península. Los reclutas de la península a menudo eran analfabetos y tan desconocedores de la disciplina como los anarquistas. Además, muchos de

los oficiales regulares y suboficiales que se mantuvieron leales a la República no eran veteranos de África, y, por ello, tenían poca experiencia de combate. De unos 12.000 oficiales que estaban en servicio activo o retirados, probablemente unos 7.000 se pusieron al lado de los rebeldes, o, como mínimo, éstos pudieron contar con ellos (incluidos oficiales de la guardia civil e incluidos unos 2.750 de África). Al principio de la guerra había unos 5.000 oficiales en lo que se convirtió la zona republicana. De éstos, 1.500 fueron fusilados y otros 1.500 expulsados del ejército. Alrededor de 1.000 se escondieron en embajadas u otros lugares, y quizás huyeron a la España nacionalista. En teoría, el gobierno debería de haber dispuesto de unos 1.000 jefes y oficiales en activo (incluidos más de 20 generales). Además había muchos oficiales retirados, algunos de los cuales estuvieron encantados de que los llamaran de nuevo para servir en el ejército, aunque algunos fueran desleales.[691]

En cuanto a las armas, probablemente había más de medio millón de fusiles o armas portátiles, en total, en España y Marruecos: la guardia civil, los guardias de asalto y la policía local del País Vasco y Cataluña tenían unos 100.000 fusiles, y el ejército unos 400.000. La armada tenía unos 30.000 fusiles, y la fuerza aérea, 6.000. En su mayor parte eran Mausers de 1893. También había unos 3.000 rifles automáticos, de tipo Trapote, hechos en España, y 1.650 ametralladoras Hotchkiss, compradas a Francia. De este armamento, el gobierno probablemente tenía, después de la rebelión, algo más de la mitad de los fusiles (quizá 275.000) y tal vez una tercera parte de las armas automáticas. Nadie sabe cómo, muchas armas útiles militarmente estaban, antes de la guerra, en manos de particulares o en manos de los partidos políticos. El gobierno conservaba unas 400 de las 1.000 piezas de artillería que había en el país, así como las fábricas de armas de Trubia, Reinosa y Plasencia de las

Armas. Toda esta artillería era anticuada, en su mayor parte fabricada por Schneider, pero, a pesar de todo, no era fácilmente coordinable: los obuses iban de los 105 a los 155 milímetros, los cañones de los 70 a los 150 milímetros, y la artillería costera era de mayor calibre. Pero en las fábricas de armas, de municiones y de explosivos (en Toledo, Murcia, Galdácano, Guemica, Éibar y La Manjoya), había posibilidades de renovación y de nueva producción. En cuanto a los tanques, en 1936, en toda España no había más que veinte: los rebeldes tenían ocho, y la República doce. En general, al gobierno no le faltaban armas en 1936. Lo que le faltaba era mando militar, organización, eficiencia y disciplina.

En el país había unos 400 aviones: alrededor de cien eran aviones civiles, o particulares o utilizados para el correo.[692] La marina tenía unos cien aviones, sobre todo hidroaviones[693] mientras que la fuerza aérea propiamente dicha (una división del ejército, mandada por oficiales regulares del mismo) tenía 50 cazas, 100 aviones de reconocimiento y 30 bombarderos ligeros.[694] Muchos de los aviones militares (quizás un tercio) estaban en mal estado, no estaban armados, o no podían volar por alguna otra razón. Por consiguiente, en julio de 1936 resultó que había unos doscientos aviones utilizables en manos del gobierno, mientras que los rebeldes tenían algo menos de 100.[695] El gobierno conservaba las cuatro escuadrillas de combate que había en España, con base en Getafe y Barcelona, y una escuadrilla de patrulla; [696] los rebeldes no tenían ninguna escuadrilla completa, sólo unos 10 cazas que, por casualidad, estaban en uno de los pocos aeródromos que cayeron en sus manos. Los 90 aviones de reconocimiento Breguet XIX estaban repartidos casi equitativamente entre ambos bandos. La República tenía cinco bombarderos Fokker, frente a los tres que tenían los rebeldes (incluido el que llevó los

primeros legionarios a Sevilla), y cuatro bombarderos Dragón De Havilland, frente a uno que tenían los rebeldes (el avión que llevó a Barcelona al desdichado general Núñez del Prado). La República conservaba los cuatro Douglas DC2, y algunos bombarderos Dornier Wal comprados por el ejército el año anterior, así como la mayor parte de la aviación naval. Los aviones correo y unos cincuenta aviones ligeros siguieron con el gobierno, pero los rebeldes tenían una docena de aviones deportivos muy útiles pertenecientes al aeroclub de Andalucía. Las reservas de bombas y municiones en ambos bandos eran insignificantes. De los pilotos de la aviación militar, 150 eran republicanos y unos 90 nacionalistas, pero los rebeldes podían recurrir a algunos pilotos particulares o retirados, y podían entrenar rápidamente a otros para volar.[697]

En cuanto a la marina, aquí, al parecer, el gobierno tenía una superioridad mucho mayor que en las otras armas, ya que en sus manos estaban el viejo acorazado *Jaime I*, tres cruceros (el *Libertad*, el *Miguel de Cervantes* y el *Méndez Núñez*), veinte destructores modernos y doce submarinos. Los rebeldes sólo tenían el gemelo del *Jaime I*, el acorazado *España*, igualmente viejo, y que entonces estaba en un dique seco; los cruceros *República*[698] (un navío viejo) y *Almirante Cervera*, un destructor, *El Velasco*; cinco cañoneras; dos submarinos y algunos guardacostas. La ventaja del gobierno era sólo aparente. Los rebeldes tenían el principal astillero de la marina en El Ferrol, donde estaban a punto de terminar dos nuevos cruceros, el *Canarias* y el *Baleares*, junto con los dos únicos dragaminas de España. También tenían una pequeña base naval en Cádiz y un puerto en Algeciras. Frente a esto, la República sólo tenía el pequeño astillero de Cartagena, y ningún dique seco adecuado para sus cruceros: en Mahón (Menorca) había uno adecuado para destructores y submarinos, pero no para embarcaciones de mayor calado.

Y, cosa muy importante, la revolución en la flota significó que la República sólo podía contar con 2 almirantes de un total de 19, 2 capitanes de navío de un total de 31, 7 capitanes de fragata de un total de 65, y sólo 13 capitanes de corbeta de un total de 128. Además, estos pocos oficiales estaban desmoralizados por el asesinato de muchos de sus compañeros y la inseguridad de su propia posición. Pero otras cosas favorecían a los republicanos en el mar, Los puertos de Barcelona y Bilbao podían acondicionarse para servir a una armada, y tenían más de las dos terceras partes de la flota mercante de España (unos 1.000 barcos, muchos de los cuales podían fácilmente convertirse en barcos de guerra).

Si la guerra iba a ser una lucha prolongada, la República parecía estar en una posición fuerte desde el punto de vista económico: tenía la mayor parte de la industria, en Cataluña y en el País Vasco, sedes de la industria textil y metalúrgica de España, respectivamente. En Asturias, controlaban el carbón del país, y tenían las fábricas de productos químicos y explosivos. Tenían las reservas de oro del Banco de España. Además, tenían las dos ciudades de España donde había más de un millón de habitantes (Madrid y Barcelona), y cinco de las nueve restantes que pasaban de los 100.000 habitantes.[699] Tal vez controlaban una población de unos catorce millones de personas, frente a los diez millones que controlaban los rebeldes, y, así como Burgos, Pamplona y, quizás, algunas otras ciudades del norte estaban entusiásticamente a favor del alzamiento, en Zaragoza, Sevilla, Granada y Córdoba, evidentemente, el entusiasmo no era indescriptible, ni de lejos. El gobierno probablemente tenía dos terceras partes de los 200.000 automóviles que había entonces en España, la mayoría de los 60.000 autobuses y camiones, la mayoría de las 4.000 locomotoras, y los 100.000 vagones. En cambio, las áreas de cultivo de

cereales de España estaban repartidas casi equitativamente, aunque, al cabo de unas semanas, los avances nacionalistas darían a los rebeldes dos tercios de las zonas trigueras. Los rebeldes tenían los corderos de Castilla y Extremadura, los cerdos de Galicia y Extremadura, y el ganado vacuno de Galicia y Castilla. Los rebeldes contaban también con la mayor parte de la producción de queso y mantequilla, con las regiones donde se cultivaba el algodón, el azúcar, las patatas y el lino, y con la industria pesquera. En cambio, el gobierno tenía las mejores zonas de cultivo del aceite y del vino, en La Mancha y Cataluña (aunque no tenían la Rioja), y de la fruta, y las regiones arroceras y las huertas de la costa mediterránea. Los nacionalistas tenían gran parte de los bosques, incluidos los alcornoques de Extremadura y las frondosas colinas de Galicia; también tenían el estaño, el cobre y el manganeso, lo cual compensaba parcialmente el hecho de que la República controlara el hierro. Pero Almadén, con su mercurio, se encontraba en la España republicana. A finales de julio de 1936, la España republicana contribuía al presupuesto en un 70%, y la España nacionalista sólo en un 30%. El gobierno controlaba unos 380.000 kilómetros cuadrados, y los rebeldes sólo 175.000. Pero el hecho de que los rebeldes poseyeran Marruecos, los dos archipiélagos de las Canarias y las Baleares (excepto Menorca), y la mayor parte del territorio colindante con Portugal, que para ellos era un país amigo, les daba una ventaja estratégica. Por otra parte, la República tenía los dos principales accesos a Francia, por ferrocarril y por carretera, así como la costa del norte.

En esta situación equilibrada, aunque trágica, los dos contendientes empezaron a pensar, cada uno por su parte, en procurarse la ayuda decisiva del extranjero. Ambos pensaban, también cada uno por su parte, que la mejor forma posible de ayuda sería que enviaran aviones (aunque

Mola andaba escaso de municiones y, por esa razón, básicamente, no pudo avanzar a finales de julio). El avión era él factor desconocido. Parecía el arma del futuro; así pues, la guerra que entonces empezaba sería la primera guerra en la que el aire sería algo importante (así como había sido la primera rebelión de la era del teléfono).

20

Las relaciones de España con el resto de Europa. — La República y Francia. — La República y Rusia. — Franco y Hitler. — La situación de Inglaterra.

Durante muchas generaciones, España había tenido poca participación en la política internacional, y los asuntos extranjeros habían tenido un papel secundario en la política nacional. Durante los primeros años de la República, España había sido un miembro respetuoso de la Sociedad de Naciones, aunque Gil Robles había criticado que ésta hubiera condenado a Mussolini. Y ahora, a pesar de que la guerra civil española se convertiría en una crisis internacional, a pesar de que ambos bandos no tardarían en acusarse el uno al otro de provocar una invasión extranjera, a pesar de que, en los solitarios valles de Aragón, resonarían gritos de «¡aquí no queremos extranjeros!» como lemas de combate, y a pesar de que casi todos los extranjeros que han escrito sobre la guerra hablan de algún español, de uno u otro bando, que deseaba que los «extranjeros» dejaran a los españoles librar sus propias batallas, no fueron las potencias de Europa quienes insistieron en intervenir, sino que fueron los propios españoles los que, para empezar, buscaron ayuda en el exterior.[700]

Estos llamamientos fueron la culminación de varias generaciones de ambigüedad en los sentimientos de los españoles hacia el mundo exterior. ¿Había que emular a

Europa, o había que mantenerla a cierta distancia? En el primer caso, ¿de dónde había de venir la inspiración¿, ¿de la marcial Alemania o de la pacífica Inglaterra? Unamuno y pensaba que «japonizar» a España destruiría toda posibilidad de resurgimiento nacional. Este «africanismo» hacía muy simpático a Unamuno para las derechas, que, desde 1808, habían considerado afrancesado a cualquier reformador. Pero las derechas no eran consecuentes. Los que acusaban a los socialistas de ser «anti-españoles» pasaban el verano en Biarritz. Si los católicos veían en la masonería una maquinación internacional, los masones tenían la misma justificación para creer que los que eran fieles a la Iglesia de Roma estaban metidos en una conspiración de igual magnitud, dirigida por el Papa, y también por el Papa Negro. Desde luego, la clase media de España tenía fuertes vinculaciones comerciales y financieras con otros países. El sistema telefónico español era propiedad de la famosa International Telegraph and Telephone Company.[701] Otros intereses norteamericanos (que sumaban un total de 80 millones de dólares) eran la General Motors, la Ford, la Fírestone Rubber, y algunas sociedades algodoneras.[702] La Compañía Inglesa de Río Tinto poseía gran parte de los yacimientos de cobre y piritas, y la Tarsis Company, de Glasgow, también era dueña de muchos yacimientos españoles de cobre. La compañía Armstrong poseía la tercera parte del corcho español. La sociedad de aguas de Sevilla era también de propiedad inglesa. Gran Bretaña, el mayor inversor extranjero, tenía unos 40 millones de libras (194 millones de dólares) invertidos en España, de un total de 200 millones de libras (970 millones de dólares) que era el capital extranjero invertido en el país.[703] Los franceses controlaban las minas de plomo de Peñarroya y San Plato, y habían construido los ferrocarriles. El total de su inversión era de unos 28 millones de libras (135 millones de dólares).

Los belgas también tenían grandes intereses en la producción maderera española, en tranvías y ferrocarriles, y en las minas de carbón de Asturias. Una compañía canadiense había organizado la distribución de electricidad en Cataluña. Estas inversiones, las más importantes de las numerosas inversiones extranjeras, eran grandes intereses en un país tan poco desarrollado como España. Estados Unidos, Alemania, Inglaterra y Francia proporcionaban respectivamente el 34%, el 28%, el 22% y el 12% de las importaciones españolas, e Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos recibían el 43%, el 26%, el 12% y el 10% de las exportaciones. Hacía muchos años que el mineral de hierro español era un elemento habitual en la industria inglesa del hierro y del acero —en 1935, el 57% de la producción española fue a Inglaterra— y el mineral de hierro con destino a Inglaterra ocupaba a la mayor parte de la flota mercante española. La Falange, con todo su nacionalismo, no representaba la tradición española más que los anarquistas, por ejemplo; y, aunque es cierto que, antes de la guerra civil, en España aumentó la propaganda rusa, también es cierto que existía mucha información sobre la Alemania nazi. El partido nazi tenía unos 600 seguidores entre la colonia alemana en España, que se elevaba a unas 13.000 personas.[704] La sección española del Frente Alemán del Trabajo tenía más de cincuenta delegaciones. Las agencias turísticas y las librerías alemanas proliferaron durante los meses anteriores a la guerra civil, aunque la principal actividad de los nazis era la de examinar la conducta de los funcionarios y diplomáticos alemanes. En un momento en que se proponían tantas «soluciones» para los problemas de España, el ejemplo de la Alemania nazi, la disciplinada enemiga de la decadente Francia, ejercía, naturalmente, una poderosa influencia sobre la imaginación de los jóvenes españoles de la clase media; y además, varios

militares monárquicos tenían buen recuerdo de las relaciones con Alemania en los años veinte.

En un sentido amplio, la guerra civil española fue la consecuencia del influjo sobre España de las ideas que circulaban por Europa. Todas las principales ideas políticas de Europa, a partir del siglo XVI, habían sido recibidas con entusiasmo por un grupo de españoles, y rechazadas ferozmente por otro, sin que ninguno de los dos grupos mostrara ningún deseo de compromiso: el catolicismo romano universal de los Habsburgo, el absolutismo de los Borbones, el liberalismo revolucionario francés, el separatismo romántico, el socialismo, el anarquismo, el comunismo y el fascismo. Por lo tanto, era inevitable que la guerra iniciada en 1936 diera lugar a una crisis europea. Igual que en la guerra de sucesión, en la guerra de la independencia, y durante la primera guerra carlista, el prestigio, el dinero y, en algunos casos, los habitantes del resto de Europa, en 1936, llegaron a vincularse íntimamente con el conflicto español. Las ideas generales europeas habían llevado a los españoles al borde de la guerra. Y las potencias europeas quedaron complicadas en la guerra a petición de los españoles. Luego, las mismas grandes potencias fueron responsables de gran parte de su desarrollo, sobre todo por la ayuda que proporcionaron a uno u otro bando, cuando parecía que iba a perder. A lo largo de la guerra civil, la antipatía y la atracción alternativas que el resto de Europa siempre había sentido por España, y ésta por el resto de Europa, se reflejaron en las implicaciones internacionales de la contienda.[705]

El 19 de julio por la noche, José Giral, el nuevo jefe del gobierno de la República, envió un telegrama, *en clair*, al jefe del gobierno de Francia: «Sorprendido por un peligroso golpe militar. Le ruego nos ayude inmediatamente con

armas y aviones. Fraternalmente, Giral».[706] El hecho de que Giral pensara en comunicarse directamente con su colega francés se explica por la camaradería de la fórmula de despedida utilizada en el telegrama. Porque era probable que Léon Blum, el nuevo jefe del gobierno francés, socialista, acogiera con más simpatía una petición de ayuda que el embajador español en París, Juan Cárdenas, un diplomático de la vieja escuela.[707] (Ya se había anunciado la sustitución de este último por el político republicano de izquierdas Alvaro de Albornoz.)

Léon Blum, aquel francés apasionado y sensible, era jefe del gobierno de Francia sólo desde el 5 de junio, a la cabeza de un gobierno de socialistas y radicales que contaba con el apoyo de los comunistas. Igual que el gobierno español, había surgido como resultado de una alianza electoral de frente popular. Aunque de inclinaciones pacifistas y ansiosos por resolver los problemas sociales de su país, Blum y sus colegas sabían que los apuros de la República española eran sumamente importantes para Francia. Porque, en aquella época, en París, Lyon y en todas las ciudades de Francia había muchas luchas callejeras entre las izquierdas y las derechas, entre los socialistas o comunistas y grupos fascistas, como La *Croix du Feu* y *L'Action Francoise*. La simpatía de Blum hacia la República se veía reforzada por cálculos estratégicos, ya que una España nacionalista sería probablemente hostil a Francia. Por lo tanto, cuando Blum recibió el telegrama de Giral, el 20 de julio por la mañana, llamó a su ministro de Asuntos Exteriores, Yvon Delbos, y a Édouard Daladier, ministro de la Guerra. Ambos eran radicales. Aunque tal vez se hubiera podido temer que mostraran menos simpatía hacia la República española que los miembros socialistas del gobierno, se pusieron inmediatamente de acuerdo en que había que ayudar a Giral.

Mientras tanto, el 19 de julio a última hora, Luís Bolín, enviado por el general Franco, salió para Biarritz en el *Dragon Rapide*, que continuaba pilotado por el capitán Bebb, y luego para Roma, para solicitar oficialmente al gobierno italiano doce bombarderos, tres cazas y cierto número de bombas. Esta petición de Franco estaba firmada también por Sanjurjo, en Lisboa, y probablemente fue lo último que firmó antes de su muerte.[708] Al mismo tiempo, un parte nacionalista anunciaba orgullosamente que «los intereses de España no se encuentran solos en su lucha, mientras nuestra trompeta lanza sus sonidos más allá del estrecho de Gibraltar»; [709] mientras tanto, las autoridades británicas de Gibraltar ponían a la disposición del general Kindelán, el oficial más antiguo de los de las fuerzas aéreas que estaban con los rebeldes, líneas telefónicas para que él y sus amigos pudieran hablar directamente con Berlín y Roma durante las semanas siguientes.[710]

El 21 de julio, al parecer también se produjo en Moscú la primera reacción ante la crisis española. Se celebró una reunión conjunta de las secretarías del Komintern y del Profintern (la entidad creada para coordinar la actividad comunista en los sindicatos occidentales), en la que se apoyó la idea de ayudar a la República, y se decidió celebrar una nueva reunión el 26 de julio.[711] La reacción de Stalin y del gobierno ruso ante el estallido de la guerra española (independientemente de la actitud que hubieran tenido antes los comunistas españoles) estuvo dictada por sus posibles repercusiones, teniendo en cuenta las necesidades de la política exterior rusa. Si, igual que en el caso de China en 1926, había que sacrificar las oportunidades de los comunistas, se sacrificarían: los objetivos del comunismo no podían ser diferentes de los de Rusia. El miedo a una guerra había sido la causa de que Rusia abandonara su aislamiento de finales de los años veinte y entrara a formar parte de la

Sociedad de Naciones en 1934, y de que firmara el pacto con Francia en 1935. Litvinov, el ministro de Asuntos Exteriores, había hablado elocuentemente en la Sociedad de Naciones en favor de la seguridad colectiva.[712] Una victoria nacionalista en la guerra civil española supondría que Francia se encontraría rodeada en tres de sus fronteras por países potencialmente hostiles. Con ello, sería más fácil para Alemania atacar a Rusia sin temor a ser atacada por Francia por la espalda. Sólo por esta razón, a Stalin le interesaba mucho impedir una victoria nacionalista.

Era evidente que la guerra española daba grandes oportunidades al Partido Comunista español, con su disciplina, su habilidad en la propaganda y su prestigio derivado de su relación con Rusia, pero, al mismo tiempo, nadie podía prever el poder que alcanzaría este partido. Sin embargo, si los comunistas se comportaban con arrogancia, Inglaterra y Francia se alarmarían. Probablemente por esta razón, Stalin no ordenó al Partido Comunista español y a sus principales agentes en España, Codovila y Stepanov, que aprovecharan al máximo cualquier oportunidad para hacerse con el control de la República española. Y también vaciló a la hora de enviar armas a España.[713] Para entonces, Stalin estaba a punto de iniciar una nueva etapa en sus purgas contra los antiguos bolcheviques. Esto quizás hizo que el dictador ruso escuchara con desacostumbrada atención a los dirigentes del Komintern de aquella época. Dimitrov, Togliatti y Marty, para citar sólo tres de los comunistas internacionales más importantes que entonces estaban en Moscú, debían de tener ideas propias sobre cuál había de ser la reacción comunista ante la guerra de España. Podían observar cómo, mientras Stalin se entretenía, Trotsky ya le estaba llamando «aniquilador de la revolución española y traidor, cómplice de Hitler y Mussolini». Con prudencia de reptil, pues, parece ser que Stalin llegó a una conclusión

respecto a España: no permitiría que perdiera la República, aunque no necesariamente la ayudaría a ganar. La continuación de la guerra le dejaría con las manos libres para actuar como le conviniera. Incluso podría hacer posible una guerra mundial en la que Francia, Inglaterra, Alemania e Italia se destruirían entre sí, mientras Rusia, el árbitro, se mantendría al margen.[714] Así pues, el gobierno ruso apoyaría la agitación en favor de la ayuda a España, de momento sólo en forma de alimentos y materias primas, y procuraría que los obreros rusos hicieran una «contribución». Se incrementaría el número de representantes del Komintern en España. El competente, cortés, educado y despiadado dirigente del partido comunista italiano en el exilió, Togliatti, que antes, durante un tiempo, había sido el encargado de los asuntos españoles e italianos en el Komintern, llegó, pues, a España, utilizando el nombre de «Alfredo», para dirigir la táctica del Partido Comunista español.[715] El comunista livornés Ettore Quaglierini se encargó de las publicaciones del Partido Comunista español y ayudó a su compatriota Vidali («Carlos»), como hemos visto, a organizar el Quinto Regimiento como un modelo de eficacia militar. Otro dirigente comunista internacional que fue a España fue el húngaro Erno Geroe, «Pedro» o «Gueré», que se hizo responsable de la dirección de los comunistas de Cataluña.[716] También siguieron en sus puestos los búlgaros Stepanov y Codovila, los dos representantes del Komintern que llevaban ya unos años en España.[717] La combinación de un partido que se había desarrollado rápidamente y unos dirigentes inexpertos dio especial importancia a los funcionarios internacionales. Hombres como Stepanov entraron arrogantemente en el escenario de la historia revolucionaria española como si fueran dioses, desdeñando a los españoles, con un halo de misterio y poder, pero en

realidad eran unos burócratas cínicos, que tenían mucho miedo a Stalin. El propio Stepanov, protegido por un equipo de secretarias como «Angelita», «un verdadero demonio, hermosa, pero fría y cruel», y «Carmen la Gorda», una rusa que se convirtió en la jefa de la sección de cuadros de las juventudes unificadas, estableció una verdadera tiranía sobre el comité central del partido.[718]

La sección del Komintern de la Europa occidental, bajo la dirección de su brillante jefe comunista alemán Willi Muenzenberg, también se ocupó activamente, desde su cuartel general de París, de vincular la causa de la República española con la cruzada general antifascista, que había empezado cuando el gobierno soviético había adoptado las políticas gemelas del Frente Popular y de la seguridad colectiva.[719] En realidad, la guerra española fue un regalo de los dioses para los propagandistas del Frente Popular y de la causa antifascista y, por lo tanto, prosoviética. «*A notre secours, a votre secours*», decía Romain Rolland, el novelista francés cuyas actividades son una muestra de la breve alianza entre la literatura, el pacifismo y la amistad con Rusia, «*au secours de l'Espagne!*»[720]

Mientras en Moscú y París se discutían precipitadamente estos asuntos, el agente de Franco, el periodista Bolín, había llegado a Roma el 21 de julio. Al día siguiente, él y un monárquico, el marqués de Viana (que venía de ver al ex rey Alfonso en Viena), visitaron al conde Ciano, el ministro italiano de Asuntos Exteriores. Unos años más tarde, Ciano diría a Hitler que Franco había dicho que, con doce aviones de transporte, podría ganar la guerra en unos días.[721]

Los primeros emisarios de Franco entusiasmaron a Ciano, pero, naturalmente, había que consultar a Mussolini. Para el Duce no estaba clara la relación que tenía Franco con los conspiradores monárquicos a los que él, Mussolini, había

prometido ayuda en 1934.[722] Y, al parecer, Franco tampoco conocía los detalles de aquel acuerdo. Hasta que Mola no envió a Roma al monárquico Goicoechea, la principal figura de las conversaciones de 1934, el 24 de julio, los italianos no estuvieron dispuestos a tomarse en serio a los rebeldes españoles.[723] Pero, además, el 22 de julio, Franco realizó su primera tentativa para obtener ayuda de Alemania. En su nombre, el coronel Beigbéder, el antiguo agregado militar en Berlín, que se había instalado en el departamento de asuntos indígenas en Tetuán, envió una «petición muy urgente» al general Kuhlenthal, agregado militar alemán en París, acreditado también en Madrid, en la que solicitaba «diez aviones de transporte, con la máxima capacidad de asientos», que serían comprados a través de empresas comerciales privadas alemanas y llevados al Marruecos español por pilotos alemanes.[724] Estos aviones eran necesarios para transportar a través del estrecho al ejército de África, para lo cual sólo se contaba con los viejos Breguet. (Beigbéder conocía muy bien los antiguos lazos de Alemania con España en cuestiones de suministro de armas. Él y Kuhlenthal habían viajado juntos por Marruecos en 1935, y este último conocía a Franco desde la época de la revolución de Asturias.)

El mismo día, un oficial de las fuerzas aéreas nacionalistas, el capitán Francisco Arranz, acompañado por Adolf Langenheim, jefe del partido nazi en Tetuán, y por Johannes Bernhardt, un negociante nazi de origen prusiano, fueron a ver a Franco y, al día siguiente, salieron con una carta privada (de estilo «infantil», según Bernhardt) para Hitler, en la que se apoyaba la petición de Beigbéder. Viajaron en un Junker requisado a la Lufthansa en Las Palmas.[725] Bernhardt era un antiguo comerciante de azúcar, de Hamburgo, arruinado en 1929, que había llegado a Marruecos para emprender una nueva vida. En Tetuán,

primero estuvo empleado en una compañía que vendía cocinas y equipo a la guarnición española. De esta manera se había hecho amigos entre los oficiales. Tanto él como Langenheim veían las posibilidades de obtener beneficios personales, además de influencia alemana, con la venta de material de guerra a los rebeldes.[726] Bernhardt estaba buscando un nuevo mercado; pensó irse a la Argentina.

Mientras tanto, en París, el embajador español, Cárdenas, visitó a Léon Blum y, en nombre de Giral, presentó una petición de 20 bombarderos Potez, 50 ametralladoras ligeras Hotchkiss, 8 cañones Schneider con municiones, 1.000 fusiles Lebel, 250.000 cartuchos de ametralladora, un millón de cartuchos de fusil y 20.000 bombas. Dado que la industria de armamento francesa había sido nacionalizada, para realizar aquella compra se necesitaba la aprobación del gobierno francés. Con gran sorpresa de Cárdenas, Blum aceptó.[727] Pero, casi al mismo tiempo, en el Quai d'Orsay se recibió una llamada telefónica de Corbin, el embajador francés en Londres. Corbin, que personalmente se consideraba un hombre de derechas, era un intérprete celoso de los deseos ingleses. Según dijo el gobierno británico, estaba alarmado ante la reacción francesa con respecto a la crisis española. Anteriormente se había preparado una entrevista en Londres, para los días 23 y 24 de julio, entre los ministros de Asuntos Exteriores de Inglaterra, Francia y Bélgica, con el fin de discutir un posible acercamiento a Hitler y Mussolini para firmar un nuevo tratado de seguridad colectiva entre las cinco potencias. Ahora Baldwin quería que Blum acompañara a su ministro de Asuntos Exteriores, Delbos, a Inglaterra para hablar de España. Blum accedió, siguiendo el consejo de Alexix Léger, el martiniqués secretario general del Quai d'Orsay (autor de *Anábasis*, y más tarde famoso por haber obtenido el premio Nobel con el seudónimo de Saint-John Perse).[728] La pesadilla

de Léger era que la Inglaterra de Baldwin pudiera apartarse de una Francia izquierdista para unirse a Alemania.[729] Al mismo tiempo, dimitía Cárdenas, el embajador español en París (a causa de sus simpatías nacionalistas), dejando encargados de la transacción de las armas a dos oficiales de las fuerzas aéreas españolas, Ismael Warleta y Juan Aboal, hasta que llegó de Ginebra Fernando de los Ríos, el profesor socialista y ex ministro, para hacerse cargo del asunto.[730]

El 23 de julio, por la mañana, empezó la conferencia en Londres. Blum llegó a la hora del almuerzo. En el hall del hotel Claridge, Edén le preguntó: «¿Enviará armas a la República española?» «Sí», dijo Blum. «Eso es cosa suya —replicó Edén—, pero he de pedirle una cosa: sea prudente».[731]

Este consejo de Edén reflejaba naturalmente el deseo de paz que sentían los ingleses en aquellos momentos. El líder de la oposición, Clement Attlee, había manifestado las simpatías del Partido Laborista hacia sus camaradas españoles, cuando, el 20 de julio, había pedido «todo el apoyo posible»; sin embargo, la clase media y alta inglesa era partidaria de los nacionalistas; pero no había ni un solo político inglés que afirmara que su país había de complicarse a favor de uno u otro bando del conflicto. La cuestión era definir qué clase de neutralidad había que observar. El Partido Laborista, al principio, entendía que la neutralidad significaba que se podía permitir a la República que comprara armas en Inglaterra como en cualquier otro lugar. En esto estaban en desacuerdo con los críticos conservadores del gobierno, como Winston Churchill, el cual, aunque era tan contrario a Alemania e Italia como lo era la oposición, no creyó inmediatamente que el conflicto español tuviera ninguna trascendencia para Inglaterra. A Churchill le alarmaba el carácter revolucionario de la República, y, unos días más tarde, escribió a Corbin para

protestar contra la ayuda francesa a la República, y para exigir «una neutralidad absolutamente rigurosa».[732] Edén, en el Foreign Office, intentó asegurar que se realizara esta política, tanto por parte de Inglaterra como de Francia, aunque él, personalmente, odiara los gobiernos dictatoriales. Los ingleses suponían que la remilitarización de la zona del Rhin en febrero y la conquista italiana de Abisinia habían saciado a los dictadores, a los cuales se podría convencer ahora para que colaborasen en la creación de un nuevo orden europeo. El estallido de «la crisis española» representaba, ante todo, un desdichado obstáculo para este proyecto. Las instrucciones que Baldwin dio a Edén fueron las siguientes: «De ningún modo, prescindiendo de lo que haga Francia o cualquier otro país, debemos entrar en la lucha al lado de los rusos».[733] La única medida que había adoptado Edén, de hecho, había sido ordenar a los buques de guerra ingleses que se dirigieran a los puertos españoles para proteger las vidas inglesas.[734] También había recibido al embajador español, López Oliván, y le había dicho que no habría ninguna prohibición para la exportación de aviones civiles a España y que, aunque una petición de material militar requeriría un permiso especial, «se consideraría el caso».[735] El mismo día, 28 de julio, Edén dijo al gobierno británico que se seguiría el «procedimiento ordinario» si el gobierno español, o los rebeldes, querían comprar armas; y «desde luego estaba descartada la intervención».[736] Entretanto, ya se había realizado la primera venta de aviones, privadamente: British Airways había vendido cuatro aviones Fokker para transporte de pasajeros, por 38.000 libras, a un representante de Franco, un tal señor Delgado, de la Compañía Petrolera Ibarrola, de Ceuta. Pero los franceses se negaron a dejarlos despegar de Burdeos cuando hicieron escala allí para repostar.[737] El 31 de julio, sin embargo, el gobierno británico presentó una prohibición

unilateral de envíos de armas a España.

El embajador inglés en España, sir Henry Chilton, entretanto había trasladado la embajada británica a una tienda de comestibles de Hendaya, en el lado francés del Puente Internacional.[738] Era un diplomático sin imaginación, de la vieja escuela: su colega americano, Claude Bowers, cuyas simpatías estaban claramente con la República, Informó a Washington de que todo lo que hacía Chilton estaba «encaminado a atacar al gobierno y ayudar a los insurgentes».[739] Además, Chilton estaba convencido de que la victoria de Franco sería mejor para Inglaterra.[740]

La opinión pública inglesa no tardó en apasionarse tanto por la guerra española como lo había hecho por la revolución francesa. El Club del Libro de Izquierdas, del editor Víctor Gollancz, que se proponía editar cada mes un libro contra «el fascismo y la guerra», había empezado a funcionar en mayo. Inmediatamente después, se había creado el Club del Libro de Derechas. Este interés literario por la política era el reflejo de grandes problemas sociales, así como de las alarmas generales, morales o internacionales, que causaban el señuelo de Rusia, el declive de la religión, «el hundimiento de las tradiciones» y el ascenso de Hitler. La oposición laborista oficial al gobierno de Baldwin parecía ineficaz. En el desierto político existente descollaban dirigentes competentes como Churchill y Lloyd George. La época quedaría bien definida por W.H. Auden en su poema *España 1937*:

Mañana, para los jóvenes, los poetas estallan como bombas,

Para mañana los paseos junto al lago, las semanas de comunión perfecta;

Para mañana las carreras de bicicletas

Por los alrededores, las tardes de verano. Pero hoy, la lucha.

Ahora es oportuno reproducir otros versos del mismo poema:

¿Qué te propones? ¿Construir la ciudad justa? Sí.

Estoy de acuerdo. ¿O buscas el pacto suicida, la muerte romántica?

Muy bien, lo acepto porque yo soy tu elección, tu decisión.

Sí, yo soy España.[741]

Entre los intelectuales de izquierdas, España se convirtió en el centro de interés de su vida, su trabajo y su inspiración artística. Stephen Spender escribió que España «ofrecía un 1848 al siglo XX».[742] Philip Toynbee, un universitario miembro del Partido Comunista, recordaba cómo las noticias de la guerra española le habían inducido a pensar que, por lo menos, «alguien se había quitado los guantes en la lucha contra el fascismo».[743] Rex Warner, también simpatizante republicano, escribió que «España ha rasgado el velo de Europa». Entre la mayoría de los intelectuales, no hubo dificultad alguna para decidir qué bando de la guerra era «el bueno». Para Cecil Day Lewis, futuro poeta laureado, la guerra era un combate de «la luz contra la oscuridad». España daba a los intelectuales ingleses una sensación de libertad, la idea de estar colaborando con los desposeídos de un país semidesarrollado, y, sobre todo, la ilusión de que su «acción» podía ser eficaz[744] «España» parecía una realidad, e Inglaterra una ficción, muy autocomplaciente, que sólo podía ser despertada «por el estruendo de las bombas».[745]

Pero la sociedad británica, en general, se encontraba dividida: *el Morning Post, el Daily Mail, el Daily Sketch y el Observer* apoyaban a los nacionalistas, y *el News Chronicle, el Daily Herald, el Manchester Guardian, el Daily Express* y el *Daily Mirror* eran republicanos en un sentido amplio. *The Times* y *Daily Telegraph* intentaban ser imparciales. El *Punch* hizo su primera alusión a la guerra civil el 29 de julio, con uno de los famosos chistes de sir Bernard Partridge: un guitarrista llamado «Revolución» se presenta ante la reja de una mujer de aspecto triste en una calle sevillana. «¿Tú otra vez?», dice ella. Evidentemente, se suponía que las izquierdas eran quienes habían empezado la guerra. El 12 de agosto, sir Bernard se mostraba menos partidista. Sobre un fondo de ciudades en llamas, dos bandidos se disputan a la damisela España: el comunismo y el fascismo. El primero lleva un pañuelo atado a la cabeza. Y el segundo un sombrero negro. Una nota más aguda y contemporánea fue la que dio Low en su series de dibujos «El baño turco», publicada en el *Evening Standard* el 29 de julio. Bajo el título «Revolución en nuestro baño turco: Blimp se subleva», el coronel Blimp, blanco favorito de los chistes de las izquierdas, aparecía radiando una proclamación desde la sala de baños.

En Francia, la opinión pública todavía estaba más apasionada que en Inglaterra. La mayoría de los escritores franceses destacados adoptaron rápidamente una posición, aun en los casos en que más tarde la cambiaron, por ejemplo, en el de Frangois Mauriac.[746] Al fin y al cabo, España estaba más cerca de Francia que de Inglaterra, y el Partido Comunista en Francia era mucho mayor y más serio. Las heridas de la guerra mundial eran mayores. En Francia, las izquierdas veían a España como el «símbolo de la libertad en peligro» y la «prefiguración de nuestro propio futuro», como decía André Chamson. Las derechas

francesas, que eran más distinguidas intelectualmente, menos constitucionales y más decididas que en cualquier otra de las democracias restantes, consideraban a España como el único país donde se estaba resistiendo al comunismo. *Los Camelots du Roi* pensaban, igual que Philip Toynbee, que alguien se había quitado los guantes, para luchar «contra la revolución». Para la opinión pública, las izquierdas habían tomado la iniciativa.

21

Blum regresa a París. — De los Ríos. — La angustia de Blum. — Mussolini envía Savoias a Franco.— Los enviados de Franco en Bayreuth. — Solazar. — Muenzenberg en acción. — Reacciones del otro lado del Atlántico. — Se estrellan los italianos.

Mientras Edén y Blum celebraban consultas en Londres, el socialista humanista Fernando de los Ríos, el nuevo representante provisional republicano en París, visitaba a Daladier, el ministro de la Guerra francés, a Fierre Cot, el ministro del Aire, y a Jules Moch, subsecretario del gobierno de Blum. Los franceses se comprometieron a proporcionar pilotos que llevaran a España los bombarderos Potez que habían pedido los españoles. «Un miembro del gobierno francés» dijo secretamente al conde Von Welczeck, embajador alemán en París,[747] que Francia se disponía a entregar a la República española armas y bombarderos.[748] Welczeck comunicó la noticia al doctor Hans Heinrich Dieckhoff, ministro de Asuntos Exteriores alemán en funciones, un solemne diplomático de carrera, que pidió a la embajada alemana en Londres que hablara del asunto con Edén.[749] A pesar de esto, Dieckhoff informó al ministerio de la Guerra alemán de que él pensaba que la idea de ayudar a Franco (para entonces ya había llegado la petición que Beigbéder había telegrafiado desde Tetuán) estaba «fuera de lugar».[750] Así pues, el ministerio alemán de Asuntos

Exteriores reaccionó ante la crisis española de una forma similar al británico. El apoyo a cualquiera de los dos contendientes aumentaría el peligro de una guerra general. Para entonces, los enviados de Franco a Hitler no habían pasado de Sevilla, donde estaban detenidos por una avería de su avión.[751]

El 24 de julio por la tarde, Léon Blum y Delbos volvieron a París. En el aeropuerto de Le Bourget les estaba esperando el elegante ministro radical Camille Chautemps. Les explicó que la noticia de la decisión del gobierno de ayudar a la República española había llegado a oídos del publicista de derechas Henri de Kerillis (probablemente a través de Welczeck). Kerillis ya había denunciado el plan en las columnas de *L'Écho de París*. «Nadie puede entender —dijo Chautemps— por qué vamos a arriesgarnos a una guerra para ayudar a España cuando no lo hicimos por el asunto del Rhin.»[752] Se estaba empezando la oposición radical a la idea de ayudar a España. Todavía resonaban en los oídos de Blum estas palabras, y las que le había dicho Edén, cuando, aquella misma noche, vio a De los Ríos, junto con Daladier, Cot, Vincent Auriol (ministro de Hacienda), y Delbos.[753] De los Ríos señaló a Blum que la guerra civil «no podía considerarse estrictamente nacional» debido a la estratégica relación de España con Italia y Marruecos. Blum seguía deseando ayudar a la República. Los contratos para la entrega de los aviones ya estaban preparados. Pero no quería actuar prescindiendo de las advertencias de Edén. De manera que preguntó si no sería posible que fueran pilotos españoles los que llevaran los aviones a España. De los Ríos dijo que la escasez de pilotos lo haría imposible. Además, su gobierno esperaba quedarse con los pilotos franceses a su servicio. En este momento, Daladier recordó un tratado franco-español de 1935. Una cláusula secreta del mismo preveía que España podría comprar material de guerra a

Francia por valor de 20 millones de francos. De los Ríos y Blum convinieron en que el envío de aviones y demás material se podría hacer acogiéndose a esta cláusula. Aquella misma noche, De los Ríos fue despertado por Fierre Cot, un profesor radical de derecho internacional que, gracias a su antifascismo, se estaba inclinando hacia la extrema izquierda, y que le telefoneó pidiéndole que fuera inmediatamente a verle a su casa. Así lo hizo, y Cot le dijo que no había manera de convencer a Delbos de que permitiera que fueran pilotos franceses quienes llevaran los aviones a España. Cot, por lo tanto, había sugerido que los llevaran hasta el sur de Francia, y que, a partir de allí, se ocuparan del transporte los españoles. Esto parecía una buena fórmula de compromiso.

A la mañana siguiente, el 25 de julio. De los Ríos fue a visitar al ministro del Aire francés. Todo parecía favorable para la entrega. Pero, mientras tanto, Castillo, el consejero de la embajada española, se negó a firmar los documentos necesarios. Barroso, el agregado militar, también se negó a firmar el cheque que cubría el precio de los aviones. Acto seguido, ambos dimitieron alegando que no querían participar en la compra de unas armas que iban a ser utilizadas contra su propio pueblo. Informaron a la prensa de cuanto se estaba haciendo.[754] El escándalo fue inmediato. Todos los periódicos franceses de la tarde, especialmente *L'Écho de París*, publicaron narraciones sensacionalistas sobre el «tráfico de armas». Lebran, el presidente, advirtió a Blum que estaba llevando a Francia a la guerra. Herriot, ex jefe de gobierno y presidente de la cámara de diputados, hizo lo mismo: «*Ah, je t'en prie, mon petit, je t'en prie, ne vas pas te fourrer lá-dedans!*»[755] El jefe de gobierno estaba sumamente angustiado. Por la tarde se reunió el gobierno francés. Daladier y Delbos fueron los portavoces de la oposición a la entrega de armas a España, y Cot el portavoz

de la aceptación. Finalmente, el gobierno anunció en un comunicado que rehusaría la petición de armas del gobierno español. Pero no se pondrían impedimentos para la realización de transacciones privadas, siempre que los aviones no fueran armados. Y, en consecuencia, no se enviarían bombarderos. Pero estas normas no se cumplieron. Se prepararon en secreto una serie de aviones militares. Durante el día, llegaron a Le Bourget 140.000 libras en oro, de las reservas de oro español, como garantía de pago. Pierre Cot, el ministro del Aire, organizó todas estas transacciones, y su *chef du cabinet*, Jean Moulin (el futuro héroe de la Resistencia) se encargó de reunir un equipo de especialistas en cuestiones de aviación para ocuparse del envío. El joven ministro de Deportes, Leo Lagrange también colaboró. El Byron de la época, André Malraux, que entonces estaba muy cerca de los comunistas, actuó durante un tiempo como intermediario en nombre del gobierno español,[756] aplicando «la inventiva de un gran novelista a la compra y el contrabando de armas».[757] Malraux había venido a España el 20 de julio; y se había convencido de que el destino de la República dependía de la fuerza aérea.[758] A partir de entonces, la embajada española en París se convirtió en una «verdadera caravana» donde, a todas las horas del día y durante muchas de la noche, iban y venían individuos de todas las nacionalidades, ofreciendo toda clase de armas, municiones y aviones, a todos los precios; con De los Ríos, un tanto incauto, como presidente de la comisión de compra de armas durante unas semanas.[759]

En el ambiente más reservado de Roma, el 25 de julio, Goicoechea, acompañado por Pedro Sáinz Rodríguez, el ideólogo monárquico, llegó para apoyar las peticiones de armas de Bolín. Explicaron satisfactoriamente al conde Ciano la conexión que había entre los conspiradores de 1934 y los rebeldes de 1936.[760] A Mussolini le influyeron los

rumores de la ayuda francesa a la República. Ciano seguía entusiasmado con la idea de ayudar a Franco, y prevaleció su opinión. Italia se dispuso a enviar doce bombarderos Savoia 81 a Marruecos en los próximos días. Una llamada telefónica del ex rey Alfonso, que estaba en Checoslovaquia, con la princesa Metternich, a Mussolini aceleró el envío.[761] Para entonces también había llegado a Roma el archifinanciero Juan March, que estaba consiguiendo créditos para estos primeros envíos italianos y coordinando otras políticas financieras para los rebeldes.[762]

Los motivos de Mussolini para actuar de esta manera eran varios. Le halagaba que le pidieran favores. Aspiraba a dominar el Mediterráneo, y suponía que esta ambición se vería facilitada por el establecimiento de un gobierno de derechas en España. Una «nueva España» de este tipo alejaría a las tropas francesas de la frontera italiana y, en caso de guerra franco-italiana, ayudaría a impedir que llegaran a Francia las tropas francesas del norte de África. La triunfal conquista de Abisinia en abril había dejado a Mussolini ansioso por manifestar su personalidad de algún modo nuevo, y no había encontrado lugar propicio para hacerlo. Los italianos, pensaba, habían de «ser mantenidos en forma con patadas en las espinillas». «Cuando termine la guerra de España —comentaría más tarde— tendré que encontrar otra cosa: el carácter italiano se ha de formar por medio de la lucha.» [763] En 1936, Mussolini tenía moral de triunfo; el 24 de octubre anunciaría: «Al finalizar el año 14 [de la era fascista] enarbolo una gran rama de olivo. Esta rama de olivo viene de un inmenso bosque; es un bosque de ocho millones de bayonetas bien afiladas».[764] La razón pública para la intervención italiana en España fue que Italia «no estaba dispuesta a contemplar cómo se establecía en España un Estado comunista». Ésta fue también la razón que dio Mussolini en privado a su esposa Rachele.[765] Aunque,

antes de julio de 1936, su propaganda se había dirigido más contra las democracias «decadentes» que contra el comunismo, le parecía que un gobierno español de izquierdas, aunque fuera moderado, sería hostil a sus designios. Sin embargo, entonces todavía habría sido posible que, internacionalmente, el Duce se hubiera aproximado más a los burgueses, objeto de su especial desprecio, que a Alemania. Sus relaciones con Hitler todavía eran poco definidas y exploratorias. En este aspecto, así como en sus ataques contra el comunismo, la crisis española le obligó a efectuar un cambio. La guerra española convertiría en aliados a Hitler y Mussolini. Más tarde, Ciano diría a Cantalupo, su primer embajador en la España nacionalista, que el Duce «había accedido de muy mala gana a prestar apoyo militar a Franco».[766] El rey Víctor Manuel siempre se opuso a la idea de la ayuda, pero era impotente para hacerlo.[767]

La diplomacia de Ciano, que representó un papel importante en los acontecimientos subsiguientes, era violentamente antibritánica, sin la fascinación mezclada con el odio que sentían hacia Inglaterra Ribbentrop e incluso Mussolini. En cierta ocasión en que tres falangistas le explicaban, más adelante, cómo todas las desgracias de España, desde el reinado de Felipe II, habían sido causadas por Inglaterra, Ciano les animó a seguir «por aquel camino tan prudente», previniéndoles contra «la peligrosa anglomanía de ciertos diplomáticos de la vieja escuela».[768] Su tarea durante la guerra española fue facilitada gracias al deseo del gobierno inglés de concluir una alianza con Italia. Esto aumentó el desprecio de Ciano por Inglaterra, aunque se llevaba bien con lord Perth, converso al catolicismo y ex secretario general de la Sociedad de Naciones que era el embajador en Roma y que cumplía con un celo excesivo las instrucciones de su gobierno para que se mostrara ante

Ciano como «un hombre que ha llegado a comprender, e incluso vivir el fascismo».[769]

También el 25 de julio, llegaron a Berlín los emisarios enviados por Franco a Hitler, el capitán Arranz, Bernhardt y Langenheim. Se habían encontrado con los enviados de Mola a Mussolini en el aeropuerto de Marsella. La carta de Franco fue entregada a Hitler a través del departamento extranjero del partido nazi. En el ministerio de Asuntos Exteriores, tanto Neurath, el ministro, como Dieckhoff, el ministro en funciones, repetían para su satisfacción propia que las entregas de armas para ayudar a la España nacionalista eran imposibles, porque llegarían a ser conocidas, y porque «entrañarían graves consecuencias para la colonia alemana en España».[770] Sin embargo, tanto el partido nazi como el almirante Canaris (esto es, el servicio secreto) tenían otras ideas. Canaris recomendó a Franco a sus superiores como «hombre probado» que «merecía plena confianza y apoyo», al que había conocido en alguna de sus visitas a España.[771],

Goering, jefe de la Luftwaffe y del plan quinquenal alemán, relató lo que ocurrió a continuación en su juicio de Nuremberg, en 1946: «Cuando estalló la guerra civil en España —testificó el mariscal del Reich— Franco envió una llamada de auxilio a Alemania y pidió apoyo, sobre todo aéreo. Franco estaba detenido con sus tropas en África y [...] no podía transportarlas, porque la flota estaba en manos de los comunistas [...]; el factor decisivo era, en primer lugar, transportar sus tropas a España [...]; el Führer meditó sobre la cuestión. Yo le insté a que diera su apoyo en cualquier caso: en primer lugar, para impedir una mayor extensión del comunismo; en segundo lugar, para poner a prueba a mi joven Luftwaffe en algunos aspectos técnicos».[772] Y en realidad, España proporcionó a la Luftwaffe sus primeras acciones de guerra.

Hitler accedió el 25 de julio a entrevistarse con

Langenheim y Bernhardt aquella misma tarde, en Bayreuth, en la villa Wahnfreid, después de una representación de Sigfrido.[773] En su carta a Hitler, Franco sólo pedía diez cañones antiaéreos, cinco cazas y algún otro material. Después de la ópera, Hitler preguntó quién era Franco, que representaba, cómo podría hacer atravesar el estrecho de Gibraltar al ejército de África, y cómo pagaría a sus hombres, y a Alemania, si Hitler accedía a ayudarle. La conversación duró hasta las dos de la madrugada del 26 de julio. Hitler, que al principio sólo estaba acompañado por el jefe de la sección legal del departamento extranjero del partido nazi, el AO, Dr. Kraneck, terminó por acceder a ayudar a Franco para «evitar que el estrecho de Gibraltar cayera en manos de los comunistas». El 26 de julio, o el día siguiente, decidió enviar a Franco aviones de transporte, cosa que Franco no había pedido específicamente (aunque Beigbéder sí lo había hecho). Además impuso condiciones: la ayuda alemana iría a Franco únicamente, para evitar conflictos entre los diferentes generales; y su asistencia sería sólo defensiva, no ofensiva.[774] Más tarde, en esta conversación, llegaron Goering, el ministro de la Guerra, general von Blomberg, y un antiguo oficial de la marina.

Hitler explicó posteriormente que había ayudado a Franco para «distraer la atención de las potencias occidentales hacia España, para que Alemania pudiera continuar su rearme sin ser observada».[775] Pero, en 1941, Hitler dijo: «De no haber sido por la amenaza de que el peligro rojo arrollara a Europa, yo no habría intervenido en la revolución española. La Iglesia habría quedado destruida», añadía, no sin fruición.[776] El 27 de julio, dio este mismo motivo para la intervención a Ribbentrop.[777] El Führer pensaba además que un triunfo nacionalista en España establecería una potencia fascista «atravesada entre las comunicaciones marítimas de Inglaterra y Francia», lo cual

añadía una razón estratégica para la intervención.[778] En 1937, el Führer dio todavía otra explicación: Alemania, que importaba las tres cuartas partes de sus minerales, necesitaba el mineral de hierro español, y otros minerales, y un gobierno nacionalista mantendría o aumentaría las ventas a Alemania, mientras que un gobierno izquierdista tal vez no. Al parecer, Bernhardt no insistió en este último punto, aunque debía de estar implícito, ya que España llevaba muchos años exportando hierro a Alemania, y los alemanes estaban enterados de las posibilidades de Marruecos en este terreno desde 1900. Canaris, que probablemente fue consultado muy pronto, recordando su experiencia de la primera guerra mundial, sin duda creía que los submarinos alemanes, en caso de guerra, no podrían repostar si las bases españolas no estaban en manos amigas. Hitler, igual que Mussolini, también se sintió halagado cuando Franco le solicitó su ayuda, y ser tratado por otro país, por tanto, como si fuera indispensable, por primera vez desde su ascenso al poder, tres años antes. El papel representado por Bernhardt y, en menor medida, por Langenheim, muestra que la política que se adoptó fue la del partido nazi, no la del ministerio de Asuntos Exteriores. Éste fue el esquema de las primeras decisiones nazis: escepticismo entre los diplomáticos de carrera, compartido por el ejército; acción independiente apoyada por los alemanes en el país de que se tratara; decisiones rápidas de Hitler, que, al conducir a los primeros éxitos, hacían parecer absurda la prudencia de los diplomáticos y los generales.[779]

Después de la reunión de Bayreuth, el secretario de Estado del ministerio del Aire, Erhard Milch, creó un departamento en el interior del ministerio del Aire alemán, la unidad especial (*Sonderstab*) «W», bajo la dirección del general Wilberg, encargada del reclutamiento de «voluntarios» y del envío de material de guerra.[780] Además

se crearon dos compañías subsidiarias, a través de las cuales se enviaría material de Alemania a España, y que se encargarían de recibir todo el dinero en efectivo o las materias primas que España enviara a cambio. Estas compañías eran HISMA (Compañía Hispano-Marroquí de Transportes), que estaba enteramente bajo la dirección de Bernhardt, con el respaldo de Franco, y ROWAK (Rohstoffe-und-Waren-Ein-kaufsgesellschaft).[781] Si un comerciante alemán deseaba vender algo a España, primero tenía que venderlo a ROWAK; HISMA se encargaba de situarlo en el mercado de la España rebelde. Se organizó una flota mercante, y se ordenó a la marina de guerra que le proporcionase la debida protección. No tardaron en enviar a Marruecos veinte Junker 52 (el sólido avión de transporte o bombardero de la Luftwaffe) y seis Heinkel 51 (un caza menos seguro), con 86 hombres, en su mayoría reservistas de la Luftwaffe: los primeros Junker llegaron el 29 de julio. Algunos motores de éstos fueron renovados especialmente para que pudieran llegar a España, aunque sólo la mitad se transportó por avión, mientras que la otra mitad llegó por mar.[782] Al mismo tiempo, se organizó un «grupo turístico» (*Reisegesellschaftsunion*) para enviar alemanes a España bajo la dirección del comandante Alexander von Scheele, un veterano de la primera guerra mundial que había emigrado al Chaco y había regresado hacía poco tiempo. Los hombres salieron de Hamburgo para Cádiz el 29 de julio con los Heinkel y la mitad de los Junker en el *Usamoro*. Milch fue a despedirlos personalmente. Llegaron el 1 de agosto.[783] Después vinieron algunos ingenieros, otros técnicos y algunos cazas más.[784]

Posteriormente, Scheele se convirtió en el jefe militar de la HISMA; Bernhardt, en el director general en Sevilla; y el coronel Von Thoma, en el jefe de las fuerzas de tierra y los tanques, que empezaron a llegar al cabo de un mes. Von

Thoma y sus oficiales vinieron en parte para entrenar a los españoles, y en parte para adquirir ellos experiencia de combate. Encontró —dice él— a los españoles rápidos para aprender, y rápidos para olvidar[785]

En adelante, durante más de dos años, cada semana saldrían de Alemania para España cuatro aviones de transporte. Y zarparían barcos de transporte a un ritmo medio de uno cada cinco días.[786] Bernhardt regresó a España en el primer Junker el 28 de julio. El jefe nacionalista de las fuerzas aéreas, general Kindelán, le dijo: «Usted no es más que un comediante que intenta sacar dinero de todo esto». Bernhardt trató de convencerle y le dijo que hablara a Franco de sus sospechas. Los Junker entraron inmediatamente en acción para ayudar a la aviación. Al día siguiente, una vez llegados los restantes aviones, Bernhardt tuvo que comunicar a Queipo de Llano y a Mola que la ayuda alemana sería sólo para Franco. Queipo recibió la información riendo, mientras que Mola torció el gesto; sabía lo que significaba para él aquella noticia.[787]

Todas estas disposiciones se tomaron antes de que transcurriera una semana desde la petición enviada por Franco a Hitler por medio de los dos nazis marroquíes. El ministerio de Asuntos Exteriores alemán fue cogido por sorpresa. El 28 de julio, Dumont, en el departamento español en Berlín, afirmaba una vez más que el ministerio era contrario a la intervención.[788] También eran de esta opinión el ministro de la Guerra, mariscal von Blomberg, y el general von Fritsch, jefe del Estado Mayor. Pensaban que la «Operación Fuego Fatuo» (*Unternehmen Feuerzauber*), como se llamaba oficialmente a la aventura española, era un despilfarro desde el punto de vista militar. Ribbentrop, consejero especial de Hitler para política extranjera, compartía estas dudas.[789] Por lo tanto, ni el ministerio alemán de Asuntos Exteriores ni el de Economía tuvieron

noticias de la existencia de HISMA y ROWAK hasta mediados de octubre; aunque el ministerio de Hacienda lo supo desde el principio, porque tuvo que conceder a ROWAK un crédito de 3.000.000 de marcos.[790] A pesar de todo, el ministerio de Asuntos Exteriores se sometió sin protestar a las decisiones tomadas en contra de su parecer.[791] Cuando el gobierno español se quejó ante la embajada alemana en Madrid de que se habían visto alemanes al Tetuán, en la copia de la protesta que llegó al ministerio de Asuntos Exteriores se escribió la lacónica nota «no contestar».[792] Todo se hizo en secreto. El as de la aviación alemana Adolf Galland describió cómo «uno u otro de nuestros camaradas [de la Luftwaffe] desaparecía repentinamente en el aire [...]. Al cabo de seis meses volvía, tostado por el sol y muy animado».[793]

Casi todos los alemanes que llegaron a España, especialmente los pilotos, eran jóvenes nazis que creían que, de acuerdo con la letra de sus canciones: «Marcharemos adelante, aunque todo se derrumbe a nuestro alrededor: Nuestros enemigos son los rojos, los bolchevizadores del mundo».[794] Al parecer, la mayoría eran auténticos voluntarios.

Gran parte de la ayuda alemana llegó a través de Portugal. El papel que tuvo este país en la guerra española fue muy sencillo. Aunque menos clericales que el régimen corporativo portugués, los nacionalistas españoles defendían casi las mismas cosas que el «gracioso Salazar», como llamaría al dictador de Lisboa el poeta sudafricano Roy Campbell.[795] El gobierno portugués temía una invasión si ganaban las izquierdas.[796] No le tentaba la idea, a primera vista atractiva, de fomentar la desintegración de España en pequeños califatos.[797] La ayuda militar que Salazar podía proporcionar a los nacionalistas era poca. Pero les ofreció otras cosas igualmente valiosas: un lugar donde conspirar,

un refugio y un medio de comunicación entre sus dos zonas al principio de la guerra. A Nicolás Franco, el hermano mayor del general, se le permitió que estableciera en Lisboa su cuartel general para la compra de armas. El embajador republicano en aquella capital, el eminente historiador y ex ministro de Asuntos Exteriores Claudio Sánchez Albornoz, abandonado por sus subordinados, no tardó en convertirse en un preso en su propia embajada. Salazar comentó el 1 de agosto que se proponía ayudar a los rebeldes «con todos los medios posibles»; incluida la intervención del ejército portugués, si fuera necesario.[798] Por consiguiente, a menudo, los republicanos españoles que huyeron a territorio portugués fueron entregados a los nacionalistas; como sucedió, por ejemplo, con Andrés de Castro, un abogado republicano que, junto con veinticuatro fugitivos de Vigo, fue fusilado en el puente internacional de Tuy.[799] La prensa portuguesa ayudó a los nacionalistas desde el principio. El 20 de agosto, el encargado de negocios alemán en Lisboa informó de que el material de guerra enviado por Alemania en los barcos *Wigbert* y *Kamerun* había salido para España sin ninguna dificultad. Salazar, según decía, había eliminado «todas las dificultades [...], por iniciativa personal, y ocupándose de todos los detalles».[800]

El mismo día en que Hitler accedió a ayudar a Franco, Gastón Monmousseau, dirigente de los ferroviarios comunistas franceses y jefe de la sección europea de la organización sindical comunista, el Profintern, presidió, al parecer, una reunión conjunta de los comités ejecutivos de ese organismo y del Komintern.[801] Se decidió que habría que habilitar un fondo de 1.000 millones de francos para ayudar al gobierno español, de los cuales, las nueve décimas partes serían aportadas por los sindicatos de Rusia. La administración del fondo correría a cargo de un comité formado por Thorez, jefe del Partido Comunista francés,

Togliatti, «la Pasionaria», Largo Caballero y José Díaz.[802] Además, se organizaría una intensa campaña de propaganda en toda Europa y América encaminada a conseguir ayuda para la República. Con este fin se crearon gran número de organizaciones, teóricamente humanitarias e independientes, pero en realidad dominadas por los comunistas. París y Willi Muenzenberg, constituyeron el centro de esta actividad. El más importante de estos grupos fue el Socorro Rojo Internacional, que estaba ayudando a los revolucionarios españoles de izquierdas desde 1934. El 30 de julio, se celebró un enorme mitin en la *Salle Wagram* de París, en el que Malraux, de regreso de España, fue la estrella, con una serie de discursos en los que se pidieron «voluntarios y contribuciones para ayudar a España en su lucha por la libertad», interrumpidos de vez en cuando por *La Marsellesa, La Carmagnole y La Jeune Garde*. Después se formó el *Comité International de l'Aide au Peuple Espagnol*, cuyo presidente fue Víctor Basch.[803] Éste no tardó en tener ramificaciones en casi todos los países. De momento, estas organizaciones sólo se ocuparon de proporcionar dinero, alimentos y medicinas, pero no ayuda militar. Los presidentes nominales de los comités solían ser personas destacadas y no sospechosas, pero los secretarios eran comunistas. Sin embargo, Rusia aún no había enviado ayuda militar. Cuando los comunistas españoles se quejaron, Togliatti contestó ásperamente: «Rusia considera su seguridad como las niñas de sus ojos. Un paso en falso por su parte podría desequilibrar la balanza del poder y desencadenar una guerra en el Este de Europa».[804] Al mismo tiempo, la (no comunista) *International Federation of Trade Unions* y la *Labour Socialist International* se reunieron también, en Bruselas, el 28 de julio, y también decidieron recoger fondos para España, aunque su llamamiento tuvo un éxito limitado, pues en septiembre sólo habían reunido

45.000 libras.[805]

No tardaron en observarse las primeras reacciones ante la guerra española al otro lado del Atlántico.[806] Chile, México, Argentina, Uruguay, Paraguay y Cuba habían recibido recientemente muchos emigrantes de España, y todos los países latinoamericanos se sintieron afectados por los acontecimientos de España. Había surgido un fuerte sentimiento a favor de los nacionalistas en Brasil y a la provincia canadiense de Quebec, donde, al igual que en España, existían organizaciones fascistas en los ambientes católicos. El gobierno de Chile era intensamente pro-nacionalista. El gobierno mexicano apoyó a la República española desde el principio, como era de esperar en un país cuya constitución había nacido de una sublevación contra los privilegios clericales y aristocráticos. En Venezuela, el partido reformista ilegal de Rómulo Betancourt, Acción Democrática, dio cuerpo a la idea de apoyar a la República española, mientras que la izquierda cubana se sintió tan conmovida por el drama de España como por cualquier otro acontecimiento ocurrido después de su revolución de 1933: los españoles eran sumamente importantes en la vida comercial de La Habana.

Los Estados Unidos se estaban preparando para juzgar las realizaciones del primer período presidencial de Roosevelt en las elecciones de 1936. Entonces, los asuntos internacionales quedaban muy lejos para la mayoría de los americanos. La política de los partidos republicano y demócrata era de neutralidad en todas las «aventuras» de Europa. Durante la crisis de Abisinia, en mayo de 1935, en el Congreso se había aprobado una ley de neutralidad que convertía en ilegal para los ciudadanos americanos el vender o transportar armas a un país en que el presidente hubiera proclamado el estado de guerra. Aunque esta ley no se había

aprobado para aplicarla a guerras civiles, el gobierno americano actuó desde el principio del conflicto español como si también fuera de aplicación en estos casos, aunque el presidente Roosevelt simpatizaba con la República; punto de vista compartido con mucha más energía por el embajador norteamericano en España, Claude Bowers, de profesión periodista y biógrafo (de Jefferson). La señora Eleanor Roosevelt, Henry Morgenthau, secretario del Tesoro, Henry Wallace, secretario de Agricultura, Harold Ickes, secretario del Interior, y Summer Welles, subsecretario de Estado, eran también defensores de la República. Pero el secretario de Estado, Cordell Hull, sólo tenía simpatía por la causa de la imparcialidad, y generalmente se salía con la suya. En cambio, algunas compañías como la Texas Oil Company tuvieron carta blanca para ayudar a Franco, como veremos dentro de poco. [807]

La opinión pública norteamericana, sin embargo, se apasionó tanto por la guerra española casi como en Europa. De la oficina de información del gobierno español en Nueva York y de la *Peninsular News Service*, la agencia nacionalista de la misma ciudad, surgieron dos torrentes de propaganda. Los periódicos norteamericanos tomaron partido en la guerra con la misma vehemencia, por lo menos, que los ingleses y franceses. Los católicos americanos atacaban a los periodistas que simpatizaban con los republicanos, mientras los liberales criticaban a los que escribían haciendo la apología de los nacionalistas. En el *New York Times*, esta discrepancia de opiniones se extendió a dos de sus periodistas: W.P. Carney, que escribía desde las líneas nacionalistas, y Herbert Matthews, que lo hacía desde las republicanas.[808] Los intelectuales socialistas y liberales norteamericanos abrazaron la causa de la España republicana con un fervor que nunca habían sentido por

ninguna otra causa extranjera, y las organizaciones de auxilio antifascistas (pro-soviéticas) que ya existían vieron acrecentada su fuerza.[809]

El 29 de julio, mientras tanto, de los doce bombarderos Savoia 81 que constituían el primer envío de Mussolini, y que habían despegado desde Elmas (Cagliari) bajo el mando del coronel Ruggero Bonomi, para ayudar a los nacionalistas, uno tuvo que realizar un aterrizaje forzoso en Berkane, en el Marruecos francés; otro se estrelló en Zaida, en Argelia; y un tercero cayó al mar a treinta millas de la costa. Una investigación dirigida por el general Denain, antiguo ministro del Aire francés, demostró que los aviones llevaban borrada la bandera italiana, iban provistos de cuatro ametralladoras, habían salido de Cerdeña al amanecer, y los llevaban pilotos de las fuerzas aéreas italianas vestidos de paisano. Un superviviente reconoció que la expedición tenía por objeto ayudar a los rebeldes españoles.[810] Para entonces, los demás Savoia estaban en el cuartel general de Franco, a las órdenes de Ruggero Bonomi, que contaba entre sus hombres con un amigo especial de Mussolini, el piloto Ettore Muti.

Unas horas antes, el mismo 29 de julio, el Quai d'Orsay había negado que el gobierno francés hubiera enviado material de guerra a la República española, y el día 30 Blum y Delbos repitieron la negativa ante el comité de asuntos exteriores del Senado. El 2 de agosto, hubo una tormentosa reunión del gobierno francés. Cot arguyó que la prueba de la ayuda italiana a los rebeldes demostraba que la política de no intervención había fracasado. Delbos, incitado por Léger y «teniendo en cuenta la postura británica», propuso que se establecieran contactos con todos los países que podían ayudar a uno u otro bando de los combatientes en España para llegar a un acuerdo general de no intervención. El gobierno anunció que había decidido dirigirse urgentemente

a los «gobiernos interesados» —Inglaterra e Italia en primer lugar— para proponerles un «pacto de no intervención». Esto fue muy bien acogido por los ingleses, que se tomaron como propia la tarea de garantizar su éxito.[811] Sin embargo, a pesar de estas negativas, y quizá sin que lo supieran algunos miembros del gobierno francés, Fierre Cot, Jean Moulin, Malraux y sus amigos se apresuraron a enviar ya a España algunos de los aviones militares más nuevos: bombarderos Marcel Bloch (Dassault) construidos en 1935, bombarderos Potez 54 que acababan de entrar en servicio, y cazas, Dewoitine 371. Estos aviones llegaran a aeródromos del sur de Francia, tales como Montaudran (Toulouse) o Ubariére (Perpiñán), y de allí los llevaron a España pilotos españoles o pilotos reservistas franceses.[812] Fueron recibidos en el Prat de Llobregat, Barcelona, por Abel Cuides, un piloto francés nombrado por Cot para el puesto. En conjunto, el 8 de agosto habían sido enviados unos setenta aviones, cuarenta o cincuenta de los cuales venían del gobierno, y veinte o treinta a través de traficantes de armas privados o empresarios, como Malraux.[813] El primer avión probablemente salió el 31 de julio. Al final, no había sido tan fácil convencer a los directores de las fábricas Breguet y Potez para que ayudaran a los españoles, y sólo habían enviado material con entusiasmo los directores de las fábricas de Dewoitine y de ametralladoras Hotchkiss.[814] De todos modos, el valor de esta ayuda era muy discutible, porque los Potez, aunque podían transportar 1.000 kilos de bombas, eran lentos: sólo podían ir a 1.600 kilómetros por hora y sólo podían funcionar con una tripulación de siete personas; de ahí que se los apodara «ataúdes colectivos voladores».[815] Los Dewoitine (que iban a 2.800 kilómetros por hora) eran más rápidos que los Nieuport, pero llegaban sin armas y no era fácil prepararlos, para la guerra. Luego vino el reclutamiento de técnicos y pilotos franceses. Se

contrataron obreros especializados, por ejemplo, en Francia, para los trabajos de reparación de los astilleros navales de Cartagena y Valencia. El político radical francés senador Boussutrot organizó el reclutamiento de pilotos (algunos de los cuales cobrarían la enorme cantidad de 50.000 pesetas al mes). Las vidas de estos hombres quedaban aseguradas por 500.000 pesetas en la compañía de seguros de la que precisamente era director Boussutrot.[816] Al mismo tiempo, los cuatro aviones Fokker comprados por Franco en Inglaterra y retenidos en Burdeos volvieron al lugar de procedencia; y pronto el imaginativo André Malraux obtuvo autorización para formar y dirigir una escuadrilla aérea de extranjeros. Reunió unos veinte aviones, en su mayoría bombarderos Potez 54, pero también el que antes había sido el avión privado del emperador Haile Selassie, de Abisinia, unos cuantos mecánicos, un intérprete, un encargado de transportes y una docena de pilotos. Algunos de éstos eran idealistas, como el comisario comunista Julien Segnaire, mientras que otros eran simples mercenarios. La mayoría eran franceses, pero había unos cuantos italianos, y más tarde se sumaron algunos americanos, alemanes y un inglés. La «Escuadrilla España», cómo la llamó Malraux, primero tuvo su base en Barcelona, luego se trasladó a Barajas, a las afueras de Madrid, y en agosto actuó en el frente de Extremadura; los pilotos vivían en Madrid,[817]

En las columnas revolucionarias de tierra también había, ya en agosto, muchos extranjeros, particularmente emigrados alemanes e italianos, comunistas y socialistas, que habían ido a Barcelona para la Olimpíada Popular. En Barcelona se habían instalado hacía muchos años anarquistas italianos, y algunos de ellos lucharon en el combate que hubo allí por la posesión del edificio de la Telefónica. Un anarquista austriaco murió en la batalla del cuartel de Atarazanas, y quizá participaron doscientos

extranjeros en las luchas de julio en Cataluña. Los italianos no tardaron en formar el Batallón Gastone Sozzi,[818] y los alemanes, a las órdenes de Hans Beimler, ex diputado comunista del Reichstag, se agruparon en la centuria Thaelmann.[819] Una serie de franceses y belgas formaron el Batallón París. Estos hombres (y algunas mujeres) nó pertenecían a ningún grupo político en particular, aunque predominaban los comunistas. A fines de agosto, otro grupo italiano, la Columna *Giustizia e Libertá*, luchó cerca de Huesca, dirigida por el líder del grupo de socialdemócratas italianos de ese nombre, Cario Rosselli, que había actuado entre los exiliados italianos en París desde su fuga de una cárcel fascista. Los primeros voluntarios ingleses en España fueron Sam Masters y Nat Cohen, dos sastres comunistas del este de Londres que estaban recorriendo Francia en bicicleta en el momento del alzamiento. En Barcelona, organizaron una centuria a la que dieron el nombre del comunista inglés Tom Mann. Al parecer, el primer inglés que fue al frente fue John Cornford, comunista de 21 años, estudiante de historia en el Trinity College, Cambridge, biznieto de Charles Darwin e hijo de un profesor de filosofía antigua.[820] Cosa sorprendente, a pesar de ser comunista, se incorporó a una columna del POUM en el frente de Aragón, en Leciñena, el 13 de agosto. Esto se debió a que no había traído consigo documentos que probaran su «identidad antifascista», y por ello no lo admitieron en la columna del PSUC.[821] El primer voluntario inglés que cayó en combate fue una mujer, Felicia Browne, una pintora comunista, muerta en Aragón el 25 de agosto. Antes vivía en la Costa Brava y había combatido en las luchas callejeras de Barcelona, adonde había ido para asistir a la Olimpíada Popular. En conjunto, estos primeros «voluntarios de la libertad» probablemente fueron unos 1.000 ó 1.500 en Aragón y Cataluña.[822]

Entretanto, en la extraña partida de ajedrez

internacional que constituyó el fondo diplomático de la guerra civil, se estaban realizando nuevas jugadas. Llegó a París Philip Nóel-Baker, portavoz del Partido Laborista inglés para asuntos extranjeros. Blum pensaba que una España nacionalista sería una amenaza para Inglaterra tanto como para Francia. Noel-Baker sugirió que el gobierno francés comunicara esto al británico. De manera que Blum envió al almirante Darían, jefe del Estado Mayor naval francés, para realizar una gestión oficiosa ante el gobierno de Baldwin,[823] que, en realidad, carecía de una información adecuada. Porque la embajada británica en Madrid creía que la capital iba a caer sólo en cuestión de días; y por ello el gobierno no iba a prestar mucha atención a la situación de los ciudadanos extranjeros. El cónsul en Barcelona, Norman King, pronosticaba un hundimiento económico, mientras que el embajador, en San Juan de Luz, escribía que la lucha era un combate de «los rebeldes contra la chusma». «La situación está empezando a parecerse a la de la revolución francesa, salvo en que el fusil y el revólver han sustituido a la guillotina. Se necesita con toda urgencia un Pimpinela Escarlata…»,[824] añadía. Mientras tanto diariamente se enviaban llamadas de auxilio desde la España republicana, y especialmente desde Cataluña: «¡Trabajadores y antifascistas de todo el mundo! Nosotros, los trabajadores de España, somos pobres pero estamos persiguiendo un noble ideal. Nuestra lucha es vuestra lucha. Nuestra victoria es la victoria de la Libertad. Somos la vanguardia del proletariado internacional en la lucha contra el fascismo. ¡Hombres y mujeres de todos los pueblos! ¡Ayudadnos! ¡Armas para España!»[825]

Sin embargo, el gobierno de Madrid también estaba demostrando que no permitiría que ningún sentimiento se interpusiera en su búsqueda de armas. El 2 de agosto, Barcia, ministro republicano de Asuntos Exteriores, preguntó a un

comerciante alemán, herr Sturm, de la Asociación Independiente de Aviones de Berlín, si Alemania podía venderles cazas y bombarderos ligeros, con bombas de 50 o 100 kilos. El pago se efectuaría en la moneda que ellos quisieran, o incluso en oro.[826] Esta petición sin duda explica la constante cortesía que, en aquellos momentos, mostraba el gobierno republicano ante Alemania (la censura prohibió incluso el uso despectivo de la svástica en los chistes), aunque debía de saber que los alemanes habían enviado material de guerra a sus enemigos[827] El funcionario alemán que recibió la petición, Schwendemann, inició una serie de trámites dilatorios, pero no la rechazó directamente. Entretanto, el 2 de agosto llegó a Marruecos procedente de Italia un barco cargado de recambios para los aviones y también de lubricante para los motores;[828] y, el 4 de agosto, el almirante Canaris llegó a Roma, en visita secreta, para coordinar la ayuda alemana e italiana a Franco. Sostuvo una larga conversación con su colega en el servicio secreto italiano, el coronel Mario Roatta. Esta conversación señaló el verdadero principio de la colaboración militar que conduciría al futuro Eje.[829] Italia accedió a proporcionar gasolina a los aviones alemanes y a darles permiso para hacer escalas en su viaje entre Alemania y España.[830]

Habría que señalar otro aspecto de la internacionalización de la guerra civil española. Los años treinta fueron la gran época del corresponsal extranjero. Desde finales de julio de 1936, y durante dos años y medio, los nombres más famosos del periodismo se encontrarían al sur de los Pirineos. Las agencias de noticias contrataban a distinguidos escritores para que las representaran en la guerra española. Algunos periodistas escribieron sobre España muchas cosas inexactas, y también redactaron brillantes reportajes. Pero muchos otros escribieron, además, artículos que, más que ser comentarios, eran panfletos

destinados a ayudar a uno u otro bando. Esto ocurrió con especial frecuencia en el lado republicano, pues al departamento de prensa nacionalista le resultaba mucho más difícil excitar el entusiasmo de los corresponsales anglosajones. En el bando republicano, los periodistas iban al frente, ayudaban a enseñar a los españoles a usar las ametralladoras, y organizaban el suministro de armas. Un corresponsal de *The Times* fue el primero en señalar al Comité de Milicias Antifascistas que no podrían ganar la guerra si no encontraban un medio para resolver el problema del hambre en Barcelona.

La guerra civil no fue causada específicamente por ninguna acción internacional, aunque es posible que no hubiera existido si las izquierdas no hubieran estado abrumadas por el temor al fascismo, y las derechas por el miedo al comunismo. Ninguna potencia extranjera tomó la iniciativa de ayudar a ninguno de los bandos. Pero las que se vieron empujadas a la intervención, de una u otra forma, después no supieron cómo zafarse. Igual que Napoleón, se hundieron en las arenas movedizas de la política española. Así pues, el derrumbamiento final del orden europeo empezó en España en julio de 1936.

22

El avance del ejército de África. — Badajoz. — El valle del Tajo. — La caída de Guipúzcoa, — Varela en Andalucía. — Miaja en Córdoba. — Bayo en Mallorca. — Pinilla en Gijón. — Aranda en Oviedo. — El Alcázar. — Ataques aéreos.

Pronto, se emprendieran dos campañas que alteraron el mapa político de España: el avance del ejército de África, bajo el mando de Franco, desde Sevilla hacia el norte; y el del ejército del norte, bajo el mando de Mola, contra la provincia vasca de Guipúzcoa.

Los alemanes proporcionaron aviones de transporte, bajo el mando del capitán Von Morau, que transportaron a Sevilla 1.500 hombres del ejército de África entre el 29 de julio y el 5 de agosto. A partir de esta fecha, se transportaron 500 hombres diariamente. Éste fue el primer «puente aéreo» de tropas de la historia.[831] Hitler comentaría más tarde que «Franco tendría que erigir un monumento en honor de les Junker 52. La revolución española tiene que agradecer su victoria a estos aviones».[832] Además, el 5 de agosto, «el día de la Virgen de África», un convoy de buques mercantes transportó de Marruecos a España a unos 3.000 hombres con material, protegidos por cinco bombarderos italianos Savoia 81 y por algunos otros aviones y barcos.[833] La flota republicana, mucho más poderosa que todo cuanto los rebeldes podían reunir, pero mal dirigida, se retiró a los

puertos de Cartagena y Málaga. Además, probablemente los marineros republicanos se atemorizaron ante la presencia en la zona de dos de los tres acorazados que tenía Alemania: el *Deutschland* y el *Almirante Scheer*. Estas victorias del transporte significaron que se consiguió reunir una fuerte columna en Sevilla, dispuesta a marchar hacia el norte, para impedir todo contacto de los republicanos con la frontera portuguesa. Este ejército «de África» como muy pronto fue llamado, estaba dirigido por Franco, que llegó en avión a Sevilla el 6 de agosto, dejando a Orgaz al mando de Marruecos. En las operaciones, la columna iba dirigida por Yagüe y, a sus órdenes, por los coroneles Asensio, Delgado Serrano, Barrón y Tella, y por el comandante Castejón, todos ellos veteranos de la guerra de Marruecos. Cada uno de estos oficiales mandaba una bandera de la legión y un tabor[834] de regulares, con una o dos baterías. Toda esta fuerza (que se componía de unos 8.000 hombres, casi todos transportados por aire a través del estrecho) se desplazaba en destacamentos de unos cien hombres, en camiones requisados en Sevilla por Queipo de Llano, que marchaban a toda velocidad por el centro de la carretera. Ocho Savoia 81 italianos y nueve Junker 52 alemanes, pilotados por italianos y alemanes, respectivamente, daban a los nacionalistas el dominio local efectivo del aire, mientras que los voluntarios del aeroclub de Sevilla se encargaban de misiones de reconocimiento y enlace. (Dos pilotos del aeroclub consiguieron que abandonara su posición un grupo de milicianos bombardeándolos con melones.)[835] Antes de entrar en una ciudad, se detenían los camiones, y la artillería y la aviación la bombardeaban durante media hora. A continuación, avanzaban los legionarios y los marroquíes. Si encontraban resistencia, se efectuaba un asalto en regla. Los milicianos podían luchar valerosamente mientras les duraban las municiones, y luego cundía el pánico, sin una

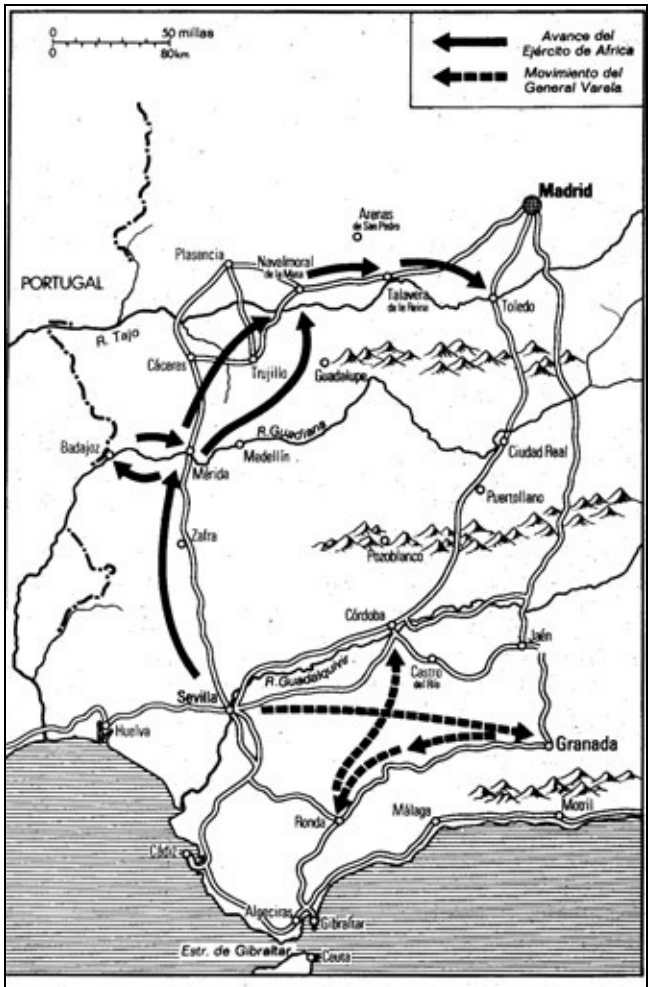
disciplina que evitara la fuga desordenada: nadie les decía que se dispersaran para defender un pueblo. Después se encontraban los cadáveres cuando las atrocidades revolucionarias y, en represalia, se perseguía y fusilaba a los dirigentes de partidos de izquierdas que quedaban en el pueblo. Todo el que llevara un arma o tuviera en su hombro la señal de la culata de un fusil se exponía a que lo fusilaran. No se hacían prisioneros. La brutalidad de la legión y los marroquíes fue inesperada. Los «moros» siempre habían sido los malos en los cuentos españoles: ahora se convirtieron en un foco de terror para todo el sur de España. La prensa portuguesa informó de que habían matado a 1.000 personas incluso en una población tan pequeña como Almendralejo.[836] Un vasto ejército de refugiados huía del ejército de Yagüe hacia el norte. En todas partes, la matanza de «rojos» iba acompañada de la reapertura de las iglesias y la celebración de misas y bautizos de los niños nacidos el mes anterior. De esta manera, Yagüe llegó a Mérida, la ciudad de los magníficos monumentos romanos, el 10 de agosto, tras haber avanzado 300 kilómetros al menos de una semana. Éste fue el tipo de marcha aventurada en la que se reveló Yagüe, que era un *condottiere* por naturaleza. Ardiente, muy popular con sus hombres, no se parecía en nada al tipo de general moderno y frío, al estilo alemán, que admiraba Franco. A seis kilómetros al sur de Mérida, las milicias dieron a Yagüe su primera oportunidad de luchar en la guerra. El combate se libró sobre el río Guadiana, frente a la ciudad. Gracias a una arremetida de Asensio se ganaron el puente y la ciudad. Los miembros del comité de defensa de la ciudad fueron ejecutados, encabezados por Anita López, el alma de la resistencia anarquista. De este modo, Yagüe estableció contacto con la zona norte de la España rebelde, aunque todavía no con un cuerpo de hombres organizados como una fuerza de combate. Además, había dejado aislada a

la ciudad fronteriza de Badajoz, hacia la que avanzó a continuación con Asensio y Castejón, mientras Tella se encargaba de Mérida. El 11 de agosto, las milicias de Mérida, que habían huido de la ciudad y ahora se veían reforzadas por 2.000 guardias de asalto y guardias civiles de Madrid, lanzaron un contraataque. Tella lo resistió, con lo que permitió que se concentraran contra Badajoz Yagüe, Castejón y Asensio, con unos 3.000 hombres, aunque es posible que este ataque fuera un error estratégico: tal vez habría sido mejor avanzar hacia Madrid. Badajoz estaba defendida por el coronel Ildefonso Puigdendolas (que antes había mandado la columna que había tomado Guadalajara), con unos 8.000 milicianos inexpertos. Inmediatamente antes del ataque, Puigdendolas tuvo que derrochar material, energías y confianza para aplastar un motín de la guardia civil.

La calurosa ciudad de Badajoz está rodeada de murallas y además, por el lado este, por donde avanzaba Yagüe, está resguardada por el ancho río Guadiana. Después de una mañana de bombardeo de la artillería, se ordenó el ataque a media tarde del 14 de agosto. La 16ª compañía de la 4ª bandera de la legión se lanzó contra la puerta de la Trinidad, cantando, en el momento del avance, su himno, en el que proclaman que su novia es la muerte. En el primer asalto fueron rechazados por las ametralladoras de los milicianos. Pero, al segundo, los legionarios consiguieron abrirse paso, matando a sus enemigos a bayonetazos.

Habían conseguido entrar, aunque, de la fuerza de asalto, sólo sobrevivieron un capitán, un cabo y catorce legionarios. Al mismo tiempo, otra columna de legionarios asaltaba las murallas próximas a la puerta del Pilar. Allí entraron con menos dificultad. Entonces la batalla continuó en las calles. Las dos fuerzas atacantes se encontraron en la plaza de la República, bajo la sombra de la catedral, y desde

aquel momento, la ciudad fue suya. La lucha cuerpo a cuerpo continuó hasta la noche. Badajoz quedó sembrada de cadáveres. No se podía distinguir entre combate y represión porque, desde el momento en que penetraron en la ciudad, no hubo nadie que diera órdenes para continuar o cesar el fuego. El coronel Puigdendolas huyó a Portugal. Los legionarios mataron a todo el que llevaba armas, incluso a unos milicianos que estaban en las gradas del altar mayor de la catedral. La plaza de toros se convirtió en campo de concentración. Muchos milicianos, y todavía más carabineros, fueron fusilados por orden de Yagüe.[837] Estas ejecuciones continuaron al día siguiente, 15 de agosto, y, con menor intensidad, durante algún tiempo después.[838] Hubo otra racha de represión cuando Salazar entregó los refugiados que habían cruzado la frontera en su huida. Esta conquista cortó definitivamente la comunicación del gobierno republicano con la frontera portuguesa.



12. El avance del ejército de África entre agosto y octubre de 1936

El 20 de agosto, Yagüe inició un nuevo avance, volviéndose hacia el este, hacia Madrid. Tella avanzó por Trujillo hasta Navalmoral de la Mata, que ocupó el 23 de agosto. Más hacia el este, el valle del Tajo se extendía sin presentar ningún obstáculo natural importante. Todas las colectividades revolucionarias formadas después de las ocupaciones de tierras de marzo se hundieron, sin mucha lucha, aunque tras su destrucción hubo mucha matanza.

Asensio y Castejón avanzaron hacia el Tajo por las montañas de Guadalupe. Aquí les presentó batalla el ejército gubernamental de Extremadura, formado por tropas de Madrid, a las órdenes del general Ríquelme. Una sección de la columna de Asensio fue casi destruida en la ciudad de Medellín por la escuadrilla aérea de Malraux,[839] que realizaba su primera acción importante: la escuadrilla había reunido dos o tres bombarderos Potez, uno o dos Breguet y un Douglas. Pero los milicianos de tierra no pudieron oponerse a los legionarios y los marroquíes, que los sobrepasaron, obligándoles a retirarse precipitadamente de sus posiciones, so pena de quedar cercados. Incluso los aviones estaban poco preparados para la guerra moderna (las bombas se habían de lanzar por las ventanas de los cazas). Se retiraron nueve mil hombres, incluidos 2.000 anarquistas que se negaron a obedecer las órdenes de Riquelme y lanzaron inútiles ataques en las colinas de San Vicente.

Por lo tanto, Asensio y Castejón se reunieron con Tella en Navalmoral. Tras unos días de descanso, el avance se reanudó el 28 de agosto, a lo largo del lado norte del valle del Tajo. La resistencia fue escasa. El ejército de África prosiguió avanzando por las carreteras. Las tropas republicanas no estaban acostumbradas a las condiciones de lucha de aquel valle árido y yermo. Hubo deserciones. Los milicianos se negaban a cavar trincheras, porque lo consideraban cobarde. El gobierno no podía exponerse a perder a todos sus hombres en una batalla general, y, por lo tanto, no hacía más que retirarse. Además, por entonces, la aparición de los cazas Fiat italianos del grupo llamado «Cucaracha», más rápidos que cualquiera de los aviones que tenían los republicanos, reforzó el control local de los rebeldes en el aire.[840] El 2 de septiembre, las columnas del ejército de África alcanzaron Talavera de la Reina, donde se

encontraban instalados 10.000 milicianos, con toda la artillería que habían podido reunir (así como un tren blindado), en una excelente posición defensiva en las laderas que hay antes de llegar a la ciudad. El día 3 de septiembre, al amanecer, Asensio y Castejón avanzaron para rodear la ciudad. Fueron ocupados el aeródromo y la estación de ferrocarril, que estaban a cierta distancia del centro. Al mediodía, se lanzó un asalto contra la ciudad propiamente dicha, cuyos defensores, para entonces, ya estaban profundamente alarmados. A primera hora de la tarde, después de unas cuantas luchas callejeras, Yagüe conquistó Talavera. Aquella tarde, cuando el subsecretario de la Guerra en Madrid, Hernández Sarabia, telefoneó a Talavera, le contestó un marroquí.[841] Había caído la última ciudad de cierta importancia que se interponía entre Franco y Madrid.

La realización de esta campaña de 500 kilómetros en un mes fue un triunfo para Franco, a quien algunos habían criticado por escoger la ruta del oeste, más larga, de Sevilla a Madrid, en vez de la del este, más corta y más normal, pasando por Córdoba, La Mancha y Aranjuez. La campaña, además, consolidó la posición de Franco frente a las de Mola y Queipo de Llano.

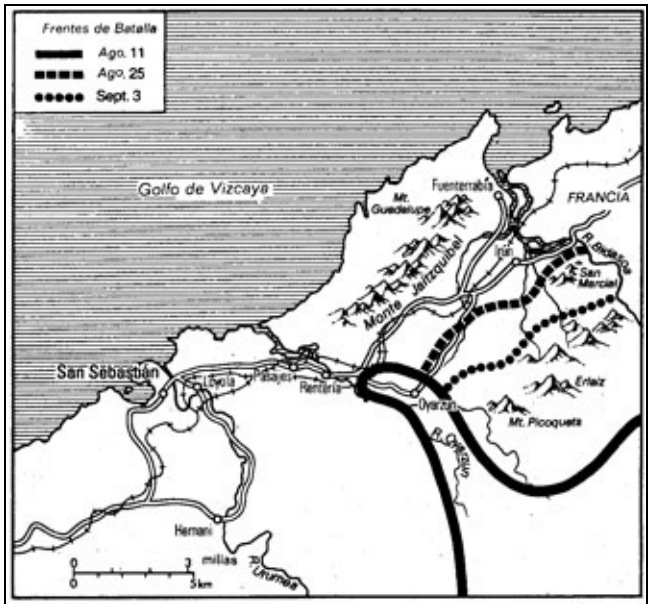
La segunda campaña importante de agosto fue la del norte. A finales de julio, como hemos visto, Mola había estado a punto de ser presa de la desesperación debido a la escasez de municiones; el 29 de julio, incluso había estado tentado de suicidarse, según dice su secretario. En un momento dado, solamente disponía de 26.000 cartuchos. Luego Franco le remitió un telegrama comunicándole la llegada de los aviones alemanes e italianos, y le envió 600.000 cartuchos.[842] El plan de Mola, coordinado con Franco, con quien se entrevistó en Sevilla el 13 de agosto, consistía en conquistar San Sebastián e Irún, aislando así a los vascos de la frontera francesa en el extremo occidental

de los Pirineos. Las columnas de tropas principalmente navarras que operaban allí fueron puestas bajo el mando de su paisano el coronel José Solchaga. El 11 de agosto, el comandante Latorre había conquistado la antigua capital vasca de Tolosa. A un socialista que había impedido que los anarquistas y los comunistas locales destruyeran la central eléctrica de la ciudad le pagaron la molestia afeitándole la cabeza, menos una tonsura, y obligándole a recorrer la ciudad gritando: «¡Viva Cristo Rey!»[843] El mismo día, el coronel Beorlegui conquistó Pikoketa, un cerro clave para el avance hacia Irún. Telesforo Monzón, un destacado político nacionalista vasco, se apresuró a dirigirse a Barcelona para pedir ayuda. Pero la Generalitat sólo podía disponer de 1.000 fusiles. Los vascos, por lo tanto, confiscaron el oro que había en la sucursal local del banco de España y en otros bancos de Bilbao y lo enviaron por mar a París, para comprar armas con aquella garantía. El primer comandante de las fuerzas republicanas en Guipúzcoa, Pérez Garmendía, cayó en manos de Beorlegui, gravemente herido; Beorlegui, que era antiguo amigo suyo, le dijo rápidamente que tenía suerte de morir a consecuencia de sus heridas, porque, si hubiera sobrevivido, le habrían fusilado por traidor.[844]

Los rebeldes situaron algunos de los pocos barcos que tenían frente a San Sebastián e Irún. El gobernador militar, teniente Antonio Ortega, que estaba al mando de las fuerzas de San Sebastián, amenazó con fusilar a cinco prisioneros por cada persona que muriera a consecuencia del bombardeo marítimo. Los prisioneros de la ciudad eran muchos y distinguidos, puesto que San Sebastián era la capital veraniega del país. A pesar de todo, los barcos rebeldes *España, Almirante Cervera* y *Velasco* empezaron a disparar el 17 de agosto. La población se ocultó, no obstante se produjeron cuatro muertos y 38 heridos. Ortega ejecutó a ocho prisioneros civiles y cinco oficiales rebeldes. El

bombardeo naval continuó durante los días siguientes, sin causar pánico. Irún y San Sebastián también empezaron a ser bombardeadas a diario. Entre los aparatos atacantes destacaron los Junker 52. El 26 de agosto, empezó el asalto por tierra contra Irún. El número de hombres que participaron fue reducido: unos 3.000 vascos y republicanos, y casi 2.000 nacionalistas. Beorlegui, sin embargo, contaba con el apoyo de casi toda la artillería que Mola había podido reunir. Tenía también unos cuantos tanques ligeros alemanes, Panzer I, armados de ametralladoras, y varios camiones blindados. Los vascos, por su parte, estaban asesorados por una serie de técnicos franceses y belgas enviados por el partido comunista francés,[845] y también por algunos anarquistas de Barcelona. Tenían un regimiento de artillería.

La batalla que vino a continuación se libró bajo un sol deslumbrador, tan cerca de la frontera francesa que Beorlegui tuvo que prohibir a sus hombres que disparasen en dirección este. Día tras día, hubo un prolongado bombardeo de la artillería rebelde, y, cuando parecía que los vascos habían evacuado sus posiciones, venía el asalto. Pero luego volvían los defensores y, en lucha cuerpo a cuerpo, reconquistaban la posición. Después de una pausa, volvía a empezar el bombardeo de la artillería. El cerro de Puntza, por ejemplo, fue bombardeado, evacuado y reconquistado cuatro veces de esta manera antes de ser definitivamente conquistado el 2 de septiembre.



13. La campaña de Guipúzcoa entre agosto y septiembre de 1936

Aquel día, los navarros tomaron también el encalado convento de San Marcial, situado en la ventosa colina que domina directamente Irún, y el puesto aduanero de Behovia. Este último fue rodeado, y sus defensores lucharon cuerpo a cuerpo hasta el último hombre, mientras los que pudieron se lanzaron al Bidasoa para pasar a nado a Francia y a la salvación. Ambos bandos lucharon con un desprecio absoluto de sus propias vidas, desmintiendo las acusaciones de cobardía que se lanzaban gritando unos a otros cuando cesaba el fuego, por la noche, o durante la siesta de la tarde.

Los habitantes de Irún empezaron a huir camino de Hendaya atravesando el puente internacional. A pie, en silla de ruedas, en automóvil, en coche de caballos, a caballo, montados en animales domésticos y de granja, con niños, con unos cuantos muebles o cuadros baratos, los refugiados huían hacia la frontera, impulsados por un pánico ciego, muchos de ellos llorando y sin un céntimo. Hasta entonces, los milicianos se habían sentido animados y alentados por la

presencia de sus mujeres y sus familias en casa. Ahora estaban solos, y se habían convertido en una retaguardia que no tenía nada que defender. El 3 de septiembre, Beorlegui, que el día anterior había recibido la visita de la figura, ahora anacrónica, de Gil Robles, y con sólo 1.500 hombres a sus órdenes, lanzó el asalto contra Irún. Una multitud de espectadores le contemplaba desde la ribera francesa del Bidasoa. El ataque no tuvo un éxito inmediato. Sin embargo, a las dos de la mañana fue conquistado el pueblo fronterizo de Behovia. La mayoría de los defensores de Irún, incluido el comité responsable, huyeron a Francia antes de salir el sol. Los últimos que se quedaron fueron un destacamento de anarquistas de Asturias, junto con algunos comunistas locales, y los franceses y belgas. Los anarquistas incendiaron varias zonas de Irún. También fusilaron a cierto número de prisioneros de derechas que se encontraban en el fuerte Guadalupe, en Fuenterrabía, y luego huyeron, dejando a los demás libres para aclamar a Beorlegui al día siguiente, cuando ocupara la ciudad en ruinas. Beorlegui sufrió una herida mortal en la pierna en la batalla final en el puente internacional, obra, al parecer, de un grupo de comunistas franceses que se defendían con ametralladoras. En cuanto a los refugiados, los que desearon continuar luchando —560 hombres, incluidos los franceses y los belgas— fueron enviados en tren a Barcelona, donde se incorporaron a las columnas del frente de Aragón. El resto fue enviado a campos de concentración, en Francia.

Esta campaña puso en manos de los nacionalistas unos 1.600 kilómetros cuadrados de rica tierra de labor, densamente poblada, y con muchas fábricas importantes; además, fue una victoria de incomparable importancia estratégica, porque, al ser derrotados, los nacionalistas vascos, los santanderinos y los asturianos quedaron aislados de la Francia amiga. Y ahora los nacionalistas podían ir en

tren desde Hendaya hasta Cádiz.[846]

Aparte de su principal aventura estratégica en el sur de España, en agosto, los nacionalistas hicieron varias incursiones para establecer comunicaciones entre Sevilla, Córdoba, Granada, Cádiz y Algeciras. El general Varela, enérgico, hijo de un sargento auxiliar y ex instructor de los carlistas, cruzó Andalucía con un tabor de marroquíes y conquistó Granada.[847] Así pues, la provincia de Málaga, aunque protegida por montañas, quedaba amenazada por posibles avances rebeldes por el norte y por el oeste. Sin embargo, la posibilidad de un ataque contra la ciudad de Málaga estaba descartada. Varela recibió la orden de dirigirse al norte para defender la posición nacionalista de Córdoba, amenazada el 20 de agosto por un ataque republicano dirigido por el general Miaja, que había sido por breve tiempo ministro de la Guerra (sólo la noche del 18 al 19 de julio), y ahora estaba al mando de un destacamento de tropas republicanas de Madrid, que, junto con algunos milicianos de Andalucía que se le habían incorporado, sumaba unos 3.000 hombres. El ataque llegó hasta las puertas de Córdoba, que, ocupada por el nacionalista coronel Cascajo, habría caído de no haber sido por el empleo eficaz de las bombas italianas Sarvia. Entonces Miaja fue rechazado, y muchos milicianos sólo usaron sus fusiles contra los que intentaban detener su huida.[848] El fracaso de Miaja planteó la cuestión de su lealtad a la causa de la República. Posiblemente, Miaja no avanzó sobre Córdoba porque Cascajo amenazó con tomar represalias con su familia, que estaba allí,[849] pero más probablemente porque no pudo conseguir que sus hombres avanzaran. Entonces, en Madrid empezaron a preguntarse si podía ser leal algún general u oficial del ejército.[850] Indudablemente, había un espionaje a gran escala. En realidad, el ayudante de Miaja, capitán Fernández Castañeda, estaba esperando el momento

propicio para pasarse al otro lado, e incluso entonces hacía todo lo posible para permitir a guardias civiles que escaparan de la República (él huiría en febrero de 1937).[851] La traición, o por lo menos la ambigüedad de la lealtad, fue muy común en Andalucía: «El encargado de los que cavaban las trincheras —recordaba un escolar de aquella época— era un hombre que había sido enviado desde Málaga para la defensa del pueblo y se convirtió en uno de los dirigentes juveniles. Es increíble, pero cuando entraron los nacionalistas, resultó que era un destacado falangista».[852]

La República también tuvo otras iniciativas en agosto. Aunque el frente de Aragón estuvo tranquilo, salvo por un ataque contra Huesca que efectuó el grupo de anarquistas italianos de Garlo Rosseüi y los socialdemócratas de la Columna *Giustizia e Liberta*, que recibieron su bautismo de fuego en el Monte Pelato, en la Sierra de Graloche, el 28 de agosto; escaramuza en la que murió su jefe, el abogado Mario Angeloni.[853] Pero hubo algo más importante. El 9 de agosto, una fuerza expedicionaria catalana y valenciana, al mando de un capitán de las fuerzas aéreas, Alberto Bayo, y de un capitán de la guardia civil de Valencia, Manuel Uribarri, llegó a Ibiza en un buque de transporte requisado (el *Marqués de Comillas*), con dos destructores, un submarino y seis aviones. Los trabajadores se alzaron contra los cincuenta hombres de la guarnición, y la isla quedó nuevamente bajo control republicano. Gracias a esto, fueron liberados de la cárcel el socialista que tan malos consejos había dado a Largo Caballero, Luis Araquistain, y el poeta comunista Rafael Alberti. Unos días más tarde, después de una discusión con Uribarri, Bayo llegó a la costa oeste de Mallorca. Esta expedición se llevó a cabo bajo la autoridad de la Generalitat, y parece ser que el ministerio de la Guerra de Madrid ignoraba casi todo respecto a ella.

14. La invasión de Mallorca en agosto de 1936

Al amanecer del día 16 de agosto, Bayo desembarcó con unos 8.000 hombres en la costa oriental, cerca de la pequeña ciudad de Porto Cristo, que fue ocupada rápidamente. Pero, tras el éxito del desembarco, los invasores dejaron transcurrir la mañana indecisos. Por la tarde, desembarcaron también seis cañones de 75 mm y cuatro de 105 mm, junto con hidroaviones procedentes de Barcelona.[854] Se establecieron en el interior de la isla, a unos 12 kilómetros de la costa. Continuaban perplejos ante su propio éxito, y de esta manera permitieron a los nacionalistas organizar un contraataque. En su apoyo llegó una pequeña escuadrilla aérea italiana, que se autodenominaba pomposamente «Los dragones de la muerte», compuesta por tres bombarderos Savoia 81, y un grupo de Camisas Negras italianos, dirigidos por Arconovaldo Bonaccorsi, un fanático fascista de Bolonia de roja barba conocido como el «conté Rossi»,[855] junto con tres cazas Fiat (CR32) y algunos otros aviones nacionalistas. Los Fiat, con pilotos italianos (entre ellos un excelente aviador llamado Cerestiato), fueron superiores a sus oponentes republicanos. A partir de entonces, los

bombarderos republicanos no pudieron llegar a bombardear Palma. El 3 de septiembre empezó una contraofensiva nacionalista, dirigida por el coronel García Ruiz. Para empezar, la guarnición tenía 1.200 hombres, 300 carabineros y guardias civiles, junto con una serie de falangistas, dirigidos por el marqués de Zayas. Esto haría un total de 3.500 hombres. La fuerza expedicionaria catalana, que carecía de servicio médico, hospitales de campaña o suministros adecuados, huyó a sus barcos. Los invasores estaban desmoralizados por la aviación, pero la decisión de retirar la cabeza de puente se tomó innecesariamente. La retirada se cubrió, hasta cierto punto, con el despliegue, fuera del puerto, del acorazado *Jaime I* y algunos otros barcos republicanos. Las playas quedaron sembradas de cadáveres, pero muchos milicianos consiguieron escapar, abandonando las armas. Sin embargo, muchos heridos alojados en un convento fueron fusilados ante la vista de la madre superiora.[856] Pocos prisioneros se libraron de la ejecución. De manera que la expedición tuvo un final poco glorioso; no obstante radio Barcelona anunció: «Las heroicas columnas catalanas han regresado de Mallorca tras una magnífica acción. Ni un solo hombre ha sufrido los efectos del embarque, ya que el capitán Bayo, con habilidad táctica sin igual, consiguió desarrollarlo con éxito, gracias a la moral y a la disciplina de nuestros invencibles milicianos».[857] En adelante, Mallorca pasó a ser durante unos meses el feudo privado del «conté Rossi», quien, vestido con su negro uniforme fascista, adornado por una cruz blanca que llevaba al cuello, se dedicó a recorrer la isla en un coche de carreras rojo, en compañía de un capellán de Falange armado. Fue entonces cuando los asesinatos de obreros mallorquines llegaron a su cumbre.[858] Mientras tanto, Ibiza y Formentera quedaron abandonadas. (El destino de la hermosa isla de Ibiza fue espantoso; primero, los rebeldes mataron a 55

personas en un ataque aéreo; luego, la FAI fusiló a 239 prisioneros; y cuando finalmente volvieron los rebeldes, fusilaron a 400.)[859]

En Asturias, entretanto, continuaron durante el mes de agosto las luchas para conquistar el cuartel de Simancas, en Gijón, y la ciudad de Oviedo. Mientras no fuera reducido el primero, los mineros asturianos no podrían concentrar sus fuerzas contra Oviedo, donde el coronel Aranda no podía salir de la ciudad que había ganado con su estratagema. Su defensa era más fácil porque Oviedo había sido bien equipada con armamento después de la sublevación de Asturias de 1934, particularmente con ametralladoras. Aranda tenía a su disposición unos 2.300 hombres, incluidos unos 860 voluntarios, falangistas en su mayoría. El sitio del cuartel de Gijón se veía dificultado por el bombardeo del crucero nacionalista *Almirante Cervera*, que estaba frente a la costa. Por otra parte, los 180 defensores eran animados constantemente por las emisiones de radio Club Lisboa, radio Coruña y radio Sevilla, con falsas noticias de que pronto les iba a llegar auxilio. Las reservas de agua de los defensores se agotaron, y el nocturno chasquear de labios de Queipo de Llano en radio Sevilla volvió medio locos a varios de los sitiados. Sin embargo, no se rindieron. Aquí, como en Toledo, pero más dramáticamente, los milicianos llevaron a los hijos del coronel que estaba al mando del cuartel, el fanático Antonio Pinilla, y de su segundo, Suárez Palacios, ante el cuartel, para pedir su rendición. Pinilla se negó a rendirse hasta el último momento. Finalmente, el 16 de agosto, este jefe envió por radio un mensaje digno de la antigua Roma a los barcos nacionalistas que se encontraban frente a la ciudad: «La defensa es imposible. El cuartel está en llamas y el enemigo está empezando a entrar. ¡Tirad sobre nosotros!» La petición fue cumplida, y los últimos defensores del cuartel de Simancas perecieron entre las

llamas. A continuación, los mineros pudieron estrechar el cerco de Oviedo. Sus jefes militares eran el minero socialista Otero, y el metalúrgico de la CNT Higinio Carrocera. Aranda carecía de provisiones, pero los sitiadores carecían de casi todo, salvo de su infernal dinamita. O sea que ninguno de los dos bandos se movió. Aranda tenía que mantener toda una ciudad con enemigos dentro y fuera, con menos de 3.000 hombres. Su personalidad fría pero jovial fue el principal apoyo de la defensa,[860] pero también reapareció bajo sus órdenes un capitán de ingenieros, Oscar Pérez Solís, que en otros tiempos había sido fugazmente secretario general del Partido Comunista, aunque ahora era falangista, y quizás ansiaba purgar en el combate todas las conductas torcidas, atracos a bancos y asesinatos de su época de comunista, de unos diez años antes.

En Toledo, la lucha era intermitente. La resistencia del Alcázar enloquecía a los milicianos que lo sitiaban, pero con su incompetencia sólo podían derrotar a sus propios jefes (que fueron cambiando, desde un general del ejército, romo Riquelme, al pintor socialista Luis Quintanilla). Durante todo el mes de agosto ambos bandos intercambiaron fuego de fusil. Los defensores, muy expertos, eran buenos tiradores, y los milicianos no hicieron ningún intento de asalto. Por medio de megáfonos se lanzaban unos a otros insultos y baladronadas. Algunas bombas que se lanzaron sobre el Alcázar apenas afectaron a la defensa de la antigua fortaleza, que había sido muy reforzada a principios del siglo. La población de Toledo, fuertemente católica, daba la impresión a los sitiadores de que estaban rodeados de traidores. Las autoridades civiles se encontraban entre tanto absorbidas por las discusiones sobre la manera de proteger las incomparables pinturas que se encontraban en las iglesias de Toledo y en el museo del Greco. Aunque los defensores del Alcázar tenían todas las municiones que necesitaban,

parecía haber pocas esperanzas de liberación. Estaban aislados del resto de España. No tenían electricidad, y utilizaban como sal el salitre de los muros. A pesar de todo, los rebeldes se comportaban con serenidad. Se pasaba revista, y el único caballo de pura raza que había en el interior era cuidado como si estuviera en la mejor de las caballerizas. Incluso se celebró la fiesta de la Asunción en los sótanos del Alcázar, con flamenco y castañuelas. Más tarde, el 17 de agosto, un Junker pilotado por un joven y audaz piloto alemán, Von Morau, voló sobre ellos y dejó caer mensajes de aliento de Franco y Mola y, lo que era más importante, alimentos. El 4 de septiembre vino la conquista de Talavera de la Reina, a sólo 70 kilómetros Tajo abajo.[861] El Alcázar recibió un mensaje de «las jóvenes de Burgos»: «La heroica epopeya que ha escrito por Dios y por España vuestro valor en nuestro glorioso Alcázar será para siempre el orgullo de España. Caballeros cadetes, somos unas señoritas radiantes de gozo y esperanza, y, como vosotros, somos la Nueva España del glorioso amanecer». (Por lo general, entonces todavía se creía que los defensores del alcázar eran cadetes.)

El acercamiento de los nacionalistas a Madrid no tardó en manifestarse muy vividamente. El 23 de agosto fue bombardeado el aeropuerto de Getafe, y, el 25 de agosto, Cuatro Vientos, un aeropuerto todavía más próximo. El 27 y el 28 de agosto fue bombardeado Madrid mismo. Hans Voelckers, encargado de la embajada Alemana, dijo que el ataque el 27 de agosto fue realizado por tres Junker 52. «Por favor —pidió a Berlín—, procuren que, mientras continúe el tráfico aéreo de la Lufthansa, los Junker no bombardeen Madrid.» Pero el 29 de agosto tuvo que volver a quejarse. Los Junker 52 habían dejado caer cuatro pesadas bombas sobre el ministerio de la Guerra, causando daños considerables y varias muertes.[862] En Madrid estaba

aumentando el sentimiento anti-alemán. Voelckers insistió en que la embajada y la colonia alemana tendrían que abandonar la ciudad.

Los ataques aéreos dieron lugar, en Madrid, a la formación de comités en las casas de cada bloque para organizar la escucha de las sirenas que serían la señal para refugiarse en los sótanos. Estos comités investigaban además los oscuros textos de los decretos de alojamiento del gobierno, e intentaban proporcionar protección contra las detenciones ilegales. En realidad eran una especie de policía especial local que pasaron a dirigir socialistas y comunistas. Las ramas comunistas locales también organizaron grupos para pintar de azul las farolas y asegurar la oscuridad de la ciudad. Sin embargo, en aquella época del año, era difícil conseguir la oscuridad, porque los postigos cerrados producían un calor intolerable en las habitaciones. Se advirtió a la gente que evitaran las habitaciones que daban a la calle y usaran las interiores, alumbrándose con velas. Estas experiencias serían corrientes en otras partes de Europa en tiempos de la segunda guerra mundial. Pero, con la excepción de las modestas alarmas de la primera guerra mundial, los bombardeos de Madrid fueron los primeros de su tipo en el mundo.

23

Intentos para lograr un pacto de no intervención. — Los Estados Unidos se mantienen al margen. — Ardides de Italia y de Stalin. — Llegada de la misión rusa. — Astucias de Alemania. — El comité de no intervención.

Mientras la República fracasaba militarmente, los acontecimientos diplomáticos de agosto estaban también marcados por el signo de la derrota. El 3 de agosto, el conde Charles de Chambrun, embajador francés en Roma, presentó el plan de no intervención del gobierno francés a Gano, que alegremente prometió estudiarlo.[863] Inglaterra, por su parte, en principio aceptó la idea, cuando le fue presentada, y Edén dio su consentimiento desde su casa de campo en Yorkshire.[864] Aquel mismo día llegó a Ceuta el acorazado alemán *Deutschland*, y el almirante Rolf Caris, que iba al mando del barco, almorzó con Franco, Langenheim, Bernhardt y Beigbéder. Una escolta de falangistas gritó: «¡Heil Hitler!».[865] Aquel barco y el Almirante Scheer habían recibido la orden de zarpar el 24 de julio, de Wilhelmshaven, rumbo a aguas españolas. Al día siguiente, 4 de agosto, André Francois-Poncet, embajador francés en Berlín, presentó el plan de no intervención al barón Von Neurath, el ministro alemán de Asuntos Exteriores, que respondió que Alemania no tenía ninguna necesidad de hacer aquella declaración. Neurath añadió que sabía que los franceses habían entregado aviones a los republicanos. Frangois-Poncet

respondió afirmando que los alemanes también se los habían proporcionado a los nacionalistas.[866] En Moscú, el embajador francés realizó una gestión similar ante el gobierno ruso, mientras que, en París, el embajador republicano recién llegado, Alvaro de Albornoz, volvía a pedir fusiles Lebel, ametralladoras Hotchkiss, millones de cartuchos, bombas, cañones y más aviones Potez y Dewoitine.[867] El 6 de agosto, Ciano, después de consultar con Ulrich von Hassel, embajador alemán en Roma, dijo que Italia se adhería al plan francés. Pero quería «verificar todas las ayudas financieras que se recogieran» para uno y otro bando, hacer que el plan incluyera a todos los países y establecer un sistema de control internacional.[868] El *Pravda* de aquel día anunciaba que los trabajadores rusos habían contribuido con 12.145.000 rublos a la ayuda a España. Pero el gobierno ruso, igual que el italiano, aceptó el plan francés de no intervención «en principio», y pidió que Portugal se uniera al grupo de países que lo suscribirían, y que «ciertos Estados» —es decir, Alemania e Italia—cesaran en su ayuda.[869] A pesar de todo, el 7 de agosto, Francois-Poncet volvía a la Wilhelmstrasse (y Chambrun al Palazzo Chigi) con el borrador de una declaración de no intervención, aceptado ya por Inglaterra, Bélgica, Holanda, Polonia, Checoslovaquia y Rusia, que se comprometían a renunciar a todo tráfico de material de guerra o aviones. Neurath arguyó que aquello sería difícil sin un bloqueo: y, además, ¿qué había de las actividades del Komintern?.[870] El mismo día, los representantes inglés y francés en Lisboa pidieron a Monteiro, el ministro portugués de Asuntos Exteriores, que se adhiriera al pacto de no intervención. Monteiro, igual que Ciano, ocultó su juego.[871]

Durante todo este tiempo, la frontera francesa seguía abierta y llegaban a la República nuevos bombarderos y cazas, y, desde luego, nuevos pilotos. Pero, el 8 de agosto, el

gobierno francés cambió de política. Un comunicado anunció que, a partir del 9 de agosto, se suspenderían todas las exportaciones de material de guerra a España. Se explicó que esto era debido a la respuesta «casi unánimemente favorable» que había recibido el gobierno a sus ideas de no intervención. De hecho, el día anterior, sir George Clerk, el embajador británico, había hablado con Delbos, por iniciativa propia, con mucha dureza. ¿Cómo podía compaginar el envío a España de aviones franceses con la retención en Burdeos de los cuatro aviones Fokker que habían salido de Inglaterra con destino a los rebeldes? Si Francia no prohibía la exportación de material de guerra a España, sería mucho mis difícil que se formara un frente común con Inglaterra en aquel asunto.[872] Además, para entonces, el almirante Darían había vuelto de Londres. Había visto al almirante lord Chatfield, que le había dicho que no serviría de nada hacer una gestión ante Inglaterra a propósito de España, y, además, que Franco era «un buen patriota español». El almirantazgo británico, además, estaba «desfavorablemente impresionado» por lo que había oído del asesinato de los oficiales de la marina española. No había que hacer nada que permitiera la propagación del comunismo en España o, peor aún, en Portugal. Darían, por lo tanto, informó de que no existía ninguna posibilidad de que Inglaterra mirara con buenos ojos la ayuda francesa a la República.[873] Así pues, el miedo a ofender a Inglaterra fue la principal razón que movió al gobierno francés, el 8 de agosto, a volverse atrás de su decisión del 2 de agosto.[874] Blum lo lamentó amargamente. Estuvo a punto de dimitir, pero su colega Auriol (que estaba a favor de la República española) y Fernando de los Ríos le convencieron para que no lo hiciera. Al fin y al cabo, para la República sería mejor un gobierno con Blum que cualquier otro.[875] El 9 de agosto, Blum, a pesar de todo, fue aclamado en un mitin celebrado

en Saint Cloud por una gran multitud que gritaba «¡armas para España!», mientras un avión trazaba la palabra *paix* con humo sobre el cielo azul de verano. Ahora, todos los dirigentes sindicales franceses, tanto los socialistas como los comunistas, eran partidarios de la política que pedía aquella multitud. Léon Jouhaux, el dirigente sindical socialista, y Thorez, el secretario general comunista, coincidieron en declarar que no podía haber neutralidad para «el obrero consciente». Al quedar prohibido el envío de armas, en su lugar se hicieron colectas para enviar a la República ropas, alimentos y medicinas. De hecho, mientras Fierre Cot fue ministro del Aire (hasta junio de 1937), en los aeropuertos franceses se ayudó a los aviones republicanos. Estas violaciones de la no intervención fueron objeto de excusas oficiales, y se explicaron como causadas por «errores de navegación».[876] Continuaron enviándose algunos aviones directamente desde Francia. Se cree que, entre el 9 de agosto y el 14 de octubre, llegaron a España 56 aviones procedentes del aeródromo de la Air France en Montaudran.[877] El gobierno catalán también consiguió algo de ayuda, tanto en hombres como en material, de Francia y Bélgica, para desarrollar su industria de municiones.[878]

Mientras Blum hablaba en Saint Cloud, el consejero de la embajada alemana en Londres estaba asegurando amablemente al Foreign Office que «no se había enviado ningún material de guerra desde Alemania, ni se enviaría en el futuro».[879] Pero los Junker, los Heinkel, sus pilotos y sus técnicos ya estaban teniendo su impacto sobre la guerra en el sur de España. El cónsul alemán en Sevilla pidió a la Wilhelmstrasse que estos alemanes no salieran a la calle con uniforme alemán, porque eran reconocidos y recibían «grandes ovaciones».[880] Sin embargo, un Junker 52 tuvo que realizar un aterrizaje forzoso en territorio republicano, donde fue apresado, junto con su tripulación. Al día

siguiente, el representante alemán en Madrid, Schwendemann, siguiendo instrucciones de Berlín, pidió que lo dejaran en libertad. El gobierno español se negó. El 12 de agosto, Neurath dijo a Francois Poncet que, hasta que los españoles no devolvieran el avión («un simple avión de transporte»), Alemania no podría acceder a un acuerdo de no intervención.[881] Pero, el 13 de agosto, Portugal aceptó la no intervención en principio, reservándose libertad de acción si su frontera se veía amenazada por el desarrollo de la guerra. Unos días antes, el gobierno español había declarado que las Canarias y las provincias gallegas eran «zonas de guerra», y por lo tanto estaban sometidas al bloqueo. El Foreign Office dijo que consideraba que esta declaración se situaba en el terreno de la intención: era necesario que se produjera el hecho del bloqueo antes de que pudiera ser reconocido internacionalmente.

Por entonces también se había pedido a los Estados Unidos que manifestaran una actitud ante la guerra española. El 5 de agosto, tras una reunión en el departamento de Estado, el secretario de Estado, Cordell Hull, dejó entrever claramente (aunque no lo anunció) que su gobierno era partidario de la no intervención.[882] El 10 de agosto, una empresa constructora de aviones, la Glenn Martin Company, preguntó cuál sería la actitud del gobierno si vendía ocho bombarderos a la República. El secretario de Estado en fundones contestó que aquella venta «no estaría conforme con el espíritu de la política de este gobierno, de "embargo moral" de armas para España».[883] A continuación, el departamento de Estado dio instrucciones a Bowers, el embajador norteamericano en España, para que se negara incluso a sumarse a una propuesta de mediación sugerida por el embajador argentino al cuerpo diplomático reunido en San Juan de Luz.[884] Esto escandalizó a la opinión liberal norteamericana: «¡Podríamos preguntar a Jefferson qué

partido tomaría en esta cuestión!» Estas palabras eran de Earl Browder, el comunista estadounidense, pero sus sentimientos eran compartidos por muchos demócratas. No obstante, la mayoría de los norteamericanos eran partidarios del embargo. México, entretanto, fue el único gobierno que empezó a enviar públicamente unas cuantas armas a la República. El presidente Cárdenas anunció en septiembre que había enviado 20.000 fusiles de 7 mm y 20 millones de cartuchos al gobierno español.

Los ingleses y los franceses continuaban con sus esfuerzos en pro de la quimera de la no intervención. Inglaterra prohibió la exportación de material de guerra a España el 15 de agosto, después de haberse tenido noticias de que varios aviones ingleses habían despegado de Croydon para dirigirse a la España rebelde.[885] Neurath entregó una nota a Frangois-Poncet el 17 de agosto en la que aceptaba (pendiente de la devolución del Junker y la aceptación de obligaciones similares por todos los países que poseían industrias de armamento) prohibir los envíos de armas a España y sugería que esta prohibición se extendiera al envío de voluntarios.[886] Ciano también insistió en este punto con el embajador francés en Roma, pero prometió que Italia prohibiría la exportación de armas incluso antes de que se resolviera aquella cuestión y la de las ayudas monetarias.[887] Este cambio repentino sorprendió a los franceses. Se debió a que se dieron cuenta, como dijo el encargado de negocios alemán en Roma, de que sería posible «no atenerse a la declaración, en cualquier caso».[888] El 24 de agosto, sin haberse decidido aún el futuro del Junker que estaba en Madrid, Alemania firmó la declaración presentada por los franceses.[889] Aquel día, los jefes de Estado Mayor ingleses presentaron un importante documento, que después sería mencionado en muchas ocasiones en el seno del gobierno británico, en el que decían que, por razones estratégicas,

Inglaterra tenía que estar en buenas relaciones con cualquiera que ganara la guerra.[890]

Rusia no intentó quedar al margen de estas negociaciones y con ello cumplió los deseos del ministerio alemán de Asunte» Exteriores. Stalin, que deseaba una alianza con Francia e Inglaterra, quería participar en todas aquellas discusiones. El 23 de agosto, Rusia aceptó el acuerdo de no intervención y, el 28 de agosto, Stalin publicó un decreto por el que se prohibía la exportación de material de guerra a España, para alinear a la Unión Soviética con las otras potencias. Los funcionarios rusos, durante estas negociaciones, manifestaron un apocamiento todavía mayor que el habitual en ellos, y Litvinov apenas si se permitió detalles insignificantes de su normal fraseología sobre la adhesión de su gobierno a Stalin.[891] *Izvestia* tuvo que hacer muchos equilibrios para denunciar la neutralidad como «algo que no es idea nuestra en absoluto», y que era «una retirada general ante los gobiernos fascistas», y explicar al mismo tiempo que, si Rusia la aceptaba era «debido a que la declaración francesa intentaba terminar con la ayuda fascista a los rebeldes».[892] Nunca fue más difícil el dilema de la política rusa, deseosa por un lado de agradar a Francia, y temerosa por otro de parecer que abandonaba a la revolución mundial. Pero la lentitud de Stalin también se explica por su preocupación acaparada en aquellos momentos por el proceso del primer grupo de antiguos bolcheviques, que empezó el 19 de agosto: Kamenev fue condenado a muerte el 23 de agosto, y Zinoviev unos días más tarde. La cabeza de Stalin, pues, estaba más ocupada por otras cosas que por España.

Además, en el mismo momento en que Rusia se adhirió al acuerdo de no intervención, se estaban instaurando relaciones diplomáticas entre la Unión Soviética y el gobierno español formalmente, y en realidad, muy

intensamente.[893] El 25 de agosto, llegó a Barcelona como cónsul general un viejo revolucionario, Vladimir Antonov-Ovseenko, que se encontraba al mando de la guardia roja que asaltó el palacio de Invierno de San Petersburgo en 1917, y que posteriormente había sido miembro del primer gobierno bolchevique. A finales de los años veinte, había sido miembro destacado de la oposición trotskista, pero en 1928 había capitulado ante Stalin, y después había ejercido como diplomático en Praga y en Varsovia. El nombramiento de un revolucionario tan experto para Barcelona fue una medida curiosa y, como se vería, irónica.[894] El 27 de agosto llegó a Madrid, como embajador, el competente diplomático ruso Marcel Rosenberg, ex subsecretario de la Sociedad de Naciones. Rosenberg trajo consigo un gran equipo, que incluía un agregado naval, el capitán N. Kuznetzov; un agregado aéreo, el coronel Boris Svieshnikov; y un agregado militar, el general V. Goriev.[895] El principal asesor militar ruso que había en España era el letón general Jan Berzin, anteriormente jefe del servicio secreto militar ruso, un hombre valeroso que había pasado su juventud en Letonia luchando contra la policía zarista. Desempeñó un papel brillante en la guerra civil rusa. Era alto, tenía el cabello gris, y algunos le tomaban por inglés.[896] Antonov-Ovseenko también tenía un asesor económico, Arthur Stashevsky, que en realidad era un agregado comercial ruso en España. Era un polaco, bajo y grueso, casado con una francesa, que parecía un comerciante vulgar, y además había sido ayudante de Berzin. Otros rusos eran el escritor Ilya Ehrenburg, que vino a España como corresponsal de *Izvestia* a finales de agosto, y se dedicó a la propaganda e incluso a la actividad militar, tanto como a la periodística.[897] Y Mikhail Koltsov, Otro eminente escritor ruso, corresponsal de *Pravda*, que había llegado a España el 8 de agosto.[898] Así pues, estos rusos se añadieron al grupo de los comunistas

influyentes que ya se encontraban en España. La fecha de la llegada de estas misiones indica que la doble actitud expresada en *Izvestia* quedó reflejada en una doble política que demostraba que, como siempre, Stalin procuraba dejarse todos los caminos abiertos. El cuartel general de la misión rusa en Madrid fue el tranquilo hotel Gaylord, entre el Prado y el parque del Retiro.[899] De momento, no se vería equipo militar ruso en España, aunque, en el mismo momento en que Rusia «prohibía formalmente la exportación de material de guerra», Stalin, en realidad, la estaba aprobando.

El doble juego de Rusia era comparable al de Alemania. El 25 de agosto, al día siguiente de la firma por parte de Alemania del pacto de no intervención, el ministro de la Guerra, mariscal Blomberg, llamó al coronel Warlimont, un oficial prometedor y ambicioso. El Führer, dijo Blomberg, estaba adoptando una actitud de hostilidad clara y explícita contra Rusia. Hasta entonces, su anticomunismo se había limitado a Alemania. Ahora incluía al Komintern y a todas sus obras. Su discurso en el congreso anual del partido nazi en Nuremberg reflejaría esta actitud. Por consiguiente, continuó Blomberg, Hitler había decidido prestar una ayuda sustancial a Franco. Warlimont dirigiría los contingentes alemanes. El día 26, Warlimont y Canaris visitaron al jefe del servicio secreto militar italiano, coronel Roatta, y luego Roatta y Warlimont salieron para Tetuán, en un crucero italiano. Desde allí, un avión alemán los trasladó a Sevilla, donde hablaran con Queipo de Llano, y a continuación a Cáceres, donde se entrevistaron con Franco. Warlimont se hizo cargo inmediatamente de sus obligaciones.[900] Roatta volvió a Italia, pero, a lo largo del mes siguiente, Mussolini envió a España unos veinte tanques ligeros Fiat-Ansaldo, algunos de ellos equipados con lanzallamas y una serie de piezas de artillería de un modelo muy seguro, el de 65/17 mm, usado en la primera guerra mundial, además de

«especialistas» en la utilización de este material, que se sumaron a los pilotos de los Savoia y los cazas Fiat que ya estaban allí.

Mientras las demás potencias se dedicaban a faltar a su palabra, Edén aceptó la sugerencia italiana de crear un grupo permanente para supervisar el cumplimiento del pacto de no intervención. Después de varias disputas acerca de los poderes que tendría, se creó un comité. Éste, basado en las resoluciones de la conferencia de embajadores que tanto éxito tuvo en la época de la guerra en los Balcanes, se reuniría en el Foreign Office, en Londres. Se decidió que la primera reunión tendría lugar el 9 de septiembre. Así nació el comité de no intervención, que cultivaría desde el equívoco hasta la hipocresía, y que duraría más que la guerra civil.[901] Edén había regresado a Londres el 16 de agosto; a Baldwin, en cambio, le habían prescrito tres meses de descanso, por razones médicas, y estaba en el sur de Gales. El gabinete «no se reunió —informó Edén más adelante— desde finales de julio hasta principios de septiembre, y la política británica fue decidida por el Foreign Office».[902]

El comité de no intervención se reunió por vez primera en Londres el 9 de septiembre. W. S. Morrison, secretario financiero del Tesoro,[903] jefe de la delegación británica, ocupó la presidencia. Los demás países, representados por sus embajadores en Londres, eran todos los europeos, excepto Suiza que había prohibido la exportación de armas, pero cuyo código de neutralidad impedía que interviniera ni siquiera en un comité de no intervención.[904]

La primera sesión del comité estuvo dedicada a «oscuras cuestiones de procedimiento», como dijo *Pravda* con palabras excepcionalmente precisas. Los representantes asistentes acordaron entregar los textos de las leyes aprobadas en sus respectivos países para la prohibición de la

exportación de armas a Francis Hemming, funcionario del gobierno británico que de España no conocía más que las mariposas de los Pirineos y que, sin embargo, se convirtió en secretario del comité. Aparte del representante británico, sus figuras principales eran Corbin, el embajador francés; Grandi, el fascista ex-secretario del ministerio de Asuntos Exteriores de Italia, a quien Mussolini había trasladado a la embajada en Londres por no ser suficientemente fascista; y Maisky, el embajador ruso. Ribbentrop, (que pasó a ser embajador alemán el 30 de octubre) y su ayudante el príncipe Bismarck, nieto del Canciller de Hierro, tuvieron un papel menos destacado que Grandi, de lo que se deducía que habían recibido órdenes de dejarle llevar la voz cantante. Ribbentrop hablaría más tarde de lo difícil que le había resultado trabajar con Grandi, «el mayor intrigante que había conocido».[905] Portugal no estuvo representada en el comité, pese a que los rusos habían insistido en que asistiera. El representante portugués en Berlín dijo el 7 de septiembre (cuando el barco alemán *Usamoro* se encontró en dificultades al descargar armas para los nacionalistas en Lisboa debido, según se pensó en Berlín, a la influencia inglesa) que su país no estaría representado hasta que se prohibiera el envío de voluntarios.[906] Al parecer Salazar pensaba que entrar en el comité implicaría, hasta cierto punto, una cesión de autoridad.[907] Pero los portugueses no tenían por qué preocuparse. Ciano había ordenado a Grandi que «hiciera todo lo posible para dar a todas las actividades del comité un carácter simplemente platónico».[908] Más adelante, Ribbentrop comentaría bromeando que, mejor que llamarse comité de no intervención, podría haberse llamado «comité de intervención».[909] La actitud alemana ante el comité fue más ambigua que la italiana, porque el ministerio de Asuntos Exteriores alemán estaba muy mal informado sobre lo que estaban haciendo el ministerio de la Guerra y el

partido nazi. En realidad, los diplomáticos alemanes aún no estaban seguros de si una auténtica no intervención ayudaría a Franco o no. En cuanto a Francia e Inglaterra, Bismarck informó de que la primera reunión del comité produjo la impresión de que, para los dos países, «no es tanto cuestión de tomar medidas inmediatamente, como de apaciguar los ánimos exaltados de los partidos de izquierdas [...], con la simple creación del comité».[910] Desde el principio, a los gobiernos británico y francés les preocupó menos el verdadero final de la intervención en ambos bandos, que la apariencia de dicho final. De esta manera, aunque no se impidiera la afluencia de material de guerra hacia los dos bandos españoles, por lo menos podía impedirse la extensión de la guerra española a otros países.

Inglaterra acusó a Italia de haber desembarcado aviones en Mallorca el 7 de septiembre.[911] El 12 de septiembre, Ingram, el encargado de negocios inglés en Roma, dijo a Ciano que «el gobierno británico se sentiría directamente preocupado» si se producían cambios en el Mediterráneo. Ciano respondió que ni había ocurrido ni estaba prevista alteración alguna.[912] Pero, a pesar de todo, Mallorca fue una plaza fuerte italiana durante toda la guerra civil. La calle principal, la rambla de Palma, fue rebautizada con el nombre de vía Roma, y al principio de la misma se erigieron dos estatuas de jóvenes romanos togados con águilas sobre los hombros. Constantemente llegaba a la isla material de guerra. Los italianos la fortificaron y minaron sus aguas. El incidente demostró que Inglaterra estaba dispuesta a protestar siempre que creyera que sus intereses estaban amenazados por alguna consecuencia de la guerra española, pero que no lo haría por una simple ruptura del pacto. Sin embargo, para ser justos con los gobiernos de Baldwin y Blum hay que decir que ambos creían que sus propios países, España y la paz europea estarían más seguros si se

impedía la ayuda militar a España. Ambos gobiernos hicieron todo cuanto les fue posible para mantener el pacto, aunque, en Francia, esto continuara creando problemas a Blum. Pero, por entonces, la mayor parte de la opinión pública de ambos países apoyaba aquella política. El Partido Laborista, en Inglaterra, incluso se lamentó de la lentitud con que se llevaba a cabo la no intervención. En cuanto a los comunistas, Thorez intentó convencer a Blum para que cambiara su política respecto a la ayuda a España el 7 de septiembre.[913] A pesar de que no tuvo éxito, se comprometió a que los comunistas no votaran contra el gobierno en la asamblea nacional. El Komintern patrocinó en Londres la creación de una comisión de investigación sobre supuestas rupturas del pacto de no intervención en España. Formaron parte de la misma personas tan respetables como Philip Nóel-Baker, lord Faringdon, el profesor Trend, de Cambridge, y la señorita Eleatior Rathbone. Los dos secretarios eran Geoffrey Bing y el periodista John Langdon-Davies, de los cuales, el primero, un joven abogado, entonces era miembro del Partido Comunista.[914] Ésta era una táctica comunista típica de aquellos tiempos: la favorita, por así decirlo, del inventivo Willi Muenzenberg.

La segunda reunión del comité de no intervención tuvo lugar el 14 de septiembre. Se constituyó un subcomité para ocuparse de los problemas cotidianos de la no intervención, compuesto por Bélgica, Inglaterra, Checoslovaquia, Francia, Alemania, Italia, Rusia y Suecia.[915] Los Estados pequeños, incluso los que formaban parte del subcomité, estaban decididos a seguir las directrices de las grandes potencias, y los verdaderos debates tuvieron lugar exclusivamente entre Francia, Inglaterra, Alemania e Italia. En realidad, el temor a Hitler y a las responsabilidades internacionales, de los países escandinavos y de los que hoy constituyen el Benelux fue,

de alguna manera, el aspecto más desagradable de la historia diplomática de aquellos momentos. Pero ¿qué podían hacer si Inglaterra continuaba con su política de «apaciguamiento»? Y el «apaciguamiento» parecía la única política segura para un imperio que ya había iniciado su larga decadencia, aunque no deseara reconocerlo.

Esta reunión coincidió con la primera reacción pública del papa Pío XI ante la guerra de España. El 14 de septiembre, en Castelgandolfo, ante seiscientos refugiados españoles, habló del «odio a Dios verdaderamente satánico» de los republicanos.[916] El mismo día, en Madrid, un sacerdote que había tomado partido por la República, el padre García Morales, conjuró al papa a que condenara a los rebeldes. Unos días más tarde, José Bergamín, el apologista católico director de Cruz y Raya, decía que los generales, obispos, moros y carlistas que estaban luchando contra la República estaban representando una «mascarada fantástica de la muerte». Así pues, la guerra civil española creó conflictos en las conciencias católicas, por no decir que en la Iglesia católica, de Europa y de todo el mundo. Las maniobras eclesiásticas fueron tan abundantes como las diplomáticas. También se había declarado la guerra en la opinión pública internacional. De manera que, en septiembre de 1936, el conflicto ya no era una aislada guerra carlista del siglo XIX.

24

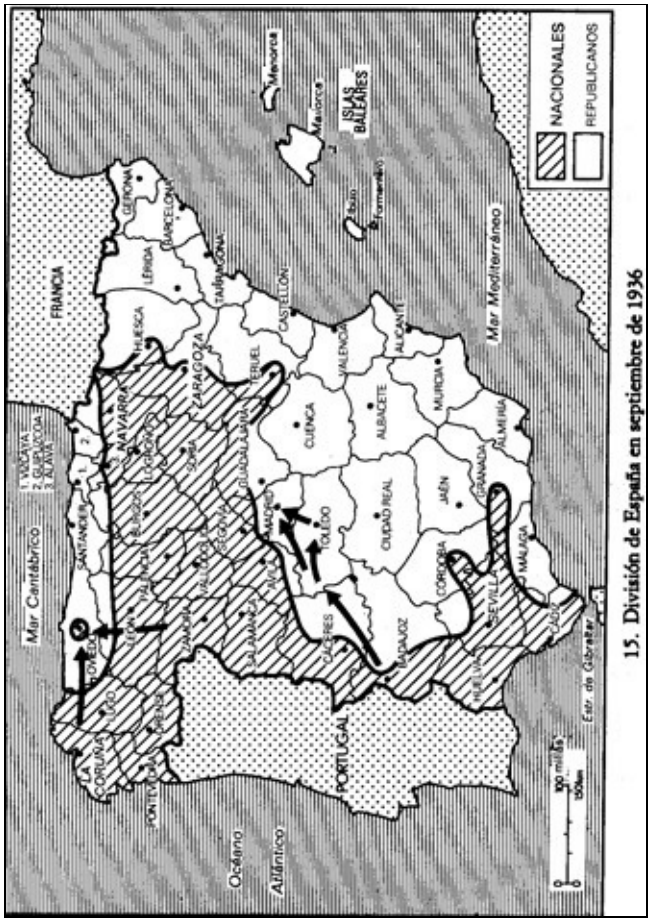
Derrotas republicanas y sus causas. — Matanza en la cárcel Modelo. —Caída del gobierno Giral. — Largo Caballero forma su gobierno. — Caída de San Sebastián. — El Alcázar de Toledo.

A principios de septiembre de 1936, Franco estaba en Talavera, y Mola en Irún, amenazando a San Sebastián. La expedición mallorquina había fracasado. Zaragoza, Huesca, Oviedo y hasta el Alcázar de Toledo seguían en manos de los rebeldes. En el sur, la República había perdido gran parte de Andalucía, y casi toda Extremadura. La brutalidad y la experiencia del bien armado ejército de África eran las principales razones del éxito de los nacionalistas. El valor podía servir para ganar luchas callejeras, pero era insuficiente para luchar contra legionarios y regulares. Entre las milicias, sólo el Quinto Regimiento sabía algo de disciplina. Los restos del ejército regular, la guardia civil y la de asalto que seguían al lado del gobierno parecían desmoralizados. La República, con sus compras de avienes franceses y su ventaja numérica inicial en cuestión de aviación, podría haber disfrutado a menudo del dominio del aire; pero los pilotos mercenarios franceses no eran muy competentes, y el hecho de que los nacionalistas concentraran sus pocos, pero impresionantes, aviones nuevos, alemanes e italianos, en los frentes de Extremadura y del Tajo les dio la superioridad allí. Los jóvenes pilotos

alemanes que llevaban estos Junker y Heinkel, junto con españoles, en las llamadas escuadrillas de «Pedros» y «Pablos», eran superiores a sus equivalentes franceses. Las predilecciones políticas, además, afectaban a las tácticas. En el frente de Talavera, por ejemplo, los republicanos tenían grandes esperanzas en un tren blindado, el descubrimiento favorito de la guerra civil rusa. En España, aquella «palada vital de carbón que mantiene vivo un fuego mortecino», como Trotsky había llamado a su propio tren, resultó inútil. A pesar de todo, los oficiales españoles de la República tenían constantemente presente la guerra civil rusa para buscar precedentes que les ayudaran a resolver sus propios problemas a la hora de dirigir un ejército popular.[917] Y no sólo tenían problemas en la línea de fuego. El ministerio de la Guerra todavía no tenía un verdadero Estado Mayor central, y el movimiento de las fuerzas de milicianos de un sitio a otro entrañaba dilaciones interminables. Las fuerzas catalanas y anarquistas seguían sin tener ninguna relación con el gobierno de Madrid.

Había pocas oportunidades de hacer prácticas de tiro, y no había bastantes fusiles para tales prácticas, porque muchos trabajadores seguían llevando las armas como símbolo de libertad, y los partidos políticos retenían todas las armas que podían por si tenían que luchar contra sus amigos. Por ejemplo, se creía que la CNT de Madrid tenía 5.000 fusiles en su cuartel general. Además había escasez de comida, lo cual se debía no sólo a la pérdida de Castilla la Vieja, sino al fenomenal desperdicio de comida en el frente, y al consumo inmediato de alimentos y la matanza excesiva de ganado en muchas colectividades agrarias.[918] Una profunda desconfianza impedía todo entendimiento entre comunistas y anarquistas; «la Pasionaria», que iba a Francia en una delegación para tratar de conseguir armas y simpatía, junto con el ex ministro Marcelino Domingo, fue retenida

mucho tiempo en Barcelona por un dirigente lisiado de la FAI, Manuel Escorza, y por Aurelio Fernández, jefe del comité de investigación de Barcelona.[919] Además, el hecho de que los gobiernos británico y francés defendieran la no intervención era desmoralizador, no porque la República tuviera escasez de armas (que aún no la tenía) sino porque la no intervención producía la impresión de que la República estaba aislada.



En la capital, este sombrío panorama impulsaba a la gente a apoyar a Largo Caballero, que ahora era

virtualmente el rey de Madrid. Casi cada día, él y Álvarez del Vayo iban a la sierra para alentar a los milicianos y ser ovacionados por ellos. Sin embargo, no querían simplemente entrar en el gobierno, sino dominarlo. Hablaban de la necesidad de un gobierno fuerte, capaz de sobreponerse a las expresiones conflictivas de la voluntad popular en toda España. Ellos y sus seguidores ambicionaban, además, un auténtico gobierno proletario. Hasta Prieto se había quejado en Informaciones de que en el ministerio de la Gobernación no se veía con buenos ojos la lectura de periódicos socialistas. El propio Prieto podría haber sido un candidato a jefe de gobierno, en agosto, lo mismo que en junio; trabajaba incesantemente en los ministerios, aun sin ser ministro. El socialista italiano Pietro Nenni le describía en mangas de camisa, inmerso en la actividad: «No es nada; no es ministro; solamente es diputado de un parlamento en vacaciones. Y, sin embargo, lo es todo: el animador y el coordinador de la acción gubernamental»[920] Durante mucho tiempo, Prieto se había opuesto a la idea de que su partido se hiciera con el gobierno, porque todavía creía posible influir en Inglaterra y Francia para que ayudaran a la República si se mantenía un gobierno puramente de dase media. Sin embargo, a pesar de que mantenía su aversión a Largo Caballero, Prieto se daba cuenta de que era el único sucesor posible de Giral.[921] Por lo tanto sugirió que los ministros socialistas se limitaran a «guiar» al gobierno de Giral, como él mismo estaba haciendo. Los comunistas apoyaban esta política.[922] Largo Caballero creía que aquello comprometería a los socialistas, igual que —según creía él ahora— su participación en el gobierno de Azaña de 1931 les había comprometido, y había ayudado a los anarquistas. De hecho, Largo Caballero quería dirigir el gobierno él mismo.

Por esta época, el ambiente en la República se había visto sensiblemente alterado por las muertes de muchos de

los prisioneros políticos que estaban en manos del gobierno. En Barcelona, los generales Goded y Fernández Burríel fueron juzgados a principios de agosto. Se encomendó a un oficial retirado, que se había hecho abogado, la defensa de los dos generales, que se comportaron con dignidad. El general Llano de la Encomienda y el general de la guardia civil Aranguren testificaron contra ellos. Los dos generales fueron fusilados por rebelión en la fortaleza de Montjuich. Los miembros liberales del gobierno republicano accedieron de mala gana a confirmar la sentencia de muerte: muchos de ellos conocían bien a Goded. Unos días más tarde, el general Fanjul y el coronel Fernández Quintana, los rebeldes de la capital, también fueron fusilados en Madrid, tras un consejo de guerra; el primero después de casarse en el último momento con una viuda que había hecho de mensajera durante los preparativos del alzamiento.[923] Murieron antes de que sus compañeros de prisión de Madrid corrieran una suerte espantosa. Porque, el 23 de agosto, se declaró un incendio en la cárcel Modelo. [924]

¿Fue provocado por los tres mil presos políticos que se encontraban allí y atacaron a sus guardianes con colchones a los que habían prendido fuego, en un intento de fuga? ¿O fue obra de los delincuentes comunes de la cárcel, estimulados por milicianos de la CNT, que habían estado buscando armas? Un juez imparcial, Mariano Gómez, que llegó poco después, creyó que había sido lo primero. Pero, de todos modos, la noticia de que los presos políticos se habían rebelado se extendió por la ciudad, al tiempo que se empezaba a hablar también de la «matanza de Badajoz». Se congregó una multitud, encabezada por milicianos que estaban de permiso, pidiendo que se asaltara el edificio para matar en masa a los prisioneros políticos. Llegaron algunos políticos socialistas para pedir moderación. Pero los milicianos se negaron a escuchar. El personal de la prisión

huyó. Cuarenta prisioneros fueron fusilados en el patio. A la mañana siguiente fueron fusiladas otras treinta personas. Entre ellas se contaban ex ministros tan famosos como Manuel Rico Avello, Melquíades Álvarez, fundador del Partido Reformista en 1912, bajo cuya dirección se habían iniciado en la política muchos dirigentes republicanos, y Martínez de Velasco, dirigente del Partido Agrario; así como destacados falangistas, entre ellos Fernando Primo de Rivera, hermano de José Antonio, y Ruiz de Alda. Otros muertos en la cárcel Modelo fueron el doctor Albiñana, jefe del Partido Nacionalista, Santiago Martín Bagüeñas, jefe de policía de Madrid hasta el momento del alzamiento, el general Capaz, y el general Villegas, jefe de la revuelta en el cuartel de la Montaña. Ruiz de Alda, fusilado por los «republicanos», estaba casado con una hija del almirante Azaróla, que había sido fusilado por los «fascistas» en El Ferrol; mientras que el general Capaz, comandante del Marruecos occidental, «héroe del Rif», había venido en julio a Madrid precisamente para no tener que pronunciarse por uno u otro bando en el momento del alzamiento. Estos asesinatos resultaron más aterradores que los «fascistas»: Azaña y Giral estaban desolados; el primero deseaba haber muerto también él, y el segundo lloró.[925] ¿Dónde estaban las «fuerzas del orden normales»? El ministro de la Gobernación, general Pozas, hizo lo que pudo; otros, que habría sido de esperar que estuvieran presentes (como el nuevo director general de Seguridad, Manuel Muñoz), estuvieron ostensiblemente ausentes.

Después de estos sucesos, el ministerio de Justicia creó los tribunales populares, destinados en teoría a cubrir los huecos dejados por la dimisión, la huida o el asesinato de las autoridades judiciales normales. Estos tribunales se componían de catorce delegados del Frente Popular y la CNT, con tres miembros del antiguo cuerpo judicial. Las

personas denunciadas ante estos tribunales podían tener ciertas formas elementales de defensa, aunque los falangistas casi siempre eran fusilados, lo mismo que, generalmente, los miembros de la CEDA o los que les habían ayudado con donativos. Continuaron dándose anomalías y desmanes de la justicia: por ejemplo, un médico, denunciado por un paciente que le debía dinero, pudo demostrar la falsedad de los cargos que se le imputaban y conseguir que fuera juzgado el que le había denunciado; en cambio, un comerciante corriente no logró evitar hasta el último momento que le castigaran como espía, a consecuencia de la denuncia de un acreedor. A pesar de todo, continuaron las ejecuciones «no autorizadas», aunque, con menos ferocidad. Los duques de Veragua y de la Vega, hermanos y descendientes de Colón, fueron fusilados por unos milicianos que temían que el tribunal popular les declarara inocentes. A finales de agosto, el gobierno ordenó que se cerraran todos los portales a las once de la noche, suprimió los serenos, advirtió a los porteros que no permitieran a nadie entrar en las casas, y que telefonearan a la policía si oían «fuertes golpes indicando que querían entrar milicianos».

El 4 de septiembre, Azaña se resignó a lo inevitable, aceptó la dimisión de Giral como jefe de gobierno, y pidió a Largo Caballero que formara gobierno. Largo Caballero, el sucesor obvio, se negó a aceptar el cargo a menos que el Partido Comunista entrara en el gobierno. Invitó a los anarquistas a entrar: ellos se negaron. No estaban dispuestos a abandonar su desprecio teórico hacia el poder gubernamental; en lugar de aquello, querían un comité de defensa nacional, en el que sólo estuvieran representadas la UGT y la CNT, con poder delegado directamente por las colectivizaciones y las regiones: esto es, la plena realización del Estado sindicalista. Esto era inaceptable; en el seno de la

CNT continuó el debate sobre la actitud a tomar ante estas cuestiones. Así, en una reunión de federaciones del movimiento libertario de Cataluña, a finales de agosto, García Oliver, cansado de tanto hablar, dijo bruscamente: «O colaboramos o imponemos una dictadura. ¡Elegid!»[926] El sumo sacerdote de la oposición a la idea misma de la autoridad gubernamental era el lisiado Manuel Escorza, cuyo único cargo era el de miembro del comité peninsular de la FAI. Honrado, implacable, inaccesible, amargo e irónico, Escorza dominaba en las discusiones dentro del movimiento anarquista por pura fuerza de voluntad, y también (como señalaban los comunistas) utilizando una fuerza de policía privada, que ejecutaba plenamente las órdenes de su amo de «no dar cuartel a fascistas ni a neutrales». Mientras continuara este espíritu de gran inquisidor, era difícil que se impusieran los argumentos del realismo, esto es, de alianza con los demás partidos. En cambio, los comunistas entraron a formar parte del gobierno central. El comité central comunista español se había opuesto a ello, pero Moscú, no obstante, cursó instrucciones ordenando que entraran.[927] Los comunistas explicaron que la guerra civil exigía unidad contra el fascismo y que ya se habían alcanzado los principales objetivos de la revolución burguesa. Por consiguiente, Hernández, director de *Mundo Obrero*, pasó a ser ministro de Educación, y Uribe, un teórico marxista, de Agricultura. Había seis socialistas en el gobierno, incluidos Prieto como ministro de Marina y del Aire, y Álvarez del Vayo como ministro de Estado. Habría sido más apropiado haber dado a Prieto el ministerio de la Guerra, pero Largo Caballero quería controlar por sí mismo aquel ministerio tan importante. También fue una tontería entregar el ministerio de la Gobernación, tan importante desde el punto de vista de la prevención de los asesinatos, a un hombre tan incompetente como Ángel Galarza, aunque

tuviera experiencia como director general de Seguridad durante los primeros años de la República. Juan Negrín, un socialista prietista, fue nombrado ministro de Hacienda; había sido profesor de fisiología en la universidad de Madrid y, aun siendo diputado, se había distinguido principalmente por su organización de la nueva ciudad universitaria, hacia las afueras de Madrid. Luis Araquistain fue nombrado para el puesto de embajador en París, puesto que implicaba la presidencia de la comisión republicana para la compra de armas en París.[928] El embajador en Londres, López Oliván, que era monárquico, renunció entonces a su cargo y se unió a los nacionalistas. Fue reemplazado por Pablo de Azcárate, vicesecretario general de la Sociedad de Naciones, que, dado que era un liberal de miras amplias, parecía la persona más indicada para representar los intereses republicanos en la importantísima embajada de Londres.

Completaban el gabinete republicano dos miembros de Izquierda Republicana (incluido Giral, el ex jefe de gobierno, como ministro sin cartera), uno de Unión Republicana, y uno de *Esquerra*.[929]

En el ministerio de la Guerra, Largo Caballero creó un nuevo estado mayor central organizado por el comandante Estrada. El coronel Rodrigo Gil, un oficial de artillería de la vieja escuela que, a pesar de todo, tenía puntos de vista marcadamente izquierdistas, fue nombrado subsecretario de la Guerra. La influencia comunista en el ministerio de la Guerra aumentó, dado que el comandante Estrada estaba a punto de ingresar en el Partido Comunista, y el jefe de la secretaría técnica era Antonio Cordón, otro nuevo comunista, que controlaba los suministros.[930] Y otro nuevo comunista, el comandante Díaz Tendero, espíritu impulsor de la UMRA antes de la guerra, se convirtió en el jefe de un «comité de clasificación» cuya tarea consistía en clasificar a todos los oficiales de la zona republicana según su fiabilidad

política; **F** significaba fascista, **I** indiferente y **R** republicano: así fueron etiquetados unos 10.000 nombres; y todos los que tenían una **R** no tardaron en ser llamados al servicio activo. Una reorganización similar, aunque en menor escala, se produjo en las fuerzas aéreas, donde Prieto creó un nuevo estado mayor general bajo el mando del comandante Ignacio Hidalgo de Cisneros, oficial regular de las fuerzas aéreas y antiguo colaborador suyo, que había estado al mando de la aviación en Madrid desde julio.

Este «gobierno de la victoria», como lo llamaron, fue el primer gobierno occidental en el que participaron comunistas.[931] Su propósito era crear un gobierno fuerte dentro del marco de la legalidad republicana. Largo Caballero, por lo tanto, y el ala de los socialistas que le seguía, habían revisado radicalmente sus actitudes políticas, a consecuencia de sus experiencias en las seis semanas transcurridas desde el estallido de la guerra. A partir de entonces, en el círculo de Largo Caballero se hablaría mucho menos de la necesidad de la revolución. En cambio, las palabras claves pasaron a ser compromiso y movilización: movilización total de todas las clases, incluida la burguesía, si era posible, contra el enemigo. Largo Caballero, en el poder, trató de adoptar una actitud ante la autoridad muy diferente de la que había inculcado a sus seguidores antes de la guerra.

Su primera tarea fue la de evitar la derrota. Ante la alarmante proximidad del frente del Tajo, fue enviado el comandante (ahora coronel) Asensio Torrado, uno de los pocos africanistas competentes que había permanecido leal al gobierno, para que se enfrentara con Yagüe, y con su homónimo Asensio, de la legión. La columna Gastone-Sozzi de voluntarios italianos fue trasladada de Aragón al Tajo, junto con un nuevo grupo de voluntarios franceses, la columna Comuna de París. Asensio Torrado atacó en

Talavera. Desdeñoso de la política, de aire señorial, un militar profesional muy completo, introdujo el orden y la disciplina en el frente, pero no pudo mantenerlo. Aunque sus hombres lucharon con valor y, esta vez, con perseverancia, no consiguió maniobrar para hacer frente al rápido contraataque nacionalista. Igual que ya les había ocurrido a otros jefes republicanos a menudo, se vio obligado a elegir entre retirarse o quedar cercado. Sus hombres decidieron por él. Retrocedieron como una avalancha hasta más allá de su puesto de mando, abandonando gran cantidad de material. Pero a esta nueva retirada republicana no siguió de inmediato ningún avance nacionalista. El avance desde Sevilla había cansado incluso al ejército de África. El estado mayor nacionalista suponía que, cuanto más se aproximaran sus ejércitos a Madrid, más dura sería la resistencia. En esta pausa, mientras se reorganizaba la principal columna de ataque, y se establecía en Talavera la base de operaciones contra Madrid, una fuerza recién equipada, a las órdenes del coronel Delgado Serrano, se dirigió rápidamente hacia el norte para establecer contacto por primera vez con las tropas del ejército de Mola que estaban situadas más al sur, compuestas por una fuerza de caballería que venía de Ávila, a las órdenes del coronel Monasterio. El 8 de septiembre las dos fuerzas se unieron en Arenas de San Pedro, en la sierra de Credos. Esto privó a la República de una gran porción de su territorio occidental. La pacificación del área se llevó a cabo a continuación, con la crueldad habitual.[932]

Al día siguiente, los defensores del Alcázar de Toledo recibieron por un megáfono, desde una posición que los milicianos habían establecido en una casa situada al otro lado de la calle, la noticia de que el comandante Rojo, ex profesor de táctica en la academia de Infantería, deseaba hablar con ellos para presentarles una propuesta del

gobierno. Como Rojo era conocido de Moscardó y otros de los oficiales defensores, se concertó un alto el fuego y fue recibido en el Alcázar. Él propuso que, a cambio de la rendición del Alcázar, se garantizaría la libertad de todas las mujeres y los niños que se encontraban en su interior. Los defensores serían sometidos a consejo de guerra. Moscardó rechazó estas condiciones. Por su parte, pidió a Rojo que solicitara al gobierno el envío de un sacerdote al Alcázar durante otro alto el fuego. Rojo prometió transmitir su petición y se fue, después de charlar con los oficiales de la guarnición, que insistieron, sin éxito, en que se quedara con ellos.[933] Luego, el 11 de septiembre, durante una tregua de tres horas, llegó a la fortaleza un afable sacerdote, Vázquez Camarasa, que se había salvado de morir en Madrid a manos de los milicianos gracias a su liberalismo. Debido a la imposibilidad de oír confesiones individuales, dio una absolución colectiva a Moscardó y los defensores. En un sombrío sermón, habló de la gloria que lograría la guarnición para el otro mundo. De esta manera administró una especie de extremaunción a los defensores. Mientras tanto, algunos de los guardias civiles defensores del Alcázar hablaban con los milicianos que los sitiaban. Éstos dieron cigarrillos a los defensores y se comprometieron a llevar mensajes a sus familias. Vázquez Camarasa se fue, y el asedio continuó.[934] Los republicanos intentaron poner fin a la resistencia minando los muros desde fuera y colocando una mina bajo una de las dos torres más próximas a la ciudad. Fueron evacuados los habitantes de la ciudad en previsión del furioso asalto que se proyectaba llevar a cabo después de la explosión. Fueron invitados a Toledo corresponsales de guerra, para que contemplaran la caída del Alcázar, como si hubiera la seguridad de que se iba a tratar de una sesión de gala.[935] Largo Caballero (para quien el Alcázar había llegado a convertirse en una obsesión) rechazó

el ofrecimiento de José Díaz y Enrique Líster, los jefes comunistas, de enviar el Quinto Regimiento a Toledo; probablemente pensaba que podría ganar aquella batalla sin ayuda comunista; fue uno de los primeros indicios de que tal vez el «Lenin español» resultara tan difícil de manejar para los comunistas como lo había sido para los «moderados».[936] El 18 de septiembre voló la torre del sudeste, pero la mina situada bajo la torre nordeste no explotó.

Antes de los momentos decisivos, que ahora parecían avecinarse, en Toledo, los rebeldes tuvieron algunas victorias importantes en otros sitios. Así, el 13 de septiembre, los vascos abandonaron la capital veraniega de San Sebastián a Mola, prefiriendo no luchar a arriesgarse a que quedaran destruidas sus hermosas avenidas. Además fusilaron a unos anarquistas que querían incendiar la ciudad antes de que entrara el enemigo. Los presos políticos (incluida la esposa del coronel nacionalista Solchaga) fueron conducidos fuera, generosidad que contrastó con la forma de actuar de los nacionalistas en la ciudad conquistada; porque se redactó una lista negra de sospechosos de ser nacionalistas vascos, y ellos o sus parientes próximos (si ellos estaban ausentes) fueron hechos prisioneros o fusilados en Pamplona.[937] Pero los ánimos nacionalistas, y en particular los carlistas, estaban exaltados por el descubrimiento del asesinato, en aquella provincia, de numerosos ciudadanos prominentes, tales como Víctor Pradera y Honorio Maura, y no tuvieron clemencia.

Esta derrota dejaba toda Guipúzcoa en manos rebeldes. Además impulsó a Prieto, el nuevo ministro de Marina, a enviar el grueso de la armada republicana a aguas del norte, para lo cual tuvieron que zarpar de Cartagena y otros puertos mediterráneos el 22 de septiembre. Indudablemente, esta acción impidió que los rebeldes bloquearan la costa norte. Pero, aparte de esto, no sirvió de mucho para la

guerra. Entretanto, en el sur, el general Varela iniciaba una nueva marcha andaluza, dirigiéndose al norte de las montañas que protegen la larga llanura costera de Málaga. En su ruta hacia Ronda, Varela ocupó un pueblo tras otro sin encontrar resistencia. Ronda cayó el 16 de septiembre. Además, Queipo de Llano capturó las importantes minas de Peñarroya. Estas victorias fueron seguidas de proscripciones brutales.

En el valle del Tajo no tardó en reanudarse el combate. Una vez más, los milicianos lucharon con formidable valor. En esta ocasión, en Oropesa, habían llegado a convencerles de que tenían que cavar trincheras. Y, sin embargo, ahora se negaron a salir de ellas, aun cuando Yagüe envió tropas por ambos lados para rodearlos. Después de un combate de siete horas, los milicianos se vieron obligados una vez más a elegir entre retirarse o seguir cerrados. Una vez más escogieron lo primero, abandonando su posición defensiva de Santa Olalla, y también la población mayor próxima a aquélla, Maqueda, que cayó en manos de Yagüe el 21 de septiembre. Murió uno de los inspiradores de la lucha del mes anterior, el exiliado italiano dirigente del batallón comunista Octubre Nº 11, Fernando de Rosa, que había sido uno de los organizadores de la milicia socialista antes de la guerra.[938] En Oropesa, un grupo de la Juventud Socialista Unificada, dirigido por el comunista Andrés Martín, luchó hasta el fin, en la iglesia.[939] En todas estas batallas, lo que dio el triunfo a los rebeldes fue la destreza profesional de los legionarios, así como la leyenda de su brutalidad, a pesar de que eran menos numerosos, y no iban tan bien armados como sus adversarios.

Ahora, sin embargo, el mando nacionalista tuvo que enfrentarse con una decisión crítica: ¿liberarían Toledo, que sólo estaba a cuarenta kilómetros, o continuarían la marcha sobre Madrid? Ahora, la situación del Alcázar era alarmante.

Los defensores vivían sólo en los sótanos. Apenas les quedaba agua y se habían visto obligados a comerse todas sus mulas y todos sus caballos menos uno: un caballo de raza que fue atendido hasta el final. El 20 de septiembre, se colocaron en el hospital de la Santa Cruz cinco cisternas llenas de gasolina y se rociaron los muros del Alcázar con el líquido inflamable. Se lanzaron granadas para provocar el incendio. Un defensor salió del Alcázar y dirigió la manguera contra los milicianos. El defensor fue muerto y la manguera volvió a dirigirse contra el Alcázar. Por la tarde, ardió la gasolina, pero no causó grandes daños. Por la noche, Largo Caballero llegó a Toledo, para insistir en que el Alcázar tenía que caer antes de veinticuatro horas. Al final permitió que se sumaran a la batalla de Toledo unidades comunistas dirigidas por el comandante Barceló; pero fue inútil. Al día siguiente, Franco decidió liberar la ciudad. El general Kindelán le preguntó si se daba cuenta de que aquello podía significar la pérdida de Madrid. Franco reconoció que era posible, pero arguyó que el valor espiritual (o propagandístico) de liberar a Moscardó era más importante.[940] Tenía razón: aunque no era sentimental, Franco sabía la importancia que en España se daba a los símbolos. El 23 de septiembre, Varela, llegado de Andalucía para tomar el mando porque Yagüe se había opuesto a la desviación hacia Toledo, salió con unas columnas a las órdenes del coronel Asensio y Barrón, para avanzar sobre la ciudad desde el norte. Entretanto, los sitiadores colocaron una nueva mina bajo la torre nordeste. Llegaron a Toledo numerosos guardias de asalto de Madrid; para lanzar el ataque final. El 25 de septiembre explotó la mina, y la torre se desplomó sobre el Tajo. Pero los sólidos cimientos de roca de la fortaleza permanecieron intactos; y, mientras el gobierno publicaba comunicados anunciando la caída del Alcázar, Varela llegaba a un punto situado a sólo quince

kilómetros.

El 26 de septiembre, el ejército de África cortó las comunicaciones de Toledo con Madrid por carretera. Los republicanos sólo podrían huir hacia el sur. El 27 por la mañana, los defensores divisaron al ejército amigo de Varela que ocupaba las peladas colinas que hay al norte de la ciudad. Al mediodía, se lanzó un ataque contra Toledo desde el exterior. Una vez más, el entrenamiento del ejército de África dio un resultado inmediato, aunque Toledo era fácil de defender. Los milicianos rompieron filas y huyeron, llevándose, sin embargo, la mayor parte del contenido de la fábrica de armas. Por la tarde, los defensores del Alcázar oyeron hablar en árabe en las calles inmediatas. Había llegado la liberación. Sólo quedaba el baño de sangre que solía acompañar a la conquista de una ciudad por parte de los rebeldes. El teniente Fítzpatrick, que iba con la legión extranjera, contó que, en represalia por el hallazgo de los cuerpos mutilados de dos aviadores nacionalistas en las afueras de la ciudad, no se hicieron prisioneros al entrar en Toledo, y que por la calle principal corría la sangre hacia las puertas de la ciudad.[941] Los marroquíes, además, asesinaron a un médico y a una serie de milicianos heridos en sus camas en el hospital de San Juan. Cuarenta anarquistas atrapados en un seminario se emborracharon con anís y prendieron fuego al edificio donde se ocultaban, pereciendo abrasados.[942] Varela entró en la ciudad el 28 de septiembre. Moscardó, ante sus hombres formados, le informó, saludando, de que no tenía nada que comunicar, utilizando la expresión «sin novedad», que había servido de consigna a los rebeldes los días 17 y 18 de julio. Los sitiados salieron al aire libre por primera vez en dos meses; el arzobispo Gomá volvió a su sede episcopal escoltado por moros; y se alzaron plegarias a «la Virgen subterránea del Alcázar».[943]

A pesar de todo, las consecuencias militares de la

liberación del Alcázar fueron las que Yagüe había temido. La República tuvo tiempo para reorganizarse de cara a la defensa de Madrid y pudo, como veremos, conseguir sustancial ayuda exterior. Sin embargo, Franco tomó su decisión de desviarse hacia Toledo deliberadamente, y es fácil imaginar el vilipendio que habría caído sobre él si hubiera dejado morir a Moscardó.[944] Sin duda, el énfasis dado a la «epopeya» del Alcázar en la propaganda posterior se debió a un deseo de dar la impresión definitivamente de que la decisión había sido la correcta.

25

La España nacionalista en agosto. — La bandera nacionalista. — Gran concentración en Sevilla. — Los créditos de la Texas. — Controversia con los alemanes. — «El joven general».

En el mes de septiembre, los rebeldes empezaron a infundir a su movimiento un sentido heroico, que era el único que podía justificar el esfuerzo bélico. Mientras los primeros comunicados del mes de julio hablaban de la necesidad de mantener el orden y dominar la anarquía, ahora se insistía en la idea de «cruzada de liberación». A fin de mantener aquel esfuerzo, asegurar el funcionamiento de arsenales y fábricas, sostener la moral y justificar las ejecuciones, se hacía necesario apelar continuamente al espíritu y al pasado nacionales y excitar los sentimientos cívicos por medio de la propaganda patriótica. A los republicanos de todas las tendencias se les calificaba de «rojos». Muchas iglesias que permanecieron vacías antes de julio se llenaban a tope los domingos, y la controversia en torno a la bandera y el lema —«viva la República» o «viva España»— quedó zanjada, volviéndose a los primitivos símbolos. (No obstante, en las primeras semanas de la guerra, derechas e izquierdas usaban idénticos lemas bélicos: «viva España y viva la República», así el comandante Bayo al desembarcar en Mallorca y también Franco en el mes de julio.)[945]

El 15 de agosto, fiesta de la Asunción, se sustituyó oficialmente la bandera republicana por la monárquica. Este acto, de tanta trascendencia para los carlistas, constituyó la única concesión hecha a la monarquía española durante la guerra; y las fuerzas de Mola siguieron usando durante algún tiempo la bandera republicana. Sin embargo, en una ceremonia solemne que se celebró en Sevilla, Franco, desde el balcón principal del ayuntamiento, se adelantó y besó repetidas veces la bandera roja y gualda, mientras gritaba a la muchedumbre que abarrotaba la plaza: «¡Aquí la tenéis! ¡Es vuestra! ¡Habían querido arrebatárnosla!» El cardenal Ilundáin, arzobispo de Sevilla, la besó a su vez y Franco añadió: «Ésta es nuestra bandera, aquella que todos juramos defender, por la que murieron nuestros padres, cien veces cubierta de gloria». Terminó su alocución con los ojos llenos de lágrimas. A continuación habló Queipo de Llano, quien se enzarzó en una incoherente disertación en torno a las distintas banderas que España ha usado a lo largo de su historia. Terminó comparando los colores monárquicos con «la sangre de nuestros soldados, generosamente derramada, y con el suelo andaluz dorado con sus cosechas».[946] Concluyó con sus habituales referencias a la «canalla marxista». Durante su discurso, Franco y Millán Astray, el fundador de la legión extranjera (que acababa de regresar de la Argentina), que se encontraba junto a él, hicieron grandes esfuerzos por contener la risa. Posteriormente Queipo explicó que la intensa emoción del momento le había impedido desarrollar el discurso según sus deseos. Luego habló el general Millán Astray, hombre que parecía haber perdido en campaña más de la mitad de su cuerpo. Era tuerto, manco y le faltaban varios dedos de la mano que le quedaba. «¡No les tenemos miedo! —gritó—. Dejadlos que vengan, y verán de lo que somos capaces bajo esta bandera.» Una voz exclamó: «¡Viva Millán Astray!» «¿Qué es eso? —

gritó el general—. ¡No quiero vivas para mí! Pero gritad todos conmigo: "¡Viva la muerte!"». Y la multitud coreó el célebre lema. Y añadió: «¡Ahora, que vengan los rojos! ¡Mueran todos ellos!», mientras arrojaba la gorra a la multitud con extraordinaria excitación.

Millán Astray era un luchador austero y entregado, dotado de un fuerte sentido del honor. Había luchado en las Filipinas y sugirió la formación de la legión extranjera a raíz de una temporada que pasó con su homónima francesa. Temerario hasta la locura, el «glorioso mutilado», que había sido comandante en jefe de la legión, dimitió de su cargo como protesta contra la insubordinación de los junteros pero reasumió el mando en los días de la victoria. En el mes de julio de 1936 se encontraba en la Argentina y, al no haber sido consultado por Mola, Millán Astray se hallaba indeciso sin saber qué partido tomar en el momento de estallar la guerra. Pero la actitud de Franco acabó de decidirle, ejerciendo a lo largo de toda la guerra gran influencia sobre el generalísimo, quien confiaba en su opinión, aunque en lo sucesivo ya no le estimulara en su temeridad.

José María Pemán, poeta y escritor monárquico, antiguo colaborador de Primo de Rivera y uno de los apologetas literarios del «Movimiento», tomó la palabra seguidamente. Comparó la guerra con «una nueva guerra de la independencia, una nueva Reconquista, una nueva expulsión de los moros». Esta última exclamación sonaba un tanto extraña en una ciudad desde donde, pocos días antes, había partido una expedición hacia el norte para conquistar Madrid, y cuyos edificios públicos y principales generales se hallaban guardados por los moros. «Veinte siglos de civilización cristiana —agregó Pemán— se encuentran tras nosotros. Luchamos por el amor y el honor, por los cuadros de Velázquez, por las comedias de Lope de Vega, por Don Quijote y el Escorial.» Ante los aplausos que coreaban sus

palabras, añadió: «Luchamos también por el Panteón, por Roma, por Europa y por el mundo entero». Concluyó su triunfal discurso comparando a Queipo de Llano con «la nueva Giralda».[947] Y, a pesar de que esta última comparación del grosero general con la encantadora torre árabe de la catedral de Sevilla resultaba un tanto exagerada aun a los ojos del público que le aplaudía, tal es la facilidad con la que los seres humanos pueden creerse su propia propaganda que muchos partidarios activos de los nacionalistas durante la guerra civil encontraban ajustadas tamañas comparaciones. Las palabras que se repiten y machacan en sentido simbólico terminan cobrando nuevo significado. De tal forma que, una semana después, Millán Astray pudo declarar ante una enorme muchedumbre concentrada en Pamplona: «¡Navarra! ¡Pamplona! ¡Yo te saludo con profunda reverencia! ¡Tú serás la Covadonga de la nueva Reconquista de España y de la fe! ¡Tú serás la cuna del heroísmo nacional!»[948] Las referencias a nombres medievales, voceados en tonos arrebatados, sirvieron temporalmente a los nacionalistas como sucedáneo ideológico. Como señaló Millán Astray en otra ocasión: «¡Castilla! Déjame que diga adiós al grito de "Viva Navarra" que ya es la misma cosa que el de "Viva España"».

Una vez acordado el suministro de material bélico por parte de Alemania e Italia a la semana de empezar la guerra, la primera preocupación de los rebeldes fue la de procurarse créditos para adquirir materias primas básicas como el petróleo, ya que los exiguos envíos procedentes de las Canarias resultaban claramente insuficientes. También era imprescindible improvisar la estructura del nuevo Estado, empresa que los «reaccionarios» banqueros españoles acometieron con el entusiasmo institucional de los revolucionarios.

La posesión por parte de la República del oro español

trajo consigo que los nacionalistas, al empezar la guerra, carecieran de fondos que respaldaran su moneda y de los medios para obtener créditos exteriores. Para combatir tal situación se propusieron las siguientes medidas: prorrogar el pago de intereses sobre la deuda nacional; reducir todos los gastos superfluos de gobierno; crear nuevos derechos que incrementaran los ingresos públicos —como, por ejemplo, el impuesto sobre los sueldos de funcionarios civiles, que vendrían obligados a trabajar gratuitamente un día por semana—, y establecer un impuesto sobre los legados. En lo sucesivo la guerra se financió mediante mecanismos financieros internos, (empréstitos, suscripciones y nuevos impuestos) y gracias a la ayuda exterior.[949] Se adoptaron medidas estrictas para prohibir la exportación de moneda nacional y para fijar la peseta al nivel de antes de la guerra. El único respaldo con que contaba la peseta era la esperanza en la victoria nacionalista. La agencia alemana HISMA, bajó la enérgica dirección de Bernhardt, contribuyó a estabilizar la moneda nacionalista. Y el comercio de exportación de las minas de Andalucía y Marruecos, así como el producto agrícola de las Canarias y Andalucía, ayudaron a reforzar la economía. Por otra parte, los grandes financieros de Europa y América no sólo esperaban la victoria de los nacionalistas sino que además la deseaban. El colapso de las inversiones en Rusia era tan reciente que no podía olvidarse. El suministro de petróleo quedó asegurado cuando la Texas Oil Company decidió conceder créditos a largo plazo sin garantía. En el momento del alzamiento se dirigían a España cinco buques cisterna de la Texas Oil Company. El capitán Thorkild Rieber, presidente de la compañía y pro-fascista notorio (que en el mes de agosto visitó la España nacionalista para celebrar conversaciones con Franco y Mola), dio orden de entregar la mercancía a los nacionalistas. Las remesas continuaron.[950]

Las relaciones entre los españoles y sus aliados alemanes no eran sinceras. Por ejemplo, a finales de agosto el comandante Von Scheele, que dirigía los suministros de material bélico, tuvo una discusión con el jefe de la aviación nacionalista, general Kindelán. Von Scheele temía que los rápidos aviones Breguet que operaban en el frente de Aragón aplastarían a los alemanes y Kindelán insistió en que los cazas Heinkel fueran pilotados por españoles. Von Scheele le respondió que los españoles no estaban capacitados para ello. La controversia le fue planteada a Franco. También existía rivalidad entre el nazi Bernhardt y el militar Von Scheele, pues aquél trataba a éste como a im subordinado, dando la impresión de que aquél (Bernhardt) era el delegado de Hitler ante Franco. Así se evidenciaba en territorio español la enemistad latente entre el partido nacionalsocialista y el ejército alemán. El funcionario Eberhard Messerschmidt, a su regreso a Alemania después de un viaje por la España nacionalista, expuso al ministerio de Asuntos Exteriores de su país que había llegado el momento de obtener concesiones de Franco para asegurar la «futura influencia económica y acaso política» de Alemania sobre España. Sugirió que se firmase un tratado por el que España se obligara a entregar a Alemania una determinada cuota de materias primas a Alemania durante determinado número de años. Bernhardt, ansioso de congraciarse con Franco, se opuso a ello. Pero al final y contra el consejo de Bernhardt, Franco resolvió entregar cobre de las minas de Río Tinto, nominalmente inglesas, en pago del material de guerra.[951]

Tampoco los alemanes congeniaban plenamente con Franco en el aspecto ideológico. El capitán Ronald Strunk, periodista y funcionario del servicio secreto alemán, denunció posteriormente que la política de la «vía media» de Azaña era superior a la del llamado «ejército salvador»

de Franco, presintiendo una regresión al orden antiguo, que se basaba parcialmente en los terratenientes y en la existencia de una Iglesia fuerte.[952]

A la sazón la ayuda italiana se limitaba al envío de aviones Savoia y Fiat pilotados por italianos, unos cuantos tanques Fiat-Ansaldo y otro material de menor cuantía, material que se integró técnicamente en las fuerzas nacionalistas como parte de la legión extranjera. A este respecto todavía no habían surgido serias disputas.

Durante el mes de agosto la posición de Franco en el bando nacionalista se reforzó considerablemente. En parte, se debía a los éxitos logrados por el ejército de África frente a las campañas menos espectaculares que atribulaban a Mola. Y en parte también a las relaciones que Franco había establecido con Alemania e Italia. Ambas naciones, y especialmente la primera, sacaron la impresión de que «el joven general», al tiempo que era un militar competente era persona sensible a sus influencias. Juan March también le apoyaba y sin duda era otro factor más a su favor. Canaris se refería a Franco con el mismo entusiasmo que Johannes Bernhardt.

Por el momento la España nacionalista carecía de mando único. El problema se hacía cada vez más grave y, a finales de agosto, varios generales, especialmente Kindelán, jefe de la aviación, empezaron a buscar el mejor modo de resolverlo.[953] En la España nacionalista —como ocurría asimismo en la republicana— el «cantonalismo» había alcanzado su máximo, el techo. Por ejemplo, el gobernador militar de Badajoz, coronel Cañizares, quien se había pasado a las filas de la Falange, se negó a colaborar con Queipo conservando una independencia casi total dentro de su feudo durante varios meses.[954] ¿Sacaría la Falange el provecho posible de aquella coyuntura? No fue así, pues aún no se había recuperado de los duros reveses del mes de julio.

Sus partidarios se habían visto arrastrados a una sublevación con la que muchos de sus dirigentes no simpatizaban. La mayor parte de estos dirigentes vagaban por la España republicana y muchos habían muerto. Una legión de nuevos miembros pululaba por las calles exhibiendo la camisa azul. Estos hombres y mujeres a menudo no sabían nada del ideario político de José Antonio. Algunos eran meros aventureros que desde siempre anhelaron que estallara una crisis nacional. Algunos de ellos procedían de las izquierdas. El jefe local de la Falange de Segovia, Dionisio Ridruejo, calculó posteriormente que el veinte por ciento de nuevos miembros eran tránsfugas de las izquierdas. Jesús Muro, antiguo miembro de la Unión Patriótica de Primo de Rivera y jefe provincial de Zaragoza tenía una guardia personal compuesta por antiguos miembros de la CNT.[955] Tampoco faltaban en la Falange antiguos afiliados al Partido Radical y a la CEDA y muchas personas sin definir políticamente.

El 29 de agosto, el jefe provincial de Sevilla, Joaquín Miranda, torero y antiguo partidario de Miguel Maura, que había controlado a casi todos los partidos andaluces, convocó una concentración de todos los dirigentes falangistas que habían sobrevivido a los hechos del mes de julio.[956] También asistió al acto Agustín Aznar, de veinticuatro años de edad, jefe de las milicias de Madrid, que había dirigido los trágicos combates callejeros de Madrid en las jornadas inmediatamente anteriores a la guerra, y Andrés Redondo, hermano de Onésimo y que, no perteneciendo al partido antes de la guerra, recogió la herencia de su hermano en Valladolid y por entonces se autodenominaba «jefe territorial» de Castilla la Vieja. A este acto siguió una reunión del consejo nacional de Falange Española en Valladolid celebrada el día 2 de septiembre. En dicha reunión Aznar, Rafael Garcerán (que era pasante del bufete de José Antonio y había logrado huir del cuartel de la

Montaña tras su caída) y otros afiliados a la antigua Falange madrileña consiguieron ver aprobado su proyecto de formar una junta de mando «provisional» de siete hombres presidida por Manuel Hedilla, jefe provincial de Santander.

Hedilla era un hombre honrado y falto de imaginación, que parecía incapaz de ejercer el mando supremo con plena independencia. Se trataba de un antiguo mecánico sin instrucción. Tenía algunas ideas originales y pronto denunció a aquellos de sus colegas que habían cometido crímenes para saldar sus cuentas personales. Mola le admiraba por la actitud resuelta que manifestó en Galicia en el momento del alzamiento. Algunos veían en él a un líder proletario que podría encumbrar al fascismo español; Aznar y Garcerán veían en él a un jefe provisional eficiente hasta la liberación de José Antonio, que constituía su preocupación central. El deseo de mantener vacante el puesto que ocupara José Antonio fue la causa principal del fracaso de la Falange en lograr el control del Estado.[957]

Gil Robles giró una breve visita a la España nacionalista y al frente de guerra. En Burgos pasó apuros para evitar su detención por los falangistas y se retiró a Lisboa, en donde vivió exiliado durante el resto de la guerra y muchos años más, sabiendo que su hora había pasado, aunque, de haber permanecido en España, podía haber desempeñado algún papel, pese al número y la fuerza de sus enemigos de filiación monárquica y falangista.[958] «Gil Robles tiene la culpa de todo», declaró José Antonio al periodista norteamericano Jay Alien en la cárcel de Alicante. Y eran muchos los que pensaban como él.

Entre los que competían por alcanzar la autoridad o el poder se contaba el ex rey Alfonso XIII, quien se encontraba en la Europa central y vacilaba en prestar apoyo abiertamente aun a sus propios amigos en aquella contienda. Pero nadie le pidió que regresara. Su hijo don Juan trató de

entrar en España e incorporarse a la guerra. Pero no pasó de Pamplona. Mola le hizo detener y conducir escoltado hasta la frontera, alegando que no debía arriesgar su vida. En la nueva España la instauración monárquica se perfilaba tan difícil como la democracia. (Posteriormente don Juan pidió permiso a Franco para gusto de aquél.) Aún así, en septiembre, los carlistas practicaban un semicontrol de la provincia de Navarra y se ocupaban activamente de introducir la religión en el campo de la enseñanza.

A la sazón tanto Franco como el capitán Moreno Hernández, comandante en jefe de la marina nacionalista, se habían incorporado a la junta formada por Mola en el mes de julio. Ésta se reunió el día 21 de septiembre en un campo de aviación habilitado en la finca de don Antonio Pérez Tabernero, ganadero taurino, sita en San Fernando, cerca de Salamanca. Los generales Orgaz y Kindelán expusieron su proyecto de crear un mando único. Mola se adhirió a él con un entusiasmo que hada recelar de la sinceridad de sus intenciones. El general Cabanellas fue el único discrepante. Kindelán, apoyado por Mola, propuso a Franco como general en jefe del mando unificado. Así se aprobó, con la abstención de Cabanellas. Los generales se separaron. Durante diez días no ocurrió nada.[959] Kindelán era monárquico y amigo personal del rey. Creía que Franco terminaría apoyando la restauración. Otros personajes que intrigaban y ejercían presión sobre Franco en el cuartel general de Cáceres eran su hermano Nicolás, de 45 años de edad; Yagüe, quien se hallaba temporalmente sin empleo, a pesar de sus victorias de Extremadura, por haber resignado el mando tras la decisión de enviar auxilio a Toledo; y Millán Astray, que fuera jefe de Franco en la legión.

El general Cabanellas prolongó por unos cuantos días sus funciones como presidente de la junta. Conocía mejor que nadie las diferencias entre sus compañeros de

generalato y debió prever que tarde o temprano influirían de modo perjudicial en el curso de la guerra. No obstante, hubiera preferido la junta de tres generales para conjurar la amenaza de una dictadura. Aun reconociendo las cualidades militares de Franco, por haberle tenido a sus órdenes en África, recelaba que, una vez instalado en el poder, ya no lo abandonaría.[960] En consecuencia, Cabanellas trató de evitar los efectos del voto del 21 de septiembre. Pero por entonces Franco, el general victorioso en el sur (aunque no en la totalidad de este territorio), constituía ya la esperanza de la clase media y de todas las derechas en una nación que, si bien se mira, vivía sumida en la catástrofe pura y simple.

Calvo Sotelo, Sanjurjo, José Antonio y Goded o habían muerto o estaban ya fuera de juego. A Mola le había perjudicado el fracaso de la conspiración en la consecución de sus objetivos y era enemigo implacable de una República que le había tratado con rigor; pero al mismo tiempo, los monárquicos le tenían por republicano. Queipo y Cabanellas se habían rebelado contra Primo de Rivera. Sólo Franco había permanecido políticamente neutral en el pasado. Leal a Alfonso XIII, Franco también sirvió a la República. Y lo que es más: a mediados de septiembre de 1936 sus ejércitos ganaban batallas. Mola no sentía ninguna simpatía por la Falange y sus ideas y, pese a su carácter enérgico, no daba la figura apropiada de caudillo para los falangistas, ya fueran éstos camisas viejas o camisas nuevas. Muchos veían en él a un policía. Queipo, con su retórica, su enfoque personalista, sus amigos toreros y su estilo decimonónico, parecía el típico líder de masas andaluz y era en cierto modo la figura cómica de Burgos y Salamanca, a quien se menospreciaba por la ordinariez de su vocabulario y por su pasado republicano en los círculos de oficiales monárquicos de educación tradicional y refinada que rodeaban a Franco, chapados al estilo de Kindelán.

Durante las dos semanas siguientes, Kindelán, en colaboración con Nicolás Franco, hermano del general, y el coronel Yagüe, el célebre jefe militar, lograron hacer progresar sus puntos de vista. El día 27 de septiembre, desde el balcón de un edificio de Cáceres, Yagüe se dirigió a la muchedumbre enardecida que se había congregado para celebrar la noticia de la liberación del Alcázar de Toledo. El coronel dijo a la multitud que la legión extranjera necesitaba un comandante en jefe en quien todos pudieran confiar.[961] Evidentemente Franco era el candidato más destacado y la victoria alcanzada en Toledo bastó para decidir a los que vacilaban. Algunos alegaron maliciosamente que la expedición a Toledo, que suponía abandonar la rata de Madrid, fue una operación diversiva concebida por Franco para favorecer sus designios políticos. Aunque Franco, indudablemente, era perfectamente capaz de obrar así, cuesta creer que ello le fuera imprescindible o que él mismo creyera sinceramente que podría sacar provecho de su acción. Sea como fuere, al día siguiente de la caída de Toledo, el 28 de septiembre, los generales de la junta se desplazaron en avión a Salamanca. Al llegar éstos, Franco fue saludado como «generalísimo» por una escolta de falangistas y carlistas que habían recibido consignas de Nicolás Franco en tal sentido. Kindelán leyó ante la asamblea de generales el decreto que él mismo y Nicolás Franco habían preparado. En él se estipulaba que las fuerzas armadas quedarían subordinadas a las órdenes del generalísimo, que también ejercería las funciones de jefe del Estado mientras durase la guerra. Pero los generales reaccionaron con frialdad ante la propuesta. ¿Por qué razón sumar responsabilidades políticas a las militares? Cabanellas declaró que se requería un cierto tiempo para estudiar el decreto. La conferencia se suspendió para almorzar, y luego, con una mezcla de halagos y veladas amenazas, cuyos

pormenores no han quedado muy claros, Kindelán se salió con la suya. Yagüe, que estaba presente, indicó que la legión apoyaba a Franco. Queipo y Mola ya no reaparecieron al acabar el almuerzo. El borrador del decreto, tal como fue aceptado por los generales el 28 de septiembre se refería a Franco como «jefe del gobierno del Estado español», sin límite de tiempo. Y en el texto definitivo se declaraba que Franco asumía «todos los poderes del Estado español». Pero, más adelante, Franco se refirió a sí mismo en sus decretos (su primera disposición de gobierno) como jefe del Estado. [962] «¿Por qué votó usted por Franco?», le preguntó a Queipo de Llano el monárquico Vegas Latapié en cierta ocasión. «¿Y a quién habríamos nombrado si no? —repuso Queipo—. A Cabanellas, imposible. Era republicano convencido y todos sabíamos que era masón. De haber nombrado a Mola, habríamos perdido la guerra. Y yo… había perdido ya mucho prestigio.»[963]

Cabanellas tuvo que firmar el decreto que designaba a Franco como generalísimo, pero no antes de abandonar Salamanca. Regresó a Burgos solo y no firmó sino después de mantener conversaciones telefónicas con Mola y Queipo durante aquella noche. Aquél se mostró cauteloso pero afirmó que la realidad de los hechos imponía el nombramiento. Queipo manifestó su hostilidad en términos groseros. Cabanellas creyó que su deber era firmar en aras de conseguir la victoria. Y así lo hizo, hacia la medianoche. [964]

El primero de octubre Franco se instaló en Burgos. Cabanellas le traspasó los plenos poderes que ejercía la junta, leyendo un texto que divergía ligeramente del publicado.[965] Franco pronunció su primera alocución pública desde el balcón del ayuntamiento de Burgos y se refirió al futuro de España: las «urnas quedarían eliminadas en favor de otros medios más idóneos para expresar la

voluntad popular; se protegería el trabajo frente al dominio del capital; la Iglesia sería respetada, los impuestos revisados y se fomentaría la independencia del campesinado. En lo que tenía de base teórica el discurso se basaba en los aspectos más inofensivos del programa de la Falange. Mucho más importantes fueron los llamamientos exaltados y vacíos a un nacionalismo belicoso. La muchedumbre que llenaba la plaza replicó con gritos de «¡Franco, Franco, Franco!», similares a los de «¡jefe, jefe, jefe!» que sólo un año antes dedicaban a Gil Robles. A continuación aparecieron por la España nacionalista una serie de carteles que proclamaban las excelencias de tener «un Estado, una patria, un jefe». Franco recibió el nombre de «caudillo» —la versión española de Führer o Duce. En las calles de la España nacionalista aparecía constantemente escrita la consigna: «Los césares son siempre generales victoriosos».[966] Franco mantuvo la ambigüedad de no querer definirse ni como jefe del gobierno ni como jefe del Estado ni precisar por cuánto tiempo, de tal forma que los monárquicos siguieron combatiendo a su lado. La Falange de momento aceptó el cambio sin protestar. Aunque no se les consultó, y los dirigentes falangistas más interesados en mantener vivo el recuerdo de José Antonio —como Agustín Aznar, por ejemplo— reaccionaron con irritación. Los carlistas se hallaban preocupados en aquel momento por la muerte del viejo pretendiente don Alfonso Carlos, ocurrida en Viena el día 28 de septiembre. Como era el último descendiente directo de don Carlos, se nombró regente al príncipe Javier, primo lejano suyo y sobrino de su esposa, mientras se buscaba a un nuevo miembro de la dinastía borbónica que acatara los principios de «*Dios, Patria y Rey*», que resumían el implacable tradicionalismo antidemocrático que los inspiraba. Entretanto Fal Conde y otros dirigentes carlistas se dirigían a Viena para asistir a los funerales de don Alfonso Carlos, al tiempo que Franco

recibía la «corona» en Burgos.[967] Concluía en España una época de autoritarismo político para dar paso a otra.

El día 2 de octubre, en Burgos, se nombró una nueva junta técnica o gobierno provisional que se encargaría de la administración de la España nacionalista, encabezada por el general Dávila, que fue quien aseguró el triunfo del alzamiento en Burgos. Nicolás Franco, «gran amigo de Alemania», según informó el diplomático alemán Dumoulin, [968] permaneció al lado de su hermano con el cargo de «secretario general». El general Orgaz, hombre resuelto e irascible,[969] fue nombrado alto comisario en Marruecos y el arabista coronel Beigbéder quedó como su secretario general, cuya misión consistía en mantener contenta a la población nativa, asegurando el aflujo constante de voluntarios. El diplomático José Antonio Sangróniz, otro viejo amigo de Franco en su período marroquí, era de hecho el ministro de Asuntos Exteriores, con el nombre de «jefe de gabinete», mientras Juan Pujol, el periodista monárquico que preparó el manifiesto de Sanjurjo en 1932, fue nombrado jefe de Prensa y Propaganda, aunque no tardó mucho en ser relevado por Millán Astray.[970] Para aplacar a Cabanellas se le otorgó el título de inspector general del Ejército. Con Franco elevado al rango de generalísimo (su cuartel general estaba instalado en Salamanca), y una vez constituidos los dos grandes ejércitos, el del norte y el del sur, Mola y Queipo fueron confirmados como jefes al frente de los mismos. Este último continuó haciendo todo lo que pudo por irritar a Franco desde su reino privado de Sevilla y no suspendió sus charlas nocturnas por la radio si bien suprimió el grito final de «¡Viva la República!»

El día 6 de octubre Franco ofreció una recepción al conde Dumoulin, consejero alemán en Lisboa, que le transmitió las felicitaciones de parte de Hitler por su exaltación a la jefatura del Estado. Franco manifestó su

«completa admiración» por Hitler y la nueva Alemania. Agregó que esperaba poder alzar su propia bandera para apoyar la causa de la civilización que Hitler había abrazado y expresó su gratitud al Führer por «su valiosa ayuda moral y material». A continuación se celebró un banquete al que asistió el piloto alemán de mayor graduación, junto con Franco y Kindelán. Franco, según informó Dumoulin, «no permitió que albergáramos la menor duda de su sinceridad con nosotros y se mostró sumamente optimista respecto a la situación militar, asegurando la caída de Madrid en fecha próxima». Sobre la organización política futura de España manifestó que la restauración de la monarquía no era cosa que pudiera plantearse por el momento; y lo esencial —«aun actuando con guante de terciopelo»— era crear «una ideología común a los diversos grupos que colaboraban en la liberación», esto es, el Ejército, los carlistas, la Falange, los monárquicos ortodoxos y la CEDA,[971] ideología que ya empezaba a perfilarse.

Otro factor importante para sostener la moral nacionalista era la noticia de la botadura del nuevo crucero *Canarias*, recientemente construido, cuya entrada en combate había modificado el equilibrio de fuerzas en el mar, como lo había demostrado el 29 de septiembre la batalla naval de Gibraltar: el destructor republicano *Almirante Fernández* resultó hundido, huyendo el resto de la flota republicana, finalizando así el bloqueo del Estrecho por parte de las fuerzas republicanas.[972] El equilibrio de fuerzas navales era ya favorable a los rebeldes y ello apareció todavía más claro cuando entró en servicio el Baleares. Dada la superioridad aérea de los nacionalistas, el curso de la guerra en el mar se presentaba igualmente favorable. Pero la agitación internacional que se fraguaba destruyó el optimismo momentáneo de los rebeldes.

26

Los anarquistas en el gobierno catalán. — Durruti no pierde el optimismo, — El Consejo de Aragón. — El estatuto vasco. — Nueva ofensiva del ejército de África. — Los comisarios. — Azaña abandona Madrid. — Combates en la Gran Vía. — Punto muerto en Londres.

Los cambios registrados en el bando rebelde significaban un auténtico golpe de Estado del general Franco, aunque pocos lo entendieron así en medio del tumulto bélico y la agitación que sacudieron a la España nacionalista tras la liberación del Alcázar. En el bando revolucionario o republicano los cambios se produjeron de forma continuada, dramática y tortuosa, aunque no menos decisiva. No cabía duda de que se estaba gestando una nueva autoridad estatal, pero ésta se alzaba vacilante en medio de las ruinas del antiguo régimen y aún tardaría muchos meses en ser generalmente aceptada.

El 27 de septiembre los anarquistas, que habían transigido con la existencia de la autoridad de Barcelona durante la revuelta, la aceptaron formalmente e ingresaron en la Generalitat; un intelectual anarquista, García Birlán, fue nombrado responsable de Sanidad y Asistencia Social; Juan J. Doménech pasó a ocuparse de Abastos y Juan Fábregas, de la Consejería de Economía. Los anarquistas hablaban de «consejo de defensa regional» para que sus seguidores, que ya se sentían alarmados, no sacaran la

impresión de que formaban parte de un auténtico gobierno. Pero el hecho de que entrasen formalmente en esta nueva organización gubernamental significaba el fracaso de sus esfuerzos anteriores por implantar un consejo de defensa nacional que sustituyera al gobierno de Madrid. Irónicamente la entrada de los anarquistas en una posición de poder político supuso el principio del fin del anarquismo en España como fuerza política. La figura lisiada del puritano Escorza vio menguar su influjo, mientras se alzaba la estrella de García Oliver, mucho más realista.

También el POUM entró en el gobierno de la Generalitat, representado por Andrés Nin, su experto dirigente, que fue nombrado consejero de Justicia y Derecho. Juan Comorera, líder del PSUC, ocupó la cartera de Servicios Públicos. La posición del PSUC era todavía débil. Tres miembros de la *Esquerra* (Tarradellas, presidente o consejero primero; Ventura Gassol, consejero de Cultura, y Artemio Ayguadé, consejero de Seguridad Interior) ocupaban los puestos más importantes. El coronel Díaz Sandino, otro catalanista, fue designado consejero de Defensa. El Comité de Milicias Antifascistas, que actuó de fuerza motriz en las primeras semanas subsiguientes al fracaso del alzamiento, fue disuelto el día 1 de octubre y sus subcomités se integraron en los correspondientes departamentos del gobierno catalán. Abad de Santillán, líder de la FAI, escribiría más tarde que «una y otra vez nos repitieron que para conseguir armas tendríamos que abandonar el Comité de Milicias Antifascistas y entrar en el gobierno».[973] Pero esta decisión no hacía sino perjudicar a los anarquistas, aunque García Oliver, en su condición de secretario general de Defensa, dirigía el ejército de Aragón y el anarquista Aurelio Fernández, secretario general de Seguridad Interior, tenía mayor poder que su consejero, Ayguadé. Otro anarquista, Dionisio Eróles, seguía al frente de las «patrullas

de control», que sobrevivieron como fuente independiente del poder anarquista durante unos cuantos meses.[974] Estos hombres, mitad anarquistas y mitad terroristas sembraron el pánico en Barcelona, empujando a la clase media —tenderos, hombres de negocios particulares e incluso trabajadores con ambiciones— hacia el único refugio que podían encontrar: los comunistas del PSUC.

Si las relaciones entre anarquistas, comunistas y nacionalistas catalanes, por no hablar del POUM, eran malas, apenas si existían contactos entre Barcelona y Madrid. Se denunció que desde Madrid se mataba de hambre a Cataluña: el consejo económico catalán envió una delegación a Madrid para solicitar créditos por valor de 800 millones de pesetas, otro de 30 millones para comprar material de guerra y otro de 150 millones para adquisición de materias primas; la petición fue denegada.[975] Y sin embargo Madrid se quejaba de falta de actividad militar en Cataluña. El ya legendario Durruti conservó su idealismo en el frente. «No espero la ayuda de ningún gobierno del mundo», manifestó al periodista Fierre van Paasen. El canadiense le replicó: «Si ustedes consiguen la victoria se sentarán sobre un montón de ruinas». La respuesta de Durruti fue: «Siempre hemos vivido en chabolas y madrigueras. Ya sabremos cómo arreglarnos durante algún tiempo [...]. Además, también sabemos construir. Nosotros edificamos palacios y ciudades en España y en América y en todo el mundo. Nosotros los trabajadores podemos edificar nuevas ciudades que las reemplacen, e incluso serán mejores. No, no tenemos ningún miedo a las ruinas. Vamos a heredar la tierra. La burguesía puede hacer volar y destruir su mundo antes de abandonar su etapa de la historia. Pero nosotros traemos un mundo nuevo en nuestros corazones».[976]

La presencia de Durruti y otras columnas anarquistas

en el frente de Aragón hizo posible el establecimiento de una sociedad puramente libertaria. Ello resultaba inquietante para el gobierno central, el gobierno catalán, los comunistas y todos los sectores ajenos a la CNT o a la FAI. Pero no había forma humana de evitarlo. Las colectividades anarquistas establecidas en Aragón —que según declaró posteriormente la CNT se elevaban a 450— celebraron una conferencia a finales de septiembre en Bujaraloz, cerca del cuartel general de Durruti. En ella se acordó crear un «consejo de defensa» regional, compuesto por miembros de la CNT y presidido por Joaquín Ascaso, primo del famoso anarquista muerto en julio. Tenía su sede en Fraga y desde allí ejercía el supremo poder sobre el Aragón revolucionario.[977] Sus promotores declararon que el Aragón rural se había convertido en «la Ucrania española» y que no se dejarían avasallar por el militarismo marxista, como le sucediera al anarquismo ruso en 1921.[978]

Aquel otoño se produjo una nueva división en el bando republicano. Se celebró con retraso una reunión de las Cortes españolas para aprobar el estatuto de autonomía vasco. José Antonio Aguirre abogó porque la nueva república vasca (con el nombre de Euzkadi), de la que él iba a ser nombrado presidente, apoyara al gobierno de Madrid «hasta la derrota del fascismo».[979] El 7 de octubre, todos los concejales de los ayuntamientos vascos que pudieron asistir a la sagrada villa de Guernica emitieron su voto para designar al presidente del «gobierno provisional de Euzkadi» que habría de actuar durante la guerra civil. Aguirre resultó elegido casi por unanimidad. A continuación éste formó gobierno, jurando los ministros bajo el célebre roble de Guernica. El gobernador civil de Bilbao y el presidente de las juntas de defensa de Vizcaya y Guipúzcoa, que llevaban ejerciendo su autoridad desde el mes de julio, traspasaron sus poderes a Aguirre. Formaban parte de su

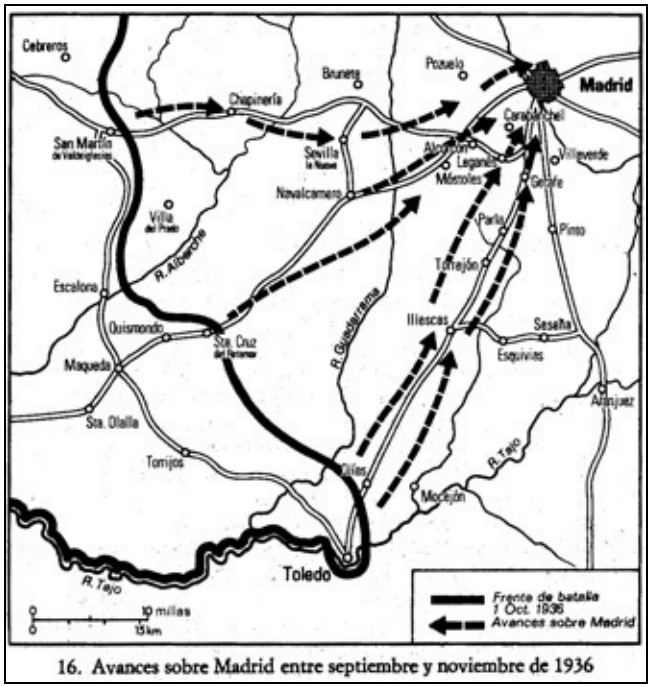
«gabinete» cinco nacionalistas vascos, que ocupaban los puestos clave de gobernación, justicia, defensa y agricultura. El primer gobierno vasco incluía también a tres socialistas, un comunista (el secretario general del partido en las provincias Vascongadas, Astigarrabia, que era ministro de Obras Públicas) y un miembro de cada uno de los dos partidos republicanos. En el gabinete no había anarquistas. La primera acción del nuevo gobierno fue de tipo humanitario. Evacuaron a 130 prisioneras políticas a bordo de los buques británicos *Exmouth* y *Esk* con destino a Francia a través del doctor Junod, de la Cruz Roja internacional.[980] También fueron reorganizadas la guardia civil vasca y la guardia de asalto, transformándose la primera en guardia popular bajo la dirección de Luís Ortúzar. Todas estas fuerzas estaban formadas por nacionalistas vascos y sus miembros eran de estatura superior a 1,80.[981]

Este gobierno vasco sólo se pudo formar después de unas laboriosas negociaciones durante las cuales José Antonio Aguirre tuvo que convencer a Largo Caballero de que una concesión de esta naturaleza era la medida más idónea para lograr que los vascos entraran en la guerra; y, por otra parte, una fracción del nacionalismo vasco acarició la idea de apoyar al bando nacionalista a cambio de la autonomía. Algunos nacionalistas vascos mantuvieron contactos con el bando rebelde por mediación de algunos de sus miembros que, en la provincia de Álava, habían apoyado al alzamiento.[982]

El mismo día en que los vascos vieron satisfechas sus ambiciones, 7 de octubre, se reanudó la ofensiva rebelde contra Madrid. Yagüe, que había sido perdonado y rehabilitado, se reincorporó al mando, pero esta vez a las órdenes de Varela. El ejército de África, que ahora constaba de 10.000 hombres y que se basaba en las tradicionales

columnas (dirigidas por los coroneles Asensio, Tella, Delgado Serrano, Castejón y Barrón) tenía que efectuar el asalto final a Madrid, con la ayuda de 10.000 falangistas, requetés y soldados regulares destacados por Mola y dirigidos por el general Valdés Cabanellas. (Mola ostentaba el mando supremo de su ejército, pero Varela era el encargado de tomar las decisiones de cada momento, en coordinación con Franco y Yagüe.) También existía una columna de caballería a las órdenes del coronel Monasterio. El ejército, y especialmente los legionarios, estaba bien alimentado y pertrechado.

Yagüe acaso confiaba en obtener el mando, pero sus relaciones con Mola eran pésimas y constituían un obstáculo. En cambio, a Varela se le ofreció la gran ocasión. Impecablemente vestido, siempre con guantes blancos, se decía de él que solía dormir con las medallas puestas; y lo cierto es que un periodista inglés le sorprendió con ellas puestas sobre la bata de dormir. El general Mola manifestó jocosamente que el 12 de octubre tomaría el café en la Gran Vía madrileña. El ejército de África no tardó en capturar San Martín de Valdeiglesias y coordinó su ofensiva con la que Valdés Cabanellas estaba efectuando en El Tiemblo. Los milicianos se encaminaron precipitadamente hacia Madrid por la carretera general, por lo que eran fácil presa de las armas automáticas de la aviación nacionalista. Bayo, comandante en jefe de la malhadada expedición a Mallorca trató vanamente de hostilizar al ejército nacionalista mediante una serie de acciones guerrilleras.[983]



16. Avances sobre Madrid entre septiembre y noviembre de 1936

De esta forma, aunque Mola no pudo acudir a su cita en la Gran Vía madrileña (en cuyo café Molinero se le reservó mesa desde entonces, como proclamaba en tono jocoso un cartel en grandes caracteres), al cabo de los primeros diez días de octubre la República sufrió una nueva serie de derrotas en todos los frentes. Pero Largo Caballero se negaba a movilizar a los obreros madrileños de la construcción para cavar trincheras, alegando carencia de palas y alambre espinoso. También creía que los españoles eran capaces de combatir ocultos tras los árboles, pero nunca desde las trincheras.[984] La periodista francesa Símone Tery refirió las airadas protestas de Largo Caballero: «Pero, ¿ustedes creen que los españoles van a luchar bajo tierra como las ratas?» [985] Además, sus viejos amigos del sindicato de la construcción de Madrid se resistían a obligar a sus afiliados a cavar trincheras en horas extras.[986] El 30 de septiembre llamó a los reservistas de los reemplazos de 1932

y 1933, pero después, y con gran indignación por parte de los comunistas, autorizó que los reclutas anarquistas se incorporaran a unidades de milicianos cenetistas. Los dirigentes comunistas empezaron a criticar al jefe del gobierno por lo que a ellos se les antojaba vanidad, pedantería y extraña confianza en los viejos generales de mentalidad tradicional.[987] Desde que era jefe de gobierno, Largo Caballero no había dirigido un solo discurso a la nación. Todos reconocían que era hombre noble y honrado, pero no parecía dar la talla que se exige a un estadista en tiempos de guerra. Las armas soviéticas no se habían materializado y los suministros militares procedentes de Francia u otras fuentes eran tan irregulares y poco fiables como los procedentes de fábricas españolas. El día 10 de octubre, De los Ríos, recién nombrado embajador republicano en Washington, solicitó infructuosamente a Cordell Hull que autorizara la venta de armas de los Estados Unidos a la República, alegando que el hundimiento de ésta acarrearía la caída de Blum y señalaría el fin de la democracia. Hull le respondió que en Norteamérica no existía ninguna ley que prohibiera ayudar a España, sino únicamente una política de «aislamiento moral».[988]

Pero Largo Caballero no cejaba en su empeño de sacar el máximo partido de las energías republicanas. Con el fin de conseguir mayor eficacia en el ejército, el gobierno decretó el fin de la independencia de las milicias, que en adelante dependerían del estado mayor central. En adelante la unidad básica del ejército sería la «brigada mixta», de carácter autosuficiente, y que solía constar de tres batallones de milicianos y un batallón del antiguo ejército, cada uno de los cuales constaba a su vez de tres compañías de fusileros y una de ametralladoras. La reorganización se empezó a poner en práctica el día 16 de octubre, pero tardó mucho tiempo en completarse. Como señaló el sagaz agregado militar francés,

coronel Morell, en un informe enviado a París, «un ejército no puede crearse por decreto; —y añadía— la calidad del ejército se deteriora constantemente. En lugar de los jóvenes madrileños entusiastas del primer mes, se recluta a campesinos mal alimentados que han sido evacuados hacia Madrid desde las zonas rurales. Cobran una paga de diez pesetas. Se les uniforma vagamente (con la estrella roja, a *la Russe*), se les entregan las armas. Se encaminan al frente sin entender nada, hasta que se dan cuenta, demasiado tarde ya, de que la guerra es un asunto serio».[989] Para contrarrestar tanta ignorancia, el gobierno, siguiendo los consejos del italiano «Carlos» (Vidali),[990] estableció en todas las unidades el sistema de comisarios políticos, que ya estaba en vigor en el Quinto Regimiento de los comunistas. Tenían por misión mantener la fe política de los milicianos tras la desaparición de sus propios partidos y atenuar los recelos que éstos sentían frente a los oficiales del ejército popular. La idea se inspiraba en los comisarios del «ejército rojo» y, más remotamente en los regimientos de Carnot (1794). Las funciones del comisario político no estaban claramente definidas; podían ser de mayor o menor importancia según los casos. La aparición de estos «teólogos del ejército rojo» o «capellanes rojos» (como les llamaban los nacionalistas) constituyó otra victoria más de los comunistas. La institución era teóricamente neutral: así, el socialista Álvarez del Vayo era comisario general; como vicecomisarios generales estaban Crescendano Bilbao (socialista prietista), Antonio Mije (comunista), Ángel Pestaña (antiguamente anarquista y a la sazón sindicalista), Gil Roldán (anarquista) y Felipe Pretel (socialista y segundo de a bordo de la UGT). De hecho Mije desempeñó un papel fundamental en el aspecto organizativo, mientras que el joven dirigente ex-socialista y ahora comunista José Laín Entralgo fue designado director de la escuela de formación de comisarios

políticos radicada en las inmediaciones de Valenda, que se convirtió así en bastión comunista. Álvarez del Vayo y Pretel eran colegas de trabajo y Pestaña no tardó en ser relevado, por razones de salud, por otro socialista pro-comunista llamado Garría Maroto. De todas formas Pestaña era ya un hombre que carecía de partidarios. Álvarez del Vayo, absorbido por el cargo de ministro de Defensa, apenas prestó atención a sus tareas de comisario general, siendo Mije y Bilbao los dirigentes de hecho del organismo.[991]

Unos meses más tarde los comisarios ya se comportaban como si fueran jefes adjuntos del estado mayor. Periódicamente el partido «les enviaba de gira por el frente [...] para pronunciar discursos políticos [...]. A la sazón los comisarios políticos eran meros enlaces entre el frente y el cuartel general, encargados de supervisar el abastecimiento y las provisiones alimenticias de la tropa, etc...».[992]

En el frente del norte, la guarnición nacionalista de Oviedo recibió auxilios de una columna procedente de Galicia, después de muchas privaciones, cuando estaban a punto de caer en manos de los mineros asturianos, quienes ya habían entrado en la ciudad.[993] Pero los mineros prolongaron durante seis meses más su agobiante cerco sobre Oviedo, aunque sin resultado. El cordón umbilical que unía a los sitiados con el mundo exterior se reducía a una estrecha franja de territorio.

El general Varela no tardó en lanzar una nueva ofensiva sobre Madrid. El cruce de carreteras de Illescas, situado a medio camino entre Toledo y Madrid, cayó el día 17 de octubre en manos de los nacionalistas. Largo Caballero telefoneó al comandante de la plaza y reconoció horrorizado la voz del general Varela al otro extremo del hilo. Al día siguiente, los milicianos, agotados y sometidos a la brutalidad de las tropas marroquíes y legionarias, perdida

casi la esperanza en la ayuda soviética, prometida por sus comisarios políticos, lanzaron una contraofensiva contra Castejón y Chapinería. Seis mil hombres rompieron las líneas nacionalistas en Castejón y rodearon la localidad en la mañana del 19 de octubre. Los sitiados efectuaron una salida a través del cementerio, convirtiendo la contraofensiva republicana en una nueva derrota. El 20 de octubre se lanzó un nuevo ataque republicano contra Illescas, dirigido por el coronel Ramiro Otal, a las órdenes de Asensio Torrado (ahora ascendido a general),[994] con los comandantes Rojo, Mena y Modesto al frente de 15.000 hombres. En aquella plaza estaba instalado Barrón con tropas marroquíes y legionarias. Las fuerzas republicanas fueron transportadas al frente en autobuses de dos pisos del servicio urbano de Madrid, que eran visibles desde el puesto de mando de Barrón a través de la llanura. Illescas fue machacada por la artillería y se rindió. Entonces entraron en combate la caballería de Monasterio y la columna de Tella, procedente de Toledo. Los nacionalistas desalojaron a los milicianos, quienes tuvieron que retirarse el día 23 de octubre más allá del punto de partida.

El fragor de la batalla podía oírse en Madrid. El gobierno decidió trasladarse a una ciudad que ofreciera mayores seguridades. La primera elección recayó sobre Barcelona, y el presidente Azaña fue el primero en emprender el viaje, instalándose en los edificios parlamentarios de la capital catalana. Pero el gobierno cambió de parecer, decidiendo permanecer en Madrid. Azaña se quedó en Barcelona y el gobierno se apresuró a manifestar que su presidente se encontraba realizando una minuciosa visita al frente.[995] En adelante habría que consultarle por teléfono. Los ministros estaban cada vez más furiosos con su presidente. Éste se negaba a escuchar los informes de los servicios de espionaje, a los que calificaba,

no sin razón, de «malas novelas policíacas». Su sinceridad le llevaba a contar las verdades, incluso en sus llamadas telefónicas a otros países, que podían registrarse fácilmente. A las censuras del gobierno, replicaba: «No es culpa mía si yo tengo mentalidad analítica y ustedes no».[996] Aterrado por los crímenes y asesinatos legales cometidos en nombre de la República, convencido de que ésta tenía perdida la guerra, sintiendo desprecio por Largo Caballero, Azaña representaba una carga y había dejado de ser un dirigente político.

En estas tensas circunstancias, el Frente Popular y la CNT organizaron en Madrid un comité para intensificar la búsqueda y captura de quintacolumnistas. Se cometieron nuevas ejecuciones ilegales, cuando parecían haber cesado definitivamente. Así fue asesinado Ramiro de Maeztu, que formaba parte de la generación del 98, y más adelante fue teórico del monarquismo español, y asimismo Ramiro Ledesma, cofundador del fascismo español. Toda lealtad resultaba sospechosa. A Asensio Torrado se le culpó de la caída de Illescas, especialmente por parte de los comunistas, pero Largo Caballero, que le admiraba, insistió en nombrarlo subsecretario de Guerra el 24 de octubre, mientras Pozas asumía el mando del ejército del centro.[997] Pozas, como muchos oficiales veteranos apolíticos, estaba cada vez más sugestionado por los comunistas. El mismo día el general Miaja, a quien se utilizó como chivo expiatorio cuando el fracaso de la ofensiva contra Córdoba, fue llamado desde Valencia y designado comandante en jefe en Madrid, en sustitución del general Castelló, ex ministro de la Guerra, que había enloquecido. Miaja había denunciado la reciente oleada de ejecuciones en Valencia, y se le llamó a Madrid para ahorrarle las enojosas consecuencias de su actitud.

La proximidad entre Madrid y el frente de combate trajo consigo la confraternización de socialistas y

anarquistas en Cataluña. Por lo menos en Barcelona zanjaron sus disputas en una declaración de objetivos comunes del día 22 de octubre, revalidada por la Generalitat dos días después. Mientras que las grandes empresas (o sea, las que empleaban a más de cien trabajadores) y aquellas cuyos propietarios eran «fascistas» serían colectivizadas sin indemnización, las plantas que empleaban de cincuenta hasta cien trabajadores (que en Barcelona de hecho eran la mayoría) sólo serían colectivizadas a petición de las tres cuartas partes de sus trabajadores. Las empresas con número inferior a cincuenta trabajadores sólo podrían ser colectivizadas a petición de su dueño, salvo las destinadas a la producción de materiales relacionados con la guerra. La Generalitat tendría un representante en el consejo de administración de cada fábrica y, en las grandes empresas colectivizadas, designaría al presidente del consejo. La gestión de toda empresa colectivizada correría a cargo de un consejo elegido por los trabajadores, con un mandato de dos años. Y las que estuvieran dedicadas a un mismo sector de producción vendrían coordinadas por uno de los 14 consejos industriales, quienes podrían intervenir, si fuera necesario, en las empresas privadas, a fin de «armonizar la producción». Este decreto venía a ser la culminación de muchos actos legislativos anteriores por los que se regulaba el tema de las colectivizaciones. Más que dar libertad de acción a los anarquistas, los objetivos del decreto eran unificar y controlar el proceso de la producción. Algunas de las medidas que contemplaba el decreto ya habían sido ejecutadas. Juan Fábregas, anarquista de última hora, Consejero de Economía y presidente del Consejo de Economía de Cataluña, aún dominado por los anarquistas (aunque teóricamente estuviera bajo las órdenes de la Generalitat) era, en buena medida, responsable de dicho decreto. Pero la coordinación lograda en la práctica fue muy

vaga. Faltaban estadísticas y registros de ventas. Carente de materias primas y aislada de sus mercados, la industria textil catalana se estaba arruinando.[998] Las industrias de guerra funcionaban mejor, pero la transformación de las industrias de tiempos de paz resultaba muy problemática.

Tres meses después del estallido de la guerra, la España rebelde ofrecía el aspecto de un Estado nuevo, al que todas las corrientes inclinaban a la centralización y la unidad y, por ende, a la eficacia; mientras que en el bando republicano las instituciones del viejo Estado estaban siendo laboriosamente resucitadas, al tiempo que se introducían innovaciones tales en las que no podía evitarse la división y el derroche de recursos. En la España rebelde un grupo de capacitados generales cuarentones pugnaban despiadadamente por hacer un mundo nuevo; mientras que en la España republicana, unos cuantos políticos de la vieja escuela trataban de salvarse del naufragio que ya parecía irreversible. Porque la presencia de tantos jóvenes en el ejercito y en los piulidos socialista y comunista, por no hablar del movimiento anarquista, no debe inducir al observador a creer que la República ofrecía a los jóvenes una auténtica oportunidad. La Revolución, sí; pero la República y la Revolución eran empresas distintas.

27

La Sociedad de Naciones. — La ayuda rusa. — Creación de las Brigadas Internacionales. — Kleber.

Entretanto se había reunido en Ginebra la asamblea anual de la Sociedad de Naciones. La organización estaba agonizando. Sus deficiencias eran demasiado evidentes. Aunque en el año 1936 no contaba aún con veinte años de existencia y su sede permanente, que albergaba las enormes pinturas murales del pintor catalán Sert, cargadas de sentido triunfalista, aún estaban por inaugurar, la institución parecía cosa del pasado. Nunca, ni tan siquiera en su período de apogeo (cuando el ingreso de Alemania, en el año 1925) había perdido la Sociedad de Naciones su carácter de organismo dominado por los vencedores de la guerra europea de 1914-1918. No obstante, hasta el año 1935, sirvió con relativo éxito a su objetivo que quería recoger el deseo universal de paz. En Ginebra se había firmado la paz entre Grecia y Bulgaria en 1925. En 1934 la Sociedad de Naciones puso fin a la guerra entre Colombia y el Perú. Si bien es cierto, también, que en 1934 dicho organismo se negó a tomar resolución alguna en el caso de Manchuria. Sin embargo, el error no pareció irreparable. Pero tampoco en 1935 la Sociedad de Naciones supo adoptar medidas eficaces contra la invasión de Abisinia por Mussolini. Tan sólo se aprobaron unas sanciones inofensivas, que el 4 de julio de 1936 fueron levantadas. Así se reconocía tácitamente la

aventura de Mussolini en África. La responsabilidad por todas estas claudicaciones recaía en los gobiernos británico y francés, cuya influencia en el palacio de las naciones era abrumadora. En la asamblea general de 1936 se debía revisar el tema de la *débacle* de Abisinia. Pero surgió el caso de España. Desde la asamblea, Edén persuadió al doctor Monteiro de que Portugal entrara a formar parte del comité de no intervención. En el discurso que pronunció durante el debate general que abrió la asamblea, Edén no se refirió a España en ningún momento. El doctor Carlos Saavedra Lamas, argentino y presidente de la asamblea, apoyado por otras delegaciones latinoamericanas, trató de impedir que Álvarez del Vayo, ministro de Asuntos Exteriores de la República, planteara el tema de la guerra civil, pues no estaba en el orden del día, aunque el debate general permitía, en principio, abordar cualquier tema. (Saavedra era pro-nacionalista). Pero Álvarez del Vayo pronunció su discurso, después de que Edén le persuadiera de que actuara con moderación. Condenó el hecho de que el acuerdo de no intervención colocara a su gobierno en pie de igualdad con los rebeldes. Además, con arreglo al derecho internacional, un gobierno está facultado para comprar armas al el exterior, pero no sucede así con un ejército rebelde. La República aceptaría la no intervención, si se garantizaba la libertad para la compra de armamento.

La reunión de Ginebra no fue ningún éxito para la causa republicana. Parecía evidente que la política anglo-francesa consistía en subordinar a España a la política general europea de ambos estados. Azaña, Giral, Azcárate y todos los elementos «liberales» del gobierno sufrieron una grave decepción con respecto a Inglaterra. Sólo Litvinov habló en términos favorables para España. A la sazón, lo supiera o no Litvinov, Rusia había resuelto ayudar a España con armas y no tan sólo con palabras. La decisión debió

tomarse en el mes de agosto puesto que las armas empezaron a llegar a España a mediados de octubre.

El gobierno de la República había solicitado armas a la Unión Soviética cuando Giral era todavía jefe de gobierno. Al parecer, una delegación de Madrid llegó a Odesa a finales de agosto.[999] Por entonces, como se recordará, se había establecido en Madrid y Barcelona una importante delegación rusa, encabezada por el experto embajador Rosenberg y el influyente jefe de la misión militar (Berzin). Unos días más tarde un puñado de pilotos rusos montaron a bordo de los nuevos aviones franceses que la República acababa de comprar «en condiciones de inferioridad para nosotros», causando gran impresión en sus camaradas españoles: se trataba de unos pilotos «realmente extraordinarios», como los describió el capitán García Lacalle.[1000] Parte del material de guerra tal vez llegó a finales de agosto, aunque era de poca monta, y los tanques y aviones rusos no aparecieron hasta octubre.[1001] Aunque Francia e Inglaterra apoyaban la no intervención, la República tenía otras opciones para adquirir armamento en los Estados Unidos y en Latinoamérica, aparte de Rusia. Pero para contrarrestar la ayuda alemana e italiana a Franco, no interesaba obtener el auxilio de un gobierno que no fabricara armas, y el equipo ruso era cualitativamente superior a cualquier otro que pudiera adquirirse fuera del mercado inglés y norteamericano. En realidad los tanques y aviones rusos no dejaban nada que desear en cuanto a eficacia, como ya se verá, aunque ni Largo Caballero ni Giral se dieran cuenta.

Según Walter Krivitsky, miembro «residente» del servicio ruso de información militar en La Haya, Stalin tomó la decisión de prestar su ayuda a la República española el 31 de agosto, en el curso de una reunión del Politburó celebrada en Moscú.[1002] A partir de entonces, tanto el gobierno ruso

como el Komintern y sus diversos agentes y organizaciones secretas de semiespionaje empezaron a prepararse para un mayor compromiso militar. Una razón que motivó esta decisión fue el abandono de los intereses de la República española en París: tanto el embajador Albornoz como De los Ríos, junto con el diputado socialista por Granada, doctor Alejandro Otero, eran personas respetables, pero no resultaron buenos contrabandistas de armas. «La Pasionaria» visitó París a finales de agosto acompañando a una delegación de Madrid y se encontró con que el telefonista de la embajada española (que había permanecido en su puesto con el embajador monárquico Quiñones de León) había revelado todos los secretos de la República a los representantes de los nacionalistas en París.[1003] Sea como fuere, lo cierto es que Krivitsky recibió instrucciones en La Haya (el día 2 de septiembre, según él) para que procurara por todos los medios el embarque de armas de toda Europa con dirección a España.[1004] Unos diez días después, el 14 de septiembre, se celebró una reunión en Moscú para organizar el envío de ayuda militar directamente de Rusia a España. La reunión tuvo lugar, de forma ominosa, en los locales de la Lubianka, al parecer en presencia de Yagoda a quién le restaba tan sólo una semana o algo más al frente de la policía secreta (NKVD); también asistieron el general Frinovsky, a la sazón «comandante en jefe de las fuerzas militares del NKVD»; el general S. P. Uritsky, jefe del servicio de información militar tras el cese de Berzin, que se encontraba en España al frente de la misión militar rusa; y finalmente A. A. Slutsky, persona «cordial, valerosa y humana» que ostentaba la jefatura de la división extranjera del NKVD. En esta reunión se atribuyeron al NKVD facultades supervisoras para el envío de armas y personal con destino a España y se adoptó, o se confirmó, el acuerdo de nombrar oficial superintendente a un tal Alexander Orlov

(cuyo verdadero nombre era Nikolsky), «oficial veterano» del NKVD, que ya había estado en España.[1005] El embarque de armamento correría a cargo de Uritsky, quien montaría una agencia especial dirigida por el capitán Umansky, en Odesa.

Todas estas medidas se ejecutaron rápidamente.[1006] Pero nadie estaba al corriente de este plan, salvo aquellos dirigentes que por razón de su cargo estaban obligados a ello: Litvinov, probablemente, y también Maisky y Koltsov pasaron semanas enteras sin ser informados del plan, y asimismo los dirigentes del Komintern (en Moscú y en París), la mayor parte de los cuales siguieron denunciando durante el mes de septiembre y comienzos de octubre que Stalin «estaba traicionando a la revolución española», según manifestó Trotsky desde Noruega.[1007] El gobierno español no se enteró de que Rusia proyectaba enviarle suministros de armas hasta muy poco tiempo antes de que zarparan los barcos cargados de material.

Era la primera vez que Rusia se embarcaba en una aventura de esta índole. Carecía de una flota mediterránea. Habría que mantener el secreto en torno a la ruta a seguir. Dados los problemas geográficos y los problemas internos que tenía el propio Stalin (el término quizá resulte un tanto eufemístico para calificar a las célebres purgas que entonces se iniciaban entre los altos cargos de la vieja guardia bolchevique), el proyecto de enviar asistencia a la República parecía arriesgado.

Los primeros cargamentos con destino a España debieron quedar listos para zarpar del puerto de Odesa a finales de septiembre. De esta forma, el encargado de negocios alemán en Moscú en un interesante informe manifestó que, según había observado un experto «en el puerto de Novorossik, en el mar Negro, se ha limitado estrictamente desde el verano el acceso al área portuaria

[...]». El mismo observador (seguramente un agente del cónsul alemán en Odesa) creyó que «[...] los pesados embalajes del *Neva*, que zarpó con destinó a España del puerto de Odesa no sólo contenían alimentos [...]. Pero no ha sido posible obtener pruebas fehacientes de violación del embargo de armas por parte del gobierno soviético».[1008] Efectivamente, se trataba de petróleo. La República firmó de nuevo los antiguos acuerdos hispano-rusos, que el gabinete derechista no había renovado en el año 1935, y el gobierno ruso envió a España un mínimo de 30.000 toneladas de petróleo entre el 15 de agosto y el 15 de septiembre, y otras 44.000 toneladas entre esta fecha y el 12 de octubre.[1009]

Pero Stalin continuaba mirando con recelo la decisión de ayudar a la República. Ordenó a los técnicos y expertos militares destacados en España que «se mantuvieran a resguardo de la artillería enemiga».[1010] Los cargueros rusos debieron zarpar de Odesa el 4 de octubre como mucho. Ni siquiera en esa fecha debía ser muy firme la decisión, como parece señalar una historia referida por el anarquista francés Fierre Besnard: el día 2 de octubre llegó a Madrid con dos representantes de un consorcio internacional (cuyo nombre no cita) para la venta de armas. Besnard, Durruti y Largo Caballero se reunieron con estos dos hombres para conocer sus ofertas; Largo Caballero prometió que aquella misma tarde expondría a su gabinete la posibilidad de comprar armas al consorcio. El consejo de ministros dio su aprobación y, al día siguiente, el 3 de octubre, se ultimaron los pormenores de la transacción en presencia de Durruti. El 4 de octubre, Durruti recibió una llamada telefónica del embajador ruso, Rosenberg, quien le pidió que le visitara; Durruti se excusó alegando que tenía que regresar al frente. Días después el gobierno republicano anunció a Besnard que no podía cerrar el trato, pues los rusos habían protestado.[1011]

Se tomaron las disposiciones diplomáticas adecuadas para garantizar el éxito de la operación. Así el encargado soviético de negocios en Londres, Kagan, envió una nota en tono de ultimátum a lord Plymouth, el nuevo representante británico en el comité de no intervención. Alegando que la aviación italiana había desembarcado numerosos legionarios en territorio español, Kagan anuncié el día 7 de octubre que, si no cesaban tales violaciones del pacto de no intervención, Rusia se consideraría libre de sus compromisos. «Si hay acuerdo —escribió Kagan—, queremos que se cumpla. Si el comité [...] es capaz de asegurarlo [...] estaremos conformes. Pero si no es capaz, que lo diga abiertamente.»[1012] Al día siguiente, el 8 de octubre, un diplomático ruso dijo al encargado americano de negocios en Moscú que, si el comité no se mostraba decidido a terminar con las violaciones, Rusia se retiraría del mismo, considerándose en libertad de enviar material militar a España. Este brusco cambio de política irritó al Foreign Office. «¿Qué espera conseguir Rusia abandonando ahora la neutralidad?» Pero la acción de los rusos fue apoyada por la conferencia del Partido Laborista que, el día 9 de octubre, aprobó una resolución por unanimidad en la que se declaraba que Alemania e Italia habían quebrantado la neutralidad, solicitando la oportuna investigación. Aquel día la reunión del comité duró siete horas y las acusaciones que se cruzaron entre Kagan y Grandi dejaron estupefactos a los restantes diplomáticos. Lord Plymouth expuso a los alemanes, italianos y portugueses la denuncia del gobierno español ante la Sociedad de Naciones en el sentido de que estos tres países prestaban ayuda a los rebeldes. Kagan acusó a Portugal de permitir que su territorio se convirtiera en base de operaciones de los nacionalistas y solicitó que se destacara a una comisión que patrullara la frontera hispano-portuguesa. El embajador portugués se retiró durante los debates sobre

la propuesta rusa, que consideró insultante.[1013]

Rusia creía ahora que su postura había quedado clara en el terreno legal. A primeros de octubre, por lo menos dieciséis buques rusos y de otras nacionalidades atravesaron el Bosforo transportando armas hacia España.[1014] El primero que llegó a Cartagena fue el *Komsomol*, cargado con tanques, carros blindados y algo de artillería, junto con un grupo de expertos en carros de combate, al mando del coronel S. Krivoshein.[1015] Durante aquellos días llegaron aproximadamente cien tanques y cien aviones y asimismo cierto número de camiones, armas antiaéreas, carros blindados y material diverso, en gran parte de primera mano. Los dos modelos de cazas rusos enviados a España, el nuevo monoplano I-15, el biplano conocido en España con el nombre de *Chato* y el I-16, conocido con el nombre de *Mosca* (*Rata* para los nacionalistas) eran los más veloces de Europa, es decir la versión rusa de los cazas americanos Curtiss y Boeing.[1016] El *Chato* desarrollaba una velocidad máxima de 350 kilómetros por hora y disponía de cuatro ametralladoras, siendo capaz de arrojar pequeñas bombas de 12 kilos.[1017] El *Mosca* sólo disponía de cuatro ametralladoras pero era mucho más veloz, alcanzando los 480 kilómetros por hora.[1018] Estaba provisto de un nuevo dispositivo para las ascensiones rápidas, tren de aterrizaje abatible y un motor de gran potencia. No tardaron en entrar en servicio dos escuadrillas de estos cazas, de treinta y un aparatos cada una, todos ellos pilotados al principio por rusos. Pronto llegaron tres nuevos aparatos: el bombardero SB-2 de doble motor conocido con el nombre de *Katiuska*, construido en el año 1933, designado como «interceptor», alcanzaba una velocidad máxima de 400 kilómetros por hora y no precisaba escolta alguna;[1019] el *Natasha*, otro bombardero rápido;[1020] y el *Rasante*, empleado para ametrallamientos en vuelos de poca altura.[1021]

Estos aparatos eran más veloces y técnicamente superiores a sus equivalentes italianos y alemanes, aunque el sólido caza Fiat era capaz, a veces, de maniobrar más rápidamente que el Chato, y los Junker 52 eran más útiles como aviones de transporte que como bombarderos. En lo sucesivo los Heinkel 51 perderían gran parte de su eficacia.

En poco tiempo, el centenar aproximado de aviones rusos que sobrevolaban España darían a la República el dominio de los aires. Algo similar ocurrió con los tanques rusos enviados a España por las mismas fechas. Eran carros T-26 de diez toneladas, que llevaban un pesado blindaje e iban dotados de ametralladoras, constituyendo un modelo más temible que los Fiat-Ansaldo, de tres toneladas, y los Panzer Mark-I con los que tendrían que enfrentarse, pues éstos no disponían de cañones, sino sólo de ametralladoras.[1022] Las armas rusas antitanques (de 45 milímetros, basadas en los Vickers de dos toneladas) también eran superiores a todos los modelos alemanes.[1023]

El personal ruso en España sumaba quinientos hombres el día 1 de noviembre: jefes, pilotos, expertos en tanques e instructores de vuelo, más algunos intérpretes. El jefe de la misión seguía siendo el general Berzin («Grishin»), el cual, como ya se ha visto, había llegado a Madrid en septiembre. El jefe de la fuerza aérea era el coronel Jacob Schmushkevich («el general Douglas»), Largo Caballero acusaría a éste de actuar con independencia del ministerio de Defensa de la República desde la base de Llanos y de menospreciar a los españoles no comunistas.[1024] Algunos de sus pilotos, como Prokofiev, Kopets y Schacht llevaban en España todo el mes de septiembre; otros llegaban por primera vez y no tardarían en sentirse como en su propia casa en los cielos de España.[1025] Los futuros mariscales Malinovsky, Rokossovsky y Konev aparecieron pronto en España, y asimismo el general Kulik, «el vencedor de Tsaritsin», durante la guerra civil

rusa, que era asesor del general Pozas, comandante en jefe de los ejércitos del centro de España.[1026] La mayor parte del personal actuaba en calidad de «asesores» de los jefes republicanos en sus puestos de mando, otros eran responsables del armamento técnico o bien se instalaban en el cuartel general de la misión rusa. El asesor en Madrid era el agregado militar que había llegado en agosto, general Gorev, descrito por Ehrenburg como «persona inteligente, reservada y, al propio tiempo, apasionada, e incluso poética [...]. Todos creían en su buena estrella».[1027] La base de tanques rusos de Archena, balneario situado a treinta y cinco kilómetros de Cartagena por el interior, cerca de Murcia, y rodeado de olivos, estaba organizada por el coronel español Sánchez Paredes, quien reclutaba a los tan quistas entre los taxistas y conductores de autobús de Madrid y Barcelona.[1028] No lejos de ahí, en Alcantarilla, los rusos instalaron una base de cazas y otra de bombarderos. Posteriormente montaron otras bases aéreas en El Carmolí, en Algete —no lejos de Madrid— y en los alrededores de Alcalá de Henares. Algunos de estos hombres llegaron por mar, otros por tierra, muchos incluso atravesaron la Europa central.[1029]

Estas entregas de hombres y material no fueron efectuadas por Rusia como contribución amistosa a la causa revolucionaria. Tenían un precio. En garantía de pago se envió a Rusia la mayor parte del oro que hasta entonces había respaldado la moneda española y que constituía el tesoro más valioso de la nación. Por entonces España ocupaba el cuarto lugar mundial en cuanto a reservas de oro. Una parte del mismo había sido enviada a París para garantizar la entrega de mercancías en la etapa anterior a la guerra, y otra parte en el mes de julio. Aunque la mayor parte de aquél permanecía custodiada en los sótanos del banco de España en Madrid.[1030] Gran cantidad del oro

español se guardaba en forma de monedas: luises de oro, soberanos, dólares y pesetas de oro. En el mes de septiembre, la República estimó prudente trasladar aquel tesoro a «lugar seguro». El 13 de septiembre el gabinete autorizó al nuevo jefe de gobierno y ministro de Hacienda, que eran Largo Caballero y Negrín respectivamente, a efectuar el traslado. Se suponía que el oro sería transportado a algún lugar de España. Y efectivamente fue trasladado por ferrocarril a un gran local subterráneo situado cerca de Cartagena. Pero Largo Caballero y Negrín, de acuerdo con Méndez Aspe, subsecretario civil de este último, no tardaron en percatarse de que el lugar más seguro era la misma Rusia. Gran Bretaña y Francia, que parecían los lugares más idóneos para guardar las reservas de oro, eran los más acérrimos partidarios de la no intervención, por lo que el envío de las mismas hacia estos países era un riesgo innecesario.[1031] Largo Caballero no temía solamente a los «fascistas»: el mismo Durruti tenía proyectado un asalto al banco de España a principios de octubre, aunque Abad de Santillán le disuadió de ello.[1032] Con todo, ni Negrín ni Largo Caballero expusieron sus planes al presidente Azaña ni a ninguno de los ministros. Como era de esperar, Azaña se enfureció cuando se le informó de que el oro español había salido del país. Prieto pensó dimitir en señal de protesta, siendo disuadido por Azaña de tomar una decisión con la que el mismo presidente estaba de acuerdo.[1033]

El 25 de octubre Negrín hizo embarcar el oro hacía Rusia. Se constituiría una especie de «cuenta corriente», según palabras de Largo Caballero, de la que dispondría la República para pagar los suministros de armas y demás compras, incluyendo la adquisición de petróleo, a Rusia o a cualquier otro país. También el vino, el azúcar y la fruta y otras mercancías españolas contribuyeron a equilibrar la balanza de pagos de la República con Rusia. Los pormenores

fueron ultimados entre Negrín y Stashevsky, agregado económico ruso.[1034]

El precioso metal, como luego se supo, partió hacia Rusia en grandes cajas que fueron cargadas a bordo de cuatro buques rusos por sesenta hombres que trabajaron a lo largo de tres noches, mientras que durante el día dormían en el interior de dichas cajas. El personal fue suministrado por el comandante en jefe de la base de Cartagena, capitán Ramírez de Togores, sin que nadie fuera informado de la naturaleza de la operación. Concluido el cargamento, el subsecretario de Hacienda, Méndez Aspe, comparó sus cifras con las de Orlov. Éste había registrado 7.900 cajas y Méndez Aspe, 7.800. Había un error de dos camiones, pues cada camión contenía cincuenta cajas. Orlov no mencionó la divergencia a Méndez Aspe, puesto que, si las cuentas de éste eran correctas, hubiera tenido que responder de las cajas extraviadas.[1035] Los buques rusos fueron custodiados por la flota republicana hasta Argel.[1036] La llegada del oro, o de parte del mismo, no pasó inadvertida para el cónsul alemán en Odesa quien, el 6 de noviembre, anotó la arribada de un buque de color gris sin bandera de 4.000 toneladas, cuyo nombre era ilegible, el cual atracó en la rada de Odesa, siendo descargado por la noche.[1037] Cuando el oro llegó a Moscú, se hicieron cuentas definitivas. Los cuatro funcionarios españoles que acompañaban el transporte permanecieron en Rusia el mayor tiempo posible.[1038] Cuando sus familiares en España empezaron a atemorizarse, fueron enviados a su vez a Rusia. Hasta 1938 no fueron autorizados a salir libremente de Rusia. Marcelino Pascua, embajador español en Moscú, que era socialista y médico, y hasta el momento había desempeñado el cargo de director general de Sanidad, nada pudo hacer por los infortunados funcionarios.[1039] Indudablemente habían tenido la buena fortuna de no convertirse en piedra como ocurre a los

humanos que entran en el reino de los gigantes. Pero con el tiempo se les permitió abandonar el país en libertad; uno de ellos embarcó con destino a Estocolmo, otro a Washington y otro a Buenos Aires. Según Orlov, Stalin celebró la llegada del oro con un banquete en el que declaró que «los españoles no verán más el oro, del mismo modo que nadie puede ver sus propias orejas»,[1040] aunque la fórmula oficial manifestara que el gobierno español podría exportar el oro siempre que quisiera.[1041]

Entretanto, el 21 de septiembre, comenzó la segunda parte del programa de ayuda rusa a España. Un agente de la NKVD llamado Zimin visitó a Krivitsky en La Haya y celebró también una reunión en París entre aquél y los colegas de Krivitsky en Londres, Estocolmo y Suiza. Zimin insistió en la absoluta necesidad de que el nombre de Rusia quedara al margen del tráfico de armas del Komintern. El primer paso, dijo, consistía en crear una organización para la compra de armas en Europa. Krivitsky, que por entonces estaba considerando la posibilidad de abandonar el servicio a los soviets, consiguió el capital financiero y las oficinas, y garantizó los beneficios.[1042] Junto con Ignace Poretsky (Ignace Reiss), jefe del NKVD en Suiza, que colaboraba con él en este asunto, esperaban que «la victoria de la revolución española ayudaría a derrocar a Stalin en Rusia». No era difícil encontrar agentes a sueldo. Éstos solían reunir las características de los personajes de las novelas de espionaje. Había, por ejemplo, un tal doctor Mylanos, griego establecido en Gdyniá. Otro era Fuat Baban, también griego, representante en Turquía de las empresas Skoda, Schneider y Hotchkiss, que más tarde sería detenido en París por tráfico de drogas. Y también estaba Ventoura, de origen judío, nacido en Constantinopla, que fue declarado culpable de estafa en Austria, con pasaporte falso, y vivía con una mujer en Grecia, aunque estaba domiciliado en París, en un

hotel de la avenida Friedland».[1043] Durante el resto de la guerra española aparecerán numerosos personajes de esta índole, llevando a cabo su lucrativa misión a espaldas de los dignos caballeros del comité de no intervención y suministrando armamento caro y a menudo anticuado a la comisión para la compra de armas del gobierno republicano, que tenía su sede en París, a través del Partido Comunista francés, el embajador español en París u otros agentes.[1044]

Alrededor de esta comisión pululaba una horda de logreros sin escrúpulos. Muchos de los implicados se corrompieron en cierta forma indiferentemente de que trabajaran o no para el Komintern. Si la cuestión de la compraventa de armas hubiera sido llevada con honradez, habrían llegado muchas más a España, aun a pesar de la no intervención. Pero tal vez el tráfico privado de armas alimente la corrupción de modo inevitable. En París, Londres, Praga, Zurich, Varsovia, Copenhague, Amsterdam y Bruselas se instaló una serie de empresas de importación y exportación, cuyos fondos eran controlados por un miembro del NKVD, que actuaba como socio silencioso. Fueron importadas armas de Checoslovaquia, Francia, Polonia, Holanda e incluso Alemania; en este último país, el astuto almirante Canaris se ocupaba personalmente de enviar material de guerra averiado a la República por intermedio de comunistas.[1045] Al estar cerrada la frontera francesa, el mejor medio de transporte era por mar, y los consulados respectivos libraban falsos certificados en nombre de los gobiernos británico, griego, latinoamericanos o chino, conforme la mercancía iba destinada a dichos países.[1046]

Entretanto entró en juego un tercer factor en la ayuda comunista a la República. No está clara la forma en que surgió. En el mes de septiembre visitó Moscú Willi Muenzenberg, jefe de propaganda del Komintern en Europa occidental.[1047] Apoyó la propuesta, al parecer original de

Thorez, secretario general del Partido Comunista francés, que preconizaba que podría ayudarse a la República mediante la creación de un grupo de voluntarios reclutados internacionalmente por los partidos comunistas extranjeros (aunque los no comunistas también podrían alistarse en él) que se sumara a las restantes fuerzas que luchaban en España por la «causa de la libertad». A finales de septiembre, el comité central del Partido Comunista italiano se reunió en París en presencia de los dirigentes comunistas franceses y de Codovila, el veterano representante del Komintern en el Partido Comunista español. Convinieron en que era necesario organizar una columna de voluntarios antifascistas italianos para combatir en España y que fuera «mayor que la columna de Rosselli».[1048] Al cabo de un día o dos, el comité ejecutivo del Komintern tomó la decisión de formar bajo su autoridad una serie de columnas internacionales compuestas por todos aquellos que desearan, o fuesen persuadidos o enviados a luchar por la República. Luigi Longo, líder de las juventudes comunistas unos años atrás, se pasó en España gran parte de los meses de agosto y septiembre y se le encomendó que hiciera los tratos oportunos con el gobierno español,[1049] Dimitrov, comunista búlgaro que era secretario general del Komintern, se adhirió a esta idea entusiásticamente, según parece.

No cabe duda de que el ministerio de Defensa ruso venía interesándose por el proyecto hacía ya algún tiempo, por la sencilla razón de que ya existía un precedente de aquella fuerza internacional en el ejército rojo, durante la guerra civil rusa. El concepto de «brigada internacional» se expresó por medio de distintos nombres, como el de Primera Legión Internacional del Ejército Rojo, Ejército Rojo Internacional y Primer Destacamento Revolucionario Internacional. En aquellas fuerzas que acudieron en apoyo de la revolución rusa se contaban innumerables voluntarios

forzados, o antiguos prisioneros de guerra de los ejércitos austro-húngaro, alemán y búlgaro, de entre las masas humanas que entraron en Rusia con motivo de la primera guerra mundial. Gran parte de estos hombres sirvieron en Ucrania a las órdenes de un personaje como Antonov Ovseenko, que en 1936 era cónsul general ruso en Barcelona. Muchos de aquellos voluntarios se hallaban integrados en las diversas secciones del ejército ruso. A Stalin le debió parecer muy conveniente comprobar si un experimento que dio resultado positivo en una guerra civil podía repetirse con éxito en otra.[1050] Al fin y al cabo, el Komintern estuvo implicado ya en la insurrección armada de los años veinte y Togliatti, ahora absorbido por los acontecimientos españoles, había redactado parte del manual técnico del Komintern sobre el tema.[1051]

Además, muchos exiliados alemanes o tránsfugas de los regímenes fascistas o derechistas autoritarios, junto con muchas otras personas que vivían en tales países, deseaban que se produjera una auténtica guerra contra el fascismo.[1052] «Más importante era para nosotros ir a combatir en España que para la República el recibir nuestra ayuda», escribió un italiano en el exilio, Emilio Lussu.[1053] *«Oggi in Spagna, domani in Italia»* era el famoso lema de Rosselli, coreado por muchos más. «A primeros de septiembre, Randolfo Pacciardi, republicano liberal emigrado de Italia, tomó contacto con el gobierno español para formar una legión italiana en España, al margen de los partidos políticos, que sería reclutada en París. Pero Largo Caballero se opuso a esta idea.[1054] En cambio ahora, después de los últimos desastres en el frente de batalla, modificó su punto de vista. Luigi Longo, joven personalidad eminente del comunismo italiano, Stephan Wisniewski, comunista polaco, y Pierre Rebiére, comunista francés, negociaron en Madrid el 22 de octubre en representación del Komintern.[1055] Visitaron a

Azaña y a Largo Caballero, quienes declinaron la responsabilidad en Martínez Barrio (que entonces era presidente del comité para la reorganización del ejército). No parece que estos tres políticos republicanos se entusiasmaran con el proyecto, pero estimaron que sería útil cuando menos a efectos propagandísticos.

A partir de aquel momento la principal tarea del Komintern fue la de formar las Brigadas Internacionales. Cada partido comunista recibió instrucciones de movilizar a un número dado de voluntarios. En muchos casos, la cifra prescrita superaba las posibilidades locales del partido. Así, muchos de los líderes más competentes del Komintern, que hasta entonces no habían estado involucrados en los asuntos de España, fueron designados para colaborar en esta misión. Por ejemplo, Josip Broz —el futuro mariscal Tito— se encontraba en París, organizando, desde un hotel de la margen izquierda del Sena, al aluvión de voluntarios para la guerra civil española, por medio del denominado «ferrocarril secreto», por el que se expedían pasaportes y dinero a los voluntarios procedentes de Europa oriental. Pero ocurría que el experto Jules Humbert-Droz se encontraba realizando idéntica misión en Suiza.[1056] Cuando un voluntario no pertenecía al Partido Comunista, un representante de la NKVD investigaba sus antecedentes y era examinado por un médico comunista en la frontera hispano-francesa[1057], aunque muchos se saltaron dichos controles, especialmente quienes se incorporaban a las brigadas en territorio español o sobre la marcha. También se presentaron no pocos aventureros en busca de sensaciones fuertes, como el belga Nick Gillain, quien explicaría que los motivos que le indujeron a alistarse fueron «el espíritu de aventura, el tedio y el otoño lluvioso del año 1936».[1058] Un sesenta por ciento de los voluntarios eran comunistas y otro veinte por ciento se hicieron comunistas en el curso de la

guerra. En todos los países (incluida la Gran Bretaña) el ochenta por ciento de los voluntarios, como mínimo, pertenecían a las clases trabajadoras.[1059] La mayoría eran jóvenes, aunque muchos alemanes e italianos militantes refugiados de los regímenes fascistas, eran veteranos de la primera guerra mundial. Muchos eran trabajadores en situación de paro, especialmente los franceses,[1060] y otros tantos habían participado en combates callejeros contra «los fascistas» en Berlín, París e incluso Londres. Pero aquello era muy distinto de luchar contra «los moros» o la legión extranjera, como pronto comprendieron. Fueron enviados a España unos 500 o 600 refugiados comunistas exiliados en Rusia.[1061] Entre éstos estaban Stern («Kleber»), Zaisser («Gómez»), Zalka («Lukacs») y Galicz («Gal»), quienes habían participado en la primera guerra mundial y en las Brigadas Internacionales del ejército ruso y desempeñaron un papel directivo en las españolas. Un voluntario comunista inglés sintetizó adecuadamente los motivos que indujeron a sus conciudadanos a alistarse, manifestando que «indudablemente la mayoría han venido aquí por un ideal, cualquiera que sea el motivo que les haya impulsado a buscarlo».[1062] Muchos voluntarios consideraban la batalla que se estaba librando en España como primer paso en la lucha contra el enemigo de sus propios países; especialmente los italianos, quienes desde las emisoras españolas clamaban en italiano contra Mussolini: se trataba de «la artillería del altavoz» como apuntó «Carlos».[1063] Así la guerra española servía para reforzar la lucha antifascista de los italianos. Un comunista checo como Arthur London entendía el servicio en las Brigadas Internacionales como un episodio más de la lucha general contra el nazismo en Europa central.[1064]

La oficina central de alistamiento de las Brigadas Internacionales estaba instalada en la rue de Lafayette, en

París. Karol Swierczewski, coronel polaco al servicio de los rusos, conocido por el nombre de «Walter», era su consejero militar al frente de un *bureau technique* en la cercana rue de Chabrol. Swierczewski había luchado al lado de los rusos en la primera guerra mundial. Tomó parte en la revolución y la guerra civil rusas, y después fue profesor de la Escuela Militar de Moscú.[1065] El tema de la propaganda se resumía en el lema de que España sería «la tumba del fascismo europeo». Los voluntarios firmaban sin contrato y sin saber por cuánto tiempo tendrían que combatir: se trataba de un compromiso indefinido que habría de ocasionar conflictos. Los voluntarios fueron enviados a España desde Francia en barco o ferrocarril. Una vez en España se dirigían, o eran enviados, a la nueva base de Albacete, situada a medio camino entre Madrid y Valencia, en la monótona estepa manchega y conocido desde varios siglos atrás por sus manufacturas de cuchillos.[1066]

El primer contingente de quinientos voluntarios salió de la estación de Austerlitz, en París, en el tren número 77 («el tren de los voluntarios») y, pasando por Perpiñán y Barcelona, llegó a Albacete el 14 de octubre, encontrándose con que apenas habían comenzado los preparativos para recibirles. Se les habían cedido los locales del cuartel de la guardia civil, pero las salas de la planta baja todavía conservaban las manchas de sangre de los que allí murieron el 25 de julio. Los miembros de las Brigadas Internacionales prefirieron, por escrúpulo, dormir amontonados en las plantas supriores.[1067] El primer grupo estaba compuesto casi íntegramente por franceses y algunos exiliados polacos y alemanes residentes en París. También había un grupo de rusos blancos que empleaban a las brigadas como medio indirecto para regresar a su país. A estos nuevos reclutas se les sumaron poco después muchos de los voluntarios extranjeros que habían combatido en el frente de Aragón y

en el valle del Tajo, incluyendo a los supervivientes de la centuria Thaelmann (alemana), a algunos componentes de la centuria Gastone-Sozzi (italiana) y del batallón francés Comuna de París. Entre los voluntarios estaba el joven poeta inglés John Cornford (aunque luego regresó a Inglaterra con permiso militar por enfermedad después de combatir durante el mes de agosto). Al día siguiente de llegar a Albacete todos los voluntarios fueron identificados y registrados. El funcionario les preguntaba si eran oficiales, sargentos, cocineros, mecanógrafos, artilleros o si habían servido en caballería o en ametralladoras. Muchos contestaron de forma insensata, más con arreglo a sus ambiciones que a sus capacidades. A continuación fueron distribuidos en grupos lingüísticos, con sus nombres apropiados. Los voluntarios británicos no eran muy numerosos y, en consecuencia, no podía formarse con ellos un batallón aparte. Parte de éstos fueron integrados en unidades alemanas y el resto en unidades francesas.[1068]

La «troika» suprema que se hallaba al mando de la base la formaban André Marty, comandante en jefe, Luigi Longo («Gallo»), inspector general, y Giuseppe di Vittorio («Nicoletti»), jefe de los comisarios políticos[1069] Los italianos eran personas competentes y humanitarias.[1070] Marty carecía de ambas cualidades. Catalán por nacimiento, de Perpiñán, era hijo de un obrero condenado a muerte en rebeldía por su participación en los sucesos de la Comuna de París. Alcanzó notoriedad en 1919 cuando, siendo maquinista de barco, dirigió el motín de la flota francesa del mar Negro para protestar contra las órdenes recibidas de apoyar al ejército blanco en la guerra civil rusa. Luego se hizo comunista. Su auge en el Partido Comunista francés en los años sucesivos se debió a su acción con motivo de «*le mutin de la mer Noire*». El cargo que ocupaba en la base de Albacete le fue encomendado en virtud de sus presuntos

conocimientos militares y gracias al apoyo de Stalin, quien no olvidaba que, diecisiete años antes, Marty se había negado a tomar las armas contra la naciente Unión Soviética. Era uno de los siete miembros del directorio o secretaría del ECCI, o comité ejecutivo del Komintern y, dada la importancia de los acontecimientos de España, era inevitable que un miembro de este organismo pasara a ocupar la jefatura de las Brigadas Internacionales. En 1936 su mayor obsesión era el temor a los espías fascistas y trotskistas.[1071] Fue a España acompañado por su mujer Paulina, a quien al parecer, Marty había tratado de disuadir. Su nombramiento fue uno de los mayores errores de Stalin, aunque se tratara de un asunto de relativa importancia. Solamente Stalin superaba a Marty en cuanto a su naturaleza desconfiada. El jefe de personal de la base era un camarada de Marty, concejal del ayuntamiento de París, llamado Vital Gayman, conocido en España con el apellido corriente de «Vidal».[1072] El capitán Alloa, sastre italiano de Lyon, estaba al mando de la base de caballería de la vecina localidad de La Roda; y un checo, el capitán Miksche, experto técnico y futuro escritor, montó una escuela de artillería en Chinchilla de Monte Aragón.[1073] El primer jefe instructor de infantería de Albacete fue el periodista alemán Emst Adam —que no era comunista— hasta que se trasladó al frente. En su cargo le sucedió un incompetente búlgaro que debió su nombramiento a haber participado en la explosión de Santa Sofía en 1923, que no podía considerarse una verdadera operación militar.[1074] La base de Albacete no tardó en quedar repleta y los italianos se instalaron en el vecino pueblo de Madrigueras, los eslavos en Tarazona de la Mancha, los franceses en La Roda y los alemanes en Mahora. Otro comunista búlgaro, Tsvetan Angelov Kristanov, que vivió emigrado en Rusia entre 1926 y 1936, fue nombrado encargado de los servicios médicos de las Brigadas

Internacionales con el atractivo nombre de guerra escandinavo de Oskar Telge, con un equipo de colaboradores de todas las nacionalidades,[1075] y Paulina, esposa de Marty, se convirtió en inspectora de hospitales. El periodista norteamericano Louis Fischer, representante nominal de *The Nation* en España, sirvió primeramente como intendente del ejército hasta que estalló su disputa con Marty, al ser ocupado su puesto por otro búlgaro, Ljubomir Karbov.[1076] Al parecer el alemán Walter Ulbricht organizó una división del NKVD en el seno de las Brigadas Internacionales, desde la cual investigaba los antecedentes de los «trotskistas» alemanes, suizos y austríacos.[1077] El Partido Comunista francés suministró los uniformes de las brigadas, incluido un gorro alpino de lana. La disciplina se impuso con mano de hierro.

«El pueblo español y su ejército todavía no han vencido al fascismo —dijo Marty a las brigadas—. ¿Por qué? ¿Por falta de entusiasmo? No y mil veces no. Le han faltado tres cosas que a nosotros no deben faltarnos: unidad política, dirigentes militares y disciplina.»[1078]

Al referirse a los dirigentes militares señaló a una figura pequeña de cabellos grises, con el capote abrochado hasta el cuello. Era el general Emilio Kleber. Kleber tenía cuarenta y un años y, al parecer, era natural de Bucovina, que entonces formaba parte de Rumania y en el momento de nacer él estaba incorporada al imperio austro-húngaro. Su nombre auténtico era Lazar Manfred Stern y el nombre de guerra lo había tomado de uno de los generales más hábiles de la revolución francesa. Durante la primera guerra mundial sirvió de capitán en el ejército austriaco. Capturado por los rusos fue internado en Siberia. Al estallar la revolución logró huir y se afilió al Partido Bolchevique. Combatió en la guerra civil rusa, formando parte de las Brigadas Internacionales allí destacadas y finalmente ingresó

en la sección militar del Komintern. Fue enviado a desempeñar misiones confidenciales en las guerras de China y acaso también en Alemania.[1079] Otros rumores consideraban a Kleber como a uno de los asesinos del zar, consejero de Haile Selassie y de Luis Carlos Prestes en el Brasil, auténtico holandés errante de la guerra revolucionaria. Ahora llegaba a España como era de esperar, como máximo dirigente de la primera Brigada Internacional. Fue un personaje bien trabajado por la propaganda, que le calificaba de «privilegiado soldado, nacionalizado como ciudadano canadiense». En el momento en que Marty lo presentaba, Kleber se adelantó a saludar con el puño cerrado, provocando una tempestad de aplausos. Marty continuó: «Hay algunos impacientes que querrían marchar hacia el frente de inmediato. Ésos son unos criminales. La primera Brigada Internacional no entrará en acción hasta que esté perfectamente instruida y armada con buenos rifles». La instrucción continuó. Las dificultades lingüísticas fueron superadas. Se unificaron criterios para coordinar los ejercicios de giro a la derecha e izquierda, aunque únicamente los alemanes se tomaban en serio dichos ejercicios y los dominaban correctamente. Los irlandeses animaban los oscuros barracones con canciones melancólicas. Las paredes estaban cubiertas de inscripciones en doce lenguas distintas: «Proletarios de todos los países: unios». *«Proletarier alier Lander, vereinigt eucb!» «Prolétaires de tous pays, unissezvotts!» «Praeownk swiata, laczue sie!» «Proletari di lutti i paesi, unitevil» «Workeri of the World, Urtite!»*

Durante los meses siguientes no cesaron de acudir voluntarios a Albacete. El poeta Auden [1080] supo expresar la angustiada llamada de España en términos casi irresistibles:

Muchos la han escuchado en remotas penínsulas,

en dormidas llanuras, en lejanas islas de pescadores,

o en el corrompido corazón de alguna gran ciudad.

La oyeron y volaron como gaviotas o como las semillas de una flor.

Se aferran apiñados a los largos expresos renqueantes

a través de tierras inhóspitas, a través de la noche y del túnel alpino;

navegaron sobre los océanos,

atravesaron los pasos de las sierras y ofrendaron sus vidas.

En aquel cuadro árido, en aquel trozo arrebatado a la ardiente

África y soldado crudamente a la industriosa Europa;

en aquel pedazo de tierra surcada por los ríos,

nuestros pensamientos adquieren cuerpo; las formas amenazadoras de nuestra fiebre

son concretas y vivas. Pues el miedo que nos hizo responder

a los avisos del médico, y los folletos de los cruceros de invierno

se han convertido en batallones invasores;

y nuestro rostro, la fachada del instituto, los almacenes de precio único, las ruinas,

proyectan su avidez como el pelotón de ejecuciones o la bomba.

Madrid es el corazón. Florecen nuestros mementos de ternura

como la ambulancia y el saco terrero;

y nuestras horas de amistad en el ejército popular.

Algunos voluntarios llegaron por mar desde Marsella,

otros cruzando los Pirineos por secretos caminos desconocidos o poco vigilados por la policía francesa, encargada de cumplir las órdenes de su gobierno, partidario de la no intervención. Quienes cruzaban los Pirineos pasaban la noche en el viejo castillo de Figueras. Tanto si venían por mar o por tierra, casi todos pasaban por Barcelona o Alicante donde eran recibidos entusiásticamente por las muchedumbres a los gritos de «Salud», « *No pasarán*» y «UHP». Las calles se llenaban de españoles que cantaban *la Internacional, la Joven Guardia, Bandera Roja, el Himno de Riego* o todos a la vez. El tren se iba deteniendo en las estaciones de los pueblos, en las que los campesinos se precipitaban a ofrecer vino y uvas, saludando con el puño en alto y gritando: «¡Viva Rusia!» Las secciones locales del Partido Comunista y demás partidos del Frente Popular llenaban los andenes con los nombres de sus pueblos escritos en grandes pancartas. Frecuentemente los reclutas llegaban completamente borrachos. Un irlandés, alistado en Liverpool, quien después escribió una ingenua narración de sus experiencias, empezó desde su primera noche en Albacete un período de enfermedades, borracheras y estancias en el calabozo de las brigadas, que duró seis meses.

No todos sentían idéntico entusiasmo. Los anarquistas desconfiaban de las Brigadas Internacionales y dieron órdenes a sus militantes destacados en misión de vigilancia en la frontera francesa de que impidieran el paso a los voluntarios. Pero «a petición de diversas personalidades internacionales —según escribió un dirigente anarquista— desistimos, aunque siguiéramos creyendo que aquella gente estaba de más. Se necesitaban armas y no hombres».[1081]

En el momento en que llegaba a Albacete el núcleo de las Brigadas Internacionales, Stalin telegrafió una carta abierta a José Díaz, dirigente comunista español, que se publicó en *Mundo Obrero* con fecha de 17 de octubre, en la

que manifestaba que «la liberación de España del yugo de los reaccionarios fascistas no es algo que corresponda solamente a los españoles, sino que constituye la causa común de toda la humanidad progresiva». A finales de octubre habían surgido en casi todos los países del mundo organizaciones de ayuda a la República. En todas partes se organizaron comités de amigos de España, de ayuda médica a España o destinados a promover el envío de socorros a España. Detrás de todos ellos acechaba la sombra de los partidos comunistas. Philip Toynbee, comunista de Oxford, explicó que durante aquella época dio órdenes de «estimular la proliferación de comités para la defensa de España en la universidad, como la polilla pone sus huevos en un armario ropero».[1082] El caso de España también sirvió de pretexto para servir otros fines: el líder del partido del Congreso de la India, Jawaharlal Nehru, en escrito dirigido al comité indio en el que solicitaba el envío de alimentos a España, señaló que: «Enviando ayuda médica a China o alimentos al pueblo español atraemos la atención del mundo hacia nuestro punto de vista.[1083] De tal forma que empecemos a contar en la esfera internacional y la voz de la India empiece a oírse en los consejos de las naciones».[1084]

Entretanto, en Berlín, Goering se quejaba de que carecía de personal que se ocupara del envío de remesas a España y de los retornos. Entonces Hess puso a disposición de aquél la organización del partido nacionalsocialista en el extranjero, con Eberhard von Jagwitz al frente de la misma. A partir de entonces Jagwitz trabajó directamente a las órdenes de Goering, asignándosele algunas dependencias en las oficinas del partido nazi. Y sólo entonces, el 16 de octubre, los ministerios alemanes de Asuntos Exteriores y Economía conocieron la existencia de ROWAK y de HISMA.[1085] Hubieron de encajar la sorpresa como pudieron. Bernhardt había ordenado que se confiscara y enviara a

Hamburgo un buque anclado en Cádiz y cargado de cobre perteneciente a Río Tinto.

Al preguntar Goering a Bernhardt, un día de octubre, en qué forma se pagaría la ayuda alemana a España, Bernhardt le respondió tranquilamente: «Hay un barco cargado de cobre que está esperándole».[1086]

Todavía estaba en funciones el comité de no intervención. Pero el 23 de octubre Maisky declaró que Rusia ya no podía sentirse vinculada por los acuerdos de no intervención o, por lo menos, «no en mayor medida que los miembros que aún participan en el comité».[1087] El resultado fue la ruptura por parte de Portugal de sus relaciones diplomáticas con la República española, a consecuencia de las acusaciones de Rusia contra aquel país. Rusia no iba a abandonar ahora el comité, como su prensa había pronosticado. Tal actitud pudo tomarse al regreso de Litvinov de Ginebra. Éste debió señalar que la retirada del comité traería consigo la ruptura de relaciones con Francia y Gran Bretaña y constituiría un rudo golpe a la política de seguridad colectiva. Lord Plymouth propuso controlar los suministros de material de guerra a España mediante el envío de observadores a los puertos españoles, quienes luego declararían ante el comité.[1088] Pero aquella aristocrática voz de la razón, desgraciadamente, no fue escuchada.

En medio de tales discusiones, el conde Ciano, ministro italiano de Asuntos Exteriores, giró una importante visita a Berlín. Allí planteó el caso de España ante Neurath y Hitler. Los alemanes convinieron en que Alemania e Italia reconocerían diplomáticamente a los nacionalistas tras la caída de Madrid. Neurath se figuraba que ello sucedería en el plazo de una semana. Alemanes e italianos negaron enérgicamente que tuvieran intenciones de anexionarse parte del territorio español. También se comunicaron los últimos rumores: Ciano manifestó no estar al corriente del

informe alemán que denunciaba que 400.000 rusos se dirigían hacia España. Pero él mismo estaba organizando un servicio de vigilancia entre Sicilia y África. Italia estaba a punto de terminar la construcción de dos submarinos destinados a los nacionalistas. Indudablemente ambas unidades serían de utilidad para efectuar la vigilancia de aquella zona mediterránea. Esta reunión estrechó aún más la cooperación italo-germana en todos los campos. Al cabo de una semana Mussolini empleaba por primera vez el término «eje Berlín-Roma» para designar aquella amistad predestinada.[1089] A partir de entonces, y en muchos sentidos, la guerra civil española fue ya algo más que una guerra civil europea: se transformó en una guerra mundial en miniatura. Y es que la guerra española había estallado en un momento particularmente crítico, como ya se ha demostrado, no sólo en el aspecto diplomático, sino también en el dp la carrera de armamentos. En octubre de 1936, los Junker 52 y los Heinkel 51 eran ya una presencia familiar en los cielos de España; al igual que los cazas Fiat CR-32 y los ataúdes volantes franceses junto con los Dewoitine y Bloch. Pronto se haría igualmente familiar la presencia de la aviación rusa de fabricación moderna, de la misma generación que la de las naciones mencionadas y que, además, se basaba en modelos americanos. El que luego sería célebre caza Messerschmitt y el Heinkel 111, mucho más veloz, dotado de fuselaje reforzado, estaban en período de pruebas y no tardarían en aparecer en los cielos de España. En cuánto a la guerra terrestre, los tanques Panzer y T-26 alemanes y rusos pronto entrarían en acción, constituyendo lo que el general alemán Von Thoma, jefe de tanques, llamaría un «Aldershot europeo».[1090] Y asimismo la nueva ametralladora alemana MG34, que entró en servicio en 1936, al igual que la Degtyaueva Pekhotnii (DP), algo más antigua. La nueva arma antiaérea alemana de 88 milímetros —

conocida en la segunda guerra mundial como la célebre «Ochenta y ocho», que se empleó contra los tanques— ya operaba en España a finales de octubre, al lado de la artillería italiana de la primera guerra mundial, que todavía era fiable. Así, en un país que hasta el mes de julio estaba tecnológicamente atrasado, se estrenaron con fines mortíferos los modelos de armas más modernos fabricados por las industrias más importantes del momento. De esta suerte, la rebelión de julio de 1936 hizo saltar a España bruscamente a pleno siglo XX mediante lo que puede llamarse, en el sentido estricto de la palabra, un acto de venganza.

Esta obra, publicada por GRIJALBO MONDADORI, se terminó de imprimir en los talleres de Rotativas de Estella, S.A., Navarra, el día 5 de octubre de 2001.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

02/08/2012

---

notes

Notas a pie de página

[1] La animada plaza central de Madrid, donde han empezado muchas revoluciones.

[2] Las Cortes de la Segunda República tenían 473 diputados.

[3] Que era necesaria. El que la autonomía pareciera el mejor sistema para conseguirla es un comentario sobre España más que sobre Galicia.

[4] Confederación Española de Derechas Autónomas.

[5] Juventud de Acción Popular.

[6] *Diario de sesiones de las Cortes españolas,* 16 de junio de 1936. Véanse las memorias de Gil Robles, *No fue posible la paz* (Barcelona, 1968).

[7] Ian Gibson, La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Larca (París, 1971), p. 14.

[8] Casares Quiroga era miembro del Partido de Izquierda Republicana, que había absorbido a los autonomistas gallegos (ORGA).

[9] Miguel Maura (*El Sol*, 18 de junio de 1936) consideraba que este Sindicato contaba con 1.447.000 trabajadores, basándose en los cálculos del director general de Seguridad.

[10] A los dos partidos republicanos «puros», Izquierda Republicana y Unión Republicana, se habían unido representantes de los partidos autonomistas de Galicia y Cataluña.

[11] Miguel Maura *(El Sol,* 18 de junio de 1936) daba la cifra de 1.577.000 miembros de la CNT. Probablemente se quedaba corto.

[12] El que se presentó a unas elecciones con el simple programa de «Nosotros somos nosotros». Quizás muy apropiadamente, en los últimos años de este estadista, sus oponentes utilizaron el lema todavía más simple de «¡Maura no!».

[13] Las cuarenta y nueve provincias de España eran administradas por gobernadores civiles instalados en las capitales. Eran nombramientos políticos, efectuados por el ministerio de Gobernación. La autoridad del gobernador civil era compartida por el jefe de la guarnición de la ciudad en cuestión, al que se llamaba gobernador militar, nombrado por el ministro de la Guerra.

[14] El mejor estudio sobre Calvo Sotelo es el que se encuentra en la obra de Richard Robinson, *The Origins of Franco's Spain* (Newton Abbot, 1970), p. 215 f ss. Véase también Aurelio Joaniquet, *Calvo Sotelo, una vida fecunda, un ideario político, una doctrina económica* (Santander, 1939).

[15] Todos los ministros de la República tenían derecho a una pensión.

[16] «El Campesino» (Valentín González), *Comunista en España y anti-estalimsta en la U.R.S.S.* (México, 1952), p. 110.

[17] Dolores Ibárruri, *El único camino* (París, 1962), p. 102. Era miembro del comité central del Partido desde 1930 *(ibid.,* p. 113).

[18] El mismo informe citado por Maura y mencionado antes atribuía a los comunistas 133.000 militantes. En cuanto al comentario de Prieto, véase *De mi vida* (Mérito, 1965). vol. II, p. 146.

[19] Barcelona tardó mucho tiempo en olvidar a la pescadera radical Carmen Álauch; a la prostituta María Llopis; a la *madame* radical Josefa Prieto, «la Bilbaína»; a Rosa Esteller, «la Valenciana»; a Mercedes Monje; a

Trinidad de la Torre; a Enriqueta Sabater, «la Llarga»; y a todas las demás, «damas radicales» o «damas rojas» que, en 1909, llevando lazos blancos como distintivo, habían ayudado a organizar las huelgas pacifistas y las quemas de iglesias.

[20] Partido Obrero de Unificación Marxista.

[21] Un santo local de las proximidades de Burgos. En realidad Calvo Sotelo habría tenido que referirse a santo Domingo de Guzmán.

[22] Anteriormente (y posteriormente) el Palacio Real.

[23] No hay ninguna razón para dudar de que el levantamiento contra Murat y José Bonaparte fuera popular y nacional. Fichte, en su *Discurso a la nación alemana*, alababa este ejemplo de «un pueblo en armas» y conjuraba a los alemanes a que siguieran el ejemplo de los españoles. Y así lo hicieron.

[24] A comienzos de este siglo tan agitado, las colonias españolas de América Central y del Sur se sublevaron y, en nombre del liberalismo, se hicieron independientes.

[25] Se compensó a la Iglesia con indemnizaciones y sueldos para sus representantes.

[26] Fue durante este período cuando nacieron todos los principales protagonistas de la guerra civil de 1936-1939. Para un hombre que tuviera setenta años en 1936, las guerras carlistas de la década de 1870 eran un recuerdo de infancia. Un hombre de ochenta años hubiera podido participar en ellas.

[27] Ángel Ossorio, *Barcelona, julio de 1909: Declaración de un testigo* (Madrid, 1910), p. 13. Véase Joaquín Romero Maura, *La rosa de fuego* (Barcelona, 1975).

[28] Véase Raymond Can, *Spain 1808-1939* (Oxford, 1966), p. 397; y R. J. Harríson, «Catalan Business and the loss of Cuba 1898-1914», *Economic History Review,* XXVII, nº 3,

agosto 1974.

[29] Joan Connelly Ullman, *The Tragic Week* (Cambridge, Mass., 1968), p. 288 y ss. Se ha exagerado el «absurdo» de estos tumultos y también el papel de los anarquistas; más importancia tuvieron los radicales. Sin embargo, sin duda el gobernador civil, Ossorio y Gallardo, tenía razón cuando dijo: «En cada calle se vociferaban cosas distintas y se batallaba con diferentes miras» *(op. cit.,* p. 54). Después de juicios subsiguientes fueron ejecutados cinco hombres, entre ellos el carbonero.

[30] Carr, p. 495.

[31] Sobre los acontecimientos de este año y la crisis que vino a continuación, ver la obra de Gerald Meaker, *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923* (Stanford, 1974), p. 153 y ss.

[32] David Woolman, *Rebels in the Rif* (Londres, 1969), p. 96. Ver una descripción del pánico en Arturo Barea, *The Forging of a Rebel* (New York, 1946), p. 304 y ss.

[33] Se creía que el «telegrama» (que nunca llegó a encontrarse) decía: «¡Olé los hombres! El 25 te espero». Con razón o sin ella, nunca se perdonaría al rey. V. S. Pritchett, viajando por España en la década de 1920, descubrió que, siempre que preguntaba si podría sobrevivir la monarquía, la gente le decía: «No tendría que haber enviado aquel telegrama».

[34] Tomado del documento hecho público por el conde de Romanones en las Cortes durante el «proceso» de Alfonso XIII, en diciembre de 1931.

[35] Sin embargo, murieron tres anarquistas en una escaramuza en Vera de Bidasoa, en la frontera francesa, el 6-7 de noviembre de 1924, tras ser provocados por la guardia civil.

[36] Ramón Tamames, Estructura económica de España

(Madrid, 1969), p.203.

[37] Murió en 1925.

[38] Abd-el-Krim murió en 1963 en Marruecos, adonde acababa de regresar. Una nota necrológica aparecida en *African Revolution* (mayo 1963) le llamaba «Nuestro maestro» y decía que había sido el primero en demostrar a «los hombres de color que el imperialismo no era invencible». (El autor olvidaba a Toussaint.)

[39] Compañía Arrendataria del Monopolio del Petróleo, Sociedad Anónima.

[40] Comunicado reproducido en Miguel Maura, Así cayó Alfonso XIII... (Barcelona, 1966), pp. 34-35.

[41] Emilio Mola, *Obras completas* (Valladolid, 1940), p. 231.

[42] *El Sol*, 15 de noviembre de 1930.

[43] Las poblaciones de otras grandes ciudades españolas en 1931 eran: Valencia, 320.000; Sevilla, 229.000; Zaragoza, 175.000; Málaga, 190.000; y Bilbao, 160.000.

[44] Las cifras definitivas no llegaron a publicarse, y probablemente ni siquiera se computaron. El 14 de abril por la tarde habían sido elegidos 29.953 monárquicos y 8.855 miembros de partidos republicanos. Quedaban por elegir unos 40.000 concejales. El 5 de abril ya habían sido elegidos 29.804 concejales en sitios donde los candidatos no tenían oposición. La inmensa mayoría eran monárquicos —8 a 1, según Ben-Ami, cuyo relato es el mejor (véase S. Ben-Ami, *The Origins of the Second Republic*, tesis de Oxford, 1974).

[45] Hijo de Antonio Maura y hermano del duque de Maura; había sido miembro del último gobierno del rey hasta el 14 de abril. Miguel fue consíderado la oveja negra de esta notable familia católica de origen judío hasta que su sobrina Constancia de la Mora y Maura se casó con el destacado aviador republicano Hidalgo de Cisneros, y se

hizo comunista. Ver su relato del cambio de régimen en *Así cayó Alfonso XIII...* En la p. 212 y ss. da una impresión favorable de Alcalá Zamora. Alcala Zamora escribió unas memorias que todavía (1976) no se han publicado. Véase Juan Tomás Valverde, *Memorias de un alcalde* (Madrid, 1961), para lo referente a su papel de cacique.

[46] *La Rebeldía* de 1 de septiembre de 1906, citado en *Historia de la Cruzada Española* (ed. Joaquín Arrarás) (Madrid, 19401943), vol. I, p. 44. (En adelante me referiré a *Cruzada,* las referencias de las páginas remiten a volúmenes.) «Jóvenes bárbaros» era el sobrenombre del movimiento juvenil radical.

[47] Presidente de las Cortes en 1936.

[48] Jesús Pabón, *Palabras en la oposición* (Sevilla, 1935), p. 196.

[49] Véase Vicente Cacho Viu, *La Institución Libre de Enseñanza* (Madrid, 1962).

[50] Me refiero a la famosa «generación del 98», de la que formaron parte el profesor de griego Miguel de Unamuno; el analista social Ortega y Gasset; el historiador social Joaquín Costa; el ensayista Ángel Ganivet; el poeta de Castilla, Antonio Machado; el excéntrico poeta gallego Valle Inclán; el imprevisible escritor Ramiro de Maeztu; el novelista Pío Batoja; el ensayista Azorín; el drámaturgo Benavente; y, quizás, el pintor Zuloaga, que eran los intelectuales de primera línea en las universidades españolas hacia 1898. Véase Aldo Garosci, *Gli intellettuali e la guerra di Spagna* (Roma, 1959), p. 7. Carr (p. 525 y ss.) se muestra escéptico al respecto.

[51] Extraordinario, porque desde 1810 ningún otro político español ha escrito un diario.

[52] Conferencia en «El Sitio» de Bilbao, 21 de abril de 1934.

[53] Véanse sus diarios en los vols. 111 y IV de sus *Obras completas,* México, 1966-1968,

[54] Joaquín Maurín (*Revolución y contrarrevolución en España*, París, 1966), argüía que los qué votaron a Azaña en 1931, si hubieran sido lo bastante jóvenes, habrían apoyado al Partido Comunista en su encarnación «burguesa» entre 1936 y 1939 (si hubieran sido lo bastante viejos, habrían votado a los liberales en 1910).

[55] 277.011 en 1930. Puede que la cifra real fuera mayor, pues ésta se refiere sólo a los miembros que cotizaban.

[56] Al principio, los socialistas eran partidarios de afiliarse al Komintern. Antes de comprometerse, enviaron a Rusia a Fernando de los Ríos para que se informara. «Pero, ¿dónde está la libertad?», preguntó el barbudo individualista andaluz. «¿La libertad? —contestó Lenin— ¿para qué?» *[«La liberté?. Poúr quoi faire?»]*

[57] Véase Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos. Cartas a un amigo* (México, 1954). En 1905, Iglesias y Largo Caballero consiguieron ser elegidos, por primera vez, para formar parte del ayuntamiento de Madrid, imitando los fraudes electorales de sus oponentes. Iglesias entró en las Cortes en 1910; Largo Caballero y varios otros socialistas lo siguieron en 1917.

[58] Véase Maura, p. 216.

[59] Gil Robles, p. 448.

[60] Joaquín Arrarás, *Historia de la Segunda República* (Madrid, 1956-1964), vol. I, p. 53. Los cinco masones eran De los Ríos, Martínez Barrio, Alvaro de Albornoz, Casares Quiroga y Marcelino Domingo. Azaña se hizo masón a principios de 1932.

[61] Parece ser que hubo una ruptura entre los masones ingleses y los europeos en la década de 1880, cuando los

hermanos continentales decidieron que ya no podían soportar la menor referencia a Dios, ni siquiera bajo el nombre de «Supremo Arquitecto», en los estatutos de su orden.

[62] Puesto que se habían hecho masones muchas personas destacadas a las que no se podía acusar de ser comunistas disfrazados, los publicistas clericales se veían obligados a distinguir entre los que eran instrumentos ciegos en manos del «terrible hermano» y aquellos que conocían sus oscuros designios.

[63] Hay un estudio útil sobre la masonería española en *La Révolution espagnole vue par une Républicaine* (París, 1937), de la diputado del Partido Radical Clara Campoamor. Véase también Gabriel Jackson, *The Spanish Republic and the Civil War 1931-1939* (Princeton, 1965), p. 510. El diputado católico Gil Robles (p. 94) da una enumeración de masones españoles que probablemente refleja lo que él y la Iglesia creían que era cierto: de un total de algo más de 11.600, 3.660 eran nativos de Cádiz, lo cual indica la importancia de ese puerto en los siglos XVIII ó XIX, más que en el XX.

[64] La *Esquerra Republicana de Catalunya* —éste era su nombre completo— era una combinación de un antiguo partido radical, básicamente de clase media baja, el *Partit República Catalanista* (PRC); *Estat Catala,* un grupo de separatistas, encabezados por Maciá; y un grupo de socialistas catalanes formado en torno al periódico *L'Opinió.* Otros partidos catalanes activos en 1931 eran *Acció Catalana* (procedente de una escisión de la juventud de la *Lliga* producida en 1922), que no quedó bien en las elecciones. La *Lliga* y los radicales obtuvieron el segundo y tercer puesto, a gran distancia de la *Esquerra,* que había incluido en su manifiesto el objetivo de «la socialización de la riqueza en beneficio de la comunidad», atrayendo con ello a algunos miembros de las izquierdas revolucionarias. Maciá, el

hombre más famoso de las izquierdas catalanas, había sido licenciado del ejército en 1906 por atacar la Ley de Jurisdicciones.

[65] Tomás Pamies, en su *Testamento de Praga* (Barcelona, 1970) recuerda (p. 53) que la primera vez que oyó la palabra «revolución» fue en los discursos de un grupo de forasteros que habían llegado a Balaguer (Lérida) en 1908: uno de los oradores era Cambó. Pamies se unió a los «revolucionarios» convirtiéndose en anarquista, después en comunista, y, después de veinticinco años de exilio, murió en 1968 siendo jardinero municipal en Praga.

[66] Albert Balcells, *Crisis económica y agitación social en Cataluña* (1930-1936), (Barcelona, 1971), p. 18.

[67] La historia económica general de la República se comenta más adelante. Véase Balcells, p. 10.

[68] *El Sol,* 7 de mayo de 1931. «Quietos y ociosos» y «apatía y cortedad» eran palabras empleadas en una encíclica de León XIII. Segura odiaba al fascismo y fue amigo de Inglaterra en la segunda guerra mundial.

[69] *Anuario Estadístico de España*, 1931, pp. 664-665. Véase José M. Sánchez, *Reform and Reaction* (Cliapel Hiíl, 1962).

[70] Las mujeres españolas son mucho más religiosas que los hombres, un signo más de la posición femenina dominante en la Iglesia, expresada por el papel atribuido en España a la Virgen María, tan exagerado que roza con la mariolatría.

[71] Citado por Gerald Brenan en *The Spanish Lahyrinth* (Cambridge, 1943), p. 53.

[72] Discurso del 13 de octubre de 1931, en *Obras Completas,* vol. III, p. 51. El diario de Azaña de aquel día, aunque señala la aprobación con que fue recibido el discurso, no indica que él fuera consciente de haber dicho

algo que pudiera usarse contra él. Véase vol. IV, p. 178: «El discurso me salió muy bien, como un sueño, [...] palabra por palabra [...] Lerroux me cubrió de elogios». Si Azaña hubiera dicho que España había dejado de ser clerical, habría estado más sutil.

[73] Ballesteros, *Historia de España,* vol. vi, p. 288, cit. Brenan, p. 117

[74] En virtud del Concordato de 1851, todavía en vigor en 1931, la Iglesia aceptó la desamortización, accedió a la venta de las tierras eclesiásticas (siempre que los beneficios se invirtieran en bonos del Estado y se repartieran entre los clérigos) y aceptó el nombramiento de obispos por parte del Estado. A cambio, se aceptó el derecho de la Iglesia a adquirir cualquier tipo de propiedad, se reafirmó que el catolicismo era «la única religión» en España, se dio derecho a la Iglesia para dirigir la conciencia de las escuelas estatales, se decidió que el Estado pagaría para mantener los edificios eclesiásticos y, sobre todo, que los eclesiásticos recibirían estipendios del Estado, virtualmente como si se tratara de funcionarios, que irían desde 160.000 reales para los arzobispos hasta 1.200 para los curas rurales.

[75] *Nuevo Ripalda enriquecido con varios apéndices* (14. ed., Madrid, 1927) p. 117.

[76] Esto, naturalmente, contribuía a mantener su bajo nivel cultural.

[77] Sucedía así, sobre todo, en las provincias vascas.

[78] Brissa, *Revolución de julio,* p. 185, cit. Connelly Ullman, p. 324.

[79] Observación recogida por el padre Alberto Onaindía.

[80] Comentario de Azaña en su obra *Causas de la Guerra de España (Obras,* vol. m, p. 454). .

[81] El Vaticano no tardó en tener complicaciones con

la República al negarse a aceptar al embajador ante la Santa Sede que había nombrado el gobierno, Luis de Zulueta. Los cardenales Goma y Segura tuvieron una entrevista en Francia el 23 de julio de 1934; en una curiosa conversación, llegaron al acuerdo de que el papa Pío XI era un hombre «sin afectos, frío y calculador», que tenía demasiada simpatía por Cataluña y que estaba siendo engañado por Ángel Herrera y el cardenal Vidal y Barraquer, el arzobispo de Tarragona. (Juan de Iturralde, *El catolicismo y la cruzada de Franco,* Vienne, Francia, 1960, vol. I, p. 265.) Acerca de las especulaciones sobre la posibilidad de que Ángel Herrera y monseñor Tedeschiní, el nuncio papal, influyeran en la expulsión de Segura, véase Iturralde, vol. I, p. 344 y ss. Tedeschiní era de mentalidad liberal, y, cuando llegó a España por primera vez en 1921, ayudó a crear una abortada versión española del Partito Popolare italiano. Véase Javier Tusell, *Historia de la Democracia Cristiana en España* (Madrid, 1974), vol. I, p. 104 y ss.

[82] Es evidente que, a nivel local, Acción Nacional equivalía a la unión de los terratenientes locales o los intereses industriales. Al cabo de poco, Acción Nacional tuvo que cambiar de nombre y pasar a llamarse Acción Popular, cuando el gobierno insistió en que no se podía usar la palabra «nacional» más que para las empresas del gobierno.

[83] El relato de Miguel Maura es el mejor (pag. 241 y ss.) Véase también Azaña vol. IV, p. 303. Atribuye cierta culpa al general monárquico liberal, Carlos Blanco, que, sorprendentemente, era el nuevo director general de Seguridad del gobierno. La versión monárquica de la historia puede verse en Juan Ignacio Luca de Tena, *Mis amigos muertos* (Barcelona, 1971), p. 97 y ss. Los monárquicos estuvieron sitiados en el club desde las 12‘30 hasta las 5 de la tarde.

[84] Lawrence Fernsworth, *Spain's Struggle for Freedom* (Boston, 1957), p. 131.

[85] Todas las casas religiosas de España, tanto si vivían en ellas frailes como si vivían monjas, se llamaban conventos. Uno de los incendios fue en los archivos del Colegio de Santo Tomás de Villahueva, en Valencia, un seminario donde entonces estaba trabajando Earl Hamilton, el historiador de la revolución de los precios en el siglo XVI. Parece ser que los incendios en Málaga se debieron en parte a la incompetencia del gobernador civil, Antonio Jaén, amigo de Alcalá Zamora, y a la negligencia del gobernador militar, general Gómez Caminero.

[86] Juan Antonio Ansaldo, *¿Para qué?* (Buenos Aires, 1951), p. 15.

[87] *ABC,* 5 de mayo de 1931.

[88] El 25 de abril, Azaña había publicado un decreto permitiendo a todos los oficiales que lo desearan retirarse con la paga entera. Esta medida excesivamente generosa creó una serie de oficiales sin empleo, con medios y tiempo para conspirar contra el nuevo régimen.

[89] Ninguno de estos primeros conspiradores contra la República prestó el juramento requerido de servirla y defenderla.

[90] Las conspiraciones contra la República ahora cuentan con una amplia literatura. Véase Paul Preston, *The Journal of Contemporary History,* vol. vil, 3/4 (julio-octubre 1972).

[91] Algunos, como Goicoechea, en 1913 eran «jóvenes mauristas».

[92] Pero véase en Maura, p. 246 y p. 254, la información de que algunos de los admiradores más jóvenes de Azaña en el Ateneo habían planeado quemar los conventos como protesta contra la lentitud del gobierno en

sus tratos con la Iglesia. El líder de estos gamberros era Pablo Rada, un mecánico radical que había volado con Ramón Franco en su primer vuelo a través del Atlántico Sur. (En el curso de la guerra civil, Rada volvió a atravesar el Adántico en avión, llevando sustanciosas cantidades de dinero de la República.)

[93] Antes de 1868 había unos cuantos anarquistas aislados en España, ninguno con seguidores. El relato de la conversación de Fanelli con los 21 jóvenes tipógrafos madrileños que hace Anselmo Lorenzo en *El proletariado militante* (Barcelona, 1901-1923), vol. I, p. 123, es merecidamente famoso.

[94] La mejor exposición de la teoría del anarquismo como una compensación por la deserción de la Iglesia se encuentra en Brenan, p. 131 y ss.

[95] Edward Malefakis, *Agrarian Reform and Peasant Revolution in Spain* (New Haven, 1970), p. 137; J. Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas: Córdoba* (Madrid, 1929), p. 226.

[96] José Peirats, *La CNT en la revolución española* (Toulouse, 1951-1953), vol. I, p.72.

[97] Connelly Ullman, p. 94 y ss.; véase también Sol Ferrer, *Francisco Ferrer* (París, 1962).

[98] El papel de Ferrer en 1909 nunca llegó a esclarecerse; ¿dio dinero para contratar incendiarios?, ¿financió la continuación de la lucha comprando al mismo tiempo bonos del Estado que aumentarían de valor si fracasaba la revolución? Véase Connelly Ullman, p. 306 y ss. Algunos alegaron que toda aquella rebelión había sido una «maniobra de bolsa». Ferrer, que ya estaba escondido y de quien se creía que estaba en Francia, fue arrestado porque firmó una nota por la que prorrogaba un sobregíro.

[99] La Confederación Nacional del Trabajo fue la

sucesora de *Solidaridad obrera*, fundada en 1907, que había sido una coalición de movimientos obreros catalanes, dominada por los anarquistas, pero no formada exclusivamente por ellos. Los socialistas se retiraron cuando este movimiento pasó a ser nacional.

[100] Díaz del Moral, pp. 575-577. La FNAE (Federación Nacional de Agricultores de España), equivalente agrícola de la CNT, se fundó en 1913 y se fusionó con la CNT en 1918.

[101] Peirats, vol. I, p. 9, da una lista incompleta de dirigentes anarquistas muertos en este período; en la lista figuran 106 nombres. En *Tiempos Nuevos* (París), en 1925, se publicó una descripción del apoyo del gobierno a los pistoleros antianarquistas y de la cantidad que recibían por cada asesinato. Está reproducida por Peirats, vol, I, pp. 10-13. La mejor historia de este período, con mucho, es la de Meaker, en el libro anteriormente citado.

[102] «La Revolución Rusa —dijo un antiguo y famoso anarquista, Eleuterio Quintanilla— no expresa nuestros ideales. Es una revolución de tipo socialista. Su dirección y su orientación no responden a las necesidades de los trabajadores, sino a las de los partidos políticos.»

[103] Ilya Ehrenburg, *Ils ne passeront pas* (París, 1937), p. 13.

[104] Véase Ricardo Sanz, *El sindicalismo y la política: Los Solidarios y Nosotros* (Toulouse, 1966); J. Romero Maura, «*The Spanish Case*», en David Apter y James Joll, *Anarchism Today* (Londres, 1971); Juan Llarch *Muerte de Durruti* (Barcelona, 1973).

[105] Peirats, vol. II, p. 347, dice que la FAI tenía 30.000 miembros en 1936.

[106] Peirats, vol.I pp. 4243.

[107] Cyril Connolly, *The Condemned Playground* (Londres, 1945), p. 195. Véase su notable discurso cuando era

ministro de Justicia en enero de 1937.

[108] Brenan, p. 140. Los anarquistas decían tener 600.000 miembros en junio de 1931, 250:000 en Cataluña (*Solidaridad Obrera,* 12 de junio de 1931). Balcells dice que la CNT tenía el 58% de los obreros de Barcelona, y entre el 30% y el 35% de los obreros de Cataluña.

[109] Peitats, vol. II, pp. 121-122.

[110] Carr, p. 463.

[111] Las mujeres podían ser candidatas, pero no pudieron votar hasta 1933. La segunda vuelta de las elecciones se celebró el 12 de julio.

[112] *El Impartial,* cit. Ben-Ami, p. 286. Los republicanos consiguieron el predominio en muchos ayuntamientos rurales sustituyendo el caciquismo monárquico con su fórmula propia de manejo electoral, también cuestionable.

[113] Peirats, vol 1, p. 49

[114] Peirats, vol. I, pp. 55-57; César Lorenzo, *Les anarchistes espagnols et le pouvoir* (París, 1969), p. 69. Véase también Abel Paz, *Durruti, le peuple en armes* (París, 1972).

[115] Véase Jackson, p. 30.

[116] Un anteproyecto anterior de la Constitución preveía la disolución de todas las órdenes religiosas.

[117] Véase Marcelino Domingo, *La experiencia del poder* (Madrid, 1934). Véase también en Robinson, p. 59 y ss. un resumen de las actitudes de las derechas.

[118] Véase una imagen de primera mano de esta crisis en Azaña, vol. IV, p. 172 y ss.

[119] Ramón Sender, *Seven Red Sundays* (Londres, 1936), p. 171.

[120] Después fueron condenadas seis personas a cadena perpetua. Véase Luís Jiménez Asúa, *Castilblanco*

(Madrid, 1933).

[121] Peirats, vol. I, p. 51.

[122] René Dumont, *Types of Rural Ecottomy* (Londres, 1957), p. 218; véase también, Carr, p. 417 y ss.

[123] Hay un resumen muy útil de la reforma agraria anterior a la República en Malefakís, pp. 427-438.

[124] Balcells calcula que el jornal agrícola medio era de 2,80 pesetas diarias, y el jornal durante la recolección, de 5,50 pesetas. El promedio de trabajo era de 250 días al año.

[125] Carr, p. 419.

[126] España tenía alrededor de 1.600.000 hectáreas de regadío y la República proyectaba regar otro millón de hectáreas.

[127] La población de las tres provincias vascas era de 891.710 en 1930; con Navarra, se llegaba a un total de 1.237.593. Pero no todos los que vivían en esas provincias eran vascos.

[128] Navarra está habitada principalmente por vascos. Pero, por razones que estudiaremos más adelante, su historia política ha seguido un rumbo diferente. ,

[129] La cifra bajaba al 15% entre los habitantes no vascos de las ciudades vascas.

[130] *Le Clergé basque.* Rapports présentés par des prétres basques aux autorités ecclésiastiques. (París, 1938), p. 15. Los hombres y las mujeres se sentaban separados, como en Irlanda y en las sinagogas.

[131] Excepto los que vivían en Navarra, que estuvieron gobernados por los monarcas semi-independientes de aquel pequeño reino hasta el siglo xvi.

[132] Carr, p. 435.

[133] El PNV fue fundado por Arana en 1894. Sobre la tentativa de Orgaz, véase José Antonio Aguirre, De *Guernica*

a Nueva York pasando por Berlín (Buenos Aires, 1943), pp. 342-343. Más tarde, Orgaz negó esta versión de la entrevista, diciendo que quien solicitó una alianza fue Aguirre, que deseaba oficiales para entrenar a sus jóvenes (mendigoixales) de cara a un alzamiento. Es posible que los políticos monárquicos montaran la entrevista de manera que los dos tuvieran la impresión de que había sido el otro el que había tomado la iniciativa. (Véase Iturralde, vol. I, pp. 36-37.)

[134] De un total de 489.887 electores en las tres provincias, 411.756 votaron a favor del Estatuto, 14.196 votaron en contra, y 63.935 se abstuvieron. Véase Martin Blinkhorn, «The Basque Ulster», *Historical Journal,* XVIII, nº 3 (1974), pp. 593-613.

[135] Las clases trabajadoras de Bilbao no eran ni tan católicas ni tan separatistas como la burguesía. Su adopción de las ideas centralizadoras de la *UGT* socialista, uno de cuyos principales centros era Bilbao, sería una causa más de conflictos.

[136] El movimiento nacionalista vasco puede seguirse en M. García Venero, *Historia del nacionalismo vasco* (Madrid, 1945); las memorias de Aguirre; Salvador de Madariaga, *Spain* (Londres, 1964), pp. 227-235 (hostil); Brenan, pp. 278-280); y de S. Payne, *Basque Nationalism* (Reno, 1975).

[137] *Anuario* 1931; Ramón Salas Larrazábal, *Historia del ejército popular de la República* (Madrid, 1974), vol. I, p. 11.

[138] Las cifras del siglo XIX eran más absurdas todavía. En 1898 había un general por cada cien hombres.

[139] Véase el esclarecedor estudio de Joaquín Romero Maura, *The «Cu-Cut» incident: Catalonia and the Spanish Arrny, 1905* (Reading, 1975).

[140] Usó la palabra en un discurso en Valencia, y el

episodio está citado en Maura, p. 227. Una relación hostil de las reformas de Azaña puede verse en el libro del que acabaría siendo uno de los mayores enemigos de la República, el general Mola, *El pasado, Azaña y el porvenir* [en Emilio Mola, *Obras completas* (Valladolid, 1940)].

[141] Goded pasó a ser inspector general del ejército. Véase Azaña, vol. IV, pp. 414-418.

[142] En 1932, nominalmente había 7.660 oficiales y 1.756 en África; de otras graduaciones, 105.367, y 41.774 en África, incluidos 9.080 de las tropas moras (Anuario, 1932).

[143] Rosita Forbes, *The Sultán of the Mountains* (Nueva York, 1924), p. 72.

[144] General André Beaufre, *1940* (Londres, 1965), p. 30.

[145] Barea, p. 251. Cuando servía como sargento en Marruecos, Barea se reía de las pretensiones de algunos: «¿Por qué tenemos que "civilizar" [a los marroquíes]? ¿Civilizarlos a ellos nosotros? ¿Nosotros, los de Castilla, de Andalucía, de las montañas de Gerona, que no sabemos leer ni escribir? Tonterías. ¿Quién nos civiliza a nosotros? Nuestros pueblos no tienen escuelas [...]».

[146] Artículo 2º de la Ley Constitutiva del ejército.

[147] Antonio Ruiz Vilaplana, *Doy fe* (París, 1938), pp. 207-208. Los oficiales que ahora tenían la oportunidad de ascender a altos puestos del ejército habían estado en la Academia de Infantería de Toledo hacia la época de la guerra de España con los Estados Unidos.

[148] Véase Jaime del Burgo, *Conspiración y guerra civil* (Madrid, 1970), p. 270 y ss.

[149] Luis Redondo y Juan de Zayala, *El Requeté* (Barcelona, 1957), p. 250.

[150] Ramón Serrano Súñer. *Entre les Pyrénées et Gibraltar* (Ginebra, 1947), p. 59.

[151] Víctor Pradera, *El nuevo Estado* (Madrid, 1941), p. 271.

[152] *Cruzada,* IV, p. 489. Sanjurjo tenía relaciones con los carlistas, porque su padre había sido brigadier en el ejército de don Carlos y el hermano de su madre había sido secretario de don Carlos. Él mismo había nacido en Pamplona en 1872, a comienzos de la segunda guerra carlista.

[153] Gran número de estos conspiradores eran jóvenes oficiales que habían prestado su juramento de lealtad al monarca en los años inmediatamente anteriores a su marcha, o viejos generales que llevaban mucho tiempo al servicio de la Monarquía.

[154] Indudablemente Lerroux tenía noticia de la conspiración. Era amigo de Sanjurjo y probablemente esperaba ser jefe de gobierno si la conspiración tenía éxito. Véase Azaña, vol. IV, p. 850.

[155] Arrarás, *Historia,* vol. I, p. *464.*

[156] Ansaldo, pp. 18-20.

[157] Véase las *«Memorias intimas» de Azaña,* ed. Arrarás (Madrid, 1939), p. 183 y ss.

[158] Peirats, vol. I, p. 52.

[159] Cuatro de estos prisioneros —el duque de Sevilla, y los comandantes Martín Alonso, Serrador y Tella— se distinguieron como oficiales nacionalistas en la guerra civil.

[160] Este debate señaló, de hecho, la aprobación final de la Ley de Reforma Agraria (9 de septiembre de 1932). Tal vez no se habría aprobado si el alzamiento de Sanjurjo no hubiera proporcionado el ímpetu necesario.

[161] En 1931, el presupuesto clerical había sido de 66 millones de pesetas. Los sueldos de los obispos habían sido suspendidos en abril de 1931. En 1932 los estipendios se redujeron a 29 millones y medio de pesetas, y el presupuesto

total clerical había de ser de 5 millones de pesetas. Así pues, la Iglesia se enfrentó con el grave problema de mantener a 35.000 sacerdotes, de los cuáles 7.000 tenían más de cincuenta años.

[162] Véase Jackson, pp. 60-65: hay un buen resumen.

[163] Véase Manuel Benavides, *El último pirata del Mediterráneo* (Madrid, 1933).

[164] Maura, pp. 274-275.

[165] Véase Eric J. Hobsbawm, *Primitive Rebels* (Manchester, 1959), p. 123; José Pía, *Historia de la segunda República Española* (Barelona, 1940-1941), vol. II, p. 188 y ss.; Peirats, vol. I, pp. 55-58. Rojas fue juzgado y condenado a veintiún años de cárcel. No cumplió su condena. Véase también Jackson, p. 513 y ss. Rojas, en una entrevista con Azaña, dijo que «fuimos duros, crueles si se quiere. Al que corría y no alzaba los brazos a nuestra intimación le hicimos fuego; al que se asomaba a una ventana le hacíamos fuego; cuando nos tirotearon desde las chumberas respondimos con las ametralladoras». (Azaña, IV, p. 452). Libertaria fue asesinada en 1936 en la carretera que conduce a Medina Sidonia por una cuadrilla de falangistas. (Antonio Téllez, La guerrilla urbana en España, París, 1972, p. 7.)

[166] Véase Sánchez, p. 50, y en particular el excelente estudio de Carmelo Lisón Tolosana, *Belmonte de los Caballeros* (Oxford, 1966), obra sobre un pueblo aragonés de donde proceden algunos de estos casos.

[167] Malefakis, p. 280.

[168] Véase Robinson, p. 113 y ss. y Gil Robles, *op. cit.* Gil Robles afirmó que la CEDA tenía 730.000 miembros en 1933; si es cierto, habría sido el mayor partido político de toda lahistoria de España. Este gran número de miembros, sumado a cierto apoyo de las altas finanzas, permitió a la CEDA gastar sumas sin precedentes en la campaña. El

Partido Socialista sólo tenía entonces unos 75.000 miembros, con más de un millón de miembros de la UGT (Robinson, p. 328).

[169] En Sergio Vilar, *La oposición a la dictadura 1931-1969* (París, 1968), p. 516.

[170] Gil Robles, p. 80.

[171] Araquistain había observado el éxito de los nazis siendo embajador en Berlín. Madariaga considera que estos dos cuñados procedentes de la clase media fueron las eminencias grises que arrastraron a la revolución a Largo Caballero, el sólido socialista fabiano. Hay algo de cierto en esta teoría, y desde luego, cuando sustituyeron a Antonio Fabra Rivas, hombre mucho más experto y desilusionado, en su papel de consejero principal de Largo Caballero, *comenzó* el giro a la izquierda del partido.

[172] Santiago Carrillo, *Demain l'Espagne* (París, 1974), p. 31.

[173] En realidad Bolívar debió su elección a un «frente popular» local formado por comunistas, socialistas y republicanos (Enrique Motarras, *El comunismo en España.* Madrid 1935, p. 170)

[174] Véase Stanley G. Payne, *Falange, a study of Spanish Fascism* (Stanford, 1961). Algunas de las afirmaciones de Payne son rebatidas por Herbert R. Southworth, *Anti-Falange* (París, 1967); véase también Maximiano García Venero, *La Falange en la guerra de España: Hedilla y la unificación* (París, 1967).

[175] *Cruzada,* III, p. 423. Ledesma recibió subvenciones de monárquicos y banqueros.

[176] *Cruzada*, loc. cit.

[177] *Cruzada*, III, pp. 424-425.

[178] *El Debate*, 28 de junio de 1932, cit. Robinson, p. 77.

[179] Robinson, p. 130.

[180] En 1932, Giménez Caballero ofreció a Prieto el mando supremo de los fascistas (*El Socialista*, 19 de mayo de 1949). Hay varias biografías de José Antonio, de las cuales la más interesante es la *Biografía apasionada* de Felipe Ximénez de Sandoval (Barcelona, 1941). Véase mi *Selected Writings of José Antonio Primo de Rivera* (Londres, 1972). Las opiniones de Gil Robles, a quien José Antonio profesaba amistad, pueden verse en *No fue posible la paz*, p. 436 y ss.

[181] José Antonio Balbontín, *La España de mi experiencia* (México, 1952), p. 306.

[182] *Cruzada,* I, p. 594.

[183] *Ibtd.,* II, p. 21.

[184] Discurso de la fundación de F. E. pronunciado en el Teatro de la Comedia de Madrid por José Antonio el 29 de octubre de 1933 *(Obras completas,* Madrid, 1942, pp. 17-28).

[185] Carta del 2 de abril de 1933 a Julián Pemartín, citada en Sancho Dávila y Julián Pemartín, *Hacia la historia de la Falange* (Jerez, 1938), vol. I, p. 24.

[186] Los que se oponían a la Falange fueron los primeros en disparar en una serie de encuentros; el primer falangista muerto fue un jonsista, en noviembre de 1933. Pero la Falange había invitado a esto, ya que uno de sus principios era el uso de la fuerza.

[187] Véase Payne, *Falange,* p. 45, y las referencias que allí hay. Ledesma pensaba que la unificación con la Falange le daría una plataforma más amplia; José Antonio pensaba que las JONS le ayudarían contra los elementos más burgueses de la Falange. Parece que sólo hubo un miembro de las JONS que prefirió dimitir a unirse con José Antonio: Santiago Montero Díaz, de la Universidad de Santiago, que era un ex-comunista.

[188] Véase su extraño artículo sobre el tema a su

regreso, en *Obras,* p. 522 y ss.

[189] Sir Oswald Mosley, *My life* (Londres, 1968), p. 421.

[190] Payne, pp. 53-55. Esta aversión a apoyar la violencia fue un motivo de disputa entre José Antonio y sus seguidores más militantes durante todo el año 1934.

[191] Payne da las cifras oficiales de febrero de 1936 sobre los orígenes de las JONS de Madrid:

Obreros y empleados 431

Oficinistas 315

Obreros especializados 114

Profesiones liberales 166

Mujeres 63

Estudiantes (excluidos los universitarios) 38

Pequeños comerciantes 19

Oficiales y aviadores 17

[192] En un artículo de «A. Brons» aparecido en *Internacional Comunista* el 15 de diciembre de 1933, se calculaba en «casi 25.000» el número de miembros del Partido Comunista.

[193] El libro de Meaker es, con mucho, el mejor análisis para estudiar todo esto.

[194] Véase Fernando de los Ríos, *Mi viaje a la Rusia Soviética* (2ª ed., Madrid, 1970).

[195] García Venero, *Historia,* vol. II, pp. 296-323.

[196] García Venero, *Historia,* vol. II, pp. 345-359; Julián Zugazagoitia, *Historia de la guerra en España* (Buenos Aires, 1940), p. 40.

[197] Memorándum de Maurín, 10 de septiembre de 1963. Un quinto delegado era un carpintero ex-socialista, Jesús Ibáñez. Véase Meaker, pp. 422423.

[198] Los asuntos de España estaban asimilados a los de

Portugal, México y América del Sur, que posteriormente fueron coordinados por el secretariado nacional dentro del secretariado del Komintern. En 1924 dicho secretariado tenía 400 miembros, pero sólo existen conjeturas respecto a dichas cifras para los años 30. Véase E. H. Carr, *Socialism in One Country,* vol. III, parte n (Londres, 1964), p. 909.

[199] M. N. Roy, *Memoirs* (Bombay, 1964), p. 234.

[200] Los miembros del primer comité central eran: César R. González (exsocialista), secretario general; Ramón Lamoneda (ex-socialista, que más tarde volvió con los socialistas), secretario de trabajo; Juan Andrade (primero radical, luego socialista, y futuro dirigente del POUM), director del nuevo periódico comunista *La Antorcha;* Evaristo Gil (ex-socialista), Joaquín Ramos, José Baena, Luis Pórtela (de la Juventud Socialista), y Antonio García Quejido, el socialista español más famoso después de Iglesias, uno de los tipógrafos que habían fundado el Partido Socialista en la década de 1870. Andrade, conocido por su «pluma incisiva y cruel» escribió una vez a un corresponsal en Holanda —detalle conmovedor— para preguntarle si no podría enviarle una compañera holandesa: «Me gustaría hablar con mujeres que no sean como las españolas: muy guapas y muy ignorantes».

[201] Véase el interesante estudio de Meaker.

[202] Véase Julián Gorkin, «*My Experiences of Stalinism*», en *The Review,* nº 2, publicada por el Imre Nagy Institute for Political Research, octubre de 1959.

[203] Conversación con Julián Gorkin. Véase Víctor Serge, *Memoirs of a Revolutionary* (Londres, 1963), p. 158; Gunther Nollau, *International Communhm and World Revolution* (Londres, 1961), p. 69.

[204] «Walecki» era característico de una generación de conspiradores internacionales comunistas que

desempeñaron un papel en la historia de España. Se llamaba Maximilian Horwitz y había nacido en Varsovia en 1877, en una familia de clase media. Fue enviado dos veces a Siberia antes de 1914, estuvo presente en Zimmerwald, en el congreso que celebró en Milán el partido italiano en 1921, en la conferencia que celebró en Marsella el partido francés ese mismo año. En Estados Unidos se le conocía como «Brooks». ¿Dónde no había estado en nombre de la Revolución? Murió en la cárcel, en Moscú, en 1937.

[205] Véase Jules Humbert-Droz, *Memoires* (Neuchátel, 1969), vol. I, p. 212; José Bullejos, *Europa entre dos guerras* (México, 1955), pp. 111-112.

[206] Bullejos daba la cifra de 3.000 (p. 135); *Internacional Comunista,* de 15 de marzo de 1934 hablaba de 120. El séptimo congreso del Komintern dijo que en 1931 había 800 miembros. Matoneas, p. 84, daba la cifra de 1.500. Los partidos clandestinos no cobraban cuotas a los miembros y por lo tanto las cifras varían mucho.

[207] Las mejores informaciones sobre la Izquierda Comunista durante la República se encuentran en Grandizo Munis, *Jalones de derrota* (México, 1948), y Andrés Nin, *Los problemas de la revolución española* (París, 1971), ed. Andrade. Yo además pude beneficiarme de mis conversaciones y correspondencia con Joaquín Maurín en 1963.

[208] Humbert-Droz, vol. II, p. 405 y ss.

[209] Bullejos, p. 140.

[210] Matorras, pp. 136-137; Bullejos, pp. 134-143, 164-165. De los expulsados, Trilla y Vega más tarde volvieron al redil. Trilla fue asesinado en 1945 en circunstancias extrañas. Vega fue comandante de un cuerpo del ejército en la guerra civil y fue muerto por las fuerzas franquistas en 1939.

[211] Sin embargo, aparece como el héroe del libro del renegado Jesús Hernández, *La Grande Trabison* (París, 1953), porque, durante la guerra civil, evidentemente consideró excesivas muchas órdenes.

[212] *El Partit Comunista de Catalunya* (Matorras, p. 149).

[213] Véase Juan Modesto, *Soy del Quinto Regimiento* (París, 1969), p. 14.

[214] *Rundschau,* 30 de noviembre de 1933; y 22 de noviembre de 1930.

[215] Julián Gorkin, *Caníbales políticos* (México, 1941), p. 25. Manuel Tagüeña, *Testimonio de dos guerras* (México, 1973), p. 356, da un *retrato* favorable.

[216] El verdadero nombre de «Stepanov» era S. Mineff y durante su carrera en el Komintern también se le conoció con los nombres de «Lebedev», «Doctor Chavaroche» y «Lorenzo Vanini». Era uno de los revolucionarios profesionales más expertos.

[217] Balbontín, p. 123.

[218] Probablemente, más importantes para la difusión de las ideas comunistas que la labor de cualquier agente secreto en España fueron los relatos de los trabajadores españoles que, después de la revolución de Asturias, fueron a trabajar al metro de Moscú. Lo consideraron un milagro de la ingeniería.

[219] El presidente Alcalá Zamora intentó persuadirle para que no dimitiera, diciendo que los radicales eran «la base de la República». Pero Martínez Barrio temía que Lerroux le comprometiera en alguna acción deshonrosa si se quedaba. Véase su versión en Azaña, vol. IV, p. 718.

[220] La expresión «suicida egoísmo» fue empleada por Gil Robles para describir estas acciones de sus seguidores en una entrevista publicada en *El Debate* el 8 de marzo de 1936.

[221] Los lugares que estuvieron por breve tiempo en manos de los anarquistas fueron: Barbastro (Huesca), Alcalá de Gurrea (Huesca), Alcampel (Huesca), Albalate de Cinca (Huesca), Villanueva de Sigena (Huesca), Valderrebollo (Guadalajara), Beceite (Teruel), Alcorisa (Teruel), Mas de las Matas (Teruel) y Calanda (Teruel).

[222] Aunque el decreto que les prohibía enseñar seguía en vigor.

[223] Lisón Tolosana, p. 46.

[224] Véase en Azaña, vol. IV, p. 652, la conversación con De los Ríos, y los comentarios de Marichal en Azaña, *Obras completas,* vol. III, pp. XIX-XV.

[225] José María Pemán, *Un soldado en la historia* (Cádiz, 1954), pp. 134-135. Ni Rada ni Varela habían tenido conexiones previas con los carlistas. Ambos eran andaluces. Varela era hijo de un suboficial, y desde muy joven había sido hombre de extraordinaria ambición. Su valor en Marruecos se había hecho proverbial. Véase Antonio Lizarra, *Memorias de la conspiración* (Pamplona, 1953), p. 33. Su descripción de los acontecimientos se apoya en la obra de Felipe Bertrán Güell, *Preparación y desarrollo del alzamiento nacional* (Valladolid, 1939).

[226] Véase Martin Blinkhorn, «Carlism and the Spanish Crisis of 1934», en *Journal of Contemporary History,* vol. vu, nos. 3 y 4.

[227] Lizarza, pp. 23-25. Se tuvo noticia por primera vez de esta entrevista a raíz del descubrimiento de ciertos documentos en casa de Goicoechea durante la guerra civil. El propio Goicoechea admitió los hechos en 1937. Véase el reconocimiento de Goicoechea en *Manches ter Guardian,* 4 de diciembre de 1937. Una fotocopia del acuerdo en poder de Goicoechea figura en la portada del libro de José Luis Alcofar Nassaes, CTV (Madrid, 1972).

[228] Archivos carlistas. A partir de esta época, el sobrino de Alfonso Carlos, Javier de Borbón Parma, actuó de acuerdo con Fal Conde como «delegado nacional».

[229] Cit. Robinson, p. 176.

[230] Las juventudes socialistas intentaron evitar que estas ruidosas comitivas de cedistas llegaran a El Escorial forzando los raíles del ferrocarril. Véase Santiago Carrillo; *Demain l'Espagne* (París, 1974), p. 42.

[231] Véase Paul Preston, *European Studies Review,* vol. I, nº 2.

[232] Éstas eran armas compradas a ciertos revolucionarios portugueses en Galicia por el diputado socialista Amador Fernández. El barco zarpó de Cádiz con el destino «Jibouti» escrito sobre las cajas, pero más tarde se desvió a Asturias. Véase un artículo de Prieto en *España republicana* de Buenos Aires, que vuelve a aparecer en su obra *Convulsiones de España,* vol. I, p. 109. Después Prieto huyó a Francia, donde estuvo hasta finales de 1935. No fue un exilio honorable, y no se le permitiría que lo olvidara. (Había hecho lo mismo en 1917 y 1930.)

[233] Azaña, vol. IV, p. 904. El periódico socialista *Leviatán,* dirigido por Araquistain, atacó a Azaña por su moderación: «O se renuncia a la revolución, y entonces amigo Azaña, nos dedicaremos a la literatura, o se renuncia a la ley, y entonces los pactos legalistas no tienen objeto». (Citado por Azaña, vol. III, p. XXI.)

[234] Los tres ministros de la CEDA fueron: Giménez Fernández.(Agricultura), Anguera de Sojo (Trabajo) y Aizpún (Justicia). Salazar Alonso salió del gobierno. De éstos, Aizpún era el fundador y organizador de la CEDA en Navarra; Anguera de Sojo había sido nacionalista catalán, pero al parecer había traicionado a sus colegas en 1931 siendo gobernador civil de Barcelona; y Giménez Fernández

era un ilustre erudito, y sería el ministro de Agricultura de la República más responsable socialmente. Anguera había sido fiscal, y como tal había sido el responsable de muchas confiscaciones de *El Socialista*. Aizpún estaba próximo a los carlistas. Los comentarios de Gil Robles son interesantes (p. 138), y Azaña (vol. IV, p. 515) consideraba a Anguera un republicano leal, en el fondo. Pero básicamente, la hostilidad de las izquierdas contra estos tres hombres no estaba justificada.

[235] El antiguo partido de Azaña, Acción Republicana, se había unido en abril de 1934 a los radicalsocialistas de Domingo y al partido autonomista gallego de Casares Quiroga, constituyendo el nuevo partido de Izquierda Republicana.

[236] Gil Robles, p. 140.

[237] Los comunistas acordaron apoyarla en el curso de la reunión de su comité central, los días 11 y 12 de septiembre (Branko Lazitch, *Los partidos comunistas de Europa* [Madrid, 1958] p. 338).

[238] Largo Caballero rechazó oficialmente a los comunistas cuando éstos le ofrecieron ayuda, según «la Pasionaria» (Ibárruri, p. 175). Véase también el comentario de Andrés Suárez, *El proceso contra el POUM* (París, 1974), p. 38.

[239] Véase *La revolución de Octubre en España*, un folleto editado por el gobierno de Madrid en 1934; Peirats, vol. I, pp. 83-94; Mrs. Leah Manning, *What I saw in Spain* (Londres, 1935); el relato de Frank Jellinek en *The Civil War in Spain* (Londres, 1938); y el diario vivo de los hechos de Manuel Grossi, *La insurrección de Asturias*, escrito en la cárcel de Cartagena en 1935.

[240] Los obreros portuarios de Gijón pertenecientes a la CNT abogaban fervientemente por la alianza con los

socialistas. Otros (p. ej., los mineros de La Felguera), mucho menos.

[241] Cit. Peirats, vol. I, p. 79 y ss.

[242] *Rundschau,* m, 60 (15 de noviembre de 1934), p. 2.680.

[243] Grossi, p. 25

[244] Peirats, vol. I, pp. 86-87.

[245] *La revolución de octubre,* p. 40 (ed. francesa). Grossi dice que, al final de la revolución, había 50.000 mineros en armas. Peirats dice que la CNT tenía unos 22.000 trabajadores organizados en la región (vol. I, p. 83). Es posible que esta cifra sea exagerada. Véase comentario en Jackson, p. 153.

[246] El general Masquelet, al que Azaña había nombrado jefe de Estado Mayor en 1932, fue cambiado de puesto.

[247] Sir Samuel Hoare, *Ambassador on Special Mission* (Londres, 1946), p. 46.

[248] *ABC*, 21 de abril de 1931.

[249] John Whitaker, «Prelude to War», *Foreign Affairs*, octubre de 1942.

[250] Información procedente del doctor Gregorio Marañón.

[251] *La revolución de octubre*, p. 41 (ed. francesa).

[252] Grossi, p. 218. Peirats, vol. I, p. 85, reproduce el último comunicado del comité revolucionario.

[253] Un informe del ministerio de la Gobernación del 3 de enero de 1935 daba una lista de bajas en toda España en octubre de 1934 de 1.335 muertos y 2.951 heridos; 730 edificios habían sido destruidos o seriamente afectados. Habían sido incendiadas 58 iglesias. Oviedo era una ruina, y el costo de la reconstrucción se calculaba en un millón de

libras esterlinas. Fueron incautados 90.000 fusiles, 33.000 pistolas, 10.000 cajas de dinamita, 30.000 granadas y 330.000 cartuchos.

[254] Es imposible fijar el número de muertos y de prisioneros, ni siquiera dar una cifra aproximada. La cifra de 30.000 prisioneros, que se ha dado tantas veces, no puede confirmarse. Quizá murieron unos 35 sacerdotes. La censura de la época impidió, e impide, que la prensa pudiera dar un cálculo preciso. Todavía no se han investigado los archivos de la policía, si es que existen.

[255] Se puede encontrar una relación verosímil de la represión de la Legión en Asturias en los primeros capítulos de la obra de José Martín Blázquez, *I helped to build an Army* (Londres, 1939), y en Ricardo de la Cierva, *Historia*, vol. I, p. 447. Véase Ignacio Carral, *Por qué mataron a Luis de Sirval* (Madrid, 1935), y Brenan, p. 218.

[256] Carrillo, p. 48.

[257] Jaime Vicens Vives, *Aproximación a la Historia de España* (Barcelona, 1968), p. 179.

[258] Gil Robles, p. 141.

[259] Los ejecutados fueron Jesús Argüelles, un minero criminal que había estado al mando del pelotón de ejecución responsable de la muerte de un guardia civil, y un sargento, apellidado Vázquez, que había desertado de su unidad, en Asturias, para unirse a los mineros.

[260] El ministerio de la Guerra quería comprar armas a través de un hombre de negocios, La Iglesia. Sólo estaban implicados ministros de la CEDA, y Alemania incluso se planteó la posibilidad de colaborar económicamente en la campaña electoral de la CEDA. (Documentos alemanes sobre política exterior, serie C, vol. IV, nº 303). Gran parte del trabajo de Gil Robles en el ministerio de la Guerra fue serio y encaminado al servicio público. Era necesario un ejército

eficiente y bien equipado. Véanse sus memorias, p. 232 y ss.

[261] Las Cortes tenían que decidir si debía ser juzgado o no por los tribunales. A pesar de todo, la votación contra Azaña fue de 189-168. La CEDA votó contra Azaña, para apaciguar a los ricos monárquicos. Azaña había pasado dos meses detenido en un buque-prisión fondeado en Barcelona. Esta injusta indignidad —él había intentado evitar que se sublevaran tanto los socialistas como los catalanes— le afectó mucho.

[262] Las memorias de Chapaprieta arrojaron luz sobre la actuación cotidiana del gobierno de Lerroux *(La paz fue posible: memorias de un político,* Barcelona, 1971).

[263] Al mes siguiente, otro escándalo, el llamado caso Nombela, debilitó aún más a los radicales.

[264] Gil Robles, p. 364.

[265] Véase un resumen en Robinson, p. 207.

[266] Miguel Maura también había intentado formar un gobierno, y no lo consiguió.

[267] Gil Robles, pp. 366-367.

[268] Véase este hecho sorprendente en Gil Robles, p. 376.

[269] Discurso en Azaña, vol. III, pp. 269-293. Henry Buckley, *Life and death of the Spanish Republic* (Londres, 1940), p. 123, tiene una buena descripción de un testigo presencial.

[270] Uno de ellos era Jaime del Burgo.

[271] Las relaciones de José Antonio con el ejército y otras fuerzas de la «vieja España», que Ledesma condenaba, se debían en parte a la necesidad financiera, y en parte a que le gustaba tratarse con las personas de elevada posición social con las que, como hijo del dictador, se había educado, pero también en parte porque no confiaba en que su partido

creciera lo bastante rápidamente como para poder derrotar al socialismo. Al menos esto es lo que dijo en una curiosa carta que escribió a Franco justo antes del levantamiento de Asturias, el 24 de septiembre de 1934, En ella, indicaba que estaba dispuesto a apoyar un golpe de estado militar para restaurar la «perdida noción de destino histórico» de la Patria. Franco, al parecer, no contestó a la carta. (Esta información se publicó por primera vez en *Y,* revista de la Sección Femenina de la Falange, en octubre de 1938. Está citada íntegramente en Ximénez de Sandoval, p. 224, y en sus *Obras,* p. 709.)

[272] Payne, pp. 66-67. En el otoño de 1934 también hubo una controversia dentro de la Falange sobre la idea de dar entrada a Calvo Sotelo: Calvo Sotelo ambicionaba la dirección del partido fascista de España, pero José Antonio no estaba dispuesto a aceptarlo. Además, consideraba a Calvo Sotelo como un traidor a su padre, y un hombre que «tenía una cabeza sólo para las cifras y no podía comprender la poesía». Ledesma era contrario a Calvo Sotelo porque lo consideraba reaccionario.

[273] A principios de 1936, la Falange quizá tenía 5.000 afiliados, aparte de los estudiantes universitarios o de segunda enseñanza (Gil Robles, p. 444, nota 60, cifras citadas por Fernández Cuesta); Payne habla de 10.000, basándose en declaraciones del que entonces era tesorero, Mariano García.

[274] Tampoco quería aliarse con las derechas. Un grupo de diputados vascos fue reprendido en vano por monseñor Pizzardo, asistente en la Secretaría de Estado del Vaticano, por no querer asociarse con la CEDA. (Del diario de uno de los presentes, citado por Iturralde, vol. I, p. 394.)

[275] Discurso de Dimitrov en el séptimo congreso del Komintern, el 2 de agosto de 1935 (Londres, 1935), p. 43. Los comunistas españoles asistentes al congreso fueron «la Pasionaria», José Díaz, Sesé (de Cataluña), Hernández y

Arlandis.

[276] Jacqúes Duclos, *Mémoires* (1935-1939) (París, 1969), pp. 107-110.

[277] *El Socialista,* 28 de enero de 1936, citado por Robinson, p. 246. Véase en La Cierva, *Historia,* vol. I, p. 579 y ss., un estudio de los orígenes del Frente Popular.

[278] Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra* (Buenos Aires, 1940), p. 37.

[279] Ricardo de la Cierva, *Los documentos de la primavera trágica* (Madrid, 1967), p. 66 y ss.

[280] De una octavilla en poder del autor. Las cinco mil tumbas se refieren a los cinco mil trabajadores que se decía habían sido muertos en la represión de Asturias.

[281] Citado por Robinson, pp. 243 y 246.

[282] Discurso del 13 de enero (La Cierva, *Los documentos,* p. 92).

[283] *The Times,* 17 de febrero de 1936. De Caux era un periodista excepcionalmente bien informado.

[284] Estas cifras son una adaptación de las que da Javier Tusell en *Las elecciones del Frente Popular* (Madrid, 1971), vol. II, p. 13. Mi «adaptación» consiste en sumar lo que Tusell llama «Frente Popular con Centro» y «Derecha con Centro» al Frente Popular y a la Derecha, respectivamente.

[285] Tusell, pp. 82-83; véase también José Venegas, *Las elecciones del Frente Popular,* p. 47. La discusión sobre estas cifras ha sido interminable, pero las que cito aquí parecen las más fiables. Véase un análisis en el capítulo V de la obra de Jean Bécarud, *La Deuxiétne République Espagnole* (París, 1962). Las críticas y explicaciones de la CEDA están resumida en Gil Robles, p. 509 y ss. Prácticamente ningún periódico de la época ni ninguno de los escritores posteriores, dieron las mismas cifras de estas elecciones.

[286] Tusell, pp. 13 y 24

[287] Véase Jackson, pp. 523-524.

[288] Robinson, p. 138.

[289] Ésta era la situación de emergencia final prevista por la Ley de Orden Público de 1933. Las otras dos situaciones previstas eran el «estado de prevención» y el «estado de alarma». En el primero, se podían practicar arrestos preventivos. En el segundo, podía haber censura y se podían clausurar organizaciones que «amenazaran al orden público». España había pasado en «estado de alarma» la mayor parte del año 1935.

[290] Gil Robles, pp. 491-492.

[291] El doctor Marañón se entrevistó con Franco en una cena celebrada en enero en la embajada española de París. Franco regresaba de Londres, adonde había ido para representar a España en los funerales del rey Jorge V, en los que le correspondió desfilar detrás del malhadado mariscal Tukhachevsky, que representaba a Rusia. El médico intelectual y el general de la Legión pasearon por las orillas del Sena, y Franco afirmó que al cabo de pocas semanas todo estaría tranquilo en España. (Recuerdo del doctor Marañón.)

[292] Sobre Pórtela, véase Azaña, vol. IV, p. 718; y sobre Franco, George Hills, *Franco* (Londres, 1967), p. 212.

[293] Esta complicada serie de acontecimientos está bien explicada por Robinson (pp. 249-252 y notas). Véase también Azaña, vol. IV, pp. 563-572.

[294] Azaña, vol. IV, p. 564.

[295] Juan March se fue el 16 de febrero.

[296] Tamames, p. 226.

[297] Véase Robinson, pp. 256-257. Las cifras finales de los principales partidos fueron: Izquierda Republicana, 80; Unión Republicana, 37; Socialistas, 90; Comunistas 16;

Esquerra, 38; Centristas, 14; Radicales, 1 (!); Nacionalistas vascos, 9; CEDÁ, 86; Agrarios, 13; *Lliga,* 13; Monárquicos, 11; y Carlistas, 8. (Tusell, vol. II, p. 187.)

[298] José Antonio, *Obras,* p. 1.103.

[299] Zugazagoitia, pp. 7-8; Rodolfo Llopis en *Ibérica,* nº 7 (Nueva York, 1957), pp. 4-6.

[300] Payne, p. 99 y referencias.

[301] Basándose en conversaciones con antiguos jefes provinciales y en otros datos, Stanley Payne ha sugerido la cifra de 8.700 como la más aproximada, refiriéndose a los militantes de «primera línea».

[302] En junio 15.000 miembros de la JAP se habían pasado a la Falange. Véase Gil Robles, p. 573.

[303] En 1934, José Antonio convenció a algunos seguidores del sindicalista Pestaña, tales como Nicolás Álvarez de Sotomayor (un inestable estudiante ex-anarquista), para que entraran en la Falange, y corre la versión de que José Antonio a veces iba escoltado por pistoleros de la CNT en sus estancias en Barcelona (José de Castillo y Santiago Álvarez, *Barcelona, objetivo cubierto,* Barcelona, 1958, p. 133). Pero las negociaciones entre los sindicalistas y la Falange nunca pasaron de ahí.

[304] Según Stanley Payne, *The Spanish Revolution* (Nueva York, 1970), p. 108, el movimiento juvenil socialista empezó a aplicar este apodo a Largo Caballero en el verano de 1933.

[305] Ahora la UGT tenía un millón y medio de miembros. La mitad eran trabajadores rurales. Bastante más de la mitad del resto eran obreros industriales o mineros. El resto eran administrativos, «intelectuales» o tenderos. Más tarde, Madariaga, en un famoso pasaje (*Spain,* p. 223), sostuvo que la lucha entre las dos alas del Partido Socialista había hecho inevitable la guerra civil.

[306] *El Debate*, 6 de marzo de 1936. Véase Robinson, pp. 233-254.

[307] El primer presidente de la UME fue el comandante Bartolomé Barba, un ex-miembro del equipo de Azaña a quien ahora tenía un odio obsesivo: al parecer fue él quien inventó la calumnia de que, cuando lo de Casas Viejas, en 1933, Azaña había ordenado a los guardias de asalto que dispararan «a la barriga» de los anarquistas. El vicepresidente era el coronel Rodríguez Tarduchy, un conspirador de 1932. Pero la dirección nacional de la UME nunca fue importante: estaba descentralizada. La UME había tenido contactos con la Falange y con los conspiradores centristas y monárquicos a partir de 1934. Al principio, la UME en realidad no era antisocialista; había sido un grupo de presión de los oficiales, que más tarde había caído bajo el control de las derechas. Se ha exagerado su importancia. La UMRA fue fundada por el coronel Ernesto Carratalá, el comandante José María Enciso, el mecánico naval Rodríguez Sierra y el capitán Palacio. Ninguno de éstos era muy importante, pero más tarde ingresaron dos generales (Núñez de Prado y Gómez Caminero) y varios coroneles. Díaz Tendero, un oficial que había ascendido a partir de la tropa y se sentía frustrado porque no podía pasar de capitán (según las ordenanzas), era el nervio de la organización. El comunista Modesto dice que en Madrid había más de 200 oficiales que pertenecían a la UMRA (Modesto, p. 13). En realidad era una fusión de la UMR y la UMA (Unión Militar Republicana y Unión Militar Antifascista), y quizá tuviera algunas vinculaciones con asociaciones similares fundadas antes de 1931.

[308] Nadie está de acuerdo en quiénes estuvieron allí ni en qué fue exactamente lo que se dijo. Se señala que estuvieron presentes los generales Franco, Orgaz, Villegas, Barrera, Fanjul, Rodríguez del Barrio, Ponte, Saliquet, García

de la Herrán, Varela y González Carrasco, además de Goded y Mola.

[309] B. Félix Maiz, *Alzamiento en España* (Pamplona, 1952), p. 50; José María Iribarren, *Mola* (Zaragoza, 1938), p. 44.

[310] Este diálogo fue muy curioso. Franco dijo: «Hacen ustedes mal en alejarme, porque yo en Madrid podría ser más útil al ejército y a la tranquilidad de España». Azaña contestó: «No temo a las sublevaciones. Lo de Sanjurjo lo supe y pude evitarlo, pero preferí verlo fracasar». *(Cruzada,* ix, p. 468.)

[311] Véase una nueva descripción de la visita de Sanjurjo en el meticuloso libro de Ángel Viñas, *La Alemania nazi y el 18 de julio* (Madrid, 1974). Pero en San Juan de Luz, el príncipe Francisco Javier de Borbón Parma, presunto heredero del anciano pretendiente carlista, don Alfonso Carlos, presidía un comité de guerra. Este comité compró 6.000 fusiles, 150 ametralladoras pesadas, 300 ametralladoras ligeras, 5.000.000 de cartuchos y 10.000 granadas de mano. De todo esto, sin embargo, sólo unas cuantas de las ametralladoras, compradas en Alemania, llegaron a España antes de julio de 1936. El resto fue confiscado en Amberes y la intervención del príncipe Francisco Javier ante su primo el rey de los belgas no pudo evitarlo (*Cruzada,* XIII, p. 447).

[312] Lizarza, p. 59.

[313] Testimonio del general González Carrasco en 1946, citado en La Cierva, Historia ilustrada, pp. 225-230.

[314] Ximénez de Sandoval, p. 520.

[315] La única versión satisfactoria es la de Malefakis, p. 370.

[316] Véase comentario en Malefakis, p. 378.

[317] La Cierva, Los documentos, p. 199.

[318] Gerald Brenan, Personal Record (Londres, 1974),

p. 277.

[319] Carrillo, p. 43.

[320] Louis Fischer, Men and Politics (Nueva York, 1941), p. 307.

[321] Fernsworth, p. 176.

[322] Recuerdos de Azaña, en *Obras,* vol. IV, p. 719.

[323] Gil Robles, p. 578.

[324] Véase la conversación de Marichal con Araquistain sobre esta cuestión, y los cáusticos comentarios de Prieto en Azaña, vol. III, p. XXXII.

[325] Alcalá Zamora se quedó en España un mes o dos y, a primeros de julio, se fue a Sudamérica, donde vivió en la penuria hasta su muerte, en 1949. Véase la relación de Gil Robles, pp. 582-595. Martínez Barrio fue presidente interino.

[326] Marichal, en Azaña, vol. VI, p XXXII.

[327] *Cruzada,* IX, p. 510. Otro plan giraba en torno a la idea de aproximarse al presidente saliente para instalar un gobierno militar.

[328] Sefton Delmer, Trail Sinister (Londres, 1961), p. 299

[329] Citado por Bertrán Güell, p. 123

[330] Ésta era la opinión del abogado «Marón» en el diálogo de Azaña titulado «*La velada en Benicarló*», *Obras,* vol. III, p. 405.

[331] Antes, los carlistas habían querido sublevarse por su cuenta, y Sanjurjo había aceptado encabezar un gobierno provisional de restauración monárquica (con Alfonso Carlos, el pretendiente carlista, como rey) si se llegaba a producir aquel alzamiento aislado.

[332] Gil Robles, p. 729.

[333] El que envió el telegrama fue el coronel García Escámez.

[334] Francisco Bravo, *Historia de la Falange de las JONS* (Madrid, 1940). Entre febrero y julio de 1936, el número de afiliados a la Falange, igual que el de comunistas, aumentó mucho, llegando quizás a los 75.000. Aparte de la organización de Onésimo Redondo en Valladolid (que también había conseguido algunos partidarios entre los obreros de Sevilla), los afiliados eran jóvenes de clase media o universitarios que aún no se habían establecido profesionalmente, y más oficiales del ejército de lo que a veces se supone.

[335] La Cierva, *Los documentos,* p. 235 y ss. El discurso tiene algunas ambigüedades.

[336] Prieto, *Convulsiones,* vol. III, pp. 160-167. Se escapó por la puerta trasera. Quizá se haya exagerado el incidente.

[337] Véase una versión de derechas en Gil Robles, pp. 558-565.

[338] Ximénez de Sandoval, p. 551.

[339] Ansaldo, p. 125.

[340] Los miembros de esté desafortunado gobierno, aparte de Casares Quíroga (que se nombró a sí mismo ministro de la Guerra), fueron: Juan Moles, un nacionalista catalán de cierta edad que contaba con la confianza de la CEDA, aunque Joaquín Maurín lo consideraba una «momia», ministro de Gobernación; Enrique Ramos, subsecretario de Azaña e íntimo colaborador suyo en 1931-1933, ministro de Hacienda; Augusto Barcia, un destacado masón, abogado rejpublicanó, ministro de Estado; Mariano Ruiz Funes, profesor de Derecho, ministro de Agricultura; Antonio Velao, director de ferrocarriles de 1931-1933, ministro de Obras Públicas; Francisco Barnés, un producto típico de la Institución Libre de Enseñanza, ministro de Instrucción Pública; José Giral, profesor de Química, que

había sido uno de los colaboradores de Azaña desde los años 20, volvió a ser ministro de Marina, puesto que había ocupado en 1931-1933; Manuel Blasco Garzón, un ex radical y abogado que había seguido a Martínez Barrio y había ingresado en el partido Unión Republicana, ministro de Justicia; Plácido Álvarez Buylla, de una familia muy vinculada a la Institución Libre de Enseñanza, ministro de Industria y Comercio; Bernardo Giner de los Ríos, igualmente emparentado con el fundador de la Institución, ministro de Comunicaciones; y Juan Lluhí, reciente consejero en la Generalitat, ministro de Trabajo. Últimamente Cataluña había estado tranquila («el oasis catalán»), a pesar de los asesinatos de Miguel y José Badía, dos hermanos separatistas extremistas, y se pensó que tal vez Lluhí tendría un efecto tranquilizador en el resto de España. El gabinete era de altura intelectual y honrado, pero en él había demasiados abogados y nadie tenía ninguna experiencia ni en la industria, ni siquiera en los sindicatos.

[341] *El socialista,* 26 de mayo de 1936.

[342] *Mundo obrero,* 15 de mayo de 1936, citado por La Cierva, *Los documentos,* p. 456.

[342b] La versión que circuló más tarde, a la que dio crédito mucha gente (yo, entre otros), de que los comunistas planeaban un golpe de Estado, finalmente fue desautorizada por Herbert Southworth en *Le Mytbe de la Croisade de Franco* (París, 1964), p. 170 y ss. En realidad los documentos se publicaron en *Claridad* el 30 de mayo de 1936; Southworth reproduce el irónico titular de la primera página (p. 185): «Cómo vamos a conseguir la revolución el 29 de junio». De hecho, no era necesaria una maquinación de este tipo. Tal vez algún día surgiera alguien con la iniciativa.

[343] Paz, p. 266. En este libro hay una buena descripción del congreso.

[344] Citado por Peirats, vol. I, pp. 111-131. «¿Este

paraíso tiene calefacción central?», preguntó una vez un discípulo de Federico Urales.

[345] Iribarren, p. 57 y ss.

[346] *Cruzada,* ix, p. 511. El encuentro Mola-Garcerán fue el 1 de junio.

[347] Maíz,pp. 103-104; Iribarren, p. 54

[348] *Cruzada,* XIII, p. 447.

[349] Jorge Vigón, *General Mola, el conspirador* (Barcelona, 1957), p. 93.

[350a] *Cruzada*, XIII, p., 449. El alcalde local habló a Casares Quiroga de esta entrevista . (A. De Lizarra, Los vascos y la Republica española, Buenos Aires, 1944, p. 33.) Aparte de las dificultades de Mola con los carlistas, tampoco las tenia todas consigo con la Unión Militar. Véase las cartas publicadas por De Castillo y Alvárez, que desmuestran que la UME pretendia procesar por traición a todos los ministros posteriores a 1931.

[350] Carta de Desmond Flower al autor.

[351] *Obras completas*, pp. 1.110-1.111. «Madrugadores» son los que actúan de madrugada; esto es, los rebeldes.

[352] Maiz, p. 168. Gil Robles dice que no (p. 730).

[353] Véase Payne, *Polil and the Military in Modern Spain* (Stanford, 1967), p. 330, y Gil Robles, p. 730 y ss., donde el jefe de la CEDA dice que dio 500.000 pesetas de los fondos de su partido en los «primeros días de julio» para «ayudar a impedir el fracaso de lo que inevitablemente iba a pasar» o para ayudar a escapar a Mola, si era necesario.

[354] El papel de Gil Robles en la conspiración está investigado exhaustivamente en La Cierva, *Historia*, vol. I, p. 735 y ss, Al parecer, se negó a convocar unas Cortes en Burgos con los diputados de derechas disponibles cuando se lo pidieron. Véanse más comentarios en los artículos de

Manuel Fal Conde publicados en *ABC* los días 2 y 3 de mayo de 1968, y los de Ignacio Luca de Tena, en el *ABC* de los días 2, 3, 5, 6 y 9 de abril de 1968. La réplica de Gil Robles a estos últimos se publicó en *Ya* el 10 de abril de 1968.

[355] Azaña describe en su diario algunas discusiones en el gobierno sobre el suministro de petróleo.

[356] Véase el Apéndice I, donde puede encontrarse evidencia estadística de la mayoría de los argumentos de este capítulo.

[357] La baja de las cotizaciones de Bolsa fue acompañada de un aumento de los depósitos de dinero, casi en la misma medida en que habían disminuido las inversiones: las cajas de ahorros tenían 239 millones de pesetas en 1928 y 370 en 1935. Y los depósitos en los bancos sumaban 1.608 millones de pesetas en 1928, y habían llegado a los 2.778 millones en 1934.

[358] Pasó de 230.6461 en 1927 a 340.9171 en 1931-1934.

[359] Cifras de Tamames, pp. 86-91. El porcentaje de las naranjas dentro de las exportaciones españolas era del 11,7% en 1926-1930, y (para poner una comparación moderna) del 12,67% en 1959.

[360] La población aumentó de 23,6 millones en 1930 a 25,88 millones en 1940, o sea, un índice de crecimiento de casi un 1% al año, incluso a pesar de la guerra civil.

[361] 39.582, 37.376 y 24.927 en 1931, 1932 y 1933, respectivamente (Ramón Tamames, *La República, La era de Franco,* Madrid,1973, p. 58).

[362] En 1933, hubo más de 1.000 huelgas, perdiéndose unos 14 millones de días de trabajo: tal vez estás cifras sólo sean significativas si se comparan con las anteriores. El número de huelgas de los siete años entre 1929 y 1935 fue de 96, 402, 734, 681,1.127, 594 y 164, respectivamente (Balcells, p. 175).

[363] Balcells, p. 53.

[364] Esta frase es del economista Joaquín Costa. Véase también el «matemos a Cervantes» de Unamuno que tanto escandalizaba a Loica.

[365] *Documents iiplomatiques frangais,* 1932-1939,2ª serie, IV, p. 171.

[366] La frase aparecía en el manifiesto treintista, citado por Peirats, vol. I, p. 45.

[367] Aunque no en el mismo orden en que se habían producido en el pasado. Por ejemplo, en la primera guerra carlista, los liberales habían sido los defensores del control de Castilla frente a las reivindicaciones regionales de los vascos y los catalanes, mientras que, en 1936, los herederos de los liberales eran partidarios de la federación.

[368] Citado por Robinson, p, 115.

[369] Prieto en *El liberal,* 26 de junio de 1936.

[370] Azaña, vol. IV, p. 559.

[371] Véase Raymond Carr (ed.), *The Republic and the Civil War in Spain* (Londres, 1971), p. 14: «La República supuso un proceso general de politización: durante cinco años incorporó a la masa de los españoles a la vida política, para bien o para mal». Así pues, el hundimiento de la República podría explicarse por la revolución en las comunicaciones.

[372] *Cara al sol* fue escrito por Agustín de Foxá, Dionisio Ridruejo y José María Alfaro, con la ayuda de José Antonio, y se cantó por primera vez en público en febrero de 1936. La música marcial era de Juan Tellería. La imagen de morir cara al sol es una copia directa, probablemente consciente, del poema «La rosa blanca» del apóstol cubano de la libertad, José Martí. El himno de las juventudes católicas empezaba así: «Adelante, con fe en la victoria / Por Dios y por la Patria, / A vencer o morir, / Nos espera el

laurel de la gloria, / La Historia está con nosotros, / El futuro de nuestro lado».

[373] *Hijos del pueblo,* una canción con ritmo de can-can, a pesar de la letra, fue elegida como himno del movimiento anarquista en el Segundo Concurso Literario, en el Palacio de Bellas Artes de Barcelona (1890). Una canción mejor que todas éstas era el himno de los carlistas, *Por Dios, por la Patria y el Rey,* compuesto hacia 1830.

[374] *Cruzada*, IX, p. 523.

[375] Ansaldo, p. 42.

[376] José Antonio, *Obras,* pp. 1.113-1.114.

[377] Lorenzo, p. 209 y ss. Azaña, vol. m, p. 499, dice que en 1937 hubo un mitin público para celebrar el aniversario de la huelga de la construcción, «entre cuyos méritos se contaba, en opinión de sus panegiristas, el hecho de que había precipitado el alzamiento».

[378] González Peña ganó por 10.993 votos contra 2.876. Una segunda votación le dio una mayoría no tan amplia.

[379] Este comentario se lo hizo a Henry Buckley, entonces corresponsal de *The Times* en Madrid. El propio Araquistain, que más tarde se convirtió en un apasionado anticomunista, alega que en aquella época veía a menudo al agente dej Komintern, Codovila, cuando acudía a visitar a Álvarez del Vayo (él vivía en el piso de arriba). Santiago Carrillo en su libro *Demain l'Espagne,* p. 43, confirma que Codovila quería en parte hacerle comunista. Incluso en 1935 le había visitado en la cárcel. Carrillo dice que esperó algún tiempo y que cuando en marzo de 1936 se reunió el comité central todavía no se había afiliado. La trayectoria política de Araquistain en los años 30 es difícil de seguir; después de ser un socialdemócrata convencido, en 1934 se había vuelto revolucionario. A partir de 1936 se volvió otra vez prudente

y pasó a ser un socialista de ala derecha. Sin embargo, el número de su periódico *Leviatán* publicado en julio no podía ser más marxista pro-soviético.

[380] Tagüeña, p. 92. De Rosa había sido condenado a cinco años de cárcel en Bélgica y había cumplido dos. Se fue a España, participó en la revolución de 1934, fue encarcelado, y era un héroe para las juventudes socialistas.

[381] Martín Blázquez, p. 72.

[382] Archivos carlistas, Sevilla. Las «ciertas cosas» eran la seguridad dada a los falangistas de que el alzamiento tendría lugar el 15 de julio, y el alquiler de un avión para llevar a Franco a Marruecos.

[383] Archivos carlistas.

[384] Lizarza, p. 97.

[385] Véase Payne, *Politics and the Military,* p. 335 y referencias. Es posible que Franco no se decidiera a actuar hasta que, en algún momento entre el 10 y el 13 de julio, le dijeron que los otros seguirían adelante aunque él no participara. Véase, p. ej., Robinson, p. 288. Otros creen que Franco y Mola estaban de acuerdo desde finales de 1935.

[386] Robinson, p. 288. Aunque la fuerza aérea española había sido incompetente en las guerras de Marruecos, Kindelán había logrado allí una excelente hoja de servicios, y tuvo el dudoso mérito, al parecer, de haber sido el primero en utilizar un avión con propósitos militares, contra las tribus marroquíes.

[387] Iribarren, p. 70. Maíz da cuenta de una reunión en la que por lo menos algunos de los conspiradores consideraban la posibilidad de un fracaso. «¿Qué cabeza será la primera en caer?», preguntó Fanjul. «La tuya, Joaquín», contestó Lucio Arrieta, un carlista (Maíz, p. 247). Su cabeza cayó, aunque no la primera.

[388] Luca de Tena había recibido la orden del general

Kindelán, que ahora era uno de los canales de comunicación de la conspiración. Recientemente se han editado en España las memorias de Bolín, *Spain, Tbe Vital Years* (Londres, 1967). Juan Match fue quien sufragó los gastos ocasionados (Gil Robles, p. 780). Sobre la ayuda de March, véase también el testimonio de Tomás Peire, citado por La Cierva, *Historia,* vol. II, p. 148.

[389] *News Chronicle* (7 de noviembre de 1936) publicó una narración de estos acontecimientos redactada por el piloto capitán Bebb, con quien también yo he podido hablar de todo esto. Bebb creía que le pedían que llevara a «un jefe del Rif a una revolución».

[390] *Cruzada,*XIII, pp. 62-63. Pollard ya había tenido, como dijo Jerrold, «experiencia de revoluciones» (Douglas Jerrold, *Georgian Adventure,* Londres, 1937, p. 371). Jerrold, presidente de Eyre&Spottiswoode, había atacado numerosas veces a la República.

[391] Peirats, vol. I, p. 136.

[392] Ibárruri, p. 244.

[393] Testimonio de Francisco Giral, hijo de Giral.

[394] Payne, *The Military,* p. 337; Blinkhorn, *op. cit.* véanse también narraciones en Robinson, p. 300; y Burgo, p. 123. Francisco Javier de Bortón Parma, primo lejano de la familia real española, había sido adoptado por Alfonso Carlos como su heredero y regente aquel mismo año.

[395] *Cruzada,* XX, p. 557.

[396] Testimonios de Luis Bolín, Douglas Jerrold y del capitán Bebb.

[397] Tagüeña, p. 99. Parece ser que los asesinos de Castillo eran falangistas. En un libro reciente, el falangista Ángel Alcázar de Velasco *(Los siete días de Salamanca,* Madrid, 1976, p. 30) ha dicho que sus amigos de la «centuria» Luis Hernández fueron culpables. Todos fueron

fusilados al mes siguiente. El mismo Alcázar se había ofrecido para intervenir en aquel atentado el día 9 de julio, pero José Antonio había dado una contraorden a la ejecución. Eduardo Alvarez Puga, Historia de la Falange (Barcelona, 1969), p. 30, dice que los asesinos fueron hombres de la UME.

[398] Se dijo que «la Pasionaria» había gritado en las Cortes: «¡Éste es su último discurso!», mientras Calvo Sotelo se sentaba tras otra violenta intervención. Pero en el *Diario de sesiones* no consta tal exclamación, ni fue oída por dos testigos tan dignos de confianza como Henry Buckley y Miguel Maura, que estaban presentes.

[399] Juan Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables* (México, 1973), p. 215.

[400] Todo lo anterior se basa en la narración personal del entonces teniente de la compañía de guardias de asalto de Pontejos, Alfredo León-Lupín (Caracas), y en otra del difunto Manuel Tagüeña, que entonces era un dirigente estudiantil socialista y estaba presente en el ministerio de la Gobernación cuando llegó el cadáver de Castillo. Véanse también las memorias de Tagüeña, pp. 99-100; Zugazagoitia, p. 30; y Prieto, *Convulsiones*, vol. III, p. 133. La posibilidad de un asesinato premeditado no puede excluirse totalmente, pero desde luego el gobierno no estuvo implicado en él. Otras versiones identifican a este Cuenca como Victoriano Cuenca, «un guardaespaldas del ex-dictador de Cuba, Gerardo Machado». El comandante Manuel Uribarri (La quinta columna española [La Habana, 1943], p. 171 y ss.) da una interpretación muy diferente de este asesinato: dice que Condés, que era amigo suyo, «ejecutó» deliberadamente a Calvo Sotelo, para librar a la República de un peligroso enemigo.

[401] Después del comienzo de la guerra civil, Condés y Cuenca murieron ambos en el frente del Guadarrama. Los

documentos referentes a la investigación, que se guardaban en el ministerio de la Gobernación, fueron cogidos por un grupo de milicianos el 25 de julio, siendo probablemente destruidos.

[402] Sergio Vilar, p. 636.

[403] Zugazagoitia, p. 22.

[403b] Iribarren, p. 63 y ss.; Maíz, *op. cit.* No están muy claros los motivos de Goded para pedir este cambio. Iturralde (vol. I, p. 86) afirma que Goded pensaba que Barcelona era un sitio indicado para llegar a un compromiso si fracasaba el alzamiento. Payne *(The Military,* p. 509) y Prieto *(Palabras al viento,* México, 1942), p. 280, sugieren la posibilidad de que Goded deseara retirarse de la conspiración al sospechar que Mola pudiera estar en tratos con Italia: Goded era nacionalista, pero no fascista.

[404] Véase una impresión de Madrid en julio en la novela *San Camilo 1936*, de Camilo José Cela (Madrid, 1969).

[405] Lizarra, p. 31.

[406] Iribarren, p. 89; Maíz, p. 251.

[407] Aunque el polemista monárquico Vegas Latapié había tenido contactos con la marina. Véase Gil Robles, p. 276 y ss.

[408] El viaje de Bebb había estado lleno de incidentes: en Casablanca, perdió a su radiotelegrafista, borracho perdido en la Kashba; en Cabo Yuby, celebró un banquete en el que los pasajeros de Bebb se comportaron sin ninguna moderación. Bebb llegó a Las Palmas el 14 de julio.

[409] Maíz, p. 232.

[410] Gibson, p. 51.

[411] Lerroux, p. 581.

[412] *Cruzada*, X, p. 17.

[413] Véase Salvador Fernández Álvarez, *Melilla, la*

primera en el alzamiento (Melilla, 1939) y Fernández de Castro, *El Alzamiento Nacional en Melilla* (Melilla, 1940).

[414] Maximiano García Venero, *Falange,* p. 185. Según algunos, en julio de 1936 los miembros de la Falange constituían el 30% del total de los rebeldes. Esto debe de ser una exageración.

[415] *Documents on Germán Foreign Policy 1918-1945,* serie D, vol. III («Germany and the Spanísh Civil War 1936-1939»), p. 9. En adelante nos referiremos a este volumen de los documentos del ministerio de Asuntos Exteriores alemán con la sigla *GD.*

[416] Las instrucciones de Mola estipulaban que todas las unidades implicadas en el alzamiento estuvieran «dispuestas» el día 17 a las 5 de la tarde (el 17 a las 17 horas), para empezar el alzamiento en Marruecos. En puntos claves de la península empezaría el día 18, y en otros sitios (incluida Pamplona), el 19. La noticia del alzamiento en Marruecos sembró la confusión entre los conspiradores de la península: ¿tenían que atenerse a la fecha planeada, o también tenían que adelantar su actuación?

[417] Véase La Cierva, *Historia ilustrada,*vol. I, p. 252.

[418] *Cruzada,* X, p. 34.

[419] Una bandera era un batallón de 600 hombres, que incluía unidades de intendencia y artillería móvil.

[420] *Cruzada,* X, pp. 34-40. Una versión izquierdista del alzamiento en Tetuán es la que dio Antonio Mata en *La batalla,* reproducida en *El sol* el 25 de agosto de 1936. Mata, oficial telegrafista, decía que los detenidos fueron obligados a beber medio litro de aceite de ricino.

[421] *Ibid.,* p. 44.

[422] *Ibtd.,pp.* 44-45.

[423] Texto en Fernando Díaz-Plaja, *La Historia de España en sus documentos; El siglo XX: la guerra 1936-1939*

(Madrid, 1963), p. 150 y ss. Franco tampoco mencionaba a Sanjurjo como jefe nominal del movimiento. Al parecer, el manifiesto fue escrito por el «auditor del cuerpo jurídico del ejército» Lorenzo Martínez Fusset, consejero legal de Franco, que tuvo un papel decisivo en la institucionalización de la dictadura de Franco; y le acompañó en este viaje.

[424] *Cruzada,* x, pp. 67-71.

[425] Ignacio Hidalgo de Cisneros, *Memorias* (París, 1964), vol. II, p 267.

[426] Zugazagoitia, p. 41.

[427] R. Salas, i, p. 128.

[428] *The Times*, 20 de julio de 1936.

[429] El infatigable historiador alemán del movimiento anarquista, Max Nettlau, que llegó poco después a Barcelona, intentó más tarde racionalizar todo esto, sin demasiado éxito. «En los lugares donde existía cierto grado de autonomía —escribió en el boletín de la CNT-FAI, el 25 de julio— el pueblo pudo conseguir armas, y de hecho las consiguió, en el momento debido. Donde no existía autonomía, poco o nada pudo hacerse, y el enemigo entonces, y sólo entonces, consiguió una ventaja pasajera.»

[430] Véase una narración reciente, vivida y detallada, en Luis Romero, *Tres días de julio* (Barcelona, 1967).

[431] «Canalla» continuó siendo la palabra favorita de Queipo de Llano a lo largo de la guerra. Algunos dicen que Queipo no bebía. Véase un estudio sobre Queipo de Llano en Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días* (Buenos Aires, 1973), vol. I, p. 393. Sobre Sevilla, véase también *Cruzada,* XI, pp. 154-202; *ABC de Sevilla,* 18 de julio de 1937; Antonio Bahamonde, *Un año con Queipo de Llano* (Barcelona, 1938), p. 26 y ss.

[432] Sobre el alzamiento en Cádiz (llamada por las derechas «la Rusia chica», por la gran influencia que allí

tenían los socialistas), véase Antonio Garrachón Cuesta, *De África a Cádiz y de Cádiz a la España Imperial* (Cádiz, 1938).

[433] Ronald Fraser, *In Hiding. The Life of Manuel Cortés* (Londres, 1972), p. 131. Hay una interesante impresión sobre Málaga en Brenan, *Personal Record*, p. 285.

[434] La resistencia izquierdista continuó en Santa Cruz de la Palma hasta el 28 de julio. El resto de las Canarias también habían sido conquistadas para el alzamiento el 20 de julio. (*Cruzada*, x, p. 76.)

[435] Donde sería asesinado.

[436] Luego fue expulsado del ejército, que lo consideraba demasiado revolucionario, y se convirtió en consejero militar de la CNT. Véase Salas Larrazábal, vol. I, p. 88. Gómez Morato fue condenado a treinta años de cárcel por haberse opuesto al alzamiento.

[437] André Malraux, *L'Espoir* (París, 1938), p. 8. Ávila no se sublevó hasta el 19 de julio. Las instalaciones telefónicas continuaron sirviendo imparcialmente a ambos bandos durante toda la guerra civil, hecho del que sus directivos americanos estaban justamente orgullosos. El papel del teléfono en el alzamiento fue decisivo. Véase el comentario de Luis Romero en *Tres días de julio.*

[438] Los anarquistas madrileños permanecieron indiferentes a todos estos acontecimientos, pues todavía estaban preocupados por la huelga de la construcción (Zugazagoitia, p. 57).

[439] La canción más popular, interpretada interminablemente durante aquellas noches tan calurosas, era *La música gira, gira y llega basta aquí.*

[440] Constancia de la Mora, *In place of splendour* (Nueva York, 1939), p. 227.

[441] Testimonio de Margarita Nelken (que acompañó a una delegación de la casa del pueblo de Madrid que fue a ver

a Rodrigo Gil) a Burnett Bolloten, *The Grand Camouflage* (Londres, 1961), p. 29.

[442] Testimonio de Francisco Giral.

[443] Azaña, vol. IV, p. 714; cf. Jackson, p. 243; sobre el programa que Sánchez Román sugirió para este gobierno, véase Maximiano García Venero, *El general Fanjul* (Madrid, 1967), p. 287.

[444] Bertrán Güell, p. 76; Iribarren, pp. 101-102; Maíz, p. 304. *Diario de Navarra* del 19 de julio daba noticia de la conversación. Véase también la narración de Ramón Feced, ministro de Agricultura en este gobierno, a Garda Venero, en *El general Fanjul,* p. 287. Gil Robles (p. 792) dice que Mola tenía razón al no negociar: era demasiado tarde.

[445] Dicen que Cabanellas se decidió por fin a unirse al alzamiento porque un joven oficial le puso una pistola junto a la sien y le dijo que tenía un minuto para decidirse. Su hijo niega esto.

[446] Por sorprendente que pueda parecer, Pozas era un africanista, que había dirigido tropas en la reconquista de Annual, en 1925, y, junto con Mola, había ayudado a aplastar la revuelta rifeña del año siguiente.

[447] Testimonio de Francisco Giral. Mariano Ruiz Funes se negó.

[448] Testimonio de Francisco Giral. Sin embargo, parece ser que Sánchez Román hizo otro intento de compromiso, pocos días después, en una reunión de gabinete a la que asistieron Prieto y Largo Caballero. El plan de Sánchez Román consistía en una retirada general a las posiciones del 19 de julio, amnistía, desarme, prohibición de huelgas, formación de un gobierno nacional constituido por todos los partidos políticos, disolución de las Cortes, etcétera. El nuevo gobierno no aceptó esta iniciativa, que probablemente era imposible. (García Venero, *Historia de las*

Internacionales, vol. III, pp. 102-105.)

[449] Fernando de Valdesoto, *Francisco Franco* (Madrid, 1943), p. 123. Franco había salido de Las Palmas en el *Dragon Rapide* el 18 de julio por la mañana, Luis Bolín (op. cit., p. 48) registra una conversación con Franco durante la noche del 18 al 19 de julio en el avión, en la que el general dijo: «Puede que tardemos más de lo que piensa la mayoría de la gente, pero estamos seguros de ganar». El avión se detuvo en Agadir y Casablanca antes de llegar a Tetuán. Es posible que el prudente general retrasara su llegada a Marruecos hasta estar seguro de que sus amigos habían vencido allí. Había embarcado a su mujer y a su hija en un barco alemán de pasajeros, *El Wadi*, con rumbo a Le Havre (Luis de Galinsoga, *Centinela de Occidente*, Barcelona, 1956, p. 226).

[450] «El Campesino», p. 5

[451] Véase Jaume Miravitlles, *Episodis de la guerra civil espanyola* (Barcelona, 1972), p. 35.

[452] Yo he examinado fotocopias de estas órdenes.en un memorándum muy útil que me envió el coronel Vicente Guarner.

[453] En Barcelona, cuando una patrulla de la guardia civil montada a caballo bajó lentamente por las Ramblas haciendo el saludo rojo, el entusiasmo no conoció límites. Véase Jesús Pérez Salas, *Guerra en España* (México, 1947), pp. 83-100, si se quieren conocer más detalles sobre las órdenes republicanas en Barcelona.

[454] Paz, p. 282. Una buena narración de la lucha en Barcelona desde el punto de vista de la guardia civil es la de Frederic Escofet en *Al servei de Catalunya i de la República* (París, 1973), vol. II.

[455] Francisco Lacruz, El alzamiento, la revolución y el terror en Barcelona (Barcelona, 1943), p. 202.

[456] *Depécbe de Toulouse,* 26 de julio de 1936, citado

por Pierre Broué y Émile Témime, *La Revolution et la Guerre d'Espagne* (París, 1961), p. 96.

[457] Manuel Goded, *Un «faccioso» cien por cien* (Zaragoza, 1938), p. 58. Este libro, escrito por el hijo de Goded, defiende a su padre contra la vergonzosa acusación de que se estaba convirtiendo en un demócrata.

[458] Esta narración de la batalla de Barcelona está basada en los datos de *Cruzada, The Times,* de Castillo y Alvarez, Pérez Salas, Escofet, Jellinek, Lacruz, Abad de Santillán, *Porqué,* y Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit* (Londres, 1938).

[459] Zugazagoitia, p. 33 y ss.; Peirats, vol. I, pp. 148-149.

[460] El coronel Pérez García Arguelles se negó a unirse a la rebelión. No hizo nada. La República lo condenó a muerte, pero luego lo absolvió. Cuando Franco entró en Santander, en 1937, fue fusilado (García Venero, *Falange,* p. 157).

[461] La población de Álava es en parte vasca y en parte navarra. Alonso Vega era un amigo de infancia de Franco, ingresó en la legión con él, él se lo llevó consigo a Zaragoza, y más adelante fue, durante muchos años, ministro de la Gobernación.

[462] Iturralde, vol. II, pp. 208-211.

[463] *The Times,* 30 de julio de 1936.

[464] *Cruzada,* XXVI, p. 242 y ss.; Lizarra, p. 20 y ss.; Iturralde, vol. II, p. 202 y ss.

[465] Marcel Junod, *Warrior uiithout weapons* (Nueva York, 1951), p. 98.

[466] *Cruzada,* xn, pp. 401411; Ruiz Vilaplana, p. 30 y ss.; Iturralde, pp. 31-32. Véase también Romero, p. 189.

[467] *Cruzada,* xv, p. 196 y ss.

[468] Peirats, vol. I, p. 149. El fracaso de los anarquistas en Zaragoza dio lugar a una encendida polémica. Véase Gastón Leval, *L'Espagne libertaire* (París, 1971), p. 139 y ss. Hubo una huelga general, pero no hubo lucha. Esto no impidió que la represión fuera terrible. El nervio del alzamiento allí fue el coronel Monasterio, que había sido uno de los ayudantes de Gil Robles en 1935.

[469] Otra teoría es la de que Villalba esperó a ver de qué bando estaba Franco para sumarse al contrario.

[470] *Cruzada,* vi, p. 237.

[471] *Cruzada,* XIII, pp. 460-483.

[472] *Diario de Navarra,* 20 y 21 de julio. Después le quedó como subtítulo permanente el de «Camino de la victoria».

[473] Martínez de Campos en los documentos de St. Antony, citados por Carr, p. 652. Véanse también los recuerdos de Martínez de Campos en *Ayer 1931-1956* (Madrid, 1970), cap. n, y Del Burgo, p, 13 y ss.

[474] Sobre Valladolid, véase Iturralde, vol. ir, p. 107 y ss.

[475] *Cruzada,* XV, pp. 134-137.

[476] *Cruzada,* XI, pp. 275-289.

[477] Lucia se refugió en una granja, huyendo de las multitudes anarquistas. Fue detenido y encarcelado, como diputado derechista. No obstante, después de la guerra civil, fue encarcelado por los nacionalistas victoriosos y murió joven, en 1942. Véase el tributo que le rinde Prieto en *Convulsiones,* vol. II, p. 251. La cuestión de si el telegrama de Lucia en apoyo de la República era falso o no se explora en el libro de Del Burgo, p. 207 y ss.

[478] Peirats, vol. I, pp. 145-146.

[479] No debe ser confundido con el general Carlos

Bosch, de León.

[480] La mayoría de los oficiales que sólo fueron hechos prisioneros serían fusilados en Cartagena durante el mes de agosto. Salas Larrazábal (vol. I, p. 163) da la cifra de 230, teniendo en cuenta que los oficiales de servicio activo eran 675, lo cual supone un 34,2% de la cifra total.

[481] *El socialista,* 21 de julio de 1936.

[482] La bibliografía sobre lo que viene a continuación es muy abundante; véase, en particular, García Venero, *El general Fanjul,* p. 255 y ss., y, del mismo autor, *Madrid, julio 1936* (Madrid, 1973), p. 317 y ss.

[483] Más tarde, los nacionalistas comentarían que el brazo de Don Quijote, en esta estatua, se encuentra extendido como en el saludo fascista, y no doblado, con el puño cerrado.

[484] Burillo, un aristócrata izquierdista, puritano, anticlerical y romántico, no tardaría en convertirse virtualmente en comunista: en 1937 dijo a Azaña que él era fiel a tres cosas: al ejército, al Partido Comunista y a la logia masónica (Azaña, vol. IV, p. 638).

[485] Las principales fuentes utilizadas para la narración de las luchas en Madrid son: Cruzada, XVIII, pp. 386-481; Enrique Castro Delgado, *Hombres made in Moscú* (Barcelona, 1965), p. 270 y ss.; *The Times*, 5 de agosto de 1936; *El Socialista*, 21-22 de julio de 1936.

[486] *La Causa General* (Madrid, 1943), pp. 320-321. La cuestión de si hubo o no hubo rehenes en el Alcázar quedó definitivamente zanjada por esta declaración de Moscardó después de la guerra. Véase Herbert Southworth, *El mito de la cruzada de Franco* (París, 1963), p. 54. La Academia estaba de vacaciones. Véase Cecil Eby, *The Siege of The Alcázar* (Londres, 1965), p. 16, que dice que todos los cadetes estaban de vacaciones, pero que estos seis habían sido reunidos por

el capitán Vela Hidalgo, instructor de caballería del Alcázar (p. 28). El gobernador civil era de derechas, y fue allí voluntariamente.

[487] La mayoría fueron asesinados después. Los que no murieron allí mismo fueron juzgados y ejecutados. Sin embargo, el antiguo conspirador general Barrera logró escapar, vestido de paisano, y consiguió llegar a Burgos. González de Lara acababa de ser liberado de la cárcel por los rebeldes.

[488] Boletín de CNT-FAI, 22 de julio de 1936.

[489] Alusión a la actuación previa de Companys como abogado, cuándo solía defender a los anarquistas en los tribunales, sin cobrar más que minutas nominales.

[490] Juan Garda Oliver en *De julio a julio* (Barcelona, 1937), p. 193.

[491] Véase el comentario del político catalán (más adelante jefe de gobierno) Juan Casanovas a Azaña, en Azaña, vol. IV, p. 702.

[492] Esta decisión se comenta en Lorenzo, p. 102; Abad de Santillán, p. 59; Vernon Richards, *The Spanish Revolution* (Londres, 1953), pp. 33-39.

[493] El nuevo *Partit Socialista Unificat de Catalunya* se componía de cuatro grupos de izquierdas que se habían unido bajo la dirección socialista y comunista y que estaban dominados por los comunistas. Los cuatro grupos eran: el antiguo Partido Comunista de Cataluña, la *Unió Socialista,* el *Partit Catdá Proletari* y la sección catalana del Partido Socialista español, que controlaba la UGT local.

[494] La CNT estaba representada por Juan García Oliver, Durruti y José Asens; la FAI por Aurelio Fernández y Abad de Santillán; la UGT por José del Barrio, Salvador González y Antonio López; el PSUC por José Miret; el POUM por José Rovira; la *Esquerra* por Jaime Miravitlles, Artemio

Ayguadé y Juan Pons; los *rabassaires* por José Torrents Rosell; y *Acció Catalana* por Tomás Fábregas. Estos representantes de la CNT y de la FAI eran intercambiables, porque los de la FAI eran miembros de la CNT y viceversa.

[495] Los anarquistas aceptaron la paridad con los otros partidos en este comité porque (según Abad de Santillán) deseaban el mismo trato en otras zonas donde eran débiles.

[496] *Cruzada,* XI, pp. 281-288. El mejor relato breve está en Gibson, p. 52 *y* ss.

[497] *Cruzada,* XXIII, pp. 460-502; Borkenau, pp. 114-115.

[498] *Cruzada,* XXIII, pp. 533-548. La suerte que corrieron estos dos generales fue diferente: Martínez Monje siguió siendo gobernador militar, mientras que García Aldave fue fusilado.

[499] Véanse los reportajes, sobre estos acontecimientos, de Bertrand de Jouvenel, enviado especial de *Paris-Soir.*

[500] Carta de Domingo Quiroga (actualmente en el Ecuador), del 4 de abril de 1962. Véase también, sobre las actividades de Hedilla, García Venero, *Falange* (p. 141 y ss.), y Southworth, *Anti-falange*, p. 109. Circularon muchos rumores sobre los detalles de la muerte de la esposa del gobernador. Estaba embarazada, y abortó al conocer la ejecución de su marido. A continuación intentó suicidarse, siendo entonces arrestada por unos falangistas quienes la asesinaron. Una versión diferente del suceso aparece en Arthur Koestler, *Spanish Testament* [Londres, 1937], p. 300, y parece ser que es auténtica, aunque parezca una historia imaginaria de horror.

[501] Peirats, vol. I, p. 151.

[502] *Cruzada,* xiv, pp. 14-28. Véase también Iturralde, vol. II, pp. 114-115; Jean Flory, *Galice sous la botte de Franco,*

París, 1938; Alfonso Camín, *España a hierro y fuego* (México, 1938), p. 88.

Cruzada, XV, pp. 134-147.

[503] Ansaldo, p. 51. Sanjurjo rechazó el «espléndido bimotor» que Fal Conde envió a Lisboa. Véase una investigación sobre las teorías del sabotaje en José Luis Vila San Juan, Enigmas de la guerra civil española (Barcelona, 1972), p. 31 y ss.

[504] Agradezco a Ronald Fraser su corrección de una versión anterior de esta historia.

[505] En cuanto a las «casas colonias españolas restantes, allí se retrasaron los acontecimientos, pero finalmente todas ellas (Guinea, Fernando Poo, Ifni y Villa Cisneros) se declararon a favor de los nacionalistas; aunque al principio Guinea se puso de parte del gobierno. Véase Cabanellas, vol. I, pp. 512-514.

[506] Junod, p. 89.

[507] Recogido en Sergio Vilar, p. 637.

[508] Hay una descripción de los fusilamientos de Queipo de Llano en Sevilla, hecha por Antonio Bahamonde, que trabajó varios meses con él como «delegado de propaganda»: véase Antonio Bahamonde, *Un año con Queipo.* Más tarde Bahamonde huyó. Teniendo en cuenta que se trata de un elemento de propaganda, no obstante es una terrible acusación. También está Flory, *op cit.,* y en lo referente a Burgos, Antonio Ruiz Vilaplana (juez de Burgos), *Doy fe.* Puede que algunos de los detalles de estos libros no sean ciertos, pero creo que, en conjunto, dan un retrato desgraciadamente auténtico del clima de auto de fe que reinaba en aquellos tiempos.

[509] Georges Bernanos, *Les grands cimetiéres sous la lune* (París, 1938), p. 68. En Mallorca, el verdadero terror no empezó hasta después del ataque republicano a la isla en los

meses de agosto y septiembre. El limosnero principal de las cárceles de la España nacionalista, fray Martín Torrent, añadió más tarde una nueva puntualización teológica al decir: «Feliz el condenado a muerte, ya que es el único que sabe cuándo ha de morir. Así tiene la mejor oportunidad para poner en orden su alma antes de morir». Francisco Martí Torrent, *Qué me dice usted de los presos.* Alcalá, 1942.

[510] Iturralde, vol. II, pp. 88-89. Sobre esto véase también La Cierva, en Carr, *The Republic and the Civil War,* p. 202.

[511] Bernanos, pp. 72-73. Bernanos se encontraba por entonces en casa de la familia falangista de los de Zayas. Después del estallido de la guerra civil, el marqués (que entonces era el jefe de la Falange en Mallorca) y su hermano se preguntaron qué podían hacer con Bernanos. Decidieron no fusilarlo y Bernanos, más tarde, se marchó. Los hermanos Zayas nunca leyeron *Les grands cimetiéres,* y, posteriormente, el hijo del marqués se casó con una hija de Bernanos (manifestaciones de Carlos de Zayas).

[512] Ruiz Vilaplana, p. 65. Al coronel Mena no lo mataron.

[513] Pueden verse descripciones de los sucesos de Valladolid en Iturralde, vol. II, pp. 107-120. Provienen de falangistas que tomaron parte en ellos y más tarde fueron encarcelados cuando el asunto de Hedilla.

[514] Testimonio recogido por Iturralde, vol. II, p. 74.

[515] *Op. cit.,* p. 93. Pueden encontrarse otros informes sobre asesinatos en Navarra en *No me avergoncé del Evangelio,* de Marino Ayerra (Buenos Aires, 1959), y en *Siete meses y siete días en la España de Franco,* de fray Ignacio de Azpiazu (Caracas, 1964).

[516] Arthur Koesder, *The Invisible Writing* (Londres, 1954), pp. 333-335.

[517] Fernsworth, p. 205.

[518] Azpiazu, p. 115.

[519] Se han dado nombres: el prior de Carmona (Andalucía); y los padres franciscanos Revilla y Antonio Bombín, muertos en Burgos y Rioja respectivamente. (Iturralde, vol. II, pp. 427-428; véase también Bahamonde.)

[520] Véase Gibson, p. 68 y ss.: allí está el mejor análisis.

[521] Véase García Venero, *Falange,* pp. 234-235,242,365.

[522] Junod, p. 98. Sin embargo, Junod hizo una labor maravillosa, consiguiendo incluso, pocos días después de esto, el intercambio del alcalde socialista de Bilbao, Ercoroca, por Esteban Bilbao, un diputado carlista.

[523] El estudio es el de Ian Gibson, p. 77 y pp. 167-169. La causa de la muerte se describe como «detonación de arma de fuego», y luego, «orden del tribunal militar».

[524] Entre los muertos en Granada se contaron el poeta Lorca, el director del periódico izquierdista *El defensor de Granada* (Constantino Ruiz Carnero), el catedrático de pediatría de la Universidad de Granada (Rafael García Duarte), el ingeniero que había hecho la carretera que sube hasta la cumbre de Sierra Nevada (Juan José de Santa Cruz), el rector de la Universidad (Salvador Vila), el catedrático de derecho político (Joaquín García Labella), el catedrático de farmacia (Jesús Yoldi), el catedrático de historia (José Palanco Romero), el médico más conocido de la ciudad (Saturnino Reyes), el alcalde (Manuel Fernández Montesinos) y 23 concejales, unos socialistas y otros republicanos de izquierdas. Naturalmente, la mayoría de las 2.137 víctimas eran personas corrientes que no eran fácilmente reconocibles por su apellido.

[525] Informe del Colegio de Abogados de Madrid (en

Franco's Rule, editado por la United Editorial, Londres, 1938, p. 223 y ss.).

[526] Cálculo del ex-presidente de la Adoración Nocturna en Pamplona, Eusebio Galicano, hecho para el obispo de Vitoria (Iturralde, vol. II, p. 228: pero, véase comentario en Del Burgo, p. 88).

[527] Colegio de Abogados de Madrid, op. cit., p. 225.

[528] Cifra atada por un «diputado católico» y por el director del Colegio Inglés de Valladolid al difunto Bernard Malley. Iturralde, sin embargo, habla de «más de 1.600» (vol. II, p. 109).

[529] Colegio de Abogados de Madrid, op. cit., p. 229.

[530] Bernanos, p. 221.

[531] P. ej., Bahamonde dijo que en Andalucía habían sido ejecutadas 150.000 personas entre 1936 y 1938. Gibson cita a un conocido que tenía acceso a la Audiencia de Granada, y que habla de 25.000 víctimas en Granada (p. 167); Jackson (p. 535) tiene una fuente cuyo nombre no da, pero que parece bien informada, y habla de 26.000 en Granada, 32.000 en Córdoba y 47.000 en Sevilla.

[532] Carta de Domingo Quiroga. Para la represión en Tuy, véase Historia y Vida, febrero 1975.

[533] De 50.000 fue el cálculo que hizo el Colegio de Abogados de Madrid durante la guerra. Aunque es un cálculo realizado inmediatamente después de producirse los hechos, parece responder a una compilación seria. En las anteriores ediciones de este libro, yo daba la cifra de 40.000 ejecuciones nacionalistas en total. La mayoría de autores criticaron esta cifra por considerarla demasiado baja: p. ej., Jackson (loc. cit.), que da la cifra de 200.000 en toda la guerra, y Gibson (p. 167), que le sigue. Cabánellas evita dar una cifra (vol. II, p. 866); Payne, The Military (p. 415), también evita pronunciarse y mantiene este pudor en The

Spanish Revolution, p. 225. Jesús Salas (La guerra de España desde el aire, Barcelona, 1970), p. 491, habla de los 40.000 que daba yo diciendo que «probablemente exageraba». La Cierva (en Carr, The Republic, p. 202) cree que la represión fue equivalente en ambas zonas, ipso facto, aunque «no podemos ni siquiera aventurar conjeturas». Casi nadie más se ha comprometido en este terreno.

[534] Muchos otros militares fueron encarcelados, a veces durante períodos largos, p. ej., los generales Gómez Morato, Molero, Mena, Villa-Abrille y López Viota.

[535] Testimonio de Joaquín Maurín, Nueva York, 1962.

[536] Véase la lista en Franco's Rule, pp. 209-211.

[537] Azaña, vol. IV, p. 685.

[538] La investigación más completa sobre la muerte de Lorca es la de Ian Gibson, op. cit. Véase también Brenan, *The Face of Spain* (Londres, 1950), pp. 127-147, y Marcelle Auclair, *Enfanees et mort de García Lorca* (París, 1968). Durante diez años, nadie aludió a Lorca en la España nacionalista. Luego, la Falange empezó a echar la culpa de su ejecución a los católicos.

[539] Ruiz Vilaplana, p. 159.

[540] Ansaldo, p. 83.

[541] Estos comités se formaron en todas partes excepto en Madrid, donde el gobierno de Giral ostentaba teóricamente el poder, aunque, de hecho, éste había pasado a las manos de la UGT y de Largo Caballero.

[542] Sin embargo, la iglesia de los carmelitas, en la calle Lauria, de Barcelona, había sido una plaza fuerte de los rebeldes.

[543] De julio a julio, p. 22.

[544] Buckley, p. 123. Las iglesias protestantes no fueron atacadas, y permanecieron abiertas. Sin embargo, por entonces sólo había unos 6.000 protestantes en toda España (Arnold Toynbee, Survey of International Affairs 1937, *The International Repercussions of the War in Spain*, Londres, 1938, vol. I, p. 286 y ss.).

[545] Los conventos fueron vaciados de todos sus habitantes. Para algunos, desde luego, esto fue un acto de liberación.

[546] La cifra que se da en el Santuario Nacional de Valladolid es de 54.594. Compárese esta cifra con la de Causa General, p. 402 (85.940). Gabriel Jackson habla de 17.000 muertos en los tres primeros meses de la guerra civil y sólo unos pocos miles más tarde (op. cit., p. 533). Después de ver las listas de los pueblos de Andalucía (reproducidas, p. ej., en los cinco primeros «Avances» del Informe oficial sobre los asesinatos, etc., publicado en 1936-1937), creo que es excesivamente optimista. No sólo mataron a guardias civiles, sacerdotes o industriales, sino también a innumerables obreros, tenderos, administrativos, etc., que eran antisocialistas. (Tampoco todos los guardias civiles estaban en contra de la República.) Mataron a algunas mujeres (quizás unas 4.000), y probablemente a varios centenares de niños. Jesús Salas, en un artículo reciente, supone que mataron de 65.000 a 70.000 personas.

[547] Diego Abad de Santillán (*La revolución y la guerra en España*, Barcelona, 1937, p. 176) da la cifra posible de 5.000 muertos en Cataluña.

[548] Se trataba de los obispos de Jaén, Lérida, Segorbe, Cuenca, Barcelona, Almería, Guadix, Ciudad Real y Tarragona (obispo sufragáneo), el administrador apostólico de Barbastro, que era obispo titular de Epiro, y el administrador apostólico de Orihuela, que tenía categoría de obispo. El obispo de Teruel fue asesinado en Cataluña en 1939. Estas cifras proceden del monumental estudio del padre Antonio Montero La persecución religiosa en España 1936-1939 (Madrid, 1961), p. 762. Las cifras indican que perecieron alrededor del 12% de los religiosos españoles, el 13% de los sacerdotes, y el 20% de los obispos. 283 monjas, de un total de 60.000 es un porcentaje pequeño.

[549] Este poema fue escrito como prefacio para el libro propagandístico de Juan Estelrich (*La Persécution religieuse en Espagne*, París, 1937) sobre los asesinatos en la Iglesia.

[550] Manuel Sánchez del Arco, *El sur de España en la reconquista de Madrid* (Sevilla, 1937), pp. 66-67; Luis Carreras, *The Glory of Martyred Spain* (Londres, 1939), p. 104.

[551] Las agresiones a mujeres fueron raras en la España del Frente Popular. Sánchez del Arco, periodista de *ABC* de Sevilla que iba con los ejércitos nacionalistas que avanzaban en el sur de España, señala que no había habido ni una sola violación en los pueblos donde él estuvo (Sánchez del Arco, p. 55).

[552] Joan Estelrich, *La Persécution réligieuse*, p. 96.

[553] El subsecretario del ministerio le contestó diciendo: «Parece aconsejable abreviar el largo y complicado procedimiento cuando la necesidad del cambio de nombre se encuentra tan claramente justificada» (*Causa general,* pp.

196-197). Las «atrocidades» cuentan con una cantidad enorme de literatura en la España nacionalista, en la que casi todas las provincias han sido objeto de un relato meticuloso.

[554] Estelrich, p 115.

[555] Madariaga, p. 377.

[556] Para volver a escribir éste párrafo, me he beneficiado de mis conversaciones con el profesor Bosch Gimpera. Lo mismo ocurría con los médicos. Aquellos de quienes se sabía que se habían dedicado a sus pacientes pobres eran dejados en libertad.

[557] Broué y Témime citan *ABC* del 4 de septiembre, que da cuenta de que un cura se casó en Alicante, y otro ingresó en el Partido Comunista. Pero es difícil encontrar otros ejemplos.

[558] Carta de Simone Weil a Bernanos, *op. cit.*

[559] Peirats, vol. I, p. 182.

[560] Pemán, *Un soldado en la historia,* p. 300; carta de Gerald Brenan, 22 de junio de 1961.

[561] Brenan, South from Granada, p. 169.

[562] García Atadell había organizado las juventudes comunistas a finales de la década de los años veinte. Más tarde huyó de la República con una cantidad considerable como botín, pero fue capturado por los nacionalistas cuando el barco argentino (el *Primero de mayo)* que le llevaba a Sudamérica hizo escala en Santa Cruz de la Palma. Arthur Koestler lo vio en la cárcel de Sevilla a principios de 1937. Poco después fue ejecutado a garrote vil. En la cárcel se convirtió al catolicismo. Véase José Ignacio Escobar, *Así empezó...* (Madrid, 1974), y Arthur Koestler, *The Invisible Writing,* p. 347.

[563] Iturralde, p. 124.

[564] En los pueblos pequeños españoles, la compra de

un sello era un asunto complicado. Los sellos se envolvían en papel de seda, cuidadosamente doblado. El caso ocurrido en Altea me lo contó una persona que vivía allí. Más tarde, el anarquista fue asesinado por un comunista.

[565] Azaña, vol. III, p. 393.

[566] Madariaga, p. 378.

[567] H. L. Kirk, *Pablo Casals* (Nueva York, 1974), p. 401. Los anarquistas del lugar donde vivía Casals fueron varias veces a su casa en busca de un amigo de Casals, derechista en política, que estaba escondido allí.

[568] Por ejemplo, Julio de Mora, que dirigía una checa en el palacio del conde de Eleta y se convirtió en jefe del departamento especial de información (DEDIDE), con el grado de coronel; o Ángel Pedrero, que fue el ayudante y sucesor de García Atadell, y que más tarde se convirtió en jefe del SIM (Servicio de Información Militar), en Madrid, en 1937.

[569] Véase Sergio Vilar, p. 450. Galarza fue nombrado ministro de la Gobernación en septiembre.

[570] Federica Montseny en *La revista blanca,* 30 de julio, cit. por Bolloten, p. 41.

[571] Juan Peiró en *Perill a la reraguarda* (Mataró, 1936), p. 91.

Payne, *The Spanish Revolution,* p. 226. Escofet salvó a muchos.

[572] Fue fusilado en la cárcel de Ocaña en 1939. Véase Sergio Vilar, *La oposición a la dictadura,* p. 227.

[573] Maximiano García Venero, *Falange,* p. 159; véase también Jackson, p. 308.

[574] Este individuo, José Antonio Baruela, se alistó posteriormente en la aviación republicana y mató a muchos milicianos bombardeándolos antes de que lo descubrieran y

lo mataran en Santander. Otros como él escaparon atravesando las líneas.

[575] Carta de Gerald Brenan, 22 de junio de 1961.

[576] Carta de Melchor Ferrer, 7 de agosto de 1961.

[577] Azaña, La revolución abortada, en Obras, vol. III, p. 500.

[578] Citado por Cabanellas, vol. II, p. 873. Otro caso es el del general García Aldave, gobernador militar de Alicante, también ejecutado por ser neutral, aunque esta vez por un pelotón de ejecución de izquierdas.

[579] Ruiz Vilaplana, p. 225.

[580] Gil Robles, p. 729 y ss.

[581] Ruiz Vilaplana, p. 45.

[582] Lawrence Dundas, *Behind the Spanisb Mask* (Londres, 1943), p. 56.

[583] J. Salas, p. 73. Nadie sabía lo que pasaba. Véase Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la guerra civil, I. La España nacional* (Barcelona, 1973), p. 27 y ss., donde hay fotografías de periódicos que anuncian la detención de Azaña en Santander, la caída de Madrid, etc., en la primera semana de la guerra.

[584] Ruiz Vilaplana, p. 219.

[585] *Diario de Navarra,* 16 de agosto de 1936.

[586] Broué y Témime, pp. 90-91.

[587] Malefakis, p. 386, nota 76. Incluso las leyes de 1932-1936 acabaron siendo abolidas, en 1941.

[588] García Venero, *Falange,* pp. 172-173.

[589] GD,p.88.

[590] Fue a España y vio a Mola en agosto.

[591] Payne, *Falange,* p. 121.

[592] Gil Robles, p. 734, nota 79.

[593] Bahamonde, pp. 20-21.

[594] Véase Iturralde, vol. II, pp. 55-70.

[595] Bahamonde dice que lo fusilaron. No he encontrado confirmación de esto. En Carmona hubo 700 ejecuciones, según decía el periódico portugués *O Seculo* en agosto.

[596] Iturralde, p. 71.

[597] Iturralde, vol. II, p. 279. El doctor Múgica era un monárquico y un conservador que, para la República, había sido casi tan bestia negra como el cardenal Segura. En las primeras semanas de la guerra apoyó al alzamiento. Se fue de Vitoria el 14 de octubre. Antes de esto, su nombre figuró en una lista negra de personas a quienes iba a matar un grupo de falangistas, que probablemente estaban respaldados por las autoridades locales nacionalistas. Véanse sus memorias, *Imperativos de mi conciencia* (Buenos Aires, sin fecha), y las críticas a éstas que hay en Del Burgo, pp. 88-89.

[598] Iturralde, vol. II, pp. 261-265.

[599] El texto está en Iturralde, vol. II, pp. 454-456. En el mismo momento, a quince kilómetros de allí, en las faldas del Pirineo, estaban siendo fusilados cincuenta y seis hombres, que se confesaban en grupos de siete. Pero cuando llegó el turno de los siete últimos, el jefe del escuadrón de Falange encargado de la ejecución dijo: «Coño, matémosles sin confesión; yo no he comido todavía» *(op. cit.,* vol. I, p. 74).

[600] *Op. cit.,* vol. II, p. 299. Monseñor Olaechea reconoció que no tenía «madera de mártir», y apoyó en general a la «Cruzada».

[601] Dundas, p. 48.

[602] Véanse casi todos los periódicos publicados en la España nacionalista a fines de julio o en agosto,

especialmente los días de Santiago (25 de julio) y la Virgen de la Asunción (15 de agosto).

[603] Bahamonde, p. 77.

[604] Del Burgo, p. 34.

[605] En realidad, «Lluch», en *La velada en Benicarló*, el diálogo socrático que escribió Azaña durante la guerra: véase Obras, vol. III, p. 394, y su artículo *La revolución abortada*, en vol. III, p. 500.

[606] Mikhail Koltsov, *Diario de la guerra de España* (París, 1963), p. 51.

[607] Tagüeña, p. 122.

[608] La circulación de estos tres en 1936 era de 40.000, 40.000 y 35.000 ejemplares diarios, respectivamente.

[609] Los comunistas ganaron mucho prestigio gracias a su eficaz organización del llamado Quinto Regimiento.

[610] *Mundo obrero,* 9 de agosto; *Claridad,* 22 de agosto; ambos citados por Payne, *Spanish Revolution,* p. 232.

[611] Véase Ibárruri, p. 283.

[612] Según *Causa General,* p. 390, la confiscación de dinero y valores se elevó (en toda España, durante la guerra) a 330 millones de pesetas, y la de oro y joyas a 100 millones de pesetas.

[613] El monárquico *ABC* continuó saliendo con el nombre de *ABC de Madrid,* dirigido por Unión Republicana; el carlista *Sigfo Futuro* pasó a manos de la CNT; etcétera.

[614] *The Times,* 21 de julio de 1936.

[615] Barea, p. 124.

[616] Los nacionalistas pagaban a sus soldados las 3 pesetas diarias habituales antes de julio.

[617] Alfonso Peña Boeuf, *Memorias de un ingeniero político* (Madrid, 1954), p. 166 y ss. Peña Boeuf se convirtió en ministro de Obras Públicas de Franco en 1938, tras haber

sido intercambiado con un republicano que se encontraba en manos de los nacionalistas.

[618] Véase más adelante un estudio más detallado de las colectividades.

[619] Borkenau, p. 149.

[620] Eran tres litros en Albalate de Cinca, y cinco cuartos en Calanda (Teruel).

[621] Esto también ocurría en Calanda (Teruel).

[622] Lo primero era corriente; lo segundo sucedió en Mazaleón (Aragón) (Agustín Souchy, p. 87); *Colectivizaciones* (Barcelona, 1937). Estos hechos que se refieren aquí constituyen sólo ejemplos de lo que ocurría a finales de julio, pero el proceso no se completó hasta mucho más tarde, en aquel mismo año.

[623] Aunque, como hemos visto, en él estaban representados todos los partidos de Barcelona en una proporción aproximada a su fuerza, como ocurría en su consejo económico (constituido el 10 de agosto) y en el comité de educación. En las «patrullas de control», responsables del orden público y de las detenciones, los anarquistas tenían al comandante José Asens, y a 325 de los 700 hombres alistados: los demás eran de los partidos catalanes, del POUM, y socialistas o comunistas.

[624] La mayoría de propietarios de fábricas de Barcelona habían sido fusilados o habían huido. Los que se quedaron fueron principalmente los que tenían buena reputación en sus relaciones laborales. Las fábricas de la Ford y la General Motors en Barcelona fueron incautadas a primeros de agosto. Ante la protesta del gobierno americano, el gobierno español se comprometió a pagar una indemnización. En general, la República procuró no ofender a otros países incautando empresas extranjeras, y la CNT Confeccionó una lista de 87 empresas inglesas que no había

que tocar ¡(Peirats, vol. I, p. 177).

[625] *Boletín de la CNT-FAI*, nº 3, del 10 de agostó, p. IV. Véase también Frank Mintz, *L'autogestión dans l'Espagne révolutiormaire* (París, 1970); Bricall, *História económica de la Generalitat*, vol. I, (Barcelona, 1970); Albert Pérez-Baró, *Trenta mesos de collectivisme a Catalunya* (Barcelona, 1970).

[626] Los empleados de banco de la UGT dijeron (al POUM, en realidad): «Podéis matarnos, pero no os entregaremos las llaves» (Manuel Benavides, *Guerra y revolución en Cataluña* [México, 1946], p. 210).

[627] Peirats, vol. I, pp. 364-369, da decretos de colectivización. Los cines y los teatros se abrieron a primeros de agosto, todos colectivizados, tras una corta interrupción de sus sesiones.

[628] Peirats, vol. I, p. 200.

[629] *Boletín de la CNT-FAI,* 25 de julio. Véase también *Solidaridad obrera,* 30 y 31 de julio, citado por Payne, *The Spanish Revolution,* p. 227.

[630] Peirats, vol. I, p. 182.

[631] Véase la conversación sostenida por Azaña cón Carlos Pi y Suñer sobre este tema en septiembre de 1937 en Azaña, vol. IV, p. 796; y con Comorera en octubre de 1937, op. cit., p. 821.

[632] Azaña, vol. IV, p: 707.

[633] Boletín de la CNT-FAI, 10 de agosto. El documento continúa recordando que el pueblo de la revolución francesa desafió al mundo, pero el ejército uniformado de Napoleón llevó al desastre de Waterloo.

[634] Bolloten, p. 113. Vidiella había sido anarquista, representando a la CNT en las discusiones de 1925 entre comunistas, anarquistas y *Esquerra.*

[635] Azaña, vol. IV, p. 702.

[636] Azaña, vol. IV, p. 704.

[637] A veces, como ocurrió en el pueblo de Hospitalet, la CNT llevó su hostilidad contra la *Esquerra* y los partidos nacionalistas catalanes hasta el extremo de poner por las calles letreros en los que se prohibía hablar en catalán. (Jaime Miravitlles, en *La Fléche,* 24 de febrero de 1939.)

[638] Richard Rumbold, *Winged Life* (Londres, 1953), p. 146.

[639] Borkenáu, pp. 93-94.

[640] Hans Erich Kaminski, *Ceux de Barcelone* (París, 1937), pp. 118-122. Véase también *Colectividades de Castilla* (Madrid, 1937); Agustín Souchy, *Entre los campesinos de Aragón* (Valencia, 1937), p. 92.

[641] Broué y Témime, p. 123, nota. Manuel Casanova (L'Espagne livrée, reedición, París, 1971) hace un relato horripilante.

[642] Véase Ronald Fraser, In Hiding, pp. 133-134; véase también Ronald Fraser, *The Pueblo* (Londres, 1973).

[643] Julián Pitt-Rivers, *People of the Sierra* (Londres, 1954), pp. 18-19.

[644] Fraser, *The Pueblo*, p. 56.

[645] Véase Díaz del Moral, p. 252 y ss.

[646] Borkenau, p. 167.

[647] Juan Martínez Alier, *La estabilidad del latifundio* (París, 1968), p. 139.

[648] Martínez Alier, p. 140.

[649] Brenan, *Personal Record,* p. 289.

[650] Louis Delaprée, *Morí en Espagne* (París, 1937), p. 70.

[651] *España libre,* 19 de julio de 1947, cit. por Lorenzo, p. 198.

[652] Salas Larrazábal, vol. I, p. 288.

[653] Lizarra, p. 62.

[654] Aunque había 3.000 presos políticos en buques-prisión y fortalezas, entre ellos bastantes mujeres y niños.

[655] Le Clergé Basque, p. 25 y ss.

[656] Texto en Montero, pp. 682-687. Las circunstancias que rodearon a esta pastoral se comentan en Iturralde, vol. II, pp. 302 y 328. Más tarde, Múgica confirmó que había firmado la pastoral libremente (véase su carta a la *Gaceta del Norte* de 25 de julio de 1937, cit. por Iturralde, vol. II, pp. 326-328). Posteriormente aún se excusó, diciendo que no conocía los hechos *(Imperativos de mi conciencia).*

[657] Véase la entrevista entre Manuel Irujo, el vasco que más tarde entró a formar parte del gobierno republicano, y el príncipe Huberto de Loewenstein (Hubertus von Loewenstein, *A Catholic in Re publican Spain* [Londres, 1937], pp. 90-104).

[658] Véase Jellinek (p. 300) y Koltsov (p. 127), describiendo su visita a Gijón, un poco más tarde; véase también Lorenzo, p. 172; y Fernando Solano Palacio, La tragedia del norte (Barcelona, 1938).

[659] Jellinek, p. 415. Escrita desde el punto de vista marxista, esta publicación del Club del Libro de Izquierdas es valiosísima por el detallado análisis social y económico que hace de la vida en la República. Jellinek era corresponsal del Mancbester Guardian en España.

[660] Jellinek, en una conversación sostenida en Ginebra en 1960.

[661] Con la misma independencia actuaron Ruca en Portbou y André Lerghaf y Sagaró en Le Perthus.

[662] *La velada en Benicarló*, (en Obras, vol. m) p. 426; el discurso del 23 de julio está en el mismo libro, pp. 607-609. «El cojo de Málaga» merece una cuidadosa investigación.

[663] El jefe de la casa militar de Azaña en 1936,

comandante Casado, que desempeñaría un papel decisivo en las últimas semanas de la guerra civil y que compartía los puntos de vista políticos de Azaña, al final atribuyó directamente a éste la culpa del estallido de la guerra civil: «Desacreditar, ofender y despreciar al ejército [...] para ganarse el aplauso de las masas» fue una locura y una provocación (véase Casado, *Asi cayó Madrid* [Madrid, 1967], p. 157).

[664] Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España* (Madrid, 940), pp. 113-114. Entre estos jóvenes monárquicos estaba el dirigente constitucionalista de épocas posteriores Joaquín Satrústegui.

[665] Aznar, p. 128: *Cruzada*, XIII, pp. 529-530. La columna de Beorlegui, 2.000 hombres, estaba formada por tres compañías del regimiento (regular) de América; una sección de guardias de asalto; dos centurias de requetés; cuatro compañías de requetés; dos tercios de Falange; la sección de ametralladoras (regular); la sección de morteros; y una batería 105. Cayuela tenía 830 hombres, y Latorre 600. Durante la primera de lucha, en Pamplona se organizaron once columnas que tenían 200 a 2.000 hombres cada una. Siete salieron para Guipúzcoa y cuatro para Madrid. (La Cierva, en Carr, *The Republic*, p. 196). ¿Quiénes eran estos revolucionarios españoles? Eran los campesinos propietarios de Navarra, los hijos de la burguesía de Pamplona y Estella, y, sin duda, también había hijos de las clases trabajadoras de la región. Véase también Del Burgo, p. 23, y Redondo y Zavala, p. 417.

[666] Peirats dice que se presentaron 150,000 voluntarios (vol. II, p. 135). Seguramente es una exageración. Sanz habla de 20.000 (p. 83), y véase también coronel Martínez Bande, *La invasión de Aragón* (Madrid, 1970), p. 276. ¿Quiénes eran? En primer lugar, anarquistas; después, miembros de otros partidos. Probablemente muchos se

apuntaron, pero marcharon menos, y se quedaron aún menos.

[667] Paz, pp. 331 y 340. Allí se describe la organización de la columna. Básicamente, la unidad era la centuria de cien hombres. Sobre Ricardo Sanz, véase su obra *Los que fuimos a Madrid* (Golfech, 1969).

[668] George Orwell, *Homage to Catalonia* (Londres, 1938), p. 38.

[669] Véase Sanz, p. 123 y R. Salas, vol. I, p. 329. En agosto, en Aragón había unos 18.000 milicianos, aproximadamente. Pero puede que muchos de dios fueran antiguos soldados. En Zaragoza, los nacionalistas tenían probablemente 4.000 hombres en el ejército, unas 18 compañías de guardias civiles y carabineros, alrededor de 1.500 carlistas, unos 2.000 falangistas, y quizá 1.000 voluntarios más en la primera semana. El 22 de agosto, en el frente que iba desde los Pirineos hasta Terud había unos 14.000 hombres en el lado nacionalista (Martínez Bande, p. 98).

[670] Borkenau, p. 109.

[671] La cuestión es analizada por Jackson, p. 292; Paz, p. 337; y Lorenzo, pp. 146-147, y yo mismo he recibido opiniones muy diversas en Zaragoza.

[672] Véase una descripción feroz de este combate en Sebastián Cirac Estopañán, *Héroes y mártires de Caspe* (Zaragoza, 1939).

[673] Koltsov, p. 29. Véase esta entrevista analizada en Paz, pp. 362-363.

[674] Yo vi esta bomba, todavía sin explotar, sobre la chimenea de la biblioteca de Fal Conde en Sevilla, en 1960.

[675] Muy pronto cayó en la depresión y Hernández Sarabia le sucedió (el 6 de agosto). Sus problemas psíquicos se acrecentaron con la muerte de su hermano José en

Extremadura, a manos de los anarquistas (Sánchez del Arco, p. 65).

[676] Antonio Cordón, *Trayectoria* (París, 1971), p. 242. El carácter carnavalesco de la famosa columna de Mangada, con un ejército de parásitos de los cafés de Madrid (prostitutas induidas), le daba la apariencia de una fuerza de la Edad Media más que del siglo XX. Su mujer estaba constantemente importunando al ministerio, en Madrid, pidiendo plumas, impermeables y hasta silbatos.

[677] Azaña, vol. m, p. 489.

[678] Tagüeña, p. 128. Los médicos de ambos bandos tuvieron dificultades para evitar incluso que fusilaran a los heridos en sus camillas.

[679] Véase Hidalgo de Cisneros, p. 299.

[680] Sobre éste, véanse los libros de Castro Delgado, Líster, *Nuestra guerra* (París, 1966), y Modesto, y también el estudio sobre el Quinto Regimiento de E. Comín Colomer, *El Quinto Regimiento* (Madrid, sin fecha); y Martínez Bande, *La batalla de Brunete* (Madrid, 1972), p. 18 y ss.

[681] Ibárruri, p. 285; Castro Delgado, p. 275.

[682] Martínez Bande *(loc. cit.,* p. 19, nota 5) calcula que al final por el Quinto Regimiento llegaron a pasar 22.250 hombres. *International Press Correspondence* (Inprecor), vol. XVIII, nº 6, 6 de febrero de 1937. Pero véase R. Salas en Carr, *The Republic,* p. 187, donde se da la cifra de 15.000 hombres en total entrenados en el Quinto Regimiento. Otras fuentes son Modesto, pp. 25-26, y Líster, p. 40. Salas (vol. I, pp. 222-223) argüía que el máximo del Quinto Regimiento fueron 3.500 hombres (en octubre-noviembre).

[683] En Castro Delgado, p. 275 y ss., hay un relato romántico de la organización.

[684] Líster, p. 67. Vidali, hijo de un obrero de Monfaleone, cerca de Trieste, había sido uno de los

animadores de los *«Ardite rossi»* de Trieste en los años en que casi había guerra civil en Italia. Emigró a Estados Unidos y después a México; fue a una escuela del partido en Moscú; llevó a cabo una misión en Alemania; y, al parecer, estaba en España desde 1934 como organizador del Socorro Rojo Internacional. Castro Delgado (p, 293) describe a «Carlos» casi como a un monstruo, pero su competencia está fuera de toda duda. Llegó acompañado de su mujer, Tina Modotti, una comunista italiana con la que había estado mezclado en el misterioso asunto del asesinato del comunista cubano Julio Antonio Mella, en 1929. Véase P. Spriano, *Storia del Partito Comunista italiano* (Turín, 1970), vol. III, p. 86.

[685] Moscardó no supo esto hasta finales de septiembre. Parece ser que la llamada telefónica tuvo lugar, a pesar de que algunos afirman lo contrario. El hecho de que no mataran al hijo hasta algunas semanas más tarde hace que la historia parezca no poco menos dramática. Sobre la llamada telefónica y sobre el Alcázar en general hay una abundante literatura. Véase Herbert Southworth, *El mito*, p. 53 y ss., donde hay una investigación fascinante, y también Antonio Vilanova, *La defensa del Alcázar de Toledo* (México, 1963); Luis Quinlanilla, *Los rehenes del Alcázar de Toledo* (París, 1967); y Cecil Eby, *The Siege of the Alcázar.* Véase también Vila San Juan, p. 83 y ss. La Cierva, *Historia ilustrada*, I, p. 455, registra la versión de un hombre que oyó la conversación telefónica. La conversación telefónica entre los Moscardó es uno de los episodios más famosos de la guerra civil. Igualmente patético fue el destino del hijo del general Cruz Boullosa, subsecretario de la Guerra desde el 14 de mayo hasta el 22 de julio. El 19 de julio, Cruz Boullosa se enteró de que su hijo, un cadete del Alcázar que estaba de vacaciones, se había ido a Toledo para sumarse al alzamiento. El padre consiguió que el hijo volviera a Madrid,

pero éste se sumó al alzamiento en el cuartel de la Montaña. El general telefoneó al coronel Serra al cuartel, y le suplicó que lo dejara salir. El coronel dijo que esto lo había de decidir el cadete en cuestión, y el hijo decidió permanecer con sus compañeros en el cuartel. Lo mataron en el asalto. (Véase García Venero, Madrid, julio de 1936, p. 383.) El hermano de Cruz Boullosa era un general de la guardia civil de Valladolid, y el propio Cruz Boullosa fue destituido por desleal en 1938. El personaje interesante de estas dos historias es, desde luego, el teléfono.

[686] 4. Véase, p. ej., Líster, *Nuestra guerra,* p. 58.

[687] Huelva había caído en poder de los nacionalistas después de un alzamiento retrasado de la guardia civil, cuyos oficiales se habían negado primero a dirigir una expedición contra Sevilla.

[688] *Nosotros (Diario de la Columna de Hierro,* 12, 13, 15, 16 y 17 de marzo de 1937); cit. por Bolloten, p. 266.

[689] Fraser, TSe *Pueblo,* p. 41.

[690] Agradezco a Michael Alpert su ayuda para analizar estas cifras. Véanse también R. Salas, vól. i, p. 185; Hills, p. 240; y Payne, *The Politics,* p. 346, para contrastar cifras.

[691] Véase una sorprendente variedad de cálculos en R. Salas, vol. I, p. 185; Hills, p. 240; La Cierva, *Historia ilustrada,* pp. *201-202; y* Azaña, vol. III, p. 487.

[692] Había 18 aviones correo, Douglas, grandes, pertenecientes a la LAPE íLínea Aérea Postal Española).

[693] Una escuadrilla de hidroaviones bombarderos Dornier fabricados en Cádiz; tres escuadrillas de aviones torpederos (Vickers Vildebeest, construidos por CASA en Getafe); una escuadrilla de entrenamiento (Hispano-Suiza E. 30, fabricados en Guadalajara); una escuadrilla de antiguos Martinsyde; una flotilla de aviones de reconocimiento

Savoia 62 procedentes de Italia; y una escuadrilla de Macchi M 18 y algunos Martinsyde más de la escuela aeronáutica de pilotos de Barcelona.

[694] Los cazas eran: Nieuport 52, construidos por Hispano-Suiza en Guadalajara, con patente francesa; tres cazas Hawker Spanish Fury (reconstruidos en Tablada, en España); y seis viejos Martinsyde de la malina. Había unos 90 aviones de reconocimiento Breguet XIX, todo lo que ¡Spoedaba de una compra a Francia que hizo Primo de Rivera. Los bombarderos eran unos pocos Fokker VII, algunos Dragón de Havilland y algunos Douglas DC2.

[695] La Cierva *(op. cit.,* vol. I, p. 298) dice que el gobierno tenía 207 y los rebeldes 96. Véase un análisis en Jesús Salas, pp. 56-63; véase también R. Salas, vol. I, pp. 194-195; Hidalgo de Cisneros, vol. II, p. 286; *y* Miguel Sanchís, *Alas rojas sobre España* (Madrid, 1956), p. 8.

[696] Había 50 Nieuport 52, 3 Hawker Spanish Fury y los viejos Martinsyde.

[697] Véase la obra del duque de Loma, *Combat over Spain* (Londres, 1966). La Cierva *(op. cit.,* p. 300) va demasiado lejos al decir que la aviación republicana estaba encabezada por un «puñado de aristócratas», mientras que sus enemigos eran los oficiales más progresistas del país. En realidad, Ramón Franco había ejercido una poderosa influencia para inclinar a las fuerzas aéreas hacia la izquierda.

[698] Más tarde se le cambió el nombre por el de *Navarra.* Los acorazados *España* y *Jaime I* pesaban 15.000 toneladas y habían sido construidos antes de 1914. Transportaban de 700 a 850 hombres. De los cruceros, el *Libertad,* el *Miguel de Cervantes* y *el Almirante Cervera* eran barcos de 7.500 toneladas, construidos a finales de los años veinte. El *Méndez Núñez,* de 4.500 toneladas, fue fletado en 1923 y el *República* (que antes se llamaba *Reina Victoria*

Eugenia), de 4.800 toneladas, fue botado en 1920. Los dos nuevos cruceros, el *Baleares* y el *Canarias,* serían buques de 10.000 toneladas, con una tripulación de 765 hombres. La armada española se componía, además, de 21 destructores, 11 torpederos, 12 submarinos, 9 guardacostas y 8 guardapescas.

[699] Valencia, Málaga, Murcia, Bilbao y Cartagena; Zaragoza, Sevilla, Granada y Córdoba estaban con los rebeldes.

[700] Como reconoció Azaña en El eje Roma-Berlín y la política de no-intervención, en Azaña, vol. III, p. 469.

[701] Un funcionario norteamericano de esta compañía en los años 20, Philip Bonsal (que más tarde sería embajador de su país en Cuba), dice que los terratenientes andaluces con los que él trataba estaban horrorizados con este invento, porque suponían que tendría el efecto de «permitir que los revolucionarios hablaran los unos con los otros de una ciudad a otra».

[702] Cit. por Richard Traína, *American Diplomacy and the Spanish Civil War* (Bloomitigton, 1968), p. 62.

[703] *Survey of International Affairs 1937,* n, p. 170. Véase también Robert Whealey, en Carr, *The Republic,* p. 213, y la nota de la p. 235.

[704] *GD,* p. 483. Véase en Buckley, p. 203, una descripción de los intereses económicos alemanes, y en Viñas, *pássim,* un análisis magistral en profundidad. Algunos españoles pro-nazis, como el profesor Vicente Gay, habían recibido ayuda de Alemania para editar sus libros sobre *La Revolución Nacional Sindicalista* (Viñas, p. 169). La prensa de derechas también recibía subsidios; por ejemplo, Juan Pujol aceptó de 3.000 a 4.000 pesetas por hablar del caso nazi en el número de marzo de *Informaciones.*

[705] Más adelante se encontrará una consideración

detallada del efecto total de la intervención extranjera en la guerra civil. Un buen resumen de la investigación más reciente sobre este tema es Robert H. Whealey, «Foreign Intervention in the Spanish Civil War», en Carr, *The Republic.*

[706] *Les événements survenus en France 1936-1945, Rapport fait au nom de la Comission de l'Assemblée Nañónale* (París, 1955), Témoignages i, p. 215. Aquí los políticos franceses de los años treinta dan cuenta de su gestión en el poder a una comisión parlamentaria de investigación, en 1946.

[707] El alzamiento provocó una semi-guerra civil en muchas embajadas y legaciones españolas en el extranjero. Así, el embajador Zulueta, en Roma, se vio cerrado el paso por sus subordinados rebeldes. Finalmente, sin embargo, todos los países respetaron la tradición diplomática y dejaron la representación diplomática en manos de republicanos, hasta que cambiaron el reconocimiento. Pero probablemente sólo el 10% del cuerpo diplomático de España apoyaba al gobierno (Julio Álvarez del Vayo, *Fredom's Battle* [Nueva York, 1940], p. 261).

[708] Testimonio de Luis Bolín. Véanse las memorias de Bolín, p. 165.

[709] *New York Times,* 21 de julio de 1936.

[710] Kindelán a Jackson, en Jackson, p. 248.

[711] Esto procede de fuentes nacionalistas y se apoya en documentos descubiertos en Madrid después del final de la guerra. Puede verse en *Cruzada,* XXVIII, p. 99. La información apareció en 1937 en *I accuse France,* un folleto editado en Londres por «un abogado», reproducción de una información aparecida en *The Catholic Herald.* La existencia de la reunión fue confirmada a Julián Gorkin por Albert Vassart, Un obrero metalúrgico que había sido representante

francés en el ECCI. El secretariado del ECCI entonces estaba constituido por Dimitrov (secretario general), Togliatti, Manuilsky, Pieck, Kuusinen, Marty y Gottwald.

[712] Stalin quizá tenía la idea de llegar a un acuerdo con Alemania en el fondo de su mente, en el caso de que Litvinov no pudiera conseguir una alianza efectiva con Inglaterra y Francia.

[713] Se pensó que en julio habían salido de Odesa hacia España unos cuantos aviones militares rojos. Este rumor procede de las memorias de uno de los pilotos, Achmed Amba, *I was Stalin's bodyguard* (Londres, 1952), p. 27; también lo menciona Clara Campoamor, p. 174. Sin embargo, luego nadie vio estos aviones en el cielo y creo que no es probable que llegaran antes de octubre. Amba, sin embargo, parece bien informado, por otra parte.

[714] Esto explicaría por qué Rusia y los comunistas franceses estaban tan inquietos ante la posibilidad de que Francia entrara en la guerra del lado de la República. Esta interpretación de la política de Stalin se ve en parte confirmada por la respuesta de Litvinov a una pregunta que hizo el gobierno francés sobre cuál sería la reacción de Rusia ante una guerra general que estallara a causa de la intervención francesa. Aun reconociendo que el pacto francosoviético impulsaría a Rusia a ayudar a Francia si ésta era atacada por una tercera potencia, «sería un asunto completamente diferente si la guerra estallaba a consecuencia de la intervención de uno de nuestros países en los asuntos de un tercero». (Declaración hecha por Jules Moch, entonces subsecretario de Estado, a Julián Gorkin.)

[715] El propio Togliatti (*Rinascita*, 19 de mayo de 1962) y el historiador «oficial» del Partido Comunista italiano, P. Spriano, vol. III, p. 215, nota, dicen (y este último ha investigado el asunto detenidamente) que Togliatti no llegó a España hasta junio de 1937. Hernández, en cambio, lo da

por establecido en agosto de 1936, y Justo Martínez Amutio, *Chantaje a un pueblo* (Madrid, 1974), p. 236, dice que estaba en España en el invierno de 1936-1937. Como veremos, había buenas razones para que Togliatti intentara declarar «ante la Historia» que no estaba en España antes de esa fecha. Quizá sólo hizo una breve visita a España en 1936.

[716] Véase José Esteban Vilaró, *El ocaso de los dioses rojos* (Barcelona, 1939); y Martínez Amutio, p. 317 y ss. Su verdadero nombre era «Singer». Geroe había sido «instructor» del partido comunista francés a finales de los años veinte y principios de los treinta.

[717] Véase Hernández, *Yo, ministro de Stalin en España,* p. 33 y ss. Este desagradable libro del renegado dirigente comunista español es la fuente más íntima, pero también la más discutida, de la política comunista en España. Otros comunistas italianos que estuvieron entonces en España fueron Pietro Ravetto, de Biella y, según Spriano (p. 215, nota), una sombra de la NKVD que seguía a Codovila y se llamaba ¡Codevila!

[718] Martínez Amutio, p. 269 y ss.

[719] Koestler, *Invisible Writing,* pp. 198, 313. Muenzenberg, conocido anteriormente como el «Hearst rojo» de Alemania, era un genio periodístico. Con su talento para obtener el apoyo de duquesas, banqueros y generales, así como el de intelectuales, para cualquiera de sus causas, fue el verdadero inventor del «compañero de viaje». Su ayudante en París era Otto Katz, *alias* Simón, un checo que era también su guardaespaldas. En julio de 1936, Muenzenberg ya estaba empezando a pelearse con sus jefes de Moscú que le consideraban demasiado independiente.

[720] Cit. por David Caute, *The Fellow Travellers* (Londres, 1973), p. 170.

[721] Entrevista de Hitler con Ciano en Brenner, 28 de

septiembre de 1940. *Documents of Germán Foreign Policy 1918-1945,* Serie D (Londres, 1961), XI, p. 214.

[722] Bolín, p. 168 y ss.

[723] Testimonio de Luis Bolín. Véase también *Cruzada,* X, p. 126.

[724] *GD,* p. 4.

[725] Véase Viñas, p. 394 y ss., y *Cruzada,* X, p. 127; véase también nota de *GD,* p. 1. La carta no apareció en los archivos del ministerio de Asuntos Exteriores alemán y no ha sido publicada. Bernhardt me la describió en Buenos Aires, en 1971. Mola también envió un agente, el marqués de Portago, a Berlín. Los alemanes no podían creer que los emisarios de Franco y de Mola no se conocieran el uno al otro, y pidieron a Arranz que se presentara en un café concreto donde estaba sentado el hombre de Mola. Al ver que los dos españoles no daban muestras de reconocerse, se convencieron de la falta de coordinación que había entre el norte y el sur de España. Sobre éste viaje, véase Valdeiglesias, *Así empezó...* (Madrid, 1974), pp. 110-111.

[726] Testimonio de Bernhardt. Langenheim era ingeniero de minas. Véase también Herbert Feis, *The Spanish Story* (Nueva York, 1948), p. 280 y ss., y Viñas, p. 364.

[727] Testimonio del señor Cárdenas. Véase también los documentos franceses de Política Exterior 1936-1939 (a partir de aquí FD), vol. III, p. 52, que hablan de una petición de 20 aviones, el 24 de julio. Las otras peticiones constaban en la lista posterior. Véase *FD,* p. 61.

[728] United States Foreign Policy *(State Department Papers,* a los que nos referiremos en adelante como *USD),* 1936, vol. II, pp. 447-449.

[729] Sobre Léger, véase *The Diplomáis 1919-1939* (Princeton, 1953), un conjunto de artículos editados por Gordon Craig y Félix Gilbert.

[730] Sanchís, p. 11. Cárdenas convocó al primer secretario de embajada, Cristóbal de Castillo, para excusarse por dejarle con aquellos problemas. Castillo dijo que él también dimitiría al cabo de poco, aunque lo retrasaría un día o dos para dificultar las cosas a la República. Cárdenas permaneció una semana más en París para hacer todo lo posible para impedir que se enviara material de guerra a la República, y se lo explicó privadamente a sus amigos de la embajada británica.

[731] *Les événements survenus,* pp. 216-217. Pero Edén dijo específicamente que recordaba que no se había hablado de España (Anthony Edén, *Facing the Dictators* [Londres, 1962], p. 406).

[732] Winston Churchill, *The Gathering Storm* (Londres, 1948), p. 168. Churchill expuso muy claramente su actitud ante el recién nombrado embajador republicano en Londres, Pablo de Azcárate, en octubre. Al ser presentado a Azcárate por lord Roben Cecil, Churchill se puso rojo de cólera, y murmuró: «Sangre, sangre, sangre», y se negó a estrechar la mano que le tendía el español. (Memorias manuscritas de Pablo de Azcárate, que ha podido leer el autor, Ginebra, 1960.) En agosto, Azcárate sustituyó a López Oliván.

[733] Thomas Jones, *Diary with Lelters* (Londres, 1954), p. 231.

[734] Edén, p. 401. El 24 de julio, diecinueve barros, en parte de la flota nacional y en parte de la flota mediterránea, quedaron distribuidos alrededor de la costa española.

[735] Edén, p. 400; también FO171/21524/224-225.

[736] CAB 23/85/130.

[737] FO 371/205/24/243.

[738] El cuerpo diplomático ya había salido de Madrid con destino a la capital veraniega de San Sebastián antes del alzamiento. El 22 de julio, ya estaban todos instalados sanos

y salvos (después de varias aventuras) en San Juan de Luz, al otro lado de la frontera francesa. Las embajadas en Madrid estaban en manos de miembros jóvenes del cuerpo diplomático, o de cónsules. Por entonces no había embajador alemán en España ya que, desde que el conde Welczeck en abril se había ido a París, no había sido nombrado nuevo embajador.

[739] *USD,* 1937, vol. I, p. 224.

[740] Cit. por Dante Puzzo, *Spain and the Great Powers* (Nueva York, 1962), p. 100.

[741] Auden cambió los versos de este excelente poema en ediciones posteriores, para suavizar su intención militante.

[742] Stephen Spender, *World within World* (Londres, 1951), p. 187.

[743] Philip Toynbee, Friends Apart (Londres, 1954), p. 85.

[744] Nancy Cunard y la revista *Left Wing* hicieron una encuesta entre los escritores ingleses y les preguntaron a qué bando «apoyaban». Sólo cinco —entre ellos Evelyn Waugh, Eleanor Smith y Edmund Blunden— estaban a favor de los nacionalistas. Ruby Ayres, Norman Douglas, T.S. Elliot («Sigo convencido de que es mejor que por lo menos unos cuantos hombres de letras permanezcan aislados y no tomen parte en estas actividades colectivas»), Charles Morgan, Ezra Pound, Alee Waugh, Sean O'Faolain, H.G. Wells y Vita Sackville-West se encontraban entre los dieciséis que se declararon neutrales. Los cien escritores restantes se manifestaron, muchos en términos apasionados, a favor de la República. Entre éstos se contaban Audén («La lucha en España ha sido como unos rayos X para las mentiras sobre las que está basada nuestra civilización»), George Barker, Samuel Beekett (que se limitó a escribir con

mayúsculas, en el admirado estilo de Godot: «¡VIVA LA REPUBLICA!»), Norman Collins, Cyril Connolly, Aleister Crowley, Havelock Ellis, Ford Madox Ford, David Garnett, Louis Golding, Lancelot Hogben, Laurence Housman, Brian Howard, Aldous Huxley, Storm Jameson, Dr. Joad, Harold Laski, John y Rosamond Lehmann, Eric Linklater, F. L. Lucas, Rose Macaulay, A. G. Macdonnel, Louis MacNeice, Francis Meynell, Naomi Mitchison, Raymónd Mortimer, John Middleton Murry, Sean O'Casey, V. S. Pritchett, Herbert Read, Edward Sackville-West, Stephen Spender, James Stephens, Sylvia Townsend Warner, Rebecca West y Antonia White.

[745] Orwell, p. 248.

[746] Un análisis excelente es el de D. W. Pike, *Conjecture, Propaganda and Deceit* (Stanford, 1970).

[747] Welczeck había sido embajador en Madrid hasta el mes de abril precedente. Había sido amigo del rey Alfonso, y era antinazi, un notable cazador y un incansable hombre de mundo.

[748] GD, p. 4.

[749] loc. cit., nota.

[750] *Op. cit.,* p. 7.

[751] Viñas, p. 395.

[752] Les événements survenus, p. 217.

[753] Lo que sigue está basado en una carta de De los Ríos a Giral, una copia de la cual fue robada de la casa del cónsul general español, Cipriano Rivas Cherif, en Ginebra, y publicada en plan sensacionalista a finales de 1936. Véase *Il Messagero,* 10 de diciembre de 1936. La carta puede verse en facsímil en Francesco Belforte, *La guerra civile in Spagna* (Milán, 1938-1939), vol. I, p. 192. De los Ríos aceptó su autenticidad.

[754] Barroso, amigo de Franco, al que había

acompañado a Londres como ayudante en el funeral de Jorge V, luego pasó a formar parte de la plana mayor de Franco.

[755] *Les événements survenus*, p. 217.

[756] Malraux se había hecho mundialmente famoso en 1934 con la publicación de La condition humaine. Puede que Malraux nunca fuera comunista, pero fue la causa de que llegaran a serlo miles de jóvenes.

[757] Fischer, p. 334. Malraux creía entonces que el marxismo era «d único organismo capaz de oponerse con fuerza al fascismo». Véase Walter G. Langlois, «Aux sources de Fespoir», La Revue des Lettres Modernes, 1973, 5.

[758] Jean Lacouture, André Malraux (París, 1973), p. 227, Malraux volvió a España el 25 de julio en un Lockheed Orion perteneciente al ministerio del Aire francés, como observador no oficial del gobierno galo y como presidente del Comité Mundial contra el Fascismo y la Guerra. El avión en que viajaba Malraux iba pilotado por el famoso aviador francés Édouard Corniglion-Molinier.

[759] Azcárate, Manuscrito, p. 20. La postura francesa oficial de no intervención causó profundas divisiones y discusiones en la Segunda Internacional, uno de cuyos dirigentes era el Partido Socialista francés. Por ejemplo, la división en el Partido Socialista belga (que por entonces participaba en el gobierno de Bélgica) duró hasta 1940.

[760] *Cruzada*, X, p. 126. Bolín, pp. 170-171. Attilio Tamaro (Venti Anni di Storia, Roma, 1954, vol. III, p. 2.000) dice que Mussolini se negó en dos ocasiones a enviar la ayuda que pedía Franco y sólo accedió cuando se enteró de que Blum estaba ayudando a la República. Probablemente esto fue un factor importante para que se decidiera, aunque no el decisivo.

[761] Luca de Tena, p. 251. Dos de estos aviones se

estrellaron más tarde. Los oficiales franceses que investigaron el accidente dijeron que uno de los pilotos italianos muertos había recibido órdenes de vuelo el 15 de julio. Aparte de la promesa de ayuda y de la ayuda prestada por Mussolini en 1934, no existe evidencia de ayuda italiana antes del alzamiento. Por lo tanto, o los papeles que llevaba el piloto muerto tenían una errata, quizá ponía 15 en vez de 25; o fue una falsificación deliberada; o sencillamente el piloto se había reincorporado al servicio, después de un permiso, el día 15. Dado que los aviones no salieron de Cerdeña hacia Marruecos hasta el 30 de julio, y puesto que Franco los había necesitado desde el 19 de julio, es inconcebible que recibieran órdenes de vuelo antes del alzamiento, como se dijo. El documento en el que se menciona el 15 de julio no ha llegado a publicarse. Puede que nunca haya existido.

[762] Se dijo que había comprado la mayoría de las acciones de la fábrica de aviones Savoia para poder dominar el suministro de bombarderos a Franco. De esto, como de la mayoría de las restantes actividades de March, no hay evidencia; Véase Fernando Schwartz, *La internacionalización de la guerra civil española* (Barcelona, 1971), p. 74. Lo que es seguro es que cualquier cosa que hiciera Match la hizo en beneficio propio.

[763] Pado Monelli, *Mussolini* (Londres, 1953), p. 141.

[764] Edén, p. 424.

[765] Rachele Mussolini, *My Life witb Mussolini* (Londres, 1959), p. 91; testimonio de Bolín.

[766] Roberto Cantalupo, Fu la Spagna (Milán, 1948), p. 62.

[767] Attilio Tamaro, vol. II, p. 200.

[768] Galeazzo Ciano, Diaries 1937-1938 (Londres, 1947), p. 48.

[769] Ciano, p. 206. Por entonces, además, un espía italiano perteneciente al servicio doméstico de Perth se apoderaba de los telegramas que se cruzaban entre Roma e Inglaterra utilizando un doble fondo que había instalado en la caja fuerte privada del embajador. Así, Ciano podía actuar con desacostumbrada libertad en sus relaciones con Inglaterra.

[770] *GD,* pp. 10-11.

[771] Viñas quita importancia al papel de Canaris, y puede que tenga razón para hacerlo. Sin embargo, Canaris había sido el responsable de que España, en 1926, hiciera su pedido de submarinos a una firma holandesa que estaba financiada secretamente por el almirantazgo alemán. Véase F. Carsten, *The Reichswehr and Politks 1918-1933* (Oxford, 1966), p. 243. Franco, más adelante, concedió asilo y una pensión a frau Canaris después de la muerte de su marido en 1944. Según Ian Colvin, Canaris aconsejó a Franco sobre la manera de resistirse a las demandas de Hitler de que España entrara en la guerra mundial (Ian Colvin, *Hitler's Secret Enemy,* Londres, 1957 p. 130). Véase también Karl Abshagen, *Canaris* (Londres, 1956), p. 112. Canaris había estado en el Marruecos español en 1916 y allí había montado una base de suministro para los submarinos alemanes, había preparado un sistema de observación de los barcos aliados en el Mediterráneo, e incluso, según dicen, había dirigido sublevaciones contra Francia. Canaris era fuertemente anticomunista.

[772] Tribunal Militar Internacional: juicio de los principales criminales de guerra, Nuremberg 1947-1949, ix, pp. 291-292.

[773] Bernhardt al autor, Buenos Aires, 1971.

[774] Ganversación con Johannes Bernhardt. En Viñas, p. 350, puede verse una reconstrucción en detalle.

[775] Basil Liddell Hart, *The Other Side of the Hill* (Londres, 1948), p. 34.

[776] *Hitler's Table Talk,* ed. por Hugh Trevor-Roper (Londres, 1953), p. 320.

[777] Joachim von Ribbentrop, *Memoirs* (Londres, 1954), p. 59.

[778] Liddell Hart, *op. cit.*

[779] Véase Karl Bracher, *The Germán Dictatorship* (Londres, 1970), p. 323.

[780] Diario de Milch, del 26 de julio, en David Irving, *The Rise and Fall of the Luftwaffe* (Londres, 1974), p. 48.

[781] El capitán Carranza, un oficial del ejército retirado, se convirtió en una especie de socio formal de Bernhardt. Viñas reproduce el contrato original de la compañía. ROWAK no se fundó hasta más tarde.

[782] Véase Whealey, *loc. cit.;* p. 215 y referencia; sobre los Junker, véase José Lar ios, *Combat over Spain* (Londres, 1966), p. 27; véase el testimonio del general Warlimont, ante la US Army Intelligence, 1945 *(UN Security Council Report on Spain,* 1946).

[783] Fechas que da Viñas.

[784] Por entonces también fueron enviados a España veinte cañones antiaéreos de 20 mm, dos emisoras de onda corta, algunas ametralladoras, bombas, equipos antigás, motores de aviación y equipos médicos.

[785] Liddell Hart, *op. cit.,* p. 98.

[786] Estas cifras proceden del historiador nacionalista de la guerra del aire José Goma, *La guerra en el aire* (Barcelona, 1958), p. 66. Al parecer, en toda la guerra hicieron el viaje a España un total de 170 barcos de transporte, que en su mayoría zarparon de Hamburgo.

[787] Recuerdos de Johannes Bernhardt.

[788] *GD,* p. 14.

[789] Ribbentrop, p. 60.

[790] *GD,* p. 114.

[791] Ernst von Weizsacker, *Memoirs* (Londres, 1951), p. 112.

[792] GD, p. 16.

[793] Adolf Galland, *The First and the Last* (Londres, 1957), p. 23.

[794] *Wir werden weitermarschieren, tuenn alies in Scherben fállt, Unsere Feinde sind die Rótten die Bolschevisten der Welt.*

[795] En su poema *The Flowering Rifle*. Campbell fue sorprendido en su casa de Toledo por el comienzo de la revolución en aquella ciudad. Después de conseguir a duras penas salvar la vida (y la de su familia), se convirtió en uno de los más ardientes apologistas de los nacionalistas, aunque nunca llegó a luchar con ellos. Southworth, *El mito*, p. 116 y ss., hace una severa comparación entre la versión de *The Flowering Rifle* publicada en 1939 y la de 1957.

[796] Edén, p. 400. Esto es lo que Monteiro, ministro portugués de Asuntos Exteriores, confesó a Edén el 30 de julio, añadiendo que temía a una España demasiado estrechamente vinculada con Alemania.

[797] El plan, sin embargo, fue examinado y rechazado. Véase Hugh Kay, *Salazar and Modern Portugal* (Londres, 1970), p. 86 y ss.

[798] Con el tiempo, «varios miles» de portugueses lucharon con los nacionalistas. (Salazar, discurso de mayo de 1939, citado por Kay, p. 92.)

[799] Iturralde, vol. II, p. 113.

[800] *GD,* p. 53. En la Izquierda internacional, el odio contra Portugal no tardó en ser tan fuerte como el odio

contra Franco. El novelista Louis Golding incluso hizo propaganda en Inglaterra en favor de un boicot contra el vino de Oporto.

[801] La fuente de esta afirmación es la misma que la de la nota 12 en la p. 369.

[802] Nollau (p. 139) dice que el ejecutivo del Komintern (ECCI) constituyó un comité especial para España compuesto por «la Pasionaria», André Marty, Togliatti, André Bielov y Stella Blagoyeva. Los dos últimos eran funcionarios del Komintern, posiblemente nombrados por el NKVD. Stella Blagoyeva, que era búlgara, acabó sus días como embajadora de Bulgaria en Moscú después de 1945.

[803] Un sabio judío de extracción húngara. Él y su mujer fueron asesinados en 1944 por la Gestapo cuando tenían más de ochenta años. Sobre el mitin, véase Langlois, *loc. cit.*

[804] Hernández, p. 36.

[805] Informe de 1936 TUC, citado por K. W. Watkins, *Britain divided* (Londres, 1963), p. 153.

[806] F. J. Taylor, *The United States and the Spanish Civil War* (Nueva York, 1956), p. 39 y ss.

[807] Roosevelt desconocía la política española: «Espero que, si gana Franco, establezca un régimen liberal», parece ser que dijo al siguiente embajador republicano, De los Ríos, en su primera entrevista en el verano de 1936 (Azaña, vol. IV, p. 630).

[808] Véase Alien Guttman, *The Wouttd in the Heart* (Nueva York, 1962).

[809] Véase Caute, p. 139.

[810] *L'Écho de París,* 1 de agosto de 1936. Véase Bolín, p. 172. Bonomi decía en su libro que había recibido la orden de ir a Marruecos el 28 de julio.

[811] Conversación telefónica con París, el 4 de agosto (FO 371/205/26/23); conversaciones con el difunto Francis Hemming.

[812] Véase Jean Gisdon, *Les avions et les bommes* (París, 1969), donde se relata lo que ocurrió con los 17 Dewoitine que fueron a Montaudran.

[813] Es difícil decir con seguridad el número y la clase exactos. La cifra de setenta es de Pierre Cot *(op. cit,* p. 343). Véase también Lacouture, p. 229; Salas Larrazábal, vol. I, p. 436; Sanchís, p. 11; y *Les événements sur venus,* p. 219. Lo más probable es que el envío consistiera más o menos en esto: 5 bombarderos Bloch 210; 20 bombarderos Potez 54 (unos 540, y otros 543); diez aviones de reconocimiento Breguet XIX; 17 cazas Dewoitine 371; 2 cazas Dewoitine 500 y 510; 5 bombarderos Amiot; y 5 bombarderos Potez 25-A-2. Pike, pp. 44-46, tiene una lista de 38 aviones que salieron de Francazal (Toulouse) hada Barcelona entre el 2 y el 9 de agosto; y de 56 entre el 9 de agosto y el 14 de octubre, que salieron de Montaudran, el campo de aviación vecino, propiedad de Air Franee. De aquí salieron 6 cazas Loire 46 y un caza Bleriot Spad 510. Probablemente hubo más de estos últimos. Jules Moch, *Rencontres avec Léon Blum* (París, 1969), p. 146, habla de otros 13 Dewoitine que salieron el 8 de agosto.

[814] Jesús Salas, p. 83.

[815] A. García Lacalle, *La aviación roja de CASA en la guerra española* (México, 1973), pp. 134-135.

[816] Jesús Salas, p. 64, reproduce un contrato con un piloto. El sueldo medio de un oficial joven español era de 333 pesetas al mes. Más adelante, estas enormes sumas para los aviadores extranjeros se redujeron a la mitad y, en invierno, los pilotos voluntarios recibían 1.000 pesetas por cada enemigo derribado. Los 13 primeros pilotos eran franceses (Darry, Valbert, Bernay, Thornas, Heilmann), pero

pronto aparecieron ingleses (Smith-Piggott, Doherty, Cartwright, Clifford, Collins) y más tarde algunos americanos (Dahl, Tanker, Leider, Allison, etc.). Todos eran mercenarios, aunque también todos tenían opiniones políticas.

[817] Malraux volaba aunque no tenía permiso como piloto. Su tarea era galvanizar e inspirar. Muchos de los parásitos que le rodeaban en el hotel Florida, en Madrid, produjeron una mala impresión. Véase Lacouture, p. 230; la novela de Paul Nothomb (Julien Segnaire) *Le Rangon* (París, 1952), cuyo autor aparece en *L'Espoir* como «Attignies»; Koltsov, p. 93; Píetro Nenni, *Spagna* (Milán, 1958), p. 196. Puede verse un comentario negativo en Hidalgo de Cisneros, vol. II, p. 323 y ss.

[818] Gastone Sozzi era un socialista italiano al que mataron los Camisas Negras,

[819] Thaelmann había sido un obrero portuario de Hamburgo cuya incoherencia apasionada, pese a tratarse de un semianalfabeto, había caído en gracia a Stalin a finales de los años veinte y le había convertido en dirigente de los comunistas alemanes. Por entonces estaba en un campo de concentración, donde más adelante sería asesinado (1944). Beimler había estado preso en Dachau y había escapado estrangulando al SS que le vigilaba y saliendo disfrazado con su ropa.

[820] Cornford estaba acompañado (en un lugar diferente del mismo frente de Aragón) por Richard Bennett, también del Trinity College, de Cambridge. Después de pasar un breve tiempo en el frente, Bennett se incorporó a los servicios de radio Barcelona y en sus emisiones se llamaba «La voz de España».

[821] *John Cornford, A Mernoir,* editado por Pat Sloan (Londres, 1938), p. 199. Véase también R. Abrahams y B. Stansky, *Journey to the Frontier* (Londres, 1966), una menoría

sobre Cornford y otro inglés que fue a España, Julián Bell. La decisión de Cornford, y quizá más aún una fotografía en la que se le veía plenamente resuelto, le convirtieron en Inglaterra, en el más famoso de los «voluntarios de España». Su decisión de ir fue completamente casual (Abrahams y Stansky, p. 314). Era un poeta excepcionalmente prometedor.

[822] Martínez Bande, *La invasión de Aragón,* p. 70.

[823] *Les événements sur venus*, p. 219.

[824] No tardó en aparecer uno. FO, 371/205/26/83; 96; y 120; también 28/177.

[825] Boletín de la CNT-FAI, 28 de julio.

[826] *GD,* p. 20.

[827] La República también intentó ganarse a las tropas nativas de la calurosa colonia española de Ifni, antes de que cayera a principios de agosto.

[828] R. Salas, vol. I, p. 441.

[829] Whealey, en Carr, *The Republic,* p. 217, citando documentos navales alemanes.

[830] Viñas, p. 429.

[831] En agosto y septiembre, fueron transportados de África a España 12.000 hombres, en unos 677 vuelos. A partir de finales de septiembre, cesó la necesidad de estos puentes aéreos al adquirir Franco el dominio del mar. (Kindelán, en *Guerra de liberación* [Zaragoza, 1961], p. 365.) El capitán Alfred Henke actuó como consejero técnico de Franco para el puente aéreo.

[832] *Table Talk de Hitler*, p. 687. El primer puente aéreo de la guerra española lo constituyeron los modestos vuelos de aviones Fokker y Dornier de Tetuán a Sevilla, pilotados por aviadores españoles, entre el 20 y el 29 de julio. Transportaban 10 legionarios en cada vuelo, y así

pasaron 837 hombres entre el 20 y el 31 de julio, según J. Martínez Bande, en La campaña de Andalucía (Madrid, 1969), p. 36.

[833] Véase una descripción de este día, las bandas, Franco mirando desde la colina del Hacho, cerca de Ceuta, y la llegada de los guerreros cantando, en Larios, p. 32, Bolín, p. 173, y Martínez Bande, *op. cit.,* p. 40 y ss. Los aviones que actuaron este día fueron: los 5 Savoia, 3 trimotores Fokker, un DC2 capturado en Sevilla, 2 hidroaviones, 2 cazas Nieuport y una escuadrilla de Breguet XIX (R. Salas Larrazábal, vol. I, p. 295). Véanse también las memorias del coronel italiano Bonomi, sobre el papel de los italianos.

[834] Un tabor consistía en 225 hombres.

[835] Larios, p. 44. El mando aéreo republicano concentró —o, mejor dicho, dividió— sus fuerzas, todavía superiores, en las sierras del norte de Madrid. Véase Jesús Salas, p. 64.

[836] *O Secuto,* 11 de agosto de 1936. Durante los primeros meses, la prensa portuguesa fue franca en sus comentarios sobre las matanzas nacionalistas. Véase Brenan, *The Spanish Labyrinth,* p. 225, y Southworth, *El mito,* p. 215. Sobre esta campaña, véase también Aznar, p. 102 y ss.; Lojendio, p. 138 y ss.; Sánchez del Arco, y Harold Cardozo, *The March of a Naiion* (Londres, 1937); Cecil Gerahty, *The Road to Madrid* (Londres, 1937); y H. R. Knickerbocker, *The Siege of the Alcázar* (Fladelfia, 1936).

[837] La noticia de la «matanza de Badajoz» fue dada al mundo por primera vez por los periodistas franceses Marcel Dany y Jacques Berthet, y por un periodista portugués, Mario Neves. Su relato fue desmentido más tarde por el comandante McNeil Moss en *The Legend of Badajoz* (Londres, 1937), que a su vez fue replicado por Koestler en su *Spanish Testament*, pp. 143-145. La versión de McNeil Moss procedía de dos voluntarios ingleses en el ejército de

Franco (los capitanes Fitzpatrick y Nangle) que, sin embargo, no se incorporaron al ejército nacionalista hasta el 9 de septiembre. Las investigaciones realizadas por el autor en Badajoz, en 1959, le convencieron de la veracidad de la historia narrada arriba. Probablemente nunca se sabrá el número exacto de muertos. Puede que no llegaran a los 1.800 de que habla Jay Alien, del *Chicago Tribune*. El libro de Southworth, *El mito* , (p. 123) contiene nuevo material sobre estos acontecimientos. Indudablemente se luchó dentro de la catedral, como varios testigos oculares le han asegurado, por separado, al autor, y como se sugiere, de todos modos, en los relatos nacionalistas (p. ej., Sánchez del Arco, op. cit., p. 9). Véase el reportaje de Jay Alien publicado entonces en el *Chicago Tribune* (30 de agosto de 1936), reproducido en Robert Payne, *The Spanish Civil War 1936-1939* (Nueva York, 1962), pp. 89-91; y J. T. Whitaker, «*Prelude to War*» (Foreign Affairs, octubre de 1942), p. 104 y ss. El 27 de octubre de 1936, en *La Voz*, de Madrid, se publicó una versión completamente falsa de esta matanza, en la que se acusaba a Yagüe de haber organizado una fiesta en la que se había fusilado a los prisioneros ante la flor y nata de la sociedad de Badajoz, y que tuvo efectos desastrosos, pues provocó represalias en Madrid.

[838] Yagüe no intervino para impedir la matanza. Pero, por orden de Franco, generalmente prohibió a los moros que castraran los cadáveres de sus víctimas (un rito de guerra moro).

[839] Malraux, pp. 99-105; Lacouture, p. 233.

[840] Hidalgo de Cisneros, vol. II, p. 299. Estos cazas Fiat-Ansaldo, los CR32, fueron los cazas italianos que más se usaron en el bando nacionalista durante la guerra civil. Habían empezado a llegar por mar el 14 de agosto y a finales de ese mismo mes establecieron su base en Cáceres.

[841] Aznar, p. 174. Éste fue el último acto de

Hernández Sarabia como ministro de la Guerra.

[842] Iribarren, pp. 132,135.

[843] Iturralde, vol. II, p. 72.

[844] *loc. cit.,* p. 141. El valiente, despiadado, simple y gigantesco Beorlegui era un hombre de carácter. Mola no paraba de llamarle por teléfono, pero el coronel odiaba el teléfono y convenció al comandante Martínez de Campos para que le hiciera de intermediario. «Deben tomar San Sebastián», gritaba Mola; «Que tome él Madrid», contestaba Beorlegui. Véase Martínez de Campos, p. 45. En Oyarzun, Beorlegui sacó su paraguas para protegerse de las bombas (Del Burgo, p. 206). Véase también la historia oficial de Martínez Bande, *La guerra en el norte* (Madrid, 1969), pp. 37-99.

[845] Como reconoció él mismo en la cámara de diputados francesa el 16 de marzo de 1939, el dirigente comunista francés André Marty, miembro del comité central del Komintern (ECCI), y futuro jefe de las Brigadas Internacionales organizadas regularmente, se encontraba en Irún en esta ocasión.

[846] Martínez Bande, *op. cit.,* pp. 91-92.

[847] Luis María de Lojendio, *Operaciones militares de la guerra de España* (Barcelona, 1940), p. 108. Martínez Bande, *La campaña en Andalucía, p.* 73 y ss.

[848] Borkenau, p. 158; Martínez Bande, *op. cit.,* p. 61. Otros lucharon valerosamente: un superviviente recuerda que los moros mataron a bayonetazos, en las trincheras, a todo un batallón de voluntarios, José Cirre Jiménez, *De Espejo a Madrid* (Granada, 1937), p. 20.

[849] Testimonio de Francisco Giral.

[850] Zugazagoitia, p. 110.

[851] Llevándose consigo, secretamente, a Ramón Serrano Suñer. Fernández Castañeda acabó convirtiéndose

en general en la España nacionalista.

[852] Fraser, *The Pueblo,* p. 74.

[853] Charles Delzell, *Mussolini's Enemies* (Princeton, 1961), p. 181. Véase también José Luis Alcofar Nassaes, «Spansky», vol.I(Barcelona, 1973), p. 23.

[854] Cifras del memorándum de Guarner, p. 4. Originalmente, quizá sólo desembarcaron 2.000, pero probablemente el total ascendió a unos 8.000 (Martínez Bande, *La invasión de Aragón,* p. 141). La República había hecho otro intento de conquistar Mallorca: un destructor ancló en la bahía de Pollensa, el capitán desembarcó solo, requisó un automóvil y se dirigió a Palma, donde, completamente uniformado, pidió al gobernador militar que se rindiera. Esta audaz petición fue rechazada y el capitán detenido (véase De la Cierva, *Historia Ilustrada,* II, p. 40).

[855] Lojendio, p. 150; véase también Elliot Paul, *The Life and Death of a Spanish Town* (Nueva York, 1937); Jesús Salas, p. 98. Martínez Bande, *La invasión de Aragón,* tiene un capítulo útil. Este primer envío italiano a Mallorca fue financiado por Juan March. Véanse también los esfuerzos de los falangistas mallorquines, por ejemplo Zayas, para comprar directamente armas para su isla en Roma, en Martínez Bande, *La invasión de Aragón,* documento nº 3, p. 268 y ss. Sobre el papel que tuvo Bonaccorsi en el ataque al diputado fascista disidente Misuri, en 1923, véase Adrián Lyttleton, *The Seizure of Power* (Londres, 1974), p. 180.

[856] Bernanos, pp. 111-112.

[857] Cit. por Jellinek, p. 405

[858] Dundas, p. 69 y ss. Georges Oudprd (*Chemises noires, brunes, vertes en Espagne,* París, 1938, p. 196 y ss.), un escritor derechista, escribió: «Si Franco conservó Mallorca, fue gracias a la aviación italiana». Azaña, vol. IV, pp. 629 y 776, manifiesta un especial desprecio por esta expedición

para una «Cataluña más grande», de la que no estaba informado. La Cierva, *Historia Ilustrada,* vol. II, p. 83, dice que prácticamente no hubo represión en Mallorca; quizá Bernanos exageraba, pero todo indica que hubo «numerosísimas ejecuciones», como dijo más tarde un informador a Azaña (op. cit., p. 737).

[859] Estos detalles se cuentan en el libro de Elliot Paul anteriormente citado.

[860] Véase Óscar Pérez Solís, *Sitio y defensa de Oviedo* (Valladolid, 1938), *pássim.;* y un nuevo estudio, de Óscar Muñiz Martín, *El verano de la dinamita* (Madrid, 1974).

[861] Borkenau, p. 147; *Causa General,* pp. 317-341.

[862] GD, p. 61.

[863] Conde Ciano, *Diplomatic Papers* (Londres, 1948), pp. 23-26.

[864] Edén, p. 402

[865] GD, p. 27.

[866] *Ibid.,* p.30.

[867] *FD,* p. 120.

[868] *GD,* p. 27.

[869] *The Times,* 7 de agosto de 1936.

[870] *GD,* p. 323.

[871] *USD,* 1936, vol. II, p. 485.

[872] Álvarez del Vayo (*Freedom's Battle,* p. 70), dijo que las palabras del embajador inglés fueron mucho más fuertes y, aunque no hay más evidencia que la de la versión dada arriba, que corresponde al relato de sir George (telegrama de París nº 252, del 7 de agosto), y la de los Documentos Franceses *(FD,* vol. III, pp. 158-159), es posible que hablara con especial energía: Hugh Lloyd Thomas, representante británico en París, escribió particularmente a sir Alexander Cadogan, subsecretario del Foreign Office, que

la conversación del embajador con Delbos «podía muy bien haber sido el factor que había decidido al gobierno [francés] a anunciar su política de no intervención» *(FO,* 371205/31/27). El subsecretario francés, Fierre Vienot, dijo más tarde a Thomas que las «oportunas palabras» del embajador habían sido sumamente útiles y que él había «atendido» al llamamiento del embajador. La creencia general en aquellos momentos era que la «pérfida Albión» había inspirado la no intervención desde el principio.

[873] *Les événements survenus,* p. 219; *FD,* p. 130 y ss., y *FO,* 371/20527.

[874] Fierre Cot, *The Triumph of Treason* (Chicago, 1944), pp. 345-346.

[875] De los Ríos convenció a Blum con una elocuente descripción de los jóvenes milicianos que luchaban contra el fascismo en la sierra. Blum lloró (Azcárate, p. 257).

[876] Cot, pp. 353-354.

[877] Pike, pp. 44-46, 48.

[878] Véase la carta de Companys a Prieto del 13 de diciembre de 1937, cit. por Peirats, vol. I, p. 136.

[879] CD, p. 36.

[880] GD, p. 38.

[881] Ibíd., p. 37.

[882] Traína, p. 50.

[883] USD, 1936, vol. II, p. 474.

[884] Ibid., p. 488. El primer «incidente» que se planteó a Estados Unidos a consecuencia de la guerra española fue el bombardeo accidental por parte de los nacionalistas del destructor norteamericano Katte, que se dirigía de Gibraltar a Bilbao para evacuar a los ciudadanos americanos que estaban allí. El barco no sufrió daños, y luego Franco envió unas disculpas un tanto evasivas (Taylor, pp. 61-62).

[885] Esta prohibición primeramente dependió de una acción similar de Italia, Alemania, Rusia y Portugal; pero, el día 19, se aplicó condicionalmente (Edén, p. 403).

[886] *GD,* p. 45.

[887] Ciano, *Diplomatic Papers,* pp. 31-32.

[888] *GD,* p. 60.

[889] La tripulación del Junker ya había sido puesta en libertad. El avión fue destruido en un bombardeo aéreo nacionalista.

[890] C.O.S. 50q del 24 de agosto de 1936: «Una España hostil o la ocupación del territorio español por una potencia hostil haría sumamente difícil que pudiéramos controlar el estrecho y utilizar Gibraltar como base naval y aérea».

[891] *USD,* 1936, vol. II, p. 515.

[892] *Izvestia,* 26 de agosto de 1936.

[893] La República había reconocido a la URSS en 1933, pero la rebelión de Asturias había impedido el intercambio de embajadores (que estaba previsto desde febrero de 1936), y no tuvo lugar hasta este momento.

[894] Sobre Antonov Ovseenko, véase Isaac Deutscher, *The Prophet Armed* (Londres, 1954), p. 221, y *The Prophet Unarmed* (Londres, 1959), pp. 116-117,160-161,406.

[895] Sobre la llegada de Kuznetzov (más tarde almirante y jefe supremo de la armada rusa), véanse sus recuerdos en *Bajo la bandera de la España republicana,* una colección de recuerdos rusos editada en Moscú, en 1967.

[896] Walter Krivitsky, *I was Stalin's Agent* (Nueva York, 1939), p. 98. Véase también Elizabeth Poretsky, *Our Own People* (Londres, 1969), pp. 211-212. El verdadero nombre de Berzin era Ian Pavlovích Kuzis.

[897] Ilya Ehrenburg, *Men, Years-Life* (Londres, 1963), vol. IV, p. 110. Había estado en España antes, en aquel

mismo año.

[898] Koltsov, pp. 9, 59. Koltsov habla de la llegada en ese día de un «comunista mexicano, Miguel Martínez», seudónimo del propio Koltsov. Koltsov probablemente era el agente personal de Stalin en España y en ocasiones tenía línea directa con el Kremlin.

[899] Sobre la vida en este hotel, véase el brillante capítulo 18 del libro de Hemitigway *Por quién doblan las campanas.*

[900] Declaración del general Warlimont al US Military Intelligence en 1946 (UN *Security Council Report on Spain,* p. 76).

[901] A pesar de la no intervención, a partir de entonces el Foreign Office dio asilo a los españoles refugiados del «terror rojo»; y, al cabo de pocas semanas, la embajada en Madrid (dirigida por George Ogilvie Forbes) comprendía siete edificios. El cambio de la política inglesa respecto a los refugiados se debió a las consecuencias de haber rehusado conceder refugio a la marquesa de Balboa y a su hijo de doce años (que más tarde fue fusilado). Durante el resto de la guerra, las embajadas de la capital de España fueron el hogar de varios miles de españoles de las clases alta y media, algunos de los cuales eran miembros activos de la quinta columna; otros estaban aterrorizados y deshechos; y todos hambrientos, helados de frío y pálidos, debido al encierro. Más tarde hubo algunos intercambios de estos refugiados por republicanos que estaban en manos de los nacionalistas.

[902] Edén, p. 122.

[903] «Shakes» Morrison (Morrison «el temblón»), como le llamaban, era un político conservador y había sido presidente de un subcomité del gobierno que se dedicaba a coordinar la no intervención desde principios de agosto.

[904] «Non-Intervention Committee records in the Public Record Office», primera sesión. En las referencias siguientes, *NIS.* El comité de no intervención estaba atendido en todo por el Foreign Office. Los papeles, documentos, etc., los preparaba una secretaría británica.

[905] Ribbentrop, p. 71.

[906] GD, p. 77.

[907] Kay, p. 95. A principios de septiembre, las tripulaciones de dos barcos de guerra portugueses redujeron a sus oficiales y se dispusieron a zarpar para sumarse a la República. Salazar hizo que los destruyeran a cañonazos.

[908] *Ibid.,* p. 75.

[909] Ribbentrop, *loe, cit.* En su justificación, escrita en Nuremberg entre el juicio y la sentencia, añadió: «A menudo deseaba que aquella desdichada guerra civil española se fuera al diablo, porque me proporcionaba constantes discusiones con el gobierno británico».

[910] GD,p.84.

[911] Lord Plymouth en la reunión del comité del 23 de octubre de 1936.

[912] Edén en la Cámara de los Comunes, 16 de diciembre de 1936.

[913] D. Cattell, *Soviet Diplomacy and the Spanish Civil War* (Berkeley, 1957), p. 24. «La Pasionaria», Marcelino Domingo y Jiménez de Asúa tampoco consiguieron convencer a Blum en una audiencia que les concedió por entonces (Ibárruri, p. 305). Pero otros quedaron convencidos; por ejemplo, Edith Thomas escribió:

Pasionaria, Pasionaria,

Il n'est plus temps que les hommes t'aiment.

lis t'écoutent

Cornme ils écoutent le vent chanter…

[914] Koesder, *Invisible Writing,* p. 323. Más tarde, Bing sería miembro laborista del Parlamento y fiscal general del presidente Nkrumah, en Ghana. La República española dijo que aceptaría una «verdadera no intervención». Con eso querían decir que no hubiera leyes en ningún país que les impidieran la compra de armas. Esta visión de la no intervención era bastante diferente, por ejemplo, de la que tenía el Partido Laborista, que consideraba que ningún bando había de tener la posibilidad de comprar armas en el extranjero.

[915] *NIS,* segunda reunión.

[916] Iturralde, voL II, pp. 224-225.

[917] Sus seguidores también estaban influidos por una película sobre la revolución rusa en la que se describían las hazañas de Chapaiev, el jefe de guerrilleros. Igual que antes de la guerra, las películas causaban gran impresión en la clase obrera española; incluso Shirley Temple en *El pequeño coronel,* que también se proyectó en Madrid por entonces. También tuvo mucho éxito Groucho Marx, que aparecía como el presidente de «Libertonia» en la película *Sopa de ganso.* Con un aspecto similar al de cualquier político español, contemplaba un informe y comentaba: «Un niño de cuatro años podría entender este informe. Que me traigan un niño de cuatro años».

[918] Sobre Madrid en esta época, véase Barea, pp. 569-570.

[919] Ibárruri, p. 297.

[920] Nenni, p. 146.

[921] Véase su entrevista con Koltsov del 26 de agosto: «Es un tonto que quiere pasar por listo [...]. Es un desorganizador [...] capaz de echarlo a perder todo y a todos [...]. Y, a pesar de todo, por lo menos hoy, es el único hombre [...] apropiado para encabezar un nuevo gobierno».

[922] Ibárruri, p. 285.

[923] Ella y un hijo suyo de un matrimonio anterior fueron con el albacea de Fanjul a enterrar al general en el cementerio de la Almudena. Allí fueron asesinados el hijo y el albacea (García Venero, *Madrid 1936,* p. 364).

[924] Pueden encontrarse dos versiones opuestas en *Causa General* y en Borkenáu (p. 127); véase también «Juan de Córdoba», *Estampas y reportajes* (Sevilla, 1939), p. 105, donde aparece la versión de los hechos de Serrano Súfier.

[925] Sobre la reacción de Azaña, véase su diario, *Obras,* vol. IV, pp. 850-851, y Rivas Cherif, *Retrato de un conocido* (México, 1961), p. 159. Azaña nunca se recuperó tras estos asesinatos. Ni perdonó al antiguo «monárquico sin rey» Ossorio y Gallardo, que pareció encajar tranquilamente aquellos desafueros: «Yo no justifico nada, no. Pero está en la lógica de la historia». (Azaña, vol. IV, p. 625.) Sin embargo, fue Ossorio quien convenció a Azaña para que no dimitiera: «En el otro lado mueren muchos fusilados con el nombre del presidente en los labios». A partir de entonces, Azaña, más que un presidente, continuó siendo «prisionero de su misma condición de símbolo republicano» (Azaña, vol. IV, p. XXXVII).

[926] Lorenzo, p. 122.

[927] Hernández, p. 139. Azaña, vol. IV, p. 821.

[928] Azcárate, manuscrito, pp. 6-9. Araquistain, el principal inspirador del fatal giro a la izquierda de Largo Caballero antes de la guerra, ahora se estaba inclinando hacia la derecha.

[929] El otro ministro de Izquierda Republicana (el de Justicia) era Mariano Ruiz Funes, ministro de Agricultura con Casares Quiroga y con Giral. El ministro de Unión Republicana era Bernardo Giner de los Ríos, ministro de Comunicaciones, y el ministro de la *Esquerra* era José Tomás

y Piera, de Trabajo y Sanidad. El 16 de septiembre, un valenciano, Julio Just (Unión Republicana," ex radical), fue nombrado ministro de Obras Públicas y, el 25 de septiembre, Manuel de Irujo (nacionalista vasco) pasó a ser. ministro sin cartera.

[930] Véase Castro Delgado (p. 545). Sobre Cordón, véase la atractiva descripción de Martín Blázquez, p. 279. Cordón era un capitán del ejército regular que se había retirado acogiéndose a la ley de Azaña en 1932. Véase Cordón, p. 257.

[931] Alvarez del Vayo, p. 203; Hernández, p. 47; Inprecorr, cit. por Cattell, *Communism and tbe Spanish Cwü War* (Berkeley, 1955), p. 56; Borkenáu, p. 32; Martín Blázquez, p. 189, Los comunistas además se quedaron con los cargos de subsecretario de Educación (Wenceslao Roces) y de Sanidad (Juan Planelles).

[932] Fue entonces cuando se sumaron al ejército de África dos antiguos oficiales del ejército inglés, los tenientes Nangle y Fitzpatrick. El primero, que había estado en la India, era un oficial sumamente eficiente. Fitzpatrick era más un soldado romántico irlandés de fortuna, que explicaba que lo que le había impulsado a presentarse voluntario para venir a España había sido la visión de una famosa fotografía de un grupo de milicianos vestidos con ornamentos sacerdotales y sentados sobre un altar. Los dos recibieron mando en la legión; cosa que ocurría por primera vez con extranjeros no procedentes de sus filas. Fitzpatrick me permitió amablemente leer sus recuerdos manuscritos de sus experiencias en España.

[933] Aznar, p. 202.

[934] Vázquez Camarasa no tardó en abandonar Madrid y marcharse a París, desilusionado. Sobre los problemas que tendría después, véase Quintanilla, *Los rehenes del Alcázar.* Murió en Burdeos, en 1946.

[935] Recuerdos de Henry Buckley y lord St. Oswald.

[936] Ibárruri, p. 310.

[937] Iturralde, vol. II, p. 224.

[938] Tagüeña, p. 134.

[939] Ibárruri, p. 309.

[940] Kindelán, p. 123.

[941] Manuscrito de Fitzpatrick.

[942] Geoffrey CoX, *Defence of Madrid* (Londres, 1937), p. 54. Este periodista (posteriormente sir Geoffrey Cox, de Independent Televisión) estaba en Madrid por entonces. Otros han hablado de la matanza en este hospital. Ciertos milicianos no heridos se refugiaron en el hospital y con ello atrajeron el fuego de los moros en aquella dirección.

[943] John Langdon-Davies, *Behind the Spanish Barricades* (Londres, 1936), p. 257.

[944] Kindelán, p. 23.

[945] Martínez Bande, La invasión de Aragón, p. 267; Franco, cit. por Cabanellas, vol. I, p. 621.

[946] En *Por quién doblan las campanas,* Pilar se refiere a la bandera republicana como «sangre, pus y granada», y a la bandera monárquica simplemente como «sangre y pus».

[947] Bahamonde, pp. 36-38. El discurso de Pemán aparece en la *Enciclopedia Universal Ilustrada,* 1936-1939, Suplemento (vol. II, p. 1404).

[948] Del Burgo, pp. 158-159.

[949] Tamames, *Estructura,* p. 558.

[950] Los envíos eran legales de acuerdo con la ley de neutralidad norteamericana de 1935. Después de la ley de embargo, se hicieron algunos envíos declarando que iban con destino a Francia. La Texas Oil Company fue sancionada con una multa de 22.000 dólares. Pero la multa no cambió nada; en 1936 se entregaron 344.000 toneladas de petróleo,

en 1937, 420.000; en 1938, 478.000, y en 1939, 624.000. La cuenta de 6 millones de dólares fue pagada y se renovó el crédito (Feis, p. 269). Véase también Joseph L. Thorndike Jr., *Life,* 1 de julio de 1940. Al parecer, la decisión de Texaco se debió a la acción de un empleado de CAMPSA, Juan Antonio Álvarez Alonso, que fue en avión de Barcelona a Marsella, donde se entrevistó con W. M. Brewster, de Texaco (Francia), quien le puso en contacto con Rieber, que entonces se encontraba en París. El gobierno de la CEDA había cambiado a su antigua suministradora de petróleo, Rusia, por la Texaco, en 1935. (Véase Bolín, pp. 221-225, y Ramón Garriga, *Las relaciones secretas entre Franco y Hitler* [Buenos Aires, 1965], p. 164.)

[951] . *GD,* pp. 84-89.

[952] *USD,* vol. II, p. 611. A finales de septiembre, los alemanes habían transportado 250.000 kilos de material de guerra y 13.500 hombres de Marruecos a Andalucía en aviones Junker, escoltados por cazas Heinkel; en España había unos 550 alemanes combatiendo y unos 400 italianos. Véase Whealey, en Carr, *The Republic,* p. 218, basado en documentos de la Luftwaffe. El 29 de septiembre empezó una nueva operación de envío de armas de Hamburgo a España en gran escala bajo el nombre de «Operación Otto».

[953] Franco instaló su cuartel general en un palacio de Cáceres el 26 de agosto. En una fresca habitación de esta calurosa ciudad extremeña trabajaba con sus ayudantes y su hermano Nicolás como consejero político. En dos ocasiones, mientras visitaba al ejército de África al el frente, tuvo que abandonar su automóvil para ocultarse de un avión republicano que merodeaba por allí.

[954] Bahamonde, pp. 48-49. Cañizares, antiguo amigo de Queipo de Llano, que le había dado el cargo, se peleó con él por culpa de sus diferentes criterios sobre la libertad de acción que había que permitir al gobernador civil; no fue

trasladado hasta 1938. Luego, Queipo de Llano lo condenó a muerte, pero Franco, con quien había servido en Marruecos, lo salvó.

[955] García Venero, *Falange,* p. 182.

[956] El 2 de agosto se había celebrado otra reunión de jefes provinciales supervivientes.

[957] García Venero, p. 190 y ss. Componían la junta Aznar, José Sáinz (Castilla la Nueva), Jesús Muro (Zaragoza), Andrés Redondo (Castilla la Vieja), y José Moreno (Navarra), y el secretario, Francisco Bravo (Salamanca). José Sáinz que, en realidad, era el mayor de los falangistas presentes, nunca aceptó el nombramiento de Hedilla. Véase Gumersindo Montes Agudo, *Pepe Sáinz,* cit. por Southworth en *Antifalange,* p. 140.

[958] Gil Robles, p. 756. En realidad, Mola le dijo que se fuera.

[959] Kindelán, pp. 50-53; Iribarren, p. 216. Esta reunión no se celebró el 12 de septiembre, como se ha dicho a veces, probablemente debido a una errata en el libro de Kindelán. Estuvieron presentes los generales Cabanellas, Franco, Queipo de Llano, Saliquet, Mola, Dávila, Orgaz, Gil Yuste y Kindelán, y los coroneles Montaner y Moreno Calderón.

[960] Y así se lo dijo a Kindelán el 28 de septiembre (Cabanellas, vol. I, p. 652, nota).

[961] S. Payne, *Politics,* pp. 371-372.

[962] La mejor descripción está en Cabanellas, vol. I, pp. 654-655. Lo que realmente ocurrió durante el almuerzo no está claro a pesar del testimonio de Kindelán (p. 54) y de Dávila en La Voz de España, 1 de octubre de 1961.

[963] Gil Roblés, p. 776, nota 2.

[964] Cabanellas, p. 655. Sobre el decreto, véase Díaz Plaja, pp. 249-250. El abogado monárquico Yanguas Messía, ministro de Estado en tiempos de Primo de Rivera, fue quien

redactó el decreto, al final.

[965] Cabanellas, p. 658.

[966] Ansaldo, p. 78.

[967] Véase Del Burgo, p. 267. Una curiosidad: el último pretendiente carlista de la antigua línea dinástica murió en accidente de automóvil por culpa de un camión del ejército austríaco.

[968] *GD,* p. 107.

[969] Hoare, p. 145.

[970] La junta estaba formada por Dávila («presidente»); gobernador general, Francisco Fermoso Blanco; secretario de Guerra, general Gil Yuste; los presidentes de las comisiones eran Andrés Amado (Hacienda); José López (Justicia); Joaquín Bau (Comercio); Juan Antonio Suances (Industria); Alejandro Gallo (Agricultura); Romualdo de Toledo (Educación); José María Pemán (Cultura); Mauro Serret (Obras públicas); Nicolás Franco (secretario general), y Francisco Serra (secretario general de Relaciones Exteriores). Sangróniz había sido miembro del directorio general de Marruecos en los años 20.

[971] *GD,* p. 105.

[972] Véase el relato del capitán del *Canarias,* Francisco Bastarreche, *La guerra de liberación nacional* (Zaragoza, 1961), p. 39) y ss.

[973] Abad de Santillán, p. 116.

[974] Leval, p. 126. Véase Benavides, Guerra y Revolución (p. 132), donde puede encontrarse una descripción y un ataque a estas patrullas de control.

[975] Peirats, vol. I, p. 216. Peirats, por entonces director de Acracia en Lérida, era uno de los que criticaban la idea de la participación.

[976] *Toronto Star,* 18 de agosto de 1936. A pesar de que

el periodista decía que estaba oyendo «el estruendo de los cañones en el frente», parece ser que esta entrevista tuvo lugar en Barcelona, antes. Véase Paz, p. 446. Durruti no tardó en convertirse a la «disciplina de la indisciplina».

[977] Por entonces, Durruti visitó Madrid (en una misión fantástica) y dijo a un periodista: «Estoy en contra de la disciplina de cuartel, pero también en contra de la libertad mal entendida a que suelen recurrir los cobardes [...]. En la guerra, los delegados deben ser obedecidos». (Peirats, vol. I, p. 221).

[978] Peirats, vol. I, p. 227; Lorenzo, p. 147. Más tarde examinaremos el carácter de esta organización.

[979] El nacionalista vasco Irujo había entrado a formar parte del gobierno republicano el 25 de septiembre (Lizarra, p. 99).

[980] Esto se hizo a raíz de un incidente horripilante. Bilbao había sido bombardeado el 29 de septiembre. La furia del pueblo había originado el asesinato de una serie de presos políticos que estaban encerrados en tres pequeños barcos de carga anclados en el puerto de Bilbao. Después, el gobierno vasco liberó a 130 mujeres como parte de un intercambio acordado anteriormente a través del doctor Junod. Pero, la primera vez que éste regresó a Bilbao, lo hizo sin los niños que había prometido traer de un lugar próximo a Burgos, donde los había sorprendido la guerra mientras estaban de vacaciones. Porque los nacionalistas se habían vuelto atrás después de dar su palabra. Las campanas de las iglesias de Bilbao estaban sonando, las madres y los familiares de los niños se apiñaban en el muelle, y el barco británico *Exmouth* llegó vacío. La decepción hizo que estuvieran a punto de linchar al doctor Junod. Más tarde, fueron devueltos cuarenta niños. Pero el intercambio completo nunca llegó a realizarse.

[981] Aguirre, p. 29; testimonio de Luis Ortúzar.

[982] Lorenzo, p. 162; Iturralde, vol. II, p. 228.

[983] Gregorio López Muñiz, La *batalla de Madrid* (Madrid, 1943), p. 5.

[984] Fischer, p. 353.

[985] Simone Tery, *Front de la Liberté* (París, 1938).

[986] Jackson, p. 312.

[987] Koltsov, p. 293.

[988] *USD,* 1936, vol. II, p. 536. Por entonces los nacionalistas estaban representados en Washington por el ex embajador en París, Cárdenas, que llegó a Estados Unidos a finales de agosto y que semanalmente se entrevistaba con el subsecretario del Departamento de Estado, James Dunn, un diplomático de carrera que, diecisiete años más tarde, siendo embajador de los Estados Unidos en la España de Franco, concluyó el acuerdo sobre las bases hispano-norteamericanas (testimonio de Cárdenas).

[989] FD, vol. III, p. 526.

[990] Spriano, p. 87.

[991] Hay un estudio de esta institudón realizado por Eduardo Comín Colomer: *El comisariado político* (Madrid, 1973).

[992] George Orwell, «Notes on the Spanish Militias», en *Collected Essays; Journalism and Letters,* ed. por Sonia Orwell y Ian Angus (Londres, 1968), vol. I, p. 320.

[993] El 15 de octubre, García Escámez también entró en Sigüenza mediante un ataque repentino al nordeste de Madrid. Los milicianos se escondieron en la catedral y los cañones nacionalistas destruyeron parte de aquel admirable edificio antes de que aquéllos se rindieran.

[994] Había sido ascendido a general después de la conquista de Talavera.

[995] Azaña, vol. IV, p. 818. Véase una versión diferente

en Largo Caballero, p. 187.

[996] Álvarez del Vayo, *The Last Optimist* (Londres, 1950), p. 173.

[997] Largo Caballero, p. 186.

[998] Véase Carlos Semprún Maura, *Révolution et contre-révolution en Catalogne* (Tours, 1974), p. 110 y ss.: se trata de la crítica hostil de un anarquista.

[999] Krivitsky (p. 110) habla de «tres altos funcionarios republicanos» que llegaron a Rusia a finales de agosto. Por sorprendente que parezca, de momento no hay ninguna otra evidencia de esta visita, pero yo me inclino a aceptar el testimonio de Krivitsky, aunque a veces se equivoque en los detalles.

[1000] Carta al autor, julio de 1964. Véase G. Prokofiev en *Bajo la bandera,* p. 373. Estos pilotos volaron en España durante «la mayor parte de septiembre».

[1001] Un agente alemán informó en septiembre de que estaban cruzando los Dar dáñelos tres barcos rusos que transportaban 500 toneladas de material de guerra y 1.000 de municiones. Véanse los archivos del agregado militar alemán en Ankara (Anexo del Informe Nº 4.238 del agregado militar alemán, Ankara, 7 de febrero, 1938, y Anexo 2 del Informe Nº 7238 del 4 de abril de 1938) que pretenden ser afirmaciones procedentes de un agente alemán con acceso a los registros turcos sobre la cantidad de ayuda soviética que pasaba por los Dardanelos. (D. C. Watt descubrió estos valiosos documentos; véase *The Slavonic and East European Review,* junio de 1960, pp. 536-541.) El cónsul general alemán en Barcelona informó, el 16 de septiembre, de que una fuente bien informada le había dicho que los rusos habían desembarcado 37 aviones en España, donde habían llegado, por vía marítima, la semana anterior *(GD,* p. 89), pero nadie los vio en el aire hasta octubre. Véase una aparente

confirmación de esto en Gisclon, p. 123. Sin embargo, el encargado de negocios francés en Turquía informó de que, del 15 de agosto al 15 de septiembre, «sólo fueron vistos cuatro barcos rusos o españoles que transportaban 30.000 toneladas de petróleo para España» *(FD,* p. 567).

[1002] Sin embargo, otro testimonio indica que Stalin no estaba en Moscú aquel día.

[1003] Ibárruri.p. 301.

[1004] Krivitsky, p. 111.

[1005] Sobre la reunión, véase Krivitsky, pp. 110-113. Más adelante, Orlo huyó a Estados Unidos, donde estuvo escondido hasta la muerte de Stalin luego declaró como testigo en varios juicios de espías en los años cincuenta, y manifestó al subcomité de Seguridad Interior del senado que su papel en España había sido de asesor en cuestiones de «espionaje, contraespionaje y lucha de guerrilla» (Testimonios, parte 51, 1957, p. 3.422). Dijo a Stanley Payne que le habían destinado a España el 26 de agosto y que llegó allí el 9 de septiembre. Pero, sobre Orlov, véase Poretsky, p. 259.

[1006] Uritsky, que tenía 36 años, era hijo del fundador de la Cheka, asesinado en 1918. Umansky (a quien Krivitsky llama equivocadamente Oulansky) fue uno de los comunistas judíos de Polotsisk, en lo que había sido la Galitzia austríaca, que desempeñaron un interesante papel en la diplomacia secreta rusa, y sobre los cuales escribió un libro de recuerdos la viuda de uno de ellos (Ignace Reiss-Poretsky) (Elizabeth Poretsky, *Our own People,* Londres, 1969). Krivitsky era otro de ellos. Umansky («Misha») aparece muchas veces en el estudio de la señora Poretsky.

[1007] Véase Hernández, p. 42; Fischer, p. 350.

[1008] *GD,* p. 100.

[1009] FD.vol. m, p, 567.

[1010] Krivitsky, p. 100.

[1011] Discurso de Pierre Besnard en el VII Congreso de la AIT en París, en 1937, cit. por Andrés Suárez en *El proceso contra el POUM* (París, 1974), p. 22, nota.

[1012] Cattell, *Soviet Diplomacy,* p. 44.

[1013] *NIS,* quinta reunión.

[1014] Véase también (si se desea una confirmación aproximada de la cifra) *GD,* p. 126; *New York Times,* 24 de octubre de 1936.

[1015] Kuznetzov en *Bajo la bandera,* p. 179; también Krivoshein en el mismo sitio, p. 319. Algunos barcos eran rusos, la mayoría eran españoles.

[1016] «I» era la letra que indicaba «caza rápido» en las fuerzas aéreas rusas y, por consiguiente, estos dos cazas eran el 15º y el 16º de la serie. «SB» significaba bombardero y «R», reconocimiento. Tanto los *Chatos* como los *Moscas* fueron diseñados por Polikarpov.

[1017] Véase García Lacalle, p. 561 (en 1938 llegó un pequeño número de aviones del modelo mejorado 1-15 bis); Sanchís, p. 30 y ss.

[1018] Véase García Lacalle, p. 565; Sanchís, *loc. cit.*

[1019] El *Katiuska* tenía una autonomía de 1.500 kilómetros, una capacidad para bombas de 900 kilos, y la misma velocidad de subida que el *Mosca.* Véase Sanchís, *loc. cit.* Este bombardero tenía una tripulación de tres personas, dos ametralladoras móviles y una fija, todas ellas de 7,62 mm. Su carga de bombas consistía en seis bombas rusas de 70 kilos y cuatro de 10. Estaba inspirado en el americano *Martin 139* y en la zona nacionalista se le conocía con este nombré.

[1020] Los *Natashas* eran biplanos de 750 cv.

[1021] El *Rasante* tenía 500 cv.

[1022] El tanque ruso T-26 pesaba 10,5 toneladas y tenía un cañón de 45 mm de calibre y dos ametralladoras gemelas; el TB-5 (que no se usó hasta finales de 1937) disponía también de un cañón de 45 mm y cuatro ametralladoras gemelas. Pesaba 20 toneladas. Los Panzer pesaban 6 toneladas y llevaban dos ametralladoras, y los Fiat-Ansaldo pesaban 3,3 toneladas y sólo llevaban una ametralladora. Véase, entre otros, R. Salas, en Carr, *The Repuhlic,* p. 187; y también Modesto, p. 235.

[1023] Las fábricas intervenidas por Franco copiaban más a éstas que a sus equivalentes alemanas.

[1024] Véase Martínez Amutio, p. 85.

[1025] Largó Caballero, p. 206; Prokofiev, en *Bajo la bandera,* p. 380 y ss.

[1026] Conocido como «Kupper» en España. (Castro Delgado, pp. 457-458; Hernández, pp. 80-81.)

[1027] Ehrenburg, *Eve of War,* pp. 146-147. Véase también Modesto, p. 237; Ibárruri, p. 346; Líster, p. 76; y José Luis Alcofar Nassaes, *Los asesores soviéticos en la guerra civil española* (Barcelona, 1971), *pássim,* y la historia soviética de la segunda guerra mundial *(Istoriya Veltkoy Otechestvennoy voyny Sovetskogo Soyuza 1941-1945,* vol. I, pp. 112-113). Según «el Campesino», Rokossovsky era el encargado del espionaje en la España nacionalista, se dice con el fin de poder comunicar a Stalin cómo eran determinadas armas alemanas. «El Campesino» dice que Konev, bajo el nombre de «Paulito», entrenó a terroristas en España. Otro ruso que dirigió sabotajes y guerrillas en el territorio nacionalista (a las órdenes de Orlov, según confesó éste ante el subcomité del Congreso en 1957) fue Etingon (también conocido por Kotov). Éste fue el amante de la comunista de Barcelona Caridad Mercader del Río, y convirtió al hijo de ésta, Ramón, en un agente muy útil; más adelante sería empleado para asesinar a Trotsky, Ehrenburg dice que Kotov «me inspiraba

cierta desconfianza» *(op. cit.,* p. 231). Krivitsky habla de un tal general Akulov que organizó el espionaje militar en Cataluña *(op. cit.,* p. 117); supongo que Kotov y Akulov eran la misma persona.

[1028] R. Salas, vol. 1, p. 533. La Cierva, *Historia Ilustrada,* vol. I, p. 399, habla de un coronel ruso (¿Krivoshein?) de quien recordaban en Archena que había ayudado a limitar la represión local.

[1029] Véase en las memorias del jefe de la red de espionaje militar checoslovaco, coronel Moravec, *Master of Spies* (Londres, 1975), p. 107, un relato de cómo Checoslovaquia ayudó a llegar a España a 120 oficiales rusos entregándoles pasaportes.

[1030] El valor total del oro español era de 2.367.000.000 de pesetas (unos 783 millones de dólares), mientras que a Rusia se envió el equivalente a 1.581.642.000 pesetas (unos 500 millones de dólares). La cantidad enviada a Francia en julio tenía un valor de 470.000.000 de pesetas (155 millones de dólares), que se añadían al oro por valor de 257.000.000 de pesetas (85 millones de dólares) que ya estaba allí. Véase el apéndice VII.

[1031] Largo Caballero, pp. 203-204. Véanse algunos detalles en Martínez Amutio, p. 52 y ss.

[1032] Paz, pp. 386 y ss., y Azaña, vol. IV, p. 705. *Díaz* Sandino *y Abad* de Santillán se entrevistaron con Azaña en septiembre y le dijeron que los anarquistas querían el oro de Barcelona; además, Díaz Sandino sugirió a Azaña que se convirtiera en dictador.

[1033] Ésta es la versión de Prieto, según figura en artículos suyos recogidos más adelante en *Convulsiones,* vol. II, pp. 132-141; parece más digna de confianza que las versiones de Araquistain, que no estuvo allí, o de Álvarez del Vayo, cuya memoria le jugaba a veces malas pasadas (véase

Álvarez del Vayo, *Freedom's Battle,* pp. 286-287, y también Alexander Orlov en *Reader's Digest,* enero de 1967, y su testimonio ante el subcomité de Seguridad Interior del Senado). Véase en Jackson, p. 318, nota 8, la sugerencia de que Prieto debía de saberlo, y el artículo del entonces embajador español en Rusia, Marcelino Pascua, en *Cuadernos para el diálogo, junio/julio, 1968,*

[1034] Martínez Amutio, pp. 58-59.

[1035] Detalles de Orlov. «El Campesino» dijo más adelante que había escoltado el oro hasta Cartagena. En 1956, el recibo del oro que Rusia entregó a España y que los herederos de Negrín cedieron al gobierno nacionalista, mencionaba 7.800 cajas; o tenía razón Méndez Aspe, o el gobierno ruso aceptó su cifra utilizando las otras cajas para sus propios fines.

[1036] Kuznetzov, en *Bajo la bandera,* p. 182 y ss. Kuznetzov tenía su base permanente en Cartagena.

[1037] *GD,* p. 128.

[1038] Prieto, *Convulsiones,* vol. II, pp. 131-133.

[1039] Martínez Amutio, p. 58.

[1040] Orlov, subcomité de Seguridad Interior del Senado, parte 51, p. 3.434.

[1041] *New York Times,* 10 de enero de 1957.

[1042] Krivitsky, pp. 103-105; Poretsky, p. 150. Zimin no es identificable fuera de esto.

[1043] Esta información procede de una nota enviada por el ministerio alemán de Asuntos Exteriores, el 8 de octubre de 1938, al ministerio español nacionalista de Asuntos Exteriores, citada en *Las brigadas internacionales* (un folleto de propaganda nacionalista de los años 50), p. 43.

[1044] Fischer, p. 371. Araquistain fue su presidente hasta diciembre y entonces pasó a ocupar su puesto

Alejandro Otero. Otero volvió a España en 1937 para suceder al coronel Pastor en su cargo de subsecretario del ministerio de Defensa encargado del armamento. Prieto le hizo dimitir en diciembre de 1937 y entonces continuó en París donde vendía armas por su cuenta. En abril de 1938, se convertiría en subsecretario de Defensa, nombramiento que Peirats comparaba con nombrar a Al Capone presidente del banco de España *(op. cit.,* vol. II, p. 147). Los anarquistas consideraban a Otero (diputado socialista por Granada y profesor de ginecología) un logrero puro y simple. Por otra parte, cuando tenía a su cargo las fábricas de armamento, negó resueltamente al SIM (la policía política introducida en la República más adelante, durante la guerra) su permiso para entrar en aquellas fábricas (Martínez Amutio, p. 327).

[1045] Aunque es cierto que llegó a la República auténtico material alemán, y que el embajador nacionalista en Berlín tuvo que quejarse, esto no ocurrió hasta 1938.

[1046] Krivitsky, p. 103.

[1047] Véase Jorgen Schleimann, «New Light on Muenzenberg», *Survey,* abril, 1965. Muenzenberg sólo pudo volver a París gracias a la intervención personal de Togliatti. En 1937, finalmente se peleó con sus jefes y salió del partido, siendo asesinado misteriosamente en el sur de Francia en 1940. En París le sucedió el checo Bohumil Smeral (el primer dirigente del Partido Comunista checo durante los primeros años 20), que no tenía ninguna de sus dotes.

[1048] Spriano, vol. III, p. 94.

[1049] Spriano, vol. m, p. 130.

[1050] Véase John Erickson, *The Origins of the Red Army,* en *Revolutionary Russta,* ed. R. Piper (Harvard, 1968), p. 251 y ss. Agradezco particularmente al profesor Erickson su ayuda para encontrar esta referencia. Tito actuó en el grupo internacional yugoslavo en 1919.

[1051] Véase «A. Neuberg», *Armed Insurrection* (Londres, 1970), p. 90.

[1052] Jacques Delperrie de Bayac, *Les Brigades Internationales* (París, 1968), p. 76.

[1053] Emilio Lussu, «La Legione italiana in Spagna», *Giustizia e Liberta,* 28 de agosto de 1969; cit. por Spriano, vol. III, p. 90.

[1054] Randolfo Pacciardi, *II Bataglione Garibaldi* (Lugano, 1948), pp. 17-19.

[1055] Luigi Longo, *Le brigate intemazionali in Spagna* (Roma, 1956), p. 44. Véanse también las pp. 18 y 27.

[1056] Véanse las declaraciones de Tito a *Life,* 28 de mayo de 1952, y las *Memorias* de Humbert-Droz, vol. IX, p. 182. Cuando, después del asesinato secreto de Gorkiç y otros dirigentes comunistas yugoslavos en 1936, Tito se convirtió en jefe del Partido Comunista yugoslavo y se encargó de supervisar el envío de yugoslavos. Tito niega haber estado en España pero, teniendo en cuenta la sorprendente cantidad de personas que afirmaron haberle visto allí, es posible que, como mínimo, visitara el cuartel general de las brigadas por una u otra razón. Su negativa a admitir esto se explica sin duda por algún aspecto del asesinato de Gorkiç. También el propio Gorkiç durante un tiempo se encargó de organizar el envío de voluntarios para las brigadas desde París. Un grupo de voluntarios fue denunciado a la policía yugoslava en el momento en que se disponían a abandonar la costa dalmática. Se atribuyó la traición a Gorkiç. ¿Fue realmente él? ¿Lo sabremos algún día?

[1057] El hecho de que el gobierno republicano español no se engañaba respecto a la relación existente entre los partidos comunistas y los voluntarios queda confirmado por el consejo que solían dar los cónsules españoles a los aspirantes a voluntarios, de que se pusieran en contacto con

los partidos comunistas.

[1058] Nick Gillain, *Le Mercenaire* (París, 1938), p. 7.

[1059] Cifra aproximada, basada en el testimonio suministrado por los supervivientes.

[1060] Muchos parados franceses de Lyon fueron enviados a las brigadas.

[1061] Krivitsky, p. 112.

[1062] Miles Tomalin, Manuscrito (diario no publicado), p. 7.

[1063] Las emisiones en italiano radiadas desde Valencia estaban dirigidas por el comunista Velio Spano.

[1064] Arthur London, un checo, fue viceministro de Asuntos Exteriores antes de convertirse en una de las tres víctimas del «proceso Slansky» de 1949 que sobrevivirían. Véase su libro *L'Aveu* (París, 1969), la película de Costa Gavras basada en el mismo y también su aburrida y convencional obra *Espagne* (París, 1966).

[1065] Aparece en *Por quién doblan las campanas* como el general Goltz.

[1066] Véase Longo, p. 42-49; Max Wullschleger, *Schweizer Kdmpfen in Spanien* (Zürich, 1939), p. 21 y ss. Albacete, además, estaba a dos horas de coche de Archena, la base de los tanques rusos.

[1067] Gillain, p. 18.

[1068] Gillain, p. 18. Estos voluntarios pronto contaron con la ayuda de un grupo de asistencia médica inglés compuesto por médicos y enfermeras. El origen de éste fue el siguiente: Isobel Brown, el espíritu comunista que inspiraba al Comité Británico de Ayuda a las Víctimas del Fascismo (una de las creaciones de Muenzenberg), estaba recibiendo muchos donativos destinados a «España». Por lo tanto, sugirió la creación de un comité de asistencia médica

inglesa, formado por médicos no comunistas, sino izquierdistas, que harían de figuras decorativas, y la unidad de asistencia médica sería enviada a España, dirigida por un socialista, contemporáneo de Cornford en Cambridge, Kenneth Sinclair Loutitt. El valor de ésta y otras unidades médicas fue considerable, ya que casi todos los médicos del ejército español estaban con los rebeldes. (En cuanto a los médicos civiles, al parecer, se encontraban igualmente divididos entre los republicanos y los nacionalistas.) Véase también *All my Sins Remembered*, del vizconde Churchill (Londres, 1964). Este aristócrata dirigió la salida hacia España de la unidad inglesa.

[1069] Fischer, p. 367; Longo, p. 44. Más adelante, Longo se convirtió en el secretario general del partido comunista italiano, cargo que ocupó desde 1964 hasta 1969, año en que pasó a ser su presidente; y todavía lo es [en 1976].

[1070] Giuseppe di Vittorio, un organizador obrero de Apulia que antes había actuado contra Mussolini en Italia, fue, desde 1945 hasta 1958, secretario general de la Confederación General del Trabajo italiana, el sindicato comunista. El nombre de batalla de Longo era el nombre de un famoso y elegante matador, «el Gallo».

[1071] Ehrenburg, *Eve of War,* p. 167.

[1072] El guardaespaldas de Marty era Fierre George, que se hizo famoso en la segunda guerra mundial como «el coronel Fabien». Véase Fischer, p. 366, y *Las brigadas internacionales,* folleto editado por el ministerio español de Asuntos Exteriores en 1953.

[1073] Fischer, p. 379.

[1074] Comentario de Ernst Adam (Londres).

[1075] Yo establecí la identidad de Kristianov gracias a Víctor Berck, al que agradezco también otra ayuda.

[1076] Fischer, p. 366.

[1077] Ruth Fischer, *Stalin and Germán Communism* (Oxford, 1949), p. 500, nota. Confirmado en Branko Lazitch, *Biographical directory of the Comintern* (Stanford, 1973).

[1078] Esmond Romilly, *Boadilla* (Londres, 1937), pp. 72-73.

[1079] Krivitsky, p. 116. Véase también Andreu Castells, *Las Brigadas Internacionales* (Barcelona, 1974), p. 73 y ss. Éste es, con mucho, el mejor estudio sobre las brigadas. Según Castells, «Kleber» fue a España por primera vez en 1924.

[1080] Que trabajó con una unidad de ambulancias durante breve tiempo en 1937.

[1081] Abad de Santillan, p. 175.

[1082] Philip Toynbee, p. 87.

[1083] Sin embargo, hubo instituciones de ayuda que prestaron sus servicios a ambos bandos. El English General Relief Fund for Spain estaba sostenido por los arzobispos de Canterbury y Westminster, el gran rabino, el moderador de la Iglesia de Escocia, y las Iglesias libres. Se constituyó al diciembre de 1936.

[1084] *Spain! Why?* (Londres, 1937), p. 4. Nehru fue a la España republicana durante la guerra.

[1085] *GD,* pp. 113-114.

[1086] Testimonio de Johannes Bernhardt.

[1087] *NIS,* séptima reunión. Descrita con cierto detalle por Ivan Maisky en *Spanish Notebooks* (Londres, 1966), pp. 45-57.

[1088] *NIS,* (c), octava reunión.

[1089] Ciano, *Diplotnatic Papers,* pp. 60-61; *GD,* pp. 117,122.

[1090] *B. H. Liddell Hart,* The Other Side of the Hill.

Índice

Siglas de algunos grupos y partidos políticos 7
Abreviaturas empleadas en las notas 8
Referencias en notas a pie de página 9
Prólogo 11
LIBRO PRIMERO 17
1 19
2 30
3 56
4 75
5 85
6 104
7 124
8 143
9 170
10 194
11 211
12 243
LIBRO SEGUNDO 257
13 258
14 276
15 297
16 329
17 356
18 365
19 394

20 420
21 437
22 460
23 480
24 494
25 511
26 527
27 541
Notas a pie de página 570